

GERMANIA

DD61
.S3
c.1

943

1080042980



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GERMANIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2943
S

EDICIÓN TASSO

GERMANIA

VEINTE SIGLOS DE HISTORIA ALEMANA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA CIVILIZACIÓN

POR

JUAN SCHERR

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

D. GASPAR SENTIÑÓN

TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
16914

BARCELONA
IMPRENTA DE LUIS TASSO SERRA
1882

54652

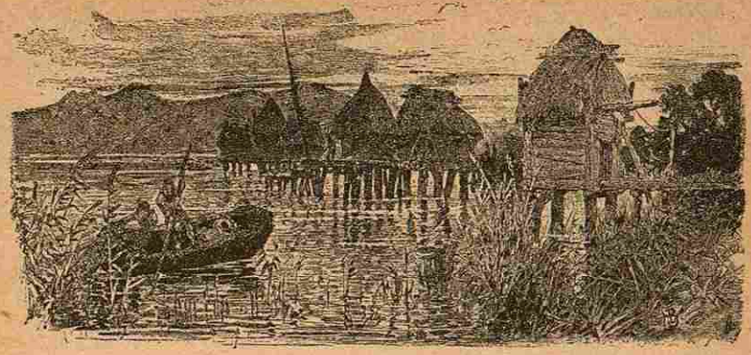
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DD61
.S3

Esta traducción es propiedad del Editor
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
BMU Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
H. PUBLICA DEL ESTADO

ATILIA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



ALDEA DE PALAFITOS.

GERMANIA

I.

Los tiempos primitivos y prehistóricos.

¿Cuándo puso el hombre por primera vez su planta en el suelo alemán? Pregunta es esta cuya contestación no se atreve á intentar siquiera la fantasía y mucho ménos la ciencia. En cambio ésta puede afirmar con alguna certeza que en aquel remotísimo pasado, cuando un inmenso ventisquero se elevaba allí donde ahora se extiende el lago de Costanza, la tierra de Suabia debió de estar habitada ó al ménos recorrida por el hombre. Mucho más recientes son los rastros que los habitantes *moluscívoros* de las costas germánicas del Norte han dejado de su existencia prehistórica. Más aproximado á los tiempos históricos y por consiguiente á nuestra imaginación, es lo que nos han revelado las habitaciones lacustres de la edad de piedra, cuyas reliquias se encontraron en los lagos y turberas de Suiza.

Los restos de los palafitos, de los que los más recientes representan la transición de la edad de piedra á la del bronce, mientras que los más antiguos pueden considerarse coetáneos ó aun anteriores á las pirámides de Gizeh, demuestran claramente que en aquella época el pensamiento y el trabajo del hombre debían de haber alcanzado ya grandes resultados, pues los habitantes de los pueblos lacustres vivían sedentaria y socialmente, criaban animales domésticos, vacas, ovejas, cabras; desecando, para alimentarlos en invierno, las yerbas de los prados, y tostando al sol para su propio sustento los frutos del manzano silvestre, cultivaban la tierra y cocían pan. En sus *árboles* (así llamaban sus canoas porque no eran mas que troncos desbastados y

ahuecados) salían á pescar y muy probablemente también á hacer botín. A la lumbre de sus hogares calentábase ya el gato domesticado, como el perro era también el guarda de sus chozas insulares y su guía en la persecución del uro y del ante.

Acerca del orígen y de la raza de los primeros hombres que pisaron la tierra alemana, no es dable barruntar nada; mas en cuanto á los palafitos, ninguna razón valedera impide ver en ellos individuos de la raza caucásica (blanca), miembros de la gran familia aria ó indo-europea y hasta hijos de la rama kéltica, ya que puede admitirse como cierto que en la transmigración de los arios del Asia á la Europa septentrional y central los keltas precedían á los germanos y eslavos.

Debemos abandonar á la fantasía el cómputo de los siglos que han pasado desde la época en que los primeros alemanes vivían juntos con sus hermanos los indios, irianos, helenos, italos, keltas y eslavos en el primitivo país ario, la región alpina del Hindukush, al rededor de las fuentes del Indo y del Oyo, dirigiendo juntos sus plegarias á los dioses primitivos de todos los *arya*, á los espíritus de la luz (pues á la raiz *dio*, lucir, hay que referir el término ario *deva* y todas las ideas arias de divinidad). La ciencia no posee ningún medio para medir aquellos tiempos remotos; tampoco acierta á adivinar las causas que han puesto en movimiento el alud de los pueblos arios ó las que le han dividido en los ramales que se dirigieron hácia la península gangética, las mesetas de Bactria y el Irán, el rio Ural y los mares Caspio y Negro. Ignora la ciencia, igualmente, cómo el tipo específico de la gente germánica se ha ido desarrollando del tipo primitivo común de todos los arios inmigrados en Europa, distinguiéndose cada vez más marcadamente del de los helenos, italos, keltas y eslavos. Finalmente, no es ciencia cierta, sinó tan sólo una hipótesis fundada en la lingüística, la que admite que la rama germánica se ha separado de la familia aria antes que ésta se elevara por completo del grado bajo de la civilización nómada á la superior de la vida agrícola, es decir, por lo ménos doce siglos antes de la era cristiana.

El nombre de «germanos», digámoslo de una vez, no es más originario que los nombres de las otras ramas del tronco ario: lo cierto es que con él los alemanes han entrado en la historia. Se ha dicho que el nombre deriva del antiguo vocablo *ger*, lanza, significando, por consiguiente, hombres de lanza, *lanceros* ó en general guerreros; el mismo significado tendría la palabra, si fuese más exacta la derivación, del kéltico *garm* ó *gairm*, ruido, indicando el uso de los antiguos alemanes de entrar en batalla con gritos y cantos. También es posible que el nombre de germanos dado por los galos primeramente á los túngueros, de los que pasó después á las demás tribus de la nación, haya sido originalmente un apodo de escarnio, significando alborotadores ó fanfarrones, convirtiéndose empero poco á poco en nombre honroso por aceptarlo los escarnecidos en son de desafío y llevarlo con orgullo. Lo mismo ha sucedido en tiempos posteriores con célebres apodos de partido («gueux,» «hugonotes», «choans», «whigs», «tories»,) La opinión que el pueblo alemán se haya llamado originalmente *teutomanos* ó *teutones* en honor de sus abuelos

míticos Teut (Thuisko, Thuisto) y Mannus, no es del todo desatinada, puesto que en un autor romano, Plinio el antiguo, encontramos la noticia, tomada de la descripción del viaje del griego Piteas y por lo tanto procedente del cuarto siglo de la era precristiana, como llevaba el nombre de teutones una tribu vecina de los gutones, pueblo ribereño del mar Báltico. Mas cuando relativamente más tarde, en el siglo X, bajo el reinado del emperador Othón el grande, este nombre volvió á usarse y por cierto en forma latina (Theutones, Theutonici), cuando luego empezaron á generalizarse los términos «Deutschland» por todo el país y «Deutsche» por todas las tribus, naturalmente no podía tratarse de la exhumación de un recuerdo tan primitivo y mítico como la idea de un abuelo divino ó semidivino Teut. La existencia de la lengua *tudesca* (alemana), no posee documento anterior al año de 813, y esta lengua misma conduce á referir el origen del nombre tudesco (*deutsch*) ó la palabra goda *thiuda* (en antiguo alemán alto *diota*) al pueblo, y el adjetivo *thiudisca* (popular), siendo la lengua tudesca (alemana) actual la nieta tardía de la abuela «thiudisca».

Avanzando, pues, de oriente á occidente, los germanos habían inmigrado en Europa, quedando ya hundido en el silencio del olvido el motivo, el período, el modo y el camino de la emigración en la época en que los germanos se presentan en el círculo de la claridad histórica. Con todo, un ligero recuerdo de la primitiva patria aria como de la primitiva comunidad indo-europea parece que había quedado en el corazón de los pueblos alemanes en forma de ciertas analogías de la mitología germánica á la india y á la irania. Mas esta reminiscencia inconsciente de prístinas melodías no impedía á los germanos creerse pueblo indígena de Alemania, identificado con aquel país desde el principio de los principios. Y, sin embargo, los germanos partiendo del Ural no se habían encaminado directamente hácia Alemania, sinó que habían ido primeramente á Escandinavia.

En efecto, en el aislamiento peninsular de los países escandinavos el paganismo germánico ha podido conservarse puro durante más tiempo que en otras partes, y cuando aun allí se vió amenazado de contaminación y violencia por la intrusión del cristianismo, halló un último refugio en la lejana isla del hielo y del fuego, Tierra del Hielo (Islandia) donde pudo escribir antes de su desaparición, sus sagradas tradiciones, su mitología y sus cantos heróicos, dejando así cual legado preciosísimo á las generaciones posteriores una biblia germánica, llamada «Edda.»

A la larga, empero, el escaso suelo de Escandinavia no les gustó á los más de los germánicos, sinó que emprendieron de nuevo el viaje, quedándose sólo una pequeña parte del pueblo y esparciéndose sobre Alemania cual caudaloso río desbordado, destruyendo ó echando al Sur y al Oeste á los keltas que ocupaban el país. Allí se paró el torrente invasor germánico, empezando las diversas tribus á sentar sus hogares en la anchurosa región comprendida entre los mares Germánico y Báltico y el Danubio y los Alpes, entre el Oder y el Rhin. Es de suponer que, por regla general, la forma de ocupación del país era la del sedentarismo agrícola, aunque quedan dudas si todas las tribus

germánicas habían alcanzado ya el grado de civilización correspondiente á la agricultura. Indudablemente, empero, habían realizado este progreso cuando por primera vez empezaron á intervenir en los destinos del mundo greco-romano, inaugurando con esto su existencia histórica.

Fué en el año de 113 antes de J. C. cuando los ejércitos de los cimbrios y teutones, expelidos, como decían, de sus domicilios en las costas de los mares Germánico y Báltico por la invasión de las olas, parecieron en los desfiladeros de Estiria y Carintia, fronteras del imperio romano, pidiendo que se les franqueara la entrada. En aquella época despertose en los corazones alemanes el anhelo que todavía hoy los anima por el cielo azul y la plenitud de la vida allende los Alpes. Mas este preludio de la transmigración de las naciones (así llaman los alemanes lo que los romanos calificaban de invasión de los bárbaros) que echaba á distancia de varios siglos una sombra de lo futuro, haciendo proverbial en la capital del mundo «el terror de los cimbrios y teutones,» terminó trágicamente con la destrucción de las dos tribus germánicas, cuya impetuosa valentía sucumbió en Aix y Vercelli (102 y 101 a. de J. C.) al arte diplomático y militar de los romanos. Lo que los vencedores nos han referido acerca de los vencidos, es característico, especialmente con respecto á las costumbres de las mujeres alemanas. El sexo femenino no se representa con gracia y delicadeza, sinó grandioso en las figuras de las sacerdotisas cimbrias, ejecutoras en el campamento de la cruel costumbre de los sacrificios humanos. Con la cabeza y los piés desnudos, el manto de lienzo blanco sujetado con cinturón de metal por debajo del pecho, teniendo la espada desenvainada en las manos, andaban solemnemente al rededor de una caldera de bronce colocada en alto tablado; á los prisioneros romanos que les traían, les coronaban como víctimas; la gran sacerdotisa subía al tablado, donde le llevaban á las víctimas una tras otra, y teniéndolas sobre la caldera les cortaba la garganta á medida que iban llegando. Por la sangre derramada en la caldera, la sacerdotisa vaticinaba. Se ve, pues, que ya á la primera aparición de los germanos en la escena histórica, se presenta significativo el sacerdocio y profetismo de la mujer, mientras que el recuerdo de la caldera de sacrificio de los primitivos germanos subsiste aun entre los alemanes modernos en la idea de la caldera de las brujas. La castidad germánica se manifestaba en su primitiva rudeza silvestre por el hecho de darse ellas mismas la muerte las mujeres de los vencidos cimbrios y teutones, para no exponerse á los abusos de los vencedores. En cuanto á los hombres, los caracteriza el rasgo de señalar con una inocente caballerosidad particular suya el contraste de su propia nacionalidad y civilización con la calculada política romana. Así se ve á Bogorix, jefe de los cimbrios, antes de la batalla decisiva acercarse al baluarte del campamento romano pidiendo á Mario que indique el lugar y el día, dónde y cuándo los romanos pensaban hacer frente á los germanos; á lo que el general romano contestó declarando que sus paisanos no tenían costumbre de deliberar con sus enemigos sobre el dónde y cuándo de una batalla. Sin embargo, señaló el llano de Vercelli para campo de batalla, porque allí podía sacar todo el partido de la superioridad de su caballería; y Bogorix

aceptó la proposición ya que había instado á su adversario á que hiciese una cualquiera.

De esta manera empezó á manifestarse en la historia universal la oposición entre los caracteres germánico y romano que subsiste unos dos mil años, durante los cuales se ha presentado bajo varias formas, quedando la misma en el fondo y siendo aun hoy el polo á cuyo rededor gira el desenvolvimiento de Europa.

La política romana determinaba al principio los destinos de Germania. A medida que Roma se aproximaba á la gran crisis de transición de la república á la monarquía iba creciendo su fuerza de expansión y su avidez de conquistas. Los pueblos serviles se hallan siempre obsesos por el demonio de la subyugación. Julio César había concebido ya proyectos de conquista sobre Germania durante su permanencia en la Galia, temiendo que empezar, empero, defendiendo su propia provincia contra las armas germánicas. El rey de los suevos, Ariovisto, llamado á socorro por la tribu gala de los sécuanos contra la de los adnos había pasado el Rhin, y gustándole el país, se había establecido en él. César, á quien debía incomodar mucho esta invasión germánica, ensayó primero su arte diplomático para inducir á los intrusos á que regresasen allende el Rhin, tanto más cuanto que el terror cimbrico teutónico no había pasado aún á los romanos, siendo al contrario aumentado por los relatos que los galos hacían de sus temibles vecinos. Pues decían las noticias galas que César mismo nos ha transmitido, que los germanos eran muy grandes y robustos, poseyendo un valor increible y una habilidad maravillosa en el manejo de las armas; que ellos, los galos, habían intentado muchas veces luchar con los germanos, pero que no habían podido resistir siquiera el fuego de las miradas germánicas. El capitán romano tuvo mucho trabajo para disipar el miedo pueril, según su propia descripción, de sus oficiales y soldados. Una vez logrado esto, no podía ya ser muy difícil para su genio estratégico y la superioridad táctica del ejército romano sobre el germánico, batir y anonadar á Ariovisto cerca de Montbeliard en el año de 52 antes de J. C., fracasando así á los suevos la empresa en que salieron airosos cinco siglos más tarde los francos, otra tribu alemana, á saber, el establecimiento y dominio de los germanos en la Galia.

César mismo abandonó pronto sus proyectos de conquista de Germania después de pasar el Rhin dos veces; en cambio consiguió plantear el malhadado sistema de los mercenarios alemanes. El fué quien aprovechando astutamente y fomentando la antiquísima afición de los alemanes á las aventuras, las pendencias y el botín, alistó bajo las banderas romanas á jefes y soldados germánicos. De esta manera comenzó el lansquenetismo alemán, el cual en una forma ú otra ha llegado hasta hoy, hartas veces acarreando grandes perjuicios á su propio país. Con todo hay que confesar que el servicio mercenario de los germanos en el extranjero, primero entre los romanos, ha sido un elemento civilizador muy activo y eficaz. Lámente el sentimentalismo nacional que no le haya sido concedido al pueblo alemán desarrollar su carácter específico de una manera espontánea fuera del contacto con el extranjero y

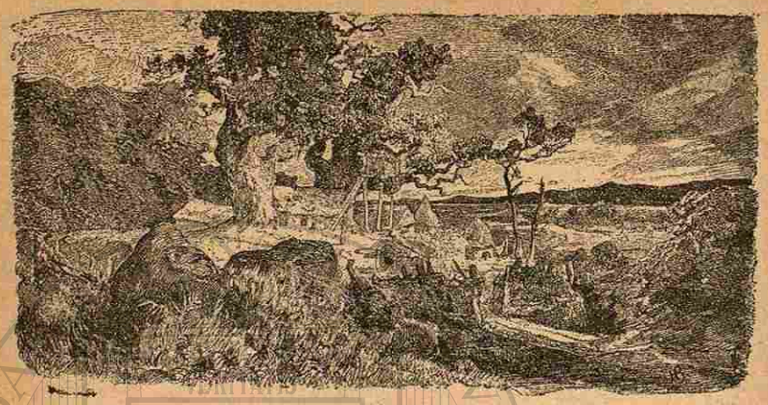
especialmente el romanismo; mas la historia de la civilización no tiene en cuenta los bellos sentimientos sinó tan sólo la acción fria, y por esto tiene que hacer constar en todas partes que cada vez que una civilización inferior se pone en contacto con otra superior, aquella ha de sufrir la dominación ó por lo menos el influjo de esta. Tampoco es posible otra cosa, y era muy natural que el influjo de Roma sobre Germania fuera aumentando constantemente, desde los días de César, en extensión como en intensidad, siendo el medianero más activo de esa influencia precisamente el mercenarismo germánico, que ha intervenido bastantes veces en los destinos de Roma desde el principio del imperio hasta el fin. Los guardias germánicos desempeñaron un papel prominente en las revoluciones palaciegas; los príncipes y guerreros germánicos al servicio romano subieron á las dignidades cortesanas y políticas más elevadas, dirigiendo los negocios del imperio en calidad de ministros y generales. Es cierto que estas relaciones sostenidas y ayudadas por el comercio romano y galo-romano, no produjeron todo su efecto sinó más tarde, en la época en que el servicio militar y civil se habia convertido en uno de los agentes más importantes de la incipiente cristianización de los germanos. Sin embargo, el contacto mútuo de Roma y Germania habia cobrado extensión considerable mucho antes, al principio mismo de la era cristiana.

La ineludible necesidad de la política monárquica habia inducido á Octavio Augusto á renovar y ejecutar en mayor escala los proyectos de su tio, afianzando su pié en el Sur y en el Oeste de Germania, en las comarcas del Danubio, del Rhin y del Mosela, no solamente las banderas, sinó todo el aparato de la civilización de Roma. Por los tiempos en que, según la tradición cristiana, el Salvador del mundo yacia pobre y desnudo en un pesebre de Belén, parecia enteramente que en el almanaque de Roma se enumeraria pronto la «provincia de Germania,» como ya contaba la «provincia de Galia». No faltaban traidores arromanados entre los grandes de Alemania, entonces, como no faltaban al principio del siglo XIX, pudiendo el viejo caudillo querusco Segestes servir de modelo á los príncipes de la Union del Rhin. Asimismo es cierto que la salvación de la pureza é independencia de la nacionalidad alemana, llevada á cabo por Arminio, yerno y adversario de Segestes, no fué de ninguna manera un puro triunfo de la virilidad germánica; la política de la astucia y disimulación aprendida por el noble germano en el servicio romano, tuvo una parte nada despreciable en hacer posible la batalla decisiva ganada en el año 9 de la Era cristiana, en la selva de Teutoburgo por Arminio al frente de los germanos aliados, sobre las legiones romanas bajo el mando del procónsul Varo. Con todo, Arminio debe considerarse como el que preservó de la romanización á Alemania y puede celebrarse como á héroe nacional en el sentido elevado de la palabra, pues este varón, de grandes dotes y nobles sentimientos, no contento con impedir la conquista y subyugación de su país por la batalla selvática de Teutoburgo y la habilidad con que continuó en el mando de sus paisanos contra los romanos, y conociendo claramente el mal fundamental de los alemanes, el desmembramiento político, propuso como remedio el gran pensamiento de la unidad nacional, y cayendo víctima de la ambición y del egoismo de sus compañeros fué el primer mártir de su idea.

A no ser Arminio, el historiador romano Tácito, cuando á fines del siglo primero de la Era cristiana escribió su célebre tratadito «Germania» para ilustrar á sus paisanos sobre la tierra y la nación alemanas, no habría podido decir que los alemanes eran una raza de hombres especial, pura, semejante sólo á si misma.»

Vamos á examinar más de cerca á esos alemanes, suministrándonos los datos para la revista retrospectiva sobre los usos y las costumbres germánicas, el mismo Tácito en primera línea, y luego muchos otros autores romanos y griegos, así como las tradiciones y los antiguos códigos de las tribus alemanas redactados en latin, pues nuestra intención es hacer entrar en el círculo de nuestra descripción todos los rasgos característicos de la vida germánica durante la época llamada pagana, es decir, hasta el momento en que la victoria del cristianismo romano, gracias á los esfuerzos de Carlomagno sobre el paganismo germánico, inauguró la Edad Media en Alemania.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CORTIJO DE UN NOBLE GERMANO.

II.

País y pueblo germánico en la época pagana.

La raza caucásica reconoce por su raiz el gigantesco tronco de la familia de naciones arias. Este tronco echó la gruesa rama germánica que á su vez se dividió en dos ramas desiguales: los germanos del Norte (escandinavos) y los germanos del Sur (alemanes). Estos últimos eran en los tiempos antiguos y son hoy todavía una prueba evidente de cómo los contrastes y las contradicciones de la naturaleza humana se repiten también en la naturaleza de los pueblos. Pues si bien no cabe duda de que les animaba á los antiguos alemanes el profundo sentimiento de su unidad nacional, no es ménos cierto que nunca, hasta donde se remontan las noticias históricas, han formado un conjunto compacto, nunca han conocido el estado unitario. La causa fundamental de esto estriba, seguramente, en el intenso individualismo de los germanos, en esa independencia personal que ciertamente puede ser madre de todas las virtudes viriles, pero que también engendra los defectos de la soberbia y presunción. Siendo, pues, el individualismo un rasgo esencial del carácter nacional alemán, la forma política más correspondiente había de ser la del federalismo, y realmente, ya desde antiguo la personalidad nacional se había disgregado en personalidades regionales ó gentílicas, juntándose estas, bajo el pié de igualdad, cuando se trataba de fines comunes, en alianzas cuya duración dependia de las circunstancias. Los lazos de unión nacional consistían solamente en la conciencia de la comunidad del origen, del lenguaje, (aunque este se desplegaba en un número de dialectos en una época muy temprana) y de las ideas religiosas.

Con la religión se enlaza también, porque es decididamente mitológica, la división del pueblo alemán más antigua que conocemos por el autor romano

Tácito, en el cual se lee el siguiente párrafo: «En cantares antiguos, únicos documentos y anales que tienen, los germanos celebran al dios Tuisto, oriundo de la tierra, y á su hijo Manno como á padres y fundadores de su pueblo. A Manno, empero, atribuyen tres hijos, de cuyos nombres derivan los de ingevones para los germanos que viven más cerca del mar, de herminones para los del centro y de istevones para los demás.» Esta tripartición debe de haberse multiplicado muy pronto. Tácito mismo cita los nombres de otras tribus, habiéndose presentado otras ya mucho antes, en los tiempos de César, siendo luego reemplazadas á su vez por otras nuevas. En cuanto á federaciones antiguas de varias tribus, conocemos la de los suevos, poderosa en los días de César, y más tarde la federación querusca en la Alemania baja, fundada por Arminio, á la que Marbod opuso la de los marcomanos en la Alemania alta.

La distinción en Alemania baja y Alemania alta, se hizo notar en una época muy temprana y harto marcadamente; subsistiendo aun hoy, en la oposición de la Alemania del Sur á la del Norte. La edad de los suevos y de los sajones como de tribus principales, la primera de la Alemania alta y la segunda de la baja se remonta á grande antigüedad. Hácia la época de la emigración de los pueblos, pero con más rapidez y variación durante aquella marea, trocáronse de muchas maneras las condiciones relativas de las tribus germánicas, desapareciendo nombres antiguos y surgiendo en cambio otros nuevos. En el curso de la gran revolución que hizo pedazos al imperio romano y verdadera por algun tiempo la soberbia frase: «El mundo pertenece á los germanos», las tribus que se presentaron en el primer término de la historia fueron los godos, hérulos, vándalos, longobardos, borgundos, alemanes y francos.

El suelo alemán dista mucho de representar unidad geológica. En la extraordinaria variedad de su configuración hallábanse preestablecidas las múltiples diferencias que la población presentaba antiguamente y todavía ofrece hoy en la parte física como en la moral. Ciertamente esas diferencias giraban y siguen girando dentro de los límites de la nacionalidad, pero no dejan de ser bastante considerables. Compárese el frisón de hoy con el tirolés, el bávaro con el pomeranio, el renano con el estirio, el marcano con el suabo, el turingiano con el holsteiniano y se tendrá una idea aproximada de las diferencias que reinaban entre las antiguas tribus sajonas de la Alemania baja y las alemánicas de la Alemania alta. O bien, parangónese el carácter del país del Sur, del centro y del Norte de Alemania, y no se tendrá ninguna dificultad para comprender que, conforme á las diferencias territoriales y climatéricas de esas regiones, debieron constituirse diferentemente el modo de vivir y de sentir, el derecho y la costumbre. Una mirada sobre el mapa geológico de Alemania, basta para comprender que sus habitantes no podían formar una unidad política, sinó que debian descomponerse en multitud de estados y tribus. La unidad nacional de los alemanes no es obra de la naturaleza, sinó de la civilización. La cultura alemana ha concebido el pensamiento de esta unidad; la cultura alemana és la que ha realizado este

pensamiento ó por lo ménos empezado con energía á realizarlo, lo cual prueba incontestablemente que esta idea debe de encerrar una fuerza y potencia moral considerables.

Los romanos, acostumbrados á los paisajes risueños de Italia y la Galia romana, á los campos fecundos exuberantemente por una naturaleza pródiga, á las ciudades exornadas con todos los regalos de la civilización, miraban con cierta horripilancia á Germania como país en que el suelo y el cielo se habían mostrado igualmente despiadados para con los habitantes. El autor de «Germania» opinaba que los germanos debían de ser los naturales primitivos, los autórtones del país, porque no se les hubiera podido ocurrir inmigrar en aquel país «cubierto de selvas y pantanos» Un solo romano, Plinio el antiguo, tuvo un ligero barrunto del encanto poético de los espléndidos bosques vírgenes de Germania, mientras que un siglo antes, Julio César, reproduciendo las noticias que le habían dado de la multitud y las dimensiones de los animales silvestres de Germania, había hecho unas descripciones tan exageradas del ilie y del reno, que á creerle á él, la caza de los antiguos alemanes constaba de mammuts y elefantes. Mas en general Germania no era tan pobre ni tan salvaje é inhospitalaria como opinaban los romanos, si bien comparada con Italia y gran parte de la Galia, había de parecer un país inculto, porque, realmente, la mayor parte del suelo estaba cubierto de bosques y pantanos, y sobre esta tétrica monotonía del paisaje extendíase durante la mayor parte del año un cielo plomizo cargado de niebla, lluvia ó nieve. Mas en vista de la multitud de hombres y jóvenes de armas tomar que Germania derramó sobre Europa en la época de la grande invasión, hay que presumir que ya en los tiempos de Tácito la población del país debió de ser considerable.

Mas por abundante que sea la caza en los bosques y los pantanos, y la pesca en las costas y los ríos, una población numerosa no puede ménos que recurrir para su sustento á la agricultura y á la cría de animales. Así sucedió en Alemania, y sabemos que los antiguos germanos cultivaban especialmente la cebada y la avena, que en las comarcas más templadas, como son el valle del Rhin, plantaban cerezos y manzanos, que no descuidaban los prados y que en sus pastos campaban numerosos rebaños y hatos de bueyes, vacas, ovejas, cerdos, cabras y ocas. Durante el invierno era usual la manutención de los ganados con heno. Como animales de tiro uncían á los carros de dos ó cuatro ruedas bueyes ó yeguas, sirviendo los caballos solamente para montar. El perro y el gato eran compañeros del hogar desde antiguo. La fabricación de la manteca de vaca y del queso estaba en boga. El cultivo del lino se practicaba con ahinco para la construcción de vestidos. Los trillos, las azadas, las gradas y unas azadas bastas, constituían sus aperos de labranza. Es dudoso si se empleaba ya el abono, y se niega rotundamente que los germanos conocieran el sistema agrícola llamado de los tres campos, pues, según los testimonios todos que nos han sido trasmitidos, en la agricultura de nuestros antepasados germánicos la producción de carnes predominaba sobre la de los cereales, que es el objeto principal de aquel sistema.

Hemos mencionado ya el efecto que hizo á los romanos la aparición de los

«bárbaros» germánicos; el aspecto de esas figuras frescotas rebosantes de salud y vigor les infundían miedo, envidia y acaso presentimientos fatales para el porvenir. Como Tácito hace resaltar expresamente la pureza de raza de los germanos, se le puede creer cuando califica de típica su constitución física. Él y otros romanos señalan como rasgos característicos la estatura alta y esbelta, con poca barriga, la mirada procaz del ojo azul ó gris, el cabello y pelo rubios (no rojos), la piel blanca y las mejillas encarnadas. El país y el clima enseñaban á ese pueblo á resistir el frío y el hambre, pero no el sol y la sed. La sed alemana parece, efectivamente, ser una sed germánica primitiva, puesto que los autores de los primitivos tiempos, censuran ya el defecto nacional de la indomable afición á la bebida y la irrefrenable pasión del juego muchas veces asociada con aquella. Nada igualaba la temeridad germánica, ningun obstáculo arredraba su osadía, ni escatimaba prueba alguna su valor. Difícil era resistir el ímpetu del ataque de los germanos, y aquel arrojo alemán señalado por el poeta Lucano como furor teutónico, que entre los escandinavos degeneraba en «rabia de berserker», hacía temblar aún á los adversarios valientes. Pueblo sin mentira ni fraude llama Tácito á nuestros abuelos germánicos que combinaban con un orgullo intenso un hondo sentimiento religioso de la insuficiencia y falacia humanas. Francos, sinceros, leales y hospitalarios, ostentaban en su jovialidad aquel estado del alma que sólo las voces alemanas «Gemüt» y «Gemutlsihkeil» expresan adecuadamente y que son intraducibles. A la valentía de los hombres correspondió la castidad de las mujeres, la inocencia de los jóvenes, el recato virginal de las niñas. La incontinencia y el adulterio contábanse entre los crímenes más graves. Este brillante cuadro de las virtudes silvestres de los primitivos germanos, trazado por extranjeros admirados y aun algo exagerado, sufrió un empañamiento sospechoso, ya en la época de la migración de los pueblos, manifestándose los efectos del conocimiento de las ideas y goces del refinamiento y de la corrupción romanos; la bárbara salud de los germanos no había podido resistir completamente á los venenos de la civilización refinada. La rudeza teutónica subsistía, pero se había impuesto el afeite de los vicios romanos, y la avidez por disfrutar no era menor que la fuerza para disfrutar.

La libertad, en el sentido moderno, no existía en la Alemania antigua, y en efecto, nuestra noción de la libertad es una adquisición de la civilización moderna, fundándose en la idea de los derechos del hombre, desconocidos á los germanos que conocían solamente derechos de clase. Toda la nación se dividía rigurosamente en dos grandes clases ó castas, libres y no libres, amos y siervos. Esta división era antiquísima, habiéndola traído los germanos á Europa probablemente desde su primitiva patria aria, segun parece demostrar el hecho que, conforme á la teoría tanto «india como germánica» (esta se halla formulada mitológicamente en el *rigsmâl* de la Edda) la separación rigurosa en altos y bajos, hereditarios en personas que mandan y otras que obedecen, era un efecto inmediato de la voluntad divina, con la diferencia de que en la India la constitución de las clases se petrificó en el sistema permanente de las castas, al paso que en Alemania entró en un movimiento contínuo en la



Bosque virgen.

época de las migraciones, impidiendo la agitada fluctuación el establecimiento de la rigidez castiforme y alterando de muchas maneras los antiguos lindes entre libre y siervo.

La clase de los libres ó privilegiados se hallaba subdividida en dos, la de los libres nobles y la de los libres rasos. Los adalingos (adálicos, hidalgos, nobles,) probablemente al principio no fueron más que grandes propietarios, los cuales en virtud de su riqueza en fincas y ganados podían sustentar una servidumbre numerosa, trasmitiendo su alodio por primogenitura. El significado de la palabra *adal* (nobleza) es controvertible. Segun unos significa linaje, noble por supuesto, es decir, linaje rico y por lo tanto influyente, distinguido, familia en la cual la posesión de tierras y gente se ha ido heredando desde mucho tiempo; segun otros la palabra *adal* significa lo mismo que *odal*, derivado de *od*, bienes, propiedad, de modo que *odaling* (hidalgo) significaría simplemente propietario ó hacendado.

Los libres ordinarios ó rasos (*ingenui* de los antiguos) parece habíanse elevado gradualmente de la servidumbre privada de todo derecho á la libertad privilegiada por su talento, sus méritos ó su buena suerte, ofreciéndoles ocasión para ello, el servicio de las armas en el séquito de los grandes nobles Las dos clases, nobles y libres, han pasado seguramente por muchas peripecias y contingencias que la historia no refiere, hasta que más tarde la primera vino á constituir la nobleza alta y la segunda la nobleza baja.

La clase de los no libres, de la que en el decurso de la Edad media salió la masa del vecindario libre de las ciudades, y mucho más tarde la masa de los labradores libres, se componía en la época pagana igualmente de dos géneros, los *lites* ó siervos, y los *scalcos* ó esclavos. Los primeros vivían en las fincas que sus amos les entregaban para cultivo y usufructo en cambio de ciertos servicios y tributos. La hacienda cultivada por semejante siervo llamábase *feudo*, siendo las relaciones primitivas entre propietario feudal y siervos la base sobre la que se edificó la política social de la Edad media, el feudalismo. Los siervos, si bien era dura su suerte, lo pasaban mucho mejor que los verdaderos esclavos, por la circunstancia de que solamente podían ser vendidos junto con el campo que cultivaban, y porque no les estaba cerrado el camino de adquirir algo para redimirse de la servidumbre. Los escalcos, en cambio, originariamente prisioneros de guerra, eran esclavos en el sentido más duro de la palabra, sin ningun derecho, ni medio de cambio, una mercancía, pudiendo los amos maltratarlos y hasta matarlos impunemente. Sólo los libres tenían derechos y eran protegidos por la justicia; los libertos no constaban en el número de los libres ni tampoco sus hijos: la tercera generación, los nietos, entraban de lleno en los derechos de la clase libre. Solamente los libres podían ser jueces, demandantes ó testigos; los libres solamente podían desempeñar funciones sacerdotales; ellos sólos podían llevar armas; los libres solamente tenían voz y voto en las asambleas de la comunidad. Como se ve, el pueblo, en el sentido político de la palabra, no existía en la Germania antigua; había únicamente una gran masa de pecheros sobre cuyos robustos hombros descansaba la privilegiada existencia de una minoría de grandes

y pequeños señores que consideraban la guerra, la caza y la deliberación de los asuntos públicos como única ocupación digna de un alemán libre.

Duras y rudas como las relaciones entre amos y siervos, eran también las de marido y mujer, por lo ménos bajo el punto de vista del derecho, pues podían expresarse por la sencillísima forma de: amo y criada. La muy diferente valuación de los dos sexos resulta clara por el hecho que el exponer y dejar perecer á una niña recién nacida no era cosa grave, y aun en la época de los Meroveos los sacerdotes, en un concilio, disputaron sobre si las mujeres eran seres humanos ó no. La antigüedad germánica concedía en todas partes la superioridad y la preferencia al marido sobre la esposa, al hijo sobre la madre, al hermano sobre la hermana. Ninguna mujer poseía legalmente la *selbmundia*, es decir, la libre disposición sobre su persona ó sus bienes. Ninguna casada ni soltera podía ejecutar un acto válido legal, ni entablar un pleito, ni defenderse; en todos los asuntos las mujeres necesitaban de un representante, mediador, tutor ó curador, haciendo este oficio para la esposa el marido, para la viuda el hijo, para la jóven huérfana de padre el hermano. Asimismo era muy restringido el derecho de heredar de las mujeres, si existia tal derecho; regularmente á la muerte del padre todo el patrimonio pasaba á los hijos, quedando la viuda y sus hijas sin nada.

Mas á pesar de todo esto debe de haberse introducido en las relaciones de los sexos un rasgo de idealismo en una época muy remota, si hemos de creer el testimonio de Tácito, quien habla con muchísimo respeto del matrimonio germánico; si bien en esta cuestión el peso del testimonio del autor romano queda mermado un tanto por la evidencia de su intención de presentar en la pureza de las costumbres germánicas un modelo á sus paisanos córrompidos. La costumbre rompió el rígido cerco del derecho, proporcionando á la mujer una posición mejor que la que le concedía la ley, y las costumbres, tanto las buenas como las malas, son en todo tiempo y en todas partes, principalmente obra de la mujer, y lo que una mujer bella y discreta puede para el bien ó para el mal, se lee escrito en muchísimas páginas del libro de la historia universal. Hasta qué punto con respecto á las relaciones entre los casados las costumbres germánicas se habian suavizado muy pronto, lo atestigua el hecho de que en la gran mayoría de las tribus alemanas la monogamia era regla general y la poligamia excepción rara: y nadie ignora que sólo la monogamia es un matrimonio verdadero propio para crear lazos de familia sanos y que la familia es la base de toda sociedad humana en la que descansan todas las instituciones políticas, no en la fábula de un «contrato social primitivo.»

Otra prueba de que la costumbre daba más importancia á la mujer que la ley, era el inexorable rigor con que las leyes penales de las tribus germánicas castigaban toda merma ó violación del pudor ó recato femenino. Finalmente, hemos de suponer que nuestras abuelas germánicas habían conseguido, por encima de todas las restricciones legales, una posición influyente en la familia, desde la cual intervenían también en los asuntos públicos. Semejante influencia se ejercía positivamente, en primer lugar en forma del sacerdocio femenino, al que se refiere la célebre frase de Tácito: «Los pueblos germánicos

opinan que en las mujeres existe algo sagrado y previsor; por esto aprecian su consejo y hacen caso de sus declaraciones.» El abismo que separa la carencia de derechos de la mujer germánica y la veneración que le tributaban subsiste inexplicable y es una contradicción que hemos de aceptar como tantas otras que llenan la historia del individuo y de la sociedad.



VELEDA, LA PROFETISA DE LOS BRÚCTEROS.

Ya entre los cimbrios hemos tropezado con sacerdotisas germánicas, y César, con ocasión de su choque con Ariovisto, menciona las mujeres adivinas de los germanos; en la «Germania» Tácito refiere el nombre de cierta Anrunia (Aliruna?) vaticinadora venerada por sus paisanos. Mayor fama y autoridad aun alcanzó en la época de las luchas de Civilis contra los romanos en las márgenes del bajo Rhin una jóven profetisa de la tribu de los Brúcteros, llamada Veleda. A gran distancia daba indicaciones, vaticinios, órdenes y era obedecida; era como directora de los destinos. A sus piés depositábase el botín de guerra, armas, águilas, oficiales romanos presos; hasta un bar

eo de guerra tomado á los romanos, el trireme pretoriano, le fué enviado por regalo. «Mas Veleda no dejaba ver su cara, refiere Tácito en su historia, y esto para que el respeto fuese mayor. La profetisa moraba en una torre elevada y una persona escogida de entre su parentesco intermediaba cual mensajero de los dioses entre los consultantes y la consultada...»

Sin duda en la antigua Alemania todos los libres fueron hacendados, viviendo con su familia y servidumbre en cortijos más ó ménos extensos según la riqueza del propietario, aislados ó bien agrupados en villorrios ó aldeas. Las únicas ciudades de Germania eran los antiguos campamentos y emporios romanos, pues los alemanes tenían por extenuativo y afeminado eso de vivir intra muros. Los cortijos estaban aislados en medio del terreno que formaba la hacienda, constituyendo cierto número de ellos una comunidad con usufruto común de los pastos y bosques. Cuando la comunidad no constaba de cortijos aislados, sinó que formaba aldeas compactas, dividía su territorio en varias categorías á causa de la diversa calidad del suelo; de modo que la propiedad del aldeano no era compacta, sinó que se hallaba diseminada. Los bosques y los pastos de la aldea eran naturalmente propiedad común de todos los aldeanos. Esta manera de ser de los campesinos tudescos libres, pasó de los tiempos paganos á la época cristiana y en sus rasgos fundamentales se ha conservado hasta hoy. Pero ¿qué cambios y vicisitudes debe haber sufrido el rico campesino germánico hasta convertirse en señor feudal de la Edad Media y más tarde en «soberano» moderno?

El aspecto que ofrecía una casa y fundo germánica debe de haber sido diferente en las diversas comarcas. Las diferencias que, por ejemplo, existen aún hoy entre las alquerías de Vestfalia y las de Estiria, entre los cortijos de Brandeburgo y los del cantón de Berna, entre las aldeas de Suabia y las de Meklemburgo, se han manifestado seguramente ya en los tiempos de los abuelos germánicos de los campesinos alemanes. Sin embargo, ciertos rasgos nacionales comunes deben de haber existido entre las moradas de los germanos, y si cotejamos los diferentes datos que nos han sido trasmitidos con escasez sensible, obtenemos el siguiente resultado general.

La casa del germano estaba construida mitad debajo del suelo y mitad fuera, sirviendo el sótano para habitación de invierno y utilizándolo las mujeres durante el verano como telar. Las paredes de las moradas eran de entramado ó de troncos de árboles sobrepuestos. El techado era de junco ó de paja y le cubrían en invierno con una capa de estiércol. En época muy temprana estilábase ya el embadurnamiento de las paredes con cierto barro claro y brillante. Ventanas y chimeneas no había ni rudimentarias. Además de la casa habitación cuyo interior nos hemos de figurar dividido en varios aposentos, había separadamente granero y establo, sea frente de la casa, sea contiguo. En ningún cortijo faltaba la «casita del abuelo» á la que se retiraba el labrador viejo después de entregar la hacienda á su primogénito. Ningún hogar dotado de lo necesario carecía de un cobertizo para guardar los aperos de labranza, los arneses de los caballos y el carro, ni faltaba un sitio apartado para la fabricación de la cerveza. El terreno ocupado por estas construc-

ciones, se hallaba rodeado de una cerca provista de más ó ménos aparatos de seguridad, segun la importancia de la casa, de modo que daba ya en aquella época á las moradas de los grandes adalingos cierto aspecto de castillo; naturalmente sería un anacronismo pensar ya en los soberbios castillos palacios de los dinastas de la Edad media.

A semejante casa ó caserío llevaba el varón libre (y sólo este podía contraer



Rapto de Tusnelda.

matrimonio legal) á su esposa escogida y comprada á la familia de otro libre conforme á las leyes de igualdad de clase. El casamiento germánico era una compra en toda la acepción prosáica de la palabra, llevando la esposa ya por el lenguaje mismo el sello de mercancía, pues los tudescos decían y dicen *lo* esposa (*das weib*) y el género neutro es para ellos el *género de las cosas*. El hombre tenía que comprar á su mujer, y por esto la podia vender luego, barbaridad que no solamente era legal, sinó que realmente se practicaba, conservándose la costumbre especialmente entre los anglo-sajones de Inglaterra; pues aun en el año de gracia de 1844 un señor inglés vendió á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer por un chelin (cinco reales) en la plaza mercado de Nottingham. Las uniones de libres con siervos y en algunas partes hasta la de nobles con libres, se tenian por enlaces punibles. Casándose un hombre libre con una sierva ó una mujer libre con un siervo, ellos y sus hijos bajaban á la clase de siervos. Los sajones castigaban con la muerte todo casamiento desigual.

Los germanos no se apresuraban á contraer matrimonio, considerando la edad más oportuna para tomar estado la de veinte á cincuenta años por parte del hombre y la de diez y ocho á cuarenta por parte de la mujer. No siempre precedía á la boda una temporada de noviazgo: cuando un hombre casadero ó su apoderado daba con un partido adecuado, mandaba á decir al padre ó al tutor de la jóven el precio que tenia intención de pagar. Si el negocio se arreglaba, el comprador pagaba enseguida el precio convenido entregándole á la comprada como esposa legítima, ó bien la entrega del precio y de la novia se aplazaba para más tarde, resultando así una especie de noviazgo, unos novios prometidos. Vacas, caballos, armas, eran la moneda con que los germanos compraban sus mujeres. Más tarde, en la época de las trasmigraciones, existian también tarifas de precios en dinero, de las que resulta que la mercancía ó el género mujeril alcanzaba un precio crecido, sobre todo considerando que el dinero tenia en aquella época un valor mucho más elevado que hoy. Entre los alemanes una jóven rubia valía hasta cuatro cientos chelines, es decir, más de mil pesetas. En Germania el matrimonio no tenía nada de romántico, sinó que era un negocio, siendo legítimos solamente los matrimonios contraídos mediante compra. Pero por poderosas que sean las costumbres y las leyes, siempre ha existido algo más poderoso aun: el corazon humano con sus afectos y pasiones. Así es que la historia alemana más antigua nos refiere auténticamente una verdadera novela de amor que prueba que las mujeres no se compraban siempre y que existían otros casamientos que los de mera compra. El héroe de esa novela fué todo un personaje, el «libertador» Arminio, quien adquirió á su noble esposa Tusnelda no ya comprándola á su padre Segestes, sinó robándosela, estando ella ya prometida á otro. Mal fin, por cierto, tuvo aquel matrimonio, pues Arminio, Tusnelda y su hijo Tumélico, los tres acabaron sus días de una manera trágica, dando la razon á la ley y á la costumbre.

La boda germánica no se celebraba sin ciertas ceremonias. Después de pagar el novio el precio de compra en presencia de testigos de ambas partes, le presentaban á la novia, con el cabello que hasta entonces llevaba suelto, atado y recogido bajo una cofia en señal de haberse acabado su libertad juvenil. De su cinturón pendía un llavero significando con él que debía guardar lo que su marido poseía de valor, y á su lado estaba un jóven con una espada desenvainada en la mano, (costumbre que sobrevive aún hoy en las bodas de los campesinos de Suabia, en las que figura siempre un paraninfo); luego el padre ó el tutor de la novia entregaba la espada al novio, significando que de aquel momento en adelante él era el protector así como el dueño de la vida de su esposa. Entonces el novio ponía un anillo en la mano izquierda á la novia para que tuviese presente que había sido comprada, pues los anillos de metal

eran la moneda más antigua de los germanos, y después le ponía unos zapatos para indicar que en adelante todos sus pasos estarían ligados y sujetos á la voluntad del marido. Si se puede inferir algo de las costumbres nupciales de los germanos septentrionales, y no hay nada que lo vede, el matrimonio tudesco no carecía de ceremonias religiosas, pues al final de la solemnidad le echaban á la novia un martillo en el regazo; siendo el martillo el arma del dios de los rayos y truenos Donar, aquella ceremonia significaba que el rayo divino vengaría toda infracción de la fidelidad conyugal. Después de esta ceremonia se pasaba al convite de bodas que en las casas ricas duraba días enteros. Finalmente, la novia, con todo lo que los padres, hermanos y demás parientes le regalaban en alhajas, vestidos y ajuar se colocaba sobre un carro y era conducido á la morada del novio en alegre procesión.

La esposa era propiedad del marido, como cosa comprada por él, y por esto la podía maltratar cual esclava, azotarla, venderla y aun matarla impunemente, si la sospechaba adúltera. El castigo de la adúltera convicta era bárbaramente cruel. En unas comarcas la paseaban desnuda y aplicándole azotes por toda la comunidad, en otras la ahogaban en un pantano, ó la colgaban de un árbol, ó la acuchillaban, ó la quemaban. Toda la carga de la economía doméstica pesaba sobre los hombros de la mujer y especialmente el cuidado del vestuario de toda la familia. La lana, el lino y las pieles suministraban el material para los vestidos. Un sayo de lana y encima una capa de pieles ligera ó pesada segun la estación, eran todas las prendas del traje masculino, pues la zamarra y los calzones son de época posterior. Los hombres llevaban ordinariamente la cabeza desnuda; sólo en la guerra se ponían cascos fabricados con las cabezas de las fieras de los bosques ó que las remedaban. El aseo del cuerpo y la afición á los atavíos no eran desconocidos ni aun de los hombres. El amo de la casa gustaba de dormir hasta medio día; en levantándose se lavaba, tomaba un baño y arreglaban con mucho esmero su cabello y barba, emblemas de su libertad. También conocían los cosméticos los antiguos señores alemanes, especialmente una clase de jabón con el que se remediaba el defecto en el color rubio dorado que era el más decente para nobles y libres. En poniéndose sus aderezos, compuestos de collar, brazaletes y sortijas, el tocado del señor de la casa estaba acabado y se procedía á satisfacer cómodamente la necesidad más urgente con un abundante almuerzo. Hecho esto, el hombre cogía sus armas para vacar á sus quehaceres. La ocupación principal del hombre germánico era la guerra: si no la había, se iba al bosque á cazar ó al campo para inspeccionar á los siervos y esclavos durante su trabajo.

Entre tanto la señora vigilaba á las criadas ocupadas en la casa, la despensa y el establo, poniendo ella misma manos á la obra dando vueltas al huso, echando la lanzadera, ó manejando la aguja y las tijeras. No hay para qué decir que las mujeres no cuidaban ménos que los hombres del aseo y limpieza del cuerpo. Su traje era sencillo y modesto, mas también ellas conocían ya el uso de adornos y atavíos, gustaban de llevar sortijas, cadenillas y brazaletes y sabían orlar sus vestidos con galones y pieles. La camisa de hilo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llevaban, alcanzaba hasta los tobillos, dejando libres los brazos, el pescuezo y la parte superior del pecho. Era la única prenda que la mujer germana llevaba en casa. Para salir se ponía sobre la camisa una especie de capa que se abrochaba sobre el pecho. Mas no tardó mucho tiempo en establecerse la moda de llevar entre la camisa y el capote otra prenda, una túnica sin mangas que alcanzaba hasta las rodillas y se ceñía por encima de las caderas haciendo resaltar las formas del cuerpo.



Caza del oso.

Uno de los principales cuidados de las caseras modernas, parece tenía sin cuidado á sus abuelas germánicas, pues no les incumbía mirar por la cocina ni la bodega, la comida ni la bebida, á no ser que la casa fuera tan pobre que faltase en ella toda servidumbre. En toda casa medianamente acomodada la cocina estaba á cargo de los mozos, sin que por esto tengamos que figurarnos muy agreste ó primitiva la comida germánica. Aunque los manjares y las bebidas eran todavía sencillas, los germanos no dejaban de saber lo que era bueno para comer ó beber y lo que era mejor. En efecto, poseían varias especies de cereales, preparaban el pan con harina de cebadá y de avena, asaban la caza y el pescado, prefiriendo, empero, á toda otra carne la del cerdo y del caballo, comían huevos, tenían nabos, rábanos, acederas y otras verduras,

ni les faltaba leche, manteca, queso ó miel y bebidas abundantes y aun excesivamente cerveza, y en las fronteras de las colonias romanas también el vino, obtenido mediante el comercio del cambio de mercancías. El condimento principal de la cocina germánica era, por supuesto, la sal, que se preparaba echando la salmuera sobre carbón de encina encendido para desaguarla.

La economía doméstica de los germanos debía prepararse por sí sola casi todas las necesidades de la vida, de cuya satisfacción se encargaron más tarde la industria y el comercio. Los padres de familia pobres, tenían que hacer ellos mismos de herrero, de carpintero, de albañil; pero los ricos tenían entre sus siervos y esclavos sugetos que desempeñaban las funciones de carpintero, albañil, cerrajero, panadero, zapatero y alfarero. Toda casa acomodada tenía su propia molinera, es decir, una criada especial para el molino de mano. Pero no podía dejar de suceder que de semejante industria casera se desarrollara gradualmente la industria pública, conquistando esta una posición cada vez más independiente de la agricultura. El oficio más honroso y no considerado indigno del hombre libre, era el de fabricante de armas y atavíos. Un buen armero ó platero gozaba de gran consideración y favor entre sus paisanos, y en la mitología, semejante artista, Viland el herrero, pasaba por semi-dios. En los códigos de los germanos de la época de la transmigración de los pueblos se menciona ya á los siervos artesanos que trabajaban para otros en provecho de sus amos. Este era el principio de los artesanos alemanes como profesión y clase.

Tampoco es posible que exista sin relaciones comerciales una comunidad humana desde el momento que ha pasado del salvajismo á la civilización. En una época muy temprana debió de existir en Germania un comercio interior primitivo, porque había muchas cosas que cambiar, comprar ó vender, como son campos, pastos, bosques, ganados, armas, adornos, esclavos y mujeres; (aun en la Edad media se decía, por casar, comprar una mujer). Unos usos legales antiquísimos de los cuales todavía existen vestigios legalizaban semejante tráfico de mercancías. Así por ejemplo, la trasmisión de una finca al comprador se simbolizaba con la presentación de un puñado de césped ó una gleba. El precio de la compra ciertamente no se entregaba en dinero, porque los germanos no lo tenían; pero en lugar de este daban armas, alhajas y más frecuentemente ganado. En vacas, bueyes, caballos, pagábanse también al principio las multas judiciales. La transición al dinero la representaban los collares y brazaletes de metales preciosos que eran una alhaja favorita de los germanos, que gustaban de regalárselos mútuamente, y muy pronto se acostumbraron á darlos en pago, enteros ó en pedazos, sirviendo acaso semejantes pedazos de moneda de cambio. El oro para la fabricación de los anillos procedía probablemente de los ríos auríferos del país, especialmente el Rhin. Es verdad que el oro de este río no se menciona antes del siglo V, pero el mito del tesoro de los nivelungos indica indudablemente una edad mucho más remota de aquella fuente de oro.

Por doquier empiezan á presentarse las necesidades de la civilización; pare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce inmediatamente el comercio para satisfacerlas, aumentándolas y multiplicándolas al mismo tiempo. Los mercaderes romanos y galos no tardaron en introducir los géneros y productos apetecidos por las fronteras meridionales y occidentales de Germania para trocarlos con los productos del país. Ya podemos figurarnos que no era corta la ganancia que sacaban. En la época imperial de Roma este comercio iba de día en día cobrando mayor desarrollo, importándose el bronce, el hierro, la plata, el oro, el vino, telas para vestidos y objetos de adorno, en cambio de los cuales se llevaban á Italia y Galia remolachas, plumas de ganso, jabón blando, pieles, cuervos, caballos, esclavos y pelo germánico, puesto que á las damas elegantes de Roma les parecia indispensable llevar pelucas y trenzas rubias. Con esto las monedas romanas fueron introduciéndose cada vez más como medio ordinario de cambio, á lo cual los germanos se acostumbraron de tal manera, que durante mucho tiempo consideraban la acuñación de la moneda como privilegio exclusivo de los emperadores romanos. Los reyes de los francos fueron los primeros que, sustrayéndose á esta idea, empezaron á acuñar moneda propia y con su propia efigie.

El artículo de exportación más importante llegó á ser el ámbar de las costas del Báltico, del cual los romanos fabricaban muchos objetos de atavío y adorno. Este mismo artículo puso también á los germanos en contacto con Grecia, sirviendo de intermediaria la colonia greco-fosea Masilia (Marsella). Por este camino, á saber, el del comercio greco-germano, llegó tambien probablemente á Alemania el uso de la escritura, formando el alfabeto griego la base de la escritura rúnica de los germanos. Otro efecto civilizador tuvo el comercio, contribuyendo á romper la rigidez de las preocupaciones de los hidalgos de aldea de Germania; pues como el ejercicio del comercio requería por un lado cierta riqueza y por otro osadía y atrevimiento y una mano fuerte capaz de defenderse, sólo podía pertenecer á los libres y no les parecía indecoroso á los nobles, porque los viajes comerciales podían considerarse como expediciones guerreras en vista de los peligros y riesgos que habían de desafiar tanto los que llevaban al extranjero los productos del país como los que traían á éste las mercancías de aquél.

El comercio debió entrar en numerosas relaciones mútuas con las artes y oficios nacientes, y por otro lado debía permanecer en comunicación contínua con la aristocracia hacendada, resultando de todo esto, que el comercio era un mitigador eficaz de las hondas diferencias de clases. Finalmente hay que mencionar aún que los antiguos alemanes se libraron no sólo al comercio terrestre sí que tambien al marítimo. Naturalmente este último lo monopolizaban los habitantes de las costas del Báltico y del mar del Norte, los cuales en el curso de los seis primeros siglos de la era cristiana habían ido poco á poco mejorando la primitiva canoa-tronco, hasta alcanzar el barco de remos en forma de galera y á proveerlo de velámen. Al barco procuraban imprimirle la forma de ciertos animales, y distinguían las partes de aquel, como cabeza, cuello y pico; adornaban la proa con cabezas de caballos ó dragones y llamaban al barco mismo dragón ó corcel. «Los dragones de mar» de los Vikingos

escandinavos eran una aparición temible de los cuentos y en la historia, y en general en los tiempos antiguos comercio marítimo y piratería eran casi sinónimos. Pero que los germanos fueron buenos marinos queda probabo por el hecho de que se arriesgaban en alta mar, sin brújula, descubriendo Islandia (tierra del hielo), Groenlandia (tierra verde), y quinientos años antes de Colón, América («Vinland»). (1)

Pero volvamos á hablar de la vida doméstica de los antiguos alemanes.

Hemos visto como el propietario alemán llevaba á su casa á su esposa cual propiedad comprada. De ella dependía convertirse de «cosa» en compañera del hombre y de suavizar á su dueño absoluto transformándole en esposo confiado y cariñoso. Como en todas partes y en todos tiempos, asi tambien en la antigua Alemania los hijos deben de haber formado un lazo sólido entre los padres. Pero las esposas germánicas tenían motivo de esperar con cierto temor su primer alumbramiento, porque dependia enteramente de su marido reconocer al hijo y dejarle vivir ó no. Al nacer un niño, la comadrona lo llevaba á presencia del padre, poniéndoselo á los piés debajo del puntal del caballete que se elevaba al lado del hogar; si le reconocia como á hueso de sus huesos y carne de sus carnes, lo levantaba del suelo con su propia mano ó mandaba á la comadrona que lo levantara. Si se negaba á hacerlo, el niño debía exponerse; una vez levantado, la vida del recién nacido estaba asegurada. En cambio el padre del recien nacido estaba obligado á mandarlo levantar cuando había tomado alguna cosa nutritiva aunque no fuese más que una gota de leche ó de miel. Esto naturalmente no le quitaba el derecho de vender más tarde á su hijo. Al acto de reconocimiento seguía una especie de bautizo, sumergiéndose al recién nacido en agua fresca y dándosele un nombre por un pariente designado á este fin, quien estaba también obligado á hacer un regalo al niño, y toda la ceremonia terminaba con un convite.

El dar el nombre era cosa de importancia para los antiguos germanos, como si el nombre pronosticase la suerte del niño, y no procedían en esto tan tontamente y sin gusto como proceden sus descendientes. Como los nombres de los lugares, asimismo los de las personas eran significativos y característicos. En primer lugar hay que mencionar los que indican las primitivas relaciones silvestres entre el hombre y el animal, añadiéndose á esto que á los ojos de los germanos muchos animales tenían algo sagrado porque los mitos religiosos referian la aparición de los dioses en figura de tal ó cual fiera. De ahí los

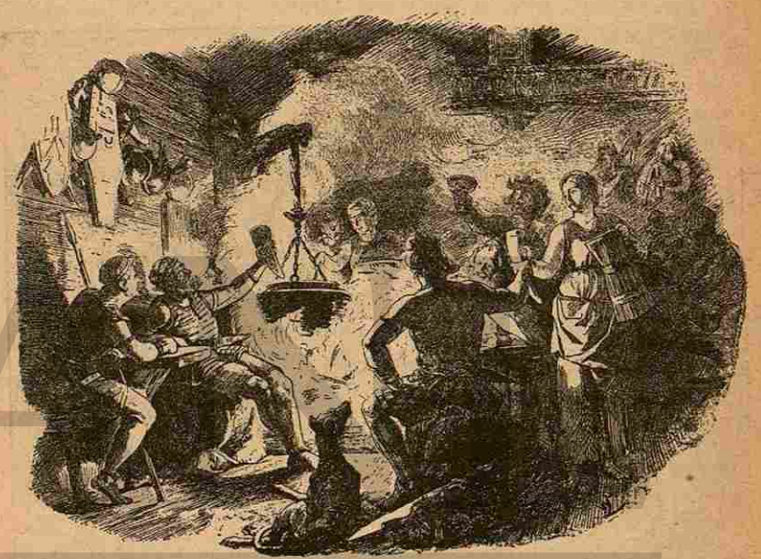
(1) Observa Humboldt, cuán extraño es que Colón, en el viaje que hizo á Islandia en 1477, no oyera nada acerca de las expediciones de los escandinavos á las costas del Norte de América en el siglo x y siguientes, ó que, en caso contrario, no presentara este hecho en apoyo de su teoria. Sin embargo, es muy posible, como observa también el mismo escritor, que las noticias que obtuviera en Islandia fuesen muy vagas para sugerirle la idea de que las tierras descubiertas por los del Norte tuvieran conexión ninguna con las Indias que él buscaba. (Humboldt. *Géographie du Nouveau Continent*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombres derivados de *ar* (águila): Arno, Arnulf; de *ber* ó *baer* (oso): Berno, Beringard, Berinhard, Beroald; de *eber* ó su forma antigua *ebur* (jabalí): Ebur, Eburhard, Eburoin, Eburgund, Eburtrud, Eburtuet; de *rabe* ó *rege* (cuervo): Raginald, Ragenhart, Regino; de *colf* (lobo): Volfgar, Volfgang, Vulfila, etc., para hombres como para mujeres: Aranhilt, Aralind, Berilind, Eburhilt, Eburgund, Raganberga, Raganberta, Volfburga, Volfgunt, Volfrun, Vulfhilt, á los que se daban tambien nombres de *scan* (cisne) y *lint* (serpiente) como Svanaburg, Svanahild, Godalind, Theudelind, etc. Los sentimientos religiosos de los germanos les inducían á formar una serie de nombres masculinos y femeninos con la antiquísima palabra puramente germánica *god* ó *got*, hoy *gott* (dios) como Godo, Godebald, Godafrid, Gotaherd, Godomar, Goda, Gotberga, Gotatrud; ó bien del término *Ausen*, en escandinavo, *Asen*, en sajón *os*, como Anso, Arisbald, Osmund, Osvonld, Ansa, Ansberta, Osmundis. Un recuerdo de la idea de los *elbas* (enanos) y *thursos* ó *hunos* (gigantes) se ve en los nombres de Albo, Alfhard, Albuino, Albagand, Albigard, Hunibalt, Hunimund, Hunila, Hunrada, Turismund, Tusnelda. Una multitud de nombres de hombres y mujeres atestiguan la belicosidad de los germanos por su composición con las palabras *bad, gund, hild, hadu, vig, isan, ger, brune*, todos términos de guerra, batallas y armas, como Baddo, Batuhelm, Badila, Baduhild, Gundobad, Gundeband, Aldagund, Cunigund, Hadubrand, Hadufrid, Hadamund, Hadaberga, Hathumot, Hildibrand, Hildulf, Hildibrag, Hildigard, Hildigund, Vigo, Vigand, Vighelm, Vigharta, Vigilinda, Isangrim, Isauhard, Isambirga, Isanhilt, Bruno, Brunihilt, Sigibert, Sigifrid, Sigitend, Sigilind. En las composiciones con *Adal, Tiuda* y *Lint* (nobleza y pueblo) se expresa el orgullo de alcurnia y patriotismo nacional: tales son Adalbert, Adalheid, Teodo, Teodofrid, Tiothelm, Teuda, Teutberta, Teutila, Liudo, Liudiger, Liudulf, Liuda, Liudisea, Liutberga. Entre los nombres alemanes de mujer de más antigüedad cuéntanse con razon los que indican propiedades físicas ó morales, como Berta (brillante) Heidr (alegre), Liba (vivaracha) Svinda (lista) y Skonea (bella).

Con un convite, hemos dicho, terminaba el acto de dar nombre al niño germánico; en eso de los banquetes eran muy dados los antiguos alemanes; todo acontecimiento, alegre ó triste, era para ellos motivo de una comilona: el nacimiento de un hijo, la entrega de armas á otro hijo, el casamiento de una hija, la muerte de cualquier miembro de la familia, pues la costumbre ó el vicio del «trago fúnebre» era antiquísima. Luego la hospitalidad misma ofrecía ocasiones para francachelas que duraban muchas veces hasta acabar con las provisiones de la casa, y entónces el huésped y el hospedado iban juntos á casa del vecino para continuar el festin á expensas y en compañía de este. Semejantes hazañas de gula tenían á menudo por consecuencia la ruina completa de una familia próspera, pues no era cosa insólita el emborracharse y llevar hasta la locura el juego de los dados, perdiéndolo todo, ganado, muebles, casa y campo, mujer é hijos, y ofreciendo como última puesta la propia persona para pasar á la condición de siervo en caso de perder. En las casas ricas, en las salas de los nobles los festines se celebraban con bastante pompa. Pero

solamente los hombres tomaban parte en los banquetes, sentados en una mesa, mientras que la esposa, ni aun las reinas eran dispensadas de esto, y los hijos servían á los convidados, mandando traer los manjares y llenando con su propia mano los cuernos de uros guarnecidos de plata que hacían el oficio de copas, para presentarlos luego de una mesa á otra. Si el demonio del juego no había penetrado en la sala, los reunidos disfrutaban una diversión más noble, escuchando á los arpistas y trovadores que tocando cantaban y narraban las proezas de los dioses y héroes, la creación del mundo, la historia de Vodan y Donar, de Tuisto y Mannus, y del libertador Arminio. Esto



Convite germánico.

es lo que nos refiere Tácito, y en el poema heróico más antiguo de los germanos, «Beovulf» se lee: «En la sala había son de arpas y el canto sonoro del vate, narrando el entendido el orígen de los hombres en los tiempos remotos.» Y en otro pasaje: «Había canto y música en la sala; tocábase el palo de alegría y cantábase la canción.» Al canto y toque agregábase también el juego gimnástico más antiguo de los alemanes, la danza de las espadas, que el autor de la Germania menciona como único espectáculo entre los germanos y acerca del cual dice: «Unos jóvenes desnudos para quienes esto es una diversión, se revuelven bailando entre puntas de lanzas y hojas de espadas clavadas verticalmente en el suelo. La práctica producía la destreza, la gracia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas no para lucro ni recompensa; el único galardón de la broma atrevida es el placer de los espectadores.»

La educación de los niños incumbía naturalmente con preferencia á las madres, bajo cuya dirección las hijas antes de su casamiento se ocupaban en los quehaceres domésticos. Podemos suponer también que todo lo referente á la educación moral de la juventud procedía de parte de la madre. Como hoy, todavía la madre alemana planta y cultiva en sus hijos los primeros gérmenes de las ideas religiosas y morales, así mismo la madre germánica cantaba á los



EDUCACION DE LOS MUCHACHOS.

suyos las antiquísimas melodías de los dioses y héroes populares imbuyendo valor á los muchachos y recato á las niñas. El hijo adolecente recibía después de su padre la instrucción necesaria acerca de los derechos y deberes de su clase, en el manejo de las armas, en la carrera á pié y á caballo, en la caza y la pelea. Preparado así el jóven era declarado apto para las armas en la reunion de la comunidad, entregándole solemnemente el caudillo ó el padre ó el tutor un escudo y una lanza. Antes no había sido más que un miembro de la casa, con la entrega de las armas llegaba á ser un miembro del Estado; ahora

podía deliberar y decidir con los demás, especialmente en la guerra; pero la plenitud de los derechos de ciudadanía la ganaba solamente con la posesión de cierta propiedad territorial. El nacimiento libre, la capacidad de armas tomar y la propiedad territorial, daban juntos los derechos políticos.

¿Pero, cuál era la comunidad, cuál el estado antiguo de los alemanes? Hasta donde nuestro saber llega encontramos entre los antiguos germanos dos formas de Estado: la monarquía y la república aristocrática. Cuando los germanos se presentan por primera vez en la historia, los caudillos de los teutones y cimbrios son llamados reyes por los romanos, y no cabe duda de que el orígen de la monarquía germánica se remonta á los primitivos tiempos míticos. En la época histórica, empero, especialmente en los tiempos de Tácito, esta forma política había sido reemplazada por la de las comunidades libres, ó más bien la republicana aristocrática, para renacer más tarde y predominar en el período de las invasiones. El número de las comunidades republicanas de Germania era muy grande y muy diferente en extensión y poderío. El desarrollo de ellas era orgánico, formando las familias una marca y varias marcas una centuria, estas un canton y varios cantones lo comunidad de la tribu. A esta división correspondía también el organismo de la administración política, la comunidad de la aldea, de la comarca, del cantón y del país. Estas reuniones dirigían el gobierno de la marca, de la centuria, del cantón y del país, decidían de la paz y de la guerra, elegían al jefe del ejército, guardaban el órden público, instituían los tribunales, elegían á los alcaldes de los pueblos, á los condes de las regiones y á los príncipes del país. Las diversas comunidades en reuniones ordinarias y á veces extraordinarias, se celebraban al aire libre bajo un árbol sagrado ó junto á una fuente sagrada, incumbiendo á los sacerdotes la abertura de las discusiones y la conservación del órden.

Un discurso del presidente, por lo tanto del príncipe, en las reuniones generales, daba principio al despacho de los negocios administrativos, militares y jurídicos puestos á la órden del día. La discusión era libre, pudiendo todo hombre capaz de llevar armas manifestar su opinión. El consentimiento se manifestaba chocando las lanzas contra los escudos, el disentimiento por medio de murmullos. Con todo, no debemos formarnos una idea demasiado ideal de semejantes reuniones, en las que se expresaba, por cierto formalmente, la soberanía de la voluntad común. De hecho no eran generalmente más que una fórmula, de la misma manera que lo son hoy las reuniones cantonales de Suiza, en las que el pueblo-soberano suele decidir y resolver solamente lo que los magnates han decidido y resuelto anteriormente. Por supuesto, no hemos indicado aquí más que los rasgos generales de la constitución de las comunidades y del Estado, hallándose ésta arreglada muy diferentemente en las diversas tríbus con respecto á los detalles. Ya hemos dicho que en la época de la transmigración de los pueblos la monarquía reemplazaba á la república aristocrática. Al entrar en la historia, las grandes tribus de los godos, vándalos, borgoñones, longobardos, francos, las vemos acaudilladas por reyes, naturalmente reyes electivos, votados en la reunión y levantados sobre el pavés en tiempos y circunstancias en que hacía falta la unidad del

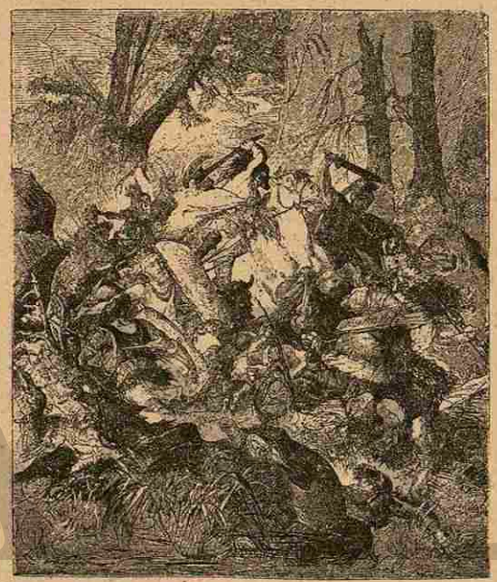
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

mando, sobre todo durante una expedición. Probablemente esta monarquía era sólo una ampliación de la institución tradicional de las compañías guerreras que exornaban con mayores honores á sus duques electos cuando sus empresas eran coronadas de éxito estrepitoso. Pero hay que añadir que la monarquía electiva de los germanos supo convertirse pronto en monarquía hereditaria, porque los reyes se elegían con preferencia de entre aquellas familias que tenían fama de origen divino y eran consideradas como la flor de la nobleza.

La monarquía alemana era, pues, de origen guerrero, como en general el Estado germánico descansaba en las armas y la guerra. El armamento mismo progresó de la sencillez primitiva á una rica multiplicidad durante la transmigración de los pueblos. Entonces añadiéronse al arma defensiva del escudo, las dos otras, el yelmo y la coraza, como á la antigua arma ofensiva, la lanza, vinieron á agregarse las modernas, espada, puñal y hacha. El «ger» parece que era una arma arrojadiza, pesada, diferente de la lanza ó framia. El uso de arcos y flechas no consta con seguridad, sólo sabemos que los vándalos y los godos no conocían estas armas. De la táctica germánica no hay que hablar porque consistía simplemente en el asalto impetuoso y en la resistencia desesperada. La fidelidad para con el caudillo hasta la muerte era costumbre germánica. Los ejércitos estaban divididos en compañías de cien hombres: dispuestos en forma de cuña entraban en batalla entonando el «Carditus» (cancion del escudo, porque los guerreros para hacer más intenso el ruído gritaban en el hueco del escudo.) La fuerza principal de los germanos consistía en el combate á pié, aunque tenían también caballería; pero desdeñaban las sillas. Entre las compañías de ginetes interpolábanse infantes que se agarraban á las crines de los caballos para correr al igual que ellos. La cobardía, la deserción, la pérdida del escudo, eran consideradas como delitos capitales.

En cuanto á los crímenes y delitos, en general los germanos distinguían, de antiguo, entre los que perjudicaban á la comunidad y los que dañaban al individuo. Los primeros, como la traición y la deserción, podían expiarse solamente con la muerte del culpable, mientras que los segundos se expiaban mediante el resarcimiento, es decir, que el culpable estaba obligado á abonar al individuo perjudicado los perjuicios que le había ocasionado, pagando la cantidad fijada en dinero ó en ganado. La expiación de la culpa mediante el dinero ha sido un primer ensayo bárbaro; según nuestras ideas, para contener los estragos que la primitiva costumbre de la venganza de la sangre hacía en las comunidades. De esta costumbre se había originado el derecho primitivo germánico de atacar al agresor. El homicida impremeditado, el asesino, infringía la paz con la familia del asesinado obligando á esta á pedirle cuentas por su acción. Para este objeto, si el agresor no se declaraba dispuesto á pagar la indemnización legal, la familia perjudicada hacía uso de su derecho de atacarle, es decir, trataba con ayuda de sus amigos de apoderarse del malhechor para expiar con su sangre la infracción de la paz. La conciencia jurídica de los germanos variaba mucho en sus manifestaciones entre las diferentes tríbus, considerándose, según la constitución política ó el congreso

general ó el rey como fuente de la paz y de la protección del derecho. Mas á pesar de todas las diferencias en los pormenores, reinaban, sin embargo, ciertas ideas y formas generales en toda la nación. Después de la traición y deserción, el homicidio era el crimen más grave. Luego seguían las violencias, entre las cuales el rapto y la violación ocupan el primer puesto. Bello rasgo de derecho antiguo era este de castigar fuertemente hasta las ofensas ligeras



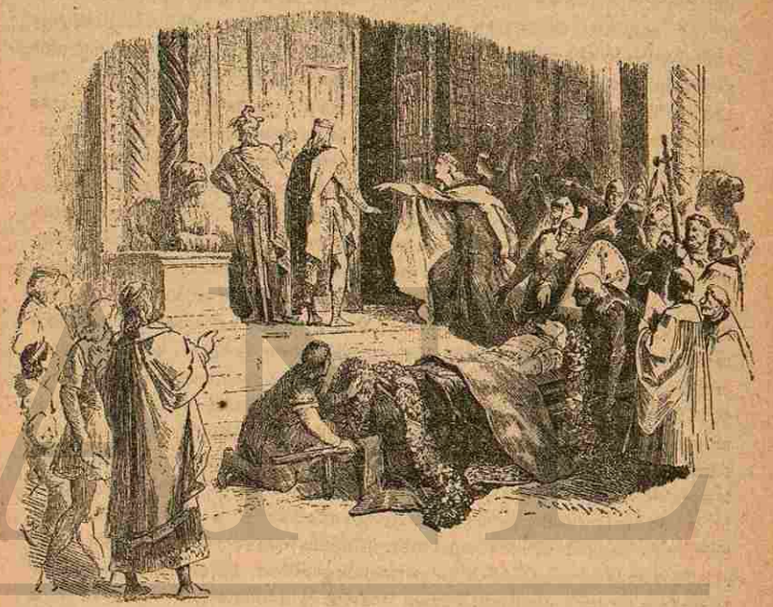
LUCHA CONTRA LOS ROMANOS.

á la honra femenina mediante palabras ó acciones. Entre los delitos contra la propiedad, el robo de ganado y de productos del campo era el más infame, considerando mayor grado de criminalidad en el ladrón nocturno. Un principio humanitario manifestábase en la determinación que los viajeros podían tomar impunemente de los frutos del campo la cantidad necesaria para satisfacer su hambre y sed, y que las mujeres embarazadas cuando sentían un antojo especial por una cosa ajena, la podían tomar impunemente también. La demanda en justicia y la pronunciación del fallo iban acompañadas de ceremonias religiosas ya que las dos se fundaban en ideas religiosas. El procedimiento era público y oral. Los juicios se celebraban probablemente en los mismos sitios cercados en donde se verificaban las reuniones comunales y nacionales. El pueblo permanecía fuera del cerco que rodeaba el puesto del

tribunal y tenía el nombre de «anilla» (*ring*). El proceso ó pleito se llamaba *ding*; de ahí el antiguo modismo alemán de *ir á ding y ring*. Los regidores («rajinburgos», «sajibarones», más tarde «schœppen»), elegidos entre los libres ypor los libres, discurrían y pronunciaban el fallo bajo la presidencia del «gerefa» (conde, antes «tunginus»). El enjuiciamiento era el de la acusación ó demanda, según el principio de «que no hay juez cuando no hay acusador.»

Era máxima muy corriente que el acusador no había de probar la culpabilidad del acusado, sinó al contrario éste su inocencia. La prueba principal era el juramento. El acusado debía justificarse mediante el juramento, mas su palabra no era suficiente; había de buscarse «ayudantes de jurar», es decir, amigos que aseguraran que creían sus afirmaciones de inocencia, ayudándole, por lo tanto, á jurar, robusteciendo su veracidad. Cuando, empero, el acusador no se fiaba del juramento del acusado ni de la palabra de sus ayudantes, podía invocar el juicio de Dios, llamado en antiguo alemán *urteili*, en anglosajon *ordal*, de donde el latín *ordalium* (y nuestra *ordalía*), como apelando á la sabiduría divina para que diese su fallo sobre la culpa ó la inocencia. La forma de la ordalía era la del duelo entre el acusador y el acusado ó la prueba del fuego ó la del agua. La mención más antigua de la «prueba de la caldera» en la cual el acusado demostraba su inocencia sacando del agua hirviendo un anillo sin escaldarse la mano, se halla en el código franco-salio. Indudablemente, empero, el uso de las ordalías se remonta á los tiempos primitivos arios, puesto que se encuentra también en la India. En la Edad media este uso jurídico sufrió varias modificaciones. Entre las ordalías más antiguas hay que contar ciertamente también, el «derecho de féretro», según el cual los deudos de un asesinado podían exigir que el acusado declarándose inocente, se acercara al féretro y tocara las heridas. Si la sangre volvía á manar, el acusado era culpable; si no, su inocencia quedaba demostrada. En un pasaje célebre del canto de los nibelungos, que á pesar de su barniz cristiano se remonta á la antigüedad pagana, se lee lo siguiente: «Mandose á los herreros que fabricasen á toda prisa un ataud, ataud de plata y oro, guarnecido de aros de templado acero, y habiendo pasado la noche, la noble señora Crimhild mandó llevar á la catedral á su queridísimo esposo Sigfrid, y llorando fueron con ella todos sus amigos. Cuando llegaron á la iglesia, doblaban las campanas y resonaba el canto de los sacerdotes. Acudió también el rey Guntario con su séquito, y vino también el feroz Hagen, quien hubiera hecho mejor en no acercarse. Dijo Guntario: Querida hermana, me duele tu pesar; ojalá no sufriéramos tan sensible perjuicio; á fé, eternamente habremos de lamentar la muerte de Sigfrido! Contestó la desconsolada mujer: No os molesteis; si sintieseis el hecho, no habría acontecido. Ellos empezaron á negar, y respondió la viuda: El que sea inocente, puede demostrarlo al momento. Que se acerque al féretro, aquí ante toda la gente. Así se descubrirá la verdad. Es un gran milagro que se realiza á menudo: cuando el asesino se acerca al cadáver, las heridas vuelven á sangrar. Así sucedió también ahora. Arrimándose Hagen al muerto, las llagas de éste empezaron á manar sangre; entonces redobláronse los lamentos».

Como en todas las cosas, así también en las cuestiones de derecho los germanos reconocían á la divinidad como última y suprema instancia. Era un pueblo piadoso, pues el sentimiento de la dependencia del hombre con respecto á las potencias naturales los llenaba de respeto por el misterio del mundo desde la infancia de su vida nacional. Los pensadores y poetas, funciones reunidas en el sacerdocio primitivo, habían intentado una solución de ese misterio en forma de ideas, sentimientos y creencias religiosas, como



CRIMHILD PIDE LA PRUEBA DEL FÉRETRO.

todas las antiguas religiones naturales han sido tentativas de solución de ese problema, y es de presumir con gran probabilidad, que en la época cuando el gentilismo germánico quedó vencido en Alemania por el cristianismo, su religión había alcanzado en dogma y culto un grado de desarrollo bastante elevado. A los alemanes, empero, no les favoreció la suerte como favoreció á sus hermanos septentrionales deparándoles la alhaja de su *Edda*, que contiene sistematizada la religión de los antepasados comunes de los escandinavos y alemanes. Del religioso sentir, pensar y obrar de los germanos meridionales, no se han conservado sinó fragmentos reunidos con inmenso trabajo por la aplicación colosal de Jaime Grimm en su *Mitología alemana*, en la cual el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

autor procura, además, librar estas tradiciones del falso colorido y de las deformaciones que habían adquirido bajo la pluma de los autores griegos y latinos.

El concepto indo-germánico del mundo, es decir, los contrastes de luz y tinieblas, día y noche, fuego y hielo, formaba el punto de partida de la religión germánica, que añadió el nuevo contraste de cielo y tierra. Este dualismo de potencias vitales amigas y hostiles por un lado, el dualismo de una entidad creadora y engendradora y otra que concibe y pare, por otro lado, produjeron y determinaron entre los germanos, como en otras naciones antiguas, el desarrollo politeista de la idea de Dios cuando esta hubo pasado del grado de vago barrunto al grado de la imaginación clara. Es cierto que en los dialectos alemanes más antiguos que conocemos, encontramos ya la palabra *Gott* (gótico *guth*, alemán alto *kot*, sajón *god*, alemán alto de la edad media *got*), mas la existencia de la palabra Dios no prueba el monoteismo primitivo de los antiguos alemanes, que podían emplearla puramente en el sentido de «divinidad.» Los germanos eran politeistas, y en el curso de los tiempos llegaron á tener una docena de dioses grandes ó mayores, cuyos nombres, empero, se han conservado solamente en Escandinavia en totalidad y solamente en parte en Alemania. La triada ó terna de dioses mencionada por Tácito en su *Germania*, Mercurio, Hércules y Marte, corresponde probablemente á Vodan, Donar y Zio. Vodan (Vuotan, Vuodan, Guodan, Voden, Vode, relacionado con la raiz sanscrita *budh* ó *vudh* que significa estar despierto, conocer, saber), era venerado como á Dios supremo, era el Zeus ó Júpiter germano, personificación de la fuerza cósmica que lo penetra y vivifica todo. Es el cielo cuya bóveda protege la tierra, es el sol que la alumbra, calienta y fecunda, es la tempestad purificadora, es el espíritu criador universal. Con él como promotor de las tempestades primaverales que echan fuera al invierno y anuncian el nuevo brotar de los frutos del campo, relaciónase aún hoy en el pueblo la idea del ejército furioso ó de la caza impetuosa. ¡Cuánto más viva debe de haber sido esta idea en la imaginación de los germanos gentiles! En el estruendo de los huracanes nocturnos que suele traer consigo el equinoccio primaveral, ellos oían la algazara de la cacería de Vodan, el soplar y relinchar de los corceles, el ladrar de los perros, el chasquido de los látigos y los gritos de los cazadores ¡haloh, huhú, hotó! Inmediatamente tras la jauría feroz, va dios Vodan, el tuerto, siendo su único ojo el sol, montado en su caballo blanco, llevando puesto su sombrero hongo de ala ancha, blandiendo su venablo Gungnir y teniendo en cada hombro uno de sus dos cuervos que, símbolos de su omnisciencia, le revelan en voz baja todo cuanto pasa en el mundo. Un largo séquito de dioses y diosas, compañeros de Valhala y Valkirias, va detrás del dios multiforme, fantástico y confuso, como sueño de noche de Valpurgis, no faltando tampoco en la procesión el gran adversario de los dioses que les sigue constantemente, el malvado Loko, personificación de lo tenebroso y malo, el antidiós ó pseudodiós, de cuyo nombre se hallan pocos rastros en Alemania, pero quien en los numerosos cuentos diabólicos dejó testimonios de lo mucho que con él debían de preocuparse los antiguos germanos. Así corre en los

aires por encima de las tierras, la tumultuosa cacería de Vodan cual duende espantoso, pero al mismo tiempo vivificante y benéfica cual temporal de primavera. «El Vode va á caza», dicen hoy los labradores de Pomerania y Meklemburgo. «Vuotan yáguit» murmuraban acaso sus abuelos, cuando de noche resonaba la trompeta tempestuosa del dios, y con su miedo y espanto mezclábase la esperanza de que por fin iba á terminar la triste temporada de un invierno septentrional.

En la espaciosa tierra (Nertus, Nirdu) Vodan engendra una numerosa familia de hijas é hijos divinos: Donar, dios del trueno; Zio, dios de la guerra; Fro, dios de la paz; Paltar, dios del derecho; Vol, dios de la caza; Aquin, dios del mar; Fronba, diosa del amor; Holda, diosa del matrimonio; Perata, diosa del trabajo; Hluodana, diosa del hogar; Ostara, diosa de la primavera; Pola, diosa de la cosecha. Estos dioses se presentan desde luego como emanaciones de la sustancia cósmica y moral de Vodan, así como en las diosas se manifiesta la naturaleza de la gran madre de la vida, la tierra. Como reverso subterráneo de esta madre de la vida, hay que considerar la idea primitiva de la horrible diosa del infierno, Hellia, cuya noción personal se convirtió después en la época cristiana en la noción local del infierno. A Hellia bajaban, según la creencia germánica, los que habían muerto de enfermedad ó vejez, mientras que los que habían caído en el campo de batalla eran conducidos á la Valhala, punto de reunión de los héroes, por las Valkirias, que escogían á los difuntos. Es por lo tanto indudable que los germanos gentiles conocían y creían el mayor consuelo del género humano, la idea del otro mundo y de la continuación del alma después de la muerte del cuerpo. Tampoco carecían de la idea del destino como necesidad física y moral superior á todo, según se ve por el hecho que la idea del destino estaba representada en el sistema mitológico-escandinavo por las figuras de las Nornas. Finalmente hay que advertir que como en todas las religiones naturales, así mismo en la germánica había una fuerte corriente panteista. De semejante sentimiento de divinización ó espiritualización de la naturaleza la fantasía popular sacó luego las ideas que aun hoy viven en las consejas alemanas de gigantes y enanos de varias clases, de espíritus domésticos, silvestres y acuáticos, unos benévolos, otros malévolos para con el hombre. También la idea de la dicha llegó á personificarse y aun más acá de la Edad media «la señora fortuna» era mencionada é invocada con frecuencia.

Los sitios donde se practicaba el culto, eran los bosques ó los templos, estos construidos de madera y de sencillísima arquitectura. También en la cumbre de las montañas, al lado de manantiales abundantes, cerca de las ruidosas cascadas, en la orilla de lagos solitarios, bajo árboles que sobresalían por su corpulencia y belleza, como por ejemplo la encina de Donar cerca de Geismar, venerábase á los dioses con oraciones y sacrificios. También había imágenes de dioses, ídolos al principio esculpidos en madera y más tarde fundidos en metal. El ídolo más famoso de Germania era la columna de Irmin cerca de Herespurgo en Westfalia, mandada destruir por Carlomagno, el convertidor por fuerza. Al principio cada padre de familia

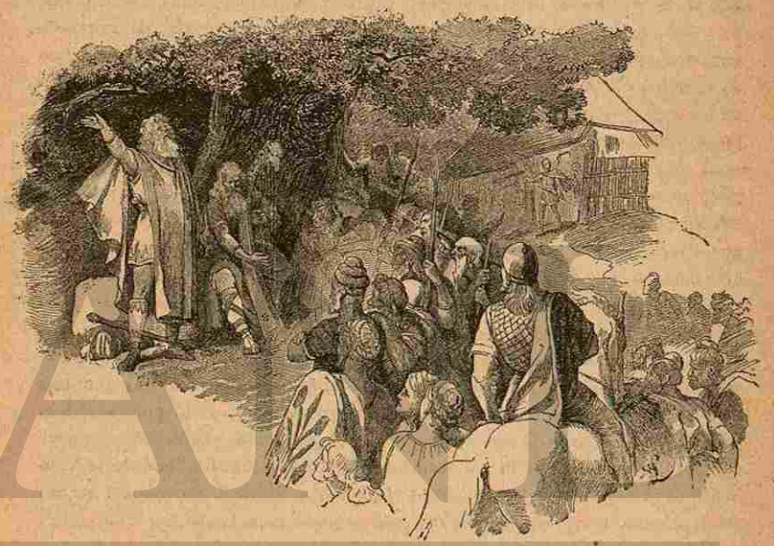
fué probablemente el sacerdote de su casa. Más tarde, multiplicándose las formas del culto, habia la profesión de sacerdotes y sacerdotisas, pero nunca hubo una casta hereditaria de sacerdotes. Los actos principales del culto eran la oración, el sacrificio y el oráculo. Rezando los antiguos alemanes dirigían el rostro hácia el Norte, para encontrar la mirada de los dioses, á los que se figuraban mirando continuamente hácia el Sur.

La palabra alemana moderna *opfern* (sacrificar) es de orígen latino (oferre); en la Alemania antigua decíase *blotan* (sangrar) indicando con la palabra la idea de un sacrificio cruento. Sacrificábase para dar gracias á los dioses ó por expiación, siendo las víctimas bueyes, moruecos, berracos, lechones, machos cabríos y caballos; los cráneos de estos se clavaban á los troncos de los árboles de los bosques sagrados. Mas también la sangre humana humedecía á veces los altares de los dioses germánicos. Tácito menciona terminantemente los sacrificios humanos entre los semnones, cheruscos y hermunduros; no ménos fidedignos son otros testimonios antiguos que afirman semejante celo religioso, terrible entre los godos, sajones, francos, turingios y frisones. Más tiempo que entre los alemanes duraban los sacrificios humanos entre los escandinavos. La fiesta anual de la gran diosa de la tierra terminaba, según la descripción de Tácito, con la inmolación de todos los esclavos que habían trabajado en el servicio divino, tratado como culto misterioso. Abundantes víctimas caían en las grandes fiestas, especialmente en la época de los solsticios del invierno y del verano; el primero, la fiesta de Jul, celebrada con gran júbilo en todos los países germánicos, solemnizaba el renacimiento del dios del sol. Los sacerdotes cristianos la convirtieron después en su fiesta de Navidad, como también trasformaron la fiesta primaveral que los germanos gentiles dedicaban á su diosa Ostara en la fiesta cristiana de Pascua de Resurrección. Con las oraciones y los sacrificios combinábanse en las fiestas religiosas, que atestiguan los profundos sentimientos de la raza germánica por los fenómenos naturales, grandes fogatas en las cumbres de las montañas y en los linderos de los bosques sagrados, simbolizando esas «chispas» la divinidad presente en el sol y en la llama. Las llamaradas se consideraban también una protección eficaz contra los espíritus malignos y los hechizos. A las alturas sagradas, por los bosques sagrados, alrededor de las fogatas sagradas dirigíanse las procesiones festivas acompañadas de varias especies de mojigangas, por ejemplo, la fiesta primaveral, la dramatización del entierro del invierno, como se hace aún hoy en la época del Carnaval en las aldeas de la Alemania del Sur.

Un banquete copioso terminaba las fiestas de los dioses, siendo una particularidad de estos festejos la bonita costumbre de los brindis. Brindábase solemnemente por los dioses, asegurándoles su cariño, y á esta costumbre ateníanse los germanos tan tenazmente, que convertidos al cristianismo brindaban por la salud del «señor Cristo» ó de la «vírgen María», como antes por la de Donar ó de Freia. Decían oráculos á los consultantes los sacerdotes y las sacerdotisas interpretando el vuelo y el grito de ciertas aves ó el relincho de los caballos blancos mantenidos con este fin en los bosques de los templos.

Un tercer modo de consultar el destino era el siguiente: en los ramitos desgajados de un haya se grababan ciertos signos y se echaban á tierra al azar, luego se recogían y ordenaban, manifestando el pronosticador lo que los runos grabados indicaban. De esta ceremonia religiosa procede el nombre alemán de las letras *palos de haya* (buch staban). Además de las artes del oraculismo, los sacerdotes y sacerdotisas de Germania ejercían también la saludaduría y el exorcismo, habiéndose conservado dos de sus fórmulas, las llamadas oraciones hechiceras de Merseburgo.

Las canciones mitológicas de los antiguos alemanes han desaparecido; pe-



TROVADORES ALEMANES.

ro lo profundas que eran las raíces de las ideas religiosas en el corazón del pueblo, lo atestiguan, prescindiendo de muchos otros usos y costumbres, los nombres de la mayor parte de los días de la semana. El día del sol y el día de la luna recuerdan el culto antiguo ario de los astros y del fuego; en la Suiza alemana el martes lleva aún hoy claramente el nombre del dios Zio (Ziestig), el miércoles anglo-sajón-inglés, «Wednesday,» es día de Vodan; el jueves alemán, «Donnerstag,» es día de Donar, y su viernes, «Freitag,» día de Freia. No cabe duda que en los días y fiestas de los dioses, los más antiguos poetas líricos alemanes (Skeopas, Skope, Skofe, del verbo skeapan, crear) «cantaban y decían» los mitos de los dioses ante los príncipes y el pueblo, es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir, que los recitaban al son del arpa y de la cítara. Además del canto mitológico salía de la boca de estos antiguos cultivadores venerados y aplaudidos de los alemanes también el canto heróico; cantaban y decían las proezas de Teut y Manus y del libertador Arminio. Esto lo sabemos y por lo tanto no es atrevido suponer que los tonos fundamentales de los cuentos heróicos tratados poéticamente en las épocas posteriores á la Edad media resonaban ya en Germania durante todo el período de la transmigración de los pueblos: á saber, los cantos del héroe Sigfrido y de la valquiria Brunhilda, del tesoro de los nibelungos ganado y perdido, de la venganza de Krimhild, del viejo Hildebrand y del jóven Hadebrand, de Gualtero de Aquitania y de la bella Hildegunda; así mismo del lobo Isengrim y del zorro Reinhard, pues precisamente en estos cuentos de animales respira el aroma silvestre primitivo de la poesía germana, que tanto en Germania como más arriba, en Escandinavia, se servía de la forma particular germánica de la aliteración. Es muy dudoso si alguna parte de esta antiquísima poesía alemana ha sido escrita en los tiempos precristianos; lo cierto desgraciadamente es, que prescindiendo del Beowulf anglo-sajón, sólo pocos recuerdos nos han sido trasmitidos. Semejantes recuerdos se revelan indirectamente en la crónica goda de Jordanis escrita en latín en el siglo VI y en la crónica longobarda de Warnfrid en el siglo VIII, en las relaciones más antiguas de los cuentos de animales, y en la canción latinizada de Gualtero, del siglo X, directamente; empero, en un fragmento de la canción de Hildebrand, redactado en antiguo alemán alto. Pero la idea más clara ó ménos confusa de la vida de los héroes y de las creaciones de los poetas de la Germania pagana nos la proporciona la canción de Beowulf que los anglos-sajones llevaron á Britania probablemente ya completa cuando abandonaron sus domicilios en el Elba inferior. Esta poesía revela la grandiosidad feroz de una época en que los germanos empezaban á pasar del crepúsculo mítico de la existencia sin historia á los confines de la vida histórica. Después toda la tradición poética del gentilismo germánico ha tomado nuevas formas de vida en las poesías nacionales alemanas de la Edad media.

Hemos llegado ya en nuestra revista de los tiempos paganos de Alemania al punto donde cesa todo humano ser y vagar á la tumba. De la escena final del drama de la vida germánica hemos de hablar pues: de la sepultura. En vista de los sepulcros hallados, así como de lo que se nos ha trasmitido en canciones, cuentos y en la historia, hemos de creer que la sepultura era para los antiguos germanos un asunto muy importante, como en general los cuidados por los muertos es señal de un grado regular de civilización. En la mayoría de las tribus germánicas el uso de la incineración está demostrado, ó por lo ménos es sumamente probable. Si hemos de creer á Tácito, los germanos quemaban á sus muertos junto con sus armas y corceles, enterrando las cenizas y los huesos no consumidos por el fuego y levantando túmulos de césped sobre los sepulcros. El historiador romano menciona una circunstancia que prueba la tenacidad con que los germanos conservaban aún en la muerte la distinción de las clases: dice que para la quema de nobles y libres estaban

reservadas ciertas especies de maderas, y por consiguiente podemos suponer que éstos se quemaban en hogueras hechas de madera de encina y haya, mientras que las piras de los no libres eran de maderas de pinos y abetos. No solamente sus caballos acompañaban al muerto germánico en la hoguera, sinó que en tiempos más antiguos le seguía su mujer. La costumbre que hasta nuestros días ha existido en la India, de seguir la viuda á su marido en la muerte, era también germánica, conservándose mucho más tiempo en Escandinavia que en Alemania. La mitología y los cuentos heróicos la mencionan; según la primera, la diosa Nanna es quemada con su esposo asesinado, el dios Baldur. En los cuentos de Sigurd del Edda, que contienen la narración más antigua del mito de los nibelungos, se refiere cómo la balquiria Brunhilda se mata para no sobrevivir á su prometido Sigurd y como ella misma dispone el hacinamiento y el ornato de la pira común, siendo notable que ocho mozos y cinco criados le habían de seguir en la muerte; esta especie de sacrificio fúnebre no podía tener otro significado que el deseo de los héroes de no quedarse sin servidumbre en el otro mundo.

En la canción de Beowulf se describe de la siguiente manera la disposición para la quema del rey viejo: «Entonces levantaron rapidamente los héroes de Geatland una gran pira, rodeándola para adorno con yelmos y escudos, con brillantes corazas como había mandado; en el centro colocaron al augusto rey, al querido señor, los héroes condolidos» y como contraste de semejante pomposa sepultura ígnea de rey mitológico, tenemos noticia de una sepultura terrestre particular de rey histórico, pues Jordanis refiere en su crónica goda que los guerreros de Alarico, después de la muerte de este famoso caudillo en tierra de Calabria, desviaron la corriente del Busento en cuyo lecho cavaron una tumba profunda para depositar en ella al muerto con sus caballos, armas y alhajas, la cubrieron otra vez con tierra y condujeron de nuevo el rio á su antiguo lecho. Aun otra forma de sepultura muy particular y altamente poética era usual entre los germanos costariegos, como igualmente se lee en la canción de Beowulf y como se desprende de la descripción que la Edda nos da de la sepultura de Baldur. Llevábase al cadáver armado de punta en blanco á bordo de un «dragón de mar» colocándole sentado y con la espalda apoyada al mástil, al rededor de él amontonábanse los objetos á que había manifestado más afición durante la vida, luego se izaba la vela, se pegaba fuego al barco y se lanzaba á las olas; de tal manera el héroe montado en corcel de fuego se elevaba á la Valhala de Wodan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Germania en emigración.



En el viaje.

II.

Época de la transmigración de los pueblos.

Es la historia una serie de revoluciones y reacciones, un eterno avanzar y retroceder de la incansable oleada de evolución del espíritu humano. Al impetuoso progreso opónese la fuerza de la inercia como freno y rémora, como dique contra el cual vá á estrellarse la marea que de otro modo se levantaría á lo infinito anegándolo todo bajo su espuma. La ola retrocede, pero ha fecundado el terreno con nuevos gérmenes de cultura, nuevos reinos del pensamiento, nuevas formas de estado, nuevos cambios sociales. El hecho de ser violentos los adelantos y retrocesos, de verificarse solamente en medio de luchas que cuestan á la humanidad ríos de lágrimas y sangre, es sensible, pero hay que admitirlo como una ley fija é inevitable de la naturaleza. La historia del mundo no es, por cierto, un idilio, sinó una tragedia muy seria, entretejida, para hacerla ménos horrorosa, con esos entreactos cómicos en los que el héroe tiene por compañero al payaso, y que ponen en movimiento los músculos risorios de los espectadores para dar descanso á sus glándulas lagrimales.

Una oleada revolucionaria de amplitud, intensidad y duración cual no había visto el mundo hasta entonces, vino á sacudir los cimientos de Europa en el siglo IV de la era cristiana, barriendo el imperio romano del Occidente y cubriendo con sus ruínas el suelo sobre el cual iba á plantar el nuevo órden germánico y la cruz del Redentor.

Llamábase aquella gran revolución la trasmigración de los pueblos; durante dos siglos enteros fluyó y refluyó, y propiamente hablando, la marea destructora y reformadora no se detuvo sinó ante el edificio político de Carlomagno, con el cual empieza el periodo que solemos llamar la Edad media. Lo que hay entre el principio de la transmigración y el levantamiento de la monarquía carlovingia es una confusión caótica: el mundo antiguo había dejado de existir, el mundo cristiano germánico no existía aún. Nadie extrañará la



La Germania en emigración.



En el viaje.

II.

Época de la transmigración de los pueblos.

Es la historia una serie de revoluciones y reacciones, un eterno avanzar y retroceder de la incansable oleada de evolución del espíritu humano. Al impetuoso progreso opónese la fuerza de la inercia como freno y rémora, como dique contra el cual vá á estrellarse la marea que de otro modo se levantaría á lo infinito anegándolo todo bajo su espuma. La ola retrocede, pero ha fecundado el terreno con nuevos gérmenes de cultura, nuevos reinos del pensamiento, nuevas formas de estado, nuevos cambios sociales. El hecho de ser violentos los adelantos y retrocesos, de verificarse solamente en medio de luchas que cuestan á la humanidad ríos de lágrimas y sangre, es sensible, pero hay que admitirlo como una ley fija é inevitable de la naturaleza. La historia del mundo no es, por cierto, un idilio, sinó una tragedia muy seria, entretejida, para hacerla ménos horrorosa, con esos entreactos cómicos en los que el héroe tiene por compañero al payaso, y que ponen en movimiento los músculos risorios de los espectadores para dar descanso á sus glándulas lagrimales.

Una oleada revolucionaria de amplitud, intensidad y duración cual no había visto el mundo hasta entonces, vino á sacudir los cimientos de Europa en el siglo IV de la era cristiana, barriendo el imperio romano del Occidente y cubriendo con sus ruínas el suelo sobre el cual iba á plantar el nuevo órden germánico y la cruz del Redentor.

Llamábase aquella gran revolución la trasmigración de los pueblos; durante dos siglos enteros fluyó y refluyó, y propiamente hablando, la marea destructora y reformadora no se detuvo sinó ante el edificio político de Carlomagno, con el cual empieza el periodo que solemos llamar la Edad media. Lo que hay entre el principio de la transmigración y el levantamiento de la monarquía carlovingia es una confusión caótica: el mundo antiguo había dejado de existir, el mundo cristiano germánico no existía aún. Nadie extrañará la

desaparición miserable de aquél por el asalto de los «bárbaros», como llamaban á los antiguos alemanes los romanos enervados y los griegos todavía más enervados, pues nadie ignora lo corrompido que estaba aquel mundo. El nuevo fermento del cristianismo no había podido contener el espantoso proceso de descomposición; al contrario, debía acelerarlo: al glotón enfermo de muerte no le puede salvar la dieta más rigorosa. El hundimiento del Olimpo fué seguido lógicamente de la caída del Capitolio. La nueva fe necesitaba de hombres nuevos. El ideal cristiano trataba de proporcionarse en el germanismo el cuerpo en el cual pudiera personificarse y tomar puesto en la historia Universal. Mas la sociedad antigua no murió de repente; enfermiza y lánguida perecía poco á poco, quedándole así vida suficiente para inocular, con su cultura, sus vicios á su heredera forzosa, Germania. Mediadora en esto era la fe cristiana infectada por la corrupción greco-romana y desfigurada por el clericalismo, la cual, tal como era obraba en los rubios «bárbaros» varias clases de milagros, pero pocos edificantes. Examínese sinó á los germanos cómo eran durante la transmigración de los pueblos é inmediatamente después. Exceptuando el valor y la virilidad, pocos se percibirán de las virtudes que Tácito había observado en ellos. A la fuerza brutal primitiva habíanse agregado en grado repugnante sobradas veces la lujuria romana y la perfidia bizantina.

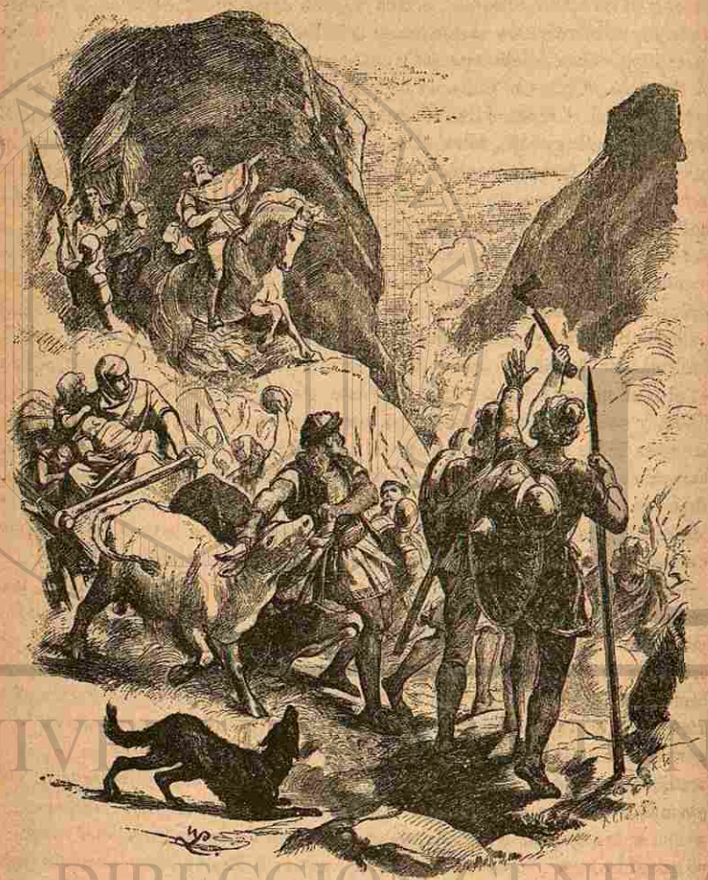
El alud de pueblos que se precipitaba sobre la Roma occidental no se abalanzó de golpe; y aunque son muy imperfectos los datos con que hemos podido hacernos respecto de lo que sucedió en Germania durante los siglos II y III, hemos de suponer, sin embargo, que hubo grande inquietud y muchos cambios en la vida de las tribus alemanas. Evidentemente predominaba también la tendencia de reunir en grandes federaciones los elementos afines dispersos, si bien la idea de nación, si alguna vez había sido concebida claramente, parecía del todo olvidada. Nos cuentan de tribus y de federaciones germánicas, pero no de una nación germánica. También la trabazón político-social del antiguo estado germánico se había debilitado ó transformado ó desmoronado enteramente. La antigua constitución comunal era demasiado estrecha para la necesidad y expansión guerreras. Las antiguas repúblicas aristocráticas se habían convertido en monarquías militares, favoreciendo en alto grado al principio monárquico, el cristianismo introducido entre los germanos desde Roma y Bizancio. El camino del duque electivo germánico-pagano al rey hereditario germánico-cristiano era largo, pero la política eclesiástica sabía abreviarlo considerablemente, manifestándose las transiciones por la abundancia de los títulos romanos de rey, duque y conde durante la invasión del imperio. Sin embargo, sólo al gran rey de los francos Carlomagno fué posible monarquizar por completo el Estado germánico, es decir, trasladar á la persona del príncipe la soberanía, el poder supremo, que antes residía en la comunidad de los libres reunidos en asamblea general.

Ya en el siglo III, y más todavía en el siguiente, Roma podía sostenerse sólo á fuerza de mucho trabajo contra el empuje de los germanos, prescindiendo de que muchas veces la esencia del poder se hallaba en manos de los caudillos germánicos al servicio de Roma, no quedando más que la apariencia á los

degenerados descendientes de los Césares. Era imposible impedir la acumulación cada vez más amenazadora de los ejércitos germánicos organizados en las fronteras del imperio romano del Occidente y del Oriente. En el alto Rhin entre los Vosgos, los Alpes y el Lech, la gran federación de los alemanes se había establecido amenazando al mismo tiempo á Italia y á Galia. En las llanuras de la Germania septentrional, el Elba y el bajo Rhin, las montañas del Harz y el mar del Norte, residían los sajones, detestando por igual la monarquía y el cristianismo y manteniendo la fe de los antiguos dioses, así como la antigua constitución comunal y cantonal. Entre las montañas del Harz y el Danubio, la selva de Bohemia y el Saale, vivían los turingios. El país del Rhin central al rededor de Worms estaba ocupado por los borgoñones ó burgundios. Más abajo, entre el bajo Rhin, el Mosa y el Waal, estaban domiciliados los francos, pueblo compuesto de los antiguos cattos, bructeros, sigambros y bátavos. En las costas del mar germánico y las islas adyacentes hallábase establecida la tribu de los frisones. Pero entre todas las tribus y federaciones mayores y menores descollaban los godos establecidos primitivamente, según sus propias tradiciones, referidas por Jordanis, en Escandinavia («Scanz») de donde pasaron el Báltico para ocupar las rocas del Vistula y avanzar desde allí por las grandes estepas y selvas sarmáticas hasta el Danubio y el mar Negro. El terror de las armas godas llegaba hasta el Bósforo en el Asia menor y Grecia. Dividíase este pueblo en ostrogodos (godos del Este), y visigodos (godos del Oeste), ocupando el trono entre los primeros la dinastía de los Amalos ó Amalungos, y entre los segundos, la de los Baltas, teniendo ambas dinastías un orígen divino, según la creencia de sus naturales. Iban con los godos, más ó ménos sometidos a ellos, varias tribus afines como los hérulos, los rujios, gépidos y vándalos. Al este de los góticos hasta el Cáucaso nomadizaban los alanos, pueblo mestizo de germanos y eslavos.

No sólo acompañaba á los godos una gran belicosidad, si que tambien los gérmenes civilizadores. Tenían mucha afición al canto y á las fábulas, como demuestran claramente los recuerdos de sus cantos épicos en Jordanis. La tribu de los godos ha sido, así mismo, sinó el primero, al ménos el más fuerte sustento de la civilización cristiano-germánica. A lo largo del Rhin y á orillas del Danubio superior y central la doctrina cristiana había sido propagada entre las tribus germánicas desde el siglo II, según la leyenda, por discípulos de los pretendidos apóstoles de Cristo. Pero en ninguna parte la conversión de los germanos á la fe nueva ha dejado vestigios tan venerables y tan gloriosos como entre los godos, entre los cuales ha creado un monumento más duradero que el bronce y la piedra: la traducción de la Biblia al gótico por el obispo Ulfila (Wulfila, Wölfle.) Oriundo de Capadocia Ulfila vivió entre los visigodos de Dacia en el Danubio inferior, desempeñando entre estos cristianos arrianos las funciones de obispo desde el año 348, sufriendo después grandes contrariedades, hasta morir en Constantinopla en 388. Fué tan venerado por su pueblo como antiguamente Moisés por los hijos de Israel, y aun hoy es elogiado por los alemanes como creador del lenguaje germánico escrito. Tomando por modelo las formas griegas y teniendo en cuenta las runas germánicas, Ulfila

creó un alfabeto gótico y á beneficio de este instrumento, el primer libro germánico, su Bibla gótica, de la cual nos ha conservado unos fragmentos preciosísimos el magnífico *Codex argenteus* de Upsala. Sólo con el uso de la escritura empieza la civilización superior de un pueblo y por esto la Biblia



LOS GODOS PASAN LOS ALPES.

gótica de Ulfila determina esta época de la cultura germánica. Fué una hora profética verdaderamente bendecida la en que el Moisés de los godos se sentó en su celda colocada tal vez á la sombra de una encina consagrada á Vodan ó Donar, para traducir al gótico la oración de aquél que dijo: Acercaos á

mí todos los que estais cansados y angustiados, yo os refrescaré:» «atta unsar etc.» ¡Qué cambios ha tenido que sufrir la lengua alemana desde el día en que una madre goda enseñó por primera vez este Padre nuestro á sus hijos! El dialecto gótico, tal cual fué elevado á lenguaje literario por la Biblia de Ulfila, el monumento más antiguo de las lenguas germánicas, tuvo por hija el antiguo alemán alto que se habló en Alemania desde el siglo VII al XI, siguiéndole el alemán medio y á este el alemán moderno, ramificándose cada uno de estos dialectos en numerosas variedades.

No les fué concedido á los godos avanzar á los grados superiores de la civilización en sus domicilios á orillas del Danubio y del Dnieper, pues sobre ellos cayó en el último tercio del siglo IV el peso de la invasión de los hunos en Europa después que los alanos habían recibido el primer choque. El terrible huracán de los hunos partiendo del Asia alta, convirtió nuestro continente en un mar de pueblos confuso y proceloso. El fin del mundo parecía haber llegado, sobreviniendo «el crepúsculo de los dioses» como lo canta el Edda. Los pueblos pequeños fueron revueltos en torbellino cual hojarasca seca en otoño, y los grandes arrojados de una parte á otra, del Norte al Sur, del Este al Oeste. Unas tribus eslavas se introdujeron en Alemania hasta el Elba, mientras que las germánicas vagaron hasta las islas griegas y las costas de África. Los suevos, que habían vivido al Este del Elba, se vieron arrojados al Noroeste de España, los alanos del Don á Portugal, los vándalos del Dnieper á Andalucía y de allí á la patria de Aníbal. La corriente gótica inundaba con sus impetuosas olas las provincias orientales y occidentales de Roma y en su tercer asalto los visigodos bajo el mando de Alarico ocuparon Italia y Roma (en el año 410). Es característico de la conducta de estos reyes germánicos de la época de la invasión la respuesta lacónica de Alarico á la tímida pregunta de los descendientes de los Escipiones, Gracos y Césares; «¿Qué quieres dejarnos, oh rey? La vida.» ¿Qué plenitud de pasado y porvenir concéntrase en la hora en que el héroe gótico, que después encontró su tumba en el lecho del Busento, mostró á su ejército acampado en la colina de la campaña Romana, «la ciudad eterna,» la envejecida señora del mundo, la encanecida pecadora como botín seguro del vencedor y luego no concedió más que la vida á los enviados del senado romano que estaban delante de él humildes y suplicantes?

La emigración de los visigodos terminó con la fundación de un imperio que se extendía desde el Loire de Galia hasta la costa meridional de España. Pocos años después (desde el 449 en el cual Hengis y Horsa desembarcaron en Kent) los anglo-sajones arrebataron al imperio romano otra provincia importante, Bretaña, fundando después de vencer á los keltas y romanos bajo el nombre de tierra de los anglos ó sea Inglaterra, siete reinos germánicos que se extendían al Norte, más allá del Frith of Forth y al Oeste hasta las montañas de Gales. Entre tanto verificábase el segundo choque del huracán mongólico: Atila, el azote de Dios, salió con un inmenso ejército del cual formaban parte también muchas tribus germánicas, especialmente los ostrogodos, para llevar la ruina y la muerte desde Hungría, sobre Alemania, Galia é Italia. La batalla gigantesca en el llano de Chalons (451) puso término al pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

greso feliz del dominador del mundo. En aquella sangrienta batalla los germanos combatieron contra germanos, los ostrogodos contra los visigodos. El «último Romano Aecio» había reunido por postrera vez todas las fuerzas del mundo cristiano-héltico-germánico-romano, para resistir la acometida del mundo pagano-germánico-slavo-huno. Dos años después murió Atila y con él el imperio de los hunos. Veinte y tres años más tarde, el germano Odoacro, jefe de los hérulos y rujios puso fin á la miserable farsa del imperio romano del Occidente, tomando también el nombre de rey de Italia.

Por mucho tiempo aun, y propiamente hablando, por desgracia, durante toda la Edad media, aquel país siguió siendo el término predilecto de la emigración y el teatro de las tentativas políticas de los germanos. Después de un reinado de trece años el sol del hérulo Odoacro se inclinó al ocaso mientras salía brillante sobre el horizonte de la península apenina el sol del ostrogodo Teodorico, llamado Ditrij de Bern (Verona), en la poesía heróica alemana. Ciertamente la invasión de los ostrogodos en Italia en el año de 489 fué obra de la astuta diplomacia de Bizancio, la cual procuraba alejar á los incómodos germanos de las comarcas del Danubio inferior; pero la esperanza que se había concebido en Constantinopla de que Teodorico conquistaría Italia para el imperio Oriental contentándose con el papel de gobernador imperial, resultó ilusoria. Después de batir repetidas veces á Odoacro, quien se defendía enérgicamente, y al cabo de algunos años de sitio de Ravena, la fortaleza más firme de aquella época, Teodorico consiguió enseñorearse de Italia, reinando sobre ella hasta su muerte en 526, con un esplendor que se extendía sobre todo el mundo germánico y por el cual sus contemporáneos le apellidaban el «grande». Mientras trataba de infiltrar la civilización europea entre sus godos, intentaban al mismo tiempo aunar á todas las tribus germánicas en una sola confederación poderosa; pero la malhadada fuerza centrífuga germánica se oponía hostilmente á la sola idea y mucho más á la tentativa de realizarla. Ditrico de Verona (así le llamaron por la victoria decisiva sobre Odoacro que ganó cerca de aquella ciudad), hubo de contentarse con gobernar á Italia de tal manera, que hasta los italianos subyugados reconocieron su gobierno como una bendición. El más celebrado de los reyes militares germánicos estaba poseído del vivísimo deseo de civilizarse, aunque su mano acostumbrada á empuñar la espada no sabía manejar el cálamo y tenía que pintar su firma sobre una pauta. Pero persuadido de la superioridad de la cultura romana, procuraba combinar el romanismo con el germanismo en las leyes, la administración, en toda la vida pública y privada, gustando de atraer á los hombres doctos á su corte, en la cual se encontraban frente á frente las costumbres romanas y las germánicas. Uno de los últimos representantes y cultivadores de la civilización antigua, Casiodoro, organizando la enseñanza superior, ha sido en este respeto el guía y director de toda la Edad media. Los cursos estaban arreglados de manera que en las tres clases inferiores de las escuelas los alumnos aprendiesen el llamado trivio (la gramática, la retórica y la dialéctica), mientras que en las cuatro superiores se cursase el llamado cuadrivio (aritmética, música, geometría y astronomía). Estas asignaturas componían juntas las siete artes liberales y como tales fueron durante la Edad Media la base de toda enseñanza.

Mientras el gran Teodorico, desde el palacio de Rávena, se esforzaba sensata, pero inútilmente, en conciliar y fusionar á germanos é itálicos, ó conquistadores y conquistados, más allá, en Roma, junto la antigua basílica de San Pedro, una política flexible y elástica, pero dirigida constante é imperterritamente hácia un gran fin, elevaba poco á poco al obispo de Roma al rango de papa. Muy instructivo es contemplar la astucia ingeniosa con que la Iglesia romana supo torcerse y girarse á través de todos los peligros y vicisitudes de aquel tiempo, la habilidad con la cual sacaba de cada derrota la fuerza para nuevas tentativas coronadas de buen éxito, acertando á contrarestar á tal adversario por medio de tal otro, al segundo por un tercero y á este por medio de otro cuarto, venciéndolos finalmente á todos. Mirada sin prevención, la historia del papado, cada vez más pujante, es la historia del poder del espíritu sobre la materia, del ingenio sobre la fuerza bruta. Esta historia nos demuestra irrefutablemente, que una grande idea, si trata de realizarse con perfecta fineza, incansable energía y falta absoluta de escrupulosidad, puede encontrar obstáculos en su camino, pero los llega á vencer todos. La manera como la Iglesia durante los siglos tempestuosos de la transmigración de los pueblos supo someter de nuevo al yugo romano transformado en cruz, á los destructores germánicos del Imperio universal, debe considerarse como uno de los acontecimientos más asombrosos de la tierra, y mirado en conjunto merece nuestra admiración, por más que los pormenores no nos pueden inspirar muchas veces más que repugnancia y asco. No puede negarse que, como sucede en todas las grandes revoluciones, asimismo en la cristianización de los germanos los instintos más generosos alcanzaron su fin muchas veces solamente con ayuda de los más ruines, valiéndose el pensamiento cristiano de unas formas de presentarse tan grotescas y disolutas que era imposible descubrir su carácter original.

La dominación de los ostrogodos en Italia descansaba solamente en dos ojos, los de Teodorico; cerrados estos decayó rápidamente. La muy ilustrada hija de Teodorico, Amalasvinta, que conversaba con los griegos y los romanos en la lengua de ellos, era incapaz de detener la ruina inminente, no logrando siquiera preservar la propia vida de las manos de asesinos. En balde los godos levantaron sobre el pavés sucesivamente á tres héroes, Vitijes, Totila y Teia; todos sucumbieron por la propia discordia, las intrigas bizantinas y el genio militar de Belisario y Narses. En el año de 553, cerca del Vesubio, dieron su última batalla que terminó el episodio ostrogótico de la historia de Italia, mientras que el reino visigodo de España no se acabó hasta el año de 711, cuando se desangró bajo el alfanje del islam en la batalla del Guadalete.

Los ostrogodos, empero, fueron vengados de los bizantinos é itálicos en el suelo de Italia misma por sus hermanos germánicos los longobardos, que en el año de 568 bajo el mando de su heróico rey Alboino, pasaron los Alpes y sometieron toda la península hasta el extremo de Calabria, con excepción de unas pocas plazas marítimas. Alboino escogió por capital y residen-



NARSES.

cia la ciudad de Pavía. Los «sucesores de Pedro», que se habían acostumbrado ya á considerar á Roma como su legítima posesión, trataron de conservar su independencia en frente de los nuevos conquistadores y lo consiguieron más ó ménos completamente.

Más tarde, empero, viéronse obligados á pedir socorro á los francos contra las invasiones de los longobardos. Los francos, divididos al principio en salios y ripuarios, habían constituido bajo su rey Clodoveo (desde 481), en las márgenes del Bajo Rhin un imperio que después de la sumisión de los alemanes y borgoñones comprendía toda la Germania occidental y la mayor parte de la Galia. Los francos eran entonces indudablemente los primeros entre los germanos y demostraban que entendían el arte de constituir Estados mucho mejor que ninguna otra tribu germánica. Su rey Clodoveo, el cual se dejó convertir al cristianismo por su esposa la borgoñona Clotilde, haciendo luego cristianos (¡pero qué cristianos!) á sus francos, á pesar de su cristianismo fué uno de los más horribles facinerosos que el mundo ha visto, pero al par, indisputablemente, el más grande hombre de Estado de su tiempo; un mónstruo de la clase de Iván el terrible de Rusia, pero fundador y organizador perfecto. Cuando por Navidad de 496 tomó el bautismo católico en la catedral de Reims, significaba este acto la victoria del catolicismo sobre el arrianismo. Con el fino olfato que tuvo siempre la Iglesia, el papa romano lo conoció y supo lo que hacía saludando al recién bautizado como rey «cristianísimo». Clodoveo no supo preservar á su dinastía merovingia de una degeneración y alelamiento que han hecho despreciables á sus descendientes, calificados de reyes «perezosos ú holgazanes»; pero los cimientos de la monarquía franca echados por él se sostuvieron aún cuando el inmenso peligro de la invasión muslímica en Galia lo sacudió, pues el martillo de guerra franco destruyó en Poitiers (732) la esperanza de los asiáticos de aplastar el mundo germánico y la Europa entera. Pareció muy natural que el hijo de Cárlos Martel, el vencedor de Poitiers, Pepino, llamado el Breve, en el año de 752 pusiera fin á la monarquía holgazana merovingia, haciéndose rey él mismo. El ceremonial observado en este golpe de estado presentó una mezcla extraña de costumbres y maneras germánico-paganas y judío-cristianas.

Los caudillos de los francos, en una asamblea nacional celebrada en Soisons eligieron rey á Pepino, levantándole sobre el pavés ante todo el pueblo, segun la antigua costumbre; pero también estaban ya preparados los obispos francos á ungir al nuevo rey por autorización y encargo del papa Zacarías, como Samuel había ungido á David. Con esto se pretendía proclamar solemnemente y hacer valer el nuevo dogma cristiano-eclesiástico de la institución divina de la monarquía de los reyes por la gracia de Dios. La Iglesia había inventado el origen divino de la monarquía naturalmente bajo la supuesta condición de que ella como posesora y distribuidora de todas las gracias de Dios sería y seguiría siendo la dueña de los reyes. En virtud de un derecho divino (así se proclamaba), los reyes gobernarían á los pueblos; pero (esto no lo decían, sinó que solamente lo pensaban por ahora) muy por encima de todos los tronos reales estaría la «Santa Sede». Todo indica que ya en aquella

época la curia romana había concebido la idea de la dominación del mundo; en el germanismo veía el instrumento apropiado para la realización de aquella idea, es decir, en el germanismo representado por los francos Clodoveo y Pepino. La renovación del imperio romano que se verificó más tarde en la persona del hijo de Pepino, Carlos, fué premeditada y preparada mucho antes en Roma, pues había de parecer útil y cómodo concentrar el poder de la



PEPINO ELEGIDO REY.

cristiandad en un imperio del que la madre Iglesia pudiera servirse á su antojo como de su brazo seglar cuya obediencia absoluta le estaba asegurada.

Tal era también el concepto que se había formado de los germanos en general y de los reyes francos en particular el «apóstol de los alemanes», el fraile anglo-sajón Vinfrido, nacido en 680 en Kirton, (Inglaterra), muerto por los frisones en 755 en su último viaje de conversión, y canonizado por la agradecida Iglesia bajo el nombre de San Bonifacio. Ciertamente ya en el siglo IV el

cristianismo se había implantado en el suelo alemán hasta donde alcanzaba la influencia del dominio y de la civilización de los romanos. A lo largo del Rhin y del Danubio se habían fundado iglesias, conventos, obispados y la doctrina cristiana había sido llevada por algunos misioneros atrevidos á las selvas de Alemania y Bayuvaria, á las altas montañas de Helvecia, y en el Este y Norte, al Sale y al Elba; pero sólo con el advenimiento de Vinfrido, quien había ido á Roma para obtener la autorización y bendición de su empresa, el negocio de las conversiones empezó en Alemania en grande escala. Rígido, austero y duro para consigo mismo y los demás, intolerante é imperioso y lleno de la idea romana, sin un rudimento de patriotismo, jerárquico de piés á cabeza, Bonifacio era sin duda uno de los hombres más importantes de su época. El había comprendido la idea de la universalidad del catolicismo y se había hecho su instrumento fanático, viviendo y muriendo por él. Fundó y organizó en Alemania la Iglesia romana, estableció monasterios y obispados, ordenó todo el culto en el sentido de la política papista, y como primer arzobispo de Maguncia, fué el padre del ultramontanismo alemán. En el momento en que, rodeado de sus frailes, salmodiando en presencia de los atontados descendientes de los antiguos cattos, derribó con su propia mano la antiquísima encina sagrada de Donar cerca de Geismar en Hosse, cada uno de sus hachazos era una victoria para Roma y un reto para el germanismo nacional pagano que iba á sucumbir rápidamente bajo los golpes armados de la diplomacia clerical romana y la política monárquica franca.

La alianza de la jerarquía romana con el poder monárquico nuevo entre los pueblos germánicos, surgido ó robustecido durante la emigración, se manifestaba también en la redacción hecha en aquella época de los usos y costumbres legales de las diferentes tribus, habiéndose trasmitido hasta entonces oralmente de una generación á otra, pues esta redacción de las leyes no se hizo en alemán sinó en latín, la lengua de la Iglesia. Es verdad que podía contribuir á esto la circunstancia de que la lengua de la Iglesia era también la de la cultura en general (como no había otra cultura que la eclesiástica) y que los dialectos alemanes con excepción del visigodo cultivado por Úlfila eran poco ó nada apropiados para escritos; pero el motivo principal de revestir con el traje de una lengua extranjera los derechos populares que demostraban claramente la unidad nacional de los germanos á pesar de todas las particularidades de tribu y localidad, estribaba seguramente en la tendencia de los reyes favorecida por la Iglesia para sus propios fines, de apartar cada vez más al pueblo, es decir, la generalidad de los libres de la participación en la vida pública, creando códigos cuyo lenguaje no entendían.

Desde entonces el pueblo alemán recibió la justicia, como antes á su dios, mediante una lengua extranjera, la lengua romana, la lengua de sus enemigos. De esta manera era imposible el desarrollo de una civilización espontánea, conforme al espíritu propio de la nación. El curso de los destinos alemanes á consecuencia de esto, durante muchos siglos ha sido determinada por la suerte de la Iglesia romana.

Este importantísimo giro de la historia alemana ha sido evidentemente un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

efecto de la transmigración de los pueblos y del advenimiento del cristianismo entre los germanos. Las dos causas juntas han provocado toda una serie de cambios religiosos, políticos y sociales, de destrucciones y de creaciones nuevas; pero el aspecto de esta enorme fermentación, de esta lucha de fuerzas que se atraen ó se repelen, no es agradable, como tampoco puede llamarse edificante, con excepción de unos pocos puntos luminosos, el resultado civilizador de la época de la transmigración de los pueblos. Era una generación dura, férrea, ó antes bien una larga serie de generaciones duras y férreas que se revolvían en el mundo durante aquel período, exuberantes de sensualidad, de apetitos vigorosos, no haciendo caso de preceptos divinos ni humanos en la satisfacción de sus pasiones feroces. La mezcla de lo germánico con lo romano, de lo gentil con lo cristiano, producía en todos los terrenos unas formas extravagantes; en todas partes acometidas, principios, rudimentos; en ninguna parte proporción, belleza ni armonía. Las tradiciones de la civilización antigua podían ejercer su acción generosa solamente en algunos hombres y mujeres, y lo mismo sucedía con los motivos humanos contenidos en el cristianismo. La existencia doméstica y social de los conquistadores germanos, así como de los conquistados romanos era una mezcla confusa de contrastes chocantes: pompa y desnudez, despilfarro y miseria, glotonería y hambre. En los palacios de los príncipes germanos que habían pertenecido á senadores y caballeros romanos, descubríase en todas partes, detrás del amontonado botín de atavíos y obras artísticas, la barbarie y falta de gusto característicos de los habitantes de las selvas. En la cocina, la bodega y la mesa las costumbres romanas iban predominando cada vez más, pues los alemanes no tardaron en descubrir que en Italia y Galia se comía y se vivía mejor, que allí se sabía más en eso de guisar y hacer vino que en Germania.

El traje revelaba por parte de los hombres no ménos que el de las mujeres, gran predilección por la variedad de colores y la abundancia de adornos. El sayo, el cinturón y el manto eran todavía las principales prendas de vestir para hombres y mujeres, hasta que la introducción de los calzones produjo una revolución en el traje masculino, perteneciendo probablemente á los longobardos el mérito de acabar con la desbragadez de los germanos. Tampoco tardaron las mujeres germanas en aprender las artes romanas del atavío personal, subsistiendo, con todo, el carácter fundamental del traje femenino tradicional. La germana distinguida de la época de la invasión presentábase del siguiente modo: en la cabeza llevaba un velo sujetado por un aro de oro guarnecido de pedrería, cuyo velo, ondulando por las espaldas, dejaba el rostro libre; el cabello estaba dividido en medio de la frente, pendiendo de las sienes en dos trenzas que caían sobre el pecho; la túnica, de lienzo, apretada y de mangas estrechas hacía resaltar las formas del tórax y ceñida en los lomos con un ancho cinturón guarnecido también con adornos de oro alcanzaba en muchos pliegues hasta el calzado, que consistía en zapatos de cuero de color y adornados con bordados de metal; el cuello y el pecho estaban cubiertos de ricos aderezos de oro y pedrería, los brazos adornados con aros y los dedos con anillos y sortijas. El vestido exterior, capa ó manto, de seda tupida, de

mangas muy anchas, era llevado por las damas elegantes de manera que enseñaba mejor que cubría las formas del cuerpo.

En todas las épocas, lo que dicen de las mujeres, en verso ó en prosa, es característico para el estado momentáneo de la sociedad de la época respectiva. Aplicando este principio general á la época de las invasiones, no podemos alabar mucho á las mujeres germánicas de entonces, teniendo en cuenta, empero, que las mujeres que se señalaron por sus pasiones indómitas ó su profunda corrupción son precisamente las de que tenemos más noticias. Así y todo no se puede negar que la disolución de las relaciones matrimoniales era grande en la época de las invasiones y permaneció así durante mucho tiempo. El daño principal consistía en el mal ejemplo que los grandes daban con sus *frilas* ó concubinas, porque los pequeños los imitaban hasta donde podían. Es cierto que la Iglesia intentaba oponerse á esa peste del «multimulierismo», pero sus esfuerzos quedaban infructuosos y no podía impedir siquiera que las moradas de sus propios ministros, los curas, estuviesen hartas veces dotadas de *frilas*, tan abundantemente, que parecían haremes musulmanes.

Tampoco la circunstancia de que las hijas de los príncipes fueran convertidas cada vez más en instrumentos de la especulación diplomática, en recursos y palancas de la política, como empezó á hacer sistemáticamente el rey Teodorico al casar á sus hijas y sobrinas, era apropiada á moralizar y ennoblecer á las mujeres, porque así aprendían á ser actrices aficionadas en lugar de víctimas pasivas de la política, generalmente á costa de los sentimientos generosos propios de la mujer y por desgracia también á expensas de los pueblos. Aun la ilustradísima hija del gran Teodorico, Amalasvinta, la mujer más notable de su época, no acertó á manejar sinó en perjuicio de su pueblo, las riendas del Estado en calidad de tutora de su hijo Atalarico, y después de la muerte de éste en calidad de regente del reino, sin merecer por esto la terrible suerte que le preparó su primo Teudahad á quien había hecho coregente, pues este la mandó ahogar en el baño en una isla del lago de Bolsena (en 534), fechoría que por sí sola justifica lo que hemos dicho más arriba, que durante las invasiones los germanos combinaban á veces con su salvajismo silvestre la perfidia de los bizantinos.

En aquella época las mujeres germánicas no se arredraban ante la deshonra y la infamia, ni ante la prostitución del cuerpo y del alma cuando se trataba de satisfacer sus desbordadas pasiones. Una prueba horripilante de ello es lo que el diácono Pablo, hijo de Varnefrido, refiere en el capítulo 28 del libro segundo de su «Crónica longobarda», como la reina Rosmunda para tomar la venganza de sangre por su padre Cunimundo en cuyo cráneo convertido en copa, su esposo Alboino la había obligado á beber, se prostituye para conseguir que asesinen á su esposo indefenso y dormido, (en el año de 592). Otra reina longobarda, célebre á causa de su celo por la propagación del cristianismo, Teodelinda, hija de Garibaldo, rey de los bávaros, fué sospechada de ser autora ó al ménos cómplice del envenenamiento de su esposo Antario. El segundo casamiento de Teodelinda es un ejemplo interesante de la libre elección del marido que á veces se concedía á las princesas germánicas como á

las de la India antigua. El diácono cronista longobardo, refiere lo siguiente:

«A la reina Teodelinda le permitieron los longobardos, porque les gustaba, conservase la dignidad real y le aconsejaron que eligiera por marido á quien quisiera entre toda la nación, pero prefiriendo al que supiera gobernar con energía. Consultó, pues, á los hombres sensatos y eligió á Agilulfo, duque de



TEODELINDA ELIJE ESPOSO.

Turin, por su esposo y por rey de los longobardos. La reina mandó, pues, por él, y cuando le tuvo á su lado, hizo traer vino, y después de beber á su salud le presentó la copa, que Agilulfo tomó luego de besar respetuosamente la mano de Teodelinda. Esta entonces sonrojándose y sonriendo, le dijo que no debía besarle la mano el que estaba destinado á besarle la boca. Luego le mandó levantarse al arrodillado y besarla y le habló de bodas y de la corona real. ¿Qué más? Entre algazara y júbilo general celebrose el casamiento (en el año de 590).

Las mujeres contribuyeron muchísimo á la propagación del cristianismo entre los germanos. En esa religión del dolor y de la resignación, la fantasía y la ternura femeninas encontraban cierto aliciente: el Dios sufridor flechó á las mujeres. El Crucificado movía su interés, y así un sentimiento puramente humano les inspiraba la fé en el hijo de Dios que se había sacrificado también por ellas. Además, la posición de la mujer en los pueblos germánicos, al ménos jurídicamente, era muy apropiada á hacer á las mujeres muy accesibles á las promesas cristianas de una existencia más feliz en otro mundo. El paganismo germánico había reservado exclusivamente á los hombres las delicias

de Valhala; el cristianismo abría también á las mujeres las puertas del cielo. Indudablemente por la viva participación del sexo femenino en la critianización de los germanos, se introdujo en la misma más sentimiento y corazón, no de repente por cierto, sinó gradualmente, y al principio más bien en algunos casos individuales que en general. Más tarde contribuyó indudablemente muchísimo á hacer más suaves y morigerados á los germanos convertidos al cristianismo, el culto de María constituido en foco central del catolicismo. La corona de la Reina de los cielos esparcía su resplandor sobre todas las mujeres germánico-cristianas, combinándose con la veneración de la «Madre de Dios» el recuerdo del antiguo papel sacerdotal de las mujeres. La fantástica poesía caballeresca echó luego el resto, y así veremos en la época más floreciente de la Edad Media, que la mujer, al ménos en teoría, forma la corona y el centro de la sociedad.

La propagación de la nueva fé entre los germanos y por los germanos, era una necesidad histórica que se realizó muy rudamente como todas las necesidades de este género. En semejantes períodos de transición el hombre se conduce como fiera, y como á tal cometía sus tropelías más atroces durante la época de que tratamos, en Francia bajo el reinado de los merovingios. No sólo sería injusto sinó hasta tonto dar la culpa de todo lo horroroso que ha sido perpetrado en la corte y el país de los reyes «cristianísimos» á la nueva fé; pero no sería ménos tonto y equivocado el negar que el efecto ético del cristianismo entre los francos era igual á cero. La facinerosidad, el salvajismo y la disolución aumentaron aún en ese pueblo después de aceptar el cristianismo, lo cual no nos puede extrañar, porque ese cristianismo franco era una superstición mucho más grosera y grotesca que el antiguo culto de la naturaleza. ¿Cómo, pues, habría podido domar á la fiera humana? Hasta los mejores entre los francos habían perdido por completo la noción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y lo injusto. Testigo de ello es el célebre cronista franco, Gregorio de Tours (murió en 595), quien en su historia de los francos, escrita en latín, ha pintado la vida llena de vicios y crímenes de sus paisanos, sin indulgencia ni encubrimiento, como quien refiere cosas muy naturales. Enorme debía de ser el salvajismo de una época en que el hombre más culto de su pueblo, como Gregorio era sin duda, y además cristiano piadoso y obispo ortodoxo, no echaba de ver la atrocidad que cometía exclamando en alabanza y loor de Clodoveo después de referir todos los horrores y hechos abominables de su rey «cristianísimo:» De día en día Dios derribaba los enemigos de Clodoveo y agrandaba su reino porque caminaba ante él con recto corazón y hacía lo que era agradable á sus ojos.» Al mónstruo Clodoveo, nos le presenta el piadoso obispo sencillamente como modelo de cristianos. También es preciso conocer las descripciones que Gregorio hace de la vida monacal de entonces, para formarse idea de los efectos del cristianismo entre los francos. ¡Qué frailes y qué monjas! Muchísimas veces no eran sinó fieras con capucha y velo, y sin embargo, los conventos eran los únicos asilos á donde los mejores de los hombres y mujeres podían retirarse para sustraerse á la bestialidad que les rodeaba por todas partes.

Hasta las damas reales, nobles pero raras prendas de su sexo, escondíanse detrás de los muros del convento porque sólo estos parecían ofrecerles una valla protectora contra la corrupción general. Así hicieron Radegunda, esposa de Clotario de Soisons, y Baltilda, esposa de Clodoveo II. El drama de los vicios y horrores de los merovingios llegó á su colmo en la famosa contienda mujeril rebosante de atrocidades y crímenes, entre Brunilda, esposa del rey Sigiberto, y Fredegunda, concubina del rey Chilperico. Estas dos furias procuraban hacer la una contra la otra y su familia cuanto puede discurrir la imaginación más salvaje; pero la venganza que el hijo de Fredegunda, Clotario, tomó en Chalons en el año 614 en la enemiga mortal de su madre, la anciana asesina Brunilda, que había caído en sus manos, es de lo más espantoso que el sol ha visto jamás. Después de echarle en cara á la malhechora todos sus pecados, el rey la mandó atormentar durante tres días, luego la hizo poner sobre un camello y conducir por las calles de su campamento para espectáculo de sus secuaces, tan feroces como él mismo, y finalmente la mandó atar de un pié y un brazo á la cola de un caballo fogoso para que la matara á coces. De esta manera, con horror de los hombres, acabó sus días la hija del rey visigodo Atanagildo; aquella que su contemporáneo Venancio Fortunato, cuando llegó á la corte franca como esposa del rey Sigiberto, había saludado con unos versos latinos calificándola de «bella, graciosa, sensata, modesta, linda y bondadosa, noble por su hermosura y entendimiento, como por su ilustre prosapia.»

En medio del salvaje estruendo de aquellos tiempos, unos hombres como Gregorio y Venancio se dedicaban tranquilamente al culto de las musas, entonando este último por el año 600 su canto de Navidad: *Agnoscat omne seculum venisse vitæ premium*. Los clérigos cristianos reservaban las tradiciones de la cultura antigua de la destrucción por el diluvio de las invasiones, encontrando los autores clásicos un asilo en la biblioteca de los conventos; los cronistas monacales procuraban escribir la historia de su tiempo en el lenguaje de Livio, y los salmistas cristianos interpretaban el misterio de la humanización de Dios, y ensalzaban la virginal maternidad de la Reina de los cielos en las formas poéticas de Virgilio, Horacio y Tibulo. Lo que los sacerdotes cristianos han hecho entonces y más tarde para guardar la lumbrera de la civilización que había ardido al pié de la Acrópolis y del Capitolio para que no la apagara del todo el espantoso huracán de la invasión, merece y obtiene el agradecimiento de todos los hombres pensadores. No importa que la Iglesia haya sido acaso involuntariamente la heredera de la civilización greco-romana; el hecho es que ha sido la heredera y que voluntaria ó involuntariamente tuvo que administrar esa herencia. Es verdad que la administración era á veces muy descuidada; pero la luz no se apagaba del todo, sinó que seguía ardiendo durante toda la Edad Media y al final de la misma echó otra vez una llama tan intensa y tan hermosa que un nuevo día intelectual amaneció para Europa.

En los tiempos caóticos que siguieron á la caída de la Roma occidental, la Iglesia fué la única potencia constante y al mismo tiempo progresiva; no solamente era la propietaria de lo que llamaba el tesoro de las gracias divinas,



BRUNILDA.

sinó que también era la tesorera de todo el capital de cultura, y era natural que al convertirlo en moneda acuñada grande ó pequeña empleara el troquel eclesiástico, como también que intentara y lograra poner en todas partes su generalidad universal en lugar de las particularidades nacionales. No había que pensar en una resistencia por parte del germanismo, disgregado, errante durante varios siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto y conocedor de sus fines. Lo que la Roma cesárea no había conseguido, logrolo la Roma papal: la sumisión de los germanos. Aceptando al Dios ajeno y su culto, los germanos aceptaron también la civilización que los sacerdotes de ese Dios les enseñaban é imponían. Así empezaban en la tierra alemana los trabajos de la civilización romano-cristiana; pero el romanismo no podía sustituirse al germanismo tan completamente que no subsistiera un gérmen fuerte de nacionalismo alemán del cual se desarrolló más tarde, en la Edad Media, la oposición tenaz de los alemanes contra Roma. Mirando más de cerca, encontraremos que esta oposición, esta repugnancia instintiva de raza contra todo lo romano, existía ya en la época de las invasiones, manifestándose en la manera notabilísima como se desarrolló la poesía épica nacional de los alemanes; estos no abandonaron tan completamente á sus héroes indígenas por los santos extraños que habían querido imponerles ya por la fuerza, ya por la persuasión.

Precisamente en el período de las grandes conversiones al cristianismo las tradiciones nacionales deben haber adquirido su forma constante por el cultivo cariñoso por parte de los vates y trovadores errantes, y por la correspondiente afición del pueblo. Las figuras de estas tradiciones antiguas y antiquísimas (borgoñonas, hunas, ostrogodas, friso-dano-normandas, escandinavas, longobardas) respiran todas, hombres y mujeres, el lozano vigor y la indómita pasión de la época de las invasiones, y de todas ellas resuena el estruendo de las armas de aquellas luchas gigantescas que destruyeron un mundo decrépito despejando el puesto para otro nuevo. La memoria del pueblo conservaba fielmente durante muchas generaciones el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, transmitiéndolo á la poesía épica de la época estáufica que dió á las figuras de hierro un barniz romano-cristiano y las revistió del traje caballeresco. Pero la naturaleza germánico-pagana asomaba siempre de nuevo á través de la capa romántica, y el que sabe leer esos antiguos cantos heróicos no dejará de oir el susurro de los bosques germánicos ni de ver en el crepúsculo de los tiempos como los hijos de los hombres pretenden la mano de las Valquirias y como en la aurora presagio de las tempestades de la incipiente Edad Media los torrentes de armísonos germanos se precipitaban de lo alto de los Alpes sobre la tierra hespérica para ejecutar los fallos del destino pronunciados contra Roma.



Corte de Carlomagno.

II

Época Carlovingia.

Cuando las ideas que sostienen una nueva época del mundo han madurado poco á poco; cuando la satisfacción de las necesidades de una época se ha hecho inevitable é imprescindible, suele levantarse en medio de sus contemporáneos un hombre poderoso que concentra en sí sus aspiraciones y tendencias, sus impulsos buenos y malos, su codicia y su vigor; un hombre con la cabeza de regente y la mano de criador, conociendo claramente lo que los demás sólo vislumbran; quien acomete resueltamente aquello á que los demás se acercan con timidez; quien opera con el hierro y el fuego cuando otros recetan ungüentos y cataplasmas; uno que cierra lo pasado y abre lo porvenir, llevando en una mano la espada de la conquista, y en la otra el arado de la civilización; un atormentador al mismo tiempo que bienhechor de la sociedad, un déspota de la cultura que labra vigorosamente el campo de su época y siembra buenamente semilla de una civilización nueva en los surcos, no vacilando, por otra parte, en abonar el suelo con centenares de miles de cadáveres. Los caracteres principales de semejantes hombres predestinados son su perspicacia que abarca lo más grande como lo más pequeño, aptitud de mirar con el mismo interés lo más alto y lo más bajo, la incansabilidad con que cuidan de todo, la circunspección cautelosa y la acción rápida, la indiferencia moral, ó mejor dicho inmoral, en cuanto á los medios cuando se trata de alcanzar un grande objeto, el rígido realismo en la consideración, en la apreciación, en el uso y consumo de los hombres y de las cosas, y por

sinó que también era la tesorera de todo el capital de cultura, y era natural que al convertirlo en moneda acuñada grande ó pequeña empleara el troquel eclesiástico, como también que intentara y lograra poner en todas partes su generalidad universal en lugar de las particularidades nacionales. No había que pensar en una resistencia por parte del germanismo, disgregado, errante durante varios siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto y conocedor de sus fines. Lo que la Roma cesárea no había conseguido, logrolo la Roma papal: la sumisión de los germanos. Aceptando al Dios ajeno y su culto, los germanos aceptaron también la civilización que los sacerdotes de ese Dios les enseñaban é imponían. Así empezaban en la tierra alemana los trabajos de la civilización romano-cristiana; pero el romanismo no podía sustituirse al germanismo tan completamente que no subsistiera un gérmen fuerte de nacionalismo alemán del cual se desarrolló más tarde, en la Edad Media, la oposición tenaz de los alemanes contra Roma. Mirando más de cerca, encontraremos que esta oposición, esta repugnancia instintiva de raza contra todo lo romano, existía ya en la época de las invasiones, manifestándose en la manera notabilísima como se desarrolló la poesía épica nacional de los alemanes; estos no abandonaron tan completamente á sus héroes indígenas por los santos extraños que habían querido imponerles ya por la fuerza, ya por la persuasión.

Precisamente en el período de las grandes conversiones al cristianismo las tradiciones nacionales deben haber adquirido su forma constante por el cultivo cariñoso por parte de los vates y trovadores errantes, y por la correspondiente afición del pueblo. Las figuras de estas tradiciones antiguas y antiquísimas (borgoñonas, hunas, ostrogodas, friso-dano-normandas, escandinavas, longobardas) respiran todas, hombres y mujeres, el lozano vigor y la indómita pasión de la época de las invasiones, y de todas ellas resuena el estruendo de las armas de aquellas luchas gigantescas que destruyeron un mundo decrépito despejando el puesto para otro nuevo. La memoria del pueblo conservaba fielmente durante muchas generaciones el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, transmitiéndolo á la poesía épica de la época estáufica que dió á las figuras de hierro un barniz romano-cristiano y las revistió del traje caballeresco. Pero la naturaleza germánico-pagana asomaba siempre de nuevo á través de la capa romántica, y el que sabe leer esos antiguos cantos heróicos no dejará de oir el susurro de los bosques germánicos ni de ver en el crepúsculo de los tiempos como los hijos de los hombres pretenden la mano de las Valquirias y como en la aurora presagio de las tempestades de la incipiente Edad Media los torrentes de armísonos germanos se precipitaban de lo alto de los Alpes sobre la tierra hespérica para ejecutar los fallos del destino pronunciados contra Roma.



Corte de Carlomagno.

II

Época Carlovingia.

Cuando las ideas que sostienen una nueva época del mundo han madurado poco á poco; cuando la satisfacción de las necesidades de una época se ha hecho inevitable é imprescindible, suele levantarse en medio de sus contemporáneos un hombre poderoso que concentra en sí sus aspiraciones y tendencias, sus impulsos buenos y malos, su codicia y su vigor; un hombre con la cabeza de regente y la mano de criador, conociendo claramente lo que los demás sólo vislumbran; quien acomete resueltamente aquello á que los demás se acercan con timidez; quien opera con el hierro y el fuego cuando otros recetan ungüentos y cataplasmas; uno que cierra lo pasado y abre lo porvenir, llevando en una mano la espada de la conquista, y en la otra el arado de la civilización; un atormentador al mismo tiempo que bienhechor de la sociedad, un déspota de la cultura que labra vigorosamente el campo de su época y siembra buenamente semilla de una civilización nueva en los surcos, no vacilando, por otra parte, en abonar el suelo con centenares de miles de cadáveres. Los caracteres principales de semejantes hombres predestinados son su perspicacia que abarca lo más grande como lo más pequeño, aptitud de mirar con el mismo interés lo más alto y lo más bajo, la incansabilidad con que cuidan de todo, la circunspección cautelosa y la acción rápida, la indiferencia moral, ó mejor dicho inmoral, en cuanto á los medios cuando se trata de alcanzar un grande objeto, el rígido realismo en la consideración, en la apreciación, en el uso y consumo de los hombres y de las cosas, y por

otra parte una fuerte dosis de esta fé en lo ideal sin la que no es posible llevar á cabo nada grande; en fin aquello misterioso, inexplicable, diabólico, que poseen los personajes predestinados, y que hace que las gentes se inclinen hácia ellos, quieran ó no quieran.

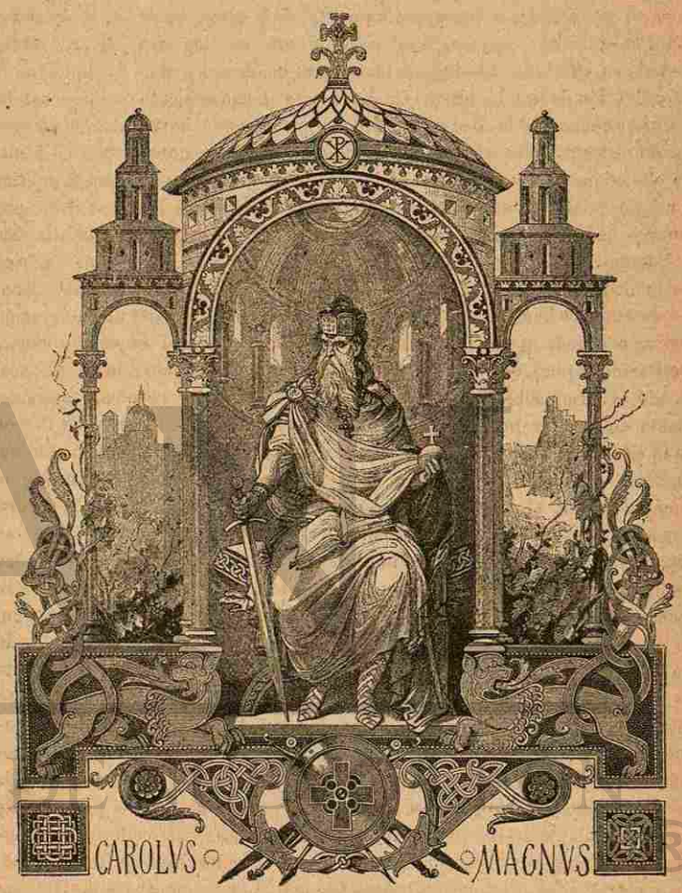
A esta clase de hombres pertenecía el franco Carlos de la familia de los Pepinidas, al que la leyenda ha tomado por favorito, al paso que la historia le ha adornado con el epíteto de grande, esta vez bien empleado, en trueque de las otras muchas veces en que tal calificación es abusiva.

Su padre Pepino le había preparado el terreno, especialmente por la organización y consolidación de una aristocracia nueva, que bien puede llamarse burocrática en oposición á la antigua nobleza hacendada que perdía cada vez más su preponderancia. Pero sólo desde el año 771, en el cual Carlos, después de la muerte de su hermano Carlomano, quedó único soberano del reino de los francos, data una época nueva que bien puede llamarse carlovingia según el nombre del gran regente que le imprimió el sello de su individualidad. Nos ha sido trasmitido un retrato fiel, no pintado sinó escrito y escrito por la mano experimentada de Einhart, ministro de fomento, como diríamos hoy, de la personalidad de aquel hombre grandioso. Sabido es que Einhart, del que su célebre amigo Rabano Mauro decía con elogio, que era experto en el habla y tan inteligente como honrado, ha escrito una biografía latina de su amo, trazando en el capítulo XXII el siguiente retrato:

«Carlos era de constitución robusta y fornida, de estatura elevada, pero que no excedía la proporción debida, puesto que su altura era siete veces la longitud de su pié, redondo su cráneo, sus ojos muy grandes y vivos, su nariz algo más que mediana, su cabello dorado rubio y su rostro jovial y afable. Su figura ofrecía, tanto sentado como de pié, un aspecto muy grave é imponente; su paso era firme, la actitud del cuerpo siempre varonil y la voz clara. Vestía á la usanza del país, llevando sobre el cuerpo una camisa de hilo y calzoncillos de lo mismo, encima un jubon guarnecido con cintas de seda y pantalones: en las piernas llevaba cintas y en los piés zapatos; en invierno abrigaba los hombros y el pecho con un gaban de piel de cebellino ó de foca, encima de todo llevaba un manto verde mar y la espada, cuyo puño, al igual que el tabalí de que la llevaba colgada, era de oro y plata, y no le abandonaba nunca. En los días de ceremonia lucía traje de brocado de oro y zapatos guarnecidos de piedras preciosas, manto sostenido por broche de oro y en la cabeza una diadema de oro y pedrería.»

En las batallas y las conquistas de Carlos no nos hemos de ocupar; para nuestro objeto basta recordar que hubo de luchar enérgicamente durante largos años para levantar el edificio que con alguna exageración suele llamarse la «monarquía universal carlovingia.» Extendíase el reino desde el Tiber y el mar del Norte hasta el Ebro y el Garigliano en la dirección de Norte á Sur, y desde el Elba y el Teis hasta el Océano atlántico en la dirección de Este á Oeste, comprendiendo en sus límites á todas las tribus germánicas con excepción de los anglo-sajones de Inglaterra y los normandos de Escandinavia. Mucho trabajo y mucha sangre costó el hacer entrar en el

marco de este reino á los sajones que tampoco querían admitir el cristianismo, y de mucha trascendencia para los siglos posteriores fué el hecho de avanzar Carlos las fronteras del germanismo hácia el Oriente. En las márgenes



CARLOMAGNO.

del Saale, del Elba, del Hável y del Raab mandó construir fortificaciones y estableció colonias germánicas para oponer una valla sólida al eslavismo, y dos de esas comarcas fronterizas han llegado á desempeñar más tarde un papel decisivo en la historia de Alemania: la comarca del Nordeste, de la que

se desarrolló el Estado brandenburgués, y la del Sudeste que dió principio al reino del Este, Austria.

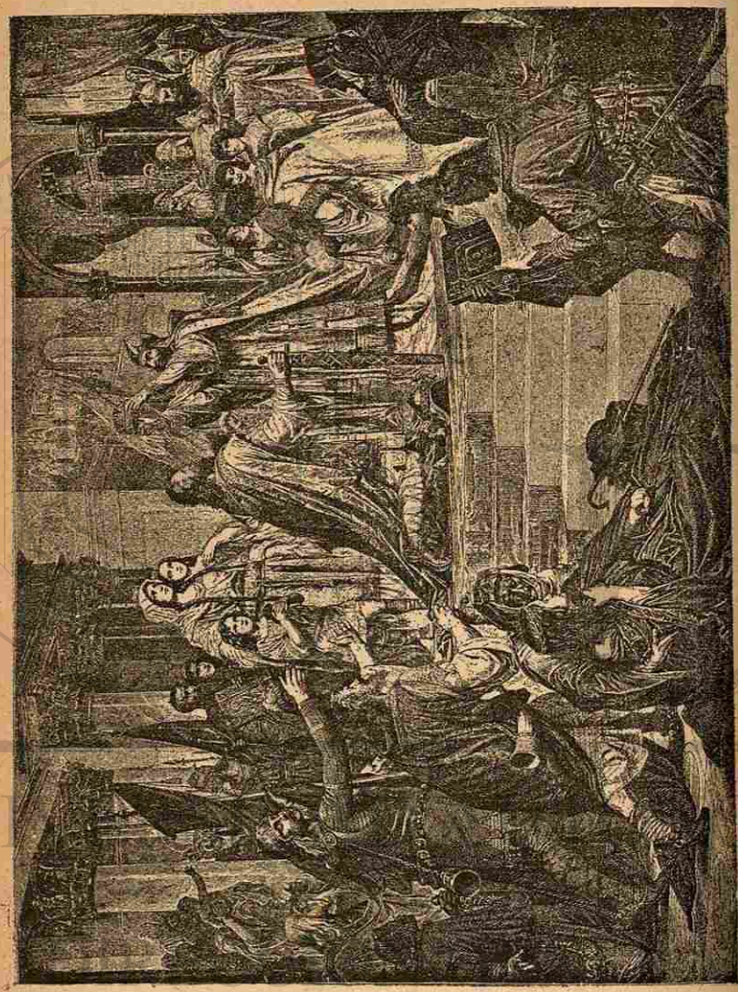
El pensamiento fundamental en que Carlos basó el edificio de su imperio era la unidad religiosa y política del germanismo, ó más breve, el cristianismo y la monarquía. Era preciso inponer las dos cosas, y las dos fueron impuestas mediante una organización completa y consecuente de la Iglesia y del Estado, siendo, empero, la relación mútua de los dos para Carlos, á pesar de toda su «piedad,» de ninguna manera, ni de derecho ni de hecho, la de la coordinación de igual á igual. En su mente el pensamiento político estaba muy por encima de la idea eclesiástica y por más que haya intentado y realizado cosas grandes en favor de la Iglesia, siempre se consideraba en frente de ella como amo y soberano. Su intención era que la concentración política y religiosa de las fuerzas del germanismo sirviera para llevar á cabo una empresa más grande aun, la unificación político-religiosa de la cristiandad occidental. Realmente estando aun en el pleno goce de sus fuerzas, Carlos había alcanzado casi el fin de sus aspiraciones y por esto se hallaba plenamente autorizado á dar á su posición de dueño del Occidente una expresión formal adecuada, pareciéndole tal el restablecimiento del Imperio romano. Determinose, pues, que se renovara el Imperio transfiriéndolo á los germanos, siendo el gran soberano de los francos proclamado y coronado solemnemente emperador por el papa Leon III, quien estando en frente de Carlos en la situación de un servidor necesitado y obediente, desempeñó en este acto, como quien dice, el papel de gran maestro de ceremonias; porque el cuento de cómo el papa sorprendió al rey poniéndole de improviso la corona imperial, no es más que una patraña. Al contrario, el acto político de la coronación, que ciertamente fué de importancia trascendental en el curso de los destinos alemanes, fué preparado y puesto en escena con gran esmero y según todas las reglas de la diplomacia de entonces. En la época de la transición, de 799 á 800, hallándose en Roma con gran séquito, Carlos quiso ser elegido emperador por el senado, clero y pueblo romanos, así como por el «senado de los francos», es decir, los grandes de su nación. En aquellos tiempos se sabía ya como hoy manejar la máquina electoral. Una grande asamblea compuesta de «senadores», obispos, abades, y «el resto del pueblo cristiano», según se expresa el antiguo cronista, eligió al rey de los francos emperador del resucitado Imperio romano. Luego se le apuntó al papa el principio de su papel brillante del que ciertamente sus sucesores supieron derivar pretensiones exorbitantes. Ya entonces sabían á las mil maravillas en Roma preparar y ejecutar las funciones eclesiásticas con grandísimo aparato. Habíase procurado que el día de Navidad hubiese un público numeroso en la basílica de San Pedro, mientras Carlos estaba arrodillado ante la pretendida tumba del Apóstol. En solemne procesión acercose León III y colocó una corona imperial en la cabeza del rey de los francos, quien con bien fingida sorpresa iba á levantarse. Los grandes y el pueblo, los clérigos y los legos se levantaron precipitadamente, alzaron las manos y prorumpieron en la exclamación: «¡Viva el piadosísimo Augusto Carlos, emperador de los romanos, grande y

pacífico, coronado de Dios!» Después el papa ungió al nuevo emperador, púsole el manto imperial sobre los hombros y besole la boca.

Este acto político capital era el coronamiento del edificio monárquico de Carlomagno; era la consecuencia lógica de todo su ser y obrar; había sido proclamado solemnemente soberano del Occidente; el imperio estaba renovado en manos germánicas. Mucho honor y poco provecho; mucho ruído y pocas nueces. Mientras Carlomagno empuñó el cetro, la dignidad imperial fué una verdad; pero con su muerte se convirtió en mentira, en ilusión peligrosa para el pueblo alemán, porque buscando su centro de gravedad fuera del propio país, hizo despilfarrar durante muchos siglos las mejores fuerzas de los alemanes tras el espectro del Imperio romano-germánico, sacrificando la organización interior del estado alemán al esplendor fugaz y como soñado de la soberanía del Occidente. Un provecho real y duradero de esta farsa entre Carlos y León, resultó solamente para la Sede romana, siendo muy importante para esta la circunstancia de abolirse por la renovación del Imperio romano la tradición de la supremacía de Bizancio sobre Roma é Italia. Más tarde los «sucesores de Pedro» y vicarios de Cristo supieron interpretar el papel puramente ceremonial que el papado había desempeñado en la coronación de Carlos por emperador, de tal manera, que podían sacar la conclusión y la doctrina de que el imperio romano renovado descansaba en la igualdad de papa y emperador («concordia sacerdotii et imperi») mientras que más tarde se deducía de aquel papel un cambio completo de las primitivas relaciones entre el Estado y la Iglesia, convirtiéndose la subordinación de ésta bajo aquel poco á poco en una supremacía. El papa, decían, ha regalado espontáneamente al franco Carlos la corona imperial romana, por lo tanto podía regalarla, y como no se puede regalar sinó lo que á uno le pertenece y de que se puede disponer libremente, esta donación prueba que el papado es la condición previa del imperio; sin papa no hay emperador, pues el papa es quien le hace; por consiguiente el Sumo Pontífice está por encima de aquél como el Criador sobre la criatura. Los grandes papas de la Edad media aplicaron esta teoría con energía y buen éxito.

A la grandiosa manifestación de poder de Carlos en el exterior correspondía también su actividad como hombre político y fomentador de la civilización en el interior de su reino. Esto no quiere decir que su modo de obrar en los dos conceptos no se preste á la crítica, al contrario; pero si se tiene en cuenta la magnitud de la tarea, lo gigantesco del trabajo que ese hombre había de llevar á cabo, lo que realizó no puede dejar de llenarnos de admiración y asombro. En efecto, fué uno de los arquitectos más ingeniosos, más perseverantes y más enérgicos que han trabajado en el edificio de la humanidad, manifestándose como verdadero maestro aun por el hecho que durante toda su vida fué también aprendiz, es decir, que para aprender nunca fué perezoso ni orgulloso.

Como instrumentos de que había de valerse preferentemente, Carlos encontró por un lado al clero católico y por otro una aristocracia compuesta de la nobleza militar procedente de la época de las invasiones («gasindi, leudes,



Coronación de Carlomagno.

vasi»), y de la nobleza cortesana que se habia ido desarrollando simultáneamente con la monarquía germánica (ministeriales). La antigua nobleza, que residía en sus haciendas alodiales, no había desaparecido aun del todo, pero había disminuído mucho y tenía para Carlos ménos importancia que la nueva nobleza de servicio que aceptaba los destinos cortesanos y políticos con mejor voluntad que aquella en la cual se continuaba aún por mucho tiempo la oposición germánico-pagana contra el poder real. El rey no tenía que preocuparse con esta aversión, pues el manejo de la institución de los beneficios y feudos ganaba numerosos partidarios á la monarquía. El reino por la gracia de Dios, es decir, la idea de que el poder real era una delegación directa del poder divino produjo la pretensión de ser el rey, por la gracia de Dios, el propietario supremo de todo el territorio. De esta manera podía crear, perjudicando frecuente y duramente á los antiguos señores alodiales, todo un ejército de señores feudales adictos, otorgando á la nobleza nueva unas tierras, *feudos*, por los cuales los agraciados, los feudatarios, habían de prestar determinados servicios cortesanos, políticos ó militares. La obligación de formar parte del ejército real impuesta por Carlos con mano de hierro á los señores alodiales, lo mismo que á los feudales y exigida inexorablemente de todos los propietarios libres, debiendo cada uno armarse y mantenerse á sus propias expensas, no podía dejar de ser ruinosa para la antigua clase de labradores libres en las pocas comarcas donde todavía existían restos de ella. En vista de la imposibilidad de cumplir los deberes que se les imponía como á libres, muchos de los pequeños propietarios entregaron su hacienda á un gran señor seglar ó eclesiástico, recibiéndola otra vez en calidad de feudo. Así empezó la servidumbre labriega, continuando como regla durante toda la Edad media, mientras que los labradores libres eran muy excepcionales.

La libertad comunal germánica y las instituciones federales consiguientes desaparecieron, quedando reemplazadas por un órden político burocrático centralizador. Todo el imperio fué dividido en cantones, teniendo al frente á un conde, quien durante la paz era el administrador y el juez y en la guerra mandaba las tropas cantonales. Cada mes reunía á los regidores para constituir tribunal. La administración de justicia se hacía aún en las antiguas formas, pero ya con limitación de la publicidad, celebrándose los juicios no ya al aire libre, sinó en local cerrado. También desaparecían cada vez más las antiguas multas y maneras de expiación, introduciéndose en cambio un sistema complicado de castigos de cuerpo, vida y honra. Lo que para el cantón era el conde cantonal (Gaugraf) era para la centuria ó común el conde centenario, llamado (Centgraf). A las comarcas fronterizas, las marcas, estaban propuestos los marqueses (Markgraf). Por medio de condes misivos *(Missi)* que cada tres meses recorrían las comarcas, el rey ejercía la inspección sobre la administración política y jurídica. Chambelanes, llamábanse los administradores de los bienes reales, con cuyos productos se sufragaban principalmente los gastos de la casa y corte de Carlos; pero había además otras fuentes de ingresos, como las contribuciones en productos naturales de los feudatarios, los derechos y las multas judiciales. Los empleados que viajaban como

los ejércitos reales en marcha eran mantenidos gratuitamente por las comarcas respectivas. Sin duda, Carlos fué también el fundador de una especie de sistema de contribuciones, pues supo convertir en deber anual constante el regalo voluntario de ganado y frutos del campo que los germanos solían ofrecer de vez en cuando á sus caudillos.

Lo que hoy suele llamarse «ministerio ó gabinete» no existía en el Estado carlovingio de nombre, pero sí de hecho. Ciertamente, los que ocupaban los destinos cortesanos superiores, como el conde palatino, el chambelán, el senescal, el prefecto de la caza y el halconero, no eran más que empleados de palacio propiamente dicho, pero el archicapellán ó gran limosnero podía representar perfectamente el ministro de cultos, el archicanciller el ministro de Estado y de Gobernación, el tesorero superior, el ministro de Hacienda, el juez superior de la Corte, el ministro de Justicia y el bibliotecario superior, el ministro de Fomento. Carlos, maestro en el arte de conocer y gobernar á los hombres, supo asimismo hacer uso según su conveniencia, de un constitucionalismo aparente como medio de gobierno. Sabía el poder de la apariencia que á los ojos de la multitud reemplaza perfectamente la esencia. Así es que dejaba subsistir un simulacro de la antigua soberanía del pueblo, que consistía en la asamblea general de los señores alodiales y feudales, que se reunía cada año en primavera y en otoño para aceptar ó rechazar las leyes propuestas por el rey. La junta primaveral, el «campo de Mayo», era especialmente solemne, pero no dejaba de ser una simple ceremonia, pues las discusiones y votaciones se hacían por arreglo burocrático. Le era permido á la asamblea general votar lo que al rey le convenía. En apariencia toda la legislación era el resultado de los «campos de Mayo», en realidad, tal como nos ha sido trasmitida en la célebre colección redactada en latín, los *capitulares* eran unos decretos ú órdenes reales dadas por Carlos conforme al consejo de sus ministros. Admitiendo su principio político, hemos de admirar á Carlos como á legislador, como modelo de «déspota ilustrado». Se metía en todo, todo lo quería arreglar y gobernar. Al lado de una importantísima prescripción en el ramo de Hacienda, encuéntrase un artículo que prohibe á las monjas que «copien canciones amorosas y se las comuniquen unas á otras». Carlos vigilaba y ordenaba la vida de sus súbditos desde el nacimiento hasta la muerte. En la capitular de 789, prohibió también la quema de los cadáveres, sepultura pagana que los germanos conservaban tan tenazmente, que Carlos la conminaba con la pena de muerte para complacer á la Iglesia cristiana, que se creía obligada á aborrecer la incineracion como atentatoria á la resurrección de los cuerpos.

Eso de complacer á la Iglesia era el fuerte del gran rey y emperador; y no podía ser de otra manera, porque él necesitaba de la Iglesia no ménos que esta de él. El gobierno político y el eclesiástico eran un verdadero negocio mútuo. La Iglesia daba á la monarquía autocrática la bendición de institución divina; el Estado, es decir, la espada conquistadora de Carlomagno, ayudaba á la Iglesia á llevar á cabo la cristianización de las tribus germánicas, dotándola además largamente de tierras y gentes inmunes de todo impuesto y asegurándole por medio de una ley del Estado el diezmo, tomando por ejemplo el Antiguo Testamento. Siendo esto así, el cristianismo, es decir, el clero y la jerarquía, prosperaban á las mil maravillas en la tierra germánica. Los arzobispados, obispados, abadías, iglesias y capillas, parecían brotar del suelo, y las mil y mil mallas de la red romana iban oprimiendo á los pueblos germánicos. Los arzobispos, obispos y abades no tardaron en ocupar la primera fila de los vasallos de la corona y de los barones del reino, perteneciendo estos prelados, por lo demás, por su nacimiento á la aristocracia, que comprendió en seguida y aprovechó en grande escala las ventajas de meter á sus hijos menores bajo la ínfula. La Iglesia se gobernaba por el derecho romano, debiendo, empero, hacer, todavía provisionalmente, varias concesiones á las ideas jurídicas indígenas. Para el clero alto el tribunal supremo de la Corte era el juzgado competente, haciendo, empero, los obispos de regidores para dar el fallo; al clero inferior, generalmente el atento y seguro servidor del alto, le juzgaba el obispo de la diócesis en lo espiritual como en lo mundano.

En aquella época el alto clero, lo mismo que el bajo, tenía mala fama por sus costumbres disolutas, presentando también el matrimonio de los clérigos la corrupción del matrimonio de los legos mencionada más arriba. Pero todo esto no perjudicaba la autoridad de la Iglesia; su política astuta, flexible y sin embargo firme en los principios, su disciplina rígida, su riqueza, su dominación de los ánimos por medio de la superstición, hacían que esa institución romana fuese una potencia, y grande, en Germania.

Pero el cristianismo romano era al mismo tiempo una potencia civilizadora, especialmente por medio de los frailes que llevaron á cabo en el territorio alemán, cosas verdaderamente admirables por misioneros cual Columbano, Emerano, Galo, Fridolin, Firmin y otros. Fruto de la fantasía oriental, el monaquismo cristiano, como todo el mundo sabe, pareció por primera vez en grande escala en Egipto, de donde pasó al Occidente, pero no sin experimentar muchas alteraciones. En Europa, y sobre todo en el Norte, no es posible vegetar en contemplativa pereza y en media ó completa desnudez como los faquires indios y los anacoretas egipcios; allí el hombre necesita de habitación, de vestidos, de comida y bebida abundante. La perezosa negación oriental del mundo de los frailes cristianos se convirtió, pues, en asidua lucha con el mundo occidental, y en los primeros siglos de la cristianización del pueblo alemán los frailes fueron trabajadores en el mejor sentido de la palabra, verdaderos zapadores de la civilización. Benito de Nurcia, el ermitaño extático de Subiaco, el fundador práctico del célebre convento de Monte Casino (en el año de 529), dió forma sólida y normas constantes al monaquismo romano occidental. Conforme á esta regla «benedictina» vivían y trabajaban también las comunidades monacales más antiguas de Germania, siendo sus principios á veces bastante pobres, como demuestra, por ejemplo, la historia de la fundación de uno de los conventos alemanes más antiguos y más célebres: el de San Galo.

Su fundador, el irlandés Galo, había venido á Alemania en calidad de misionero á principios del siglo VII, en compañía de Columbano, canonizado más tarde como él mismo. Después de trabajar muchos años en las comarcas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lago de Constanza, sufriendo toda clase de contumelias en su actividad de misionero, deseó á su vejez retirarse á la soledad de los bosques y fundar allí una ermita para sí y otros religiosos de la misma órden. Convaleciente de una enfermedad grave gracias álos cuidados de su amigo el sacerdote Vilimar de Arbón, le fué señalado como lugar apropiado para una ermita silvestre por el diácono Hiltebold, el valle elevado, atravesado por el torrente Steinaj, detrás del cual se eleva el Sentis. Acompañado del diácono conocedor del país, el viejo misionero sube la montaña, descansa en un punto donde el Steinaj se precipita furioso sobre las peñas, y como al pasar por el valle se había clavado una espina en el pié, consideró esta circunstancia como indicación del cielo que debía establecerse allí. En seguida fabricó una cruz con las ramas de un avellano, la plantó al lado de la cascada, suspendió en ella el reliquiario que llevaba siempre consigo, consagrando así y con oraciones aquel punto. San Galo estaba fundado; pero á la fundación real debía preceder un milagro, según el espíritu tradicional de entonces. Galo, habiendo vuelto á Arbón para despedirse de Vilimar, encontró allí á unos enviados del duque alemán Gunzo rogándole que fuera á Ueberlingen donde la hija del duque Frideburga, yacía enferma pidiendo por el santo varon para que con sus oraciones la librara de su mal. Galo siguió al llamamiento, verificó el milagro pedido y recibió en recompensa, por mediación de Frideburga, y como regalo del rey francés Sigeberto, el valle donde quería establecerse y además dos libras de oro y dos talentos de plata, pues también para las «fundaciones» del siglo VII hacía falta dinero.

Después de rechazar un llamamiento para ocupar la Sede episcopal de Constanza, Galo empezó á trabajar en su fundación del valle de Steinnaj, ayudado por el duque Gunzo. Hizo talar el bosque alrededor del punto consagrado y en el claro erigió un modesto conventito, construido de madera y compuesto de una pequeña iglesia *(oratorium)* y una casa habitación y taller *(oficina)* para los frailes, que al principio eran muy pocos. El fundador mismo, murió en Arbón en 640, de una calentura, muy viejo y muy venerado, mas aun después de muerto no dejó de ser útil al nuevo establecimiento; su cadáver fué llevado al conventito de su nombre y sepultado en él, al lado del altar. Naturalmente, «el santo cuerpo» no tardó en adquirir fama de obrar milagros, de modo que no podía dejar de suceder que de cerca y de léjos el pueblo cristiano de Alemania peregrinara á la celda de San Galo. Los romeros, naturalmente, no venían con las manos vacías y con la fama del convento iba aumentando sus posesiones, pero también hubo de experimentar varias calamidades escapando apenas á la ruina y empezando á florecer solamente bajo el reinado de 40 años de S. Otmar (de 720 á 760), quien debe considerarse como el primer abad verdadero de San Galo. El convento fué ensanchado considerablemente y embellecido, siendo muchas ya las tierras que le pertenecían. En los antiguos documentos se haçe mención ya de un palacio especial del abad, habitaciones de los operarios y una escuela en la cual se enseñaba á alumnos externos, es decir, á muchachos y jóvenes no destinados á la vida monacal. También la modesta capilla de madera fué reemplazada por una iglesia de piedra en cuyo

coro, entre el altar principal y el ábside, fué colocado en un sarcófago de piedra, el cuerpo del fundador de San Galo. Siguió otra temporada de oscuridad á consecuencia de la envidia de los obispos de Constanza que negaban á los frailes, entre otras cosas, la libre elección de sus abades, pero sin salir con la suya. Con el grande abad Gosberto, elegido en 816, empezó una época brillante para la fundación de San Galo. Gosberto, hombre prudente y enérgico, era un verdadero dechado de príncipe eclesiástico en el buen sentido de la palabra; quería hacer de su convento un establecimiento modelo y lo consiguió. Los edificios fueron renovados y ensanchados, y en lugar de la iglesia derribada se construyó otra más espléndida. El convento, rodeado de huertos, había de representar un mundo por sí sólo, satisfaciendo á todas las necesidades y fines religiosos, científicos, industriales y artísticos de aquel tiempo; debía ser al mismo tiempo un establecimiento de salvación para el cuerpo y el alma, hospital, albergue, escuela, biblioteca y taller, y todo esto, San Galo, lo fué efectivamente. El abad Gosberto debe ser considerado también como fundador de esa biblioteca, que aun hoy goza, con razón, de gran fama por sus tesoros antiguos, entre los cuales se halla aquel pergamino célebre, en el cual está trazado el plano de un convento modelo como se lo imaginaron los frailes de la primera mitad del siglo IX, por una mano tan experta, que se ha sospechado si sería obra de Eginardo, ministro de Fomento del emperador Carlomagno. Con todo, el abad Gosberto no edificó su convento conforme á dicho plano, trazado probablemente tan sólo como proyecto ideal para la construcción de conventos.

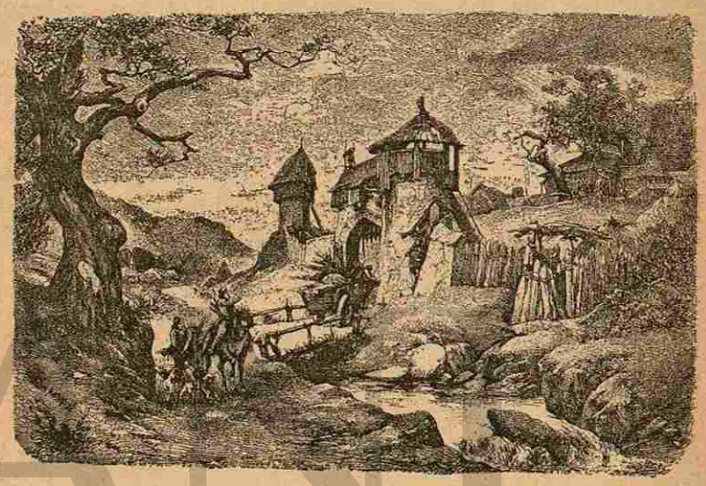
La fundación de San Galo, en las márgenes del Steinaj, nos da una idea del orígen de los progresos del monaquismo alemán. No cabe duda de que en su época fué una bendición para el país, porque los conventos antiguos de Alemania eran otros tantos baluartes de la cultura. Los frailes talaban los bosques, conquistaban el terreno á las fieras, encauzaban los ríos, roturaban el terreno desierto, cultivaban prados y criaban ganado, establecían huertos para dedicarse á la horticultura, plantaban árboles frutales y convertían toda pendiente asoleada en viñedo. Así mismo enseñaban y practicaban las múltiples habilidades y artes de los oficios y abrían los primeros mercados á las puertas de sus establecimientos cuya paz estaba asegurada por el temor religioso. De esta manera prestaron no sólo grandes servicios al desarrollo agrícola, industrial y comercial, si que también fueron los maestros más antiguos del pueblo. Todo convento de alguna importancia tenía su escuela, en la cual, según las reglas del «trivio y cuadrivio», se introducía en el círculo del saber de entonces tanto á los propios novicios como á los alumnos externos. Una escuela monacal modelo era la que había fundado, en el año de 804, Rabano Mauro, uno de los hombres más eruditos de su tiempo. Seguían luego las escuelas de San Galo, Reichenau, Hirschau, Visenburgo, Corbey y otras. La lengua latina, como lenguaje de toda cultura superior, era el objeto preferente de la enseñanza de estas escuelas, y á la predilección de los monjes por el latín debemos principalmente la conservación, multiplicación y propagación de los tesoros de la literatura antigua. Sin embargo, la erudición y pedantería

monacales no podían dejar de ocuparse también en la lengua del país, porque sólo en esta podía tratar con el pueblo, y como se habían compuesto fórmulas de oraciones y catecismos para la instrucción religiosa, asimismo debían componerse para los fines de la enseñanza, vocabularios en latín y alemán. Semejantes fórmulas y rosarios, procedentes algunos del siglo VIII, cuentan entre los monumentos escritos más antiguos de la lengua alemana, á cuyo vigor interno se debe que no sucumbiera á la preponderancia opresiva que el latín poseía como lengua de la Iglesia y del Estado, de los tribunales y de las escuelas, sinó que ya desde el siglo IX, como veremos luego, se elevara cada vez más á la expresión literaria.

Simultáneamente con los conventos de hombres estableciéronse en Alemania los conventos de mujeres, después que el misionero Bonifacio hubo comprendido ya la importancia de la cooperación femenina en su eclesiastización de los alemanes. Las tres monjas Valpurgis, Tecla y Liova han hecho sus nombres célebres como colaboradoras de S. Bonifacio; la primera era priora del convento de Heinheim; la segunda abadesa del convento de Kitzingen; la tercera abadesa del convento de Bischofshein del Tauber, el cual durante mucho tiempo fué el colegio favorito para la enseñanza femenina. Desde el siglo VIII la moda piadosa del claustro se extendió rápidamente por Alemania; en todas partes había ermitaños y ermitañas, ensanchándose muchas veces las moradas de las reclusas hasta formar verdaderos conventos como los fundados en gran número por princesas y otras damas nobles. Según la regla, ninguna jóven debía tomar el velo antes de cumplir los 25 años; parece, pues, que en aquella época opinaban que solamente á las solteronas les convenía «hacerse esposas de Cristo.» También pasaba por meritorio el llevar el capuchón de monja fuera del claustro, viviendo en la propia familia sin casarse cual «sierva de Dios» ó «velada.» Hasta el siglo IX no había mucho rigor en los votos formales de monja; ciertamente la Iglesia conminaba con la excomunión la infracción de los votos, es decir que una monja se casara; pero en los primeros siglos de la Edad media no se hacía mucho caso de tal amenaza, y es evidente que las monjas de la época carlovingia tampoco hacían caso de cosas más importantes, pues según demuestran las capitulares, la disolución de muchísimas monjas preocupaba al grande emperador, revelándonos sus decretos la existencia de bastantes «siervas de Dios,» que en lugar de su esposo celestial servían á la diosa pagana Vénus hasta por dinero, librándose luego de las consecuencias de semejante servidumbre por medio de crímines.

Por fortuna los esfuerzos del cuidadoso legislador, ordenador y administrador Carlos, tuvieron más éxito en otros terrenos, especialmente en el de la agricultura que procuraba y lograba fomentar teórica y prácticamente por sus decretos y prácticamente estableciendo granjas modelos en sus propias haciendas. El cultivo de los cereales, la praticultura y la silvicultura se mencionan de una manera que demuestra considerables progresos sobre el salvagismo primitivo; así mismo la horticultura y la jardinería, la pomicultura y la viticultura. Al mismo tiempo que los campos, mejoraban también

las viviendas de los alemanes, convirtiéndose la choza en casa, y separándose la habitación del hombre de la de los animales; hasta la morada del labrador, es decir, del labrador siervo, se dividía en casa habitación, establo y troj. Un cortijo señorial ocupaba un grande espacio cercado de seto ó de empalizada en el cual se encontraban los siguientes edificios: 1.° la casa de los señores *(sala)*. 2.° la casa de las mujeres *(genesium)*, donde la señora de la casa con



CORTIJO SEÑORIAL.

sus hijas y criadas se ocupaban en hilar, tejer y hacer vestidos. 3.° el baño *(stuba)*, 4.° la bodega *(cellaria)*, 5.° el granero *(grania)*, 6.° la despensa *(spicarium)*, 7.° los diferentes establos para caballos, vacas, ovejas y cerdos. En los genesios hacíanse ya muchas labores finas, porque el problema cada vez más complicado de proveer de vestidos á la familia, despertaba el espíritu de invención Las mujeres perfeccionábanse notablemente en el arte de la sastrería; sabían bordar artísticamente y entendían, como dice una de las capitulares de Carlomagno, en diseñar figuras en los tejidos, por medio de la lanzadera. Por lo demás, los genesios eran también los sitios de cosas ménos loables, hasta de tantas inconveniencias, que en la época posterior de la Edad media, la «casa de mujeres» tenía una significación que se había apartado mucho de su pureza primitiva.

Los edificios de la época carlovingia eran todavía muy sencillos, siendo la madera el material de construcción más usual; sin embargo comenzábase ya á edificar casas de piedras y ladrillos, y á dividir las habitaciones en pisos y

cuartos, como á proveerlas de escaleras y azoteas. Enteramente de piedra y adornados con cuadros morales por artistas italianos, eran los célebres palacios de Carlomagno, en Ingelheim, Aquisgran y Neumagen. Sabemos que en el año de 895, los gastos de construcción y arreglo de una casa señorial se estimaba en doce sueldos de plata, por lo que se ve que el valor del dinero ha bajado enormemente desde entonces. Carlomagno introdujo también una reforma radical en el sistema monetario, sustituyendo la moneda de oro que habia regido en el Occidente desde los tiempos de los emperadores romanos, con las de plata, y determinando que de una libra de plata debían acuñarse veinte chelines. Al fomento de la industria y del comercio, el grande emperador dedicaba una gran parte de su actividad de legislador y administrador, especialmente por la institución del servicio de seguridad, destinado á vijilar á los vagamundos y truhanes, la exactitud de las pesas, medidas y monedas, por la institución de ferias semanales y anuales en todas las grandes poblaciones, y por la construcción de carreteras, diques y puentes. Su plan de unir el Rhin y el Danubio por medio de un canal se estrelló en la imperfección de la técnica de aquel tiempo. También dicen que arregló una especie de correo, mas no tenemos de ello noticia cierta.

No sólo á la parte material de la vida y de la sociedad dedicaba Carlomagno su atención y sus cuidados, si que también á la intelectual, hallándose obligado por el estado de las cosas, á valerse, sobre todo, de eruditos y artistas extranjeros para elevar el nivel mental de sus paisanos. Llamó arquitectos, pintores y músicos de Italia, y entre los clérigos y legos eruditos que le rodeaban, cuetan Pedro de Pisa, Alenino, Teodulfo, Adelharto, Pablo Diácono, Eginardo y Angilberto. Instaló una escuela normal en su corte y favorecía con ahinco las escuelas monásticas, fundadas y dirigidas por Rabano en Fulda, Hartmod en S. Galo, Valafrido en Reichenau y otros en otras partes. El mismo entendía el griego, hablaba el latín, tomaba lecciones de gramática, retórica y astronomía, y aprovechaba hasta las horas de comer para instruirse, haciéndose leer durante la comida, «las historias y los hechos de los antiguos,» según refiere Eginardo. Por las razones ya indicadas, todas estas aspiraciones civilizadoras habían de descansar forzosamente en una base romano-cristiana en lugar de germánico-nacional. Por esto la actividad artística de la época carlovingia preparó en Alemania el estilo románico. Con todo, Carlos mismo, á pesar de su prevención eclesiástica contra el paganismo germánico, no se nos presenta de ninguna manera dominado por el romanismo, al contrario; se sentía siempre como germano verdadero y genuino. Por esto procuraba el cultivo del idioma nacional, ordenando que los sermones debían hacerse en alemán; por esto emprendió el mismo la redacción de una gramática alemana; por esto dió nombres alemanes á los vientos y meses (usándose estos ultimos todavía hoy en la Suiza alemana); y por esto para usar las palabras de su ministro, amigo y biógrafo Eginardo, mandó escribir para que no se olvidasen, los antiquísimos cantos nacionales que celebraban las guerras y hazañas de los reyes antiguos. Desgraciadamente esta colección de cantos heróicos populares se ha perdido sin dejar

rastro, si bien se dice que en el siglo XII existían todavía manuscritos en Inglaterra.

La corte de Carlomagno debía de presentar un cuadro abigarrado, lleno



CARLOMAGNO SE HACE PRESENTAR EL PLANO DE LA CAPILLA DE SU PALACIO DE AQUISGRAN.

de animación por juntarse en ella los contrastes más chocantes de la época, germanismo y romanismo, paganismo, cristianismo é islamismo, nuncios del Papa, legados del emperador de Bizancio, embajadores del califa de Bagdad, obispos católicos y adoradores de Odin de Escandinavia, condes francos y alemanes, adalingos sajones y frisones, caudillos eslavos y abades, senadores romanos y jeques árabes del Ebro. Así mismo podía calificarse de nómada la corte por cuanto no permanecía en punto fijo, si bien la residencia favo-

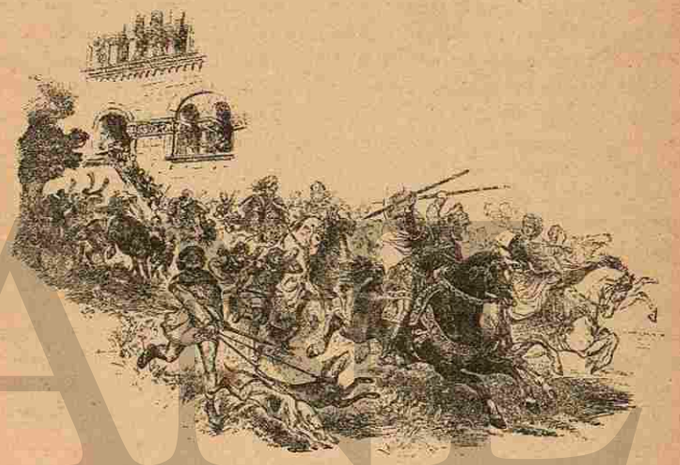
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rita de Carlos era el palacio de Aquisgran. ¿Qué mezcla de trajes, qué confusión de lenguas y que contraste de lujo y barbarie debía de observarse en las grandes fiestas y ceremonias de la corte? Por lo demás, la residencia del emperador no era precisamente un sitio de buenas costumbres, aun admitiendo las nociones muy relajadas de moralidad de aquella época. Es verdad que Carlos no tomaba parte en la glotonería atroz que reinaba en aquellos tiempos; era muy sóbrio en los goces de la mesa. En cambio su afición por las mujeres era excesiva. Tenía cuatro esposas, la longobarda Berterada (?), la suabia Hildegarda, la franca Pastrada y la alemana Liutgarda. Entre sus concubinas menciónanse á Adaltruda, Regina y Adalinda. El número de sus hijos legítimos é ilegítimos era catorce, la educación de los cuales le preocubaba bastante, y según Eginaldo, la arregló de modo que «los varones como las hembras fuesen instruídos primeramente en las ciencias; después tan pronto como la edad lo permitiera, los hijos debían montar á caballo según la costumbre de los francos y ejercitarse en las armas y en la caza, mientras que las hijas se ocuparían en los trabajos de lana y manejarían la rueca y el huso para que no se acostumbrasen á la holgazanería y las mandó educar en toda buena disciplina.»

Mas esta «disciplina» era cosa especial, tan especial, que bien podría llamarse indisciplina. En efecto, las relaciones entre los dos sexos en la Corte de Carlomagno eran tan relajadas, que el emperador cerró, no uno, sinó sus dos ojos cuando su hija Hrustrud tuvo un hijo natural con el conde Rorich y su hija Berta dos hijos del preceptor de la Corte, Angilberto. El cuento romántico de una tercera hija de Carlos, Ema, y su novio Eginardo, no es á la verdad más que un cuento, puesto que el emperador no tuvo ninguna hija de ese nombre, pero no deja de ser característico para el tono y la «buena disciplina» de la corte de Carlomagno. Más tarde, después de la muerte de su padre, las princesas parece que traspasaron los límites de la decencia, porque su hermano, el emperador Ludovico, se vió obligado á desterrar de la Corte á los mancebos de sus hermanas. Carlos mismo se había creído en el caso de reprimir el lujo exagerado en el vestir, y la real órden dada en el año 808, si bien dirigida solamente contra el despilfarro de peletería, puede considerarse como el más antiguo reglamento sobre vestuario, dado durante la Edad media, cada vez más extenso, por los príncipes eclesiásticos y seglares y aun por las autoridades municipales, aunque naturalmente en balde, pues ninguna potencia del mundo puede tenérselas con la moda, la cual, siendo hija mayor de la estupidez, se ha burlado, se burla y se burlará en todos tiempos y lugares, lo mismo de los dioses que de los hombres.

El mencionado Angilberto, uno de los eruditos de la corte de Carlomagno y de paso su yerno, escribió un elogio biográfico del grande emperador en hexámetros latinos bastante afectados. Este producto de la musa cortesana nos ha sido trasmitido sólo en fragmentos, lo cual es sensible, porque el conjunto nos habría dado una idea clara de la vida de la corte carlovingia. Uno de los pasajes conservados, remedando evidentemente la realidad, describe cómo la emperatriz Liutgarda sale á caza acompañada de sus dos hijastros Carlos y

Pepino y varias de sus hijastras. La traducción de este pasaje, puede servir para darnos á comprender el aspecto de los personajes distinguidos de fines del siglo VIII. «En medio de su numeroso séquito, sale del elevado aposento para entrar en el patio, Liutgarda, la encantadora esposa del augusto Carlos. Su garganta rivaliza en color y brillo con las rosas y su cabello recogido, con el resplandor de la púrpura. Cordones de oro sujetan su manto, cintas de púrpura rodean las níveas sienes, la túnica de lienzo brilla con purpúreas cambiantes, el cuello centellea de piedras preciosas y en la cabeza luce la corona de oro. Caminando así, rodeada de las damas, le hace calle la servidumbre



SALIDA Á CAZA.

cortesana á derecha y á izquierda; monta el caballo que le presentan y luce su real figura ante la multitud de adalingos que llenos de juvenil fiereza y bizarría, rodean á los dos príncipes Carlos y Pepino. El primero que se parece á su padre en el nombre, figura, rostro y espíritu, se presenta adornado de todas sus armas, como poderoso guerrero que ha demostrado serlo. Después de la reina y de los príncipes, sale por las puertas y en confuso tumulto, el séquito de caza acompañado del ladrido de los perros y del son de las cornetas. Luego siguen las princesas con numeroso acompañamiento de caballeros y damas. Al frente va tranquila y soberbia, Hruotrud, llevando su cabello rubio sostenido por una cinta de púrpura y luciendo en la cabeza una pequeña corona de oro. Después aparece resplandeciente entre las damas, Berta, imágen de su padre, así en sentimientos, como en semblante, voz, ojos y genio; lleva el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cabello rubio entrelazado con cordones de oro y rodeados de una diadema; una piel de marta cubre muellemente la nieve de su cuello y las costuras de su túnica están guarnecidas de centelleantes piedras preciosas. Luego viene Gisela, la beldad de blancura deslumbradora; hilos de púrpura atraviesan el delicado tejido de su velo que cae graciosamente sobre su garganta y hombros sonrosados; luce su mano argentina, su frente dorada; sus ojos echan fuego de sol y con gracioso aplomo dirige el veloz corcel. Detrás del bullicioso enjambre que á su hermana rodea, Ruodhaid conduce á paso rápido su hacanea, radiando su cabello, garganta y pié de pedrería de color y revoloteando por sus hombros el manto de seda, sujetado al pecho por una hebilla de oro. Sigue después Teodoreda, con el semblante rubicundo y el cabello dorado; lleva un collar de esmeraldas y el manto orlado de piel oscura; montada en fogoso caballo blanco, se abalanza la piadosa y espléndida jóven. Finalmente, cierra la fila de las hermanas, Hiltruda, reluciendo soberbiamente entre la muchedumbre de ginetes que la rodean, dirigiendo su corcel á donde la floresta recibe en su sombrío seno al magnífico cortejo cazador.»

En caso de contemplar el grande emperador, como era muy posible, desde la azotea de su palacio la partida de ese vistoso tren, que comprendía todo lo que su casa y su época podían ostentar en nobleza, belleza y pompa, en felicidad, esplendor y alegría, viendo cabalgar al claro sol de la mañana para la alegre cacería, á esa larga hilera de robustos hijos y bellas hijas, no se figuraba seguramente que toda la esplendidez carlovingia, que su estirpe y mucho ménos su imperio durarían á penas dos siglos, ni que inmediatamente después de su muerte (814) empezaría con el reinado de su hijo Ludovico, el triste marasmo del imperio universal carlovingio y que todo el porvenir de su casa no sería más que una muerte lenta y sin gloria. Es ley eterna que la vanidad y afán de grandeza de los hombres, de las dinastías, de las naciones y de las razas, se disuelvan siempre en humo.

Pero aun que se desmoronara el soberbio edificio del imperio de Carlomagno, descompuesto interiormente por la separación más marcada de las nacionalidades de que se componía, la idea fundamental civilizadora del edificio quedó subsistente y siguió obrando. En el Estado y en la Iglesia las ideas de la edad carlovingia conservaron su fuerza determinante; el imperio y el papado cuya concordia era su puesto de la teoría de la política de la Edad Media, constituían los polos al rededor de los cuales, giró el desarrollo social durante muchos siglos. La legislación y la administración civil y jurídica seguían en general los senderos que Carlomagno les señalara, si bien el tiempo traía naturalmente muchas alteraciones en los pormenores. En todas las manifestaciones de la cultura intelectual la Iglesia daba el tono fundamental que determinaba para muchos siglos los sentimientos nacionales, aunque ya no podía dejar de admitir la influencia más ó ménos fuerte de este lado.

Así mismo notábase esta influencia nacional en la poesía cristiano-eclesiástica del siglo IX, con la cual empieza la literatura poética alemana, ya que se han perdido los cantos de dioses y héroes del germanismo pagano.

Dos productos de esta poesía sobrepujan grandemente los otros, que no son

muchos; dos obras que tratan del mismo asunto, pero que en la forma se distinguen esencialmente «el Heliand» (salvador) antiguo sajón y el «Krist» (Cristo), antiguo alemán alto. Las dos son lo que se llaman «armonías del Evangelio», es decir, tienen por asunto el poema de Jesús, cual lo refieren los Evangelios. Pero se diferencían tanto en la exposición de su tema, que bien se puede decir que una es á la otra lo que la lengua á la pluma, lo que el arpa al libro, lo que el germanismo al romanismo. Al poeta sajón, quien instigado por el piadosísimo emperador Ludovico, produjo el Heliand en la primera mitad del siglo IX, hemos de figurárnosle recitando oralmente su poema á sus paisanos, acaso en alguna gran fiesta de la Iglesia, enteramente en el estilo de los antiguos cantores y narradores indígenas; mientras que con respecto al autor del Christ, hemos de imaginarnos que huyendo del ruído profano del mundo, (*sonus inutilium rerum;* dice en su prefacio latino), se retiró tímidamente en su celda monacal para inclinarse ora sobre los rollos de evangelios desplegados en su mesa, ora para escribir, ó mejor dicho dictar sus versos sobre «el pergamino extendido delante de él con una pluma de ganso cuidadosamente cortada». El poeta sajón ha sostenido en toda su obra el sabor popular, dando á su asunto un colorido nacional: Jesús parece entre sus discípulos como duque germánico entre su séquito, y de María, «la más hermosa de las mujeres», la «amable jóven» á quien ha escogido «José», habla enteramente en el mismo tono respetuoso que solían poetas más antiguos al hacerlo de Beleda. Esta poesía, admirablemente natural, favorecida por la aliteración y el metro antiguo, nos produce igual efecto, cual si la historia de Jesús hubiese pasado en Germania. El poeta del Heliand, por lo tanto, ha creado una obra importantísima y muy amena, en la cual oímos otra vez claramente el eco del espíritu y tono de la poesía popular, genuinamente nacional de los tiempos antiguos. El fraile benedictino Otfrid empezó componiendo su «Cristo» en Alsacia, en el convento de Visenburgo, entre los años de 863 y 872, en oposición consciente é intencional al canto popular del país que desdeñosamente califica de obsceno (cantus laicorum obscœnus), siendo éste quien introdujo en Alemania la poesía artificial. Ciertamente tampoco pudo prescindir en absoluto del sentimiento germánico nacional al metrificar los Evangelios; pero en todas partes el erudito fraile procura más bien edificar que deleitar á sus lectores; para él lo principal es, no la narración, sinó la moraleja y la aplicación devota. El Heliand, es un poema, el Christ un sermón; el primero es germánico en la forma y el fondo, el segundo romano. Y por esto precisamente empezaba la poesía artística de Otfrid con una importantísima innovación formal en sentido romano, reemplazando Otfrid la aliteración germánica con la rima final romana; la consonancia silábica que se había hecho usual en el latín bárbaro de la Edad media. Parece esto pura cuestión de forma, y sin embargo, es un rasgo característico cuya importancia no es menor que la introducción de un lenguaje ageno en la legislación alemana y en el culto alemán. Sabido es que la poesía de una nación es la expresión fiel de su cultura, la más íntima revelación de sus sentimientos y de sus aspiraciones. Abandonando los alemanes la aliteración para apropiarse la rima final, documentaban que habían abandonado la

fe en la posibilidad de una órbita propia de progreso y que pensaban amoldarse á las leyes del desarrollo de la civilización romano-cristiana creada por Carlomagno. Lo nacional retirose por ahora tímido y huraño á las profundidades del alma del pueblo, mientras que lo eclesiástico-romano, altanero é intolerante dominaba sobre todas las manifestaciones de la vida.



INVASION DE LOS HÚNGAROS.

III.

Bajo el reinado de los Otones.

El genio sostenido por una voluntad fuerte y una conciencia poco escrupulosa, puede conseguir sacar temporalmente el curso de los pueblos de sus carriles naturales, juntando en un estado á los elementos opuestos, como se ve en la monarquía imperial de Carlomagno. Pero tan pronto la acción de este genio se paraliza por un golpe de la fortuna ó por la muerte, desmorónase aquello que sólo por la fuerza podía sostenerse. Esto lo atestiguan todos los llamados conquistadores del mundo desde Sesostris hasta Napoleón. El edificio político carlovingio había sido erigido por obra común de las dos grandes potencias de la época, la espada germánica y el cayado romano. A pesar de esto, no persistió por una parte, porque el interés común de estas dos potencias era solamente pasajero y artificial y por otra parte porque, aunque lenta, irresistiblemente, surgía al lado de ellas una tercera potencia, la idea nacional.

El mito asiático de la separación de los pueblos durante la construcción de la torre de Babel, tuvo una realización europea en el imperio universal carlovingio. Los pueblos juntados por fuerza en ese soberbio edificio ya no se entendían unos á otros; siguiendo un rumbo divergente, aspiraban á separarse,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fe en la posibilidad de una órbita propia de progreso y que pensaban amoldarse á las leyes del desarrollo de la civilización romano-cristiana creada por Carlomagno. Lo nacional retirose por ahora tímido y huraño á las profundidades del alma del pueblo, mientras que lo eclesiástico-romano, altanero é intolerante dominaba sobre todas las manifestaciones de la vida.



INVASION DE LOS HÚNGAROS.

III.

Bajo el reinado de los Otones.

El genio sostenido por una voluntad fuerte y una conciencia poco escrupulosa, puede conseguir sacar temporalmente el curso de los pueblos de sus carriles naturales, juntando en un estado á los elementos opuestos, como se ve en la monarquía imperial de Carlomagno. Pero tan pronto la acción de este genio se paraliza por un golpe de la fortuna ó por la muerte, desmorónase aquello que sólo por la fuerza podía sostenerse. Esto lo atestiguan todos los llamados conquistadores del mundo desde Sesostris hasta Napoleón. El edificio político carlovingio había sido erigido por obra común de las dos grandes potencias de la época, la espada germánica y el cayado romano. A pesar de esto, no persistió por una parte, porque el interés común de estas dos potencias era solamente pasajero y artificial y por otra parte porque, aunque lenta, irresistiblemente, surgía al lado de ellas una tercera potencia, la idea nacional.

El mito asiático de la separación de los pueblos durante la construcción de la torre de Babel, tuvo una realización europea en el imperio universal carlovingio. Los pueblos juntados por fuerza en ese soberbio edificio ya no se entendían unos á otros; siguiendo un rumbo divergente, aspiraban á separarse,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

querían formar naciones particulares, teniendo cada una su propia lengua y costumbres, su propio derecho y estado. El proceso de romanización que había trasformado en romanos á los germanos establecidos, á partir de la grande invasión, en las antiguas provincias occidentales de Roma, Italia, Francia, España, había terminado más ó ménos completamente. En dichos países los conquistadores germánicos habían mezclado su sangre, su lengua, su derecho y su costumbre con los indígenas subyugados, y de esta mezcla, en la cual la cultura superior de los subyugados había vencido del todo al romanismo, surgió con su lenguaje, al principio todavía común, el romance. Este lenguaje se dividió luego á medida que los pueblos germanos iban diferenciándose más marcadamente en los varios dialectos franceses, itálicos y españoles, oponiéndose como conjunto cual nueva rama lingüística al lado, ó mejor dicho enfrente de la germánica; pues la oposición de germanismo y romanismo fué desde luego un motivo histórico eficasísimo, tanto más cuanto que los germanos romanizados tenían un odio feroz á su madre Germania, aquel odio que en todo tiempo y en todas partes ha sido y es propio de los apóstatas contra su primera nacionalidad, porque la mala conciencia aguza el aguijón. Un ejemplo moderno nos ofrecen los Alsacianos y otros apóstatas del germanismo.

El contraste entre germánico y romano se manifestó por primera vez lingüística y políticamente en la célebre reunión y convenio de Estrasburgo, en febrero de 842, cuando los hijos del desgraciado Ludovico, Luis y Carlos, se aliaron contra su hermano Lotario. Para ser comprendidos por los ejércitos respectivos, los dos hermanos prestaron el juramento de alianza de modo que el franco oriental Luis, apellidado generalmente *el alemán*, juró en el romance de entonces *(pro Deo amur et pro cristian poplo et nostro comun salvant,* etc.), y el franco occidental Carlos, en el antiguo alemán alto de aquellos días, *(then eid geleistot, then er sineno bruodher Ludovige gesnor),* como nos ha trasmitido en sus *cuatro libros de historias* un primo de los príncipes jurantes, nieto, como ellos, de Carlomagno, el conde Nitardo, hijo del docto Angilberto y de la hermosa Berta. En este noble cronista, si bien bastardo, hállase inmediatamente después de su relato del convenio de Estrasburgo un pasaje, en el cual menciona una diversión guerrera que puede considerarse como el ejemplo más antiguo y auténtico de los posteriores torneos caballerescos. En efecto, Nitardo refiere que sus dos primos, marchando á Vorms, Luis por Spiron (Speyer), Carlos á lo largo de los Vosgos por Visenburgo, establecieron un campamento común con sus séquitos, entre aquella ciudad y Maguncia. Los dos grandes señores, «ambos de mediana estatura, de formas bellas y proporcionadas y diestros para todo ejercicio», verificaron en este campamento á menudo, simulacros de combate para ejercitarse, y que nuestro autor, como testigo ocular, describe de la manera siguiente: «En sitio elegido y aparejado para el objeto, se reunieron de ambos lados número igual de sajones, vascos, austracios y bretones, y mientras el pueblo se agolpaba al rededor, se precipitaban unos sobre otros á la carrera, como en un asalto. Luego los unos revolvían sus caballos y cubriéndose con los escudos huían

ante el ataque de los adversarios, persiguiendo estos á los fugitivos. Finalmente los dos reyes, rodeados de toda la juventud, se abalanzaban uno contra otro blandiendo la lanza, y revolviéndose á un lado y á otro, imitaban las vicisitudes de la batalla. Y era este un espectáculo digno de admiración por la esplendidez y el órden que en él reinaban, pues ni uno solo de tan grande multitud de pueblos diferentes lastimaba ó injuriaba á otro.»

El pacto de Estrasburgo de 842, era sólo el preludio de otro más importante concluido el año siguiente en Verdun, entre los tres carlovingios Lotario, Carlos y Luis, y en virtud del cual los nietos de Carlomagno disolvieron sus estados y repartieron entre sí el imperio solidado por la mano poderosa de su abuelo, de tal manera, que á Lotario le tocó Italia con Borgoña y la corona imperial, á Carlos la Francia occidental, y á Luis la Francia oriental, ó sea Alemania. Esta partición no era más que la confirmación legal de un hecho histórico, el de separarse los germanos de los romanos, dividiéndose estos otra vez. El sueño de la unidad política de la cristiandad occidental había terminado. Un genio superior había tratado de realizar en el sentido de su época y con los medios que esta le ofrecía, la ilusión antigua y muchas veces acariciada de una fraternidad humana, de una hermandad de los pueblos; pero el sér humano no vive y gira en lo general, sinó en lo particular, y las individualidades nacionales no se dejan revolver para formar una masa confusa. Los hombres no son hermanos desde un principio, sinó enemigos, y lo mismo sucede con las razas y las naciones. Así debe ser, pues solamente el roce hostil constante entre los hombres, las naciones y las razas hace posible el desarrollo de la humanidad, que no es más que una lucha eterna. La idea fantástica de una fraternidad general, cuyo resultado sería la paz eterna y otras imposibilidades por el estilo, se ha demostrado como falsa hasta en su forma más natural y lógica, la religiosa. ¿Acaso los cristianos se han odiado, atormentado y asesinado mútuamente ménos que los gentiles? Al contrario, precisamente bajo la bandera de la *Religión del amor fraternal* los hombres y los pueblos se han dislacerado más horrorosamente.

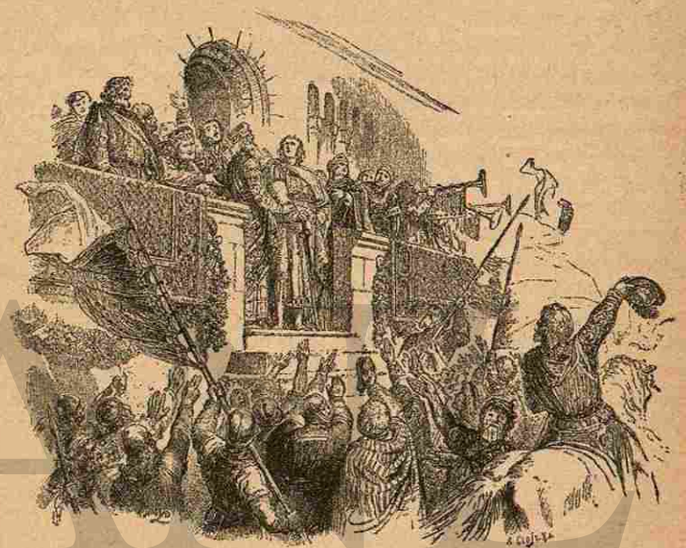
Desde el año 843 data, por lo tanto, la particularidad nacional, la independencia política de Alemania. La forma de estado permaneció por de pronto la monárquica carlovingia, pero la flojedad de los ineptos sucesores de Luis *el alemán*, permitió la debilitación sucesiva de la monarquía. Lo más funesto fué el restablecimiento de la antigua dignidad de duque, suprimida por Carlomagno en beneficio de la unidad del imperio. Es verdad que los nuevos duques, propiamente hablando no eran más que empleados del rey; pero esto se olvidó pronto, concediéndose á los duques, como á los marqueses, la trasmisión por herencia de su título y poder. De esta manera no podía dejar de suceder que de empleados se convirtieran en príncipes hereditarios, sustrayéndose cada vez más á la autoridad real. Los grandes propietarios de la nobleza antigua, lo mismo que de la moderna, imitaban esa conducta, y como no existía puño real vigoroso para reprimir la renaciente república aristocrática, el malhadado espíritu centrífugo alemán, el funesto particularismo, prosperaba lozano. En el año 887, la aristocracia alemana era ya bastante fuerte para destronar

formalmente al emperador y rey Carlos *el gordo*, y coronar en su lugar á su sobrino el duque Arnulfo de Carintia. Realmente el pobre Carlos no había sido capaz de oponerse con éxito á las usurpaciones cada vez más extensas y arrogantes del papado, que después del fallecimiento de Carlomagno supo aprovecharse con suma astucia de la confusión general.

El *Vicario de Cristo* pretendia, ya cada vez más claramente, además de la supremacía espiritual sobre la cristiandad, que le pertenecía naturalmente, según afirmaba también, la supremacía secular, declarando derecho suyo el otorgar la corona imperial. Sabido es que Roma fundó todas estas pretensiones exorbitantes en una evidente falsificación, las *decretales*, denominadas, según cierto Isidoro, colección mentirosa, reunida por clérigos para fines clericales, de supuestas sentencias y decretos de supuestos concilios antiguos. La farsa era muy grosera, y por consiguiente encontró tantos más crédulos; así es que durante toda la Edad Media esas llamadas decretales Isidorianas formaron la base y la piedra angular de la doctrina gerárquica de la vicaría divina del obispo romano. Sin embargo, la verdad histórica exige no callar que los prelados fueron los que, en oposición á los duques de los sajones, francos, suabios, bávaros, loreneses, que aspiraban á la independencia completa, trataban de sostener en los paises alemanes la monarquía unitaria, que ciertamente convenía más á sus propios intereses. A pesar de esto, parecía que iba á terminar, cuando con la muerte del hijo del rey Arnulfo, Luis *el niño*, la extirpe carlovingia se extinguió en Alemania en el año de 911. Los grandes no querían conformarse con la elección de un nuevo rey de la rama carlovingia francesa, que siguió vegetando hasta el año 987, en el cual se extinguió con la muerte de Luis *el holgazán*. Pero la idea del imperio, el pensamiento unitario, cual lo había concebido y realizado Carlomagno, no podía borrarse ya de la memoria de las tribus alemanas, sobre todo porque la miseria con que las invasiones y correrías de los normandos y húngaros llenaban los paises alemanes del Norte y del Este, mantenía vivo el recuerdo y la seguridad que el imperio había disfrutado en los tiempos de su guerrero fundador. Especialmente la plaga de los húngaros, que cada año renovaban sus correrías, hacían indispensablemente necesaria la unión de todas las fuerzas defensivas de Alemania. En efecto, no faltó un principe bastante inteligente y magnánimo para subordinar al bien general los intereses particulares de su casa, y este fué el duque de Sajonia, Otón *el grande*, sobre el cual habría recaído la corona real, si este anciano no hubiese preferido verla en la cabeza de un hombre de vigor juvenil. Por su instigación se verificó en 8 de noviembre de 911, en Forgein del Regnitz, un acto político importantísimo, la primera elección del rey de los alemanes. Pues, en aquel día, bajo la presidencia de Otón, los condes y señores reunidos en Forgein, procedentes de Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena, eligieron rey de Alemania al duque de Franconia, Conrado, hombre enérgico y experto en la guerra, elección que fué saludada con júbilo por el pueblo reunido delante del palacio. De este modo, desde aquel día de noviembre, Alemania ha sido un reino electivo durante nuevecientos años. La junta de Forgein, previno la disgregación de la

unidad nacional, pero al mismo tiempo creó ó renovó una forma de estado que debía de ser una continua amenaza y peligro para la unidad de la nación y un obstáculo constante para el desarrollo de un estado nacional.

Después de muchos combates sostenidos vigorosamente para mantener la unidad del imperio y la autoridad del rey, Conrado, en el momento de morir, recomendó la elección de su adversario Enrique, duque de los sajones, imitando y devolviendo así la generosidad que antes le había demostrado á él,



CONRADO, DUQUE DE FRANCONIA, ES ELEJIDO REY DE ALEMANIA.

Otón, el padre de Enrique. A consecuencia de esto, Enrique de Sajonia, llamado *el pajarero*, fué elegido rey de los alemanes en abril ó mayo de 919 en Fritzlar del Eder, y empezó desde luego á gobernar con prudencia, energía y buen éxito, sobresaliendo dos actos de su reinado, á saber: al exterior, la represión de la plaga húngara, y al interior el fomento y desarrollo de las ciudades. En conjunto, fué uno de los hombres más activos que jamás han llevado corona; hasta parecía que con su autoridad y energía consiguiera trasformar el reino electivo en hereditario, pues poco tiempo antes de su muerte la aristocracia alemana cumplió su deseo de proclamar rey á su hijo Otón en una asamblea celebrada en Erfurt. En agosto de 986, en el antiguo palacio de Aquisgram, verificose la elección formal de Otón por los duques alemanes y los demás grandes varones, ungiéndole y coronándole después el arzopispo de Maguncia, presentándose en esta ceremonia, por primera vez, funcionando los

llamados archicargos del imperio alemán. Funcionaba, pues, el duque Gisilberto de Lorena como archicamarero, el duque Arnulfo de Baviera como archimariscal, el duque Everardo de Franconia como archidapífero y el duque Arminio de Suabia como archicopero. Las aspiraciones de Otón tendían á lo grande, pero más aun á lo espléndido; por esto en lugar de seguir el ejemplo de su padre, que era verdaderamente un grande hombre, aspiraba á la renovación del imperio romano occidental de Carlomagno, haciéndose poner en Roma y en el año de 962, por su protejido el papa Juan XII, la brillante ilusión de la corona imperial; y con este traslado del imperio á los alemanes, empezó realmente la farsa imperial de la Edad media, que produjo desgracias sin fin, tanto para el pueblo alemán como para el italiano, fomentando la segunda gran farsa de la Edad Media, la farsa papal. Cada uno de los llamados *viajes á Roma*, que en forma de expediciones militares emprendían los reyes de los alemanes para buscar en la ciudad eterna la corona imperial, disminuía en el fondo su propio poder, aumentando en cambio el de los papas. No como emperador romano, sinó como rey alemán, llevó á cabo Otón I lo que acaso puede justificar que se le apellide *el grande*, esto es, la espléndida victoria que, bajo su mando, los ejércitos alemanes obtuvieron sobre los húngaros el día 10 de agosto de 955, en la llanura de Leg, cerca de Ausburgo; terminando con esta victoria para siempre la calamidad húngara. Por lo demás, el principio hereditario parecía firmemente consolidado en la monarquía alemana, pues la corona imperial y real pasó de Otón I á Otón II y de éste á Otón III; pero con éste, que murió en Roma en el año 1002, sin haber cumplido los 22 años, se apagó el brillo del imperio otoniano, que había experimentado ya algunos empañamientos ominosos.

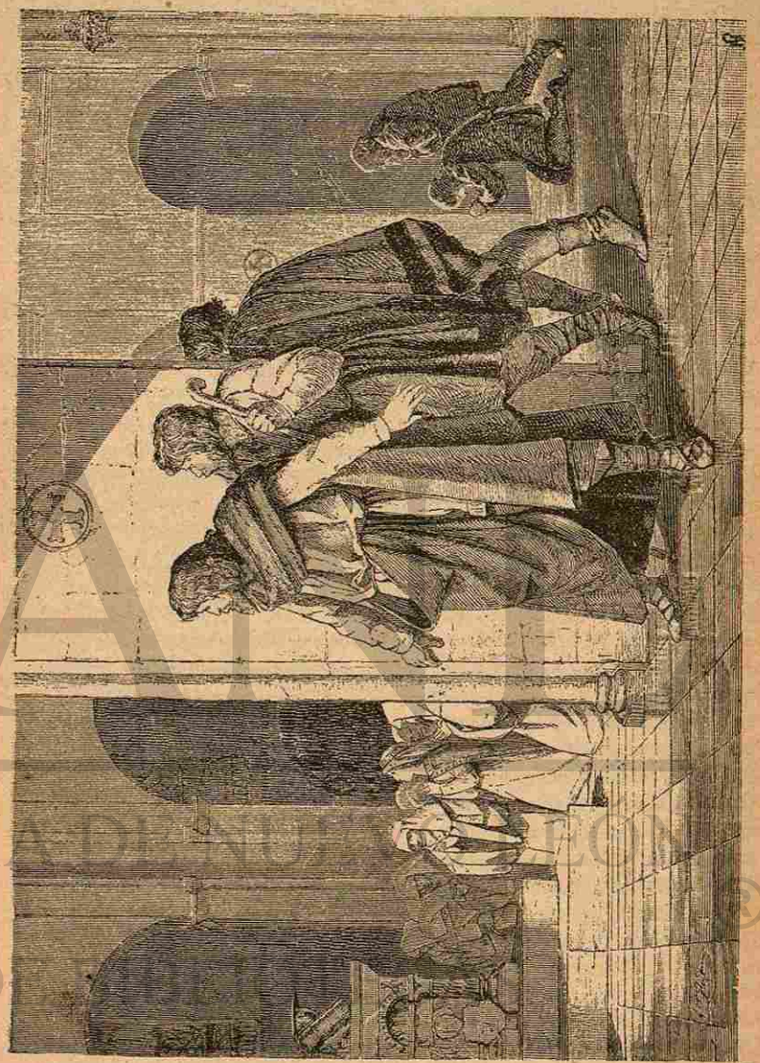
Con el emperador Enrique II, biznieto del rey Enrique, quien en oposición á los tres Otones buscaba el centro de gravedad del poder imperial en Alemania, que no en Italia, equivocándose, empero, por tomar al clero por ese centro de gravedad, la dinastía sajona se extinguió en 1024, habiendo tenido indudablemente sus grandes méritos al lado de sus errores y fracasos. Había en ella una tendencia civilizadora, y el rey Enrique I, así como el emperador Otón I, dieron realmente impulso al imperio alemán por el vigor y la perseverancia con que avanzaban sus fronteras orientales cada vez más, conquistando y colonizando el mundo eslavo.

El siglo x introdujo ó continuó, bajo el reinado de la dinastía sajona, cambios sociales profundos en Alemania, siendo, ante todo, un fenómeno importantísimo en la historia de la civilización, que en la misma medida en que la agricultura alemana iba prosperando, la posición política de los labradores alemanes iba decayendo; la prosperidad de aquella era á consecuencia del advenimiento de los municipios, el desmedro de estos dependía de la transformación militar producida por las invasiones de los húngaros. El rey Enrique tiene derecho á ser venerado como santo por las ciudades alemanas, no por que las haya fundado, pues antes que él ya las había en gran número, y no pocas que se remontaban á la época romana, sinó por haber abierto á las poblaciones de las ciudades el camino para convertirse en municipalidades, como diremos más tarde en detalle, contentándonos por ahora con lo más preciso. El gran rey, presintiendo más claramente que muchos de sus sucesores, la importancia de una clase media, procuraba por un lado la posibilidad de mantenerse las ciudades, á cuyo fin dispuso que todos los grandes actos políticos y solemnidades se celebrasen intramuros de estas, á las que concedió el derecho de celebrar mercados y de acuñar moneda, y por otro lado alzaba el nivel moral y político de los vecinos, cuya mayoría procedía de la clase de los no libres, otorgándoles cierto grado de derechos. A consecuencia de las concesiones de Enrique, la industria y el comercio de las ciudades prosperaban á ojos vistas, y con el aumento del bienestar crecía también el sentimiento de la seguridad; pues los burgueses (así llamábanse los ciudadanos, de la palabra *burgo*, con la cual Ulfila había traducido la palabra griega *polis* en oposición á los aldeanos, los paganos ó rústicos), procuraban desde luego mantener y aumentar sus facultades defensivas. La propiedad rural urbana, de cuyo cultivo la mayoría de los burgueses continuaba manteniéndose, era por lo tanto más protejida, y por consiguiente mejor cultivada que la aldeana; pero la producción de los campos de los burgueses era un modelo y estímulo para los labradores rurales, instigados también por la circunstancia de encontrar en las ciudades mercados lucrativos para los productos de una agricultura más activa. A su vez, la industria ciudadana debía aumentar su extensión y multiplicidad á medida que iba creciendo el número de personas que querían y podían satisfacer sus nuevas necesidades. La habilidad artesana en los trabajos de madera, piedra, cuero, materias colorantes y metales, aumentó por la emulación provocada y fomentada por la proximidad mútua de los artesanos. El descubrimiento, ó mejor dicho, la explotación mejor de las minas del Harz y del Fichtl, produjo un adelanto visible en la industria metalúrgica. La industria de las ciudades requería una salida cada vez mayor de sus productos, como también un acarreo más cuantioso de materia bruta. Estas dos circunstancias estimulaban el comercio burgués á empresas más y más extensas aumentando el tráfico en las vías tradicionales y estableciendo otras nuevas Todo esto debía ejercer una reacción benéfica en la población rural, subiendo el valor de las tierras y el precio de los productos del ganado.

Pero al mismo tiempo que aumentaba la prosperidad material de la población rústica alemana, recibió un perjuicio inmenso, moral y político, por la circunstancia que, por regla general, debía cesar de poder defenderse con las armas. Sólo en aquellas comarcas en que el labrador conservaba el derecho y los medios de llevarlas, se conservó el espíritu y el ánimo de la gente libre de los antiguos germanos; mas esas comarcas eran en número escasísimo. Por regla general, los aldeanos no podían satisfacer las exigencias de la conscripción real, sobre todo á partir de la época en que las correrías de los ginetes de la pusta húngara, crearon la necesidad de oponerse á esas invasiones otros cuerpos de ginetes. De este servicio montado en la época otoniana, se desarrolló el caballerismo alemán, porque un caballero originalmente no era más que un ginete que se juntaba con el ejército del rey, montado en su propio caballo y armado á sus propias expensas con armas defensivas, collera, coraza

y escudo, y ofensivas, lanza y espada. Prestar semejante servicio de ginete no era posible á los labradores, y por esto iban abandonando á los nobles el servicio de las armas, y una vez indefensos, se quedaron pronto sin honra, es decir, se entregaron con sus haciendas á los señores seglares ó eclesiásticos, para que estos cumplieran por ellos la obligación del servicio de las armas, bajando en gran número á la categoría de siervos, y en muchas partes aun á la clase de esclavos. No existían sinó dos asilos en donde el adeano ó sus hijos podían salvarse, huyendo de la miseria de semejante vida, el convento y la ciudad, (la palabra alemana *Stadt*, se encuentra por primera vez á fines del siglo x, en la crónica de un fraile de S. Gall, Notker *el tartamudo*.) Las órdenes hacían aún al individuo nacido siervo, miembro de una sociedad en cuyo seno se abría una carrera brillante al talento y á la energía, mientras que dentro de los baluartes de la ciudad, el siervo refugiado allí podía esperar que con su trabajo llegaría á ser burgués ó, por lo ménos, aseguraba á sus hijos la entrada en aquella clase. La presión que oprimía á los aldeanos, resultaba, por lo tanto, en beneficio de las iglesias y de las ciudades; aquella lo mismo que estas, sacaron abundancia de fuerzas nuevas de entre el pueblo oprimido.

El modo de vivir de los alemanes de esta época, era sin duda muy diferente según las clases y las fortunas, pero en general no dejaba de ser todavía muy sencillo y hasta grosero. La costumbre tradicional que aun olía muy perceptiblemente á selva primitiva, luchaba en las clases distinguidas con los modales cortesanos de los Otones, que favorecían la cultura romana. La relajación en las relaciones sexuales, continuaba como en la época carlovingia, y el matrimonio era muy poco respetado por los poderosos, sobre todo porque no se consideraba que fuese necesario para el casamiento legítimo la consagración eclesiástica. Las bodas se hacían todavía al estilo de los abuelos germánicos, y hasta en el casamiento de los príncipes no consta nada de una cooperación del clero. Enrique *el pajarero* robó del convento á su primera esposa la linda monja Hadburga, y sólo un año después, cuando estaba harto de ella, se le ocurrió que no era lícito casarse con una monja, y la mandó otra vez á clausura. Un cuadro más grato ofrécenos el encuentro del gran rey con su segunda esposa, la bella Matilde, hija del conde Teodorico de Ringelgein, que se educaba con su abuela en el convento de Herford. Solo con pocos compañeros y como si fuesen gente baja, (así cuenta el biógrafo contemporáneo de la reina), Enrique entró en la iglesia del convento, donde la jóven hermosa y recatada rezaba al lado de su abuela y rodeada de las monjas. Después de mirarla largo rato, fué á la ciudad, vistióse de gala, volvió con gran séquito, buscó la abuela abadesa y le instó que le presentase á la jóven, por amor de la cual había venido. Matilde salió con encendido rubor en sus níveas mejillas, cual si rosas encarnadas se hubiesen juntado con lirios fulgentes. Viéndola Enrique, sus ojos se clavaron en la jóven, y se encendió de amor talmente, que quería casarse sin demora. Con consentimiento de la abuela, pero sin saberlo los padres, la novia fué conducida al día siguiente con todos los honores al país del novio, celebrándose en seguida la boda en



Enrique y Matilde.

Balhausen, donde cultivaron legítimo amor, y Enrique regaló á su jóven esposa, dicha ciudad con todas sus pertenencias como dote. Matilde fué madre de Otón *el grande*, fundadora de la célebre abadía de Quedlinburgo, y una de las mujeres más inteligentes y recatadas de su tiempo; en el ánimo de su esposo ejercía grande ascendiente, y empieza con ella la serie de reinas y emperatrices alemanas, que con manos más ó ménos lindas y benéficas, intentaron intervenir en los negocios de estado, muchas veces con tino y acierto, como demuestra la segunda esposa de Otón I, Adelaida, hija del conde Rodolfo de Borgoña, después de la muerte de su esposo. Su contemporáneo y biógrafo, el abad Odilón de Gluny, lleno de veneración tan profunda como justa, elogia en aquella ilustre princesa, una majestuosa afabilidad en el trato, incansable compasión y misericordia, modestia en la bienandanza, paciencia en la desgracia, sencillez y sobriedad, resumiendo sus alabanzas, diciendo que durante toda su vida la ausgusta señora no se apartó de la moderación, fuente de toda virtud. Aquí, pues, encontramos elogiada como virtud suprema de las virtudes femeninas, «*die maze*», (la medida, la moderación), ensalzada también más tarde por dos de los más grandes poetas alemanes de la Edad Media, Gualterio de la Bogeloveide y Godofredo de Estrasburgo, lo cual prueba que los alemanes de entonces conocian y apreciaban la verdadera esencia de los nobles sentimientos de la mujer.

La esposa de Otón II, la bizantina Teofano, supo conformarse perfectamente con las costumbres alemanas, aunque no siempre pudo ocultar su desdén por aquella barbarie; y si con mucho celo y delicado entendimiento fomentó el estudio de las lenguas y de los autores clásicos entre los bárbaros del Norte, también alentó las refinadas artes del atavío y el lujo en el vestir entre las *bárbaras* alemanas, que admitían esta clase de cultura con sobrado afán. El bueno del obispo Ditmar de Meseburgo, menciona en medio de suspiros en su crónica, éstos y otros abusos de sus contemporáneos; hombre piadoso, pintó tal vez con colores demasiado sombríos su cuadro; pero seguramente no le faltaron motivos para mencionar la *multitud de jóvenes caídas*, ni para hablar de las *muchas mujeres adúlteras*, entre las cuales había *no pocas que instigaban á sus mancebos á que asesinaran á sus maridos*. Como pecadora, cuyas fechorías fueron grandes en monstruosidad y en número, era famosa en aquella época la condesa Adela de Hamalán. Esta mujer, oriunda de una casa condal, hacendada en Sajonia y Lorena, estaba verdaderamente poseída del demonio de la avaricia, lujuria y asesinato; triple asesina (de su hermana Lindgarda, su propio hijo Teodorico y su primo Vigman), expió sus crímenes, solamente con la pérdida de sus bienes, vagando en su vejez por el país como mendiga. Característico de las costumbres de aquella época, es también el hecho que la primera esposa de Otón *el grande*, la anglo-sajona Edita y la esposa de Enrique II, Cunigunda, fueron acusadas, si bien falsamente, de infidelidad conyugal, y debieron someterse á unas ordalías para justificarse de la vil sospecha.

Por otra parte, hay que confesar que muchas mujeres alemanas del siglo X se interesaban grandemente por las más elevadas aspiraciones intelectuales.

Los palacios imperiales y episcopales, así como los monasterios y conventos, eran asiento de esas aspiraciones especialmente el cultivo é imitación de la literatura latina. Los eruditos extranjeros, como los indígenas, estaban seguros de encontrar buena acogida en la corte de los Otones, conforme experimentaron, entre otros, los dos célebres obispos Rater de Verona y Lindprando de Cremona. Pero no sólo acudían las personas cuyo saber se limitaba al terreno filológico-arqueológico, como prueba el maestro de Otón III, Gerbérto, procedente de la Auvernia, hecho más tarde papa por su discípulo; este hombre estaba tan adelantado en conocimientos matemáticos y técnicos, que por haber compuesto un telescopio, una especie de ábaco, un órgano de agua y varias otras máquinas hidráulicas, sus contemporáneos le tenían por brujo. Estos trabajos de Gerberto fueron estímulo fructífero para los talentos artísticos indígenas, como los obispos Bernardo de Hildeshein y Meinberk de Paderborn.

El celo piadoso de eclesiásticos y legos, de preparar sitios dignos del culto divino, ayudó poderosamente á la naciente actividad artística de los alemanes. Naturalmente, esta actividad, al principio y durante mucho tiempo, no podía ser más que imitativa, midiendo todos los modelos de allende los Alpes ó también de Bizancio. El estilo arquitectónico, llamado cristiano antiguo, conforme á cuyas reglas, Carlomagno había hecho construir por el abad Ansigio la catedral de Aquisgram, la primera iglesia grandiosa en tierra alemana, se había ampliado, acogiendo elementos bizantinos y árabes, constituyendo la llamada arquitectura romana, la cual en la época de su florecimiento, por lo tanto, antes del predominio del estilo germánico, creó en el suelo alemán las catedrales de Quedlinburgo, Constanza, Chafausen, Zurich, Hildeheim, Speyer, Vorms y Maguncia. Ya en los siglos X y XI fué dable á la escultura y pintura alemanas adornar convenientemente el interior de esas creaciones grandiosas de la arquitectura.

La escultura ensayose primeramente en fundir, tallar y pulir metales, luego se adiestró en grabar sellos, en fraguar y cincelar escaparates de reliquias, cálices y custodias, en las que el oro y la plata frecuentemente parecían servir de engaste de piedras preciosas; aprendió á convertir las láminas de oro y plata en relieves abollados, que se preferían para adorno del altar mayor. La fundición de bronce hizo tales progresos, que ya en el año 1015, las puertas de bronce de la catedral de Hildeheim pudieron adornarse con representaciones históricas de la Biblia. También avanzaron el arte de esculpir en madera y marfil. En cambio, la escultura en piedra permaneció atrasada, llegando sólo á cierto desarrollo en el siglo XII, y aun esto, solamente en la parte ornamental, como humilde servidora de la arquitectura.

La pintura empezó á desarrollarse en Alemania, en forma de ornamentación de manuscritos, de paredes y de retablos, al principio torpemente, y, por supuesto, en el servicio de la Iglesia, que hacía mucho caso de los rituales pintados con esplendidez y refinamiento. Los restos de las pinturas de pared, de retablos y de mosáico, de la época otoniana, han de juzgarse naturalmente con la mayor indulgencia. Lo mejor aun era la pintura en miniatura de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

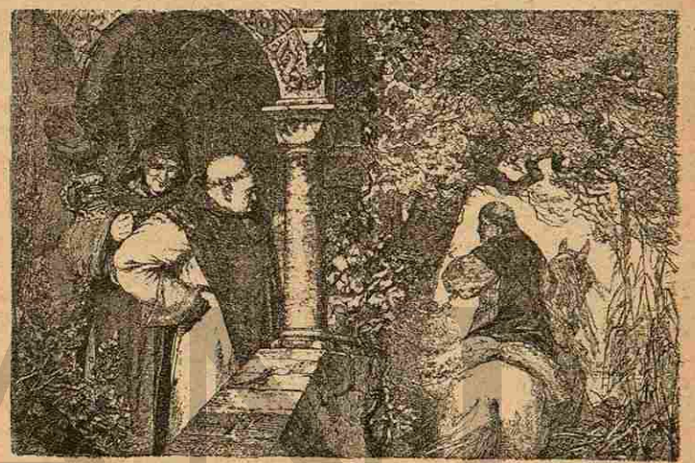
manuscritos, aunque también ésta empezó solamente en el siglo XI á elevarse gradualmente por encima de la rutina bizantina. El arte del bordado tenía bastante ocasión de desarrollarse cada vez más rico y múltiple, sobre todo en la fabricación de las vestiduras sacerdotales. Un género enteramente nuevo del arte plástico, la pintura sobre vidrio, es tal vez invención propia de los alemanes. Cultivada en Alemania, á fines del siglo X, fué exportada por alemanes á las naciones vecinas, y parece que como adorno de iglesia, en forma de ventanas pintadas, fué empleada por primera vez en el convento bávaro de Tegernsee.

Mucho se hizo también en la época otoniana, para mejorar la música y el canto eclesiásticos, si bien á la princesa bizantina Teofano, cuando por primera vez oyó cantar misa á sacerdotes alemanes, ese canto no le pareció mucho más armonioso que aquel *graznido de cuervos* que seis siglos antes el emperador Juliano creía percibir cuando oyó los cantos populares alemanes.

Uno de los principales representantes de todo ese trabajo de civilización en tiempo de los Otones, fué el hermano menor de Otón *el grande*, Bruno, arzobispo de Colonia, á partir de 953, tal vez el hombre más culto, bajo todos conceptos, de su época, si exceptuamos á Gerberto. No creía rebajarse ni como príncipe ni como prelado, haciendo de maestro de escuela, y siempre que se trataba de favorecer los intereses de la cultura, no faltaba su consejo ni su ayuda material, si bien siempre en el sentido de la cultura romana impuesta á los alemanes.

En la vida intelectual del siglo X, no latía ningún pulso nacional; no habían encontrado sucesores el poeta del *Heliand*, ni siquiera el del *Krist*. Con respecto á la literatura alemana, la historia de la época guarda profundo silencio. El latinismo lo dominaba todo, la corte, la administración, la iglesia, la escuela. Los que escribían, escribían en latín; los que leían, leían latín; los que intentaban componer poesías, componían en latín. Hasta la antiquísima fábula alemana y la antigua epopeya de Gualterio de Aquitania, tuvieron que dejarse poner la camisa de fuerza de los versos latinos. El hecho de escribir en latín los autores de las crónicas, se explica, porque la prosa alemana no existía aún. Los principales de los cronistas de entonces, eran: Vitukind, fraile de Corvey, (murió en 1004), quien escribió la *Crónica de los sajones*, y Tietmar, obispo de Merseburgo (murió en 1019), quien en su *Crónica merseburguesa* nos da una historia de la casa de los Otones, y nos proporciona datos preciosísimos para la historia de la civilización. Mas en este concepto, los anales de Tietmar van muy en zaga de la continuación de la crónica de San Galo, redactada por el antiguo fraile de dicho convento, Ekehardo, el cuarto de este nombre, quien murió por el año de 1036, como escolástico (director de las escuelas) de Maguncia. Esos *Sucesos de San Galo «casus Sancti Galli»*, son incontestablemente la más animada de todas las crónicas monacales, y al mismo tiempo un documento honroso de la vida monástica de la época, que se nos descubre en la exposición de Ekehardo en todos sus pormenores, causando especialmente una impresión agradable el que en las frailerías grandes y bien disciplinadas, como estaba San Galo en el siglo X, la escuela

formaba el verdadero centro de la vida monástica. ¡Con qué viveza nos describe las tribulaciones de la comunidad monacal, durante la calamidad húngara! ¡cuán divertidamente pinta la guerra frailuna, entre San Galo y Reichenau. Más conocido que los otros ha llegado á ser el capítulo décimo de esa crónica, en el cual se refiere lo que sucedió á otro Ekehardo anterior, el segundo de ese nombre, apellidado más adelante *palatinus*, el cortesano, con la du-



EKEHARDO Y LOS FRAILES DE REICHENAU.

quesa Hadavigis de Suabia. Esta sobrina de Otón *el grande*, debió casar con el emperador de Bizancio, pero no quiso; más tarde se casó con el duque Burkardo de Suabia, quien después de un matrimonio de diez y ocho años, la dejó duquesa titular y, según contaban, viuda y doncella á la vez. Era bella, pero soberbia, dura y áspera, verdaderamente *terrible* para la gente de su país; es decir, una beldad de la clase de marimachos, como fué la reina Isabel de Inglaterra, pero más virginal que ésta. Las relaciones de Hadavigis con Ekehardo no fueron amorosas ni mucho ménos, pues el jóven benedictino, si bien era muy guapo, de estatura alta, bien proporcionado, de facciones nobles y ojos centelleantes, era gran erudito, y por esto la duquesa lo había pedido como á preceptor al abad de San Galo. Así pues, Ekehardo hacia frecuentes viajes desde su convento del valle del Steinaj, siguiendo la ribera del lago de Constanza, al castillo de Hohentril en el Hegan, donde tenía su corte la austera duquesa, para iniciarla en los misterios de la gramática, y leer con ella los poetas romanos, sobre todo Virgilio y Ovidio. Los frailes de Reichenau envidiaban al de San Galo su discípula distinguida, que se mostraba agradeci-

da á su maestro, dando preciosos regalos al monasterio á que éste pertenecía. En uno de sus viajes á Hotentril, Ekehardo se detuvo en Reichenau, y fué tratado con mucha hospitalidad por el abad Buodman, que tenía mucha malicia á los *queridos hermanos en Cristo,* de San Galo. Al despedirse el preceptor de Hadavigis, el malicioso abad, le dijo al oído: *Dichoso tú que puedes enseñar la gramática á una discípula tan guapa.* Mas Ekehardo le contestó al momento: *¿Y tú, santo varon, no has enseñado la dialéctica á tu querida*



Ekehardo y Hadavigis.

discípula, la hermosa monja Gotelinda? y se fué á galope. Se ve que los frailes del siglo x, sabían vivir y entendían de bromas. La severa duquesa, que no tenía nada de sentimental, sinó al contrario, estaba siempre dispuesta á mandar desollar á su servidumbre por cualquier falta, envió más tarde á su preceptor con buenas recomendaciones á la corte imperial, donde el *cortesano* se ganó gran posición y fué ayo de Otón II. La *terrible* señora murió á muy avanzada edad, en 994, y fué enterrada en la iglesia del convento de Reichenau.

La hermana de Hadavigis, Gerberga, era priora del célebre convento de Gandersheim, en el Harz, fundado por Hadumod, hermana de Otón *el grande,* siendo una de sus monjas aquella Rosvita, ó propiamente hablando, Hrotsnit, de cuya

existencia y autoría, la crítica moderna ha dudado mucho, pero que por ahora, aun ha de considerarse como personaje histórico y figura característica de la historia de la civilización. Pues esa hermana de Gandersheim, fué la primera escritora alemana. Estando á la altura de la civilización de entonces, ma-



Rosvita lee sus leyendas á las monjas.

nejaba con mucha habilidad el latín y los versos, prestando su fecunda pluma para fines de edificación, instrucción y diversión. Evidentemente tenía mucho talento, pero también manifestábase en ella ya algún rasgo de las viejas solteronas de hoy. Escribía leyendas de santos en verso, describió en verso la fundación de su convento, y obedeciendo á una instigación de la abadesa Gerberga, compuso una poesía más histórica que heróica, en elogio de los actos de Otón *el grande,* que terminó en 968, y que puede pretender el rango de fuente histórica. Un monumento más duradero aun se creó con sus seis co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

medias, si es lícito llamar así esas primeras tentativas de poesía dramática, en tierra alemana. Las piezas de Rosvita son unas leyendas, verdaderos dialajes, con final edificante, que reflejan la insaciable credulidad de los hombres de entonces, y fueron compuestas con la tendencia y la intención confesadas de sustituir y suplantar el liviano cómico romano Terencio, al que hasta los buenos cristianos tenían demasiada afición. Por lo demás, nuestra pobre monja ha rivalizado osadamente con el bueno de Terencio en la elección de asuntos ambiguos, sólo que ella trató de darles un giro ascético, sin por esto cubrirse la boca con una hoja de higuera. Lástima que ignoremos si esos dramas monjiles fueron representados escénicamente, lo cual no es nada imposible, ya que las hermanas sabían el latín. No es de suponer que Rosvita escribiese sus comedias para guardarlas en el pupitre, sinó para darlas á conocer, y las hermanas de Gandersheim debieron de haberse divertido en muchas largas veladas de invierno, haciendo leer á la poetisa la comedia de *Dulcitius*, ó la de *Pafuntius*, ó la de la *Sapientiæ*, reunidas en el refectorio.



IV.

Reinado de los Enriques.

La primera tentativa de hacer hereditario el imperio alemán electivo había fracasado por la extinción de la dinastía sajona; pero la constante repetición de semejante tentativa demuestra claramente que el buen instinto de los alemanes como de las naciones vecinas tendía á la fundación y consolidación de la monarquía hereditaria, siendo esta forma de estado, en aquella época, es decir, en la primera parte de la Edad media, la única que asegurara la posibilidad de condiciones ordenadas y por consiguiente de adelantos en la civilización. Es verdad que la naturaleza misma, negando la duración á las grandes dinastías, parecía oponerse al establecimiento de una monarquía hereditaria alemana, á la formación de un estado nacional compacto; pero no sería difícil demostrar que el gran obstáculo moral de la edificación de un estado nacional alemán, á saber la funesta ilusión del imperio romano-germánico, fué también una causa de consunción física de los reyes alemanes que perseguían incansablemente aquel malhadado fantasma.

Entre tanto la nación, es decir, el alto clero, compuesto de los arzobispos, obispos y abades y la nobleza alta y baja, los duques, condes y varones se habían reunido después de la muerte del emperador Enrique II para usar otra vez de su derecho electoral y proveer de nuevo el trono vacante. A principios de otoño de 1024 verificose la elección de nuevo rey en las riberas del hermoso Rhin, arteria principal de la vida política, eclesiástica é industrial de la Alemania de entonces. En la gran llanura entre Vorms y Maguncia habíanse acampado los príncipes espirituales y seculares con sus séquitos en la orilla izquierda, los del Palatinado y de Lorena, en la derecha los de Franconia, Suabia, Braviera y Sajonia. Mucho tiempo duró la faena electoral, hasta que los ánimos se inclinaron por de pronto hácia dos Conrados, primos hermanos de la dinastía francona de los Conradinos, consanguínea con la dinastía sajona. Los dos acordaron entre sí, que el más jóven cediera á favor del más viejo, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medias, si es lícito llamar así esas primeras tentativas de poesía dramática, en tierra alemana. Las piezas de Rosvita son unas leyendas, verdaderos dialajes, con final edificante, que reflejan la insaciable credulidad de los hombres de entonces, y fueron compuestas con la tendencia y la intención confesadas de sustituir y suplantar el liviano cómico romano Terencio, al que hasta los buenos cristianos tenían demasiada afición. Por lo demás, nuestra pobre monja ha rivalizado osadamente con el bueno de Terencio en la elección de asuntos ambiguos, sólo que ella trató de darles un giro ascético, sin por esto cubrirse la boca con una hoja de higuera. Lástima que ignoremos si esos dramas monjiles fueron representados escénicamente, lo cual no es nada imposible, ya que las hermanas sabían el latín. No es de suponer que Rosvita escribiese sus comedias para guardarlas en el pupitre, sinó para darlas á conocer, y las hermanas de Gandersheim debieron de haberse divertido en muchas largas veladas de invierno, haciendo leer á la poetisa la comedia de *Dulcitius*, ó la de *Pafuntius*, ó la de la *Sapientiæ*, reunidas en el refectorio.



IV.

Reinado de los Enriques.

La primera tentativa de hacer hereditario el imperio alemán electivo había fracasado por la extinción de la dinastía sajona; pero la constante repetición de semejante tentativa demuestra claramente que el buen instinto de los alemanes como de las naciones vecinas tendía á la fundación y consolidación de la monarquía hereditaria, siendo esta forma de estado, en aquella época, es decir, en la primera parte de la Edad media, la única que asegurara la posibilidad de condiciones ordenadas y por consiguiente de adelantos en la civilización. Es verdad que la naturaleza misma, negando la duración á las grandes dinastías, parecía oponerse al establecimiento de una monarquía hereditaria alemana, á la formación de un estado nacional compacto; pero no sería difícil demostrar que el gran obstáculo moral de la edificación de un estado nacional alemán, á saber la funesta ilusión del imperio romano-germánico, fué también una causa de consunción física de los reyes alemanes que perseguían incansablemente aquel malhadado fantasma.

Entre tanto la nación, es decir, el alto clero, compuesto de los arzobispos, obispos y abades y la nobleza alta y baja, los duques, condes y varones se habían reunido después de la muerte del emperador Enrique II para usar otra vez de su derecho electoral y proveer de nuevo el trono vacante. A principios de otoño de 1024 verificose la elección de nuevo rey en las riberas del hermoso Rhin, arteria principal de la vida política, eclesiástica é industrial de la Alemania de entonces. En la gran llanura entre Vorms y Maguncia habíanse acampado los príncipes espirituales y seculares con sus séquitos en la orilla izquierda, los del Palatinado y de Lorena, en la derecha los de Franconia, Suabia, Braviera y Sajonia. Mucho tiempo duró la faena electoral, hasta que los ánimos se inclinaron por de pronto hácia dos Conrados, primos hermanos de la dinastía francona de los Conradinos, consanguínea con la dinastía sajona. Los dos acordaron entre sí, que el más jóven cediera á favor del más viejo, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éste fué elejido rey, llevado en triunfo á Maguncia y allí ungido y coronado por el arzobispo Aribo, ante el gran altar de la catedral.

El rey Conrado II, hombre de imponente presencia, era un rhenano tan fogoso, resuelto y apasionado, cual no ha habido otro, teniendo á su lado para completar su carácter á la bella é inteligente reina Gisela, viuda del duque Ernesto de Suabia y madre de un hijo del mismo nombre, igual en cultura á Hadabigis de Hohenttil y, como esta, amiga de los frailes eruditos de S. Galo, elogiándola los doctos sus contemporáneos como mujer la más importante de su época. Pero su doble posición como esposa del rey Conrado y madre del duque Ernesto le acarreó muchas amarguras, porque el rey en su aspiración, muy natural, de fortalecer en lo posible el poder soberano, no tardó en chocar contra los intereses particulares de los príncipes alemanes. En todos los tiempos estos han invocado el espíritu de la unidad nacional solamente cuando la necesidad les obligaba á ello, no titubeando nunca en sacrificar en beneficio de sus *casas* la seguridad y bienandanza de la patria; y siempre en el momento de hacer traición á Alemania pronunciaban vanamente la sagrada palabra libertad; de modo que desde los días de Segestes hasta los de los príncipes de la federación del Rhin, la expresión *libertad alemana* en boca de los príncipes ha sido siempre una fórmula cohonestativa de la traición á la patria. La justicia histórica, sin embargo, ha de concederles un fuerte motivo atenuante, el de darles el ejemplo los reyes mismos, que á su vez creían que había de defender un interés superior á la nacionalidad, pues la apariencia de la coronación por Roma estaba para ellos en primer término y la existencia de Alemania en segundo. Hasta un hombre tan realista y por lo demás tan sensato como era, Conrado II no supo contentarse con ser un buen rey alemán; él también hizo su *viaje á Roma*, sometió Italia otra vez más ó ménos al *imperio* y en Pascua de 1027 se hizo poner la corona imperial en Roma por el papa Juan XIX, asistiendo á la espléndida festividad los reyes Rodolfo de Borgoña y Knut de Dinamarca.

A su regreso, el emperador tuvo en seguida que poner órden en Alemania, llegando también á fin trájico su cuestión con su hijastro Ernesto de Suabia. Había en esta cuestión un rasgo de lealtad que debía hallar fuerte y duradero eco en el ánimo del pueblo, y así se explica que el romanticismo de los tiempos posteriores de la Edad media hiciera del desgraciado duque de Suabia un héroe favorito de sus cuentos y fábulas. La historia nos refiere lo siguiente: El rey Conrado deseaba adquirir para el reino alemán el país de Borgoña en caso de morir sin hijos el rey Rodolfo; pero su hijastro Ernesto pretendió la herencia por razones de parentesco, y para sostener sus pretensiones se alió no sólo con varios príncipes alemanes, sí que también con el rey Roberto de Francia, intentando varias veces alzar la bandera de la insurrección contra la cabeza del imperio. En su segunda tentativa había convocado en Ulm á todos sus vasallos; pero estos le abandonaron, porque su deber para con el emperador y la patria era superior á su deber feudatario; uno solo permaneció fiel á su duque, el conde Guernerio de Quiburgo. Estando así las cosas, Ernesto hubo de someterse á su padrastro imperial y éste encerró al

rebelde en el Gibichenstein á orillas del Sale; Guernerio defendió su castillo cerca de Vintertur durante tres meses contra las tropas de Conrado, y luego, logrando escaparse, iba vagando por el país como proscripto. La intercesión de su madre Gisela devolvió la libertad á Ernesto, llamándole el emperador á su palacio de Ingelgein, por Pascua de 1030, para decirle que le reinstalaría en el ducado de Suabia bajo la condición que Ernesto abandonaría á Guernerio persiguiendo al proscripto como á enemigo del imperio; pero Ernesto contestó: *¿Reñegar del único que me ha permanecido fiel? no; no puedo abandonar á Gernerio;* y se marchó soberbio. La consecuencia fué que el emperador declaró á su hijastro destituido para siempre del ducado de Suabia, que le proscribió como á enemigo del imperio, y le mandó excomulgar por los obispos de su corte. De este modo, dos veces proscripto, sin amigos y sin amparo, no le quedó á Ernesto sinó un solo báculo, un solo apoyo, el leal Guernerio, junto con el cual se refugió en el territorio del conde Odon de Champaña. Engañado en su esperanza de encontrar socorro por parte del conde, los dos amigos proscriptos volvieron al otro lado del Rhin ocultándose en la selva Negra; aquí juntose á ellos una turba de gente desesperada, con cuya ayuda pudieron apoderarse de Falkenstein, castillo situado en una peña cerca de Volfas, donde se sostuvieron durante algunos meses á manera de ladrones, hasta que los ejecutores de la proscripción imperial, bajo el mando del conde Mangoldo de Bernigen se acercaron al castillo para sitiarlo. Para no dejarse morir de hambre, los amigos salen del castillo y abandonando la Selva Negra se lanzan en el llano del Baar; mas aquí encuentran á las tropas de Mangoldo y el choque se verifica con la furia batalladora de los antiguos tudescos. Combatiendo uno al lado del otro Ernesto y Guernerio dan muerte á muchos y finalmente la reciben juntos, guardándose fidelidad hasta el último suspiro; también el ejecutor de la proscripción Mangoldo yace exánime en el sangriento campo de batalla.

Mucho tiempo corrieron entre el pueblo alemán las canciones que narraban cómo Guernerio murió por Ernesto y Ernesto por Guernerio, y ochocientos años después de la lucha mortal en el llano de Baar, uno de los mejores hombres de su tiempo, Luis Uhland, convirtió en noble trajedia el antiguo cuento de la amistad hasta la muerte. Usando de la libertad concedida al poeta Uhland, para conseguir un final conciliador, hace parecer en el campo de batalla, al terminar esta, al emperador y la emperatriz dirigiendo ésta á aquel las siguientes palabras: *Oh emperador, asombrada quedará la posteridad cuando sabrá la pujanza de tu poderío, la firmeza de tu brazo soberano; pero muchos corazones se enternecerán cuando oigan cantar ó narrar la nueva del duque Ernesto, de Guernerio su amigo.*

Ciertamente era *firme* el brazo soberano de Conrado, debiendo este francón contarse entre los mejores potentados que Alemania ha producido. En el exterior, hizo sentir la superioridad alemana á los eslavos de Bohemia y Polonia y en el interior sostuvo los derechos del Estado contra la Iglesia, teniendo á ésta sujeta por el hecho de instalar y destituir á su antojo á los obispos y abades. El emperador realista se atenía en frente de las pretensiones é inven-

ciones clericales impertérritamente al principio que los negocios mundanos debían arreglarse conforme á las necesidades de la realidad. Después de la muerte de Rodolfo de Borgoña, el emperador, en virtud de un convenio que había concluído con aquél, se hizo coronar rey de Borgoña en Peterlingen (1033), ganando así este pais para el imperio, si bien este aumento fué sano y prudente tan sólo en el concepto que la Suiza alemana, que físicamente pertenecía á Alemania, ahora estaba unida con ella políticamente, mientras que el resto de Borgoña, como país romano, repugnaba naturalmente á la unión con el imperio y debía permanecer extraño á este enlace. En eso de hacer hereditario el poder real é imperial en su familia, Conrado trabajó con energía y consecuencia tenaz, favoreciendo con este fin á la nobleza baja á expensas de la alta por hacer posible trasmitir por herencia sus *beneficios*, sus bienes feudales. A su hijo y el de Gisela, Enrique, consiguió hacerlo elegir é instalar como su sucesor aun durante su propia vida, pues por Pascua de 1028 el príncipe, que á la sazon no tenía más allá de 11 años, fué ungido y coronado *rey alemán* por el arzobispo de Colonia en la catedral de Aquisgran, y ese título desde entonces fué llevado por los sucesores elegidos y ungidos de los emperadores romano-alemanes.

Once años más tarde, á la muerte de su padre, Enrique III empuñó el cetro, y estando educado con perfección militar y políticamente por el padre y científicamente por la madre, supo manejarlo gloriosamente: fué el señor de su época. Sometió otra vez la rebelde Bohemia y avasalló á Hungría, si bien transitoriamente; en las riberas del Danubio avanzó la frontera alemana hasta el Leita, instituyendo á Luitpoldo de Babenberg marqués de Austria, la cual en tiempo de Federico Barbaroja fué convertida de marquesado en ducado hereditario por el babenbergés Enrique. Hombre genial que era, Enrique III comprendió que la fuerza intelectual, la idea, al fin y al cabo es siempre más potente que la fuerza material y que esta sola no basta para llevar las cosas á buen término. De ahí la franqueza, el entusiasmo con que el emperador acogió un movimiento que en sus días partió del célebre monasterio de Cluny en Borgoña, anunciando que contra los males terribles de la época, la violencia, el hambre y las epidemias, no había otra salvación que la práctica rigurosa del ascetismo cristiano. La idea de reforma ascética de Cluny, tendía, por lo demás, á manifestarse en obras, siendo una de ellas la *tregua de Dios;* si bien esta tregua no era más que el recuerdo de una antiquísima idea germánico-pagana. Era una tentativa muy loable de poner un freno religioso á las rudas pasiones del siglo XI y de quitar al ménos cuatro días de la semana á la salvaje afición á las pendencias que pretendía cohonestar su salvajismo invocando el antiguo derecho germánico de la guerra de familia. El miércoles por la noche las campanas debían anunciar el principio de la trégua de Dios, no pudiéndose empezar ni continuar riña alguna hasta el lunes por la mañana. Precisamente la atención que Enrique III dedicaba á esta y otras ideas reformistas que surgían entonces en el seno de la Iglesia, ó por lo ménos de algunos de sus órganos, confirmaba al emperador en la opinión de supremo soberano y protector de la cristiandad, y como tal se ha presentado también en

frente del papado. Con ocasión de su viaje á Roma en 1046, teniendo 30 años, desempeñó con justicia y severidad su oficio de juez supremo destituyendo á los tres papas simultáneos que se disputaban ignominiosamente, Silvestre III,



Sínodo de Sutrí.

Benedicto IX y Gregorio VI. Esto sucedió el 20 de diciembre del mencionado año en Sutri, donde, por órden de Enrique, se había reunido un gran concilio de obispos alemanes é italianos. El rey asistió á las discusiones, en las que tomaron parte dos de los tres papas citados para justificarse de la acusación de haber comprado la dignidad papal, presidiendo la asamblea uno de ellos,

Gregorio. Después de proponer y conseguir la deposición y enclaustración de Silvestre (la destitución de Benedicto se verificó pocos días después en Roma) Gregorio se levantó para dirigir á la asamblea las siguientes palabras: *Yo, el obispo Gregorio, el siervo de los siervos de Dios, confieso que á causa de la pecaminosa compra y simoniaca heregía con que me he hecho papa, debo ser destituido del obispado Romano. ¿No es éste tambien vuestro parecer?— Lo es,* contestaron los reunidos, y el destronado bajó de su solio y rasgó sus vestiduras de pompa como signo de obediencia. Enrique le desterró á Alemania y en su lugar hizo vicario de Cristo á un alemán, el excelente obispo Suidger de Banber, bajo el nombre de Clemente II. En aquellos días de diciembre de 1046, el imperio romano alemán estuvo en Sutrí y en Roma en el punto culminante de su poderío y esplendor. Tres papas se inclinaron en el polvo ante el emperador. Pero el reverso de la medalla no tardó en presentarse; á Enrique III sucedio Enrique IV; á Gregorio VI Gregorio VII, después de Sutri vino Canosa. El contínuo cambio de los destinos humanos es lo que tienen de triste y de consolador, porque solamente la inconstancia de la fortuna puede preservar á la sociedad de las locuras de la soberbia y arrogancia de los hombres y de los pueblos.

A Gregorio destituido acompañábale á Alemania su capellán, hombre pequeño, de poca presencia, de cara fea y de voz delgada, pero cuyo frágil cuerpo encerraba un alma de hierro, uno de aquellos espíritus escojidos que con la idea que los impulsan dominan y caracterizan su época. Ese fraile de procedencia germánica-longobarda, llevaba el nombre retudesco Hildebran, y fué el enemigo más tremendo que el pueblo alemán tuvo jamás. Todavía á estas horas prolifica la simiente de odio que él esparció; pero él creía sinceramente en su ideal, en la posibilidad de una teocracia universal y en la realización de este ideal de un reino de Dios en la tierra cuyo administrador autocrático había de ser el papa; trabajó con afán hasta el último momento de su vida. Este hombre no debe ser confundido con el clero ordinario; su ambición y su genio le elevaban muy álto sobre el nivel del egoismo común. Como hijo de su tiempo, no podia conocer que su ideal no era sinó una ilusión engendrada por la locura humana y la ignorancia del siglo XI. Al trazar su plan colosal de colocar la Iglesia por encima del Estado y de hacer la cabeza de la Iglesia consecuentemente jefe supremo de todos los potentados seculares, del más pequeño al más grande, todo cuanto veía al rededor de sí debía parecerle asentimiento y aplauso. Él mismo podía imaginarse vengador de la humanidad atormentada por la tiranía feudal, y en efecto, cierto rasgo democrático se manifiesta en toda la conducta del hijo de los aldeanos longobardos de Roabacún, pues sabemos que admiraba más que todos los otros estados la jóven república de Venecia, si realmente podía admirar algo además de su ilusión. Como compañero de Gregorio, conoció las condiciones de Alemania en los palacios imperiales de Speger, Vorms, Colonia y Aquisgran, y sobre todo debió formarse una idea del carácter de los grandes alemanes que supo aprovechar después con grande habilidad. Con Enrique III concordaba en la persuación que la reforma monástica procedente de Cluny podía y debía ser determinante para todo el ser moral de la cristiandad. Era un asceta persuadido, pero con el fraile combinábase en él tan admirablemente el político, que hemos de considerarle como modelo de teócrata que no ha sido alcanzado nunca más. El clericalismo verificó en él su aparición más brillante.

En calidad de cardenal subdiácono dirigía ya la política de la curia romana bajo el pontificado de Leon IX y el de Víctor II. La muerte prematura del grande emperador en 1056 señalaba el orto del astro de Hildebrán, quien sentía que él solo podía llenar el hueco que el fallecimiento del poderoso emperador había dejado en el mundo; y la ocasión de preparar la realización de su ideal era oportunísima, porque con la desaparición del vigoroso domador había venido sobre Alemania é Italia un desórden y una confusión espantosa y en el trono de los alemanes hallábase sentado un niño mal educado y mal aconsejado, llevado de un punto del reino á otro entre los partidos altercantes. Parecíale aún conveniente á Hildebrand dirijir los grande actos y escenas políticas de la traji-comedia imperial desde los bastidores, y por esto se confeccionó á principios del año 1059 en la persona de Nicolás II un papa capaz y deseoso de obrar enteramente en su sentido. Con esta ocasión introdujo la modificación importante de transferir la elección del papa desde el clero, nobleza y pueblos romanos, á cuyos grupos había pertenecido hasta entonces, al colegio de los cardenales, conservando todavía teóricamente el derecho de confirmación del emperador, pero considerándolo ya abolido en la práctica, como demostraba claramente la elección de Alejandro II, hecha por Hildebrand sin tener en cuenta por nada la corte imperial, después del fallecimiento de Nicolas II. Bajo el reinado de estos dos papas su ministro gobernante se preparó otro instrumento eficaz para la gran lucha esperada y deseada del sacerdocio con el imperio, á saber, el de exitar contra el imperialismo alemán el sentimiento nacional de los italianos á pesar de su propio origen germánico. En todas las épocas la política de la Iglesia ha acertado perfectamente á revestir de una capa patriótica sus aspiraciones al despotismo universal. Después del fallecimiento de Alejandro II, Hildebrand creyó llegada la hora de salir de entre los bastidores asumiendo también el título de lo que de hecho había sido ya desde mucho tiempo. El 29 de junio de 1073 fué consagrado y entronizado como papa en la iglesia de San Pedro bajo el nombre de Gregorio VII.

Para los hombres que saben apreciar y respectivamente despreciar las cosas humanas, es un verdadero placer contemplar el genio superior con que el séptimo Gregorio llevó á cabo su gran lucha con el rey de los alemanes, pueril-mente indeciso y sujeto á arrebatos, madurado, vigorizado y engrandecido después por la desgracia, Enrique IV, y con qué maestría supo oponer este papa al estado feudal alemán, rígido, centrífugo, desmoronadizo, la Iglesia organizada unitariamente y con vigor sobre la base de las reformas cluniarences. Aunque sabía que á la crédula estupidez de las masas y la grosera superstición de las clases superiores podía hacer tragar las cosas más estupendas y por lo tanto convencido absolutamente de la eficacia de sus recursos eclesiásticos, la excomunión y el entredicho, sin embargo procuraba con afán

proporcionarse también el apoyo de las fuerzas seculares; de ahí sus relaciones con la gran marquesa Matilde de Toscana, con el rey normando Roberto Guixart de la Italia inferior, con las ciudades lombardas, favoreciendo el desarrollo burgés republicano de éstas contra los prelados y la aristocracia feudal y finalmente aun con los príncipes y prelados alemanes. Ayudábale en esto la circunstancia que Enrique IV con sus muchos desaciertos había dado á algunos grandes y á tribus enteras del reino, bastantes motivos para quejas fundadas, á las que se añadían naturalmente otras no fundadas. A esto se agregaba aun que durante la minoría del rey la tradicional anarquía de la nobleza alemana había vuelto á cobrar fuerzas, de modo que muchos de los magnates alemanes, desde el duque hasta el último hidalgo, estaban dispuestos á aceptar el santo y seña *libertad alemana* dimanado de Roma, es decir á rebelarse contra el lejítimo soberano. En cambio la gran mayoría de las ciudades alemanas permanecía fiel al rey y al imperio; tampoco eran los obispos alemanes tan serviles esclavos del papa como se han presentado ocho siglos después; en el siglo XI muchos de ellos, á pesar de todo el ruido de la máquina excomulgatoria papal, han permanecido leales á su rey y á su país. Aún los más de los prelados alemanes eran bastante patrióticos para no abandonar á su rey excomulgado por el papa hasta que aquel, mal aconsejado por sus ineptos validos, les ofendió con su desacertada conducta.

Todo el mundo conoce las tres grandes medidas con que el papa preparó la lucha que había de conducir al triunfo completo de la Iglesia sobre el Estado; consistían en realizar la prohibición de la simonía del matrimonio de los sacerdotes y de la investidura lega, es decir, el entregar los príncipes del país el anillo, el báculo á los prelados, en otros términos, el disponer los poderes políticos de los destinos eclesiásticos. No es difícil comprender la intención del papa, á saber, separar al sacerdote de la familia y por lo tanto de la sociedad y hacer á la Iglesia independiente del Estado. El efecto político y moral más decisivo ha sido el del celibato, es decir, la vida soltera impuesta á los clérigos con la fuerza. Por la imposibilidad de contraer un matrimonio legítimo (el ilegítimo se le permitía sin dificultad con tal de no dar demasiado escándalo) el cura llegaba á ser una cosa enagenada de la familia, de la sociedad, del Estado, del país y de la patria, en fin una verdadera cosa, es decir, un instrumento ciego de Roma. La necedad del pueblo trabajada y manejada por frailes fanáticos ha ayudado en muchas partes de Alemania á introducir el celibato con violencia; más tarde, cuando ninguna mujer casada ni soltera estaba ya segura de la concupicencia clerical, los campesinos y los ciudadanos tenían abundantes motivos para meditar sobre la venerabilidad y el mérito del celibato. Es una gloria de la clerecía alemana que á su mayoría la infame innaturalidad debió imponerse por la fuerza; todos los buenos y honrados se indignaron contra la imposición papal. En la diócesis de Passau cierto sacerdote publicó un elocuente folleto contra ese engendro, calificándolo muy justamente de locura; el obispo Otón de Constanza predicaba públicamente contra esa locura; pero todo fué en balde á pesar de que la oposición contra el celibato continuó aún mucho tiempo en algunos puntos, pues en el siglo XII



GREGORIO VII.

los más de los curas de la Alemania septentrional estaban legitimamente casados y aun en el siglo XIII había párrocos y hasta obispos casados en Silesia. Por lo demás, los motivos de Gregorio para imponer el celibato eran puramente políticos, no ocurriéndosele jamás el motivo dogmático que se pretextaba más tarde, a saber, que el sacerdote debiendo cada día fabricar á Dios mediante la consagración de la hostia en la misa no debía contaminarse por el matrimonio, pues ¿qué debe y puede considerarse puro en el mundo si el lazo más sagrado que une los hombres y mantiene la sociedad es calumniado como contaminacion? El celibato de los sacerdotes ha acarreado males sin cuento á la humanidad, haciendo innumerables desgraciados. El hecho de sufrirse pacientemente tamaña abominación confirma una vez más la antigua verdad que nada hay tan poderoso en el mundo como la necedad de la gente.

En el año de 1076 la lucha entre el papa y el rey hallábase ya en el colmo de su encono; Gregorio, por medio de un legado citó á Roma á la cabeza del imperio para que se justificase ante el vicario de Cristo de los muchos crímenes que le imputaban contra el derecho y el órden de la Iglesia. La contestación del rey á esta arrogancia inaudita fué que por una reunion de los obispos alemanes convocada en Vorms en enero hizo destruir del trono papal á Hildebrand, fraile falso y perjuro. El papa por su parte hizo declarar indigno de reinar al rey en un sínodo de prelados de Roma y del centro de Italia reunidos en febrero en la iglesia del Salvador del Laterán; fulminó sobre él y sus partidarios la excomunión mayor maldiciéndole solemenemente. La emperatriz viuda Inés, madre de Enrique, hallándose á la sazón en Roma, fué testigo auricular de la maldición de su hijo, procedimiento que han cultivado hasta la perfección los *vicarios* de aquel que dijo: *amad á los que os odian, bendecid á los que os persiguen*. Es cierto que con el cristianismo de Cristo no se consiguen las cosas que se logran con el cristianismo gregoriano, sobre todo, no se logra por medio de aquél poner el pié triunfalmente en el cuello del rey de la nación más poderosa de su época, que es lo que consiguió Gregorio VII. El rayo fulminado por él era bastante candente para fundir la blanda soldadura del estado feudal alemán, prestándose la aristocracia revoltosa á ser instrumento del enemigo mortal de su patria. Por intrigantes clericales, cual era el obispo Bukko de Halberstadt, ese instrumento fué preparado para manejarlo exactamente en el sentido papal. Formose una gran conspiración, cuyos principales miembros seglares eran los duques Rodolfo de Suabia, Guelfo de Baviera, Bertoldo de Carintia, y el sajón Otón de Nordhein, siendo los principales agentes eclesiásticos el arzobispo Gerardo de Falsburgo y el obispo Altman de Passau. Reunidos en Tribur del Rhin en octubre de 1076, los conspiradores y sus secuaces resolvieron que el excomulgado Enrique debiera por de pronto abstenerse del ejercicio de sus funciones reales, y si no consiguiera librarse de la excomunión dentro de un año, hubiera de perder enteramente la corona. Los traidores llevaban su sumisión al *santo padre* hasta el punto de rogarle que fuera á Alemania para juzgar al rey. Esto precisamente lo quería evitar Enrique, y como veía que la corriente le era contraria y demasiado fuerte para él la carga del anatema, que temió, resolvió tomar la delantera al papa, pasar

los Alpes y obtener á toda costa que le quitara la carga de la excomunión.

Esta determinación condujo á la escena ignominiosa de Canosa, única en la historia del mundo y que debe ser una advertencia terrible y eterna para el pueblo alemán. Esa reconciliación altanera, titubeante y condicional del hijo de Enrique III con el hijo del labrador de Roabacum, esa sumisión del rey más grande de la cristiandad bajo el fraile papa Gregorio, ha sido la humillación más profunda que el germanismo ha tenido que sufrir jamás por parte del romanismo, el Estado por parte de la Iglesia Pero mirándolo humanamente, lo que sucedió del 25 al 27 de enero de 1077, ante y en el castillo que se eleva inexpunable al sur de Pregio, propiedad de la condesa Matilde, de la cual se refiere que *hospedó al papa, cual Marta, y escuchó sus palabras como María,* encierra algo que puede acallar hasta la ira patriótica de un alemán, pues en aquella fecha el espíritu celebró en Canosa un triunfo sin ejemplo sobre la materia, el pensamiento sobre la fuerza física, la idea sobre la espada. Así es que los días de Canosa señalan una revolución de los destinos, pues desde entonces la estrella de Gregorio iba al ocaso, si bien lentamente; pero sin interrupción hasta aquel 25 de mayo de 1085 en que murió fugitivo en Salerno, inflexible y convencido de su derecho hasta el postrer instante, siendo sus últimas palabras, segun dicen: *He amado la justicia y odiado la iniquidad, por esto muero en el destierro*. Enrique *el penitente* de Canosa, ciertamente ha sido el vengador del Estado ultrajado en su persona, entrando en Roma como vencedor en marzo de 1084, haciendo destituir á Gregorio VII, nombrar á Clemente III, poniéndole este la corona imperial; pero durante toda su vida fué desgraciadísimo. Consiguió defenderse del contra rey Rodolfo que le oponían los rebeldes y acabar con la rebelión misma, pero hubo de experimentar amarguras más acerbas por la traición y revuelta, y de sus propios hijos, Conrado y Enrique. Harto del mundo, murió en agosto de 1106, persiguiéndole aún en la tumba el odio feroz del clero de la *religión del amor*.

Siguiole su desnaturalizado hijo en el trono alemán como Enrique V, coronándole emperador después en el año 1111, el papa Pascual II, en S. Pedro de Roma. Este quinto Enrique era hombre astuto, perseverante, ajeno de escrúpulos, y manifestaba ya claramente por la manera como trataba á Pascual II, que era del palo de que se hacen los déspotas enérgicos. Había heredado de su padre la lucha de la corona contra la tiara, como así mismo la lucha del órden político contra la anarquía aristocrática de Alemania. En estas dos luchas se manifestó valiente, sin dejarse intimidar por la triple excomunión y maldición de Roma. Finalmente, empero, hubo de acceder al concordato de Vorms en 1122, por el cual la cuestión de la investidura terminó en el fondo á expensas del Estado. Enrique murió en 1125 sin dejar hijos, y si quería ser sincero debía decirse en el momento supremo, que el espíritu que había vencido á su padre, el espíritu persistente de Gregorio VII, había quedado también victorioso contra él. La separación rigorosa de los clérigos y de los legos, la castificación del clero, era y permanecía un hecho consumado.

La Iglesia alemana, Estado dentro, ó mejor dicho, por encima del Estado, era

realmente nada más que una surcusal de Roma, porque la disposición sobre los obispados, pertenecía de hecho al papa, reconociendo á este como á su señor y dueño supremo la gran masa de los arzobispos, obispos, abades, frailes, párrocos y capellanes, en fin, todo el ejército inmenso y bien organizado que marchaba bajo la tonsura, demostrándose sumiso para con Roma, pero imperioso contra el propio país, y podía sostenerse en esta posición imperiosa, tanto más tranquilamente, cuanto estaba siempre segura de encontrar en los príncipes alemanes aliados siempre dispuestos contra el rey emperador, el cual solamente disponía, además de las fuerzas de su casa, del mecanismo indócil y generalmente inútil en la hora decisiva, del estado feudal, entonces ya completamente desarrollado. En el fondo todo el poder imperial dependía de la buena voluntad de los grandes varones, los duques y obispos, los condes y abades. Ciertamente los emperadores enérgicos han sabido muchas veces conseguir esta buena voluntad por la fuerza, pero la fuerza era siempre el último recurso y no producía nunca un efecto duradero. Considerándolo bien, el estado feudal no ha sido nunca más que la anarquía organizada; sólo que en el imperio alemán la forma feudal ha sido tanto más funesta, porque los grandes feudos seculares, los ducados y condados, eran casi todos hereditarios ya á fines del siglo XI, y los eclesiásticos, los obispados y abadías, dependían de hecho de la curia romana.

En aquel mismo tiempo, el poder de la Iglesia tomó un incremento enorme por la aparición de uno de los vértigos más colosales que jamás han atacado á la pobre humanidad, las cruzadas, esa invasión de los bárbaros invertida, que fué decretada formalmente en 1095, por el concilio de Clermont, bajo la presidencia del papa Urbano II. Al principio los alemanes quedaron libres del vértigo. Cuando en 1096 la numerosa pillería que Pedro *el ermitaño* quería conducir de Francia á la *Tierra santa*, gitaneaba por el sur de Alemania, señalando su camino con excesos de toda clase, con hurtos y robos y quemando á numerosos judíos con caridad cristiana, los alemanes vieron con disgusto esta nueva moda piadosa; pero ya el jefe de la primera cruzada ordenada, el lorenés Godofredo de Bouillon el conquistador de Jerusalen (1099), era un príncipe del imperio alemán, y pronto los alemanes rivalizaron con los demás pueblos del occidente cristiano, en eso de *cruzadear*, y la romería guerrera, el *querido viaje* á la Tierra santa, llegó á ser una moda caballeresca que continuaba todavía cuando se había acabado para siempre el negocio de la conquista de Palestina; dirigiéndose el *querido viaje*, en vez de Jerusalen á Prusia y Lituania, para predicar el cristianismo á los paganos eslavos y gineses, no muy suavemente por cierto, pero al fin civilizadoramente. Asimismo, por lo demás, obraron también en general las cruzadas en Tierra santa. Del choque de las dos fés, la cristiana occidental y la mahometana oriental, nació multitud de centellas civilizadoras que se desparramaron sobre los pueblos cruzados, ensanchándose considerablemente el horizonte físico é intelectual de unos y otros, y abriendo nuevas vías al comercio estimulado por el aumento de consumos. Un rayo vigoroso de la lúcida imaginación oriental cayó en la lóbrega oscuridad de la frailería occidental. Los habitantes de la Europa

occidental, meridional y central, entraron en relaciones mútuas más animadas por la participación común en la grande empresa; lo inopinado de la separación nacional quedó mitigada por el sentimiento de pertenecer á la comunidad cristiana, aprendiendo las naciones á conocerse y apreciarse, y cambiando mútuamente sus opiniones y tradiciones, sus leyendas é historias, sus usos y



LOS CRUZADOS.

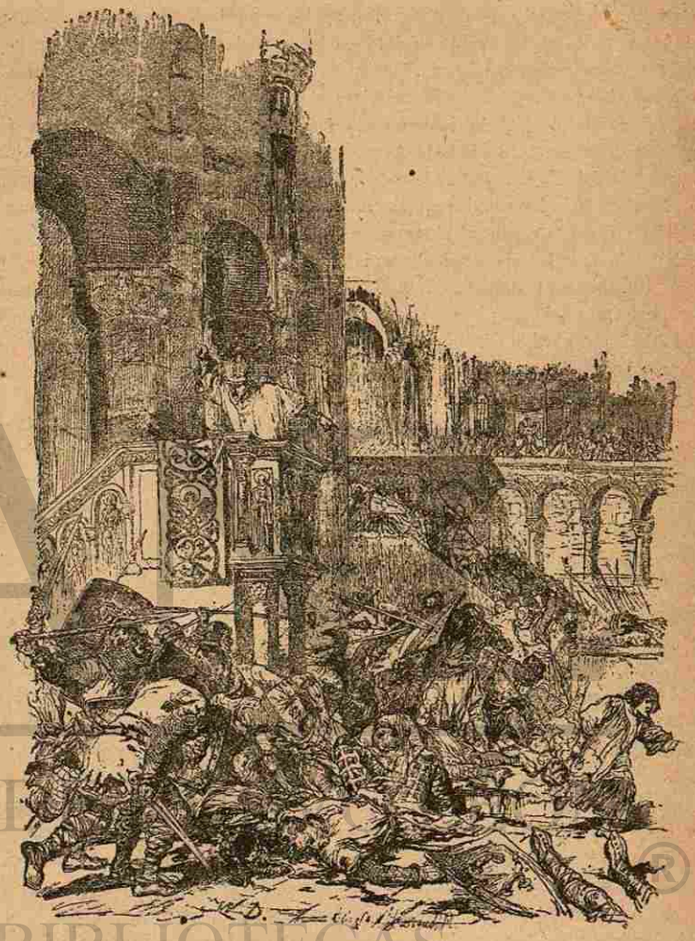
costumbres. La cristiandad se sentía como reanimada por la idea de formar un mundo unido enfrente del mundo mahometano. El principio de lucha contra el islamismo se continuó durante siglos en la historia de Europa, exactamente como una roja arteria. Las cruzadas, consideradas en el sentido más lato como lucha entre el Oriente y el Occidente, entre la humanidad cristiana y la mahometana, han fecundado, pues, de muchas maneras la labor de la civilización europea, siendo también la escuela del romanticismo, cuyo fruto intelectual ha sido la poesía y el arte románticos, y cuya creación social fué el caballerismo.

Y á fé, bien se necesitaba entonces de nuevos estímulos civilizadores, pues ese siglo XI era una época salvaje y desenfrenada. En Alemania, según se expresa un cronista monacal de entonces: *La Iglesia y el Estado, fueron asolados y arruinados por la ambición y codicia de los príncipes y por la concupiscencia de los obispos y abades*. Estos últimos no eran ménos pendencieros y rudos que los seglares, como atestigua la cuestión escandalosa entre el obispo Hezilo de Hildesheim y el abad Viderado de Fulda, en el año de 1063. Por Navidad del año anterior los dos reverendísimos y caritativos señores habían tenido una disputa cruel en la corte del rey, porque el reverendísimo señor abad de Fulda pretendía que su silla en la iglesia debía estar al lado de la del arzobispo de Maguncia, lo cual no quería conceder el ilustrísimo



Enrique IV en Canosa.

señor obispo de Hildeshein. Sabido es que en asuntos de ceremonial y etiqueta, los grandes de Alemania han sido siempre extraordinariamente meticulo-



El escándalo de Pentecostés de Coslar.

sos, concienzudos y firmes. El obispo Hezilo deseaba pues, enseñar al ambicioso abate Fulda el rango que le correspondía, y cuando en el mencionado año, el rey Enrique IV, que no tenía aun 13 años, celebraba la Pascua de Pen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tescotés en la villa de Goslar, procedió á demostrar palpablemente que en el territorio de su diócesis, ningun clérigo podía pretender la preferencia, precedencia ni presidencia sobre él, con la única excepción del arzobispo de Maguncia. En efecto, éste estaba presente, así mismo el arzobispo Hanno de Colonia, y gran número de magnates, seglares y eclesiásticos, pues en tiempo de las grandes fiestas de la Iglesia, las córtes reales é imperiales solían reunir forasteros en gran número. Hezilo había tomado sus medidas para prevenir que al cojo Viderado se le ocurriera otra vez ocupar el puesto al lado de Sifrido de Maguncia. Su instrumento fué el conde Egberto de Vromwik, quien naturalmente, no de balde, se escondió con unos cuantos de sus *caballeros* detrás del altar mayor de la catedral, y en el momento en que en la víspera de Pentescostés los criados colocaban las sillas para sus señores en el coro, salió de repente abalanzándose sobre la servidumbre del abad de Fulda, echándola de la Iglesia á palos y puñetazos. La llegada de la córte aplacó el tumulto, mas no por mucho tiempo. El jóven rey, los príncipes y prelados ocuparon sus asientos; pero el pobre Viderado, cuyo asiento faltaba al lado del destinado para el arzobispo de Maguncia, cojeaba por allí desconcertado. Empezó el oficio, pero apenas se entonó el canto de vísperas, resonaron gritos de guerra y retintín de armas, pues los *caballeros* del abad, llamados de sus moradas de la ciudad por los mozos maltratados, se precipitan en la iglesia con las espadas desnudas, abalanzándose sobre la gente del obispo y del conde Vronsniqués; éstos tiran también de la espada para defenderse, resulta una confusión atroz, resonando en la catedral la gritería de los combatientes, cubriéndose el suelo de heridos y muertos y enrojeciéndose de sangre. El belicoso Hezilo sube al púlpito y desde allí anima á los suyos *cual trompeta de guerra: No os preocupeis con la santidad del lugar, vocea el obispo; yo respondo de todo.* En balde se levanta el jóven rey para apaciguar á los contendientes; los furiosos no hacen más caso del real niño que de lo sagrado del lugar; los príncipes y prelados no piensan por su parte en poner fin á la lucha; sólo procuran que la servidumbre real proteja á Enrique y lo conduzca salvo á su palacio. Los de Hildeshein y Vronswik se sostienen victoriosos, derriban á los fuldenses, echan á los demás á la calle, y cierran las puertas. La noche pone fin al sangriento escándalo, de las quejas y querellas del abad vencido no se hace caso, dándole aún la culpa de la pendencia, pues su adversario Hezilo, tenía mucho valimiento en la corte. Los de Fulda, decíase, habían sido los acometedores, y Hezilo promulgó la excomunión de los vasallos de Viderado, tanto de los muertos como de los escapados. El tribunal de la corte impuso al abad una multa de consideración, es decir, los señores eclesiasticos y seglares que á la sazón privaban en la corte, pillaron ignominiosamente la rica abadía de Fulda, entrando una parte del dinero estorsionado en el bolsillo del obispo de Hildeshein, es decir, del verdadero autor del escándalo pentescostero de Goslar.

Es este un cuadro exacto de las costumbres del siglo XI. Si tales cosas podían suceder en la inmediata proximidad de la corte y aun en presencia de la majestad real, ¿qué no podía suceder en otras partes? No vemos tampoco que

las mujeres hayan influido, suavizando y purificando la barbarie y la disolución de la época. Las relaciones matrimoniales, y especialmente en las clases superiores, eran tratadas todavía con mucha frecuencia, según el estilo liviano de la época carlovingia; así sabemos por ejemplo, que Rodolfo de Suabia contra-rey de Enrique IV, estaba casado *legítimamente* con tres mujeres á la vez. Sin embargo, no faltaron ejemplos perspícuos de generosidad femenina, siendo un modelo verdaderamente brillante de magnanimidad, fidelidad y resignación, la esposa de Enrique, Berta, cuya hija única Inés, casada con uno de los vasallos más leales del infeliz emperador, el caballero Federico de Staufen, fué la abuela de una nueva dinastía imperial. Cáusanos también impresión muy grata, el epitafio que un docto fraile de Reigenau, hijo del conde suabio Volfrado, Herman *el lisiado*, lleno de piedad, compuso en el año 1052, para su madre Hiltrudis, llamando á la finada *el socorro y la esperanza de los suyos, la madre de los pobres y refugio de los desconsolados*, y añadiendo, *que dulce, paciente y pacífica, aspiraba al modesto papel de Marta, siendo empero, las delicias de todo el mundo.*

En cuanto á las moradas y los trajes en el siglo XI, conservaron las formas principales del siglo anterior. Para las casas de príncipes, caballeros y prelados, la piedra iba reemplazando la madera por ser más duradera y ofrecer mayor seguridad. Esta última consideración era también el motivo de la construcción cada vez más frecuente y necesaria de castillos, pues ¿quién pudiéndolo no habría querido prepararse un refugio donde cobijarse ante sus enemigos seguro de poderles resistir? En su lugar, examinaremos el castillo de la Edad media de fuera y de dentro, bastando aquí el hacer constar que ya en el siglo XI se nota claramente la diferencia entre castillos altos y castillos de agua, entre castillos de príncipes y castillos de vasallos.

El traje de los hombres y de las mujeres había progresado poco en la sustitución de los colores chillones con los más armoniosos. El traje femenino conservaba las túnicas inferior y superior y el manto colgado encima, sin pliegues y sin gracia. El traje masculino era parecido, con adición de calzones. La túnica y la capa de los hombres, alcanzaban hasta más abajo de las rodillas. El lienzo bizantino y la seda oriental formaban, junto con la peletería fina, el material indispensable para los vestidos de las clases elevadas, que gustaban de hacer las telas de seda y terciopelo más pesadas y valiosas mediante el bordado de oro y plata, como también los caballeros y las señoras se deleitaban en lucir y hacer resonar toda clase de atavíos de metal y pedrería. Grande era ya el lujo en el calzado, llevándose zapatos puntiagudos y muy ajustados, de seda amarilla, encarnada, verde ó azul, sujetados con correas de cuero de Córdoba, y adornados en el empeine con bordados ó piedras esmaltadas. Refiérese hasta que los sacerdotes elegantes llevaban en sus zapatos, espejitos para tener á cada paso el grato aspecto de su propia, importante y reverenda persona. Degeneró en bárbara la moda del siglo, que puso en voga el llamado traje partido, dividiendo al individuo, especialmente al masculino, de arriba abajo, en dos mitades de diferente color. Gran cuidado dedicábase al cutis y al cabello, haciendo las señoras elegantes mucho caso

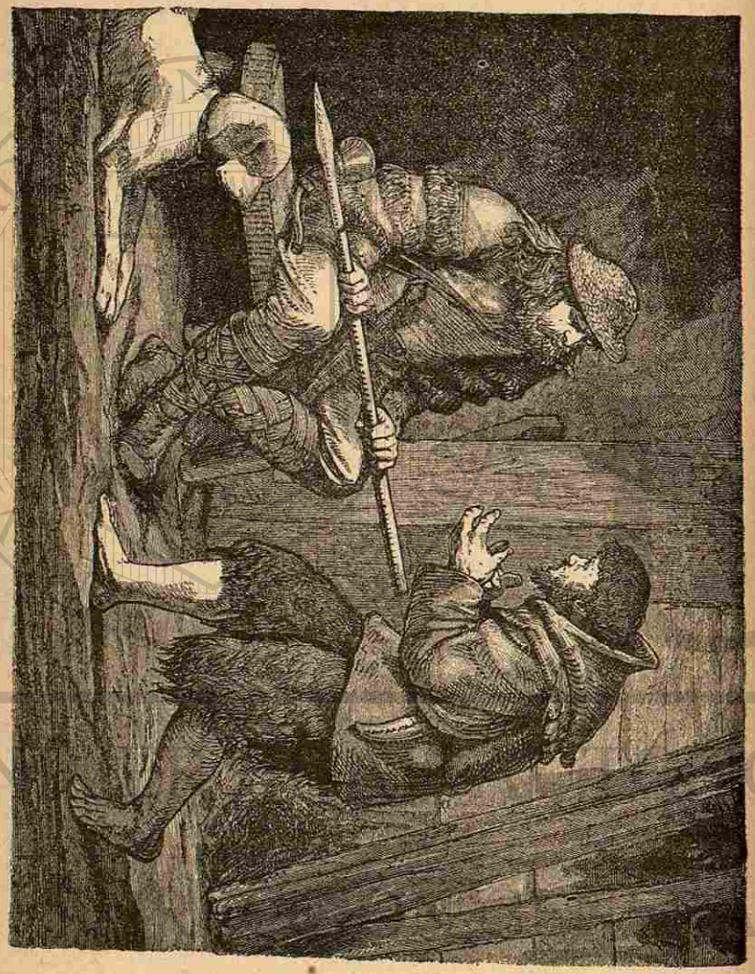
de los peines de marfil y de los pequeños espejos de mano, que llevaban siempre consigo, como también se ponían los guantes no para resguardarse del frío, sinó por razon de *elegancia*. Una idea del aspecto de un gran señor en las grandes solemnidades de la segunda mitad del siglo XI, nos la podemos formar por la estátua de Rodolfo de Suabia, en bronce, ejecutada entre los años de 1080 y 1090, que cubre su sepulcro en la catedral de Merseburgo. Casi de la misma época tenemos la figura de una señora sentada, en traje de gala de entonces, en un sólio, teniendo en la mano izquierda las tablillas de cera en que se escribía y en la derecha el estilo.

Ese sólio, con sus formas ásperas y primitivas, indica lo basto é incómodo que debe de haber sido el mueblaje, hasta de los ricos y grandes de la Alemania del siglo XI. Verdaderamente puede decirse que en aquella época la alta aristocracia no habitaba, dormía, comía, bebía y se vestía, ni de mucho, tan sana y cómodamente como hoy las familias obreras algo decentes. La mayor comodidad encontrábase, ciertamente, en los palacios de los obispos y en las abadías ricas; sabido es que los señores eclesiásticos han tenido en todo tiempo el olfato muy delicado para todas las cosas buenas que existen en este *valle de lágrimas*. Ellos sabían arreglarse muy cómodamente sus *clausuras* y dedicaban sus ócios al desarrollo del gusto de sus paladares y de sus lenguas. Realmente, con los obispos y abades se comía y bebía á las mil maravillas, ya bajo el reinado de los Enriques. Esto lo sabemos autorizadamente por el *libro de las bendiciones*, el cual, compuesto en el siglo XI por un fraile de S. Galo, se halla todavía en la biblioteca de aquel convento. La cocina de San Galo era no ménos rica y abundante que su bodega. En la mesa, dotada de diferentes asados, sal, condimentos y salsas, parecían, como primer plato, las diferentes clases de pescados, entre los cuales se contaba también el castor. Formaban el segundo plato las aves, de las que se mencionan quince especies; seguía como tercer plato la carne de matadero, enumerando nuestro autor, diez y siete maneras de prepararla; ocupaban el cuarto lugar diversas especies de caza, entre ellas la cabra montés, el uro y el alce. La carne de pavo, cisne y pato era considerada como indigesta, como también se desechaba la avellana por perjudicial al estómago, mientras que se recomendaba mucho el empleo del ajo. Por vía de postres, servíanse varias verduras y frutas, como las peras y manzanas del país y las frutas meridionales importadas. La abundancia y la variedad de las bebidas no dejaba nada que desear, sirviéndose cerveza é hidromiel para los paladares groseros, mientras que á los gustos refinados se les halagaba con vino natural condimentado ó hervido con miel.

Con semejante alimentación no era penoso plegar las piadosas manos sobre el vientre nada ascético, y alabar sinceramente al dador de todos esos bienes. Pero el trabajo civilizador que antes se hacía en los conventos, estaba ahora abandonado por completo ó poco ménos. Es verdad que las crónicas latinas empezadas en la época otoniana, fueron continuadas en algunos de los conventos, como en Reigenau por el fraile Herman, mencionado arriba, y en Hersfeld por fray Lamberto; pero la redacción de tales crónicas, según demuestra evidentemente la de Lamberto, servía únicamente para fines clericales, y en general toda la atención y aspiración del clero alemán, con pocas excepciones honrosas, se dirigían tan sólo á aumentar sus riquezas y su autoridad. Entre los prelados, ciertamente no han faltado nunca hombres instruidos, de buenas costumbres é ideas patrióticas; pero la gran mayoría de los eclesiásticos, altos y bajos, no sabia nada de las cosas y sentimientos más nobles. Estos *reverendos señores* pasaban todo el tiempo que les dejaban las intrigas políticas y la invención de cuentos piadosos, destinados á explotar la credulidad de los fieles, en la caza ó con el vino, los dados y las mujeres; de esto no dejan duda los lamentos que los mejores de los contemporáneos eclesiásticos proferían acerca de la licencia y corrupción de sus cotonsurados.

Al lado del clero, cuya jerarquía se elevaba desde el cura de aldea hasta el príncipe arzobispo y desde el hermano lego hasta el abad príncipe del imperio, y al lado de la alta nobleza, los condes, marqueses y duques, la verdadera masa de la población alemana, bajo el reinado de los Enriques, constaba de los labradores y de la nobleza baja, los simples hidalgos. La burgesía ciudadana no podía rivalizar en número con la última, y mucho ménos con la primera. La nobleza baja constaba en esta época, como en el reinado de los Otones, de los caballeros, ó sea ginetes, que eran descendientes de los antiguos libres ordinarios, ó bien los ministeriales (menestrales), que cumplían como ginetes su obligación de seguir á su amo en la guerra. El estado de labradores constaba de una minoría de campesinos libres y de una mayoría de campesinos siervos. El campesino libre tenía derechos y verdadera propiedad, por la cual no había de servir á nadie y podía vender y legar; además podía formar parte de los tribunales, en calidad de regidor, y le era permitido llevar armas; como señal de su libertad podía dejarse crecer el cabello, como hacían los nobles. En Frisonia, Sajonia, Vestfalia, Suabia, inclusa la Suiza, como también á lo largo del Danubio, en Baviera y Austria, existían semejantes comunidades de campesinos libres, no ménos orgullosos que la nobleza, considerándose sometidos solamente al emperador, evitando cuidadosamente los *malos casamientos* con no libres, y mostrando á veces hasta al omnipotente clero, que aun ardia en ellos una chispa de la antigua rebeldía pagana. Los campesinos no libres, que eran los más, debían llevar el pelo cortado, no podían ser ni regidores ni testigos, necesitaban para casarse del permiso de su amo, llevaban armas solamente cuando el señor se las daba, para que le acompañasen á la guerra; no podían poseer verdadera propiedad ni ausentarse de la finca señalada para que la cultivasen, sin permiso ó por mandato de su amo; el campesino siervo, por lo tanto, no era persona, sinó cosa. No solamente los nobles, sí que también los campesinos libres, tenían siervos, considerándose como los más ínfimos, aquellos que en vez de cultivar la tierra como colonos, cuidaban del servicio inmediato de la casa y corral, del campo y monte de sus amos; y sin embargo, este grado inferior era frecuentemente un medio para alcanzar la libertad; especialmente en las casas de príncipes, no le era difícil á un mozo de casa ó de cuadra, verse elevado al rango de caballero, en recompensa de su lealtad. Con el tiempo esto se hizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAMPESINO LIBRE Y SIERVO.

mucho más difícil, y en teoría hasta imposible, porque la dignidad de caballero tenía por condición prévia el nacimiento, es decir, la descendencia de caballero.

Enfrente del clero, de la nobleza alta y baja, de los caballeros y de los campesinos, estaba la burgesía ciudadana, aunque también esta se componía originalmente de nobles y campesinos, de libres y no libres. El nombre burgés viene de burgo, ó sea castillo, en el cual se cobijaba; burgos reales, episcopales ó principales, habían sido casi todas las ciudades alemanas, prescindiendo de las procedentes de la época romana, y los menestrales reales, episcopales ó ducales, eran los que componían las primeras comunidades burgesas. Agregábanse á estos aun los campesinos libres que, abandonando el campo, fueron á establecerse en la naciente ciudad; todos estos primeros habitantes de las villas, formaban juntos la nobleza ciudadana, la clase de los burgeses antiguos, cuyos miembros se llamaron luego patricios ó también *glebenos*, porque su arma principal era la *glebe*, ó sea la lanza larga de los caballeros. Durante mucho tiempo, estos burgeses antiguos eran los únicos que gozaban de derechos políticos. Los campesinos siervos y los artesanos, que se establecieron al amparo de los muros de la ciudad, se llamaban *burgeses protejidos* ó también *burgeses de lanzón*, por ser éste su arma, ó aun *burgeses de palizadas*, porque al principio estaban obligados á construir sus viviendas fuera de la empalizada que cercaba la ciudad propiamente dicha. Se ve pues que también entre la burgesía, las diferencias de clases se manifestaban terminantemente, y se sabe que en la época posterior de la Edad media, la nivelación de estas diferencias provocó en el seno de las ciudades las luchas más violentas de partidos y clases, con el resultado de transformarse en democráticas casi todas las repúblicas ciudadanas aristocráticas, de lo cual tendremos que hablar otra vez más adelante.

Desde el principio del desarrollo de las ciudades alemanas, distinguíanse ciudades del imperio y ciudades del país, sometidas las primeras á la soberanía y jurisdicción del rey emperador y las últimas al príncipe seglar ó eclesiástico del país. Los empleados imperiales, episcopales ó ducales, que representaban en las ciudades al soberano y presidían los tribunales, se llamaban condes del burgo, prebostes, y en otras partes alcaldes. Las ciudades imperiales tomaban parte en las dietas, las ciudades del país en los congresos regionales, instituciones representativas á que habían ido reduciéndose gradualmente las primitivas asambleas de todos los libres. Aumentando la población y la prosperidad, despertábase también poderosamente el instinto de independencia, consiguiendo las comunidades municipales adquirir de sus soberanos los emperadores, príncipes, obispos ó abades, por vía de compra, convenio ó donación, ciertas prerogativas de soberanía, como la jurisdicción y el derecho de acuñar moneda, alcanzando poco á poco la administración independiente, de manera que ya no eran los empleados del emperador ó del príncipe los que gobernaban en las ciudades, sinó consejos de regidores elegidos de entre los patricios, teniendo al frente á un *burgomaestre* ó *maestre del consejo*. En cuanto al derecho de acuñar moneda, podemos decir que bajo

el reinado de los Enriques, no se acuñaba en el imperio alemán sinó una sola clase: el denario (dinero) de plata, formando doce un sólido (sueldo); el correspondiente al florín futuro no era acuñado, sinó tan sólo una moneda convencional. No habia monedas de cobre, de las que se acuñaron las primeras en el siglo XVI. Las monedas de oro que circulaban, procedían de la época merovingia ó en más abundancia eran bizantinas, por cuyo motivo el nombre de las monedas de oro era *bizantino*.

En las ciudades prósperas encontraron refugio y cultivo al lado de la industria y el comercio, las ciencias y las artes, emigrando cada vez más de los conventos, que iban corrompiéndose extraordinariamente. En lugar de las escuelas monásticas, que un cardenal del siglo XI, Damiani, quería suprimir porque *eran un estorbo para la devoción de los frailes*, surgieron las escuelas de las catedrales, floreciendo, sobre todo, bajo la dirección de clérigos, maestros y escolásticos, las de Lieja, Estrasburgo, Maguncia, Virzburgo, Hildeshein, Osnabruk y Ratisbona. Naturalmente, las escuelas de las catedrales estaban destinadas, como las de los conventos, si no exclusivamente, por lo ménos con preferencia á la enseñanza de los muchachos y jóvenes que querían ser sacerdotes. Hasta las condiciones mecánicas previas de toda cultura intelectual superior, la capacidad de leer y escribir, llamábanse artes clericales, como si hubiesen de quedar reservadas al clero y fuesen inútiles para los legos. En Ratisbona, habia pasado por la escuela de S. Emerano, aquel célebre Guillermo, que murió en 1091, siendo abad de Hirschau, sin duda uno de los hombres más sabios de su tiempo, que escribió para enseñanza de sus contemporáneos una especie de enciclopedia filosófica, por la cual sabemos, entre otras cosas, la manera cómo los pedagogos más competentes de la última mitad del siglo XI querían que se emprendiesen los estudios. *El órden en el aprender, dice Guillermo, requiere que se empiece por la retórica, ya que en ella estriba todo saber; ésta se divide en tres partes, enseñando la gramática á escribir y leer correctamente, la dialéctica á demostrar y la retórica á expresar lo demostrado con palabras escogidas. Así armados y provistos, procedemos al estudio de la filosofía, siendo el método el de aprender primero el cuadrivio, á saber: la aritmética, la música, la geometria y la astronomía.* Este método dominó durante toda la Edad media; nuestro abad caracteriza la filosofía como *el conocimiento exacto del mundo visible é invisible, contando entre las cosas de este último al Criador, al alma universal, á los ángeles, á los demonios y al alma humana.* Notable es lo que dicen de la tierra: *Es el centro del mundo y por lo tanto el elemento interior, puesto que en todos los cuerpos esféricos, el centro es la parte interior. El mundo se parece á un huevo; la tierra en el centro representa la yema; alrededor de la tierra hay el agua como la clara rodea á la yema; alrededor del agua circula el aire como la clara está envuelta en la membrana; y finalmente lo más exterior es la esfera de fuego que representa la cáscara.* Por lo demás, el bueno del abad sabe ya, y lo dice expresamente, que la tierra, el agua, el aire y el fuego, no son elementos, sinó que constan de elementos.

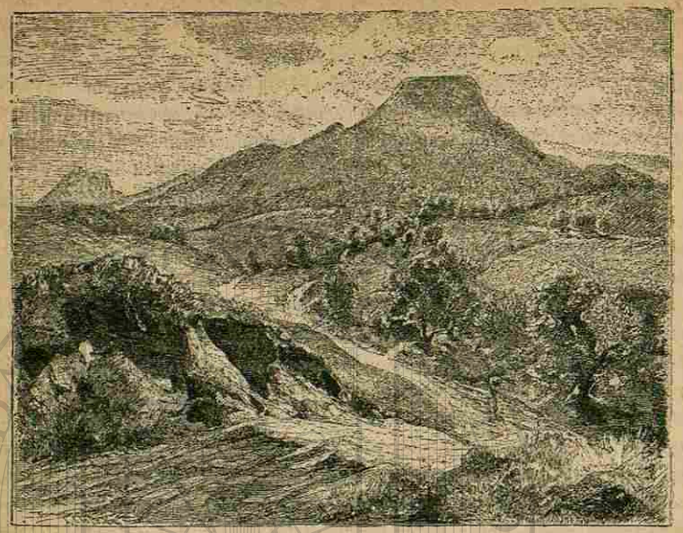
La filosofia física y moral de la Edad media, cuyos rudimentos nos presenta

Guillermo, halló luego su desenvolvimiento definitivo en los siglos XII y XIII, por la *escolástica*, cuyo principal representante era santo Tomás de Aquino, y que sirvió de base á la *Divina comedia*. Esta filosofía, como sabe todo el mundo, intentaba hermanar la fé con el saber, es decir, pretendían sujetar el pensamiento al dogma cristiano, ó en otros términos, quería hacer pasar al camello dogma por el agujero de aguja razón. Esta pretendida filosofía no era, por consiguiente, nada más que la teología ataviada con dialéctica. Las ideas acerca del mundo establecidas, desarrolladas y defendidas por la escolástica, ha reinado durante muchos siglos en nuestra patria y por esto es justo que la expongamoos en pocas palabras:

En el centro del universo flotan la esfera de la tierra, al rededor de la cual giran con diferente velocidad en siete cielos superpuestos, el sol, la luna y los cinco planetas; los demás astros son incorpóreos, suspendidos libremente en el espacio celeste, encima del cual se extiende como esfera novena, el cielo cristalino, y detrás de éste hállase el décimo y último, el empíreo, la esfera de fuego que es inmóvil y constituye el cielo propiamente dicho, pues aquí está el trono de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, rodeándole los santos, los escogidos, mientras que el vulgo de los bienaventurados se halla repartido en las restantes nueve esferas, según los diferentes grados de su dignidad. Dios padre, gobernándolo todo desde el último confín del mundo, tiene por mensajeros y servidores á los espíritus buenos, los ángeles, cuyo número es calculado por santo Tomás en mil millones. La tierra tiene en su centro al infierno, donde el anti-Dios, el pseudo-dios, el diablo, Satanás, Lucifer, con todos sus demonios y las almas condenadas moran en eterna tortura. El diablo y sus malos espíritus son ángeles caídos, que han conservado sus fuerzas sobrenaturales, que emplean sólo en perjuicio del reino de Dios y en perdición de los hombres. El hombre es la corona de la creación, al mismo tiempo que su fin supremo, pues para él existe el mundo, y como el sol, la luna y las estrellas giran alrededor de la tierra, así mismo gira alrededor del hombre todo el mundo de los espíritus; mas por sí sólo el hombre no es nada, es decir, que depende de las potencias espirituales externas. Los demonios tratan incesantemente de seducirle para el mal mientras que los ángeles procuran constantemente mantenerlo en el bien. La gran partición que divide al mundo, el dualismo de espíritu y naturaleza, fuerza y materia, bien y mal, Dios y diablo, afecta también al hombre, que oscila eternamente entre Cristo y Belial. El cielo y el infierno se disputan su alma. Por lo demás, la existencia terrenal del hombre no es más que un medio para alcanzar un fin superior, á saber, el cielo, que es su verdadero domicilio; sufridor y penitente en la tierra, debe ganarse el cielo, y para hacer esto posible, Dios ha enviado á la tierra á su Hijo unigénito para que por el sacrificio de su muerte venza al infierno, redima al hombre del pecado y le faculte para la bienaventuranza.

El fin de esta manera de considerar al mundo, no podía ser otro que el espiritualismo más cerrado, teniendo por consecuencia lógica la intolerancia más absoluta. La máxima del silogismo escolástico era Dios, y la conclusión la Inquisición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El monte Hohenstaufen.

V.

Reinado de los Federicos.

El nombre de los Hohenstaufen despierta recuerdos que pertenecen á los más gloriosos del pueblo alemán. Pero el eco triunfal termina con un inopinado grito de dolor, pues la historia de los Hohenstaufen llena un acto altamente desgraciado de la traji-comedia universal, acto tanto más infausto, cuanto que á los destinos de la gran dinastía no le faltó tampoco el elemento trájico de la culpa que se expió finalmente por la caída de la cabeza hohenstáufica más inocente, que el 29 de octubre de 1268 rodó por el cadalso en Nápoles.

Los principios de los Hohenstaufen son oscuros; á su primera aparición la familia vivía en un modesto cortijo, cerca de la aldea suabia de Waschenbeuren, de donde tomaron el nombre de señores de Beuren ó Buren. Indudablemente pertenecieron de antiguo á la clase de los adalingos del país; pero el parentesco con los merovingios y carlovingios, no es sinó una fábula inventada más adelante por los aduladores. La prosperidad de la casa, en bienes y autoridad, motivó la mudanza del domicilio. Federico de Buren, llevando un nombre que habían de hacer célebre sus dos descendientes más grandes, salió á mediados del siglo XI con su esposa Hildegarda, del castillo de Waschenbeuren para trarladarse al Staufen ú Hohenstaufen, montaña que se eleva altiva y solitaria entre los valles del Fils y del Rems, término ex-

tremo de la cordillera de Albug, enfrente del Hohenrechberg y del Hohenstuifen, mirando hácia el sudeste, la corona de montañas del Alpe Suabio y contemplando hácia el nordeste, las colinas del valle del Rems, en el cual se encuentra el convento de Lorch, donde los antiguos Hohenstaufen tenían sus sepulcros; pues señores de Staufen ó Hohenstaufen, llamábanse los de Buren después que Federico había construído un castillo en aquella montaña. Su hijo, llamado también Federico, fué el primer hombre histórico de la familia; el emperador Enrique IV, en recompensa de su fidelidad á toda prueba, le casó con su única hija Inès y le confirió el ducado de Suabia. A su muerte en 1105, su hijo mayor Federico heredó este ducado, mientras que el menor, Conrado, recibió el de Franconia de su imperial tio Enrique V. Habiendo entrado así en el círculo de la alta aristocracia del imperio, los Hohenstaufen en su calidad de consanguíneos de los salios, eran los que tenían más derechos á la corona de Alemania; pero los príncipes alemanes, empeñados siempre en frustrar la consolidación de la monarquía hereditaria, desatendieron los derechos de los Hohenstaufen, eligiendo rey al sajón Lotario de Suplingenburgo. El agente principal de esta elección fué el arzobispo Alberto de Maguncia, celoso ultramontano y hostil á los Hohenstaufen, por ser nietos del penitente de Canosa. Este astuto prelado supo poner en práctica, en esta elección, por primera vez, un sistema que después se desarrolló, ó mejor dicho, degeneró en el sistema de los príncipes electores, pues Alberto consiguió que cada una de las cuatro tribus principales, la francona, la suabia, la bávara y la sajona, designasen á diez electores encargados de elegir al rey, innovación importante, siendo otro paso hácia la oligarquía. Hasta entonces, por lo ménos en teoría, el derecho de elegir al rey había pertenecido á la nación, representada por la asamblea de los libres; pero desde entonces era ya un hecho consumado que el derecho electoral quedaba reservado á corto número de magnates, seglares y eclesiásticos, estrechándose el círculo, finalmente, al número de siete, á saber: los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, y los cuatro seglares del Palatinado, Sajonia, Bohemia y Brandenburgo.

Después de la muerte de Lotario, empezó á salir esplendoroso el astro hohenstáufico; en la dieta de Coblenza (1138), el duque Conrado fué elegido rey de los alemanes. Inmediatamente la rivalidad de la gran casa de Welf, que poseía los ducados de Baviera y Sajonia, se presentó como elemento importantísimo en los destinos de Alemania, trasplantándose los gritos de partido: *¡aquí Waibling! ¡aquí Welf!* á Italia, (gibelinos y güelfos). La disputa era al principio simplemente dinástica, es decir, una lucha de las dos familias más poderosas por su supremacía en Alemania: pero muy pronto ampliose el significado de los dos gritos: *aquí Waibling* quería decir, autoridad del Estado y unidad del imperio, mientras que *aquí Welf* significaba la autoridad de la Iglesia y particularismo. Fácilmente se comprende cuál de los dos gritos era más patriótico, pues el partido güelfo, por ser aliado del enemigo romano hacía continuamente traición á su patria, hallándose siempre dispuesto á encender la guerra civil contra el imperio á la menor indicación del papa.

Por desgracia de Alemania, el flaco principal de la política stáufica daba cada vez nuevo margen al gŭelfismo. Este flaco consistía en que los Hohenstaufen continuaron cultivando el necio sueño del sacro imperio romano, en vez de dedicarse al desarrollo de la nacionalidad alemana, y en que después de casarse el hijo de Barbaroja, Enrique, con la normanda Constanza para unir con su casa el reino de Nápoles y Sicilia, trasladaron á Italia el centro de su poderío. La tenaz lucha de la Iglesia contra el Estado, del papado contra la corona imperial, acertaba á sacar cada vez más recursos de esa división de los gibelinos entre Alemania é Italia. También supo aprovechar la curia con gran habilidad, el segundo error fundamental de la política stáufica, la tendencia á favorecer la nobleza, no comprendiendo el grandioso fenómeno nacional y civilizador, que presentaban las repúblicas municipales de la Italia superior y central. Con todo, la consideración histórica de las cosas humanas, debe tener en cuenta siempre que los caracteres históricos han de examinarse y juzgarse en conformidad á las condiciones vitales de su época, porque son poquísimos los espíritus escogidos que se adelantan á su tiempo, mientras que hasta los hombres más importantes entre sus coetáneos no se elevan sobre la atmósfera intelectual que los rodea. El emperador Federico I pudo entregar sin escrúpulo á la hoguera papal, á Arnaldo de Brescia, pues Arnaldo era profeta y Barbaroja sólo emperador. Federico II, por cierto, fué uno de los hombres más inteligentes de la Edad media, y, sin embargo, promulgó decretos sangrientos en favor de la Inquisición, porque no dudaba de la conveniencia y oportunidad de esa *santa institución*. Los Hohenstaufen habían heredado de las dinastías anteriores la malhadada manía de la trasferencia del imperio romano á los reyes alemanes, como herencia que podían rehusar solamente elevándose por encima de su época, y ésto no lo podían, como tampoco podían sustraerse á la férrea trabazón del estado feudal desarrollado ya completamente; y de ahí su tendencia á favorecer la nobleza que les hacía inaccesibles á la idea de preparar un fin definitivo á la eterna anarquía de los caballeretes por medio de las fuerzas de las pujantes ciudades, cuya lealtad que había resistido las pruebas más duras, hubiera podido enseñar á los Hohenstaufen, donde habían de buscar su apoyo más seguro. Pero se sabe que los hombres no han querido nunca ni quieren ahora que se les instruya; prefieren que se les engañe y cuanto más groseramente mejor.

En efecto, semejante engaño, el del pretendido sepulcro de Jesús en una de las peñas de Jerusalen, había puesto en movimiento las cruzadas, cuya importancia para la civilización ha sido señalada más arriba. También el primer rey de la casa de Hohenstaufen hubo de ceder á la corriente, si bien contra su voluntad, para peregrinar á la *Tierra santa*, al frente de un ejército (1147), por más que supiera, siendo tan práctico como era, que le quedaban cosas más importantes que hacer en su país. Dicen que Bernardo de Clervó, el poeta del magnífico canto de desdén por el mundo, titulado: *Vanitas mundi*, determinó con su fogosa elocuencia al reacio Conrado á que emprendiera la cruzada. Lo probable es que enfrente de la preponderancia de la locura *crucífera*, Conrado pensaba que sería más prudente no oponerse.

En medio del estruendo del vértigo de las cruzadas, casi natural, porque se fundaba en las creencias y los sentimientos de los hombres, sucedió en el imperio alemán una cosa que á la sazón ciertamente muy pocas personas han considerado de monta y cuya importancia, sin embargo, fué incalculable para



El emperador Barbaroja.

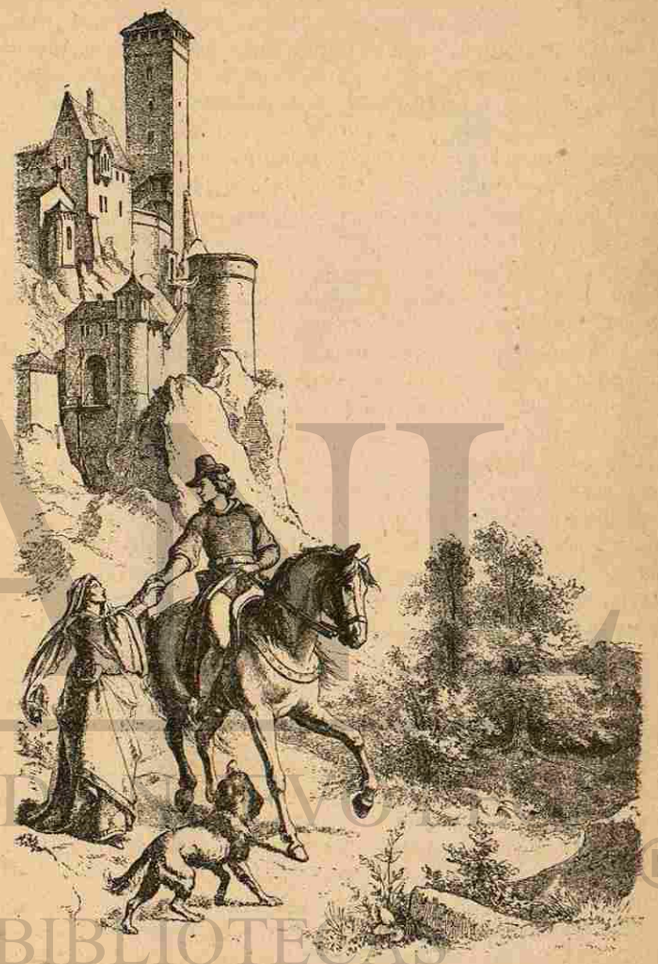
Alemania, á saber: la fundación de la marca de Brandenburgo. El rey Conrado, después de vencer á los gŭelfos separó del ducado de Sajonia la *marca del Norte*, otorgándola como *marquesado de Brandenburgo* á Alberto *el oso*, al que la leyenda atribuye la fundación de Berlin. Del pobre suelo arenoso del país atravesado por el Havel y el Spree, y arrancado con mucho trabajo á la barbarie eslava, había de brotar, así lo querían los destinos de Alemania, una sementera que debía madurar solamente en los siglos posteriores.

El sobrino y sucesor de Conrado, Federico I, Barbaroja, como le llamaron

los italianos á causa de su barba rubia, colocó otra vez en todo su esplendor el imperio alemán de la Edad media. Hasta qué punto esta figura de héroe y soberano ha impresionado indeleblemente la imaginación del pueblo alemán dejándole recuerdos de respeto y admiración, lo demuestra la leyenda conmovedora del traslado del grande emperador al monte Kiffhauser, y de su futura resucitación y reaparición para renovar las glorias del imperio. Barbaroja no pudo crear una obra duradera; ciertamente domeñó y castigó al güelfo traidor Enrique de Sajonia, llamado *el leon*, y entró triunfante en Milán arrasado, pero con esto no consiguió dominar la anarquía de la aristocracia alemana ni el republicanismo de las ciudades italianas, como tampoco á la curia papal, que enfrente del poderoso suabio sostenía con éxito la pretensión exorbitante que el imperio no era más que un beneficio que el papa podía conceder ó negar; beneficio que podía interpretarse lo mismo como *gracia* que como *feudo*.

Al lado de las muchas cosas grandes, brillantes y ruidosas, sucedió también bajo el reinado de Barbaroja un hecho pequeño, insignificante y silencioso, que no llamó la atención de nadie y que, sin embargo, había de resultar importantísimo para el porvenir de Alemania. En medio del territorio donde nacen el Nekar y el Danubio, elévase en la pendiente meridional del Alpe suabio, una colina escarpada distante hora escasa de la villa de Hechingen. Esta colina ostentaba en su cumbre ya en el siglo XI, el castillo de Zollern ú Hohenzollern, existente todavía y cuyos posesores pertenecían á las familias de magnates de Suabia, siendo Burkardo el primero que se halla mencionado en documentos del año de 1061. Un hijo menor de esta casa, Conrado de Zollern, ensilló una mañana de las del año 1160, en el patio del castillo de sus padres, su caballo, echándole encima las alforjas, probablemente no muy pesadas, y acompañado acaso de su madre llorando hasta el pié de la colina, partió en busca de fortuna, como solían hacer los hijos menores. El jóven aventurero debió de haber sido hombre de provecho, pues prosperó enseguida de llegar á la córte de Federico; casó con una rica heredera de la familia de Boburgo y fué nombrado conde ó burgrave de Nurenberga, en los años de 1170. La historia de ese fundador es ciertamente algo nebulosa, y la oscuridad que envuelve los principios de los Hohenzollern no se aclara hasta el burgrave Federico III, á quien las dos ramas de la casa, la mayor y la menor, veneran como su ascendiente común. La mayor permaneció en sus tierras de Suabia, adquiriendo en el curso de los siglos los principados de Sigmaringen y Hechigen, la menor, la francona, logró muy pronto abrirse una carrera brillante. Ya el biznieto de Conrado, Federico III, colocó á su familia en el círculo de los príncipes alemanes, convirtiendo en 1273 el empleo de conde en condado hereditario. Honores de más importancia no tardaron á caer en suerte á la casa de los Hohenzollern, que eran la gente apropiada en tiempos como los de los siglos XIV y XV, á no desperdiciar ocasión; y siendo caballeros económicos y expertos en los negocios, tenían siempre dinero, lo que ha sido en todos tiempos la mayor virtud de los hombres. La perspicacia, el tino y acierto y las blancas, de que los Hohenzollern disponían, elevaron bajo el reinado des-

ordenado del emperador Segismundo, al burgrave Federico VI al rango de marqués y elector de Brandenburgo y archicamarero del sacro imperio ro-

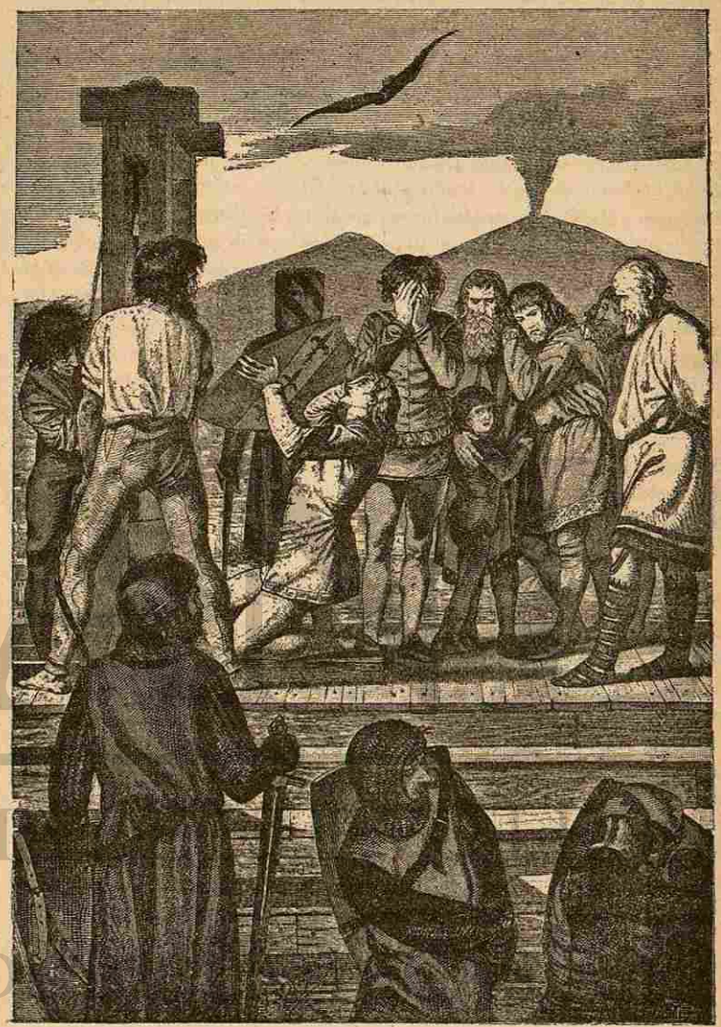


CONRADO DE ZOLLERN ABANDONA EL CASTILLO DE SUS PADRES.

mano (30 de abril de 1415). Doscientos ochenta y seis años más tarde, el 18 de enero de 1701, el elector Federico III se puso en Kœnigsberg la corona real de Prusia y otros ciento setenta años después, el 18 de enero de 1871, el rey

Guillermo I fué proclamado emperador de los alemanes en el palacio de Versalles. ¡Qué progreso desde la partida del jóven aventurero Conrado hasta el trono imperial!...

Jóven aun subió al trono el hijo de Barbaroja Enrique VI. Si la canción amorosa que se le atribuye: *con canto saludo á la dulce niña que no quiero ni puedo huir,* realmente es de él, debe de haber poseido, cuando jóven, una dulzura de corazón que con el tiempo desapareció sin dejar rastro, pues este Hohenstaufen tenía todas las cualidades de verdadero déspota como precisamente le requería entonces el estado del país. El era el hombre á propósito para establecer en lugar de la funesta monarquía electiva un imperio hereditario sobre bases duraderas y sin duda habría llevado á cabo esta su firme intención si una muerte repentina no le hubiese arrebatado en Mesina en el año 1197 cuando no tenía sinó 32 años de edad. Su excelente hermano y sucesor, el rey Felipe, gastó sus fuerzas más que ordinarias contra los clérigos y güelfos rebeldes y fué asesinado en Bamberga en 1208 por el príncipe asesino Oton de Wittelsbach. El sobrino del asesinado, Federico, hijo de Enrique VI, recibió la corona en Aquisgran en el año de 1215. En este hombre espléndido, quien educado en el Sur de Italia era más meridional que hombre del Norte, más romano que germano, manifestábase más marcadamente la ambigüedad italo-alemana de los Hohenstaufen contra la cual era impotente todo el genio del emperador Federico II y contra la cual acabó por estrellarse. Ni en Alemania ni en Italia pudo restaurar el poderío de su casa, no sabiendo dominar ni al papado ni al particularismo alemán; este estalló otra vez en plena anarquía aun con vida del emperador; aquel, representado por sacerdotes tan enérgicos como eran Inocencio III, Gregorio IX é Inocencio IV, sostuvo felizmente sus pretensiones jerárquicas á la supremacía universal, tolerando la tiara á la corona imperial solamente como subordinada, no como á igual en derechos. Vanos habían sido los esfuerzos de Federico contra este hecho, cuando el emperador cansado, del que ha dicho acertadamente el historiador de la ciudad de Roma Gregorovius que *con todos sus errores y virtudes ha sido el hombre más cabal y genial de su siglo y representante de la cultura del mismo,* añadiendo ingeniosamente que Federico II de Prusia, filósofo, poeta, amigo de las ciencias, libre pensador, político astuto y monarca en el verdadero sentido de la palabra *ofrece rasgos que le hacen como retrato de su gran tocayo.* Cuando el emperador, cansado, se acostó en el lecho de muerte el 13 de diciembre de 1250 en Ferentino, cerca de Luseria, debió decirse que la *lucha titánica de la Edad media,* la lucha entre las espadas eclesiástica y seglar, entre el papa y el emperador, entre la Iglesia y el Estado había quedado decidida á favor de la espada espiritual del papa y de la Iglesia. Esta decisión era al mismo tiempo la de la suerte de la familia de los Hohenstaufen. No habrá jamás en el mundo odio que iguale en ponzoña é implacabilidad al odio de los sacerdotes de la *Religión del amor.* Este odio no cejó hasta que la familia odiada que había luchado tan heróicamente contra el despotismo clerical hubo quedado exterminada hasta la raíz. El hijo legítimo de Federico II y su sucesor en el imperio alemán, Conrado IV, hubo de sucumbir á la



CONRADINO DE HOHENSTAUFEN.

anarquía, á la traición, muriendo en 1254, empezando con él aquella época terrible llamada el Interregno. El hijo favorito de Federico, el genial rey Manfredo, perdió en 1266 la batalla de Benevento y la vida contra el ladrón Carlos de Anjou llamado y proveído por el papa. El nieto de Federico II, hijo de Conrado IV, el rey Conrado; el jóven llamado Conradino por los italianos, poeta como su bisabuelo y su abuelo, cantaba en su país de Suabia la tierna canción amorosa: *Me deleitan las flores encarnadas que nos trae mayo,* se libró de los brazos de su madre y marchó con su amigo el brabenbergés Federico de Austria y escaso séquito por los Alpes al antiguo país de los encantos: *donde un suave vientecillo sopla del cielo azul, el mirto verdea y el laurel se eleva,* para disputar la heredad de sus abuelos á los ladrones de ella. Al principio victorioso, sucumbió en el valle del Tagliacozzo á la astuta táctica del usurpador, al que fué entregado por la vil traición de un Frangipani, cuya familia había sido colmada de beneficios por los Hohenstaufen y fué degollado en el cadalso el 29 de octubre de 1268 en Nápoles, exclamando en el momento de recibir el golpe mortal: *¡Oh madre, qué dolor te causo!* La hija de Federico II, Margarita, escapando á duras penas á las criminales maquinaciones de su disoluto esposo, el marqués Alberto de Meisen, murió en 1270 en el asilo que le habían concedido lealmente los ciudadanos de Francfort, y dos años después extinguiose en la cárcel de Bolonia la vida de su hermano, el rey Enrique, el último de los Hohenstaufen, terminando así la larga trajedia llena de peripecias de aquella casa que no ha encontrado aún poeta digno, si bien no lo necesita porque en su realidad histórica lleva la consagración trájica.

El día más brillante y feliz de la existencia de la dinastía stáufica fué sin duda el de pentecostés de 1184 celebrado en Maguncia por Federico Barbaroja, siendo el motivo de esa fiesta más grandiosa de la caballería alemana la *swertleite,* es decir, la entrega de las armas á los dos hijos mayores de Federico, que fueron armados caballeros por la propia mano de su padre. Ocupaba el trono el emperador del Occidente con toda su pompa y magnificencia, en medio de los príncipes eclesiásticos y seglares del imperio, rodeados estos á su vez de un séquito cuyo número total se elevaba, según dicen, á setenta mil caballeros. Barbaroja, todavía hombre robusto, de porte majestuoso, tomó parte en los juegos caballerescos en la liza, y la emperatriz Beatriz, segunda esposa de Federico, era bien digna de presidir la fiesta cual *reina de la belleza.* Según las noticias que nos han sido trasmitidas, esa fiesta de Maguncia debió de haber sido imponentísima, correspondiendo semejante presentación de la majestad de los emperadores alemanes al poderío del imperio de aquella época. Es verdad que no estaba léjos el momento cuando en la terrible confusión del interregno la monarquía alemana se hundió degenerando el imperio, primero en estado federal de flojo enlace y luego en confederación anárquica; pero en los primeros tiempos de esta decadencia el poderío exterior de Alemania quedaba todavía en pié, extendiéndose la creciente cultura de la nación, sobre todo hácia el Norte y el Este. Sleswig, Mekeenburgo, Pomerania y Brandenburgo germanizáronse cada vez más. La órden teutónica trocó sus infructuosos esfuerzos en la llamada *Tierra Santa* con una actividad más fructífera, colonizando Prusia y conquistando para la civilización alemana, á Libonia, Estonia y Curlandia. Así mismo germanizáronse las costas del Báltico fundándose en ellas gran número de ciudades. En Carintia, Estiria, Lusacia, Silesia, el germanismo quitó cada vez más terreno á los eslavos; Bohemia pertenecía al imperio alemán y Federico Barbaroja había obligado á los polacos á reconocer la soberanía alemana.

Pero como ostentaba el poderío del imperio aquella fiesta de Pentecostés del gran Hohenstaufen, presentó también la romántica caballería alemana en todo su esplendor, mostrando los múltiples resultados del asíduo trabajo de civilización que los alemanes habían llevado á cabo en el curso del siglo XII. La población de Alemania iba aumentando constantemente, y este aumento mismo hacía indispensable un cultivo más extenso y más intenso del país, por cuyo motivo había de considerarse como ventaja económica la célebre fecundidad de las mujeres alemanas. En las ciudades prosperaban los oficios, multiplicándose y juntándose frecuentemente con la actividad artística; el comercio enlazaba las riquezas adquiridas con la satisfacción de las necesidades de una civilización creciente. Las expediciones á Roma y las Cruzadas manifestaban irresistiblemente sus efectos, inspirando las ideas nacidas de ellas á la caballería alemana y determinando la forma de la poesía y del arte románticas.

La romántica es el resultado del contacto del Oriente con el Occidente nacida y desarrollada primeramente en los valles de la Provenza bajo la influencia del mahometismo español que se había adelantado mucho por su gran civilización á la Europa cristiana; la romántica, con respecto á la poesía, como arte de cantar de los trovadores y en el concepto social como caballerosidad buscando el amor de Dios y de las mujeres, ha colocado al lado de la realidad histórica de la Edad media un mundo maravilloso de cuentos y leyendas, prefiriendo á la claridad del día la *noche alumbrada por la mágica luz de la luna,* y pretendiendo que toda la existencia terrenal se condensara en anhelos por el cielo. Naturalmente, este idealismo absoluto en el cual el ascetismo cristiano se mostraba en todo su rigor primitivo no podía realizarse; pero al principio tenía bastante fuerza para empapar toda la cultura superior y hacer un elemento de la historia universal durante un largo período, la idea de una caballería cristiana como de una órden ideal. Más arriba se ha dicho ya lo que un *caballero* era y significaba en Alemania durante los siglos X y XI; desde el siglo XII este nombre implicaba la idea de una caballería cristiana que los cruzados alemanes se habían apropiado durante su convivencia en Palestina con los caballerros italianos, franceses y españoles. Junto con la cosa habíanse introducido también las formas, reglas y costumbres de la vida caballeresca y, como en todas partes, así también en Alemania la Iglesia se apresuró á apoderarse del nuevo fenómeno social para explotarlo. Siendo producto de las cruzadas, es decir, de la lucha entre el cristianismo y el islamismo, la caballería debía contener desde el principio un elemento religioso que la Iglesia procuraba fomentar asegurándose la cooperación en el acto de la recepción en la órden de caballería.

Se ve pues, que la caballería no nació en el suelo alemán sinó que fué trasplantada al mismo cual árbol exótico, y aunque haya echado raíces, brotado ramas y llevado flores y madurado frutos no dejaba de notarse la procedencia extranjera; á las flores y los frutos del árbol faltaban la lozanía y el sabor populares. Es verdad que la profundidad de sentimientos de los germanos fué llenar de sustancia generosa muchas formas vacías del caballerismo, así como ha sido dable al genio alemán presentar poéticamente con vida y alma el ideal romántico de la belleza; pero también es verdad que el caballerismo no ha penetrado nunca en el corazón del pueblo alemán. Era desde el principio y permaneció después artificial y exclusivo por más que en algunas partes, como veremos luego, se les antojó hasta á los campesinos jugar á caballeros y remedar las formas del culto caballeresco del amor, culto que en Alemania ciertamente presentaba muchas veces una ternura conmovedora, pero también bastantes veces, como en otras partes, degeneraba en evidente licencia. En el concepto ideal la caballería era una institución social y moral, pues comprendía las relaciones del caballero con la Iglesia, el Estado, los compañeros y la mujer; en el concepto real era una institución de la nobleza, pues desde el siglo XII el nacimiento, es decir, la procedencia inmediata de caballero, era la condición previa de la caballería, la cual, sin embargo, podía concederse y fué concedida excepcionalmente á personas que no habían nacido de nobles. La caballería, como tal, no implicaba derechos políticos que daba la nobleza alodial y feudal, sinó tan sólo ciertos derechos honoríficos, pero como bajo la palabra *honor de caballero* la gente se figuraba una cosa especial, como quien dice el honor sublimado ó la esencia del honor, los *señoritos*, tanto los urbanos como los rurales, los hijos de príncipes como los de los magnates de aldea procuraban con afán hacerse partícipes de este honor, por medio de la investidura caballeresca. El honor caballeresco se creó un código particular, es decir, una compilación de máximas y preceptos acerca del cómo había de tratarse caballerescamente con los caballeros y las damas. Este libro de las reglas de la *courtoisie* es de origen principalmente francés, y como Francia exportaba ya en la Edad media sus modas á los países vecinos, así proveía de sus reglas de costumbres y decencia caballeresca también á los alemanes, que se las arreglaban á su gusto llamándolas *cortesanía*, muy adecuadamente en efecto, puesto que en las cortes de los emperadores, reyes, duques, príncipes, condes y obispos, eran los sitios favoritos de la práctica caballeresca. Por lo demás la palabra *cortesano* no tenía aún en aquel tiempo la significación repugnante de hoy, siendo un hombre cortesano y una mujer cortesana precisamente lo que hoy entendemos por hombre y señora de instrucción y buen tono. La caballería desde el más pobre castellano hasta el potentísimo emperador junto con el clero alto formaban en la Edad media lo que hoy suele llamarse la *sociedad ó el mundo*. En los círculos de esa sociedad y especialmente en los más distinguidos, muévense las descripciones de costumbres que lucen tanta riqueza de colores en las historias heróicas, cortesanas y populares del período stáufico-suabio de la literatura alemana. Con respecto á la época del florecimiento de la Edad media alemana,

esas narraciones no tienen ménos importancia para la historia de las costumbres que la de los cantos homéricos con referencia á los tiempos heróicos de Grecia, y por esta razón habremos de referirnos á ellas bastantes veces en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

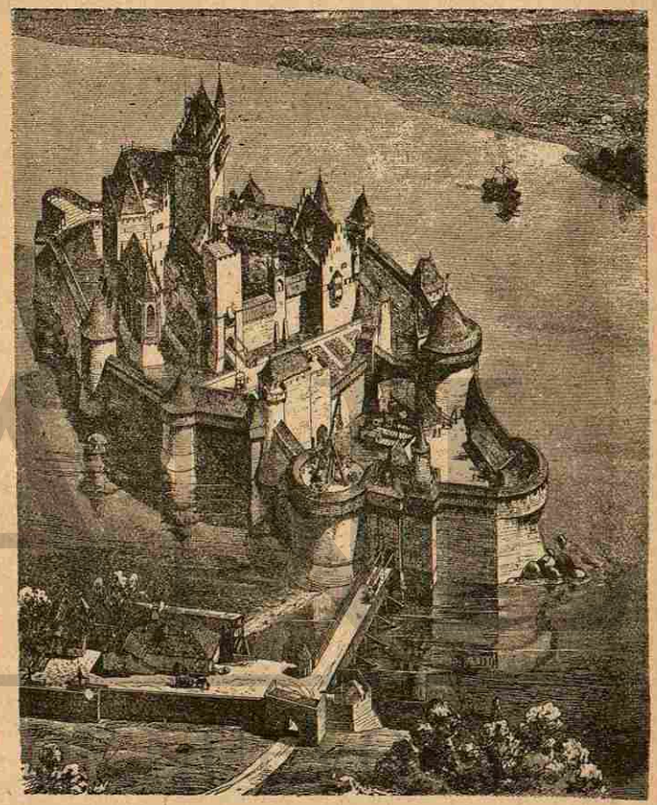
VI.

El castillo caballeresco.

Las *familias* (hidalgos urbanos) de las ciudades alemanas han empezado solamente en el siglo XIII, á dar un aspecto más vistoso á sus cortes ó *asientos*, sustituyendo la construcción de maderas y barro con la de piedra; mas la nobleza rural habia tenido que pensar mucho antes de la construcción de sólidos domicilios según lo permitia su fortuna ó exigía su rango. La diferencia principal en la edificación de los castillos dependía naturalmente de las condiciones del terreno; por esto en la Alemania central y meridional, rica de montañas y colinas, construíanse *castillos altos*, mientras que en los llanos y las dehesas de la Alemania septentrional predominaban los *castillos acuáticos*. En los primeros aprovechábanse para fines de fortificación las alturas escarpadas y las peñas, y en los segundos la proximidad de un río, lago ó pantano. A esta diferencia local de las moradas caballerescas, agregábase otra social no ménos importante, pues formaba el núcleo de todo castillo, una torre de vigía maciza llamada *paz de montaña* (Berfredus) porque ofrecia á los habitantes un último refugio en los peligros de asalto; pero mientras que en los castillos distinguidos del berfredo ó atalaya era solamente una parte del castillo, muchos castillos de simples caballeros constaban solamente de tal torre y una muralla de recinto. La vida en semejantes *castillos-establos*, sobre todo en las comarcas apartadas, fué bastante pobre y solitaria durante toda la Edad media, diferenciándose poco del modo de vivir de los colonos tributarios del castillo. En el curso ordinario de las cosas nada venía á suavizar la vida en esos espacios estrechos, lóbregos, pobremente amueblados, donde las mujeres arrastraban una existencia monótona y penosa, llevando la carga de los cuidados domésticos y de la educación de los hijos, mientras que á los señores castellanos no dejaban de ofrecerles cierta variedad y distracción la caza y la guerra privada, así como el trato con los vecinos y las visitas á los hospitalarios conventos.

Muy diferente presentábase la caballería en los *castillos-palacios* de los grandes barones, de los príncipes, obispos y abades. Naturalmente las condiciones locales determinaban también la disposición fundamental de tales castillos, como las condiciones de fortuna y poderío de sus posesores decidían de la mayor ó menor extensión de la obra, de la suntuosidad del material y de las gradaciones de la magnificencia del arreglo interior. A pesar de todo esto, llegó á formarse un estilo arquitectónico cuyas formas fundamentales se repetían en la construcción de todo castillo y según las cuales las disposiciones de un castillo de primera clase eran siempre las siguientes: el recinto

exterior consistia en una muralla de circuito, llamada las almenas, y en la que habia una puerta grande llamada puerta exterior y generalmente protegida por dos torreones, y cuya puerta conducia al patio ó *corral*, llamado



CASTILLO ACUÁTICO.

así por hallarse en él las cuadras, los depósitos de forrajes y los graneros. El corral estaba separado por un foso profundo del castillo propiamente dicho, al que daba acceso un puente levadizo, puente que era sustituído por una barca en los castillos acuáticos. Al otro extremo del puente habia una puerta de entrada que podía cerrarse bajando el rastrillo: la parte de la muralla sobre esta puerta llamábase la cabrestantia, porque allí se hallaban ocultos los cabrestantes que servian para subir y bajar el puente levadizo y el rastri-

llo. Esta cabrestantía prolongábase á derecha y á izquierda formando una azotea que corría al rededor del castillo y se llamaba el baluarte. Detrás de la puerta del puente se hacia una plaza, el verdadero patio del castillo, llamado tambien patio de honor y adornado con céspedes, bancales de flores, una fuente y un tilo, árbol favorito de los alemanes, calificándole de tal tanto la poesía cortesana como la popular; formaban los lados de este patio las



Patio de honor de un castillo palacio.

varias partes del castillo, cuales eran la capilla, la cocina, la bodega, la atalaya y el palacio ó casa de los señores, porque servia de habitacion al mismo tiempo que de pieza de gala, conteniendo una sala grande ó salón, como diríamos hoy, y varios aposentos. En las fiestas, las paredes de la sala se guarnecían con tapices tejidos, el suelo se cubria de alfombras y flores y sobre los bancos al rededor de las paredes se colocaban cojines y almohado-

nes. El mueblaje naturalmente se hacia más variado y elegante á medida que la civilización progresaba; por punto general, empero, los muebles de las casas ricas eran de madera dura hechos con más miras de duración que de elegancia aun en los últimos tiempos de la Edad media. Como piezas de lujo encontrábanse sillones de arce elegantemente esculpidos y torneados y muellemente tapizados; también las mesas, sillas, bancos y baules estaban lujosamente esculpidos. La cama (una de las mejores invenciones de le civilizacion humana) era todavía muy sencilla en el siglo XII, como se ve por los grabados del *Hortus deliciarum* de la famosa abadesa de Hohenburgo de Alsacia, Herrada de Lansberg (murió en 1195). El armazón que descansa sobre cuatro piés bastos no tiene más que cabecera; la cama misma consta de un colchón envuelto en una sábana blanca ó de color y de una pequeña almohada cuadrangular. Al acostarse se guardaba puesta la túnica, sirviendo de cubierta la capa. Volfran de Eschenbach en su *Parsival* ha descrito una cama de lujo del siglo XIII. Constaba esta cama de un colchón grande, revestido de terciopelo y cubierto de dos sábanas blanquísimas, y de otro más pequeño revestido de brocado de seda y arrimado al espaldar de aquélla. Sobre éste último habia la almohada revestida de lienzo y una capa orlada de armiño servía de manta. Exactamente en la misma medida que la cama se hacia más cómoda y más caliente, simplificábase el traje de dormir y del siglo XIII al XV los caballeros y las damas se acostaban en cueros.

Prescindiendo de la gran sala de convites y fiestas, las piezas de los departamentos de hombres de los castillos eran generalmente pequeñas, bajas, con las paredes blanqueadas ó con entrepaños de madera. El cuarto de mujeres hallábase ó en el palacio mismo ó en un edificio contiguo. Todo el espacio destinado á ellas llamábase la *kemenate* y estaba dividido en tres aposentos, la habitación de la familia, que era al mismo tiempo el dormitorio de la señora, el dormitorio de las criadas y finalmente el taller donde la señora con la servidumbre femenina se dedicaban á los varios trabajos inherentes á su deber de cuidar de los vestidos de todos los habitantes de la casa, pues todavía en los siglos XII y XIII las princesas mismas cumplian ese deber en toda regla, de lo cual tenemos un testimonio en la aventura sexta del canto de los nibelungos donde se dice: *Entonces el rey gunter mandó decir á su hermana que él y Sigfrido querian hacerle una visita. La doncella recibió á los caballeros con modestia y preguntó qué deseaban. Dijo gunter: Queremos viajar por tierra extranjera y necesitamos de vestidos decentes. Entonces la noble princesa cojió á los dos héroes de la mano y los llevó á un rico asiento tapizado y cuando estuvieron sentados á su lado dijo el rey: Querida hermana, tú nos has de ayudar; nosotros queremos ir en busca de aventuras al país de Brunilda y es preciso que nos presentemos con elegancia ante la señora; para esto proporciónanos á mi y á Sigfrido, á Dankwart y á Hagen tres trajes para que no tengamos que avergonzarnos en la corte de Brunilda. Contestó Krimilda: haré por vosotros lo que pueda. Despidiéronse los caballeros y la hermosa reina convocó en su kemenate á treinta de sus criadas, las más aptas para la obra. En blanquísima seda de Arabia*

y en verde trébol de Zazamank bordaron preciosa pedrería. Con propia mano cortó la augusta Krimhilda los trajes en cuya labor no perdonó oro ni armiño. En siete semanas las encantadoras doncellas acabaron la difícil tarea..... Los géneros para vestido se multiplicaron y refinaron extraordinariamente á partir del siglo XII, porque la importación de Italia y España, de Bizancio y Asia estimulaba también la industria del país á una emulación de inventiva y perfeccionamiento. Ambos sexos vestíanse de lienzo, lana y seda. El lienzo más preciado procedía de los telares bizantinos; había tejidos de seda y de lana de varios colores y calidades. El gran consumo de peletería



KRIMHILDA EN MEDIO DE SUS DONCELLAS.

era sufragado por los animales de caza de las selvas germánicas que albergaban además del zorro, lobo y oso, el cebellino y la marta, mientras que el castor construía sus aldeas en los torrentes silvestres.

Volviendo por un momento á la construcción de los castillos, añadiremos que sólo en la segunda mitad del siglo XIV y en el XV su arquitectura llegó á la perfección, encontrándose en los países alemanes gran número de castillos-palacios, de proyectos grandiosos, ejecución artística y dotación opulenta. Uno de los más importantes era el de Alberto de Meisea, construido entre los años 1471 y 1483. Pero la realización del ideal de un castillo y, sin duda, una de las creaciones arquitectónicas más grandiosas y más perfectas de la Edad media, era el castillo de la órden teutónica, Marienburgo, en la Prusia occidental, terminado en 1385, en el cual el gran maestre tenía su corte, mez-

cla singular de caballería y frailería; pero solamente á fines del siglo XV la habitabilidad y comodidad en el interior de los castillos empezaba á corresponder á la solidez y grandiosidad del exterior. Hasta entonces había sido imposible, aun para personas acomodadas, y era considerado como lujo exorbitante de la gente rica el tener cristales en las ventanas como también los aparatos de calefacción, bastos é insuficientes, se perfeccionaron convirtiéndose en estufas que podían ser ó dejar de ser visibles y eran capaces de calentar las habitaciones agradablemente. Pero sabido es que en nuestro clima irónicamente llamado *templado* una vida digna de un sér humano es imposible sin ventanas que cierren bien y sin buenas estufas.

Con todo, á pesar de las objeciones que, acostumbrados á las comodidades modernas, hagamos contra las viviendas del mundo romántico caballeresco, hemos de confesar que aquel mundo sabía arreglarse de modo que la carga de la vida no le pesara más que á nosotros, disfrutando al contrario más franca y alegremente de los goces de la vida. Lo que le contenía y le mantenía sano á despecho de todos los excesos era la indeleble afición á la familia que ha servido de guarda y de apoyo al pueblo alemán en las contingencias más azarosas de sus destinos. A una mujer alemana no podemos figurárnosla sinó como á buena madre, y en efecto, en la Edad media las madres alemanas, aun las de más alta posición, se deleitaban y se honraban en criar ellas mismas á sus hijos. El gran Wolfran con la gracia é ingenuidad que le caracteriza, nos ha descrito cómo la reina Angustia, recordando como María, *la suprema Reina ofrecía sus pechos á Jesús*, daba de mamar á su hijo recién nacido, Parsival: *La reina sin vacilar sacó la mancha roja-oscura, el pezón de su pechecito, y se lo introdujo en la boquita, queriendo ella misma serle nodriza, ya que le había llevado en su casto regazo; criole con el pecho ignorante de toda falsedad.* Por el contemporáneo de Wolfran, Godofredo de Estrasburgo, sabemos que se solía bautizar á los niños á las seis semanas después de su nacimiento, llevándolos las madres mismas á la iglesia: *La señora, restablecida del parto y según el precepto, debía ir á la iglesia con su hijo, habiendo pasado las seis semanas; lo tomó en brazos y lo llevó ella misma cariñosamente á la casa de Dios como era costumbre, y cuando cristianamente se había encaminado hácia el altar con sacrificios y plegarias y acompañada de espléndida servidumbre, se le preparó al infante el santo bautismo para que recibiera en nombre de Dios el signo del cristianismo. Cuando estuvo preparado lo que es uso y costumbre en el bautizo, presentose el cura y preguntó cuál había de ser el nombre del niño.* Si se trataba de una hembra escogíase generalmente un nombre nacional alemán, como Adelaida, Berta, Diemut, Edelinda, Guta, Gertrudis; Hacija, Hedvig, Ema, Heilvig, Hildegarda, Hildegunda, Cunigunda, Matilde, Megtilde, Rigiza, Relinda. Pero ya á partir del siglo VIII pusiéronse cada vez más de moda los nombres extraños tomados del santoral cristiano: en el siglo XII predominaban todavía los nombres nacionales, desde el XIII los extranjeros; las canciones amorosas de este siglo nos han trasmitido también algunos nombres muy característicos de mujeres, usuales en las aldeas, encomiásticos

los unos y vituperantes los otros; á la primera clase pertenecen Angel, Alegría, Cariño, Amor, Rosa, Delicias; á la segunda Cabra, Erizo, Pure, Hene, Mare, Mere.

La primera aducación de las niñas en la sociedad cortesana incumbía naturalmente á las madres, haciéndose después la ampliación ó en la casa paterna ó en los conventos ó bien en la corte de algún príncipe amigo. En los conventos bien gobernados una profesora presidía la enseñanza de las alumnas y en las cortes de los príncipes funcionaba para los mismos fines una *maestra*. Todavía en el siglo XII la educación de las niñas parece limitábase á la enseñanza de labores y habilidades de economía doméstica. Más tarde, cuando las tijeras y agujas de las madres de familia no bastaban ya para surtirla de los vestidos lujosos que reclamaba la moda siempre variable, encargándose los sastres y las modistas de profesión de la tarea de proveer los vestidos las mujeres y las niñas *del mundo*, tenían más tiempo para cultivar también su espíritu, instruyéndose entonces en las artes clericales, es decir, en la lectura y escritura, en las que superaban á los hombres de su categoría, entre los que dichas artes eran tan raras, que un poeta tan grande como Wolfran de Eschenbach y un versificador tan locuaz como Ulrico de Lichtenstein no sabían leer ni escribir. Este último, á quien hemos calificado y caracterizado de Don Quijote alemán en nuestra *Historia de civilización y costumbres alemanas*, nos describe en sus memorias versificadas *(El servicio de las mujeres)* su cómica situación cuando tuvo que dejar diez días sin leer un *librito*, es decir, una carta amorosa, en verso, que había recibido de su *amada* porque casualmente su lector y escribiente se había ausentado. Así como el mundo cortesano-caballeresco consideraba á la mujer como su centro y la veneraba al ménos en teoría como su sol, así mismo la mujer era el polo al rededor del cual giraba la poesía cortesana. Por este motivo ha sido natural y justo que las mujeres se distinguieran como protectoras y favorecedoras de la literatura y hemos de figurarnos que en las mesas de sus kemenates hallábanse reunidos los libritos elegantemente escritos y pintados de las canciones de los trovadores, así como los pesados volúmenes en pergamino en cuyas fojas estaban apuntados los cantos de los trabajos de los nibelungos, del *Iwein* de Hartman, del *Parsival* de Wolfran y del *Tristán* de Godofredo. Las señoras y señoritas bien educadas estaban versadas en el cantar y declamar, es decir, en el cantar con acompañamiento de guitarra ó arpa las poesías líricas y en el leer prosódicamente los cantos épicos. De las jóvenes cultas exigíase cierta destreza en las labores elegantes, habilidad en el leer y escribir, el cantar y el tocar, así como el conocimiento de una ú otra lengua extranjera. Las mujeres de más pretensiones no se contentaban con esto, sinó que adquirían cierta universalidad del saber hasta donde esto era posible en la Edad media. Las mujeres más sobresalientes en este concepto vivían en los conventos, como por ejemplo la ingeniosa abadesa Hildegarda, conocida más tarde, que desde su celda del monte Ruperto cerca de Bingen ejercía en su época una influencia tan poderosa como la que antiguamente ejercía Veleda sobre los suyos. Había un soplo de panteismo en esa

vate que correspondía con papas y reyes y que fué recibida por Federico Barbaroja en su palacio de Ingelhein cual sér superior y escuchada atentamente cuando le amonestaba á ejercer justicia y á cumplir su deber como soberano supremo de la cristiandad. Diez y seis años después de Hildegarda murió la abadesa de Hohenburgo Herrada de Lansberg, discípula y sucesora de la docta Kelindis. Herrada era una excelente superiora é incontestablemente la mujer de cultura más variada de su tiempo, como prueba su *Huerto de las delicias* escrito en latín, cuyo precioso manuscrito se quemó desgraciadamente en el bombardeo de Estrasburgo en 1870. El libro era una especie de enciclopedia para monjas á las que trataba de enseñar lo que entonces se consideraba digno de saber en astronomía, geografía, filosofía, teología, historia del universo y de la Iglesia, así como en las artes. Herrada no era solamente docta, sinó también poetiza, y entre los signos latinos que compuso para sus monjitas (virgencitas) de Hohenburgo, hay unos cuantos que no son malos. También fué pintora la buena abadesa, ilustrando ella misma su libro tan abundantemente, que era una fuente principal de la historia de las costumbres alemanas del siglo XII.

Las poesías cortesanas abundan en descripciones de la belleza femenina, llegando á veces al límite de lo posible en la pintura y el elogio de ciertos encantos, pues la sensualidad tenia en los románticos antiguos un papel tan grande, que se nota muy poco del cacareado espiritualismo cristiano; también con respecto al vestido de las mujeres instrúyennos exactamente los poetas de entonces, y así sabemos que el traje femenino constaba de cuatro prendas principales: la camisa, las enaguas, el vestido y la capa. En el siglo XIII el célebre Fray Bertoldo y otros predicadores dirigían filípicas vehementes contra el lujo y la indecencia de las modas femeninas. Las damas de moda entendían perfectamente las artes de los afeites, pinturas, tintes, rellenamientos y demás artificios de tocador como hoy y llevaban postizos los cabellos, los pechos y las caderas exactamente como en nuestros días. Vamos á rogar al maestro Godofredo de Estrasburgo, como el más experto de los expertos, que nos presente de gala á su rubia Isolde como á realización del ideal de dama cortesana en el aspecto y la actitud. El poeta cumple nuestro deseo en aquel pasaje de su gran poema, en que la reina Isot y su hija la *cachonda jóven Isolde* son presentadas á Tristán, caracterizando el poeta muy finamente la diferencia de la actitud de madre y de hija, el diferente comportamiento de la señora y señorita cortesanas. Con lijereza y seguridad camina Isolde al lado de su madre, de formas hermosas, esbelta y elástica *como si el amor la hubiese tornado para sí mismo por juguete y objeto de los deseos*. Su vestido y manto eran de terciopelo castaño, estando el vestido *estrechado y guarnecido de flecos* en ambos costados hasta las caderas y *apretado* al cuerpo mediante un cinturón que estaba exactamente *donde ha de estar*. El vestido *adoptábase pues á los miembros lisamente de arriba abajo en todas partes* ensanchándose alrededor de las piernas en abundantes pliegues. El manto estaba forrado *todo á través* de tiras de armiño y tenía la orla de cebellino salpicado de ceniciento; mediante un lazo de perlas estaba sujetado en el pecho el broche

en el cual la jóven tenía puesto el pulgar de la mano izquierda. Con el pulgar é índice de la mano derecha sujetaba el manto más abajo, de modo que formara ricos pliegues alrededor de los piés, ostentando su forro de seda y su orla de rica peletería. En la cabeza llevaba la princesa un aro estrecho de oro, tachonado de esmeraldas y rubíes y revelado solamente por el brillo de las piedras porque sin ellas el metal no habría podido distinguirse de la rica cabellera dorada. Alegre y desenfadada caminaba Isolde al lado de su madre con porte grave y paso ni corto ni largo; andando derecha y franca parecida al gavilán y lisa como un papagallo. Como un halcón en su rama giraba los ojos tranquila y fijamente y no había nadie presente á quien los dos espejos no hubiesen parecido dulces maravillas. El resplandor de su belleza difundíase por la sala cual delicioso rayo de sol. De diferente manera ofrecían su saludo á los presentes la madre y la hija mientras atravesaron juntas la sala; la reina saludaba con palabras, la princesa con inclinación muda; la madre hablaba, la hija callaba.

Aquí tenemos, pues, (añadiendo que la rubia Isolde sabía además de su propio idioma el francés y el latín, leer y escribir, cantar muchas melodías, tocar la guitarra y el arpa, componer poesías y contar cuentos y consejas) una jóven modelo en la cual la cortesana *morálitas*, es decir, el *arte que enseña las bellas costumbres* había dado buenos resultados. Esta morálitas es completada y profundizada en el conocido poema didáctico del siglo XIII, titulado: *el Vinsbecke y la Vinsbeckin*, en el cual la madre instruye á su hija de la siguiente manera: *Querida niña, magnánima has de ser y recatada has de vivir. Entonces tu fama será fina y la corona de doncella te sentará bien. A quien se debe honrar, le harás un saludo honesto y suave y procurarás que tus ojos no echen miradas altivas ni deshonestas. El pudor y la modestia son las dos virtudes mediante las cuales las mujeres alcanzamos grande estima.* La palabra significativa *moderación* (medida) se repite á cada paso en los grandes pensadores y poetas alemanes de la Edad media; Gualtero de la Fogelweide, dice: *La fuente primera de todo lo bueno es la aspiración á la medida conveniente* y él invoca á la *señora medida* que le dé su consejo. Godofredo de Estrasburgo por su parte encomia *la medida* como la perfección femenina: *De todas las cosas de ese mundo que la luz del sol alumbra no hay ninguna tan grata como la mujer que constantemente abandona su vida, su cuerpo y sus costumbres á la medida.*

La educación de los niños varones tendía desde el principio á la apropiación de habilidades caballerescas y de costumbres cortesanas, mientras que las *artes clericales*, es decir, toda cultura intelectual superior quedaba descuidada ó se dejaba á la iniciativa individual, á no ser que los hijos de las casas nobles, especialmente los menores, se destinasen desde su niñez á pertenecer al clero, en cuyo caso, muy frecuente por cierto, la instrucción eclesiástica empezaba muy pronto. En el séptimo año de su vida pasaba el niño del departamento de las mujeres al círculo de los hombres, y cuando el padre mismo no se encargaba de la educación de su hijo, éste recibía un ayo ó *maestro de disciplina* ó se le entregaba á un caballero amigo para que lo educara, ó

en fin, se le llevaba á la corte de un príncipe para educarlo en compañía de otros niños de la misma edad y posición. Lo principal para los *señoritos* era naturalmente los ejercicios corporales, la instrucción en las artes de la caza, del torneo y de la guerra; pero también se les instruía en la doctrina cristiana, en la urbanidad cortesana, en el canto y en el arte de tocar el arpa, guitarra y violín. También procurábase ofrecer á los jóvenes la ocasión de aprender idiomas extranjeros, porque el viajar por países extraños era considerado como medio de instrucción. Una buena parte de esta educación caballeresca era el procurar que á los jóvenes y á los niños las relaciones sexuales se presentaran con un carácter verdaderamente ideal y que consideraran *el culto de la mujer* como un deber imprescindible de todo cortesano y verdadero caballero. Ulrico de Lichtenstein, quien en 1222 fué armado caballero por el duque Leopoldo el glorioso y más tarde exageraba la romántica caballeresca hasta la locura, refiere: *Cuando era chiquillo oía muchísimas veces leer y decir, que nadie podía adquirir verdadera dignidad y honor sin estar dispuesto á servir incondicionalmente á las buenas mujeres* y el *Vinsbecke* presenta á un padre que da á su hijo el consejo siguiente: *Hijo, si quieres adornar tu cuerpo para que sea enemigo del desórden, honra y ama á las buenas mujeres; todos los pesares ahuyentan con su virtud, ellas son el tronco delicioso del que hemos nacido todos. No tiene vergüenza ni verdadero pudor el que no las elogia, por esto hay que contarle entre los tontos aunque tenga el talento de Salomón.*

A los catorce años considerábase terminada la instrucción del *señorito* en la *cortesanía*, la cual no era simplemente una doctrina del porte exterior, sinó que comprendía la enseñanza de los deberes formales. Entonces el jóven era capaz de llevar las armas y hacía un curso práctico en el servicio de un caballero en calidad de escudero. Su aprendizaje escuderil proporcionábale experiencia guerrera y enseñábale á conocer el mundo y los hombres, sobre todo cuando acompañando á su caballero á la *Tierra santa* ó la tierra de los *gentiles prusianos* ó á Italia en alguna expedición imperial á Roma, ofreciale ocasión de probar la bondad de su cabeza y de su mano y algunas veces iniciarse en los negocios del Estado y en los secretos de la corte. Después de pasar este tiempo de prueba ingresaba en las caballerías en la primera ocasión propicia, recibiendo el espaldarazo en forma sencilla antes de una batalla ó después de ganada la victoria y en forma solemne en las grandes fiestas cortesanas ó eclesiásticas. En este último caso el escudero había de prepararse debidamente mediante la *vela de las armas*, durante la noche, en una iglesia ó capilla, así como mediante la confesión y comunión. Hecho esto, un sacerdote entregaba la espada de caballero al neófito arrodillado delante del altar y revestido de un manto blanco. Después de esto había de prestar juramento de caballero ante una reunión de caballeros y damas, prometiendo protejer á la Iglesia, ser leal y obediente para con su superior feudal, no emprender ninguna lucha injusta, amparar á las viudas y huérfanos y respetar á las mujeres. Habiendo hecho estos votos le ponían la coraza, el espaldar, los brazales y las musleras, ligadas á los talones las doradas es-

puelas, ceñida la espada, y armado de esta manera recibia hincado de rodillas de mano de un caballero los espaldarazos, es decir, tres golpes dados en la espalda con espada de plano. Finalmente entregábase al novel caballero el yelmo, el escudo y la lanza y se le presentaba el corcel sobre el cual habia de subir completamente armado y sin tocar el estribo, mostrando luego sus habilidades de ginete. El sentido moral de la ceremonia se halla indicado en el pasaje de Godofredo en que describe perfectamente el acaballeramiento de Tristán, diciendo el viejo Marke á su sobrino: *Ahora que tu espada está bendecida y eres caballero, medita los deberes de caballero y ten presente siempre quien eres, tu nacimiento y tu nobleza. Sé humilde y sin embuste; sé verdadero, modesto y ordenado; sé siempre bueno con los pobres y fiero con los ricos, adorna y aprecia tu cuerpo, respeta y ampara á toda mujer, sé benigno y fiel al mundo, tu dulzura y fidelidad sean siempre nuevas.*

La obligación más apremiante del novel caballero, era elegir *señora ó dama* á una doncella ó mujer casada para dedicarle su culto amoroso conforme á todas las reglas de la cortesanía. Hay que hacer constar que ese culto de ninguna manera solía quedar en los límites de una adoración platónica, sinó que aspiraba á una *recompensa amorosa* muy positiva, lo que confirman numerosos ejemplos de la literatura alemana de la Edad media. Hasta en el *Parsival* del serio y casto Wolfran parece las más de las veces liviana la relación de los dos sexos; en cambio el mismo Wolfran ha erigido un monumento bellísimo al amor puro en su *Titurel*, del que no tenemos más que fragmentos. Magníficas son las estrofas en que describe el despertar del amor en los corazones del jóven Schionatulander y de la virginal Siguna, y los deseos que los enlazan mútuamente. Pocos pasajes de Homero, Shakespeare y Gœthe igualan en ternura, dulzura y naturalidad esa revelación de genuinísima poesía. En cambio, toda la frivolidad del culto caballeresco del amor se presenta con ostentación presumida en las memorias de Ulrico de Lichtenstein, el mencionado Don Quijote alemán, quien á pesar de ser hombre casado buscaba en servicio de otra mujer, *su señora*, las aventuras más locas, volviendo á su legítima esposa solamente cuando herido ó al ménos vapuleado de lo lindo, necesitaba de sus cuidados. El *Culto de la mujer* de Ulrico demuestra que la romántica caballeresca se convertia á veces en positiva locura; el libro demuestra también con cuán poca compasión las sensatas *señoras* tratan muchas veces á sus locos servidores amorosos. La broma peligrosa que la dama de Ulrico se permitió con el pobre adorador cuando este creía que por fin había llegado la hora de recibir la recompensa de amor, pertenece á las jugadas más chuscas de la Edad media.

Un amante en toda regla debía manifestar á las gentes hasta en la elección de los colores de su traje, el punto en que se hallaban sus relaciones con su *dama;* pues los diferentes colores simbolizaban los diversos actos del drama amoroso. Tenemos una poesía en alemán alto-medio sobre *los colores*, en la cual la amada se queja amargamente de que su caballero vestía de amarillo, pues el amarillo era como quien dice el certificado de haber recibido debidamente el oro de la recompensa amorosa. Por lo demás las modas cambiaban

poco en el traje de los hombres como en el de las mujeres, quedando constantes hasta la importación del llamado traje español de los siglos XV y XVI, solamente las tres prendas principales del traje masculino, el pantalón, la túnica y la capa. Los vestidos *festonados* y *hendidos* eran rarezas que formaban la transición á las rarezas aun más grandes de los calzones anchos y mangas anchas. A fines del siglo XII encontramos la moda caballeresca de llevar bordado, en una ó más partes del vestido, el animal emblemático de la familia. A partir del siglo XIII introdújose un gran lujo de bonetes, sombreros y calzado como naturalmente también de armas ricamente adornadas. Locuras de moda eran los *zapatos de pico*, introducidos en el siglo XI y continuados hasta el XV, y el traje de cascabeles que en aquel siglo XV en figura de



LA AVENTURA GRANDE DE ULRICO DE LICHTENSTEIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El vencedor en el torneo.

cinturones, brazaletes y rodilleras guarnecidos de cascabeles y cencerros, iba metiendo ruído por el mundo caballeresco. El uso cortesano exigía que la dama, la amada, diera á su caballero amante una prenda de amor, un cinturón, un velo, una manga, un guante ó cualquier otro objeto para que lo llevara atado á su yelmo ó escudo cuando iba á campaña ó á torneo. También constan casos que los amantes cangearon sus camisas en prenda de amor. Grande era luego el contento y orgullo de la amada cuando el amante regresaba del combate con la prenda destrozada á sablazos ó lanzadas; mas la satisfacción suprema de la vanidad femenina era sin duda el quedar una dama elegida *reina de la belleza* en una fiesta de torneo para entregar los premios á los vencedores, en cuyo número había naturalmente también su propio amante.

Torneo era el nombre de los juegos gimnásticos de la Edad media, centro y acto principal de todas las fiestas caballerescas. En Alemania el desarrollo regular de los torneos data del siglo XII, persistiendo hasta el XIV y aun el XVII, si bien el elemento serio de la cosa había ido perdiéndose desde el siglo XV. Los combates de torneo se verificaban ó á caballo con la lanza y la espada, ó á pié con el hacha, la maza, el lanzón ó la espada. Cuando la lucha era de muchos contra muchos, el juego se llamaba *buhurdo;* pero lo más común era el duelo ó combate singular, considerándose como forma más noble y caballeresca la *justa*, ó sea carrera á caballo con lanza en ristre; es decir, ó se *buhurdaba* ó se *justaba*, unas veces con las lanzas embotadas, otras veces sin embotarlas, y entonces el campo de batalla dentro de las lizas quedaba á veces cubierto de heridos y habiendo entre ellos algún muerto. El *galardón de torneo*, que al principio consistía en premios sencillos como cadenas de oro, bordados elegantes, armas, un hermoso corcel, etc., fué más tarde objeto de invenciones lujosas y de ocurrencias raras; así por ejemplo, en el torneo dado por la nobleza de Magdeburgo en Pentecostés de 1229, el premio fué una bella jóven.

No solamente los que concurrían á un torneo, sinó en general los caballeros y las damas que viajaban, habían de recurrir á la hospitalidad en el sentido más lato de la palabra. Los viajes se hacían siempre á caballo, y sólo con caballos propios, por caminos detestables, debiendo por esta razón ser cortas las jornadas, y como en las ciudades no había más que posadas medianas, era preciso llegar á todo trance, antes de la noche, á un castillo que diera seguro y gracioso albergue. En efecto, los forasteros podían estar seguros de ser recibidos según todos los preceptos de la cortesía. La castellana, rodeada de sus hijos, daba de palabra y con la mano la bienvenida al huésped, quitábale las armas, presentábale un cómodo traje de casa, escanciábale una copa de vino y mandaba que se le preparara un baño. Luego había de ocupar el puesto de honor en la cena, sirviéndole las viandas la castellana ó su hija, y después, cuando se retiraba á descansar, una de las damas del castillo le indicaba el dormitorio. En los grandes convites, frecuentes con ocasión de las numerosas fiestas de la Iglesia, las bodas, los bautizos, las asambleas, solía echarse el resto, ostentando los ricos magnates su precioso ajuar, exhibiendo

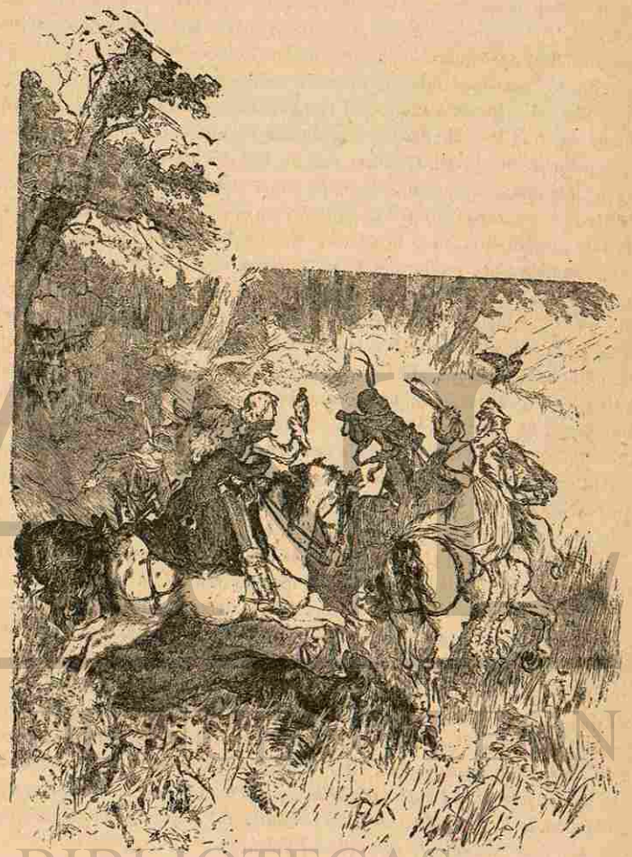
en pomposos aparadores la vajilla de mesa, fuentes, platos, copas, y mostrando la copia de muebles, tapices y alfombras. Asimismo lucíanse en tales ocasiones la cocina y la bodega, mientras que ordinariamente la mesa de las



Recepción de un forastero.

personas distinguidas era muy sencilla, componiéndose únicamente de carne ahumada y salada, col y legumbres, cerveza é hidromiel. Ciertamente, para nuestro gusto, el arte culinario caballeresco era demasiado pródigo con toda clase de condimentos, aun con respecto á los vinos, que no solían beberse

puros (siendo preferidos los italianos y los griegos), por más que impropiamente se bautizara con el nombre de *bebida pura* el vino compuesto con va-



Caza de garzas.

rias especies y cocido. En los castillos y sus dependencias albergábanse en los días de gran jolgorio centenares y aun millares de huéspedes de ambos sexos. Empezaba la jornada festiva con una misa cantada para que no careciera de solemnidad religiosa. En regresando de la iglesia, la compañía sen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tábase á la mesa de almorzar, constando el almuerzo de manjares y bebidas muy sustanciales. Llenaba la mañana un torneo ó una caza en la que las señoras, siendo amazonas atrevidas, tomaban parte, y con razón solemos figurarnos á las nobles doncellas montadas á caballo para ir á la caza de garzas con el halcón sobre el puño derecho. La comida principal se hacía al anochecer, convocándose á ella á los convidados por medio de cornetas y cornetines. Era costumbre exparcir flores en la mesa y suspender guirnaldas sobre ella; las personas mismas llevaban muchas veces coronas de flores y ramos. En los mejores tiempos del romanticismo caballeresco la costumbre alemana era que los caballeros y las damas comiesen en salas distintas. En los desposorios del jóven Giselher con la hija del marqués Rúdeger, de los que tenemos una descripción amenísima en el poema de los *Nibelungos*, los dos sexos se separaron *segun la costumbre* en el momento de servirse la mesa en la sala grande, quedando la señora Marquesa sola con los caballeros durante la comida para cuidar del buen servicio de la mesa, mientras que la princesa presidía la de las damas en otra sala. Más tarde, empero, introdújose también en Alemania la moda francesa de formar los caballeros y las damas parejas en la mesa. La conversación durante la comida era franca y alegre, siendo muchas veces los chistes que se narraban y las bromas que se soltaban, tan libres, verdes y aun positivamente obscenos, que las mujeres de hoy se horrorizarían de oirlos. Pues á pesar de todas las sublimidades del *culto del amor*, la gente de la Edad media era una raza ruda y tosca, no arredrándose ante nada natural y llamando las cosas sin remilgo, por su verdadero nombre. Nos ha quedado como herencia de los siglos XII á XIV una rica colección de poesías cortesanas picarescas, algunas de verdadero valor poético, que nos demuestran claramente que la conversación favorita de los caballeros versaba con frecuencia sobre una materia vedada en la buena sociedad actual: las pullas y los cuentos salados. Por lo demás, no debe olvidarse, con respecto á las relaciones y el trato mútuo de los dos sexos, que las damas ó *señoras* caballerescas eran en realidad, durante toda la Edad media, las atentas y obedientes servidoras de sus padres y maridos, usando estos últimos á veces de una manera muy brutal de sus derechos de amo. En efecto, refiérese del modelo de todo heroísmo, Sigfrido, que no tuvo reparo en castigar con una paliza á su *augusta* esposa Krimhilda, porque había cometido una chismografía muy mala. *El mal que hé hecho á Brunhilda*, dice la princesa al feroz Hagen, *lo he sentido mucho y además mi señor me ha apaleado el cuerpo bastante rudamente por mi bachillería*.

Durante la comida entraban los músicos y juglares para mostrar sus habilidades. Para saber lo que se entendía por juglares ó *gente de juego* basta referirnos al célebre código *espejo de sajones* en el cual se enumeran como tales á los *piferos, trompeteros, violinistas, cantantes, saltimbanquis, lectores, trasquiladores, romeros, prestigiadores, y toda gente vagamunda y heraldos y pregoneros*. Al anochecer las damas iban á la capilla ú oratorio del castillo para escuchar el canto de las vísperas. Después la compañía volvía á reunirse en la sala grande para divertirse con varias clases de juegos, prefiriendo los

caballeros de edad madura, los dados y el ajedrez y dedicándose al mismo tiempo á apurar las botas de vino de su huésped. Las damas ancianas, reunidas en los nichos que había en las paredes, cuyo espesor era de brazas, se ocupaban en chismes más ó ménos románticos, mientras que la gente jóven se divertía con juegos de sociedad, cuyo número era ya muy grande, ó con música y canto, tocando la guitarra por turno, ó bien entregábase á la diversión más grata para la juventud, el baile. Estaban admitidas en cortesanías, dos clases de bailes, la *danza* de movimiento andante y deslizante y el *raigen* de movimiento saltante. En la danza, el caballero cogía de la mano á una ó dos señoras, dando con ellas por la sala con paso deslizante al compás de instrumentos de cuerda y de los cantos de danza entonados por la primera pareja. Esta manera de bailar comedida y decente alcanzaba su forma más solemne en las *danzas de antorchas* como se estilaban en las bodas de príncipes. Los *raigen* se bailaban, ó mejor dicho se brincaban y saltaban al aire libre, y como en ellos las parejas procuraban distinguirse por la altura y longitud de sus brincos, saltaban los bailarines *como grullas, osos y cabras*. Estos bailes eran todo ménos graciosos y habían de degenerar forzosamente en indecentes y licenciosos, como se nos presentan efectivamente en la época de la reforma. Antes de separarse la compañía, harta de diversión, para retirarse á los dormitorios, ofrecíase aun el *trago de dormir*, es decir, vino y fruta fresca ó confituras.

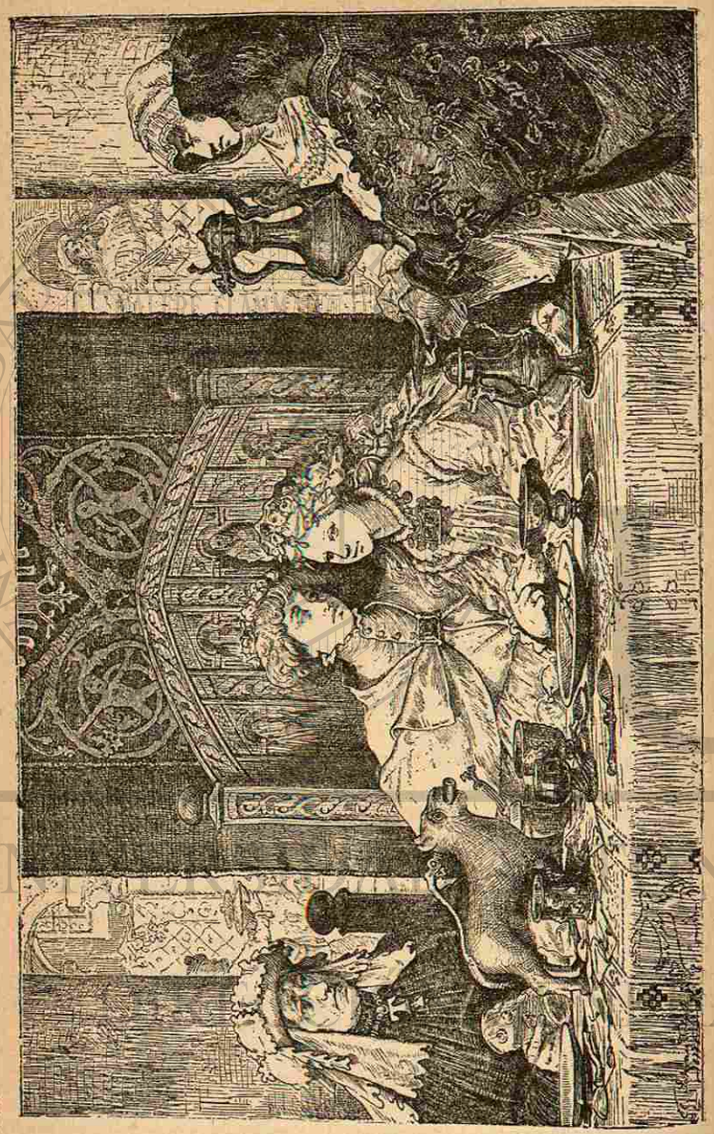
Naturalmente una de las manifestaciones más brillantes de la vida romántica caballeresca eran las bodas de los príncipes, siendo de notar por una parte que la nubilidad de las niñas empezaba ya á los catorce y quince años, constando hasta casamientos de princesas de doce años, y por otra parte que la ceremonia eclesiástica se consideraba como accesoria y sin gran importancia. Una descripción detallada de una buena cortesana del siglo XIII nos ha sido trasmitida por Enrique de Freiberg, continuador del *Tristán* de Godofredo, en el pasaje en que refiere como Tristán se casa con la jóven duquesa de Arundel, Isolde Manoblanca. En el palacio del castillo ducal hállase preparada la mesa del banquete y después de presentarse el agua de manos primero á la novia y luego á los convidados por órden de su rango, empieza el festín, comiéndose en vagilla esquisita y bebiéndose el vino en copas de oro. En terminando el banquete, el comedor se transforma en sala de baile, arrimándose las mesas á la pared y empezando los músicos á tocar los violines. Tristán toma á Isolde por la mano para llevarla á bailar y los demás caballeros y damas siguen el ejemplo de los novios. Andan y se deslizan suave y dulcemente porque las largas colas de las damas vedan los movimientos rápidos. Mientras están así *bailando alegremente y coleando de gozo*, entra en la sala un *obispo* vestido de pontifical, interrúmpese el baile, los convidados forman círculo en cuyo centro se coloca la novia conducida de una mano por su padre y de la otra por su hermano; el novio se pone á su lado, la pareja pronuncia los votos de fidelidad, cambian los anillos y el obispo *dá Isolde la doncella á él en legítimo matrimonio y á su vez á ella es entregado él;* luego se encienden las bujías y las copas empiezan á circular, pero pronto se le dice al novio que



El certámen de canto en el castillo de Wartburgo.

es hora de trasladarse á la cámara nupcial y después de acostarse la madre le trae la novia acompañada de multitud de damas. La duquesa coloca á su hija en brazos del novio, echa una bendición en que las demás mujeres toman parte y el matrimonio se considera consumado tan pronto como la misma cubierta oculta á la pareja.

La diversión más noble para la vida cortesana en los castillos ofrecía sin duda la participación y el interés que el desarrollo extraordinario de la literatura poética alemana en el reinado de los Federicos de Hohenstaufen encontraba en los círculos caballerescos y en general por doquiera había simpatías por lo noble y generoso. Bajo el trono de los Hohenstaufen la planta extranjera del romanticismo brotó lozana y creció para formar un árbol cubierto de magníficas flores. El dialecto patrio de los emperadores suabios, el alto alemán medio, sonoro y rico de vocales, fué el lenguaje literario de Alemania durante tres siglos. Los domicilios favoritos de la poesía cortesana eran las cortes de los landgraves de Turingia, de los marqueses de Brandenburgo y de los duques babenbergeses de Austria; siendo esta última la más preferida de todas. El amor, en su doble revelación hácia Dios y hácia la mujer, era el alma de la poesía romántica de la edad media Alemana; pudiéndose señalar como límites del florecimiento de esta poesía los años de 1150 y 1350. Sus productos manifestábanse en las formas líricas, didácticas y épicas, tomando en este último concepto sus asuntos del extranjero, tratando los ciclos legendarios franco-británicos del rey Artús, el santo Gral, el rey Marke y otros parecidos, tomándolos empero también á veces en la patria, refundiendo los antiguos cuentos heróicos nacionales. También aprovechaba poéticamente el conocimiento de la mitología antigua recibido de Bizancio y Roma. Mas todas estas materias de naturaleza tan diferente hubieron de admitir la fama caballeresca y la inspiración romántica. Los héroes y heroínas griegas y romanas, los reyes y guerreros germánico-paganos, los príncipes y princesas keltas, Diterico de Berna, Atila y Carlomagno, Eneas y Lavinia, Sigfrido y Crimhilda, todos se presentan como caballeros y damas cortesanas de la época de los Staufen. Y el amor es el eje al rededor del cual todo gira; de modo que á todo en literatura puede aplicársele la exclamación de Wolfram de Eschenbach: *El poder del amor domina de cerca como de lejos; el amor se alberga en la tierra y gusta de acompañar al cielo; en todas partes hay amor, ménos en el infierno.* El número de los poetas líricos, didácticos y épicos era muy grande, pero muy escasas son desgraciadamente las noticias que tenemos acerca de la personalidad de los poetas; hasta los datos que hemos recojido acerca de los más importantes de ellos, son más bien suposiciones y barruntos que hechos incontestables. Evidentemente los caballeros de la Edad media no creían que valía la pena enterarse de las circunstancias de la vida de los poetas que, al fin y al cabo, no eran más que *músicos*. Un vicio capital del pueblo alemán ha sido siempre hasta hoy el de tratar á sus pensadores, poetas y artistas, mientras vivían y necesitaban de socorros, con frialdad y parsimonia, hasta con avaricia y mezquindad. Por otra parte era perjudicial para los poetas el estar de moda la poesía en la época de los Hohenstaufen, siendo



COMIDA DE BODAS CORTESANAS.

uno de los requisitos de la educación cortesana el componer una canción sobre una melodía dada para recitarla con acompañamiento de guitarra, arpa ó violín, ó aun el discurrir junto con la nueva canción una nueva melodía; y por esto encontramos entre los dos cientos *minnesinger* á burgueses, hidalgos, prelados, príncipes y reyes. Pero precisamente esta fiebre poética había de redundar en menoscabo del arte lírico, y de ahí el carácter nómada de los *trovadores*. Realmente nos causa impresión muy desagradable el ver como un hombre de talento cual era el afectuoso Gualtero, no puede contener su alegría porque el emperador Federico II le ha concedido al cabo el pequeño feudo que le había pedido. El hecho es que la nación alemana no se ha preocupado nunca con aliviar un tanto la lucha por la existencia á los representantes de su genio. En el siglo XIII el emperador Federico tenía siempre abierta la mano pródiga para toda clase de escándalos, mientras que Gualtero hubo de rogar mucho tiempo antes no le fué otorgada una pequeña propiedad feudal. En el siglo XVIII un príncipe alemán daba un salario anual de 120,000 pesetas á una *pasatiempo* escriturada de París, mientras que á Lessing le fué concedida una pension de 1,200...

En cuanto á la forma, las trovas eran ó *leichen* (del francés *lais*) es decir una continuación de pares de versos rimados ó *reihen*, es decir danzas, en estrofas como las que encontramos en el poeta didáctico el *Winsbecke*, ó *Lieder* (canciones) compuestas de varias coplas de rima artificiosamente enredadas. Los asuntos de esta poesía lírica cuyas manifestaciones más antiguas llevan todavía vestigios de su procedencia popular, son nacionales y se caracterizan como tales sobre todo por la profundidad de la contemplación de la naturaleza y por la ternura de los sentimientos de amor; pero la falta de ideas de esta poesía amorosa la hacen muy cansada y es fastidiosa la eterna repetición de las mismas figuras y de los mismos tropos. Así es que nos causa impresión grata cuando el realista Nitardo de Reuenthal nos saca de la atmósfera artificial de este mundo caballeresco amoroso llevándonos en medio de sus campesinos bávaros y austriacos para describir las picardías y bromas de los aldeanos, produciendo un efecto sumamente cómico el uso de las formas afectadas de los trovadores. En uno sólo de estos poetas líricos, el gran maestre de los trovadores alemanes, estas formas se presentan como expresión natural de una noble personalidad, la de Gualtero de Fogelweide, cuya patria se cree haber descubierto en el Tirol. Vivió y murió en el reinado de los dos grandes Federicos de Hohenstaufen. Como una montaña alpestre se eleva sobre las colinas que la rodean, así Gualtero sobrepuja en genio y carácter á todos los demás trovadores, combinándose en él en alto grado el poeta y el pensador, la riqueza de imaginación y la profundidad de sentimientos con la clara inteligencia de las necesidades y dolores de su tiempo. Era patriota en el buen sentido de la palabra, partidario acérrimo del emperador y de la nación; criticaba los antojos anárquicos de los príncipes, castigaba la corrupción de los curas y estigmatizaba al papa como á un *nuevo Judas*. Podemos figurárnosle en la posición que el mismo pinta en una de sus poesías: Sentado en una roca al lado de un torrente, puesta una pierna sobre la otra, apoyada la

barba en la mano y el codo en la rodilla, está meditando apesadumbrado sobre el desmembramiento de Alemania después de la muerte de Enrique VI, y



GUALTERO VON DER FOGELVEIDE.

buscando remedios para cambiar la situación calamitosa. Para todo cuanto conmueve el corazón del hombre encontró en su corazón un tono. Cantó él la más tierna de todas las canciones amorosas *(Bajo el tilo)*, pero compuso tam-



EL JUGLAR BAJO EL TILO DE LA ALDEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bién la más soberbia canción patriótica alemana que ha resonado en la Edad media *(debeis darle la bienvenida);* y si ha ensalzado á las mujeres alemanas como ningun otro, también ha enseñado á los hombres alemanes lo que les convenía. Se ha conquistado un puesto para siempre entre los mejores de su patria. No solamente cómo poeta lírico, sinó también como didáctico tiene gran mérito, y por esto han querido atribuirle el poema didáctico *Bescheidenheit* (informatividad) que corre bajo el nombre de *Freidank* y junto con las sentencias del *Winsbecke*, el *Renner* (correo) de Hugo de Trimberg, el *Welschen Gast* (el huèsped italiano) de Tomasin Tirkler y el libro de fábulas *Der Edelstein* (la joya) del fraile predicador de Berna Ulrico Boner (muerto en 1350), pertenece á lo más excelente de la poesía didáctica de la Edad media.

En las canciones de los trovadores más antiguos, el de Küremberg y Ditmar de Aist se nota, como queda indicado, todavía el tono popular, mientras que en los posteriores y últimos Conrado de Virzburg, Ranmar, Frauenlob, Regenbogen y otros, la espontaneidad lírica desaparece detrás de la reflexión. Del seno de estos poetas pensadores surgió á fines del siglo XIII el poema de emulación, que se complace en artificiosidad afectada, juegos de palabras y oscuridad enigmática, titulado la *guerra de los poetas en Vartburgo* y puesto en boca de Gualtero de Fogelweide, Volfran de Eschenbach, del místico Enrique de Ofterdingen y del fabuloso Klingsor, dando margen para la leyenda que los mencionados hayan celebrado en el punto indicado un concurso poético de vida y muerte. Como último de los verdaderos trovadores puede considerarse al tirolés Osvaldo de Volkenstein muerto en 1445, el que representa al mismo tiempo el verdadero tipo de caballero andante como no ha habido otro en Alemania, pues cuando niño de sólo diez años tomó parte en un *grato viaje* á la tierra de los prusianos y durante quince años anduvo vagando en Polonia y Rusia, en los paises del Báltico y del mar del Norte, en Inglaterra y en el Oriente hasta Persia. Vuelto á su país, el vagamundo no tardó en encontrar estrechas las montañas del Tirol y partió de nuevo para ir de romero al *Santo Sepulcro,* viajando luego por Italia. Su vida fué muy ajitada, experimentando los contrastes más opuestos entre el favor y el odio de los hombres, entre la gloria y la ignominia, entre la dicha y la desgracia. Fué el alemán más lingüista de la Edad media, pues entendía diez idiomas; sus poesías nos hacen el efecto de un veranillo de San Martin de la lírica trovadoresca.

La poesía épica cortesana comenzó en la segunda mitad del siglo XII, cultivada al principio por clérigos, componiendo el cura Conrado un *canto de Roldán* y el cura Lamberto un *canto de Alejandro*. Después Enrique de Veldeke en su jigantesca *Eneida* estableció el estilo de la poesía heróica romántico caballeresca al que Hartman de Aue dió la mayor elegancia en su *Erek* y su *Ivein*. Pero á su perfeccionamiento llegó la poesía épica caballeresca alemana por los dos contemporáneos y rivales, el caballero francón Volfrán de Eschenbach y el maestro Alsaciano Godofredo de Estrasburgo, siendo el primero el más grande idealista y éste el más grande realista de los poetas alemanes de la Edad media; ambos hombres de genio, y cada uno en su clase artistas perfectos. En su *Parsifal* Volfrán trasformó la leyenda francesa de Gral

y Artus en una poesía alemana que sería única por su grandiosidad y profundidad si Dante no hubiese compuesto su *Divina comedia* cien años más tarde. El vate alemán quería corporificar poéticamente la idea del caballerismo en su más elevado concepto y por esto su Parsifal es una especie de Faust que aguijoneado por la duda anda vagando por el mundo legendario de la fé. Por primera vez en suelo alemán ha sido planteado por la *boca confundida* de Volfrán, quien, por lo demás, no ignora la sonrisa picaresca, la cuestión del objeto final de la existencia, el significado é intención de la vida humana y la lucha heróica del pensamiento alemán con este problema en el Parsifal, tiene una grandeza verdaderamente trágica.

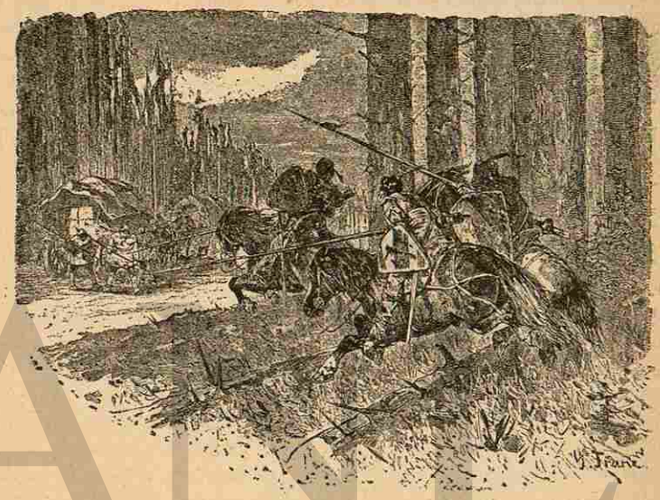
Godofredo por su parte ha creado una obra artística de sumo valor en su poema, no terminado por desgracia, en que trata la calurosa leyenda amorosa céltica de Tristán é Isolde, así como su lenguaje en su májica frescura flexibilidad y claridad forma un contraste con el estilo oscuro algo pesado de Volfrán, así mismo Godofredo se opone al gran profundizador en oposición consciente y pronunciada como poeta siempre alegre mirando constantemente la vida por su lado más ameno. *Conocedor del corazón,* el más experimentado de su tiempo, sabe descubrirnos los laberintos más secretos de las pasiones humanas, y acierta ingeniosamente á situarnos en medio del mundo cortesano. La delicadeza de sus descripciones de carácter, tendidas á veces con ligera ironía, no tiene igual en la Edad media, y su franca burla acerca de las ordalias nos revela una despreocupación verdaderamente admirable por parte de un poeta que escribió á principios del siglo XIII. Pero el que quiera saber con cuánta gracia casta, Godofredo sabe pintar el supremo deleite del amor feliz, que siga al caballero Tristán y á la rubia Isolde en su refugio del desierto; cosa más graciosa que ese cuadro brillante del rocío matutinal de la soledad silvestre no ha sido inventada por la *señora aventura* ni ha sido descrita por ningun poeta antiguo, romántico ó moderno.

El punto de vista cortesano de la poesía heróica alemana de la Edad media asociábase espléndidamente con el aspecto nacional, siendo esto posible solamente porque la leyenda heróica patria había sido conservada y guardada fielmente en el corazón del pueblo durante muchos siglos, de lo contrario el antiguo mundo de los cuentos no habría podido salir de repente en los siglos XII y XIII de la oscuridad en que se había refugiado ante la arrogante cultura eclesiástico-romana. La época de los Hohenstaufen despertó con vigoroso estímulo también á las aletargadas masas, de modo que solicitaban participar á su manera en el movimiento intelectual de su edad. La poesía influia también en el pueblo, sólo que aquí para conseguir vivo interés debía entonar otras melodias que aquellas distinguidas extranjeras céltico-francesas que tenían tanta aceptación en los castillos. El pueblo pedía una alimentación más salubre y congenial para su fantasía y su corazón; y con buen tino y acierto sus decidores y cantadores los *juglares de boca* tomaron de la tradición oral los asuntos nacionales en que la imaginación del pueblo se había ejercitado tranquilamente de una generación á otra. A las puertas de las iglesias de romanía, en las ferias de las ciudades y bajo la sombra de los

tilos de las aldeas resonaban otra vez con acompañamiento de violín los antiguos cantos heróicos en que el pueblo conservaba los recuerdos de su pasado germánico-pagano y de la trasmigración de los pueblos. La antigua selva de los mitos alemanes empezó á moverse ruidosamenente saliendo de entre su sombra las gigantescas figuras de Sigfrido, Hagen, Teodorico, Hildebrand, Hilsan y Vate, para colocarse en medio de los círculos afectados y artificiales de los caballeros y damas de la córte del rey Artus, pues el trabajo poético de la elaboración de los cuentos heróicos nacionales, no permaneció mucho tiempo tarea exclusiva de los cantadores y decidores populares, cuyas recitaciones habían encontrado de vez en cuando oyentes de ambos sexos en los castillos y palacios, á consecuencia de lo cual á principios del siglo XIII los poetas de la escuela cortesana recogieron los antiguos cuentos indígenas, juntaron las diferentes canciones narrativas de los poetas andantes formando grandes ciclos que refundieron en cantos heróicos según las exigencias del arte romántico caballeresco. Por este procedimiento explícase la forma que la leyenda heróica nacional alemana en sus diversas ramificaciones ha recibido en la época del florecimiento de la romántica cortesana. Ciertamente los refundidores cortesanos no tenían bastante espontaneidad para cumplir su tarea en el tono nacional antiguo, si bien tenían el acierto de restaurar el antiguo metro nacional de versos largos en oposición á las rimas cortas adoptadas por la poesía épica caballeresca; ciertamente trataban los asuntos con romántica arbitrariedad enturbiando la pureza de su material con adimentos caballerescos extranjeros; mas á pesar de toda la fuerza primitiva inherente á la leyenda nacional, les ha obligado á hacerle justicia en general y en conjunto. Además algunos ciclos han encontrado refundidores que deben haber tenido mucho talento poético, experimentando semejante favor de la suerte las dos magníficas poesías heróicas que juntas forman el llamado gran libro heróico: el canto de los *nibelungos* y el de *Kudrun,* calificados no del todo desacertadamente de Iliada y Odisea de los alemanes. El canto de los nibelungos en su forma actual nos presenta las múltiples transformaciones y ampliaciones del antiquísimo mito de Sigfrido, con el cual se han confundido las leyendas particulares de las tribus borgoñona, ostrogoda y huna. Incontestablemente es la epopeya más grandiosa, especial y espontánea de toda la literatura del mundo que ha brotado en el seno de nación alguna desde los días de la Iliada Homérica. Se oyé en la misma el estruendo de las armas de la época de las invasiones. Grande en el bosquejo, magnífica en la ejecución, rica en pintura psicológica que alumbra á la manera de relámpagos los abismos del corazón humano. Esa epopeya conmovedora proclama el reino de la Némesis en la historia universal. ¿Quién es el hombre que por los años de 1210 ha dado su forma actual á la gran epopeya alemana que, como decía Gœthe, todos deberían conocer para recibir su influjo conforme á la capacidad de cada uno? No se sabe. Todas las tentativas de descubrir y demostrar el poeta de los nibelungos, no han dado más que resultados problemáticos. La obra persiste, los artífices han desaparecido.....

Una sociedad capaz de producir una literatura como la que acabamos de

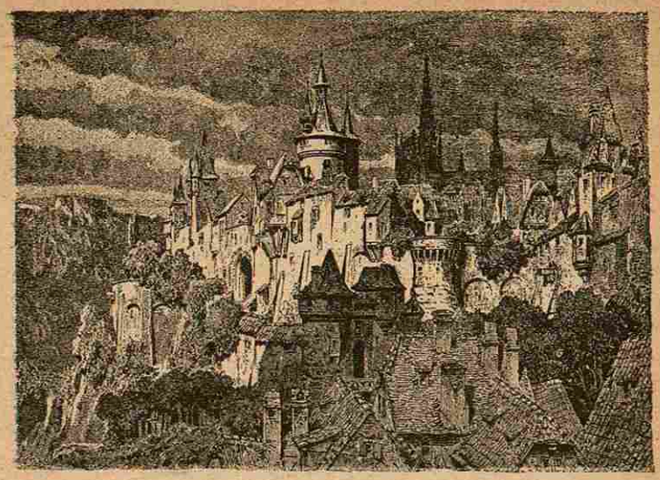
bosquejar debía de haber alcanzado un alto grado de civilización, el más elevado imposible de alcanzar bajo el dominio de las ideas de la Edad media. Pero esta flor de la civilización tuvo la suerte de todo lo humano: pasó. A partir del siglo XIV el mundo caballeresco romántico fué decayendo cada vez más rápidamente, arrastrando en su decadencia también su literatura. La



«ROBAR Á CABALLO NO ES DESHONRA. HÁCENLO LOS MEJORES DEL PAÍS.»

epopeya cortesana disolviose en la difusa y lúbrica prosa de la novela caballeresca, el canto heróico popular en la prosa grosera é insípida de la novela popular cultivada durante siglos enteros en los llamados *libros populares* con aprovechamiento de los ciclos nacionales y cortesanos. La trovaduría caballeresca degeneró en poesía menestrala, decayendo cada vez más hasta terminar en torpe cloperismo. En efecto, ¿cómo habría podido tener afición á lo bello y sublime la degenerada caballería del siglo XV? En los castillos el excesivo lujo había producido la ruina económica y la desmoralización. Los hombres más que caballeros eran ladrones que aprovechaban el derecho de la guerra privada para ser bandoleros de oficio entregándose á la afición á las pendencias hasta el punto de no tener ya bastante sentimiento de honor para avisar al adversario mediante una carta de declaración de guerra, buscando sus diversiones solamente en la borrachera y la lascivia. Las mujeres también eran envilecidas, aficionadas locamente á la moda, meretrices y beatas. Es verdad que había numerosas excepciones; ciertamente oponíanse con valor los me-

jores de ambos sexos á la creciente degeneración y corrupción; y en efecto, habia aun á fines del siglo xv familias nobles, siendo el castellano un verdadero caballero y la castellana una madre de familia modesta y laboriosa, ama y maestra cariñosa de sus hijos; pero todas las virtudes y todos los esfuerzos de unos cuantos individuos eran incapaces de contener la decadencia y el desmoronamiento del conjunto. Los ideales del romanticismo habían palidecido, las formas de sus manifestaciones se habian desvencijado y el mundo romántico caballeresco corría á paso rápido hácia el ocaso.



Murallas de ciudad.

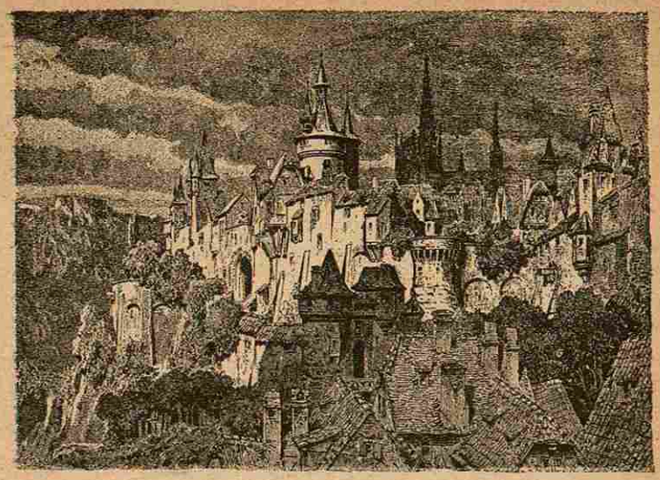
VII.

Aldea y ciudad.

¿Qué aspecto tenían entretanto la aldea y la ciudad y qué pasaba entre los campesinos y los burgueses? Pesadamente cargaba la pirámide del Estado feudal sobre su base, la clase de los labriegos; mas á pesar de esto, en todas partes donde el duro *derecho señorial* no procedía material ni moralmente hasta sus últimas consecuencias, el labriego alemán ha estado mucho mejor durante los siglos xii, xiii y xiv que en los tres siguientes. Los efectos civilizadores de las Cruzadas se extendían sobre la agricultura, la colonización de las regiones eslavas en las marcas del Este y Nordeste daba al labriego la ocasión de sustraerse al yugo de su patria, al paso que precisamente esta posibilidad obligaba á los grandes y pequeños señores á no ser demasiado rigorosos en el sostenimiento de sus derechos para no llevar á sus siervos y vasallos á la desesperación y á la fuga. Con todo, la mayoría de los labradores alemanes permanecía sierva y ascripta á la gleba, es decir, á medias ó del todo fuera de todo derecho, expuesta á toda arbitrariedad y vejación, considerada y tratada más ó ménos como cosas, como mercancías que podían cambiarse, venderse ó regalarse, pues efectivamente se hacían regalos de siervos sin más ceremonia que cuando hoy regalamos un ramillete, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jores de ambos sexos á la creciente degeneración y corrupción; y en efecto, habia aun á fines del siglo xv familias nobles, siendo el castellano un verdadero caballero y la castellana una madre de familia modesta y laboriosa, ama y maestra cariñosa de sus hijos; pero todas las virtudes y todos los esfuerzos de unos cuantos individuos eran incapaces de contener la decadencia y el desmoronamiento del conjunto. Los ideales del romanticismo habían palidecido, las formas de sus manifestaciones se habian desvencijado y el mundo romántico caballeresco corría á paso rápido hácia el ocaso.



Murallas de ciudad.

VII.

Aldea y ciudad.

¿Qué aspecto tenían entretanto la aldea y la ciudad y qué pasaba entre los campesinos y los burgueses? Pesadamente cargaba la pirámide del Estado feudal sobre su base, la clase de los labriegos; mas á pesar de esto, en todas partes donde el duro *derecho señorial* no procedía material ni moralmente hasta sus últimas consecuencias, el labriego alemán ha estado mucho mejor durante los siglos xii, xiii y xiv que en los tres siguientes. Los efectos civilizadores de las Cruzadas se extendían sobre la agricultura, la colonización de las regiones eslavas en las marcas del Este y Nordeste daba al labriego la ocasión de sustraerse al yugo de su patria, al paso que precisamente esta posibilidad obligaba á los grandes y pequeños señores á no ser demasiado rigorosos en el sostenimiento de sus derechos para no llevar á sus siervos y vasallos á la desesperación y á la fuga. Con todo, la mayoría de los labradores alemanes permanecía sierva y ascripta á la gleba, es decir, á medias ó del todo fuera de todo derecho, expuesta á toda arbitrariedad y vejación, considerada y tratada más ó ménos como cosas, como mercancías que podían cambiarse, venderse ó regalarse, pues efectivamente se hacían regalos de siervos sin más ceremonia que cuando hoy regalamos un ramillete, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

juguete ó una obra artística. Un conde Atman de Kiburgo, por ejemplo, regaló, como consta en un documento del año 1230, á su querida esposa Margarita por presente de boda la aldea de Veltein con todos sus siervos de ambos sexos. No falta motivo para decir que en los *buenos y piadosos tiempos antiguos*, en la *mágica noche de luna* del romanticismo de la Edad media, se hacía en Alemania un verdadero comercio de esclavos, y no solamente con prisioneros de guerra extranjeros, sinó con hombres, mujeres y niños del país. Sobran documentos como el del caballero Conrado de Urach, extendido en el año 1333, en virtud del cual dicho caballero vendió al abad de Lorche, por la suma de tres libras de maravedises (unas cinco pesetas), dos hermosas siervas, Inés y Mailt, con sus hijos. No hay para qué nos horrorizemos farisáicamente de esto, porque la servidumbre labriega era una consecuencia lógica del estado feudal y este mismo una necesidad histórica. Además, la servidumbre corporal era ciertamente ménos deshonrosa para el labrador alemán del siglo XIV, de lo que es la servidumbre intelectual para el labrador alemán del siglo XIX.

La agricultura se extendió considerablemente á partir del siglo XII, porque la tala de los montes le proporcionaba mucho terreno nuevo y se hacía más variado el cultivo de cereales y legumbres, perfeccionándose al mismo tiempo los aperos de labranza. El cultivo de los árboles frutales y de las viñas se hacía con más esmero y más variedad, distinguiéndose en esto los conventos, que también se aplicaban con ahinco á la piscicultura en los estanques. El enorme consumo de miel para preparar la *bebida pura*, y de cera para la fabricación de los cirios, había de fomentar la apicultura. En la ganadería la cría de cerdos y caballos era la más atendida, porque la carne de cerdo era el alimento ordinario de ricos y pobres y la caballería necesitaba continuamente de caballos de caza, torneo y batalla en abundancia. A partir del siglo XIII, la creciente demanda de lana fomentaba también visiblemente la cría de carneros y al mismo tiempo empezábase ya á reprimir la destrucción de los bosques, porque los precios cada vez más elevados de la madera, especialmente la de construcción, aconsejaban economizar los árboles. Por lo demás, las florestas alemanas abundaban todavía totalmente en caza pues el *arte venatorio*, grande y pequeño, la caza *alta* y *baja*, se practicaban no solamente por gusto, sinó también y mucho más por cuestión de ganancia. Entonces y todavía mucho tiempo después, hasta el siglo XVIII, los que tenían derecho á cazar podían contar con una renta como producto de la caza. La caza *alta* era reservada á la nobleza, la *baja*, es decir, la captura de animales silvestres mediante trampas y lazos, era también permitida al labrador, por supuesto si tenía terreno propio; mas andando el tiempo se quitó al labriego todo derecho de cazar, pues á medida que en muchas partes de Alemania la comunidad de los labradores libres iba reduciéndose, ó aun desapareciendo, aglomerándose la propiedad rústica en manos de unos pocos, el derecho de caza inherente originalmente en el suelo, se convertía en privilegio exclusivo de señores prepotentes que castigaban con dureza y crueldad toda intrusión como atentado contra su propiedad. Cuando luego se desarrolló la noción de la soberanía del Estado, el derecho de caza fué proclamado derecho de soberanía y declarado *realengo*, quedando con esto convertido en ley el derecho ó mejor dicho la injusticia de cazar en territoro ajeno.

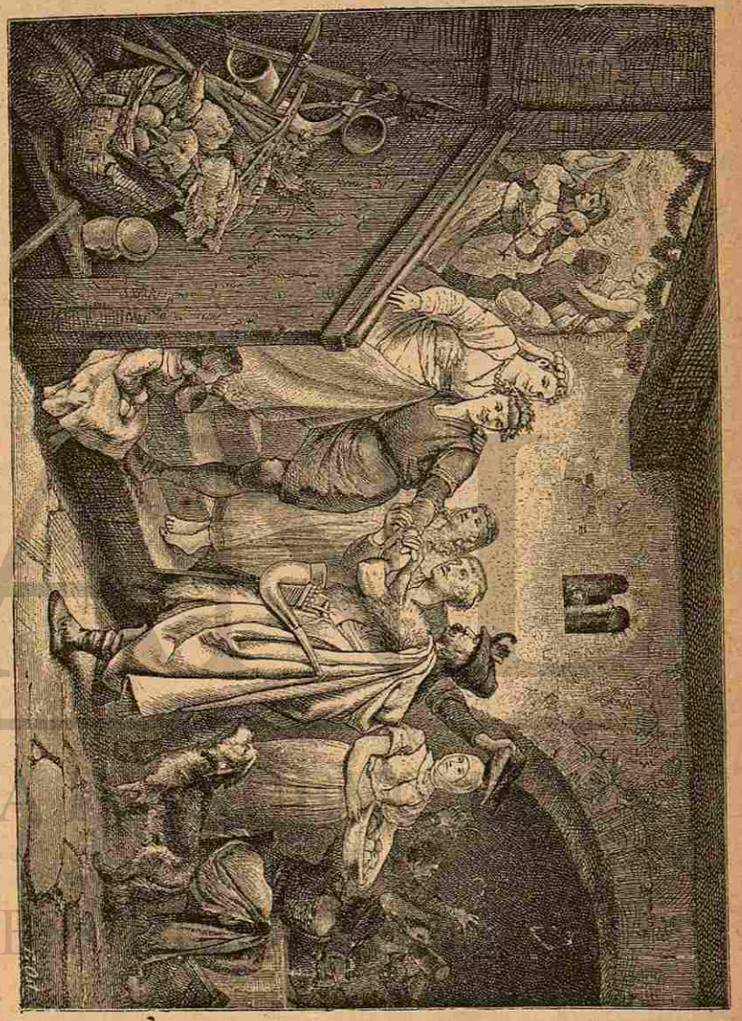
Por supuesto, los labriegos que habían conservado su antigua libertad, distinguíanse esencialmente de los siervos y pecheros en todo su modo de ser y vivir, presentando un aspecto muy diferente sus alquerías y lugares. Pues mientras que las chozas de los labriegos pecheros, construídas de madera, barro y paja, no se diferenciaban casi en nada por fuera de sus pocilgas, el labrador libre de Sajonia y Vestfalia, de Suabia y Suiza, de Baviera y Austria, vivía en casas relativamente elegantes construídas, según el país, de madera ó de entrama ó de piedra, provistas de verdaderas puertas, ventanas, (aunque sin cristales) y escaleras y dotadas suficientemente de muebles y demás ajuar. Esta clase de aldeanos acomodados, recibió un notable aumento por la introducción del sistema de los arriendos cada vez más frecuente del siglo XIII al XV, encontrando los dueños, nobles ó eclesiásticos, más ventajoso el confiar sus tierras á labradores libres, en vez de hacerlas cultivar mal por siervos gandules, pues los primeros, además de pagar regularmente el precio del arriendo, tenían interés en cultivar bien los campos para sacar todo el producto posible. Era conveniente lo mismo para el propietario que para el colono, el hacer duradera esa relación mútua fructífera para ambas partes, y así el arriendo temporal se convirtió en arriendo hereditario, pasando el cortijo de padre á hijo. Mejoró mucho la situación de los labradores libres y de los colonos la circunstancia de cambiarse sus prestaciones de tributos y rentas en cantidades fijas de dinero en lugar de los productos mismos, porque de esta manera redundaban en beneficio de ellos la subida de precio relativamente rápida de los productos de la agricultura.

El genuino labrador alemán había heredado de sus antepasados la afición á preferir á la vida de la aldea la de un cortijo aislado, de modo que las comunidades compuestas del todo ó en gran parte de heredades libres ó arrendadas formaban distritos muy diseminados. En semejantes aldeas de la Alemania meridional y en su campiña representábanse las escenas rústicas descritas en sus canciones y cuentos burlescos por los poetas contemporáneos Tanhuser, Nitardo, Berner (el *jardinero*) y otros á veces con evidente muestra de envidia, porque los recursos de los aldeanos les permitían vivir tan ufanamente. Pues nos presentan jóvenes aldeanos con botas y espuelas, sombreros con plumas y espadas al costado, cortejando á las aldeanas bajo el tilo del pueblo, remedando groseramente los preceptos de la cortesanía. Las beldades aldeanas á su vez con vestidos de cola á la moda, el espejo de mano colgando del cuello ó del cinturón, el cabello recogido con galones de seda y ataviados con una corona de flores, miran por encima de los galantes patanes á los caballeros más elegantes que efectivamente acuden en busca de aventuras con las rollizas mozas y nada reacias, como ha descrito graciosamente el divertido Nitardo. Más seria es la célebre historia aldeana de Helberto, el hijo del colono, que nos ha contado magníficamente Berner el jardinero, á principios del siglo XIII, y que tiene un final trájico. Ese cuadro de costumbres lleno de vida nos presenta un jóven aldeano de familia acomodada

que pretende hacer de caballero, pero llega solamente á ladrón, siendo por fin privado de los ojos y luego ahorcado en castigo de sus fechorías; esta novela rústica más antigua alemana nos enseña también la profunda corrupción moral y la humilde barbarie que se ocultaba detrás de las formas elegantes del romanticismo.

Otro cuento aldeanesco tomado de la vida positiva é importante para la historia de las costumbres nos ha sido trasmitido del siglo XIV, bajo el título de la *boda de Metzi*. El teatro del cuento debe de haber sido un lugar cerca del lago de Constanza, tal vez en el cantón de Turgorvia. El jóven colono Berschi quiere á la jóven Metzi y ella á él, pero á condición que se case con ella en toda honestidad; Berschi acepta, y en presencia de los parientes de ambos lados se procede á los desposorios después de arreglar el negocio con minuciosidad rústica. Metzi trae al novio como dote un caballo, una vaca, un becerro, un macho cabrío y tres colmenas, y recibe en cambio una mojada de linar, dos ovejas, un gallo con catorce gallinas y una libra de peniques. Después de convenir en esto se determina celebrar el casamiento la misma noche y *sin cura*. Entonces empieza en la espaciosa casa de Berschi el convite de boda, al que invitan á los vecinos con todas sus familias. Cubos de mijo con leche, luego tocino y nabos, después salchichas y finalmente la *pasta de boda*, fueron comidos con las manos y cucharas (pues ya tenían cucharas los aldeanos del Sur de Alemania, mientras que los tenedores no empezaron á usarse en Alemania antes de principios del siglo XVI, y principalmente las casas finas) y beben vino en tanta abundancia que los convidados acaban por no saber *si es de dia ó de noche*. Entonces conducen á la novia á la cámara nupcial, donde Berschi la está esperando, siendo costumbre rústica que la novia debe resistirse protestando y gritando *¡ay! ¡ay!* La mañana siguiente llevan á la cama de la pareja la sopa de desayuno con las debidas felicitaciones. Entonces Berschi regala á su esposa Metzi como *presente matutinal* una hermosa marrana, después se verifica la carrera de boda, es decir, el jóven matrimonio es conducido á la iglesia al són de flautas y tambores por todos los aldeanos y *juntado* allí posteriormente. Luego se vuelve á comer y beber en grande en casa del novio, mientras que los *dos hombres más gallardos* se colocan al lado de la novia para recibir por ella los regalos de boda, un cubo de ordeñar, un tarro, un peine, un cinturón, un espejo de mano, piezas de tela y treinta peniques de dinero, incumbiendo al padre de Metzi el dar las gracias por estos regalos. Luego toda la compañía se dirige al tilo del pueblo, debajo del cual empiezan á bailar; pero el baile se trasforma de repente en camorra general, fin regular y natural del idilio de una genuina boda rústica de los buenos tiempos antiguos.

Políticamente considerado, el aldeano era un cero, mientras que el burgués se había hecho una entidad política que habían de tener en cuenta igualmente el estado feudal y la Iglesia, el imperio y el papado. Las ciudades alemanas en cuyo desarrollo han ejercido incontestablemente una influencia importantísima, directa é indirecta, las ciudades italianas, empezaron á medrar y prosperar precisamente en la época en que el romanticismo caballeresco empezó



BODA DE ALDEANOS.

á decaer, manifestándose su prosperidad hácia fuera, porque en medio de la relajación del imperio, representaba la salubridad, fuerza y capacidad de progresar de comunidades republicanas consolidadas, y al interior realizando una gran reforma, el gobierno urbano. Esta reforma consistía en la trasformación del gobierno aristocrático de los nobles de ciudad, en gobierno democrático gremial. Esta trasformación, naturalmente, no se verificaba sin largas y graves luchas entre la nobleza y el pueblo, pues los burgueses viejos, las *familias*, los patricios, trataban de conservar su preponderancia con una tenacidad desesperada. Pero los gremios de los artesanos que representaban principalmente el poder de las ciudades de mantenerse y defenderse, sabían conquistarse poco á poco todos los derechos de ciudadanía, la participación en el usufruto de los bienes municipales, el derecho primero parcial y luego completo de desempeñar los cargos públicos, hasta que finalmente, en la gran mayoría de las ciudades, la democracia venció definitivamente á la aristocracia, estableciendo la mencionada forma del *gobierno gremial*. La lucha había sido empeñada, verificándose no solamente en batallas orales de las salas de consejos de las reuniones de los patricios y de los plebeyos, en sus respectivas tabernas ó casas de bebidas, sinó también en sangrientos combates callejeros. Pocas eran las ciudades alemanas en que, como en Nuremberga, la nobleza urbana se sostuvo en la posesión del poder hasta la época de la reforma.

Como del interior de las ciudades el pueblo había llegado á sentir y conocer su fuerza en la lucha con los patricios, así mismo las ciudades en conjunto aprendieron á valuar su poder en la lucha contra la anarquía de la nobleza, cuyos tumultos llenaban la decadente Edad media. Nada había de ser más odioso á las ciudades industriosas y comerciales, como las contínuas perturbaciones de la paz pública por el derecho caballeresco, es decir, latronesco de la guerra privada (derecho del puño), el cual desde la decadencia del poder de los emperadores, había prevalecido cada vez más arbitrariamente. Para protejer su industria y su comercio y no ménos para preservar su libertad burguesa contra las múltiples intrusiones de los príncipes, eclesiásticos y seglares en la vida urbana, los municipios alemanes emplearon en grande escala el gran recurso de la asociación, de cuya eficacia tenían una prueba en sus gremios, pues se juntaron para formar federaciones de ciudades, siendo de lamentar que la antigua calamidad nacional alemana, el espíritu centrífugo, sólo permitiese alianzas particulares, mas no una federación nacional de todas las ciudades. La más poderosa y célebre de todas, era la federación de las ciudades del Norte de Alemania, llamada Ansa, palabra flamenca que significaba originalmente una contribución para fines comunes. El origen de la Ansa era la alianza ofensiva y defensiva, negociada y jurada en el año 1241 por Hamburgo y Lubec, á la que se adhirieron pronto Wromswic y Bremen. En la época de su florecimiento la federación Anseática, la hazaña política más importante de la antigua burguesía alemana, comprendía ochenta y cinco ciudades con las cabezas Lubec, Colonia, Wromswic y Danzig. Mediante el acta federal deliberada y aceptada en Colonia en 1364, la unión recibió su

forma definitiva, interna y externa. En el siglo xv dominaba de hecho, no solamente en la Alemania del Norte, sinó también en los países escandínavos, en el Báltico y en el mar del Norte, potencia marítima y terrestre que sin duda era un agente civilizador para la patria y el extranjero, á pesar de lo mezquino é interesado de su política enteramente comercial, la cual se manifestó aún, cuando en el siglo xv, según veremos luego, un hombre de grande ingenio intentó osadamente proponer para la federación una grandiosa tarea nacional y social. Las sociedades de la Alemania del Sur formaron también en el siglo xiv una poderosa alianza, constando ya en el año 1327 de las ciudades de Maguncia, Worms, Speier, Estrasburgo, Basilea, Friburgo, Zurich, Soleura, Berna, Constanza, Uberlinchen, Rabensburgo y Lindau. Más tarde uniéronse las ciudades renanas, franconas y suabio-suizas formando una liga que no tuvo mucho éxito en la *guerra grande* de las ciudades, que emprendió en el año 1388 contra la nobleza alta y baja de la Alemania del Sur que se habían unido por odio á las ciudades. En aquella época, la población, la capacidad defensiva y los recursos pecuniarios de las ciudades alemanas como Augsburgo y Estrasbúgo, eran tan grandes, que podían armar á treinta ó cuarenta mil hombres; pero no se encontró ni un hombre de estado, ni ningún general, que hubiera podido combinar y dirigir á una grande empresa nacional todas estas abundantes fuerzas de la burguesía alemana.

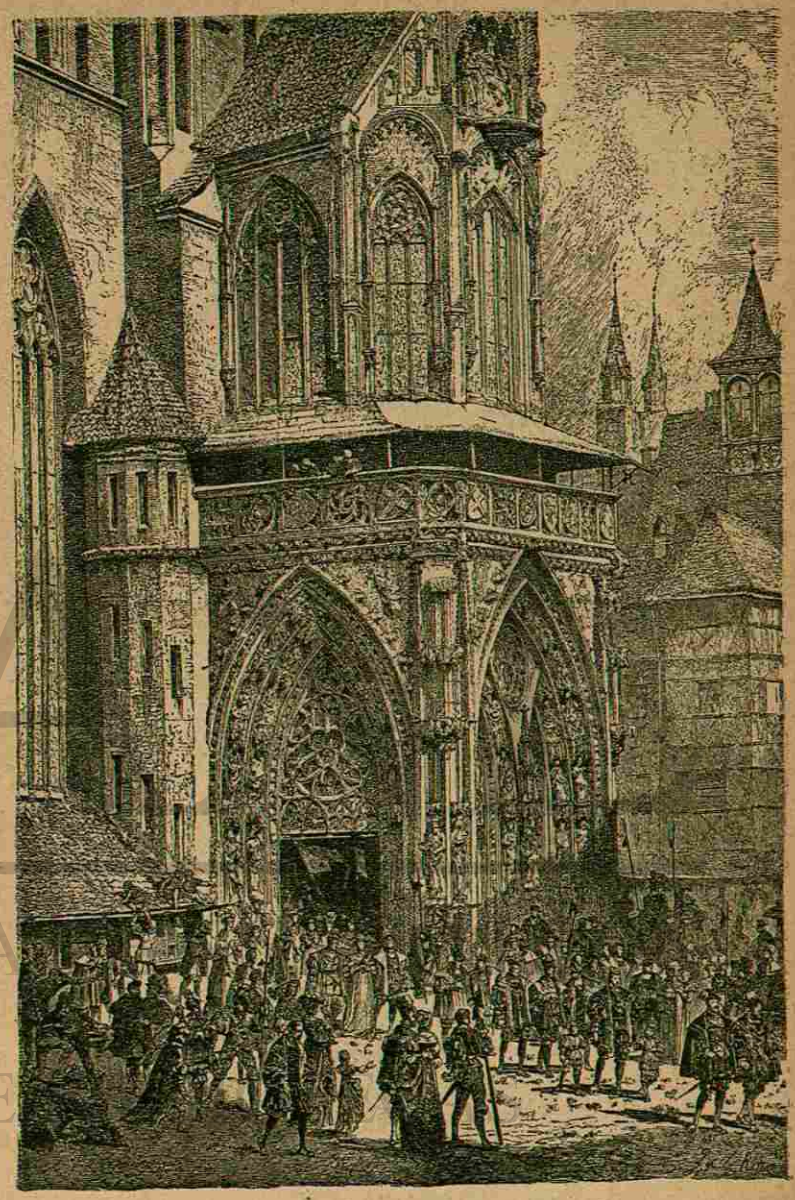
Todavía en el siglo xiii las más de las ciudades alemanas no ofrecían un aspecto muy grato con sus calles estrechas, tortuosas y húmedas, aglomeradas alrededor de su núcleo sólido, el castillo real ó ducal, el palacio del obispo ó del abad, y de cuyo aspecto pueden darnos una idea bastante clara las *calles de los judíos* que todavía existen hoy en varias ciudades, aunque algo cambiadas. En ciudades como Francfort y Augsburgo, todavía en el siglo xiv el material de construcción para las casas particulares era casi exclusivamente la madera, el barro, el junto y la paja. Como no había aún humeros ni chimeneas, los incendios eran casi diarios en las ciudades, y en atención al material de construcción, se comprende que los desastres habían de ser grandes, sobre todo siendo tan rudimentarios los aparatos de extinción. Sólo en el siglo xv hiciéronse reglamentos para la extinción de los incendios, y en el siglo xvi parecieron las primeras bombas. En el año 1518, Augsburgo podía jactarse de poseer semejante aparato, ciertamente uno de los más antiguos de Alemania. Pero los grandes incendios, destruyendo las casas viejas creaban espacio para una construcción más conveniente de casas y calles urbanas, levantándose desde entonces edificios construídos de material más sólido, prefiriéndose en el Sur de Alemania la piedra labrada y en el Norte de Alemania la piedra cocida, el ladrillo. Otro factor para modificar el aspecto exterior é interior de las ciudades, era el cambio producido en la manera de hacer la guerra por la invención y aplicación de la pólvora. El uso de la artillería en los sitios, hacía indispensable una nueva manera de fortificar más complicada, llamada abastionamiento, al que había de adaptar también más ó ménos el interior de las ciudades. La forma típica exterior de una ciudad alemana de importancia del siglo xv, era la siguiente: alrededor del tér-

mino municipal extendíase un profundo foso que en tiempo de peligro podía llenarse de agua y que era defendido por torreones avanzados; detrás del foso elevábase el baluarte que llevaba como corona la muralla de recinto provista de almenas. En intervalos más ó ménos regulares la defensa del baluarte y de la muralla era reforzada por torreones sobresalientes, redondos ó cuadrados, hallándose entre dos, las puertas bien guardadas, coronadas de almenas y provistas de rastrillos, delante de las cuales había también los

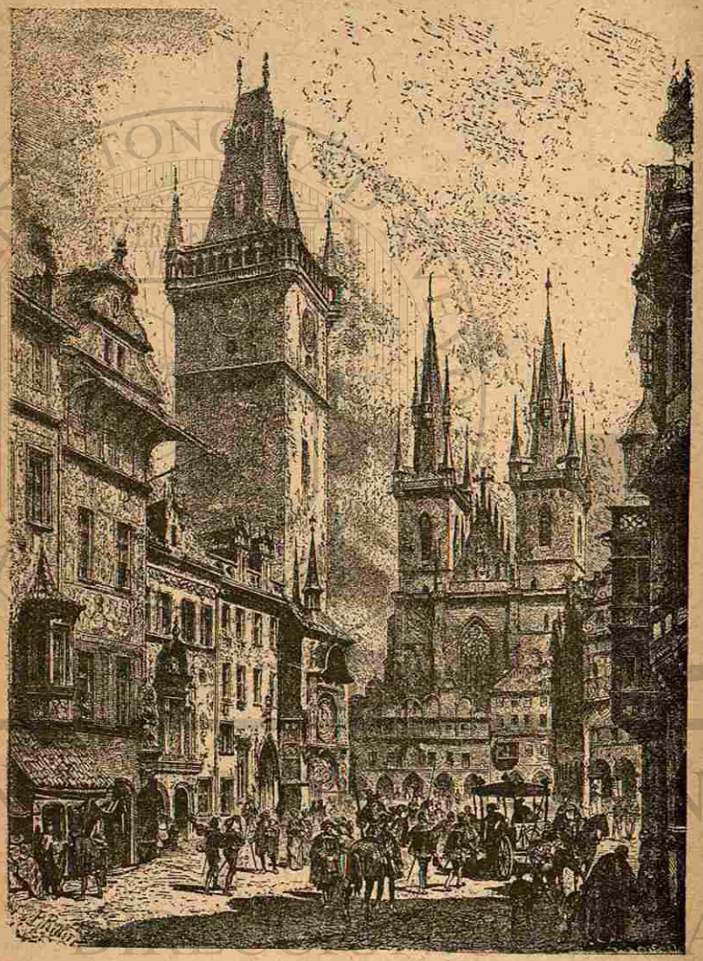


ASPECTO EXTERIOR DE UNA CIUDAD EN EL SIGLO XV.

puentes levadizos para pasar el foso. El que quiera saber qué aspecto tenía una puerta de ciudad modelo vaya á Basilea y mire allí la puerta de Spalen, ó llégüese á Lubec para comtemplar la puerta de Holtens. Un rasgo bello de la vida urbana de la Edad media, ha sido el que los edificios públicos como las iglesias, las casas consistoriales, los bazares, los hospitales, las fuentes, se construían ya con mucho arte y gran dispendio, mientras que las casas particulares eran todavía sencillísimas en cuanto á construcción y arreglo interno. Algunas ciudades del Norte y del Sur de Alemania ostentan todavía hoy nobles testimonios de semejante patriotismo digno de encomio, como por ejemplo, las casas consistoriales de Wromswic y el palacio de Artus, de Danzig; la rica Nuremberga tenía la gloria merecida por cierto, del todo, en los siglos XVI y XVII, de ofrecer el más hermoso conjunto de ciudad de la Edad media en tierra alemana, como poseía y posee en su *fuente hermosa,*



IGLESIA DE NTRA. SRA. DE NUREMBERGA.



VISTA DE CIUDAD DEL SIGLO XVI.

la más bella de Alemania. Por lo demás, el embellecimiento y la comodificación de las ciudades progresaba muy lentamente; sólo en el siglo XIV generalizose el no tolerar en las calles, estercoleros y charcos de orines, introduciéndose además, en las ciudades principales, el empedrado de las calles. Hasta el siglo XV no empezaron las comunidades municipales á procurar con más esmero el acarreo de aguas potables y en la misma época las vidrieras comenzaron á sustituir en los edificios públicos las ventanas de paño. El aumento de la renta de las fincas urbanas, los productos del comercio, y el grado mayor de cultura, hacían posible á la nobleza urbana en la época posterior de la Edad media construir é instalar magníficamente sus *palacios y domicilios* conforme á todas las reglas del estilo profano de la arquitectura gótica, levantándose así, en Augsburgo, Ulm, Francfort, Munich, Viena, Maguncia, Colonia, Bremen, Lubeck, Breslau y otras ciudades alemanas, aquellas soberbias y elegantes casas de hidalgos urbanos y negociantes, de cuyo exterior pueden dar una idea la *casa de piedra* de Francfort y la casa de Nasau en Nuremberga y que en su interior estaban adornadas con mosáicos artísticamente enlazados y esculpidos, con muebles multiformes, con tapicería elegante, con vidrieras de color, con blandas alfombras y con *tesoros* (aparadores ó alacenas) que relucían de vajillas de oro y plata artísticamente labradas. En los siglos XV y XVI las ciudades alemanas tenían fama en el extranjero por su belleza, su riqueza y su buena vida. Eneas Silvio Picolomini, más adelante papa Pio II, así como su paisano Bonfini, han trazado de la Viena de la segunda mitad del siglo XV una descripción verdaderamente entusiasta y seductora, que á la verdad no nos presentan los vieneses ni las vienesas como muy sobrios y honestos, muy al contrario. Al mismo tiempo los italianos, que debían saber lo que es hermoso, declaraban que no había ciudad más encantadora que Colonia, y en el siglo XVI, el francés más salado, Miguel de Montain, opinaba que Augsburgo era mucho más hermoso que París.

La prosperidad de las ciudades alemanas empezó á desarrollarse después de las grandes calamidades, las pestilencias físicas y morales de la *muerte negra*, de los flagelantes y de los degüellos de judíos que asolaron el país en el quinto decenio del siglo XIV. Procedente de la lejana China, la terrible epidemia de la muerte negra ó la *gran mortandad* como la llamaron los alemanes, recorrió toda Asia, invadió Europa y visitó Alemania con todo su furor en los años de 1348 á 1350. El número de las víctimas que arrebató fué inmenso, pues en Basilea murieron 14,000, en Estrasburgo 16,000, en Lubeck 9,000, en Danzig 13,000, en Weimar 5,000, en Erfurt 16,000, en Munster 11,000, en Tréveris 13,000, en Viena 40,000; en esta última ciudad ese cólera de la Edad media arrebató en un solo dia 960. Muchas ciudades perdieron la mitad de su población. En el circuito del imperio alemán fallecieron de la única órden de los descalzos 124,434 frailes de la pestilencia, que en total quitó la vida á más de 25.000,000 de europeos. Para comprender los horribles estragos de la epidemia, hay que hacerse cargo de la grosera superstición de las masas que veían en ella un castigo de Dios contra el cual no había remedio; el estado poco avanzado de la medicina y la circunstancia de hacerse cada ciudad un

foco de pestilencia por la absurda costumbre de enterrar los cadáveres dentro y alrededor de las iglesias. El aspecto de la miseria hizo á los hombres salirse de la vía regular y modo acostumbrado de vivir: una especie de borrachera moral les perturbaba y confundía la cabeza; los unos para quitarse el miedo de la muerte, se entregaban á orgías ruidosas, mientras que otros se dedicaban á una morbosa contrición de la que era la consecuencia la aparición del fenómeno de ascetismo loco de los flagelantes, que ciertamente habían existido en Italia en pequeña escala un siglo antes, pero que ahora bajo el terror de la muerte negra, llevaba su ruidoso fanatismo también á Alemania y en grande escala. La ocurrencia fantástica de aplacar la ira de Dios por romerías llenas de martirios, se convirtió en peste intelectual, verdadera rabia que estalló primeramente, según parece, en Austria, no tardando empero toda Alemania el resonar de los latigazos y cantos de penitencias de los flagelantes que en largas procesiones de centenares y miles de personas, entraban en las aldeas y las villas, vestidos solamente de una camisa ó de un hábito penitencial de pelo, llevando á cuestas pesadas cruces y blandiendo en la derecha azotes de tres colas. Así entraban por parejas en las iglesias, prosternábanse ante los altares, quitábanse los hábitos ó las camisas, azotábanse de manera que salpicaban de sangre las paredes de las iglesias y cantaban: *venga el que quiera hacer penitencia, así ahuyentamos el ardiente infierno, Lucifer es un mozo malvado.* El vértigo invadió también á los niños como los había acometido igualmente en la época de las cruzadas; de la ciudad de Speyer, por ejemplo, salió con cruz y banderas una procesión flagelante de 2,000 niños, no teniendo ninguno más de 12 años. Con la epidemia del flagelantismo, tenía muchos puntos de contacto otra epidemia, la de bailar, sin duda también efecto de un estado de éxtasis, de alucinaciones fanáticas que reinaban aún en el siglo xv, en algunas partes como en el Alsacia. Las manifestaciones de esta epidemia pertenecían ciertamente al número de los fenómenos más chuscos de la edad del romanticismo. En las carreteras y en las calles, delante de las iglesias y en las iglesias mismas, turbas de hombres y mujeres de todas las edades, medio desnudas, rodeadas las sienes de flores, con las manos enlazadas, se entregaban por horas enteras á la furia de bailar, dando gritos y rugiendo canciones hasta caer al suelo, privados del conocimiento ó poco ménos.

También el ódio rabioso á los judíos que tuvo por consecuencia los horrorosos degüellos del siglo xiv, debe considerarse como una epidemia producida ó al ménos favorecida por las tribulaciones de la *gran mortandad*. El cristiano de la Edad media, en su confusión de ideas se creía no solamente autorizado, sinó aun obligado á odiar á los judíos, puesto que *habían asesinado al Señor Jesús;* y los judíos, por su parte, excluídos de toda propiedad territorial y de todo oficio, reducidos á vivir del tráfico y de la usura, acotados en sus juderías (ghetto), habían de ver un enemigo en cada cristiano. Añadíase á esto que exactamente en la misma proporción en que el ingenio financiero y la conciencia elástica de los hijos de Israel, acumulaban riquezas en los barrios judíos, crecía también la envidia de los cristianos. Así es que

en varias épocas ya los confesores de la *religión del amor* habían desahogado su odio y envidia en grandes matanzas de judíos, lo mismo en Alemania que en otros países, pero el degüello y la quema de judíos en grande escala empezó en los tiempos de la muerte negra, que se atribuía al envenenamiento de las fuentes por los judíos. Esta patraña era tan estúpida como la del asesinato de los niños cristianos, cuya sangre haría falta á los judíos para celebrar sus Pascuas; ó aquella otra de las hostias robadas, profanadas y martirizadas por los judíos. Pero la estupidez es una potencia siempre y por doquiera sirve ó los instintos bajos y las ruínes pasiones de los hombres. En los años de 1348-50, las ciudades del Rhin, de Suíza, Suabia, Franconia y Baviera, y aun muchas de la Alemania central y septentrional, humeaban de los enormes *incendios de judíos* y las calles de judíos desbordaban de sangre. Miles y miles de judíos y judías de toda edad fueron degollados sin compasión, á veces después de heroica resistencia de la *judiandād* tan inútil como las heróicas tentativas de algunos cristianos de inteligencia y sentimientos para detener los torpes horrores. La demencia había de llegar al colmo; era una época terrible, y se comprende que un cronista alemán del siglo xiv haya podido decir: *Después que terminó la mortandad, las procesiones de flagelantes y el degüello de los judíos, el mundo empezó otra vēz á vivir y estar alegre.*

Tentados estamos de opinar y decir que las ciudades alemanas sentían la necesidad de expiar y compensar con un trabajo doblemente asíduo, las horrorosas barbaridades cuyo teatro habían sido en la época de la muerte negra, del flagelantismo y del degüello de los judíos, pues en todos los terrenos de la civilización intelectual y material, manifestábase en las ciudades un impulso enérgico y fructífero. Es verdad que el hilo dorado de la poesía que los burgueses habían tomado de la mano de la nobleza embrutecida, no echaba ningun brillo nuevo, sinó que palidecía y se empañaba cada vez más en la forma del *canto de maestros*. Era de alabar, porque demostraban cierto interés por el lado ideal de la vida el que los honrados artesanos se juntaran para formar escuelas de rimas y cantar como las que florecían sobre todo en Nuremberga, Rabensburgo, Augsburgo, Ulm, Francfort y Estrasburgo después que, segun la tradición, la primera había sido fundada en Maguncia por Enrique de Meisens, llamado *alaba mujeres*, y que el emperador Cárlos IV había otorgado derechos de gremio á esas asociaciones (1378). La junta directiva de semejante gremio de rimadores y cantantes llamábase *el gemerk* y sus miembros *(el maestre de caja, maestre de llaves, maestre marcador* y *maestre de las coronas)* dirigían los ejercicios y certámenes poéticos y musicales que en presencia de las esposas é hijas de los socios se celebraban en la iglesia ó en la sala de consejo los domingos por la tarde. Esto se llamaba *cantar escuela,* y según el fallo del maestro marcador repartíanse á los cantantes émulos por el *maestre de las coronas*, unos modestos premios consistiendo en coronitas de alambre, de oro ó de plata. El libro de las reglas del canto menestral llamábase la *tabulatura*, la canción *baur*, las estrofas *gesāre,* las especies de versos *gebānde,* las melodías *tōne* ó *weiseu*. El que no estaba del todo familiarizado con la tabulatura era llamado *escolar,* el que la

poseía, *amigo de la escuela*, el que sabía componer una canción sobre un tono dado, era *poeta*, y el que sabía inventar una melodía nueva, era *maestro*. Cuatro siglos enteros ha durado el *gracioso* arte del canto de los maestros; sólo en el año 1770 cantose por última vez solemnemente en Nuremberga, la patria del único verdadero maestro cantante *Juan Sachs;* pero la forma del canto artesano ha sido amanerada desde el principio, y la materia de esta poesía sentenciosa singularmente afectada no tardó en aguarse hasta el más inaguantable fastidio.

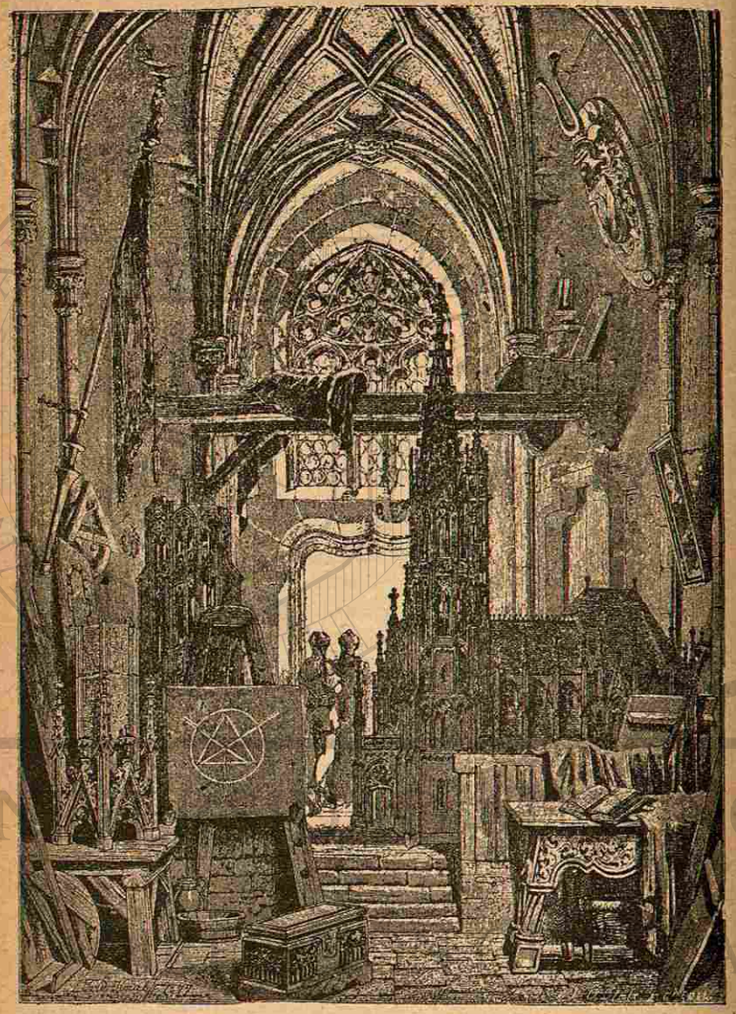
Los méritos de las ciudades alemanas por el progreso del trabajo civilizador, hay que buscarlos en otra dirección más positiva. Muy pronto debía hacerse sentir la necesidad de dar á la industria y al comercio, como fundamento, ciertos conocimientos y habilidades positivas. Hé aquí el motivo de la fundación de las *escuelas municipales* de la Edad media; estableciéndose las más antiguas en Leipzig, Colonia, Hamburgo, Lubeck, Rostock, Stettin y Viena. Era una primera tentativa ciertamente muy tímida de librar la escuela alemana de las ataduras clericales. Leer, escribir, contar, mucha dogmática eclesiástica y en las clases superiores el latín eran las materias á que se limitaba la enseñanza de aquellas escuelas y urbanas.

A los ejercicios de escritura dedicábase constantemente mucho tiempo y afán hasta la introducción de la imprenta. La caligrafía y la pintura en miniatura produjeron verdaderos manuscritos de lujo que en sus *librerías* ostentaban los príncipes, prelados y ciudadanos ricos. Los documentos, etc., de lujo escribíanse en pergamino de púrpura con tinta de oro ó plata. Con la introducción del pergamino la forma de rollos de los manuscritos sobre papirus fué reemplazada por la forma de libro. El arte de encuadernar, practicado al principio en los conventos, llegó á constituir un oficio agremiado en los últimos tiempos de la Edad media. La invención del papel de algodón y de hilo procedente de China y llevada al Occidente por los árabes, hacía los manuscritos más generales y más baratos y por esto ha sido también en Alemania un acontecimiento importante para la historia de la civilización, la construcción de molinos de papel, estableciéndose los más antiguos en las orillas del Rhin, entre Maguncia y Colonia, por el año 1320. Es verdad que los principios del comercio de libros y de las bibliotecas existían ya en los conventos, pero sólo con la fundación de las universidades cobraron importancia y extensión. Con las escuelas urbanas y los múltiples negocios del comercio y de las ciudades, estaba enlazado también el desarrollo gradual de la prosa alemana para estilo de negocio, de cancillería, de tribunales, de sermones y de crónicas. Desde fines del siglo XIII todas las ciudades alemanas de alguna importancia hacían escribir sus leyes y los fallos de sus tribunales, originándose de esta manera los *derechos urbanos* y las *setencias* que desempeñan un papel importantísimo en la historia del derecho y las costumbres de Alemania. Pero más importante aun para la historia del derecho alemán son las dos célebres recopilaciones de leyes y usos de la Alemania del Norte y del Sur, llevadas á cabo entre los años de 1215 y 1276, y llamadas *espejo de sajones* y *espejo de suabios*. Era natural que al empezar una época anárquica se

hacía sentir tanto más vivamente la necesidad de tener escritas las instituciones legales.

No ménos vivamente, sobre todo en las ciudades, manifestábase el deseo de hacer todo lo posible para atajar la creciente barbarie y corrupción. Era conforme al espíritu de la época intentar esto por la vía religiosa eclesiástica, y por esto vemos en los siglos XIII y XIV toda una série de predicadores y moralistas celosos y escuchados con afán, como Bertoldo de Raquisbona, del que un contemporáneo ha dicho: *Por su boca habla Dios del reino celestial;* fray Ekart, Juan Tauler, Enrique de Norklingen, Herman de Fritzlar, Enrique Seuse, que todos predicaban con elocuencia arrebatadora contra la corrupción moral de sus contemporáneos, ó bien inspirados por un soplo de la futura filosofía alemana que se había manifestado ya en Wolfran de Echenbach; profundizaban los misterios del cristianismo con celo místico, perteneciendo pues, ya que revelaban su descontento con el dogma gerárquico, al número de los primeros reformistas. La relación de las crónicas urbanas, como demuestra la crónica de Colonia de Godofredo Hagen, se hacía al principio todavía en forma rituada, pasando luego, empero, á la forma más propia de la prosa, y en ésta el siglo XIV ha creado dos crónicas modelos por su época, la crónica *alsaciana y estrasburguesa* de Jaime Fwinger de Konigshofen, y la crónica *linburguesa*, cuyos principios se atribuyen á Juan Jensbein. En todo esto manifestábase una enérgica actividad de las ciudades alemanas en la senda del progreso, que se revelaba así mismo por la fundación de hospitales, albergues para forasteros y casas de expósitos (Nuremberga tenía ya en el año 1368 y Ulm en 1386 una *casa de niños hallados*), y por el cuidado y la atención más consecuente y detenida que dedicaban á la policía sanitaria. Ya en los primeros decenios del siglo XV encontramos médicos municipales y reglamentos de farmacias. Por lo demás, durante toda la Edad media los médicos judíos eran los más buscados, y es curioso observar que ya entonces había mujeres que se dedicaban al ejercicio de la medicina, pues en el año 1419 la judía Sara recibió del obispo de Birzburgo una patente de médica, y en el año de 1428 tenía mucha fama como oculista la judía Zerlina de Francfort.

El sistema riguroso de los gremios urbanos puede parecernos hoy estrecho y pedántico, pero en la Edad media era oportuno, dependiendo principalmente de esas leyes fijas y usanzas tradicionales de los gremios, la perfección de los trabajos industriales y artísticos. La manifestación más grandiosa y fructífera de este espíritu corporativo de la Edad media alemana, eran las *cabañas de arquitectos*, las hermandades urbanas de artistas y artesanos, de maestros, oficiales y aprendices, en fin, de todas las personas que intervienen en la construcción de toda clase de edificios que, mediante estatutos fijos y tradicionales, así como por votos y juramentos, formaban una unidad complicada que obedecía á las órdenes é indicaciones del maestro. Sólo por medio de estas *cabañas* era posible á la iglesia levantar los edificios gigantescos de que hablaremos más adelante. En general la industria alemana de la Edad media era considerable y gozaba de mucha fama en el extranjero, hasta mucho más que hoy. Famosos eran los alemanes como mineros, fundidores de metal, armeros,



CABAÑA DE ARQUITECTOS (GREMIO DE EDIFICIOS).

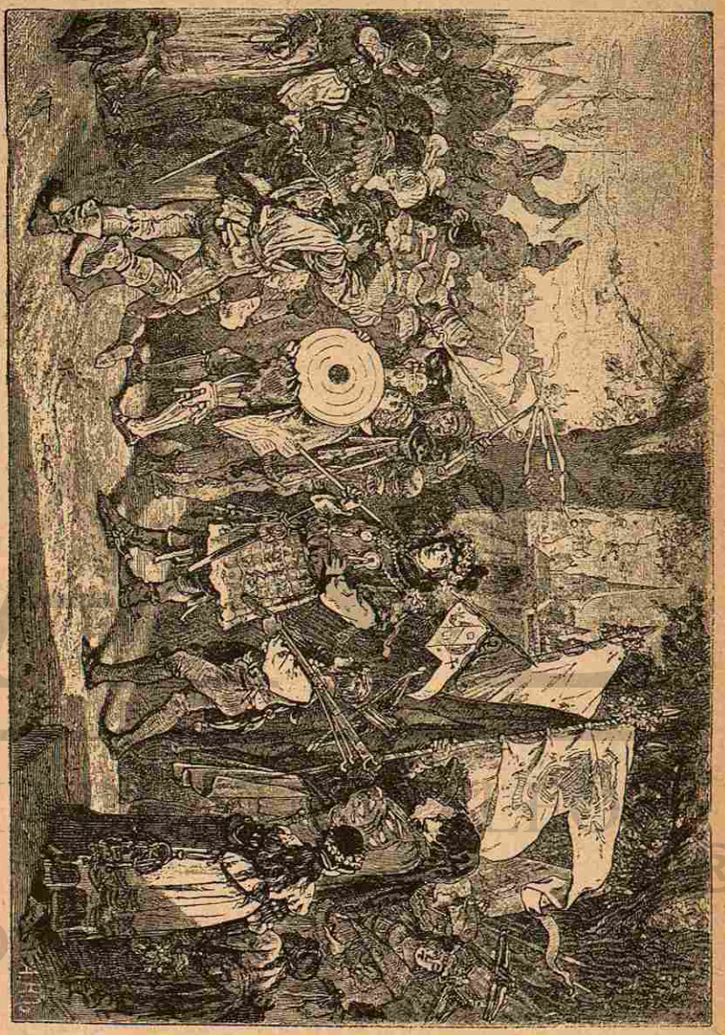
carpinteros, tejedores de paños y lienzos, tintoreros de escarlata y fabricantes de alambre. Una gran reputación en el extranjero tenían sobre todo los plateros de Colonia. No ménos célebre era la inventiva de los alemanes en todo el campo de la mecánica, concediéndoseles buenamente la gloria de haber inventado ó perfeccionado especialmente los relojes de bolsillo, las armas de fuego, el mecanismo de los molinos, el grabado en cobre y en boj, el pulimento de los diamantes, los órganos de iglesia y muchos otros instrumentos. Pero la invención más gloriosa que jamás ha hecho un alemán en el terreno mecánico, fué el arte de la imprenta inventada por el vecino de Maguncia Juan Gensfleisch, llamado tambien Gutenberg, por los años 1436 á 1440, producto de la chispa genial de este hombre que quería aprovechar el grabado en madera para la multiplicación de los manuscritos. Con letras talladas de madera. Gutenberg imprimió en 1456 la Biblia eclesiástica (Vulgata). Luego sustituyó las letras de madera con otras de metal ayudado por el fundidor Pedro Schœffer y el platero Juan Faust, creando con esto un medio civilizador de alcance inconmensurable y colocándose así el llano vecino de Maguncia entre las filas de los héroes más venerables de la civilización. A partir del año 1462 el arte tipográfico se extendió de Alemania por todo el mundo, y cuando en el año 1464 el impresor alemán Ulrico Hahn de Ingolstat emigró á Roma y empezó á ejercer su arte nigromántico, el papa Paulo II no se figuraba que la razón humana en su lucha contra el papado acababa de inventar la más temible de todas las aliadas, y que el hombre de allende las montañas traía en su caja rayos y truenos en comparación con los cuales todos los rayos de excomunión y todos los truenos de entredicho del Vaticano no eran más que juguetes infantiles.....

En el siglo XV gran número de ciudades alemanas podían considerarse opulentas, si bien no se puede aplicar á la riqueza ciudadana de la Edad media la medida moderna de los millones. Antes de abrirse á consecuencia del descubrimiento de América los tesoros de oro y plata del Mundo nuevo, el valor del dinero era tan elevado en el antiguo, que en el rico Augsburgo era considerado hombre pudiente el que disfrutaba una renta anual de 200 á 300 florines, y los que tenían una renta de 2000 florines ó más eran tenidos por verdaderos Cresos. La prosperidad relativamente considerable á que las poblaciones urbanas habían llegado por su industria y comercio, convertia las ciudades alemanas, á fines de la Edad media, en dominios de una sociabilidad muy animada, pero también en sitios de gulas y excesos á los que daban ocasión muy cómoda sobre todo la concurrencia enteramente libre de los dos sexos en las casas de baños, muy frecuentadas, y las *casas de mujeres*, abiertas hasta en las villas pequeñas. Hasta qué punto era exhorbitante el lujo de las ciudades, se ve por las frecuentes leyes, muchas veces renovadas, contra el lujo, los *reglamentos de trajes*, como así mismo las leyes penales, renovadas á menudo, contra el *delito del estupro*, y demuestra con qué descaro trataban de satisfacer sus apetitos brutales. Conrado de Virzburgo y otros novelistas posteriores refieren una infinidad de historias escabrosas acerca de las esposas livianas, los curas enamorados y las rufianas astutas. La historia de las

dietas y de los concilios, especialmente del de Constanza, nos refieren palpablemente con cuánta licencia el afán de darse buena vida procuraba y lograba desahogarse. Lo mismo resulta de las descripciones que los observadores contemporáneos han hecho de la vida disoluta, de los juegos y bailes que solía haber en los puntos de baños, como por ejemplo en Baden de Argovia, que estaba de moda y era muy frecuentada en la Edad media.

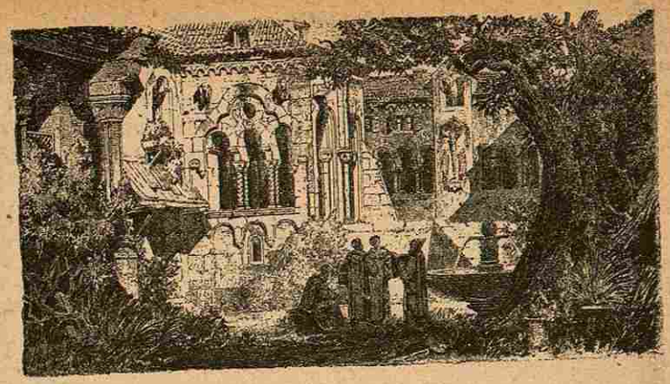
Mas también por el lado inofensivo presentábase la sociabilidad urbana con mucha variedad y riqueza de colores, no faltando nunca *ocasiones* ni *alegrías*. Las solemnidades eclesiásticas alternaban con las ferias y fiestas comunales; diariamente había algo para mirar, escuchar y reir, pues todo el pueblo frívolo de los *ambulantes* músicos, juglares, domadores de fieras, charlatanes y vaticinadores, todos buscaban con preferencia la vida de las ciudades. Un día los nobles de la ciudad verificaban un torneo terminándolo con un baile de familia; otro día, el consejo y los vecinos daban un magnífico tiro, ostentando los gremios su habilidad en el manejo de la ballesta y más tarde del fusil. Las bodas de las familias ricas eran festividades para toda la ciudad. En tiempo de invierno la juventud urbana deleitábase con pasearse en trineo, con patinar y varias diversiones carnavalescas, de las que se desarrolló la *representación de carnaval*, principio grosero y burlesco del drama profano en Alemania. Por Pascua el tablado para los misterios construido en las iglesias ó á lo largo de sus paredes exteriores, ofrecía abundante alimento á la curiosidad piadosa. Al principio de la primavera, la *fiesta de mayo*, procedente del paganismo germánico, que representaba la victoria del verano sobre el invierno se celebraba en las ciudades con alegría é intención alegórica; en unas plantábase el *árbol de mayo*, al rededor del cual la juventud bailaba bajo el mando de un *rey de mayo*, elegido por ella y de una *reina de mayo* escogida por aquél; en otras, la fiesta era mucho más complicada, como por ejemplo, en Friburgo de Uechtland, ciudad situada en los confines de Alemania y Francia. Construíase en la plaza un castillo de madera guarnecido de flores y follaje y adornado con banderas, cintas y divisas; la defensa de este castillo corría á cargo de las doncellas más hermosas de la ciudad vestidas con sus mejores prendas de fiesta, mientras que los jóvenes, igualmente ataviados con toda elegancia, sitiaban y asaltaban la fortaleza, consistiendo las armas de ataque lo mismo que las de defensa en coronas de hojas y ramilletes de flores. Cuando las defensoras y el castillo mismo estaban cubiertas de hojas y flores izaban la bandera blanca, concertándose la capitulación con frases galantes y saladas; era condición precisa que cada una de las vencidas entregase á uno de los vencedores, por vía de rescate, la rosa que había llevado en el cabello, dándole al mismo tiempo un beso en la boca. Los vencedores poníanse la rosa en el pecho, montaban á caballo y recorrían la ciudad al son de trompetas, rociándoles de pétalos de rosas las damas asomadas en las ventanas y los balcones. Un baile terminaba la bella, significativa y honesta festividad.

Si de esta manera los festejos populares más nobles señalaban en todas partes un rico tesoro de poesía oculto en el corazón del pueblo, este tesoro se



TIRO URBANO.

manifestaba en formas bellas en las canciones populares que surgían cada vez mas várias del seno de los vecinos, de las ciudades y aldeas á partir del siglo XIV. La canción popular alemana que recorre toda la escala de la vida interior y exterior revelando genúina y fielmente el sentir y pensar de todas las clases y capas del pueblo, es una de las flores más sanas y aromáticas de la civilización de Alemania. En estas canciones, cuya fuente copiosa mana todavía hoy, los sonidos de la alegría son tan legítimos y tiernos como los del pesar, los tonos de la burla tan verdaderos como los de la cólera y de la queja; en ellas late real y plenamente el corazón del pueblo alemán, presentándose éste con su fuerza y su flaqueza, sus virtudes y sus vicios. La poesía lírica popular alemana puede calificarse de historia secreta del país, pero al mismo tiempo es también su historia pública y por cierto en virtud de aquella rica cadena de canciones históricas cuyos eslabones más antiguos datan de la primera mitad del siglo XIII. La canción popular histórica reemplazando la desecada poesía caballeresca resonó más vigorosamente en la segunda mitad del siglo XV y en la primera del siglo XVI; era el canto fúnebre de la Edad media dando la bienvenida á una edad naciente.



PATIO DE CONVENTO.

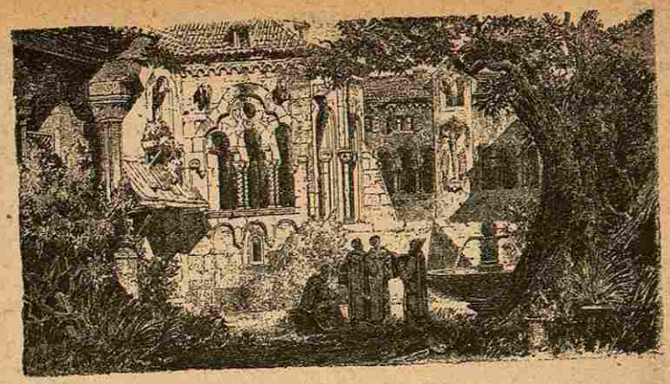
VIII.

La Iglesia y el Estado.

El edificio magnífico y pomposo de la jerarquía había alcanzado su perfección y coronación con la victoria de la tiara sobre la corona imperial. La Sede romana, dígase lo que se quiera, ha sido la primera potencia de Europa desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV, pero al brillo exterior no correspondía de ninguna manera el perfeccionamiento interior. La Roma papal no era más que un sepulcro blanqueado, por fuera todo venerabilidad, por dentro todo podredumbre. Ya en el siglo XIV los católicos sensatos, doctos y piadosos, como por ejemplo Francesco Petrarca, calificaba la capital del mundo cristiano de antro y lupanar, de inmensa guarida de ladrones que al mismo tiempo sería espantoso burdel. Las infinitas riquezas que la Iglesia adquirió en el curso de la Edad media eran la perdición de sus servidores, sabiendo resistir á sus tentaciones solamente pocos hombres extraordinarios. En los siglos XIV y XV la corrupción del clero secular, de los frailes y monjas era un hecho que todo el mundo conocía, considerándola como un mal necesario que naturalmente se extendía también sobre Alemania, donde la anarquía del interregno había embrutecido horriblemente al clero, de manera que eran raras excepciones los conventos donde se vivía conforme á la severa regla de sus fundadores, dedicándose con laboriosidad á la agricultura y cumpliendo concienzudamente sus obligaciones espirituales. Los establecimientos de enseñanza monacales, que en el imperio alemán habían tenido antes grande y merecida reputación, habían degenerado tanto, que para citar un ejemplo, en 1291 el abad de San Galo con todo su convento no sabían escribir. No es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manifestaba en formas bellas en las canciones populares que surgían cada vez mas várias del seno de los vecinos, de las ciudades y aldeas á partir del siglo XIV. La canción popular alemana que recorre toda la escala de la vida interior y exterior revelando genúina y fielmente el sentir y pensar de todas las clases y capas del pueblo, es una de las flores más sanas y aromáticas de la civilización de Alemania. En estas canciones, cuya fuente copiosa mana todavía hoy, los sonidos de la alegría son tan legítimos y tiernos como los del pesar, los tonos de la burla tan verdaderos como los de la cólera y de la queja; en ellas late real y plenamente el corazón del pueblo alemán, presentándose éste con su fuerza y su flaqueza, sus virtudes y sus vicios. La poesía lírica popular alemana puede calificarse de historia secreta del país, pero al mismo tiempo es también su historia pública y por cierto en virtud de aquella rica cadena de canciones históricas cuyos eslabones más antiguos datan de la primera mitad del siglo XIII. La canción popular histórica reemplazando la desecada poesía caballeresca resonó más vigorosamente en la segunda mitad del siglo XV y en la primera del siglo XVI; era el canto fúnebre de la Edad media dando la bienvenida á una edad naciente.



PATIO DE CONVENTO.

VIII.

La Iglesia y el Estado.

El edificio magnífico y pomposo de la jerarquía había alcanzado su perfección y coronación con la victoria de la tiara sobre la corona imperial. La Sede romana, dígase lo que se quiera, ha sido la primera potencia de Europa desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV, pero al brillo exterior no correspondía de ninguna manera el perfeccionamiento interior. La Roma papal no era más que un sepulcro blanqueado, por fuera todo venerabilidad, por dentro todo podredumbre. Ya en el siglo XIV los católicos sensatos, doctos y piadosos, como por ejemplo Francesco Petrarca, calificaba la capital del mundo cristiano de antro y lupanar, de inmensa guarida de ladrones que al mismo tiempo sería espantoso burdel. Las infinitas riquezas que la Iglesia adquirió en el curso de la Edad media eran la perdición de sus servidores, sabiendo resistir á sus tentaciones solamente pocos hombres extraordinarios. En los siglos XIV y XV la corrupción del clero secular, de los frailes y monjas era un hecho que todo el mundo conocía, considerándola como un mal necesario que naturalmente se extendía también sobre Alemania, donde la anarquía del interregno había embrutecido horriblemente al clero, de manera que eran raras excepciones los conventos donde se vivía conforme á la severa regla de sus fundadores, dedicándose con laboriosidad á la agricultura y cumpliendo concienzudamente sus obligaciones espirituales. Los establecimientos de enseñanza monacales, que en el imperio alemán habían tenido antes grande y merecida reputación, habían degenerado tanto, que para citar un ejemplo, en 1291 el abad de San Galo con todo su convento no sabían escribir. No es

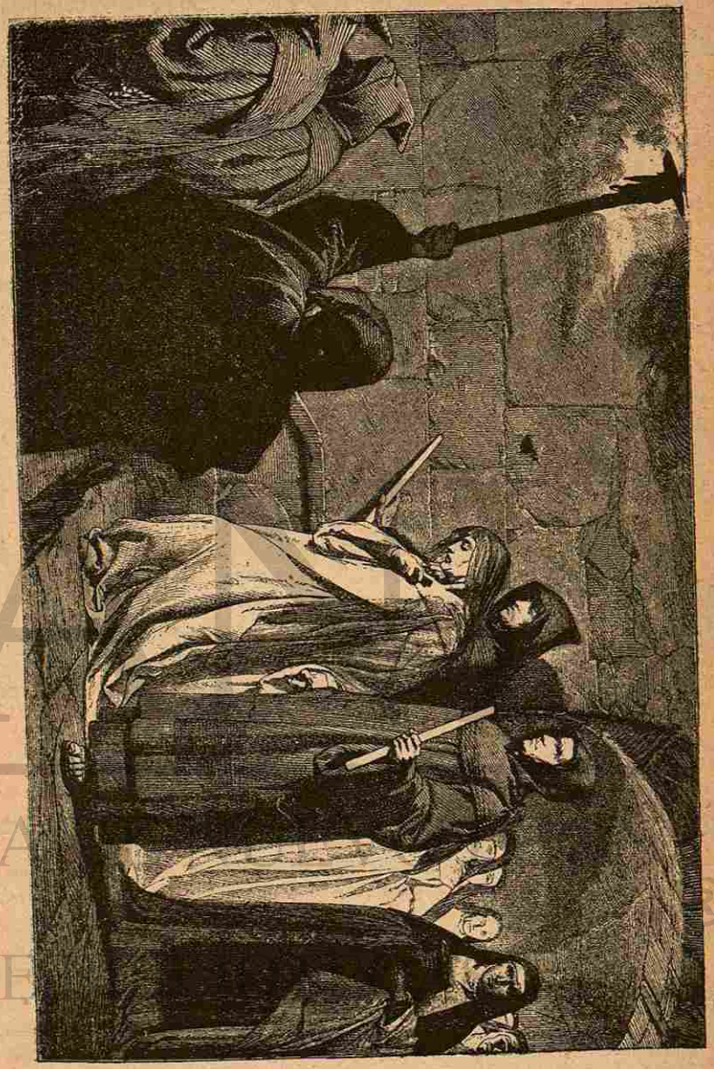
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extraño pues, que en el siglo XIV y más aun en el XV, los conventos alemanes pasasen positivamente por ser *antros de vicios*, sirviendo los de frailes para tabernas de la nobleza de la vecindad y los de monjas para *casa de mujeres*. Es verdad que la contravención del voto de castidad tenía pena grave, pero si la más grave, el emparedamiento de la culpable, se aplicaba alguna vez, to-



FRAILES CISTERCIENSES ARANDO.

caba generalmente á una pobre monjuela que había sido ménos cautelosa en el pecar y más escrupulosa para ocultar las consecuencias que sus hermanas de convento. El que quiera saber con exactitud lo que pasaba en la época mencionada en muchas clausuras de las *esposas de Cristo*, lea lo que consta auténticamente de la vida de los tres conventos suabios de Gnadenzell, Kirchheim y Soflingen. Con la licencia clerical corría parejas la superstición más grosera; en efecto, si se despoja el cristianismo de la Edad media de su ropaje artístico, no queda más que el puro fetichismo, como se ostentaba en el culto de reliquias que con bastante frecuencia caía de lo ridículo en lo asqueroso. A veces la idolatría católica de la Edad media remataba en brutal escarnio propio, pues como tal deben considerarse las repugnantes orgías de las llamadas *fiestas de locos* y *maitines de barros*. Es inútil querer sostener que semejantes extravíos truhanescos hayan sucedido en Francia y no en Alemania, pues tenemos de la segunda mitad del siglo XII el testimonio de la abadesa Herrada de San Odiliano que dice literalmente: *En los licenciosos concursos de clérigos y legos profánanse las iglesias con excesos de beber y comer y palabras obcenas, bromas livianas, juegos de azar, retintín de armas, vanidades y extravíos de toda clase en presencia de mozas de mala fama.*



EMPAREDAMIENTO DE UNA MONJA.

Pero ya en aquel tiempo manifestábanse en Alemania indicios de resistencia contra la corrupción de la Iglesia en la doctrina y el culto, siendo un ejemplo curioso el que encontramos en los apuntes del prior Cesáreo Heisterbach, muerto en el cuarto decenio del siglo XIII, pues refiere que en los tiempos del arzobispo Reinaldo de Colonia, á mediados del siglo XII, los miembros de una secta herética fueron prendidos y condenados á la hoguera. Llevaron á los herejes con su maestro Arnoldo al frente fuera de la ciudad, al cementerio de los judíos donde habian levantado una hoguera colosal; cuando ésta estuvo ya encendida y los herejes atados encima, atacados por las llamas, se vió como el maestro ponía sus manos sobre las cabezas medio quemadas de sus discípulos, diciendo: *Permaneced firmes en vuestra fé*. Hallábase entre los herejes también una jóven cuya belleza excitó la compasión; sacáronla de la hoguera y prometiéronle, con tal de renunciar á sus errores, un buen casamiento ó la entrada en un convento; mas ella preguntó solamente: *¿Dónde está el maestro?* Y al mostrárselo envuelto en las llamas se arrancó de los brazos de los que la sostenian, precipitose cubriendo el rostro con su manto en medio del fuego, echose sobre el cadáver de Arnoldo y, añade el bueno del prior, *fué con él al infierno*... Este noble ejemplo de heroismo femenino en asuntos de fé es uno de los más antiguos en tierra alemana que nos ha sido trasmitido; nos enseña cómo los sacerdotes de la *religión del amor* trataban también en Alemania á los que no querían creer en la infalibilidad y el poder beatífico del dogma romano. Luego en el siglo XIII fué introducido formalmente en el imperio alemán el tribunal de la fé, organizado sólidamente por el papa Inocencio III, la Inquisición, el *Santo Oficio*, ciertamente no sin gran resistencia de la mayoría de los obispos alemanes, que con razón veían en él menoscabada su propia autoridad. Así es que tardó mucho en aclimatarse en Alemania el dragón infernal de la Inquisición, y el primer gran juez de herejes nombrado en el imperio alemán, Conrado de Marburgo, fué muerto á palos en medio de la calle (1233). Más tarde, empero, la cosa cambió por completo, acrecentándose el poder papal en Alemania, como en todas partes, durante el siglo XIII, gracias á la actividad enérgica que desplegaron las dos grandes órdenes mendicantes, los franciscanos y dominicanos, fundadas por el italiano Francisco de Asís y el español Domingo. Entonces empezó la verdadera época de la superstición, furor de persecución característico de la Edad media, alcanzando empero su punto culminante en Alemania solamente en el período de la brujería. Por esto creemos conveniente abandonar este asunto por ahora para tratar de él oportunamente en otro capítulo.

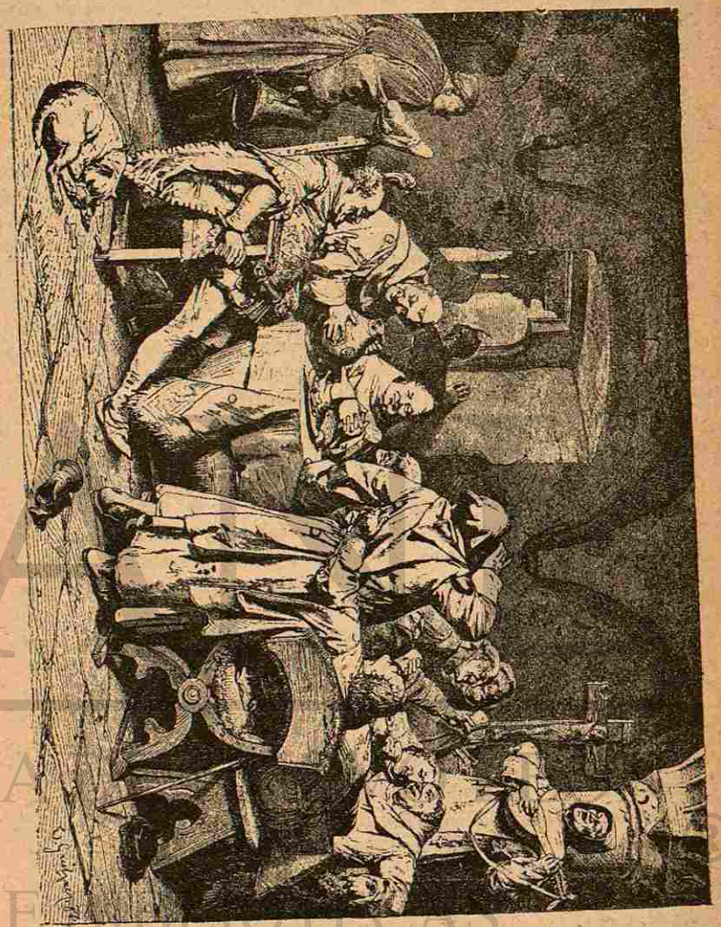
Siendo la Iglesia la instancia suprema de todas las manifestaciones de la existencia, era natural que todo llevase el sello eclesiástico, por consiguiente también la ciencia y el arte que la Iglesia fomentaba solamente hasta el punto que le parecía conveniente. En lugar de las escuelas corrompidas de los conventos y fundaciones, estableciéronse á partir del siglo XIV con autorización papal, las universidades, siendo las más antigua en Alemania, prescindiendo de Praga, las de Viena, Heidelberg, Colonia y Erfurt. No eran verdaderas universidades, en el sentido moderno, en que se enseñan todas las



UNA HEREJE.

ciencias, *universitas literarum;* una universidad de la Edad media era una corporación formada de doctores y estudiantes para enseñar y aprender. Generalmente, semejante universidad no cultivaba más que una materia determinada ó al ménos con preferencia, ya la teología, ya la filosofía, ya la jurisprudencia ó la medicina, dominándolo todo la *escolástica*, que puede calificarse de doctrina científica-eclesiástica oficial, representada en Alemania con sumo honor por el sabio Alberto de Bollstadt; en conjunto no era más que la tentativa emprendida por centésima vez con gran erudición é incansable dialéctica, de hacer pasar el camello dogma por el agujero de la aguja razón. La jurisprudencia ocupábase más ó ménos exclusivamente en el derecho romano, el cual á consecuencia de esto empezó, por desgracia, á suplantar cada vez más el indígena alemán. La medicina y todas las ciencias naturales estaban supeditadas por el rígido dogma eclesiástico; pero no quedaban sin cultivo, y es sabido que la química alemana de la Edad media ha producido la invención de la pólvora (por el año de 1334), preparada primeramente en forma granular, según una tradición algo fabulosa por el fraile mendicante Bertoldo Schwarz (Ancklizer), aunque la hayan conocido antes los chinos, los indios y los árabes. Del estudio fructífero de las asignaturas matemáticas, especialmente la geometría, son testimonios irrecusables las obras de la arquitectura alemana de los siglos XIII, XIV y XV.

En el campo del arte, la Iglesia de la Edad media había continuado su misión civilizadora creando obras y dando forma artística á todo culto. Favorecida por la Iglesia, juntose con el espíritu de la doctrina cristiana la índole alemana para crear aquel estilo artístico que á partir del siglo XII empezó á reemplazar el romano, conocido bajo el nombre de germánico ó gótico, y que ha producido cosas admirables, sobre todo en arquitectura. El gótico puede y debe considerarse como el perfeccionamiento del arte cristiano en cuanto ha llevado á la expresión artística la idea cristiana; es decir, la espiritualización de la materia con la concepción más profunda y la ejecución más consecuente, siendo testimonios de ello las hazañas arquitectónicas de los grandes maestros alemanes, Gerardo de Kile, Ervin de Steinbach, Juan Hüeltz, Andrés Egl y otros. Estos artistas han concebido, cimentado y ejecutado catedrales gigantescas é iglesias colosales que se elevan en el aire cual anhelo corporificado por el cielo, y cuyos campanarios suben hácia las nubes cual rayos de devoción petrificados, iglesias y catedrales como las que en Colonia, Estrasburgo, Friburgo, Ulm, Ratisbona, Viena y otras ciudades alemanas, se levantan para memoria eterna de lo que se atrevió á emprender la piedad de nuestros antepasados unida con la energía de la burguesía alemana. En la ornamentación exterior é interior de esos edificios estupendos, tomaban parte activa la escultura y la pintura, cultivadas especialmente en Praga, Nuremberg, Estrasburgo y Colonia. El culto mismo adquirió un encanto artístico más por los adelantos de la música instrumental y vocal, por el perfeccionamiento del órgano al que se añadió el pedal por el año 1444, por la multiplicación de los instrumentos de viento y de cuerdas, por la introducción del canto mensural, de el regulador del compás por el maestro Franco de Colo-



VIDA FRAILUNA EN EL SIGLO XV.

nia. Las melodías procedentes de principios del siglo xv que nos han sido trasmitidas por el llamado *cancionero de Locham* demuestran ya un progreso satisfactorio del arte de cantar. Además de todo esto la Iglesia sabía aprovechar para sus fines la curiosidad de los hombres por ver espectáculos, haciendo un acto formal del culto las representaciones teatrales de asuntos de la mitología y leyenda cristianas, dentro y fuera de las iglesias. Llamábanse semejantes representaciones *misterios* ó *milagros*, porque trataban de los secretos y milagros del cristianismo, ó también *ministerios* porque eran una dependencia del culto divino. En Alemania los espectáculos eclesiásticos puestos en escena al principio por los curas solos y más tarde con ayuda de actores de oficio *(juglares)*, se llamaban *juegos de Nacidad* y *juegos de Pascua* porque se representaban en aquellas fiestas, tratando de las leyendas del nacimiento y de la muerte de Jesús; por esto los juegos de Pascua llamáronse también *juegos de la Pasión*. Todas estas representaciones teatrales eclesiásticas son muy antiguas también en Alemania, pues tenemos testimonios de los orígenes del juego de la Pasión en el convento de San Galo de su época más antigua. La abadesa Herrada nos atestigua la representación de juegos de Navidad en el siglo xii, y por la misma época formáronse también los libros de textos más antiguos de estos espectáculos eclesiásticos, redactados en lengua latina, pero recibiendo ya intercalaciones alemanas en el siglo xiv siguiente, hasta que más tarde el latín fué sustituido del todo con el idioma del país. En el siglo xv los misterios alcanzaron su mayor desarrollo y esplendor. En tres pisos (infierno, tierra, cielo) elevábase el escenario, en el cual se presentaban verdaderas *compañías de actores* ricamente ataviados. Días enteros duraban las representaciones, y las artes de decoración y maquinaria, el lujo de los trajes, la declamación, el canto, la música, el baile, combinábanse para producir un efecto total operesco que era sentido ó debía ser sentido con *devoción*.

Por medio de sus esfuerzos por el desarrollo artístico, así como gracias á la actividad mencionada más arriba, de los pensadores místicos y de los predicadores morales, la Iglesia alemana trató y consiguió poner y conservar á sus fieles en relación con el lado idealista de la existencia, dominando directa ó indirectamente toda la vida del pueblo y disponiendo así de su conciencia como de su bolsillo, que sabía alcanzar de muchas maneras diversas. La Iglesia no era un Estado en el Estado, sinó un Estado por encima del Estado, acomodándose á todo, ó mejor dicho acomodándolo todo á *sí* misma, hasta los restos de las tradiciones del paganismo germánico, como por ejemplo las ordalias jurídicas, el juicio de Dios, que en la época posterior de la Edad media estaba bajo vigilancia eclesiástica, empleándose en forma de duelo ó de prueba de fuego, de agua, de la cruz y de las andas, á pesar de la burla de los hombres pensadores, de los que la Iglesia no necesitaba hacer caso. Poco á poco lograba hacerse dueña de toda la esfera jurídica, entrometiendo con habilidad y firmeza su derecho canónico en la intrincada confusión del derecho alemán, constando de derechos nacionales, derechos urbanos, derechos feudales, derechos de servicios, derechos de matrimonios y derechos

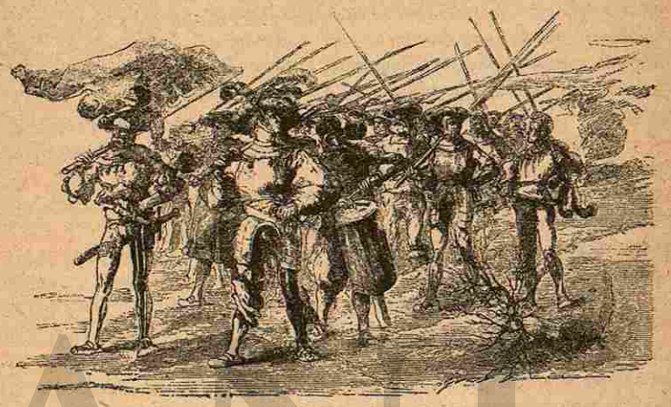
de herencia. En el curso de la Edad media el derecho indígena fué retrocediendo cada vez más ante el derecho extranjero (romano y canónico), sobre todo desde que los dos Federicos de Hohenstaufen, Barbaroja y su nieto, habían admitido el *corpus juris* de Justiniano como *código imperial* vigente también en Alemania. Especialmente en el derecho penal era importante este cambio profundo é incisivo. Mientras que todavía en el *espejo sajón* prevalece el antiguo sistema nacional de la composición con dinero, el *espejo suabio* tiene ya el principio romano conocido como derecho del talión *(jus talionis)*. Según la teoría jurídica judío-cristiano-canónica, la autoridad castigaba de por sí todos los delitos y crímenes sin distinguir si afectaban al Estado ó á particulares, lo que tenía por consecuencia que en lugar del procedimiento antiguo indígena, público y oral con proceso de acusación se introdujo el procedimiento secreto de la Inquisición con sus abominables cárceles y conventos, sus multas desvergonzadas y sus penas de mutilación y muerte rebuscadamente crueles. Un resto de la protección jurídica y del procedimiento general germánico conservose hasta fines de la Edad media en los *tribunales libres* de Westfalia en los juzgados *Feme* (feme, veme, vehme, significaba juzgado ó juicio). Despojando estos tribunales de los adornos y horripilaciones artificiales de que los han rodeado los poetas modernos, resultan unas instituciones que habían conservado su autoridad de imperiales, celebrando sus sesiones de sol á sol, al aire libre, en puntos fijos de Westfalia conocidos por todos y procediendo enteramente según las reglas del antiguo proceso penal alemán, sin meter en la cárcel ni dar tormento al acusado que se ocupaba solamente en crímenes capitales, y por esta razón no tenían más que una sentencia penal, que era la muerte. Es verdad que el poder de la *Feme* y el terror que inspiraba á los malhechores aumentaban considerablemente por el misterio, por decirlo así, masónico que rodeaba la admisión de los *libres regidores*, sus signos de reconocimiento, sus manejos y señas á los ojos de los iniciados. Los presidentes de las *feme* westfalianas, los *libre conde*, muchas veces simples labradores, fueron á menudo los únicos sostenedores de la justicia en el imperio alemán, pues sus sentencias alcanzaban aun los delincuentes más elevados, y su ejecución era segura en virtud de la organización eficaz de la feme.

Correspondía completamente á la confusión jurídica de la época la abigarrada multitud de medidas, pesas y monedas del imperio alemán. En Aquisgran había una casa-moneda imperial; pero una infinidad de magnates, seglares y eclesiásticos, así como de villas, tenían y ejercían igualmente el derecho de acuñar moneda. Las monedas de oro más bonitas de la Edad media eran las *Augustales*, que mandó acuñar el emperador Federico II. Es imposible fijar exactamente el valor de las monedas de entonces, porque la ley era muy diferente, y además variaba constantemente, como así mismo la relación entre el oro y la plata. Tampoco era constante el valor del marco, porque en un país acuñábanse de un marco de plata doce chelines, en otro veinticuatro, en otro cuarenta y cuatro ó cincuenta ó sesenta, guardando estos chelines de tan diferente valor de plata naturalmente una relación muy di-

versa á la moneda menuda de los dineros, peniques, cruzados, maravedises. ¿Cómo sería posible en tanta confusión averiguar los precios de los víveres, manufacturas, la tarifa de los jornales, los tipos de contribución y derechos de aduanas? Lo cierto es que la carga de los impuestos (contribución territorial, diezmos, capitación, contribución de hogar, de herencia, de consumos), atendida la inmunidad de la nobleza y del clero pesaba sobre la clase burguesa y más aun sobre los labradores. Estos últimos sufrían, además, muchísimo de las contínuas guerras públicas y privadas, porque toda la manera de hacer la guerra era sumamente bárbara, tendiendo con salvajismo cruel á la destrucción de la vida y de la propiedad.

El sistema militar alemán ha conservado durante toda la Edad media las formas fundamentales instituídas bajo el reinado de los Otones y Enriques. El Estado feudal conocía solamente un ejército de feudatarios por leva, dividido y capitaneado según las determinaciones del derecho feudal. El jefe supremo del ejército en las guerras nacionales era el rey ó emperador, bajo cuyas órdenes mandaban los grandes vasallos de la corona al cuerpo de sus caballeros seguidos á su vez de sus soldados y mozos. El supremo estandarte era la bandera imperial con el águila negra de una sola cabeza en campo dorado introducido por Oton II, pero reconocida generalmente sólo desde Federico Barbaroja; á los suabios pertenecía el honor de llevar esta bandera imperial de asalto en las batallas del imperio. Las armas defensivas eran el escudo, el yelmo, la coraza, los brazales y las musleras y las armaduras compuestas de chapas de palastro; habiendo caído en desuso las corazas anulares de las épocas anteriores. Como armas ofensivas, los jinetes caballerescos cubiertos de hierro, llevaban lanzas, mandobles, mazos, hachas y mazas, mientras que los milicianos de las ciudades iban armados de ballestas y bodoques, picas y alabardas. De las artes estratégicas y tácticas había pocos indicios, pero sí de los llamados ardides de guerra. El choque y el encuentro decidían el éxito de la batalla campal, mientras que la guerra de fortalezas ó arte de sitiar se hallaba más desarrollada, gracias á las torres de asedio, los arietes y las balistas. Los principios de los uniformes soldadescos se remontan hasta la Edad media, pues consisten en las vendas del mismo color, que las huestes llevaban sobre las casacas como signos de distinción; después varias tropas tomaban el mismo color para sus cotas de armas; pero parece que los primeros uniformados fueron los mercenarios urbanos desde la segunda mitad del siglo XIV. Los principios del mercenarismo se remontan en Alemania al siglo XII, porque la insuficiencia de los ejércitos feudales reclamaba con eficacia el complemento de una soldadesca profesional. En el imperio alemán el mercenarismo, que en Italia, Francia é Inglaterra se había hecho permanente ya en el siglo XIV, alcanzó solamente en el siglo XV aquella importancia decisiva en las guerras que sostenían los *reislaufer* y los *landsknechte* de Alemania. En las luchas de las comunidades suizas contra los duques de Austria y más aun en las batallas de las ciudades y aldeas confederadas contra el duque Cárlos de Borgoña, el esplendor de la caballería feudal palideció y la decisión de la victoria ó derrota dependía en adelante de la infantería, cuya

organización, en los últimos tiempos de la Edad media, tenía su modelo en las instituciones suizas. Añadíase á esto la introducción de las armas de fuego en el siglo XIV, encontrándose antes de terminar éste los príncipes y ciudades de Alemania en posesión de *bombardas, cartaunas, culebrinas* y *morteros*. Esos cañones informes redujéronse poco á poco á armas manuales que, cier-



LANDSKNEJTE (MOZOS DEL PAIS).

tamente eran todavía bastante groseras en sus formas de trabucos, arcabuces y mosquetes, si bien había ya pistolas en Alemania en el año 1388.

Mas aquí termina nuestro viaje por el mundo alemán de la Edad media. Ya á partir de la segunda mitad del siglo XIII marchaba en descenso, pues con el ocaso de los Hohenstaufen el imperio alemán había perdido su posición de predominio en el mundo. Esto se hacía evidente cuando después del *terrible tiempo sin emperador* del interregno el conde suizo Rodolfo de Habsburgo fué elegido rey alemán en 1273. Como verdadero suizo fué hombre de negocios que no pensaba ni remotamente en el capricho de querer llevar el imperio en el sentido que le habían dado los Otones, Enriques y Federicos. Lo que él quería era hacer buenos negocios, y efectivamente tramó con habilidad y ejecutó con suerte su negocio principal, la fundación de una potencia particular habsburguesa por la adquisición de la hermosa Austria. Su hijo y sucesor Alberto no era ménos adquisitivo, pero mucho ménos habilidoso que su padre. Las pretenciones y usurpaciones de él y sus descendientes provocaron á los aldeanos libres de Suiza, que mediante una carta federal del año 1291, habían fundado su confederación y las ciudades imperiales suizas á sostener y defender su heredada libertad imperial, si bien sin los Tell y Vinkelrid que hay que relegar á las regiones mitológicas legendarias. Más felices de lo que

habían sido en los siglos XII y XIII, las comunidades de labradores del Norte de Alemania, los stedingios y ditmarzos en las márgenes del Eider y del Elba, en sus heróicas luchas por la libertad contra los nobles y los curas, los confederados suizos del siglo XIV con sus victorias de Morgarten, Laupen, Sempach y Nefels, sustrajéronse de la sumisión bajo los príncipes y conservaron su posición independiente en el imperio para asegurar más tarde su confederación republicana por los triunfos que consiguieron sobre Cárlos de Borgoña en las batallas de Gransón, Murten y Nancy. Esta prosperidad de la confederación marcaba tan claramente, como por otra parte hacían el uso de la pólvora y la generalización de la imprenta, la rápida decadencia del feudalismo, imperialismo y clericalismo alemanes. Varias tentativas de restauración, como las que de muy diferentes puntos de vista emprendieron los tres emperadores de la dinastía de Luxemburgo Enrique VII, Cárlos IV y Segismundo, y aun el excelente y muy patriótico Luis de Baviera, se frustraron y debían frustrarse, porque la Edad media había pasado irrevocablemente. Los ideales que el romanticismo había concebido, estaban pálidos y marchitados; el pensamiento romántico había perdido su fuerza productiva; en todas partes presentábanse nuevas ideas y opiniones. Es cierto que la Edad media no desapareció de improviso; sus formas sobrevivían á su espíritu, quedando en pié todavía por mucho tiempo; presentándose aun á menudo con gran brutalidad y porfía; pero no dejaban de ser ya un cuerpo sin vida, una cáscara sin nuez, una armadura sin caballero. Todo lo bueno y lo mejor del pueblo alemán apartábase de esos espectros para adherirse á las entidades nuevas que venían á sustituírlos.



TRÁFICO DE INDULGENCIAS.

III.

1.

Preludios y precursores.

La época histórica en la cual se verificó la transición del romanticismo de la Edad media á la llamada reforma, puede compararse con un árbol que en primavera echa nuevos botones y capullos mientras la hojarasca del último otoño pende todavía de sus ramas.

Existían todavía las formas eclesiásticas y políticas de la Edad media, pero al lado, debajo y encima de ellas, germinaban ideas nuevas y agitábase un pensamiento nuevo.

¿Cuál? El moderno realista.

Pero cuando este pensamiento empezó á moverse para avanzar hubo de notar inmediatamente que en uno de sus piés llevaba fijada una cadena con una bola de plomo, pues arrastraba la teoría cristiano-romántica, la doctrina teológica supra-naturalista de la Edad media.

Semejante grillo debe considerarse como una necesidad histórica para que el progreso humano no se adelante á lo infinito. También es necesario tener en cuenta la procedencia para determinar con exactitud el punto de destino. La humanidad en su marcha eterna vá cargada de un lastre inmenso, arrastra en pos de sí toda la suma acumulada hasta el presente de humana sabiduría y necedad. Sólo á la ignorancia es lícito opinar que jamás la sociedad puede hacer lo que se llama *tabla rasa*, ó que jamás pudiese *rasgar el velo* entre lo pasado y lo presente. Mil hilos indestructibles enlazan lo que fué con lo que será. Todo es transición, todo cambio sin reposo.

Mas este curso del mundo no va siempre á paso igual; parece el camino del viandante, quien ora va despacio por la llanura, ora sube lentamente una montaña, ora trepa penosamente sobre montones de escombros ó empleando toda su fuerza muscular salta sobre espumosos torrentes, ora con jadeante pulmón se eleva sobre las peñas más altas y luego al otro lado corre hácia el valle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habían sido en los siglos XII y XIII, las comunidades de labradores del Norte de Alemania, los stedingios y ditmarzos en las márgenes del Eider y del Elba, en sus heróicas luchas por la libertad contra los nobles y los curas, los confederados suizos del siglo XIV con sus victorias de Morgarten, Laupen, Sempach y Nefels, sustrajéronse de la sumisión bajo los príncipes y conservaron su posición independiente en el imperio para asegurar más tarde su confederación republicana por los triunfos que consiguieron sobre Cárlos de Borgoña en las batallas de Gransón, Murten y Nancy. Esta prosperidad de la confederación marcaba tan claramente, como por otra parte hacían el uso de la pólvora y la generalización de la imprenta, la rápida decadencia del feudalismo, imperialismo y clericalismo alemanes. Varias tentativas de restauración, como las que de muy diferentes puntos de vista emprendieron los tres emperadores de la dinastía de Luxemburgo Enrique VII, Cárlos IV y Segismundo, y aun el excelente y muy patriótico Luis de Baviera, se frustraron y debían frustrarse, porque la Edad media había pasado irrevocablemente. Los ideales que el romanticismo había concebido, estaban pálidos y marchitados; el pensamiento romántico había perdido su fuerza productiva; en todas partes presentábanse nuevas ideas y opiniones. Es cierto que la Edad media no desapareció de improviso; sus formas sobrevivían á su espíritu, quedando en pié todavía por mucho tiempo; presentándose aun á menudo con gran brutalidad y porfía; pero no dejaban de ser ya un cuerpo sin vida, una cáscara sin nuez, una armadura sin caballero. Todo lo bueno y lo mejor del pueblo alemán apartábase de esos espectros para adherirse á las entidades nuevas que venían á sustituírlos.



TRÁFICO DE INDULGENCIAS.

III.

1.

Preludios y precursores.

La época histórica en la cual se verificó la transición del romanticismo de la Edad media á la llamada reforma, puede compararse con un árbol que en primavera echa nuevos botones y capullos mientras la hojarasca del último otoño pende todavía de sus ramas.

Existían todavía las formas eclesiásticas y políticas de la Edad media, pero al lado, debajo y encima de ellas, germinaban ideas nuevas y agitábase un pensamiento nuevo.

¿Cuál? El moderno realista.

Pero cuando este pensamiento empezó á moverse para avanzar hubo de notar inmediatamente que en uno de sus piés llevaba fijada una cadena con una bola de plomo, pues arrastraba la teoría cristiano-romántica, la doctrina teológica supra-naturalista de la Edad media.

Semejante grillo debe considerarse como una necesidad histórica para que el progreso humano no se adelante á lo infinito. También es necesario tener en cuenta la procedencia para determinar con exactitud el punto de destino. La humanidad en su marcha eterna vá cargada de un lastre inmenso, arrastra en pos de sí toda la suma acumulada hasta el presente de humana sabiduría y necedad. Sólo á la ignorancia es lícito opinar que jamás la sociedad puede hacer lo que se llama *tabla rasa*, ó que jamás pudiese *rasgar el velo* entre lo pasado y lo presente. Mil hilos indestructibles enlazan lo que fué con lo que será. Todo es transición, todo cambio sin reposo.

Mas este curso del mundo no va siempre á paso igual; parece el camino del viandante, quien ora va despacio por la llanura, ora sube lentamente una montaña, ora trepa penosamente sobre montones de escombros ó empleando toda su fuerza muscular salta sobre espumosos torrentes, ora con jadeante pulmón se eleva sobre las peñas más altas y luego al otro lado corre hácia el valle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

andando más lijero y respirando más aprisa. Y como semejante marcha se interrumpe con descansos más largos ó más cortos, así mismo el desarrollo histórico se atasca de vez en cuando, á lo ménos en apariencia. Hay épocas en que parece arrastrarse y otras en que parece volar. El que no tiene ojo para el mecanismo interior de los sucesos ha de tener necesariamente á veces la impresión que todo marcha en retroceso y á esta ilusión óptica corresponde la otra de una precipitación temporal repentina de la historia del mundo. Es verdad que las revoluciones presentan ese aspecto, pero el iniciado sabe que sus rayos y truenos no son más que descargas de sustancia eléctrica que se habia ido acumulando muy paulatinamente. La revolución eclesiástica del siglo XVI era al sistema papal de la Edad media lo que el efecto á la causa, lo que la conclusión lógica á las premisas dadas. La Iglesia misma habia comprendido mucho tiempo hacia la conveniencia y aun la necesidad de una *reforma en la cabeza y los miembros*, pero el triste éxito de los concilios de Pisa, Constanza y Basilea empezados con tan grandes esperanzas en la primera mitad del siglo XV, había demostrado la imposibilidad de una reforma espontánea. A las tímidas proposiciones de mejoras por parte de teólogos de buena intención la curia dió por respuesta la hoguera en la cual se quemó á Hus, y á fines del siglo el papa Alejandro VI encendió la pira en la cual murió Savonarola, como si este fuego debiese alumbrar más claramente los escándalos de los Borgias en el Vaticano para escarnio de toda la cristiandad. Sólo el *Nolumus* de Roma echado altiva y soberbiamente en las necesidades y peticiones ineludibles hacía crecer el suave susurro reformista hasta constituir una ruda tempestad revolucionaria.

Ya en la *mágica noche de luna* del romanticismo hemos encontrado de vez en cuando, aun en tierra alemana, algún hombre que tenia presentimientos de la claridad del día de los tiempos modernos; más en el trascurso del siglo XV lo que constituía y constituye la diferencia y el contraste esencial de la Edad media, es decir, el sentido de lo real y positivo, se había robustecido grandemente, oponiéndose al estrecho espiritualismo romántico, aunque al principio muy tímida y cautelosamente y á menudo, hasta contra su voluntad, el realismo admitido como signo característico principal de todo el período, desde el siglo XVI hasta hoy. En la época de la reforma llevaba todavía el traje teológico dogmático; sólo que había sustituído las multicolores vestiduras de misas con la negra cogulla de los predicantes; á partir de la mitad del siglo XVIII andaba en traje lego mostrando abiertamente en los labios una sonrisa escéptica.

La herejía era y es en todas partes y épocas la hermana gemela de la ortodoxia, las sectas eran y son las hijastras de la madre Iglesia, y su historia es al mismo tiempo la historia de una continua sublevación contra ella. Lo que la historia universal refiere del cristianismo, no es más que una interminable variación del tema oposicional de fé y duda, autoridad y libertad, dogma y libre pensamiento. El papado hubo apenas puesto el sello en su victoria sobre el imperio con la aniquilación de la dinastía de Hohenstaufen cuando la validez de su poder y magnificencia fué expuesta por diversos lados á dudas más

ó ménos atrevidas. Los trovadores de la Provenza, los tres fundadores de la literatura italiana, Dante, Petrarca y Boccaccio, á los que se agregaron más tarde sus paisanos Pulci y Maquiavelo, los rimadores franceses de *fabliaux*, los copleros alemanes, el padre de la poesía inglesa Chaucer, todos hacían oposición, unos en tono patético, otros en tono satírico. Mas esta oposición dejaba todavía el dogma intacto, dirigiéndose solamente contra la licencia clerical, contra la arrogancia de la ambición jerárquica, contra la cual ya en la época de los Hohenstaufen, el alemán Gualtero de Vogelveide se había levantado tan valientemente.

Mayor extensión y profundidad tomó la oposición al clericalismo cuando empezaron á manifestar sus efectos los estudios clásicos resucitados y cultivados con afán, sobre todo en Italia, á partir de la primera mitad del siglo XIV. *El humanismo*, (pues así llamábase en oposición voluntaria ó inconsciente al teologismo la ocupación con la poesía y el arte, la filosofía y la historia antigua), el humanismo, digo, apareció en la oscuridad de la frailería de la Edad media como aurora anunciando un día nuevo en el progreso de la civilización europea. A la luz que dimanaba de esta aurora, los hombres miraron alrededor de sí y conocieron con extrañeza que era sumamente estrecho y limitado el mundo comprendido en el sistema eclesiástico romano. Manifestábase una propensión y tendencia irresistibles á ensanchar el horizonte geográfico y cósmico empujada por una necesidad muy positiva, pues las relaciones comerciales de los pueblos europeos habían llegado á ser tan múltiples é intensas que los recursos de la Edad media ya no bastaban. Sobretodo presentábase como exigencia imperiosa que había de satisfacerse á toda costa: la necesidad de aumentar los medios de cambio, los metales preciosos, de los que se creia que existían minas inagotables en el Asia Oriental, y el deseo de encontrar los criaderos del oro y de la plata en China y el Japón, era motivo é impulso para los grandiosos viajes de descubrimiento de Dias, Gama y Colón, hallando éste un continente nuevo, *El nuevo mundo*, cuando el objeto de su expedición era alcanzar la costa Oriental de Asia. Los hallazgos geográficos del siglo XV y las colonizaciones del siglo siguiente, junto con el estímulo dado por el humanisno, proporcionaron á la investigación de la naturaleza una base nueva sobre la cual podía progresar hasta los grandes descuorimientos de Copérnico, Keplero, Galileo y Newton.

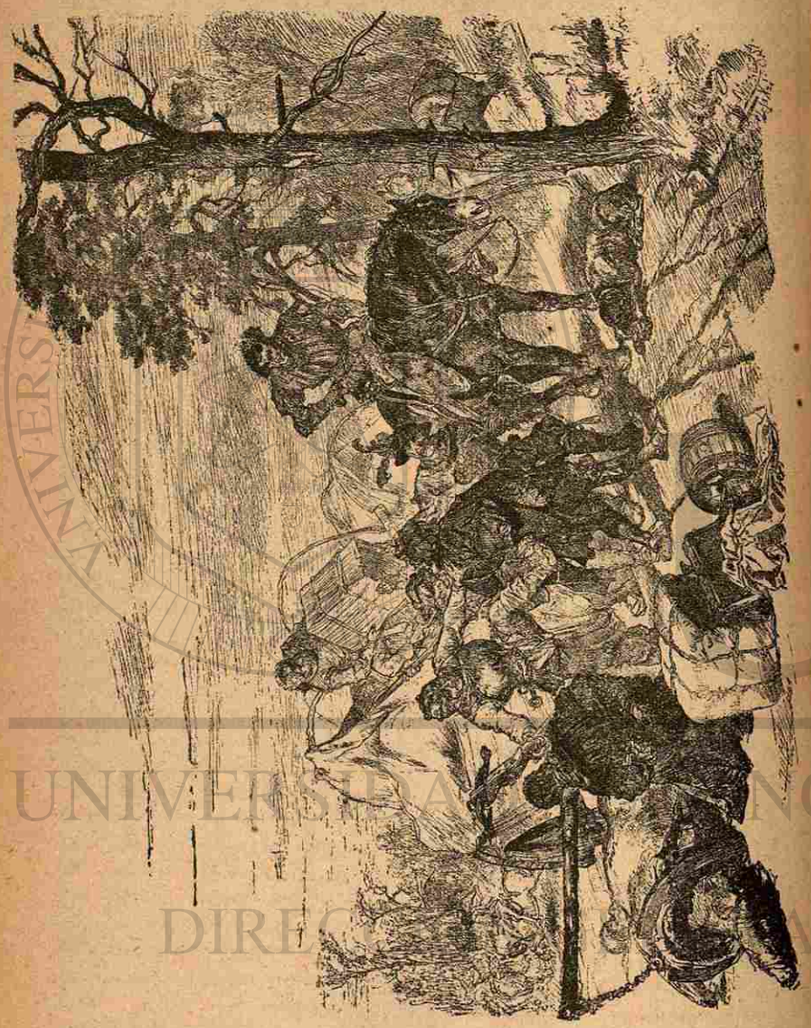
Los pueblos románicos, los italianos, portugueses, españoles y franceses, arrojáronse con noble entusiasmo ó bien con vil codicia en la senda de malditas aventuras que les abrían los mares y países recientemente descubiertos. Con más calma seguían los descubridores, comerciantes y colonizadores de raza germánica, los holandeses y los ingleses. También los alemanes hicieron una tentativa de tomar parte en la carrera por el Eldorado; tentativa que se malogró; pero no deja de ser digna de mencionarse. Los Rochild del siglo XVI eran, como todo el mundo sabe, los Welser y Fugger de Augsburgo, entre cuyos deudos contaba también el emperador Carlos V, cuyas cajas nunca dejaban de estar vacías por más que en sus reinos *el sol no se ponía nunca*. En el año de 1528 el emperador empeñó ó vendió la costa de Venezuela descu-

bierta y ocupada para España pocos años antes por el caballero español Ojeda, al banquero augsburgués Bartolomé Welser, quien quería hacer productiva esta adquisición. Su ajente en la corte de Madrid, Ambrosio Dalfinger, natural de Ulm, armó una escuadra en el puerto de Sevilla, nombró representantes suyos á sus paisanos Bartolomé Sailer y Nicolás Federman, y zarpó en octubre de 1529 con 400 soldados alemanes y españoles y ochenta caballos con rumbo á Venezuela, de la que tomó posesión en nombre de Welser, con el propósito de colonizarla. En valor y energía ese *Cortés alemán* no era inferior al español mucho más célebre que él, pero tampoco en dureza y crueldad. Obligaba á hacer servicios de esclavos á los indios del lago de Maracaibo, llevando sus armas conquistadoras, destructoras y asoladoras hasta el valle de Eupari, hasta las tribus indias de los Pocabuyes y Alcaoladi, hasta los confluentes del Orinoco y aun más allá hasta las frescas faldas de los Andes; pero murió en 1535 en Coriana, de las heridas recibidas en un combate con los indígenas. Su sucesor Jorge de Speyer continuó las expediciones de conquista durante tres años, hizo cosas admirables, pero tuvo un fin oscuro, asesinado probablemente por los españoles celosos, pues estos hacían todo cuanto les sugería la astucia y la fuerza para impedir que en aquellas fertilísimas tierras se estableciera una colonia alemana, y en esto habían de salir con la suya, tanto más fácilmente cuanto que los colonos alemanes recibían de su país poco socorro, faltándoles aun este muy pronto. En Alemania tenían otra cosa que hacer que el aprovechar enérgicamente la ocasión propicia de adquirir una parte del mundo nuevo; las disputas y pendencias teológicas eran un asunto más importante. En el año de 1555, afirman los españoles, un fallo del consejo de Indias, suprema autoridad colonial de España, desposeyó formalmente á la casa de Welser del *reino de Venezuela*. Con esto el breve sueño dorado de los alemanes tuvo su fin, lo cual no habría sucedido si esta tentativa de establecer colonias en América no hubiese caído en una época en que la potencia marítima del imperio alemán, es decir, la de la federación Anseática, iba decayendo rápidamente. La malhadada desunión política de Alemania ha hecho siempre muy difícil una empresa colonial en grande escala, ó si á pesar de todo tal empresa se realizó, resultó estéril para la metrópoli. En los tiempos antiguos, modernos y contemporáneos los alemanes han colonizado y civilizado Curlandia, Livonia y Estonia, el *país de los sajones* de Transilvania y una gran parte del *lejano Occidente* de la América Septentrional; pero ¿qué eran y qué son desgraciadamente todas esas colonias alemanas? Nada, sinó *puestos perdidos* del alemanismo.....

En la época, pues, en que los pueblos románicos se dedicaban con ahinco y buen éxito á la colonización, los alemanes se dedicaban con no ménos empeño, pero con poca suerte, á las contiendas teológicas. Ellos atribuían mucha más importancia al renacimiento considerado necesario, que los pueblos latinos, entre los cuales el renacimiento era puramente artístico ó á lo más científico, pero no religioso. Para los germanos, el cristianismo era una potencia interna, mientras que para los latinos no era más que un culto exterior, que á lo sumo fué elevado al rango de obra artística. Así es que un pintor italiano

podía crear el tipo ideal de la Vírgen en una época en que un fraile alemán pedía la vuelta del cristianismo á la sencillez evangélica, y por esto hasta un papa podía reirse cordialmente de la burla ingeniosa que Maquiavelo hacía en su *Mandrágola* del clericalismo cristiano, mientras que la Inquisición papal castigaba con tormento y muerte toda sublevación contra ese clericalismo.

Mientras que allende los Alpes el humanismo prescindiendo de sus efectos estéticos era solamente un pasatiempo de la aristocracia intelectual, produciendo en el seno de la misma tan sólo la indiferencia religiosa, con la cual la Iglesia se acomodaba perfectamente, en cambio en Alemania el movimiento humanista no tardó en dirigirse más ó ménos abiertamente contra Roma, ya por la circunstancia de atacar los humanistas alemanes el método teológico-escolástico privilegiado por la Iglesia como único valedero. Al través de la forma bárbara de ese método, las acometidas y los escarnios de los humanistas herían también el fondo tenido hasta entonces por sagrado. Las teorías paganas, claras y serenas, que los humanistas habían sacado de la literatura greco-romana, la oponían al principio con entusiasmo genuino y luego con intención polémica á la oscura y nebulosa barbarie del frailismo septentrional. Los efectos no podían dejar de presentarse, aunque los jefes del humanismo primitivo estaban muy lejos de pretender una oposición pronunciada y mucho ménos sistemática contra la doctrina y la constitución de la Iglesia reinante. Estos jefes, como Rodolfo Agrícola, Gregorio de Henburgo, Conrado Celtes, Vilibaldo Pirkheimer, Juan Vimpfling, Juan Reuchlin y Desiderio Erasmo nacido en Roterdam, pero establecido en Alemania, eran eruditos que trataban ante todo, si no exclusivamente, de dar una base más sana á la educación científica de la juventud alemana reformando las universidades escolásticamente podridas, por medio del estudio más racional de las lenguas y literaturas clásicas é introduciendo nuevo estímulo é impulso así en el estudio de la historia, jurisprudencia y teología, como en las ciencias físicas, matemáticas y geográficas. Ciertamente los trabajos filológicos de Reuchlin y Erasmo, señalando el verdadero camino para estudiar las escrituras del antiguo y del nuevo testamento, eran trabajos preliminares fructíferos para la reforma; pero á ninguno de los dos se le ocurrió ocuparse en la posibilidad ó siquiera en la conveniencia de tal reforma; al contrario, Erasmo por lo ménos, erudito pacífico y tímido, quedó tan espantado del tumulto y de la agitación de la reforma estallada, que hacía contra la misma todo cuanto le permitía su cobarde pusilanimidad. En una influencia sobre el pueblo no había que pensar por parte de esos humanistas, ya porque despreciaban la lengua patria teniendo por su mayor gloria el escribir y hablar en latín lo más ciceroniano posible, circunstancia muy natural, porque en vista del descuido y de la degeneración en que había caído la literatura nacional en el curso del siglo xv en los países alemanes, toda persona que tenía pretensiones de ser medianamente culta procuraba hablar latín. Así es que los motivos estimulantes y vivificadores contenidos en el humanismo empezaron á manifestar su acción sobre la opinión pública en el sentido más lato, es decir, sobre la población urbana y en parte también sobre la rural cuando la generación jóven



de los humanistas alemanes sacó estos motivos de las estrechas paredes de las escuelas, tratando de poner en contacto y relación mútua con las condiciones reales y positivas los resultados del renacimiento científico. Sólo entonces la duda, madre de todo progreso, levantó su voz cada vez más alta y empezó á someter lo existente en la Iglesia y el Estado á una crítica atrevida, pero no inmotivada. De esta manera la cuestión de la reforma hallábase puesta abiertamente á la órden del dia.

De este giro que tomaron las cosas no puede hablarse sin mencionar el principal porta-estandarte de ese humanismo jóven consciente y decididamente reformador. Nos referimos al caballero poeta Ulrico de Hutten, nacido en el castillo de Steckel de Franconia en 1488. Lo que conmovia y agitaba á los mejores de sus paisanos y contemporáneos, él lo condensaba en pensamiento fulminante y lo formulaba en palabras abrasadoras; en su juventud, dedicada al aprendizaje del humanismo, habia viajado mucho por los países alemanes y pasado los Alpes, observando en todas partes y con clara inteligencia los males de la época y lo que hacia falta á su patria. Su índole era demasiado ingeniosa para gustar de la estrechez de miras de la teología, del orgullo pedantesco de los doctos, la envidia de clase, ó de los favores de los príncipes que ya en el siglo XVI se ambicionaban de una manera repugnante. De versificador humanista, se hizo heraldo de la reforma eclesiástica y del rejuvenecimiento político de Alemania; de rector latín, se hizo publicista alemán; de caballero noble, guerrero nacional. Alemán de piés á cabeza, idealista en cada fibra, no ha sido alcanzado, ni mucho ménos superado por ninguno de sus contemporáneos en entusiasmo desinteresado por la causa de la nación, y por esto la altiva palabra *lo he osado,* con que empieza la bella canción de consuelo y alentamiento que Hutten dirigió así mismo en el año de 1521, merece ser uno de los recuerdos más gratos de los alemanes. La intervención de Hutten en el movimiento de su época se mostró por primera vez eficaz y energica con ocasión de los ataques que contra Reuchlin dirigieron los *hombres oscuros,* como los profesores del humanismo llamaban á sus adversarios los partidarios del método y de las ideas escolástico-ortodoxas. La lucha literaria que con esta ocasión surgió entre los *teólogos,* cuya fortaleza era la universidad de Colonia, dominada por los dominicanos, y los humanistas, dió la prueba irrefutable que la superioridad de inteligencia y saber pertenecía á los últimos, de cuyo seno salió en aquel tiempo la obra maestra de sátira escrita en el latín monacal más grosero, que tiene por título: *Epístolas de los hombres oscuros,* y fué redactada probablemente por Juan Croto con la coloboración de Pedro Eberbach, Herman de Nuenar y Hutten.

Con este protagonista de la oposición ninguno de sus coetáneos tenia más afinidad que el reformador suizo Ulrico Zwingli, nacido en 1484 en la aldea montañesa Wilhaus de Togenburgo, indudablemente una de las cabezas más despreocupadas y más inteligentes de aquella época. Más suave, más cuerdo y templado en sus opiniones y vida que Hutten, habia nutrido el alma como éste con los estudios clásicos, y por esto era mucho más humanista que ningún otro de los reformadores. Otro punto de contacto con el caballero ale-

mán era el ser esencialmente político. La idea del Estado que faltaba por completo y por desgracia á Lutero, era viva en Zwingli, y así como Hutten esperaba conseguir mediante la reforma eclesiástica, la refundición y reconstrucción del imperio alemán, Zwingli, republicano hasta las uñas, quería combinar con esta reforma la purificación, la consolidación y el desarrollo progresivo de las repúblicas de su país natal. Y en efecto, cúpole la suerte sublime, pero trágica, de morir en el campo de batalla de Cappel (1531), mártir de las convicciones religiosas y políticas. Para hombres como Hutten y Zwingli, hombres de fé en sus ideas, de entusiasmo, de consecuencia y desinterés, no hay puesto entre los dichosos de la tierra.....

Al lado de la oposición prudente de los humanistas antiguos, y de la atrevida y tempestuosa de los jóvenes, marchaba una oposición religiosa que conservaba y desarrollaba las tradiciones de las sectas heréticas de la Edad media, los valdenses, los husitas, los *hermanos de la vida en común*, de los *beghardos* y *beginos*. Participaba esta tendencia reformista de la aversión de los místicos de la Edad media contra la vida mundana del clero, el absolutismo de la curia papal y la profanación idolátrica de la doctrina cristiana. En este último concepto, realmente el escándalo fetichista que se hacía con las pretendidas reliquias, no podía ménos de provocar la reprobación de todos los hombres honrados y decentes. Haría reir sinó hiciese llorar el ver la lista de las sagradas preciosidades que el emperador Cárlos IV, principal fomentador de la farsa religiosa, tuvo la dicha de reunir á costa de grandes sumas, en la catedral de Praga. Figuraban entre ellas los esqueletos de los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, la cabeza de los evangelistas Marcos y Lucas, del apóstol Bartolomé y del mártir Esteban, un retrato de la madre de Dios pintado por el evangelista Lucas, leche de los pechos de la Vírgen y una parte del velo empapado en sangre que llevaba cuando estaba al pié de la cruz de Jesús, los pañales del Salvador y un pedazo del pesebre en el cual había estado, el mantel que había servido en la última cena, así como un trozo de la mesa y la toalla de Cristo, un fragmento del manto de púrpura con que Herodes había vestido á Jesús por escarnio, la cuerda con que le habían ligado, las espinas de su corona y varias gotas de su sangre, una parte de la esponja mediante la cual le habían dado de beber en la cruz, un fragmento de la roca que se hundió en el momento de la muerte de Cristo, una mano de Lázaro, varios cabellos de Magdalena y la palma que el evangelista Juan había llevado en el entierro de la madre de Dios. Semejantes prendas, llevando frecuentemente los mismos rótulos, hallábanse en numerosos otros puntos y ante tales rarezas arrodillábanse rezando miles, centenares de miles, millones de séres *racionales*. En vista de este solo hecho había de ser muy natural y comprensible el deseo de los hombres piadosos y pensadores de salir de semejante *paganismo miserable* y volver al *verdadero cristianismo* predicado en los evangelios. De los Países Bajos, es decir, de una provincia del imperio alemán había salido en la segunda mitad del siglo xv el clamor por semejante regreso, levantado por Tomás van Kempen, al que se atribuye el célebre libro *de la imitación de Jesús*, Juan de Gog y Juan Vessel oponiendo claramente

á la autoridad del papa la autoridad de la Biblia como única fuente entera de la fé, por lo ménos en los oídos de aquellos que tenían los órganos con que se oye y querían oir. En los países del Rhin acogieron y propagoron aquel clamor especialmente Juan de Vessel, quien intentó también lo que más tarde consiguió mejor su contemporáneo Juan Geiler de Kaisersver, muerto en 1509, á saber, el combinar la idea de reforma teológica con la elocuencia popular. Geiler, predicador primero en Basilea y luego en Estrasburgo, fué indudablemente uno de los mejores hablistas que subieron al púlpito en Alemania; á veces se presenta en sus sermones como un Abraham á Santa Clara anticipado, pero tiene más sentimiento y más fondo que el humorista capuchino del siglo xvii.

También en el púlpito gustábales á los alemanes el chiste y la broma; siendo aficionados á la risa genuina, escuchaban la verdad con tanto mayor deleite cuanto más risueñamente se la decían. Una prueba de esto, son aquellos *consejeros jocosos* de las córtes, aquellos *cortesanos bufones*, formalmente instituídos, que en la época de la reforma sabían á veces grangearse gran valimiento con sus amos; así, por ejemplo, el consejero jocoso del emperador Maximiliano I, Kuns de la Rosa al que su amo, según el testimonio de Sebastian Frank, *consultaba en todos los negocios importantes, encontrándole siempre sabio, fiel y bajo la figura de la locura muy atinado, de modo que este loco picaresco no fué estimado el menor de los muy íntimos consejeros de Maximiliano*. Mas también el pueblo tenía sus bufones, sus chanceros ambulantes, cuyas composiciones satíricas á partir del siglo xiii, como prueba el librito de chanzas del *cura Amis*, se dirigían con preferencia contra la licencia de los curas. A fines del siglo xv los chistes muy populares, igualmente de colorido oposicional, conocidos bajo el nombre de *Till Eulenspiegel* (espejo de mochuelos) fueron coleccionados y pocos años más tarde, cosa muy significativa, la antiquísima epopeya alemana de los animales del lobo Isegrimm y del zorro Reinhart, fue renovada en rimas de alemán bajo *(Reineke Fos)* ciertamente con eliminación del significado y tono silvestre é inocente, ocupando su lugar una tendencia satírica anti-clerical consciente. Los eruditos de más ó ménos fama, como Desiderio Erasmo y Enrique Bebel, sin abandonar el latín tomaban parte en la burla popular contra las pequeñeces escolásticas ó las malas costumbres de los curas. Contra las primeras iba dirigida el opúsculo muy satírico de Erasmo: *Encomio de la locura*, mientras que contra las segundas, Bebel, catedrático de Tubingen, descargaba la artillería gruesa de sus *Facetiae*, hiriendo muchos proyectiles, pasando por encima del clero, el dogma mismo; como por ejemplo, el muy divertido cuento de cómo la Trinidad delibera sobre la redención del género humano, que no sería prudente repetir hoy.

Naturalmente los partidarios y beneficiados de lo existente no aceptaban tranquilamente las burlas y críticas que venían de todas partes contra el sistema eclesiástico y pedagógico que los mantenía. No se descuidaban de defenderse ni eran muy escrupulosos en la elección de las armas; también es verdad que no les faltaban lados flacos á los adversarios, siendo la vida de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muchos *poetas,* como los teólogos y escolásticos llamaban con desprecio á la generación jóven de los humanistas, muy poco edificante y presentando la manera de proceder de los humanistas muchas veces un carácter tan gitanesco que no era difícil achacarles muchas cosas malas. La lucha literaria, que toma un vuelo cada vez más ámplio á beneficio de la imprenta, que se des-



LUTERO FIJA SUS TESIS.

arrollaba y multiplicaba todavía más, y fué llevada por ambas partes bajo las banderas de *San Insulto,* que era el verdadero patrono y amparo de los literatos alemanes de aquella época. Es muy posible que la disputa entre los teólogos y los humanistas, como tantas otras disputas literarias anteriores y posteriores, hubiera terminado pacíficamente dentro de los círculos eruditos si las condiciones políticas del imperio alemán hubieran sido más satisfactorias, y á no ser que un abuso eclesiástico descarado pegara á la paciencia alemana un golpe tan desgarrador, que provocara al sublevado corazón ale-

mán á contestar con otro golpe que hirió á Roma y al romanismo de una manera muy diferente de la que habían podido herir los flechazos del escarnio de los humanistas.

En el Vaticano, donde un Médicis de talento reinaba con el nombre de Leon X, debíase á los *pecados de los tontos alemanes* los mejores parroquianos de la fábrica papal de bulas de indulgencias. Pero necesitábase de más dinero, sobre todo porque el edificio gigantesco de San Pedro, empezado por Bramante, continuado por Rafael, coronado con la maravillosa cúpula por Miguel Angel y terminado más tarde por Bernini, consumía sumas enormes. Por este motivo el negocio de las indulgencias entre los *bárbaros del Norte,* había de emprenderse con nueva energía, y tal vez habría pasado también ahora con poca dificultad y mucho lucro, si el viajero comisionista papal, el fraile dominicano Tetzel, hubiese hecho la propaganda de su negocio con ménos ruido y más vergüenza; pero cuando éste hubo abierto en Sajonia su barraca ambulante propagando sus indulgencias buenas para todos los pecados posibles, pasados, presentes y futuros, con la frente y la voz del más descarado charlatán de plaza, despertóse la conciencia alemana en la persona del doctor Martín Lutero, fraile agustino y catedrático de teología de la recién inaugurada universidad sajona de Witemberg. El 31 de octubre de 1517 clavó en el portal de la iglesia del palacio de Witemberg 95 tésis dirigidas contra el infame escándalo del tráfico de indulgencias, ofreciéndose, según la costumbre docta de entonces, á sostenerlas y defenderlas contra todo el mundo, oralmente ó por escrito.

Los martillazos con que se fijó aquel pedazo de papel dieron la señal de un cisma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sermón de Lutero al pueblo de Mora.

2

De Witemberg á Münster y Osnabruck.

El estado descompuesto y disgregado del sistema político alemán tal cual por desgracia existía á primeros del siglo XVI, favoreció y fomentó esencialmente la separación de la Iglesia alemana en dos campos hostiles, pues la reforma entregó al maligno espíritu centrífugo de los pueblos alemanes un nuevo instrumento y arma poderosa que cogió con empeño y blandió con energía. Así sucedió que precisamente en la época cuando en España, Francia, Inglaterra, Escandinavia, el Estado nacional unitario y monárquico iba acabalándose, el imperio alemán se inclinaba decididamente á la disolución en un batiburrillo federal de estados y estaduchos particulares. Los pensadores patrióticos habían previsto y lamentado amargamente la calamidad del desmembramiento, la plaga de la multitud de estados pequeños, exclamando uno de los mejores de su tiempo, Gregorio de Heimburgo, poco después de 1450: *¡Oh Alemania, ciega é insensata, niegas la obediencia al emperador único y prefieres en cambio someterte á mil tiranos!*

Con todo, es verdad que el imperio no ha sido cual convenía para la nación y la época. Después de la muerte del emperador Segismundo, la casa de Habsburgo había entrado en posesión de los países luzelburgo-bohemios, y la corona imperial alemana que conservó hasta extinguir la descendencia varonil con el emperador Carlos VI. El gobierno de Alberto II y Federico III era tal como podía esperarse por parte de príncipes de tan poco talento y carácter, pareciendo que la constitución y administración del imperio existían solamente

para escarnio y ludibrio, reinaba una anarquía manifiesta. El *soberano de un país* hacía caso de la autoridad imperial solamente cuando le convenía; por lo demás, los príncipes, grandes y pequeños, los prelados y señores, como así mismo las ciudades grandes y chicas, hacían lo que querían y podían. Al principio del reinado de Maximiliano I (de 1493 hasta 1519) parecía que la cosa mejoraba, pero las esperanzas cifradas en él cumpliéronse sólo en pequeña parte; por un lado, porque pensaba más en los países particulares de su casa que en el imperio, considerando como tarea principal de su vida su casamiento con la heredera de Borgoña, María, hija de Carlos el Temerario, y el de su hijo Felipe con la demente Juana, hija y heredera de Fernando de Aragón é Isabel de Castilla; y de otro lado, porque prefería el papel de *último caballero* al de ser un verdadero emperador de una época incipiente. Efectivamente, fué lo que suele llamarse *señor caballeresco*, de gran valor personal, de talante idealista y romántico, de sentimientos humanitarios y dotado de cierto humor bonachón. Pero históricamente considerado, no era más que una figura crepuscular poco satisfactoria que acometía sin alcanzar el objeto, que se meneaba inquietamente de un lado á otro sin fijarse en ninguno, trazando planes y haciendo proyectos, pero igualmente inepto cuando se trataba de ejecutarlos y realizarlos en el gabinete ó en campaña. La manifestación más triste de esta ineptitud diplomática y militar, fué la llamada guerra de Suabia, que arrancó la federación Suiza del imperio alemán, pues en virtud de la paz de Basilea (1499) el emperador, varias veces batido por los suizos, hubo de reconocer el hecho de la separación de los confederados del imperio, quedando con esto asegurada á Suiza la libre evolución de sus repúblicas en miniatura; pero no solamente quedó el imperio privado de su provincia más hermosa, sinó que ésta, sometida pronto al prepotente influjo de la política francesa, se puso bastantes veces en oposición hóstil á Alemania.

A los negocios casamenteros mencionados arriba, Maximiliano añadió más tarde otro tercero lucrativo, casando á su nieto Fernando, hijo segundo de Felipe y Juana, con Ana, hija de Ladislao, rey de Hungría y Bohemia. Su nieto mayor, Carlos, heredó luego de su padre Felipe las provincias holando-borgoñonas y de su madre, España con Nápoles y Sicilia, así como las inmensas posesiones coloniales del nuevo mundo; mientras que el nieto menor, Fernando, heredó del abuelo los países austriaco-alemanes, y del suegro las coronas de Hungría y Bohemia. Con semejante prosperidad de las dos líneas de la *archi-casa de Austria*, la española y la alemana, era muy justificada la invención del dicho: *Bella gerant alii, tu felix Austria nube* (que otros hagan guerras; tú, Austria feliz, cásate). Pero lo que Habsburgo adquiría mediante sus casamientos, no resultaba en provecho de Alemania; al contrario, cuantas más coronas reales y ducales los habsburgueses se ponían, tanto más ajenos se hacían á su patria. Los nietos de Maximiliano eran ya completamente desalemanizados y la españolización de la cása archi-ducal (pues el elemento español acabó por vencer á los elementos alemán, borgoñón, húngaro y eslavo) fué una calamidad nacional para Alemania. Esta malhadada transformación de la casa imperial le quitó la inteligencia de la reforma, le hizo hostil á la

misma á consecuencia de lo cual ésta se redujo á un conjunto de pedazos y fragmentos. Al mismo tiempo empezó la rivalidad entre las casas de Habsburgo y de Valois-Borbón, que continuó durante dos siglos sirviendo al imperio



MAXIMILIANO I.

alemán solamente de medio para los fines de la política particular habsburguesa. El castigo por esto no se hizo esperar, *pues toda culpa se expía en la tierra*.....

El emperador Maximiliano había subido al trono lleno de buena voluntad, y si en vez de ser un *señor caballeresco* hubiese sido hombre de Estado, habría conseguido ciertamente satisfacer de otra manera que la empleada por él, las necesidades de reformas eclesiásticas y políticas que se manifestaban por todos lados. Con todo, algo había de hacerse para contener la anarquía y no dejar el imperio del todo sin defensa contra los peligros que se anunciaban ya claramente por parte de Francia en el Oeste y los que amenazaban abiertamente por parte de los otomanos desde el Sudeste. En las filas de la aristocracia alemana hallábase á la sazón un hombre, el arzobispo elector de Maguncia, Bertoldo de Heneberg, quien debe considerarse como el último patriota y político eclesiástico de gran talla. Era el alma de las aspiraciones y trabajos reformistas que tomaron forma de leyes en la dieta de Worms en el año 1495, estableciéndose la llamada *paz nacional eterna*, destinada á poner fin á las espantosas desolaciones que hacía el derecho de la guerra privada; instituyéndose para el arreglo de diferencias entre los miembros del imperio, un tribunal supremo, llamado *tribunal de las cámaras del imperio*, cuyo domicilio permanente fué más tarde Wetzlar; y decretándose finalmente el cobro de un impuesto general *(el penique común)* para fundar y llenar una caja imperial. Para hacer la administración civil y jurídica del imperio más fácil y expedita, dividiose el imperio en diez círculos: Austria, Baviera, Suabia, Franconia, Rhin electoral, Rhin superior, Rhin inferior y Wesfalia, Borgoña, Sajonia alta y Sajonia baja. El arzobispo elector Bertoldo llevaba en la mente otra reforma más radical de la constitución del imperio, la institución de un parlamento imperial compuesto de los príncipes eclesiásticos y seglares, así como de representantes de las ciudades del imperio, debiendo semejante gobierno constitucional parlamentario robustecer más bien que debilitar la suprema autoridad del emperador. Pero sus trabajos y esfuerzos hechos en este sentido estrelláronse contra la limitada inteligencia y el ilimitado egoismo de los demás príncipes, así como en la falta de energía del emperador, quien sentía y sabía perfectamente dónde le apretaba á Alemania el zapato romano (en el año 1510 Maximiliano mandó exponer las quejas alemanas contra la Sede romana en una extensa memoria); mas era demasiado inconstante, indeciso é inepto para hacer una tentativa enérgica de librarse de aquel aprieto. Encontraba que hacer en todas partes y por esto no hacía nada bueno en ninguna. Los gérmenes de reforma, indudablemente buenos y vitales, contenidos en los decretos de Worms de 1495, quedaron sin desarrollarse: el momento propicio para transformar el imperio, es decir, para convertir el estado feudal flojo y centrífugo, en la monarquía moderna, tiesa y centrípeta, pasó desaprovechado. Mientras que la unidad nacional se consolidó felizmente en Francia bajo la forma de la monarquía absoluta, y en Inglaterra bajo la forma de monarquía constitucional, fué sacrificada en Alemania por el particularismo de la aristocracia. Precisamente, en la época de transición de la Edad media á la moderna, los magnates alemanes, que de derecho eran todavía feudatarios del emperador, convirtiéronse de hecho en príncipes soberanos. El cisma favoreció incontestablemente muchísimo esta calamidad de la

multitud de Estados; este ensanchamiento de la autoridad de los príncipes, el gobierno arbitrario y refrenado. Ciertamente había príncipes alemanes que se adherían á la reforma de corazón, pero otros la aceptaron por motivos poco nobles. Lo importante es, que los señores convertidos al luteranismo ó al calvinismo, de una manera ú otra encontraron cómodo negar la obediencia al emperador, que había permanecido romano, naturalmente siempre á causa de la religión. ¿Y sus señores compañeros que habían permanecido fieles á la Iglesia católica? ¡Toma! estos no habían de sufrir que sus compañeros luteranos y calvinistas fuesen más autónomos y soberanos que ellos, y por esto comportábanse igualmente tan soberanos y *por la gracia de Dios* como podían.

Las consecuencias de la actitud de Lutero el 31 de octubre de 1517 y la marcha de la reforma las conoce todo el mundo, como así mismo el curso de la vida de Martin Lutero, quien nacido el 10 de noviembre de 1486 en Eisleben de Sajonia, se hizo entre hambre y angustias, de escolar de convento fraile agustino, y de tal, doctor y catedrático de teología; luego, sublevado contra Roma, despreciador del anatema y reformador, sostuvo su opinión enfrente al emperador y al imperio; fué proscrito, tradujo la Biblia al alemán como no había sido traducida hasta entonces, casó con la ex-monja Catalina de Bora, llevó con mucho trabajo honrado una vida doméstica honesta con *mujer, vino y canto*, fundó la Iglesia luterana, concluyendo, para fortalecerla, un compromiso con los príncipes inclinados á la reforma; separó terminantemente la causa del luteranismo de la causa de la reforma político-nacional y de la revolución político-social, puso la letra de la Biblia en lugar del papa, rechazó como heregía toda duda de eso *infalible* luterano, persiguió como á entusiasta á todo el que se atrevía á tener y confesar una opinión diferente de la suya acerca de la doctrina Pablo-Agustina, compuso el gran coral de combate de la reforma *(Un fuerte castillo es nuestro Dios);* pero también inventó el dogma de la limitada inteligencia de los súbditos. *(Que dos y cinco son siete lo puedes comprender con el entendimiento, pero si la superioridad dice dos y cinco son ocho debes creerlo contra tu saber y tu sentir);* y murió en Eisleben en 18 de febrero de 1546. Herder, en el estilo vigoroso de su juventud, caracterizó al reformador de la manera siguiente:

«¡Potente roble!
¡De alemana estirpe! ¡Fuerza de Dios!
Arriba en la copa ruge la tempestad,
Tu estás con brazos de cien arcos
Afrontando la tempestad y verdeas!
La tempestad sigue rugiendo. Yacen por ahí
Diez ramas pobres, áridas,
Derribadas al suelo. ¡Tú, roble, estás firme,
Eres Lutero!»

No cabe duda que esta caracterización vigorosa como de brocha gorda, en término general es acertada, aun bajo el punto de vista de la historia de la civilización; pero bien pudiera ser que una ú otra de las *pobres ramas derribadas* en la tempestad de la reforma tuviese para el pueblo al ménos tanto valor como el luteranismo ortodoxo quedado en pié y frondoso, acerca de cuyo servilismo é intolerancia un contemporáneo de Lutero, Sebastián Frank, una de las cabezas más claras y uno de los mejores corazones alemanes del si-



MARTIN LUTERO.

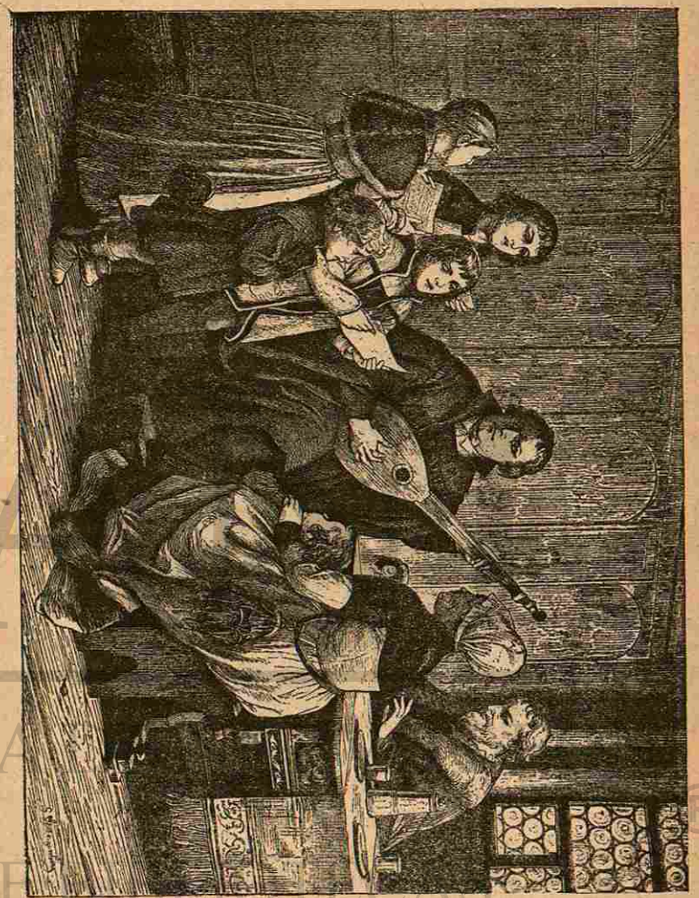
glo XVI, se pronunció en 1534 de la siguiente manera: *Antes, en el papismo, hemos tenido mucha más libertad para castigar también los vicios de los príncipes y señores; ahora todo debe hacerse á la cortesana, ó es declarado faccioso. Dios lo remedie.* La queja era harto justificada, pero, ¿de qué servía querellar contra la naturaleza humana y la necesidad histórica? Pues conforme con las dos es el que la rebelión en llegando al poder en la lucha interminable entre la autoridad y la libertad, se haga conservadora á su vez sosteniendo *su* autoridad á todo trance. Los sublevados de ayer han sido siempre los déspotas de hoy.

Lutero era un carácter enérgico de campesino alemán, hombre de sentimientos profundos, persuadido y convencido de la verdad y saludabilidad del cristianismo bíblico, cabeza de hierro y porfiada como genuino aldeano sajón, de miras estrechas y de cultura limitada teológica. Su temor de Dios no tenia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otro rival que su temor del diablo, pues sabido es que el reformador y su docto fámulo Felipe Melanjton (Tierra negra), conservaban una credulidad fanática por toda la patrañería de demonios, hechiceros y brujos de su época. Lutero carecía en absoluto de órgano para comprender la grandeza y belleza de la antigüedad clásica y de su civilización, habiéndole apenas rozado el movimiento humanista. En cambio, tenía en su alma un soplo de poesía elemental, la plenitud de su corazón comprendía y gustaba de la expansión musical en palabras y melodías. Su sentido hablista era de genialidad creadora, pues sobre la base del dialecto sajón de Meissen, creó, robusteció y suavizó el lenguaje culto llamado alemán alto moderno, por medio de su traducción de la Biblia y sus escritos de doctrina y de controversia. Por lo demás, permaneció durante todo su vida, si no fraile, al ménos teólogo, y como tal miró y trató los asuntos políticos. Se comprende que á ese hombre encerrado en un círculo muy estrecho de ideas y nociones, le inspiraran miedo las teorías y aspiraciones de los políticos reformistas nacionales, y mucho más naturalmente las de los revolucionarios político sociales. Tal vez desconfiaba, y con razón, de la inconstancia del pueblo y de la volubilidad de las *masas*. Mas á pesar de toda su parcialidad feroz y sanguinaria contra el pueblo en la guerra de los campesinos (*Pique, apalee, estrangule á los campesinos el que pueda*) es una cosa muy repugnante y el convenio hecho con los príncipes á expensas del pueblo para asegurar su reforma eclesiástica, tiene algo de atolondrado y hasta positivamente egoista.

Mas tal como era y se presentaba, Lutero ha sido el hombre á propósito para enarbolar la bandera de una lucha á muerte contra Roma y para combatir cuerpo á cuerpo con el coloso papal. No temía mas que á Dios y al diablo; el temor de los hombres no existía para él. Sus pasos en el camino de rebelión contra el papa eran al principio algo reposados, casi tímidos; varias veces dependía de los romaneros hacer tergiversar ó al ménos pararse al sublevado; más á medida que el procedimiento de los adversarios del atrevido fraile se manifestaba más desacertado, obstinado y odioso, la figura de éste iba tomando proporciones heróicas. En la cumbre de la grandeza personal é importancia histórica, encontrose en el año 1521, pues entonces hizo en un mal carro de labrador su viaje heróico á Worms para presentarse ante el emperador y los grandes del imperio sosteniendo y justificando su doctrina. Pasando por Veimar, algunos amigos le decían que tuviera cuidado, porque en Worms pudiera construírsele una hoguera como la que un siglo antes hicieron á Huss en Constanza; pero él contestó: *Y aunque entre ésta y Worms encendiesen un fuego que llegara hasta el cielo, quiero atravesarlo y presentarme á los grandes dientes de Behemot.* En el camino presentose una vez como predicador popular en grande estilo, á saber en Mœra, pueblo cerca de Eisenach, del que procedían sus antepasados. Allí se puso bajo el tilo del pueblo explicando á una muchedumbre inmensa acudida de cerca y de léjos para verle y oirle, la doctrina evangélica y los motivos que le habían determinado á levantarse contra el poder *anti-cristiano* del papa de Roma. Este sermón popular, pronunciado bajo el tilo de la aldea de Mœra, considerado humanamente ha sido



LUTERO EN EL SENO DE SU FAMILIA.

uno de los actos más importantes de Lutero. Otro acto no ménos importante verificose en aquel 13 de junio de 1525 en que el reformador se hizo desposar con su *Kœthe* (Catalina), pues esto era abolir prácticamente la innaturalidad del celibato combatida hasta entonces sólo teóricamente; era reconstituir al



LUTERO EN EL CASTILLO DE WARTBURGO.

sacerdote en el seno de la familia. Pero cuatro años más tarde hubo en Marburgo una escena que considerada humana, cristiana y políticamente, es una vergüenza para el reformador. Tratabase en aquel *coloquio religioso*, como todo el mundo sabe, de componer la desavenencia de los luteranos y zwinglianos acerca de la comunión considerada por Lutero en el sentido estrecho de la letra de la Biblia. Zwingli, que entre tanto había conducido con habilidad y valentía la lucha contra Roma en la Suíza alemana adelantando grandemente la obra de la Reforma, se mostró superior á Lutero en inteligencia, saber y dialéctica, pero hizo todo lo que su conciencia le permitia para evitar una ruptura entre los reformados alemanes y suízos. Mas Lutero no quería saber nada de conciliación sinó que provocó el lamentable rompimiento adrede y groseramente, lanzando contra su adversario, con la brutalidad de un rústico que en su opinión preconcebida se cree infalible é inatacable, la palabra: *Vosotros no teneis el verdadero espíritu.* Era esto hablar como clerizonte fanático. Es fácil ver que entre los dos reformadores que en Marburgo se separaron para siempre (1529) se manifestaba la diferencia de índole de los alemanes del Sur y de los del Norte; de ahí lo movedizo y atrevido de Zwingli, de ahí lo macizo y estable de Lutero. Aquel era, por decirlo en una palabra, un radical, éste un conservador, que creía como calculaba muy prácticamente hacer más aceptable su obra reformista á los príncipes y magistrados municipales de Alemania conservando en la doctrina y el culto todo lo posible de lo que existía en la iglesia antigua. Sí, este cálculo era acertado, pues *la costumbre es la nodriza* del hombre. El carácter fuertemente conservador del luteranismo indudablemente contribuyó mucho á acelerar la propagación del mismo. Otros motivos cooperantes eran la aversión nacional de los alemanes contra el romanismo, el fastidio por la contínua explotación de Roma, el anhelo de innumerables personas pensadoras y de sentimientos por una profundización y desexteriorización de la fé y del culto; y finalmente, pero tal vez no el último motivo, el inmenso botín que llevaba á las arcas de los príncipes y de las ciudades, la abolición de los conventos y obispados, la confiscación de los bienes de los cabildos y demás fundaciones. El interés en el sentido más positivo de la palabra, ha tenido una parte importante en la Reforma como en todas las crísis y catástrofes de la historia. Sólo el optimismo irreflexivo puede opinar y sostener que las masas populares han sido llevadas de la Iglesia antigua á la nueva por impulsos internos; los impulsos internos y el convencimiento propio existían é influían solamente en una minoría pequeña, mientras que la muchedumbre no hacia más que seguir la moda de reforma como antes había seguido la moda de las Cruzadas y del flagelantismo, y no pocos, sinó muchísimos indivíduos admitían la *doctrina nueva*, de ninguna manera por su *salvación eterna*, sinó por su provecho temporal, no hallándose excluída tampoco la cooperación de los motivos más inmundos. Especialmente un número bastante grande de los inquilinos é inquilinas de los conventos desclaustrados consideraban la confesión del luteranismo como una carta de privilegio para toda clase de desórdenes; y no fué solamente en Nuremberga, como refiere el cronista contemporáneo Antonio Hentzer, que *las monjitas corrían de un convento al otro que era en la casa de mujeres queridas.*

Entre tanto el movimiento había invadido todos los estados y todas las clases del imperio alemán apoyándolo los unos y rechazándolo los otros. La cuestión era si sería bastante poderoso para arrollar y arrastrar consigo á modo de alud también á los elementos reacios. La decisión dependía tal como las cosas estaban entonces, en primer lugar de la cabeza del imperio, el emperador. Raras veces los alemanes, al ménos la nobleza baja, la burguesía y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y los campesinos, habían saludado en el trono con tan gratas esperanzas á otro emperador como los que saludaron al nieto de Maximiliano, Carlos V, y raras veces las esperanzas de un pueblo han quedado frustradas tan completamente como esta vez. El emperador de los alemanes era y permaneció extranjero en Alemania, medio valón, medio español, despreciaba como todo lo alemán, así mismo la lengua alemana, que apenas hablaba chapurradamente



EMPERADOR CÁRLOS V.

en el dialecto flamenco. Para comprender la idea de la reforma, para aceptar esta idea en su inteligencia y su corazón, faltábale la disposición natural y sobrábale la educación devota española. No era partidario fanático de la Iglesia romana porque era demasiado frío para ser fanático. No vacilaba en sitiar al papa en Roma ni en entregar la *capital de la cristiandad* después de su toma por asalto á todos los horrores de la *furia de la guerra* cuando esto convenía á sus intereses; pero adivinaba por instinto los gérmenes de libertad ocultos en el principio de la reforma y no titubeó en aplastarlos en cuanto podía. Era lo que hoy se llama político realista, político realista del siglo XVI. Lo que él entendía, creía y manejaba era por lo tanto aquel conjunto de astucia,

ingeniosidad y falta de conciencia diplomáticas que se llamaba *práctica italiana*, porque esa política, que no sabía nada ni quería saber de ideales ni de pueblos teniendo en cuenta solamente el egoismo dinástico, se había desarrollado en las córtes italianas hasta la última ruindad. ¿Cómo hubiera podido aceptar la reforma un político de esta clase, un absolutista que conocía perfectamente la utilidad de la fe autoritaria romana para un sistema y que, además, quería asegurarse en la lucha empeñada entre Habsburgo y Valois-Borbón, la alianza de la Sede papal contra Francisco de Francia, un príncipe á quien Alemania como tal era muy indiferente y que no tenía otro afán que la grandeza de su casa y el poderío de España? Era imposible. La proscripción que decretó en abril de 1521 en la dieta de Worms, contra Lutero, demostraba que la reforma no podía esperar nada por parte del emperador y señaló la división del imperio en una Alemania católica y otra protestante.

Pues á este extremo llegaron las cosas muy pronto. El hecho de protejer el elector Federico de Sajonia al fraile proscripto y anatemizado, de inclinarse abiertamente al *Evangelio* el langrave Felipe de Hesse y otros grandes, como también ciudades enteras y campiñas, este hecho demostraba claramente que en gran parte de Alemania el anatema papal y la proscripción imperial habían perdido sus terrores. La tempestad que agitaba á la época era una de aquellas tempestades de la evolución histórica que á lo más se dejan contener un rato, pero no aplacar del todo con decretos y medidas de violencia. Pero las fuerzas refrenadoras que se oponían á la tempestad, la autoridad papal y el poder imperial en unión con los príncipes alemanes que permanecían fieles á la Iglesia antigua, bastaban para impedir que esa tempestad desplegara sus alas por completo. Esto resultaba evidente cuando las tentativas hechas de diferentes lados para hacer fructífero el movimiento religioso también en el sentido nacional y social se estrellaron contra la resistencia de los partidarios y usufructuarios de lo existente en la Iglesia y el Estado. Así sucedió con la tentativa de la nobleza baja del Sudoeste de Alemania de llevar á cabo una transformación de la constitución del imperio destinada á limitar el poder particular de los príncipes y á extender la reforma eclesiástica. Jefe de esta empresa era aquel caballero muy conocido y popular, Francisco de Sikingen, el primero que había introducido en su castillo de Elernburgo el culto según el rito luterano evangélico. Su amigo Hutten apoyaba la atrevida empresa con todo el entusiasmo de su alma patriótica, mientras que Lutero, al que Sikingen había ofrecido magnánimamente su protección, no quería saber nada, cumpliendo con esta reserva su enseñanza repetida terminantemente á cada ocasión, de la obediencia pasiva del verdadero cristiano. *(Un cristiano es enteramente un ente pasivo que sólo sufre... El cristiano debe dejarse oprimir y desollar con paciencia sin intentar la menor resistencia; las cosas del mundo no le importan nada; deja robar, pillar, oprimir, desollar, raspar, estrujar y amotinar al que quiera, pues es un mártir en la tierra).* Abandonado, pues, por el lado donde había de esperar el socorro mejor, Sikingen hubo de sucumbir defendiendo valientemente su castillo de Landstuhl contra las fuerzas unidas del conde palatino, del conde de Hesse y del elector de Tréveris; recibió

una herida mortal, falleciendo al dia siguiente (mayo de 1523). Sus adversarios victoriosos rodearon su lecho mortal, y á uno de ellos que le dirigia palabras de consuelo le contestó: *Yo tengo poca importancia; yo no soy el gallo al rededor del cual se baila;* queriendo decir que su persona y su suerte eran poca cosa en comparación con la causa que habia defendido. Un pariente del *último caballero,* como Sikingen puede llamarse con más razón que el emperador Maximiliano, pronunció en su tumba estas palabras honrosas: *Como durante su vida tuvo un corazón viril, honesto y constante, así lo ha conservado hasta la hora de la muerte.*

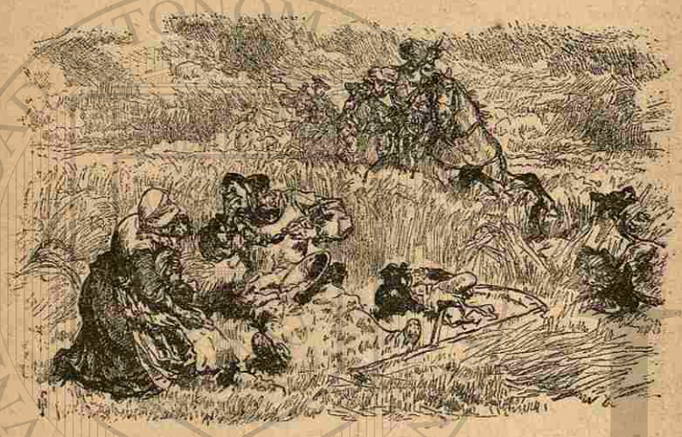
Hutten, á quien ya antes la hostilidad de los adversarios de la reforma habia obligado á pasar el Rhin como proscripto de hecho, supo en el convento agustino de Mülhausen, donde habia encontrado un breve refugio, el fin de su amigo, y con esto el desvanecimiento de su última esperanza. Poco después, como Erasmo refiere con ruin satisfacción, hubo de huir de noche ante las persecuciones del populacho de Mülhausen á Zurich, donde Zwingli le acogió generosamente. Allí mismo, ó en los baños de Pfœfers, donde le albergó hospitalariamente el abad de Pirminsberg, adicto á la reforma, Hutten compuso su último escrito patriótico contra los *tiranos,* que era al mismo tiempo un grito de venganza por el muerto de Landstuhl. Zwingli proporcionó al combatiente cansado y enfermo incurablemente un último asilo en casa del párroco Juan Schnegg, hombre esperto en medicina, en la amena isla de Ufnau, en el lago de Zurich, donde le persiguió aun el odio y la traición del vil intrigante Erasmo. Pero pronto el fugitivo acosado, hallose por encima de los hombres del jaez de ese erudito cortesano, de todos sus enemigos y de toda la miseria y cuita de la existencia, pues el 31 de agosto, ó el primero de setiembre según otros, de 1523, murió en la isla, no conociéndose el punto preciso de su sepulcro. Con Hutten habia desaparecido el hombre que sin duda habia concebido de la manera más grandiosa la idea de la reforma, queriendo que sobre ella se levantara la reconstrucción política y eclesiástica de Alemania y creyendo haber encontrado el instrumento apropiado para la realización de su idea en la nobleza baja del imperio conducida por su amigo el guerrero Sikingen. El ensayo salió fracasado, pero no fué el único, pues la bandera de la reforma política, nacional y social caida de la mano del caballero moribundo, fué recogida por el labriego alemán, pero solamente para empaparla en su sangre derramada de nuevo.

Si consultamos las descripciones de autores nacionales y extranjeros del siglo XVI, encontramos que las condiciones económicas de Alemania en aquella época y especialmente antes de empezar la reforma eran satisfactorias por regla general; sobre todo en las ciudades habíase acumulado una prosperidad considerable. Pero el cuarto estado, el de los labradores, habia quedado muy atrás en comparación con los adelantos del tercer estado. Ciertamente habia en varias partes del imperio comunidades de labradores libres cuya situación era relativamente desahogada; pero en general los labradores alemanes eran un *pueblo apenado, juguete de todo el mundo, callado y oprimido, con pechos, corbeas, rentas, contribuciones y derechos.* El labrador llamábase y era



HUTTEN MORIBUNDO.

el hombre pobre. La miseria de los labradores era tan terrible y evidente, que los príncipes y nobles de sentimientos se creían á veces molestados en su conciencia como aquel hacendado de Turingia, Enrique de Einsiedel, quien se dirigió á Lutero preguntándole si él, Einsiedel, no estaba obligado á librar á sus labriegos de corbeas. El reformador dió la contestación característica para el luteranismo: *que nó, si el señor propietario no ha impuesto él mismo*



MISERIA DE LABRIEGOS.

los trabajos personales, siendo al contrario tradicionales, pues no está bien renunciar á derechos existentes; la gente baja debía estar cargada de trabajos para que no se volviera petulante. Mas los labradores alemanes, invadidos y conmovidos profundamente, se habían formado de la *libertad cristiana* una idea muy diferente de la que gustaba el reformador. En muchas partes habían opinado antes de tener noticia de la buena nueva de esta libertad, que debía romperse el yugo de la servidumbre bajo la cual estaban jadeando. Ya á fines del siglo XV y á principios del XVI la desesperación había llevado á los labradores de comarcas enteras á sublevarse abiertamente; así se habían levantado en 1471 los labradores del campo de Virzburgo, en 1502 los del Rhin, en 1514 los de Virtemberg donde habían formado en el pueblo de Reinstal, desde 1503, una hermandad campesina llamada *el pobre Konrat*, porque para la calamidad del pueblo no se encontraba ningún remedio. Esta alianza de labradores suabios había sido también la primera en emplear la alpargata (*Un sayo de cutí, dos alpargatas y un sombrero de fieltro forman el traje de los labradores*, escribió Sebastián Münster en 1545); como símbolo y estandarte de los labriegos descontentos. Todas estas sublevaciones aisladas habían sido aplastadas y castigadas cruelmente, pero la efervescencia no quedó sofocada, sinó que aumentó en intensidad y extensión hasta estallar en 1525, amenazando propagarse por todo el imperio el fuego de una revolución labriega alemana encendida primeramente en Suabia, Alsacia y Franconia. Como á heraldo ó profeta de esta tentativa democrática de transformar Alemania política y socialmente, puede considerarse aquel Tomás Münzer de Altstädt, que fué una especie de Lamennais del siglo XVI, pues en el tono bíblico del antiguo testamento proclamaba un evangelio, mezcla extraña de cristianismo evangélico y de comunismo moderno anticipado. Los más de los jefes de la gran sublevación, como Schapeler, Hulmaier, Mezler, Rebman, Weigand, procedían de Suabia, Baviera y Franconia. El supremo director político era el probo Wendel Hipler, hombre de instrucción política y jurídica; el mejor capitán no era el grosero Gœz de Berlichingen, sinó otro hidalgo, Florian Gaier, quien se había adherido, no como su colega mencionado, por fuerza y á medias, sinó espontáneamente y con toda el alma á la buena causa del pueblo, consagrándole con entusiasmo puro y elevado su corazón y su brazo, sus bienes y su sangre. Donde y mientras quedaban al frente hombres como Hipler y Gaier todo iba bien y casi ordenadamente en medio de la revolución; allí no cabía el fanatismo apocalíptico y comunista de Münzer. El gran manifiesto, *los doce artículos principales, fundamentales y legales de todos los labriegos y vasallos de las superioridades eclesiásticas y temporales de los que se creen oprimidos*, este manifiesto de labradores salido de la Suabia alta en la primavera de 1525, es incontestablemente el documento político social más importante de toda la época de la reforma. Pretendía la abolición completa de la servidumbre corporal, un arreglo equitativo de los días de trabajo, pechos y demás prestaciones, limitación del privilegio de caza de los nobles, devolución de los bienes quitados ilegalmente á las comunidades, el derecho de elegir á sus párrocos y una reforma de la administración de justicia. Todas estas demandas de los campesinos eran tan justas como moderadas, y además declaraban expresamente que estaban dispuestos á abandonar todas las que les fueran demostradas inconvenientes por la palabra de Dios. Lutero mismo, quien á la sazón había ya concluído de hecho su compromiso con los príncipes y la nobleza, cuando los labradores se remitían *á la justicia de sus doce artículos, á la sagrada Escritura y al doctor Lutero*, no podía dejar de admitir la equidad de varios artículos y aconsejaba á los señores hicieran un convenio equitativo con los labriegos, mientras que su fámulo Melanchton condenaba á los labradores rotundamente porque su procedimiento fuera contrario al precepto cristiano de la obediencia absoluta y de la resignación sin resistencia.

No cabe duda que la amonestación de Lutero en favor de la paz y de un arreglo equitativo era formal y sincera, pues siendo él mismo hijo de labrador, no podía cerrar los ojos y los oídos ante la miseria de los labriegos. Pero los príncipes y señores feudales, los opresores y desolladores del pueblo, no querían saber nada de eso de renunciar siquiera en parte á sus *derechos adquiridos*, término con que se pretende justificar todos los abusos, usurpacio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes é injusticias arraigadas. Entonces los labradores hicieron lo que de derecho podían hacer; negándoseles lo que pedían suplicando, lo querían conseguir con la espada en la mano en Suabia y Franconia: levantáronse los labradores enarbolando la bandera de las alpargatas contra los príncipes, los hidalgos y los curas. Pero desde el principio dos opiniones diferentes trababan y estorbaban la acción de los revoltosos; la más moderada, cuyo abogado principal era Wendel Hipler, quería ciertamente librar á los labradores de las cargas feudales, pero al mismo tiempo indemnizar á la nobleza con los bienes eclesiásticos por el abandono de sus derechos feudales, tratando así de hacer á los hidalgos partidarios de la causa popular. La opinión más radical á la que se inclinaba Florián Gaier, se encaminaba á la destrucción del feudalismo y clericalismo y á la institución de un poder imperial unitario con supresión de los principados particulares. Naturalmente la realización de este ideal razonable, pero teórico era imposible, tanto más cuanto la falta de disciplina entre la muchedumbre labriega, dejaba pronto el campo libre á las pasiones salvajes y los apetitos feroces. Además, el jefe de la alianza suabia, el Truchses de waldburgo, desplegando en el Allgau y el Hegau una crueldad verdaderamente caníbal en su manera de combatir la insurrección, provocaba el espíritu de venganza que encontraba instrumentos diábolicos en gentes como Jäcklein Rohrberg. Estos *terroristas* de entonces, que declaraban públicamente que era preciso inspirar á la nobleza un *espanto singular*, fueron los mismos que en abril de 1525 celebraron la Pascua sangrienta de Weinsberg, después que los labradores de las tierras de Hohenlohe y de la selva de Oden hubieron tomado por asalto la ciudad y el castillo, haciendo prisioneros al gobernador, conde Luis de Helfenstein (casado con Margarita, hija ilegítima del emperador Maximiliano) y sus caballeros y soldados. El lunes de Pascua, el sol á su salida alumbró un espectáculo horrible en un prado delante de la puerta inferior de Weinsberg. El conde de Helfenstein, cuya esposa, hija de emperador, con su hijo de dos años en brazos se había arrodillado en balde para implorar la vida de su esposo, de aquel Rohrbergautor, ordenador y ejecutor del hecho sanguinario, fué muerto á lanzadas al son de trompetas y de tambores y después de él su escudero, su bufón y trece caballeros. Esta venganza verificada contra la voluntad y á espaldas de Hipler y Gaier, aunque había recaído en varios nobles conocidos como feroces *verdugos de campesinos* perjudicó muchísimo la causa de los labradores, pues Florián Gaier, indignado de la matanza, abandonó con su *tropa negra* el ejército labriego, la *turba clara*, de modo que desde entonces el nombre de ese verdadero y genuino caballero no resonó más en el consejo directivo de los labradores. El terror que Rohrberg y sus compañeros habían querido inspirar repercutió contra los labradores y su causa; Lutero, furibundo, publicó su escrito *contra los labradores asesinos y ladrones*, aconsejando *que los aplastara, estrangulara y apuñalara pública y secretamente el que pudiera como á perros rabiosos*. Y como él lo deseaba se hizo; las fuerzas de los príncipes, prelados y señores se mostraron superiores á la tropa mal organizada, mal disciplinada y mal dirigida de los campesinos; á torrentes corrió la sangre de los labradores

en los campos de batalla de Sindenfilgen, Frankenhausen, Virzburgo y Königshofen; á torrentes manó de los cadalsos erigidos por los vencedores para suplicio de los vencidos.

La guerra de los labriegos y su resultado contribuyeron muchísimo á atascar y hacer retroceder la corriente de la reforma. Otro acontecimiento que hizo



El anabaptismo.

gran daño á esta causa, enagenándole miles de corazones, fué la conocida orgía semi-grotesca y semi-horrorosa de la locura, lujuria y crueldad en que fué á rematar el desórden de la anabaptistería en la ciudad westfaliana de Münster en los años de 1534-35. Un testigo ocular y auricular, el vecino de Münster Enrique Gresbeck, ha descrito toda la abominación, en alemán bajo, produciendo con su narración sencilla é ingénua uno de los libros más instructivos de aquella época. La facilidad con que dos vagamundos holandeses, el miserable panadero Jan Matthys y el más miserable sastre Jan Volckelson, mediante los fantasmas y fanatismos más extravagantes se apoderaron del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gobierno de una ciudad episcopal alemana, la defendieran contra su legítimo príncipe, ejercieran una tiranía sangrienta sobre los vecinos, realizaran por una temporada los sueños más bárbaros del comunismo de bienes y mujeres, es un testimonio serio y terrible de que la época debía de estar agitada en sus cimientos, de que el instinto reformador tan justo en sí se extravió terriblemente y de que por esta razón lo antiguo pudo arrancar muchas veces la victoria á lo nuevo.

Al mismo tiempo que en la Alemania del sur fracasaron los esfuerzos de

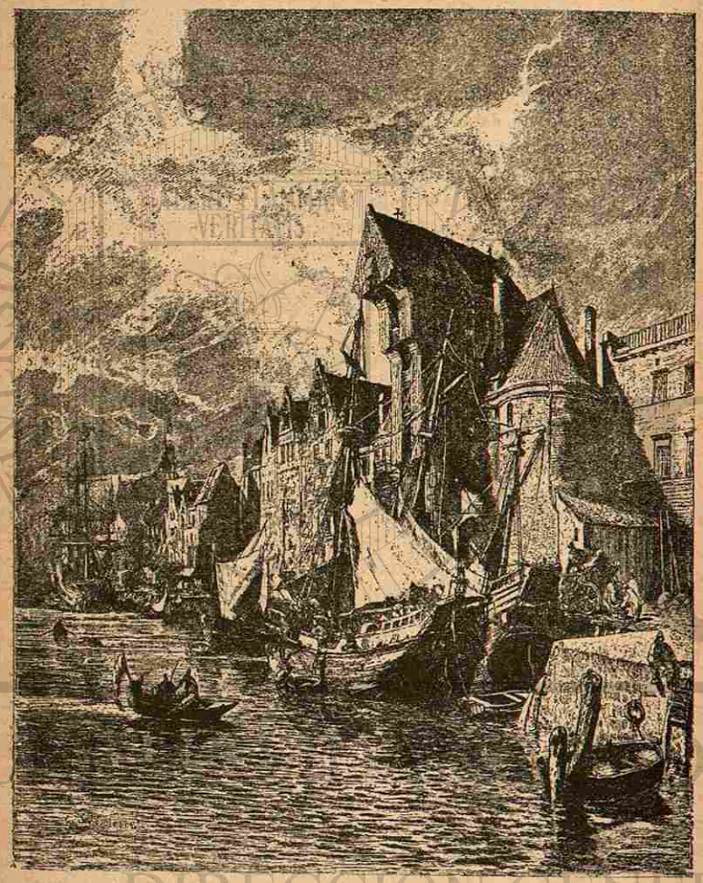


Un baile de mayo de 1537 en Münster.

los caballeros así como los de los labradores para hacer fructífera la reforma en el concepto nacional y social, inclinábase también al ocaso en el norte de Alemania la más grande creación política de la burguesía, la liga Anseática, pues en el mismo año de 1535, en el cual en la tierra roja de Westfalia la desfiguración de la idea reformista en loca caricatura se convirtió en la reacción más tenebrosa, aconteció en Lubec la caída del alcalde Jorge Wullenweber y con ella la aniquilación de los grandiosos proyectos de este hombre, quien á su manera y con sus medios era y quería lo que Sickingen é Hipler habían sido y querido. La gran federación de ciudades de las Hansas había alcanzado la cumbre de su poderío en los tres primeros decenios del siglo XVI, dominando sus buques de guerra el Báltico y el mar del Norte y desempeñando un papel predominante en los destinos de los reinos escandinavos. Cuando el rey Cristiano II de Dinamarca, cuñado del emperador Cárlos V por su esposa Isabel, trataba de mantener por fuerza la llamada unión escandinava, es decir la reunión de las coronas de Suecia, Dinamarca y Noruega en una sola

cabeza, la intervención de la liga en los asuntos del Norte contra los intereses de Dinamarca, fué fatal para ella misma. En aquel tiempo sucedió en la historia de la fuerza naval alemana-anseática un episodio digno de mencionarse. El caballero Gustavo Ericson, fundador de la dinastía sueca de Wasa, se había escapado de la prisión danesa, buscando y encontrando un refugio en Lubec, ciudad presidencial de la liga que estaba de hecho en guerra con Cristiano II y negó á este la extradición del jóven sueco destinado á restaurar la independencia de su patria, y por añadidura, Nicolás Brœmsn, alcalde de Lubec, resolvió, con el asentimiento de los demás concejales, hacer conducir con seguridad á la costa de su país al fugitivo sueco. Efectivamente, Gustavo Wassa fué á bordo de una galera anseática en mayo de 1520, llevándole ésta felizmente por entre los cruceros daneses á la orilla de la lengua de Stensœ, cerca de Calmar, aunque el almirante danés Norvy vigilaba la costa con una escuadra numerosa. Por cierto el sueco salvado recompensó después muy mal á sus salvadores alemanes; en la política no hay moral y de la gratitud no habla el catecismo de los reyes y de las naciones. La lucha por las coronas del Norte que bajo la cooperación enérgica de las hansas terminó con la expulsión de Cristiano II y la elevación de Federico de Holstein al trono danés y de Gustavo Wasa al trono Sueco parecía que había consolidado de nuevo el poderío de las ciudades. Así mismo parecía que el gran cisma que agitaba aquella época había de redundar en beneficio de la potencia anseática. En los años de 1530 y 1531 *la nueva doctrina* y con ella la democracia llegó á predominar en la ciudad presidencial de Lubec y las demás ciudades de la federación. Alma y director de este movimiento era el negociante lubequés Jorge Wullenweber, seguramente la figura política más importante que hasta el presente ha tenido la burguesía alemana. Elegido alcalde de Lubec, se hizo pronto dictador de la liga y como tal dirigió la lucha enconada de la democracia anseática contra la aristocracia urbana y al mismo tiempo contra el rey danés Cristiano, que había vuelto ayudado por el poder de Habsburgo y contra su rival y vencedor Federico, lucha que implicaba también la guerra contra el clericalismo romano. El genio y la energía de Wullenweber sostuvo la bandera de la democracia del Norte contra todos estos enemigos hasta 1535, cuando sucumbió á una coalición que el luteranismo, con vil ingratitud para el pueblo y sus jefes, había concluido con la nobleza urbana y rural enojada y deseosa de vengarse. Más tarde, Wullenweber cayó en manos de uno de sus enemigos mortales, el fanático duque Enrique de Brunswik quien le hizo decapitar en setiembre de 1537, víctima de uno de los asesinatos jurídicos más infames que ha visto el mundo. La grande obra en que él había trabajado, quedaba arruinada y el poderío marítimo de la liga anseática perdido para siempre. El luteranismo había sido introducido en el norte de Alemania, es cierto; ¡pero á qué precio! La servil ortodoxia luterana aliose con la nobleza urbana y rural para oprimir al pueblo, que á consecuencia de esto degeneró en las ciudades en burguesía sin carácter, al paso que en el campo se estableció una servidumbre de perro.

Tan tristemente terminaron unas después de otras las tentativas que en el



PUERTO DE UNA CIUDAD ANSEÁTICA.

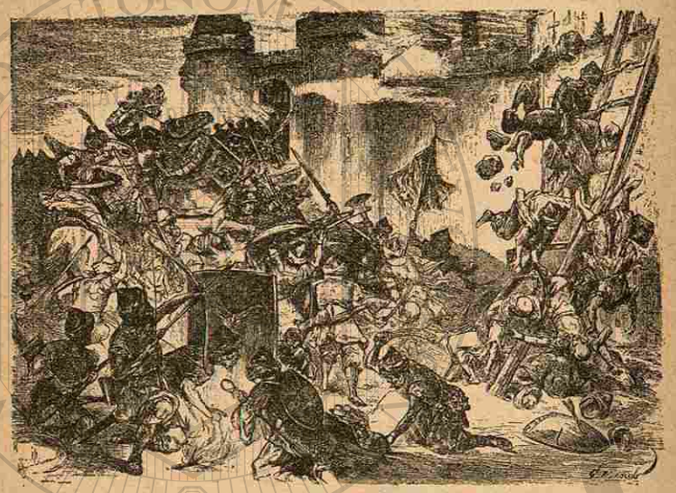
norte y el sur de Alemania hicieron la nobleza, los campesinos y la burguesía para ampliar la reforma eclesiástica en el concepto político social. Con el fracaso de estas tentativas la reforma había perdido su mejor fuerza, degenerando de asunto nacional en asunto de partido y cayendo del rango de causa del pueblo á la categoría de interés de los príncipes y teólogos. Los doctos hacían de ella un objeto de dialéctica sin espíritu y de mera palabrería, declarándose los príncipes en pro ó en contra, según parecía exigían sus intereses dinásticos; de modo que no tardó en adquirir importancia jurídica y política la máxima infame que el soberano del país disponía y determinaba la confesión de los súbditos *(cujus regio, ejus religio)*.

Luteranos de convicción fueron ante todos el elector de Sajonia Federico el *sabio* y su hermano y sucesor Juan el *constante*. También el conde Felipe de Hesse puede contarse entre ellos, si bien se hizo dar por los dos reformadores serviciales Lutero y Melanchton el *consenso eclesiástico* para tomar en vida de su esposa legítima á otra *legítima*. Claro está que había de ser un aliciente para muchos príncipes y alcaldes de ciudades imperiales, el poder añadir, aceptando el luteranismo, á su dignidad de príncipe ó de alcalde la de obispo del país ó de la ciudad. Y luego el pingüe negocio financiero de la *secularización* de abadías y conventos demostraba irrefutablemente la conveniencia, la necesidad de la reforma. Alguna vez el *celo por el Evangelio* consiguió secularizar todo un país. Un Hohenzollern, Alberto de Brandenburgo, gran maestre de la órden teutónica, mostróse como verdadero gran maestro del arte de secularizar, robando, con la introducción del luteranismo en Prusia, este país á su legítimo dueño, la órden teutónica, convirtiéndolo en ducado hereditario para sí y sus descendientes, no importándole nada el tener que hacerse vasallo de la corona de Polonia. Por lo demás, fué una ventaja para la propagación de la reforma en el centro, el norte y el sur de Alemania, el que el emperador Carlos, por su posición en Europa estuviese muchas veces ocupado fuera de Alemania y que su vicario, hermano y sucesor Fernando hubiese de dejar en paz al luteranismo para no privarse del socorro de los príncipes luteranos contra los turcos, los cuales estando entonces todavía en el pleno vigor de su fuerza y ambición conquistadora acosaban duramente á Hungría y Austria, llevando en el año 1529 sus armas hasta las murallas de Viena. Durante todo el siglo XVI y XVII el *peligro de los turcos* ha sido un motivo importante de la política imperial, y el temor de los turcos se ha arraigado tan profundamente en la memoria del pueblo, que en el sur de Alemania todavía en el siglo XIX las madres solían amenazar y acallar á sus hijos malos diciéndoles: *mira que viene el turco*.

Los primeros presagios de una futura decisión guerrera de la contienda comenzada entre los partidarios de la Iglesia antigua y los confesores de la nueva podían observarse en la dieta de Speyer (1529), pues la mayoría de los estados del imperio determinó que habían de tomarse medidas contra los progresos del cisma. Contra esto protestaron diez y nueve Estados adictos á la reforma y capitaneados por Sajonia y Hesse de cuyo hecho recibieron el apodo de *protestantes*. El lenguaje posterior ha transferido este nombre á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las confesiones reformadas, de modo que *protestantismo* significaba oposición al *catolicismo*. En 1530 el emperador Carlos, al que sus victorias sobre el rey Francisco de Francia y el papa Clemente VII dejaban entonces las manos libres para ocuparse en los asuntos del imperio, convocó una dieta general en Augsburgo en la que rechazó la confesión redactada por Melanchton y presentada por los protestantes, la formulación dogmática del luteranismo, *la confesión de Augsburgo*. Como el emperador prometiera, además, medidas rigorosas contra los protestantes é instigara al tribunal de la cámara imperial á formar causa á los príncipes secularizadores, éstos y las ciudades protestantes formaron la unión llamada de Schmalkald (1531). La *paz religiosa de Nuremberga* firmada en el año siguiente, calafateó todavía de momento la división entre los católicos y protestantes, dando al protestantismo suficiente tiempo para reforzarse considerablemente (Brandenburgo, Wirtemberg, ducado de Sajonia, Pomerania, Cleve, etc.,). El emperador, distraído por su expedición novelesca contra Túnez, su tercera guerra con Francisco I y las desavenencias con sus holandeses, dejó al protestantismo en paz y tranquilidad hasta el año de 1541; pero ni *el coloquio religioso* celebrado en Ratisbona en presencia del emperador, ni el concilio de Trento que los protestantes rechazaban como *no libre*, consiguieron componer la gran disputa. Pero sólo en el año 1547 pudo Carlos emprender contra los protestantes aquella campaña á cuyo feliz éxito contribuyó muchísimo la traición del jóven du-



LOS TURCOS Á LAS PUERTAS DE VIENA.

que Mauricio de Sajonia, quien quería suplantar á copia de intrigas á su primo Juan Federico en la dignidad electoral. La batalla de Muhlberg del Elba decidiose en favor del emperador, quien en otoño de dicho año quedaba dueño absoluto del imperio, pareciendo que el protestantismo había terminado en Alemania. Pero no era más que apariencia, pues se había arraigado cuantitativa y cualitativamente mucho más en Alemania que en los países latinos donde existían por algún tiempo partidarios del mismo hasta en Italia y España, y en el año 1552 aconteció aquel cambio provocado por el nuevo elector de Sajonia, Mauricio, quien sin ningún escrúpulo presentose como maestro en la *Práctica italiana* al emperador Carlos que se la había enseñado. Por cierto, el astuto sajón consiguió fortalecerse para la empresa diplomática y militar por la cual obligó al emperador sorprendido á conceder á los protestantes el convenio de Passau, solamente á beneficio de una traición infame de la integridad del imperio, instigando al rey de Francia Enrique II á que hiciera la guerra á Carlos y pagando el servicio del Valois con permitirle, en connivencia con los demás príncipes conspiradores, arrebatar al imperio alemán las villas y obispados de Cambray, Metz, Toul y Verdun, abriendo de esta manera la frontera occidental de Alemania á la codicia francesa.

El estigma de esta traición queda impreso en la frente del protestantismo y ninguna escusa puede borrarlo. Es curioso que la declaración de guerra del rey de los franceses contra el emperador contuviese ya aquella frase de la *protección de la libertad alemana* que desde entonces fué repetida por los franceses y sus amigos cada vez que se trataba de preparar y ejecutar una expedición de rapiña contra Alemania. También merece mencionarse que sólo por dolo los franceses pudieron apoderarse de la ciudad de Metz adicta al imperio, ayudandoles en el engaño, por supuesto, los curas, sobre todo el obispo de Metz. Lo mejor que Carlos V emprendió en su calidad de cabeza del imperio, si bien por desgracia no pudo llevar á cabo la empresa, fué la tentiva de recobrar ese baluarte del imperio en el mismo año (1552) en que había sido robado. Sólo 318 años después debió verificarse la reconquista de Metz. Por lo demás, hay que confesar que el catolicismo alemán no tuvo mucho tiempo el derecho de motejar á los protestantes por su traición al imperio; pronto los dos partidos religiosos no tuvieron nada que echarse en cara el uno al otro en cuanto á la deslealtad para con la patria. Los católicos entregaron la causa de Alemania á los Jesuitas y al rey de España, los protestantes á los reyes de Suecia y Francia.

Pues la paz religiosa de Augsburgo (1555), consecuencia lógica del convenio de Passau, en virtud de la cual los protestantes (de la confesión de Augsburgo) quedaban equiparados políticamente á los católicos, no era otra cosa, ni podía ser más que una tregua, porque tanto estaba en la índole del protestantismo la tendencia á propagarse y extenderse, como en el catolicismo era natural el deseo de recuperar los territorios perdidos. Y no era corto el número de estos territorios, porque el protestantismo, partiendo del centro de Alemania se había extendido victoriosamente, no tan sólo hácia el norte, sinó también hácia el sur y sudeste. La mayor parte de la Suiza alemana había que-

dado reformada por los trabajos de Zwingli y sus colaboradores. Vastas comarcas de Baviera, Austria, Salzburgo y Estiria, que hoy cuentan entre los dominios favoritos de Roma, se habian hecho luteranas en el curso del siglo XVI y hubo tiempo que Viena misma podia considerarse como ciudad luterana. Ni siquiera la circunstancia que la línea austriaca de la casa de Habsburgo continuaba fiel á la Iglesia antigua con la misma firmeza que la línea española y que los duques de Baviera permanecian ultramontanos fanáticos, parecia capaz de oponer un dique al progreso y á la consolidación del protestantismo en el sur y sudeste de Alemania. Pero en el último tercio del siglo preparose un cambio que habia de producir un jiro extraordinario en el curso de los acontecimientos.

El catolicismo habia sufrido entre tanto un proceso de rejuvenecimiento interno cobrando la fuerza necesaria no solamente para detener al protestantismo, sinó aun para repelerle, cosa tanto más fácil cuanto la ponsoñoza disputa que se habia enconado entre los luteranos y los calvinistas habia introducido una cuña acerada en la unidad protestante. Conviene contemplar esta desidencia si se quiere saber hasta qué grado de maldad diabólica pueden embrutecerse los teólogos cristianos, *los siercos de la palabra divina*. En frente del protestantismo dividido, dislacerado, apóstata de su propio principio presentose cual coloso monolito el catolicismo reorganizado por la compañía de Jesús y consolidado en su disciplina de hierro por las resoluciones del concilio tredentino (1562). Y no tardó en manifestar su fuerza por las obras. La dirección estratégica y disposición táctica de la gran campaña emprendida contra el protestantismo por Roma, apoyada en el poderío de Felipe II de España y ayudada por los imperiales de Alemania y los duques de Baviera era confiada á la órden de los jesuitas, cuya organización calculada para la dominación de los hombres debe considerarse como admirablemente apropiada y conveniente, pues contaba y cuenta con la estupidez, la maldad y el servilismo de los hombres. Mediante su moral, parodia de la llamada cristiana, el jesuitismo hacia del Dios clerical una providencia de bolsillo de fácil manejo y ocultable según las circunstancias, y así era muy natural que la órden alcanzara pronto una influencia inmensa tanto en el mundo *pequeño* como también y aun más en el *grande*. Desde la *casa matriz* de la *compañía de Jesús* al pié del Capitolio, su *general* manejaba los alambres sobre los cuales bailaban como títeres el papa, los reyes y príncipes católicos y á veces también los protestantes.

La reacción jesuítica-católica, después de extinguir como en España é Italia ó de reducir á la insignificancia como en Francia, al protestantismo de los paises latinos en el curso del siglo XVI, empezó en el suelo alemán á principios del siglo XVII abiertamente la lucha que durante los reinados tolerantes de los emperadores Fernando I y Maximiliano II, habia podido hacer sólo clandestinamente. Su verdadera época llegó con el advenimiento de Fernando II, en el cual habia resucitado todo el fanatismo de su primo español Felipe, y cuyas opiniones y política se hallan perfectamente caracterizadas por su famosa frase: *Prefiero reinar sobre un desierto sin hombres que sobre un*

país hermoso poblado de herejes. Después que en los años 1608-9 los príncipes alemanes habian estado frente á frente en actitud amenazadora, formando los dos bandos de la *unión protestante* y *liga católica*, estalló en el año de 1618 aquella espantosísima guerra que agitó el imperio alemán durante treinta años, convirtiendo el país en soledad y desierto, reduciendo su población de 18 millones á 4, acumulando la suma de miseria más grande que jamás ha atribulado á los hombres y terminó miserable é ignominiosamente con la paz llamada de Vestfalia, tratada ó dictada casi por la corte francesa en Münster y Osnabruck (1648). Pues este tratado de paz convertía en hecho del derecho internacional, la mutilación del imperio al exterior (reconociendo los robos franceses en el Oeste, las adquisiciones suecas en el Norte, así como la separación de Suiza y de Holanda), y su desunión al interior. El poderío europeo de Alemania quedaba destruido, su unidad nacional no era más que apariencia y sombra. La diplomacia extranjera, sobretodo la francesa, habian procurado en Münster y Osnabruck que todos los estados del imperio obtuviesen en sus territorios la soberanía completa y el derecho de concluir alianzas entre sí y con las potencias extranjeras *con tal de no dirigirse contra el emperador y el imperio*, como decía una reserva vergonzante, pero muy ineficaz en la práctica. A la dieta imperial habia de incumbir la legislación y la imposición de contribuciones, la declaración de las guerras y la conclusión de las paces del imperio. Esta dieta, presidida por el elector de Maguncia, como archi-canciller del imperio, constaba primero del *consejo de los príncipes del imperio*, en el cual, además de los príncipes, seglares y eclesiásticos, (98 votos) los cuatro *bancos* de los condes del imperio y los dos bancos de los prelados tenian otros tantos votos de banco; y segundo, del colegio de las ciudades del imperio, dividido en el *banco* suabio y el renano, teniendo este catorce votos contra treinta y siete del primero. Esta constitución del parlamento imperial quedó permanente desde que Alsacia fué separada de la corporación imperial. Así mismo convirtiose la dieta, en vista del constante peligro del imperio por parte de los turcos y de los franceses, de asamblea temporal en permanente, fijando su residencia en Ratisbona y asistiendo á sus sesiones no ya los magnates en persona, como antes, sinó por medio de representantes *(enviados comiciales)* que podian votar solamente conforme á las órdenes de sus poderdantes. Todo el mecanismo parlamentario era un verdadero mónstruo de enredos y entorpecimientos, y sin embargo, ese mónstruo de parlamento tenia una competencia que quitaba todo poder real á la cabeza del imperio, reduciendo la posición del emperador á la nada. Por lo demás, la igualdad de derechos de los protestantes y católicos quedaba reconocida por la paz de Westfalia y en consecuencia el *consejo áulico imperial* y el *tribunal de las cámaras del imperio* fueron proveídos por individuos de las dos confesiones. A los siete electores de la Edad media se habia agregado un octavo, el de Baviera. El resultado definitivo de las disposiciones del tratado de Münster y Osnabruck fué el empequeñecimiento, la paralización y la impotencia de Alemania, su dependencia política y civil del extranjero, sobre todo de Francia.

El título *Reich* (que en alemán significa imperio y rico), no era ya más que una burla de la pobreza, de la miseria política, material é intelectual de Alemania, la cual entraba en los cálculos de la política europea solamente en el concepto de proveedora de carne de cañón, de teatro de guerra y de objeto de robo; aliciente para todo el que poseyera la fuerza y el atrevimiento necesarios para robar. Hallábase en este caso, sobre todo, Luis XIV, y sus guerras de pillaje en el último tercio del siglo XVII, castigaron las comarcas del Rhin, Bruselas, Saar y Neckar, con una devastación bárbara hecha proverbial como la de los hunos, cuando todavía no estaban cicatrizadas las llagas de la guerra de treinta años. Ese déspota Borbón, sin vergüenza ni conciencia, fué también el que azuzó á sus aliados los turcos y los suecos contra el pobre imperio alemán para aprovecharse de sus tribulaciones, robándole Alsacia y coronando este hurto con la ocupación de Estrasburgo preparada con una infamia indecible (1681). Un noble y sacerdote alemán, el obispo príncipe Egón de Fürstenberg, le ayudó en esto con mano traidora. Semejantes cosas hubo de aguantar Alemania, inerme y decaída profundamente por la desalemanización de los Habsburgos, por la malograda ó solamente semilograda reforma, por el cisma eclesiástico, por la guerra civil y el particularismo. Toda la edad de la reforma parecia iba á terminar sin que saliera de las tinieblas en que se había convertido la claridad de las esperanzas del principio, un astro que anunciara la posibilidad de un porvenir más sereno.



Pero muy inopinadamente manifestóse semejante signo, divisando el desgraciado país una vislumbre de esperanza, pues en el norte de Alemania surgió un general y hombre de Estado como los alemanes no lo habían tenido durante una época sobradamente larga. Este hombre era el elector Federico Guillermo de Brandenburgo apellidado con razón el *gran elector*, pues él fué quien fundó el Estado Brandenburgo-Prusiano y él quien por su brillante victoria de Fehrbellin sobre los suecos (1675), demostró otra vez al mundo que los extranjeros no eran todavía los señores y dueños absolutos del suelo alemán.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
Los tiempos primitivos y prehistóricos	5
País y pueblo germánico en la época pagana	12
Época de la transmigración de los pueblos	43
Época Carlovingia	61
Bajo el reinado de los Otones	81
Reinado de los Enriques	97
Reinado de los Federicos	120
El castillo caballeresco	132
Aldea y ciudad	161
La Iglesia y el Estado	181
Preludios y precursores	193
De Witemberg á Münster y Osnabrück	204

GERMANIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
Los tiempos primitivos y prehistóricos	5
País y pueblo germánico en la época pagana	12
Época de la transmigración de los pueblos	43
Época Carlovingia	61
Bajo el reinado de los Otones	81
Reinado de los Enriques	97
Reinado de los Federicos	120
El castillo caballeresco	132
Aldea y ciudad	161
La Iglesia y el Estado	181
Preludios y precursores	193
De Witemberg á Münster y Osnabrück	204

GERMANIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDICIÓN TASSO

GERMANIA

VEINTE SIGLOS DE HISTORIA ALEMANA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA CIVILIZACIÓN

POR

JUAN SCHERR

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

D. GASPAR SENTIÑÓN

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA

IMPRENTA DE LUIS TASSO SERRA

1882

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta traducción es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

GERMANIA

III.

La edad férrea de la ortodoxia.

Sólo una persona superficial puede sentirse tentada de negar que los principios de la edad de la reforma fueron inspirados por un soplo de noble anhelo por las mejoras y por sentimientos profundamente religiosos en el buen sentido de la palabra. Ciertamente es verdad que los más bellos *sueños floridos* de entonces no llegaron á producir frutos, como queda demostrado en el capítulo anterior; pero aun á pesar de su imperfección la reforma no dejaba de ser una potencia civilizadora cuyo influjo benéfico se extendía hasta el campamento enemigo, hasta la Iglesia antigua, como esta misma admite. Y además ha sido una cosa importante, honrosa para la nacionalidad, el solo hecho que en tierra alemana y en el seno de su pueblo se levantara un hombre que empezara un capítulo nuevo en el libro de la historia universal. La tentativa de reconducir el cristianismo de su exteriorización idólatra á su fondo primitivo, era hija de intención formal y fué emprendida con valor. Además la mera simplificación del culto debe considerarse como una ganancia nacional, porque la austera seriedad y la sencillez del culto protestante correspondía sin duda mucho más al modo de ver y sentir del pueblo germánico que el ceremonialismo romano calculado para la fantasía y ligereza meridionales y que con frecuencia produce realmente un efecto teatral ó cómico. Pero si era meritorio abolir las escrecencias del catolicismo que como el culto de las reliquias y el tráfico de las indulgencias deshonraban la razón y la dignidad humanas, podía ser problemático si los reformadores con respecto á las instituciones del culto no habían tenido bastante en cuenta las necesidades sensuales de los hombres. En este concepto Lutero era más práctico que Zwingli, á quien su radicalismo indujo á cometer el error de declarar la guerra á los órganos y á la música eclesiástica en general, haciendo las iglesias reformadas de la Suiza alemana tan horriblemente desadornadas y el culto tan frío, que la gente debía sentirse enfriada en aquellas y helada por éste. El sen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM - VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tido de belleza y el sentimiento de la forma poco desarrollados en los pueblos de razas germánicas, incontestablemente han sufrido menoscabo á causa de aquella desnudez y frialdad del culto, y ciertamente lo prosaico del culto ha sido uno de los motivos de la división del protestantismo en muchas sectas. Otro motivo mucho más potente aun fué la rápida rigidez y petrificación dogmática de la doctrina protestante, quedando la necesidad religiosa del corazón sin satisfacerse. Como tercer motivo añadiose aun el rugido de rabia que las diferentes fracciones del partido ortodoxo hacían la una contra la otra, ahuyentando á las almas de fibras más tiernas á la quietud y los conventículos de secta para escaparse de las regiones de una ortodoxia pendenciera y tumultuaria.

Del tono grosero é inmundo que los curas luteranos de *rompe y rasga* empleaban contra sus adversarios zwinglianos y calvinistas, ha sido responsable indudablemente en primera línea Lutero mismo, pues en sus escritos de controversia teológica, como por ejemplo, en el folleto sobre la comunión *contra los fanáticos*, empleó primero ese tono de payaso que luego fué acogido y exajerado hasta lo último por toda una jauría de curas, hasta el punto de escribir uno de esos venerables *servidores de la palabra*, Juan Aurifabre, á un amigo, en el año de 1557: *Ahora hasta queremos tocar el cencerro de los cerdos*. Todo el vocabulario de palabras de insulto, de escarnio y de befa, que no es corto en alemán, se gastaba en las malhadadas disputas que estallaron en el luteranismo cuando Melanchton intentó y aconsejó como ventajosa para el protestantismo una conciliación entre las opiniones luteranas zwingli-calvinistas acerca de la comunión, distinguiéndose sobretodo Matías Flacius por su rabioso rugido en defensa de la *doctrina pura*. No ménos loca y groseramente se disputó, insultó y vilipendió acerca de la necesidad ó innecesidad de las *buenas obras*, acerca de la *predestinación* condicional ó incondicional y acerca de muchas otras futesas y fruslerías teológicas, las cuales sin embargo, eran grandes cuestiones de la época, porque la teología lo invadía y determinaba todo. Y no siempre limitábase la cosa á las palabras feas, pues esos clerizontes de pelea no vacilaban en desahogar su celo caritativo cristiano por vías de hecho siempre que podían.

La opinión corriente que la reforma ha mitigado y mejorado visiblemente las costumbres, no puede aceptarse como expresión de un hecho general, pues esta mitigación y mejora, lejos de ser la regla, no era más que una excepción, siendo bastante mala la conducta moral de la generalidad de los señores pastores. Es verdad que el material eclesiástico que los reformadores encontraron existente era muy malo en los más de los casos, pues por innumerables testimonios de los siglos XIV, XV y XVI, sabemos que el clero alemán se hallaba hundido en una ignorancia, gula y lujuria espantosas. Así es que la mayoría de los *venerables* pastores protestantes de los primeros tiempos no eran nada mejor que la mayoría de sus *reverendos* colegas católicos. Al contrario, pues mientras que la Iglesia romana sacudida de su laxitud moral por el cisma, volvía á exigir con más rigor la observancia de las buenas costumbres, obligando á sus ministros á evitar, por lo ménos, los escándalos públicos, muchísimos de sus clérigos más embrutecidos consideraban la confesión protestante como ocasión propicia para entregarse sin freno á su vida disoluta, y á semejantes mozos había de confiarse muchas veces por falta de personas más idóneas el *servicio de la palabra divina* de los protestantes. La lentitud con que las cosas mejoraban, resulta de un testimonio que poseemos del año 1592 de la mano de un teólogo protestante, justamente apreciado (doctor Selnecka) y el cual, redactado en el lenguaje gráfico de la época, dice así: *La mayor parte de los pastores no ve; van caminando como una vaca ciega á donde los llevan los apetitos de su corazón, á la fornicación, como se ha visto en los papistas, á la gula y buena pitanza. Pues en los pecados que ellos deberían castigar más, el adulterio, la borrachera y otros vicios, están encenagados hasta las orejas. Así la vida dista mucho de la doctrina, de modo que ya no se sabe dónde encontrar un hombre culto, maestro ó párroco, que no esté plagado de grandes vicios.*

La *profanda moralización* que suele atribuirse á la reforma quedaba, pues, por de pronto y por mucho tiempo aun, más ó ménos una frase hueca, como probaremos con testimonios más adelante. Sin embargo, es un hecho histórico que la teología protestante ha sido la primera potencia intelectual de Alemania desde mediados del siglo XVI á mediados del XVIII, si bien la teología católica, aguzada por los jesuitas para la pelea, ha disputado la palma á su adversaria, á veces con éxito. Pero aunque las dos se odiaban y combatían con gran encono era, y quedaban conformes en imprimir el sello del teologismo á toda la cultura alemana durante el período mencionado. Las universidades y los colegios de segunda enseñanza, no se hallaban ménos sometidos á la férula teológica que las escuelas populares de las ciudades y aldeas. Por éstas el protestantismo indudablemente ha hecho mucho, y el celo que, siguiendo el ejemplo de Lutero, manifestaron muchos de sus discípulos, como así mismo algunos príncipes y magistrados urbanos de buena intención en favor de la enseñanza popular, descuidada horriblemente hasta entonces en las villas y las aldeas, promovió luego también la imitación y emulación por parte de los potentados y magistrados católicos. Con todo, no debemos formarnos una idea más que modesta de los merecimientos de aquellas escuelas populares; pero muy aprovechados y talentudos habían de ser los discípulos para llegar á deletrear con dificultad los manuscritos y los impresos, á escribir ó, mejor dicho, á pintar letras y á apropiarse los primeros rudimentos de la aritmética. En cuanto á la generalidad de los escolares, los maestros urbanos y rurales creían haber cumplido perfectamente si conseguían imponerles los principales capítulos del catecismo, el Padre nuestro, unas cuantas otras fórmulas de plegaria, y si alcanzaba mucho, algun canto eclesiástico; y decimos imponer, en el sentido más literal de la palabra, pues en el arte pedagójico de aquella época, el palo desempeñaba un papel importante, hasta el papel principal. Aun en el siglo XVIII, recibir la enseñanza era lo mismo que recibir palos.

El humanismo no había intentado dar mejores cimientos á la enseñanza superior, pero no le habían dejado el tiempo necesario para llevarlo á cabo.

Cuando se trataba de oponerse con maña ó con fuerza á la propagación de los estudios clásicos, así como á las ciencias naturales, apenas dispertadas, las dos mujercillas chillonas, la teología protestante y la católica, estaban acordes cual hermanas. Lutero no quería que la filología y la filosofía fuesen otra cosa que humildes criadas de la teología, y la situación en que él se colocaba en frente al libre exámen resulta claramente del hecho de llamar la razón con creciente grosería, *loca, bestia rabiosa, meretriz del demonio*. Melanchton por su parte atacaba el nuevo sistema del mundo de Copérnico aun con más vehemencia que los ultramontanos, y hasta ha aprobado expresamente que el tétrico fanático Calvino hiciera quemar vivo en Ginebra en el año de 1553 al docto español Miguel Cervet, porque este *hereje* había tenido la franqueza de confesar que no acertaba á conciliar el dogma de la trinidad con las reglas de la aritmética. En general, la teología protestante estaba algo reñida con las matemáticas, y no quería saber nada de ellas aun cuando se le ofrecía para servirla, pues aun en el año 1679 la facultad de teología de Jena obligó á una retractación solemne al matemático Weigel, que había intentado con buena intención la temeraria empresa de demostrar matemáticamente el *misterio* de la Trinidad. Los jesuitas, quienes en los países católicos de Alemania habían conseguido rápidamente apoderarse de toda la enseñanza superior, hacían por su parte, y no con ménos empeño, la guerra al humanismo y á la libertad del pensamiento. Su arte de educar se encaminaba lógicamente á instituir la espontaneidad del hombre con el formalismo ortodoxo, la pauta romana. En sus instintos descuidaban el griego por completo y excluían el estudio de la naturaleza; los autores latinos los mutilaban ó los sustituían con la insípida literatura frailuna. También introducían en sus escuelas y colegios el hablar latín para desalemanizar más fácilmente á sus discípulos. Los colegios y las universidades protestantes imitaron este proceder, y así el latín fué otra vez el lenguaje oficial de los doctos, con gran perjuicio para la cultura nacional. Sin relaciones con el espíritu del pueblo, la erudición regular perdía cada vez más la inteligencia de los verdaderos intereses del país, y encerrada en el potro de una lengua muerta se petrificaba en presumido pedantismo. La lengua alemana, abandonada y despreciada por los doctos formales, corría peligro de caer en un embrutecimiento y salvagismo perpétuos, á no ser que hasta en los tiempos peores, durante la guerra de 30 años, surgieran cada vez hombres de sentimientos patrióticos que se cuidaran con afición de la lengua materna, menospreciada y desatendida por los pedantes. En otro sitio más á propósito hablaremos de ésto más extensamente.

Los principales lugares en que la erudición de la edad de la reforma trabajaba de la manera señalada, pero en que también en los siglos XVI y XVII se manifestaban los principios de una instrucción superior y más libre, eran las universidades. En un capítulo anterior hemos mencionado ya las cuatro universidades alemanas más antiguas; agregáronse á ellas desde el principio del siglo XV hasta fines del XVII las siguientes: Wurzburgo (1403), Leipzig, Rostock, Friburgo, Greifswald, Basilea, Ingolstadt, Tubingen, Maguncia, Witemberg, Francfort del Oder, Marburg, Kœnigsberg, Yena, Dillingen. Helmstädt, Altdorf, Giesen, Paderborn, Rinteln, Kiel, Innsbruk y Halle (1694). Los príncipes fundadores de universidades protestantes, por supuesto no admitían ya el derecho de ratificación de los papas, que había existido en la Edad media, pero seguían pidiendo la venia imperial, si bien por pura fórmula. La organización de las universidades era todavía la misma que en la Edad media; las tres primeras *facultades* formaban la teología, la jurisprudencia y la medicina; la cuarta, llamada hoy de filosofía (y letras) comprendía las llamadas *siete artes liberales*, es decir, la gramática, la retórica, la música, la dialéctica, la aritmética, la geometría y la astronomía. Las tres primeras facultades *creaban* doctores, la cuarta, *hacía* magistros. Mas en la edad de la reforma la posición de los catedráticos experimentó un cambio importante en cuanto que fueron considerados como servidores de los príncipes fundadores, y asalariados como tales, mientras que antes vivían de las retribuciones que les pagaban los oyentes. Ciertamente tenían ahora la vida más asegurada, pero esta seguridad era á costa de su independencia, pues en adelante eran servidores de príncipes, en el sentido más sumiso de la palabra. Mas como los salarios eran muy cortos (el total de los gastos anuales de la universidad de Witemberg era de 3,795 florines en la época de Lutero, percibiendo este mismo y Melanchton los salarios de catedráticos más elevados, 200 florines al año, mientras que al mismo tiempo en la universidad de Viena el sueldo de catedrático más elevado era de 200 florines, no excediendo el término medio en ninguna parte más de 150 florines) los ingresos de los catedráticos, inclusos los honorarios de matrícula y doctorado, eran insuficientes, generalmente hasta miserables. Toda la existencia de esos hombres doctos llevaba por consiguiente hartas veces un aspecto de mendicidad y era una cadena de humillaciones. Los más concienzudos se malograban con los perpétuos pesares y deudas, los más mañosos y faltos de carácter sacaban ingresos más elevados por medio de la astrología y alquimia, cultivando con el mismo fin el arte del favoritismo y la adulación hasta el último grado de la bajeza. Otros tenían, además de su cátedra, un despacho de cerveza y vino y en sus casas locales que servían de taberna á los estudiantes. Hasta qué punto en este estado de cosas en la esfera de los doctos sufrían las buenas costumbres; hasta qué punto la disolución entraba en la vida familiar, faltando muy á menudo las esposas é hijas de los catedráticos gravemente contra la decencia y el recato, de esto nos dan una triste idea los autos de castigo de las universidades alemanas de los siglos XVI y XVII. Para aumentar la indisciplina del mundo académico no contribuía poco la circunstancia de ser costumbre noble el enviar á los señoritos á la universidad provistos de grandes recursos para que bajo el pretexto de estudiar trataran de lucirse con pompas, banquetes y borracheras. En algunos puntos conferíase también el rectorado de la universidad á semejantes señoritos estudiantes, mostrando entonces esos rectores imberbes á la comunidad académica el grado á que podía llegarse en la bulla y algazara de las pendencias y borracheras.

Y sin embargo no hacía falta semejante ejemplo, pues toda la picardía, lijereza de cascos y desenfreno que habían sido propias del escolarismo vaga-

mundo de la Edad media, habían pasado á la estudiantina de la época de la reforma. El contraste que los acontecimientos de la realidad académica formaban con las graves constituciones y estatutos de las universidades alemanas, era á veces sumamente cómico; compárese sinó la *constitutio* y la *ordenatio* de la universidad de Tubingen del año 1518 con la conducta de los estudiantes de aquel tiempo y de más tarde. El estudiante alemán había tenido



Un astrólogo.

siempre propensión á distinguirse marcadamente como *Bursch* por su traje y sus modales del *Filister* (cuyo término y noción parece llegaron á ser de moda primeramente en Jena en el año 1693); y de ahí la manía estudiantil de exagerar las modas de vestir de la época. Así en el siglo XVI, los estudiantes exageraban hasta la indecencia lo apretado del *traje español* introducido por la corte imperial; así mismo más tarde exageraban hasta la locura lo holgado

de los pantalones anchos. También el traje del siglo XVII, fué exagerado hasta lo fantástico por el estudiante alemán, llevando entonces bigote y perilla y en la larga cabellera un hongo de ala ancha con pluma ondeante. Sobre el jubon, provisto de adornos en el pecho y las bocamangas, colgaba una esclavina ancha de encajes; la capa de mangas pendía de los hombros con soltura indicando que servia más de ostentación que de abrigo. Los pantalones ridículamente anchos se ligaban debajo de las rodillas y en las anchas vueltas de las botas con espuelas veianse las pantorrillas. Un enorme estoque de cazoleta grande adornaba la cadera izquierda y an el cinturón lucía el *album;* en la mano izquierda el hermano *studio*, llevaba un grueso palo y en la derecha la pipa de tabaco. Pues entre los estudiantes habíase aclimatado con la misma rapidéz que entre los soldados la costumbre india de fumar, traida á Alemania durante la guerra de 30 años por las tropas españolas, holandesas é inglesas, y toda la gritería del clero contra el nuevo goce *(los hocicos que fuman tabaco son otras tantas chimeneas del infierno)* tuvo tan poco éxito que muy pronto los reverendos y venerables señores mismos se contaban entre los fumadores ó como se decia al principio: *bebedores de tabaco* más apasionados. Entre los estudiantes celebrábanse verdaderos certámenes de fumar enteramente como los de beber, pues el antiguo vicio alemán de la embriaguez fué desarrollado en las universidades de la época de la reforma á verdadero arte de beber y con esto combinábase toda otra clase de excesos. Bajo los ojos de Lutero los estudiantes de Witemberg llevaban una vida llena de *borrachera, lujuria y disipación*. Lo mismo sucedía en todas partes añadiéndose á la gula y liviandad una afición indomable á las riñas, que se desahogaba no solamente en innumerables desafíos y sangrientas camorras, sinó tampoco temía los homicidios y asesinatos. Semejante barbarie encontraba su expresión legítima en las canciones estudiantiles de la época, siendo característico de la filosofía estudiantil lo que á principios del siglo XVII los *cives académicos* de Iena cantaban en sus banquetes: *¡Crapulemos y glotoniemos hasta mañana, seamos alegres sin pesares, es corto el tiempo que hemos de estar en la tierra, divirtámonos y regocijémonos pues mientras vivamos, el que muere se queda feito, acabóse la vida y el placer, de nadie hemos sabido aun que haya regresado del infierno y revelado lo que pasa allí; tener buena compañía no es pecado y por lo tanto embriágate y acuéstate, levántate y hártate y emborráchate otra vez!*

Linda prueba ésta de la *moralización* que dice introdujo la reforma entre los alemanes, ¿no es verdad? Naturalmente no sirvió de nada el que el pastor Matías Federico en el año de 1552 soltara contra el vicio de la borrachera, su *demonio borrachón*, como tampoco produjeron efecto alguno todos los demonios soltados en aquellos tiempos contra los diversos vicios (el *demonio del baile*, el *demonio de los reniegos*, el *demonio de la putería*, etc.). Durante la guerra de 30 años el embrutecimiento de la vida académica aumentó considerablemente, tanto que con frecuencia quedaban borrados los límites entre la vida de estudiante, de soldado y de bandolero. Las huellas de esta barbarie eran todavía bastante claras en el siglo XVIII. El desarrollo de los usos y cos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tumbres estudiantiles (los *filister*, los llaman con razón abusos y malas costumbres) á partir de la época de la reforma se ha verificado especialmente en el seno de las *paisanías* que en las universidades habían reemplazado las naciones de la Edad media y se diferenciaban por sus divisas y colores. En estas paisanías á las que vinieron á agregarse en el siglo XVIII las *órdenes* estudiantiles y en el XIX los *Korps* y *Burschenschaften*, formose poco á poco



UN «BURSCH» (ESTUDIANTE).

ese código del estudiantismo alemán que lleva el nombre francés de *comment*. Al número de las decisiones más antiguas de ese código singular, pertenecen incontestablemente aquellas que tratan del *pennalismo*, procedentes de los escolares andantes de la Edad media, los *lirantes*, *vacantes* y *vagantes*. *Pennal* llamábase el estudiante de primer curso (que hoy se llama *zorro*), y durante su año pennal era el esclavo atribulado de sus compañeros más antiguos de la paisanía. La solemne absolución del pennalismo llamada *deposición* era así mismo un tormento atroz contra el cual tomaron inútilmente medidas de prohibición las autoridades de los diferentes países y hasta la dieta imperial. Poseemos todavía un *discurso de deposición* del año de 1713

en que se enumeran extensamente las diferentes peripecias del maltrato llevado á veces hasta constituir un peligro para la vida de los *pennales absolvendos* á los que martirizaban con peines, tijeras y limas, con destral, cepillo y sierra, con cucharilla de oído, barrena y navaja de afeitar, todos los instrumentos de dimensiones colosales, por lo cual se ve que en aquella sazón era difícil para el *Fuchs* hacerse *Bursch*. Hoy las cosas ya no pasan tan brutalmente; también el *comment* se ha civilizado; pero lo principal ha quedado lo mismo entre los adictos más modernos que entre los más antiguos, á saber, la tendencia de constituir un pequeño Estado no libre en el grande Estado no libre.

En la época de que se trata aquí, el método de la enseñanza académica era todavía muy rudimentario. Las conferencias teológicas, ó como las llamaban oficialmente, las *lecciones y ejercicios*, circunscribíanse generalmente á la dogmática y exegesis; las de la facultad de leyes al código, las instituciones, pandectas y canon, las de medicina á la explicación de los escritos de Hipócrates, Galeno y Avicena con adición acaso de algunas observaciones de anatomía, diagnóstico y farmacia, mientras que las conferencias filosóficas se referían á unos pocos autores latinos y mucho ménos griegos, á retórica, dialéctica, moral, matemáticas y física. La ciencia histórica quedaba enteramente desatendida, si no era estúpidamente maltratada. Los chocantes defectos y grandes huecos de la enseñanza académica trataban de suplir y tapar en lo posible con frecuentes declamaciones y disputas, haciendo al mismo tiempo estos ejercicios académicos engalanados frecuentemente con mucho oropel de payaso las veces de la prensa científica que no existía aun. Estos apuntes demuestran claramente que en la época de la reforma era mucho más incómodo y costaba mucho más trabajo el hacerse un verdadero sabio que hoy en día cuando aun la cabeza más mediana con un poco de buena voluntad puede hacerse imponer en una ú otra especialidad para lucirse luego con lo aprendido como *uno del gremio*. En aquella época, al contrario, solamente los hombres de mucho talento podían con gran trabajo, reflexión propia y estudio incansable, llegar á ser verdaderamente sabios hasta el punto que lo permitía el estado general de la civilización. A pesar de esto existía en los países alemanes, durante los siglos XVI y XVII, un número regular de personas que sabían y un respetable grupo de eruditos.

El teólogo luterano modelo era Melanchton, en cuyas huellas dogmáticas seguían los Chytraüs, Calixtos y Huttero, mientras que los colaboradores y sucesores de Zwingli, Ecolampadio, Bucero, Egapito y Bullinger procuraban y lograban propagar las opiniones liberales de su maestro. Como hombre de mérito descollaba más tarde entre las filas del protestantismo, el teólogo Arnold, porque fundó la historiografía eclesiástica á fines del siglo XVII (1699), mediante su *Historia imparcial* de la Iglesia y de los herejes. Por parte del catolicismo cobraron fama de dogmáticos, catequistas, moralistas y belicosos gallos de pelea, los dos jesuitas Canisio y Busenbam. En el seno del protestantismo continuaban vivas las tradiciones del misticismo alemán de la Edad media, encontrando predicadores tan extasiados como Schwenkfeld y Weigel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó tan dementes como Culmán, pobre loco, quemado en Moscou en 1689 porque había emitido también el oráculo que era Cristo el hijo encarnado de Dios. En aquella región mística que Lutero calificaba brevemente de *fantastería*, radicaba también el pensamiento teosófico del meditabundo zapatero de Gorlitz, Jaime Bœhm, por cuyo lenguaje tierno y pesado pasa un soplo de presagio del moderno panteismo y un aire de filosofía natural alemana de nuestros dias. De la manera como filosofaba ese *filosofus teutónicus* (pues con este nombre le honraban), puede dar una idea el titulo de su obra principal: «Aurora en orto, esto es, la raiz ó madre de la *filosofiæ, teologiæ* y *astrologiæ*, de exacto fundamento. O sea descripción de la NATURALEZA como todo ha sido y se ha hecho al principio: como la naturaleza y *elemento* han sido criaturas; también de las dos cualidades mala y buena, donde toda cosa tiene su orígen, y como ahora está y obra, y como será al final de este tiempo. También qué tal el reino de Dios y del infierno y como los hombres obran en cada uno criaturalmente. Todo de exacto fundamento, en conocimiento del espíritu en el reino de Dios con aplicación expuesto por Jaime Bœhm, en Gorlitz, en el año de Cristo 1612, de edad 37 años, martes de Pentecostès.» El partidario entusiasta de Bœhm, Gichtel, fundó la secta de los hermanos angélicos de Bœhm, pero el sectarismo protestante pudo levantarse contra la ortodoxia cuando sólo hombres como Felipe Jaime Spener, quien abrió por primera vez en Francfort y en el año 1670 sus «*Colegia pietatis*» introduciendo con esto en el lenguaje alemán los términos pietismo y pietista, no querian aguantar más la tiranía dura y estéril del culto luterano de la letra de la Biblia. El pietismo ciertamente no tardó en llevar á sus partidarios á extravíos y locuras, pero en sus principios era un elemento motor de gran efecto. La tésis fundamental de Spener, que la religión es asunto del corazón, ha sido un verdadero progreso, un adelanto sobre el formalismo sin alma de la petrificación dogmática del luteranismo. Además los primeros y verdaderos pietistas encarecían la sustitución de las repugnantes y estériles disputas por dogmas y fórmulas con un cristianismo tolerante y caritativo, dando ellos mismos en este sentido el ejemplo loable de dedicarse con empeño al desarrollo de las escuelas elementales, descuidadas y hasta abandonadas por la iglesia luterana oficial. Un discípulo favorito de Spener, Augusto Hermann Francke, fundador de la casa de huérfanos de Halle, ha cultivado el arte educatorio pietista con mayor celo y mejores resultados que los demás. Al mismo tiempo el pietismo empezó á romper el cerco que encerraba al protestantismo, vino un remedio por otro lado, pues el pensamiento filosófico por primera vez en Alemania encontró en la persona de Godofredo Guillermo Leibniz, un representante que supo darle un desenvolvimiento metódico. Leibniz tenia en la Alemania del siglo XVII poco más ó ménos la misma posición que Alejandro de Humboldt ocupaba doscientos años más tarde. Con una erudición extensa combinaba ideas propias, haciéndole esto capaz de sentar el primer sistema filosófico de su patria, sistema en el cual el concepto idealista-monista tuvo su expresión científica. Además influía con sus trabajos é incitaciones en los estudios matemáticos y físicos, así como en los políticos é históricos, abriendo el camino y señalando el rumbo. El fué también quien procuró poner el gabinete de estudio en contacto con la vida real para conducir una corriente de aire nuevo de ésta en la lobreguez de aquél, siendo al mismo tiempo que sabio hombre de mundo y como tal trataba de predisponer los círculos distinguidos en favor de la ciencia y del progreso. Finalmente hay que alabar aun el que, llevado por el deseo de poner en relación mútua la vida y el estudio, no vacilaba en oposición á la docta latino-manía de su tiempo, en recomendar el uso de la lengua patria, también en la discusión de los problemas científicos como él mismo no desdeñaba hacer á veces versos alemanes. La actividad múltiple é ilustradora de Leibniz encontró en varios conceptos un excelente continuador en Cristián Tomasio, verdadero padre del racionalismo alemán, gran ilustrador del siglo XVII, cuyos trabajos de despejo dirigidos con igual energía y valor contra la barbarie teológica como contra la jurídica alcanzaban aun el siglo XVIII. Tomasio se ha atrevido también en el año 1687, á fijar en la *tabla negra* de la universidad de Leipzig el primer anuncio de conferencia escrito en alemán, y el escándalo que este atrevimiento causó á sus señores colegas, demostraba claramente que aquel acto tenía verdadera importancia de política nacional.

Es verdad que el instinto fundamental de la reforma encaminado á lo real y positivo desapareció temporalmente en parte ó por completo, escondido ó empañado por la teología; pero luego volvió á surgir á la superficie, demostrando su fuerza de tal, sobre todo en dos direcciones, siendo la una la de estimular á la gente á procurar comprender mejor lo presente por medio del conocimiento más amplio y sólido de lo pasado, y manifestándose la segunda por la necesidad que sentían de familiarizarse con las leyes y los fenómenos de la naturaleza. De ahí el aumento de actividad en el campo de la historiografía y en las ciencias exactas. Con respecto á la primera, algo se había ganado por el solo hecho, que hasta los historiadores doctos sustituían la lengua latina cada vez más con la alemana. Ciertamente al principio el espíritu crédulo y nada crítico de la Edad media predominaba aun en la croniquería alemana y hasta los mejores cronistas del siglo XVI como Turmair-Aventin, Kansow, Tschudi, tienen el defecto de reproducir inocentemente lo que han oido decir ó aun, como el último, de formar mitos con toda intención. Pero en algunos de los cronistas de entonces nótase ya un punto de vista crítico y filosófico siquiera todavía muy tímido, como por ejemplo en el varias veces citado suabio Sebastián Franck, quien, ocupándose en literatura de varias maneras, ha compuesto la primera colección de proverbios alemanes y escrito en lengua alemana, además de una crónica de Alemania, la primera crónica universal (*Crónica, anales y biblia de historia, desde el principio hasta este presente año 1531*). Los groseros comienzos de geografía tienen por representante la *cosmografía* de Sebastián Münster, escrita poco tiempo después. Meritoria es la *Historia de los señores Jorge y Gaspar de Frundsberg* por Reisner, porque nos presenta un cuadro claro del militarismo de la época de los *landsknechte* (mercenarios) y de gran importancia para la historia de la cultura son los documentos auto-biográficos con los que empezó en la edad de la

reforma la literatura alemana de memorias. Hay que mencionar especialmente cuatro de esos libros de recuerdos, uno del Sur de Alemania, el del caballero Goetz de Berlichingen; otro del Este, el del caballero Juanito de Schweinichen; otro del Oeste, el del baron Gaspar de Fürstemberg, y otro del Norte, el del burgués Bartolomé Zastrow. Para la historiografía *diplomática* fueron de importancia fundamental los doce tomos en fólio de los *Anales de Fernando* (desde 1640) escritos por el conde Francisco Cristóforo de Khevenhiller. Pero el método científico introdújose en la investigación, el exámen y modo de tratar de la materia histórica solamente por Pufendorf, quien estableció un modelo eficaz en su *Introducción á la historia de los principales reinos y Estados (1682)*.

Así como los principios de la ciencia histórica tenían que luchar empeñadamente con las tradiciones fantásticas de la Edad media, así mismo los principios de los estudios independientes de la ciencia natural en Alemania. Sólo muy lentamente consiguió la jóven ciencia natural abrir brecha en los baluartes del castillo inmensamente grande é inmensamente sólido de las alucinaciones, en cuyos muros la astrología con sus horóscopos y pronósticos, la alquimia con su piedra filosofal, su tintura de oro y su elíxir de la vida, las magias *blanca y negra* con sus conjuraciones en cantos y desencantos, descubrimientos de tesoros y pactos con el demonio, ejercían sus locuras y bribonerías con esa lógica de lo absurdo, con esa terrible formalidad de la convicción, con esa crueldad de la ceguera mental de las que veremos luego un testimonio horripilante en la creencia en brujas y las causas de brujas. Es verdad que ya en medio del estruendo carnavalesco más loco de la superstición, levantábase de vez en cuando una voz para negar toda la tremebunda farsa, como por ejemplo la del doctísimo Agripa de Nettesheim, quien, después de dedicar muchos años de su vida á las ciencias *ocultas*, declaró en voz alta ya á principios del siglo XVI, que todo el pretendido saber *oculto* no era más que viento y vapor. Naturalmente semejantes manifestaciones de sentido común no tuvieron eco, como siempre y en todas partes ha sido y es inútil combatir una enfermedad de vértigos y delirios cuando se ha apoderado de la sociedad humana. Hasta un hombre del genio de Paracelso (Teofrasto de Hohenheim) muerto en 1541, no sabía mantener exento de enturbiamentos astrológicos, alquímicos y mágicos, su actividad reformista en química y medicina basada en el gran pensamiento de la unidad de toda existencia y vida y hubo de rodearse de la auréola de doctor milagroso para medrar como médico ambulante. Las inspiraciones dadas por él en las ciencias naturales y la medicina fueron acogidas y hechas fructíferas por sus contemporáneos jóvenes, Agrícola, Lieber, Wurtz y Gesner, pudiendo este último, tal vez el suízo más universal que ha existido jamás, considerarse como verdadero fundador de nuestra geología, geonosía y mineralogía, teniendo además mucho mérito sus trabajos en botánica y zoología. Como matemáticos y astrónomos los alemanes ocupaban el primer puesto, haciendo grandes cosas, pues las investigaciones de Copérnico (nacido en 1473) y las de Képlero, nacido en 1571, condujeron á aquellos descubrimientos célebres que abrieron un nuevo modo

de considerar el mundo señalando á la tierra su verdadera posición en el universo. Después de salir Copérnico con su gran ley de los movimientos celestes *(De orbium cœlestium revolutionibus 1543)* demostrando que el sol era el centro de nuestro *mundo*, Keplero (de 1609 á 1617) descubrió las tres leyes que llevan su nombre sobre el movimiento de los planetas, por las que el sistema copernicano halló sus verdaderos fundamentos, haciendo posible al inglés Newton completar luego el nuevo plan del edificio del mundo. La importancia de la doctrina heliocéntrica era incalculable. La Iglesia no lo comprendió bien al principio, pero cuando se hizo cargo, se le opuso, teniendo que sufrir esta hostilidad especialmente Galileo, el gran contemporáneo y compañero de ideas de Keplero. Por lo demás, era muy natural la resistencia de la Iglesia contra el nuevo sistema, porque destruía la ficción teológica de un gobierno arbitrario del mundo, poniendo en su lugar el hecho del dominio rigurosamente regular de las fuerzas naturales; pero sólo los tiempos posteriores sacaron las consecuencias filosóficas prácticas de las premisas Copérnico-Kepléricas.

Por lo que precede, se ve que Alemania tuvo una participación honrosa en el gran movimiento de la filosofía y ciencia natural introducido en la actividad civilizadora de Europa durante los siglos XVI y XVII por pensadores como Bruno, Descartes, Bacón y Espinosa. Sin embargo no debe perderse de vista que las mencionadas aspiraciones de progreso y conquistas científicas durante toda la edad de la reforma han influído nada ó muy poco en la existencia política, eclesiástica y social de los alemanes. Sea lo que fuere, lo que se preparaba ó realizaba en la esfera de la actividad idealista, en la de la realidad, pesaba sobre los hombres el férreo yugo de la ortodoxia, cuyo peso sin embargo no les parece inaguantable en virtud de su *fe de carbonero*. Por lo demás, el yugo se componía de teologismo y abogadismo, actuando los dos con igual barbarie. En la jurisprudencia alemana todavía en el siglo XVII se notaba muy poco el adelanto que en las ciencias políticas habían producido las teorías del derecho natural, político y de gentes de Grocio, Maquiavelo, Espinosa, Howes, Sidney y otros extranjeros, á pesar de que sabios alemanes de primera nota, como Leibnitz y Pufendorf, colaboraran en ese progreso. La malhadada constitución del imperio se burlaba de todos los teoremas políticos de la filosofía del derecho, haciendo ilusoria toda esperanza de realización, tanto en el sentido de la monarquía absoluta llevada á cabo en Francia como en el del constitucionalismo parlamentario de Inglaterra. Aun el optimista más contentadizo había de renunciar á la fé en la posibilidad de hacer jamás un verdadero Estado de esa confusión céntupla de estados soberanos grandes, pequeños y microscópicos que formaban el batiborrillo del imperio alemán tal como había salido del tratado de Westfalia. El que la calificación de bárbara puede aplicarse con razón á la jurisprudencia alemana de la época de la reforma, lo demuestran los escritos de derecho criminal de una de las más grandes autoridades de entonces, el catedrático de Leipzig Benito Karpzov, que tiene la triste gloria de haber sido uno de los puntales más firmes de la abominación del encausamiento de brujas en el siglo XVII. La materia prin-

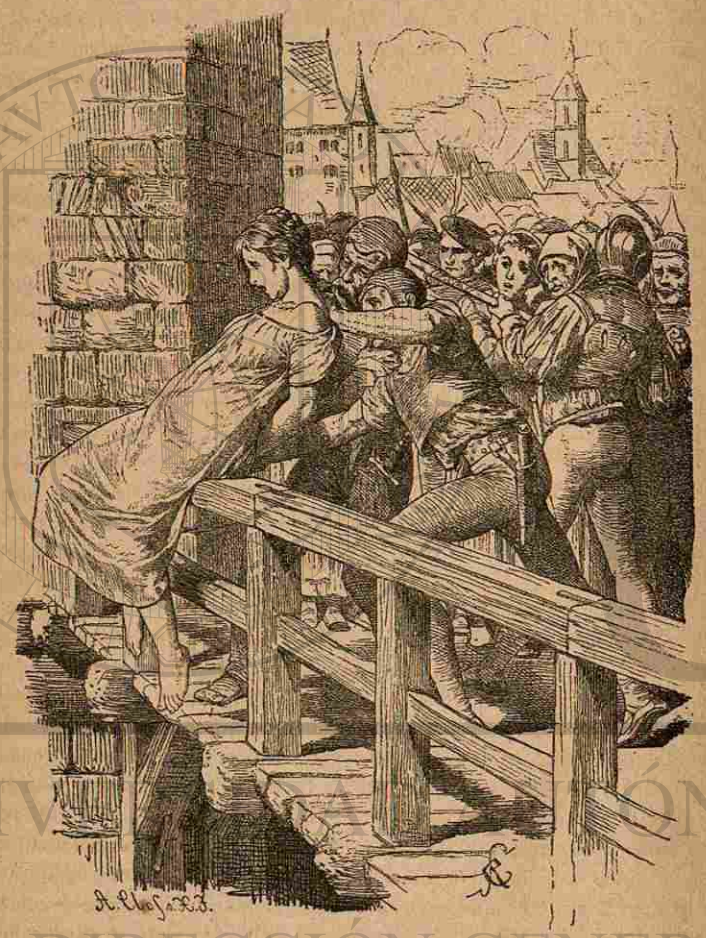
cipal de la investigación y discusión de los doctos en derecho penal era la *Carolina*, es decir, el código penal del imperio arreglado por disposición y mandato del emperador Carlos V, en el año 1532, que llevaba el siguiente título: *Ordenamiento de la justicia criminal del serenísimo, poderosísimo, insupe-rabilísimo emperador Carlos V, y del sacro imperio romano, discutido, es-tablecido y decretado en las dietas de Augsburgo y Ratisbona en los años de 1530-32*. Este Código penal, cuyas decisiones ciertamente han de conmo-ver los nervios de los juristas supersensibles que hasta miman á los crimina-les y cuyo número es grande en nuestros días, no dejaba de ser una innova-ción benéfica para el siglo XVI, porque trataba de dar unidad á la inmensa confusión de los derechos penales locales, y de combinar con los indígenas los preceptos de la justicia penal romana desgraciadamente introducida y aceptada en el imperio alemán. No ha sido por cierto muy feliz esta combina-ción, sobrepujando de mucho lo romano á lo germánico. La *Carolina* se ha-bía escrito con sangre. Elevando el tormento al rango de prueba principal, alentaba la invención de martirios refinados y deleitábase positivamente en la imposición de crueles penas de mutilación y de muerte. También con respecto á esta administración de justicia penal, resulta fabuloso aquello de la mejora y mitigación de las costumbres por el protestantismo, pues los protestantes no han mostrado ménos afán en atormentar, mutilar, ahorcar, decapitar y en-rodar que los católicos, como tampoco tenían reparo en ofrecer sacrificios de sangre al ídolo de su dogma, como los católicos. y no muchos asesinatos de justicia cometidos por parte de los católicos igualan en infamia á aquel que un gobierno luterano ha perpetrado en el canciller sajón Nicolás Kreill, quien después de 10 años de horribles sufrimientos en la cárcel, privado de toda de-fensa y asistencia jurídica, achacoso y enfermo, fué llevado el 9 de octubre de 1601, bajo el pretexto de ser un *traidor calvinista*, por los verdugos de Dresde al cadalso del patio de los judíos para ser decapitado. También es digno de mencionarse que mucho tiempo después de haberse abolido el tor-mento en todos los países católicos de Alemania, esta institución *venerable* estaba todavía vigente en el reino luterano ortodoxo de Hanóver ¡todavía vi-gente en el tercer decenio del siglo XIX!

Es decir, que conforme á los artículos de la Carolina, hacíase en Alemania la indagación, esto es, se daba tormento y se administraba la justicia, esto es, se ajusticiaba durante la edad de la reforma. Un gran número de delitos que hoy se consideran y se tratan como *faltas*, se consideraban entonces como crímenes que debían castigarse con penas corporales y capitales. El gremio de los verdugos, si bien despreciados y tenidos por infames, ocupaba una po-sición importante en la sociedad de aquella época en sus diferentes gradacio-nes, desde el maestro ajusticiador hasta el mozo de tormento, carcelero y de-sollador. No era cosa fácil hacer correctamente el servicio en los calabozos de las cárceles, en las cámaras de tormento y en los cadalsos. Los artes de los azotes, de los estigmas, de la estrapada (de las mujeres impúdicas), del cortar las manos, las orejas y las narices, del pellizcar con tenazas candentes, de las varias maneras de ahorcar y decapitar, de quemar vivo, de hervir en

aceite, de enrodar, de ensacar (á las infanticidas), de empalar, de desgarrar con cuatro caballos, de descuartizar á vivos, de enterrar á vivos, todo esto había de aprenderse; pero el que lo sabía practicar tenía asegurada una exis-tencia lucrativa, mas no ociosa, pues los verdugos estaban sumamente ocu-pados, como prueba el hecho que el mencionado jurisconsulto Karpzov pudo jactarse de haber cooperado en 20,000 sentencias capitales. De la bonachonía alemana no se veía gran cosa en esta manera de administrar la justicia; en cambio manifestábase á veces un talento verdaderamente diabólico para dis-currir martirios abominables. Así v. g., se les ocurrió en Francfort del Main, en 1570, inducir á confesar su pretendida culpa á un acusado en el cual se habían agotado en balde todos los artes conocidos de tormento, ligándole sobre el vientre desnudo un plato, debajo del cual se colocó un ratón vivo. En la misma ciudad los verdugos entendían también el arte de prolongar por días enteros la agonía de los supliciados. En el año 1588 ahorcaron en Francfort á un judío, de los piés, en la horca, de tal manera, que sólo en el séptimo día ¡en el séptimo día! la muerte vino á librarle de sus sufrimientos. Tal era el código penal de Carlos V en la práctica; sólo rara vez notábase en esas ti-nieblas, cual inesperado rayo de luz, un sentimiento humano, como por ejem-plo, cuando la Carolina determina que ha de quedar impune el que fuese indu-cido por la necesidad del hambre que sufriera él, su mujer ó sus hijos á robar alguna cosa para comer. También merece apuntarse, que al ménos de cuando en cuando, bajo circunstancias especiales se hacía gracia á los criminales, en testimonio de lo cual vamos á referir un suceso bien documentado de la ciudad de Basilea y del año 1567. En una mañana de invierno encontraron en Basilea al lado de la fuente del mercado de granos, en el llamado *Hoyo de Virsig*, el cadáver de un recién nacido estrangulado. Averiguose que la madre infanti-cida era la hija soltera de un vecino distinguido, y agravaba su culpa la cir-cunstancia de que el niño asesinado era engendrado en adulterio con el ma-rido de la hermana. La sentencia pronunciada contra la pobre pecadora era de ser enterrada viva; mas debía de haber circunstancias que movieran la opinión pública del pueblo á la clemencia, pues á instancias del clero aquella pena fué conmutada con la muerte más suave del anegamiento. La condenada fué conducida al puente del Rhin entonando el salmo *De profundis clamavi ad te, Domine;* luego los verdugos le ataron las manos en el dorso y botáronla vestida solamente con la camisa de ajusticiada, por encima de la balaustrada al río. Este la arrastró sin sumergirla, echándola á la orilla cerca de la torre de Tomás; acudieron unas mujeres compasivas y sacaron del agua á la infeliz que todavía respiraba. El magistrado consideró que la angustia sufrida era equivalente á la muerte y le concedió la vida. Parece que no ha sido indigna de la gracia, pues refieren que más tarde se casó con un hombre honrado.

La administración de justicia de un pueblo es la suma de su civilización en cada época, de la misma manera como son resultados de la civilización el arreglo de las viviendas y de la vida, la ciencia, el arte y la poesía. Cada época tiene pues los jueces que se merece. Es verdad que en todos los tiempos las necedades y pasiones de los hombres que desempeñan la administración

de justicia el mismo papel que en todo lo humano, y por esto sucede frecuentemente y en todas partes que la justicia se convierte en injusticia voluntaria; mas en general era y es en todas partes y en todo tiempo la administración de la justicia la expresión históricamente necesaria, esto es, independiente de



Suplicio de una infanticida en 1567.

la arbitrariedad personal del conjunto de opiniones y sentimientos de una época. Por esto hemos de considerar también como una cosa históricamente necesaria y no artificial y arbitraria uno de los fenómenos más horrorosos de la historia general del sufrimiento humano y de la historia particular del su-

frimiento del pueblo alemán, la creencia en las brujas y la persecución de las mismas. Es un hecho sensible para todo alemán, que sus antepasados como para compensar largamente la falta de la inquisición, han practicado la persecución de las brujas con más afán que ningun otro pueblo, habiendo sin duda en el número inmenso de las causas entabladas en los países alemanes contra las brujas, muchas, muchísimas debidas á la envidia, á la malicia, á la venganza ó á la codicia, porque era tan fácil satisfacer sus deseos hostiles y apagar la sed de venganza denunciando al enemigo ó á la enemiga por brujería y pacto con el diablo. También era un modo de hacer dinero el encausamiento de las brujas, porque los bienes de los brujos y brujas condenados se confiscaban y distribuian por regla general de tal manera, que el señor del territorio recibia dos tercios, perteneciendo el tercero á los jueces, regidores, sacerdotes, delatores y verdugos que habian intervenido en el proceso. Es un hecho significativo que en el período en que la persecución de la brujería se practicaba con más afán en Alemania, es decir, desde el último tercio del siglo XVI hasta el último tercio del XVII, los delatores, jueces y quemadores de brujas se enriquecian de una manera sorprendente. Mas á pesar de todo es un hecho histórico incontestable que la inmensa mayoría de los jueces de brujas obraban de buena fé cuando mandaban dar tormento á miles y miles de desgraciadas mujeres y jóvenes y condenaban á la muerte por el fuego, á la *incineración*, á esas mancebas del demonio *convencidas* por medio de la más horrible tortura. Seguramente á muchos de esos miembros de los *tribunales de maleficio* les dolía en el alma cuando habían de asistir de oficio durante horas y días á la tortura de solteras y casadas, de jóvenes y ancianas. Pero arrastraban el férreo yugo de la ortodoxia cumpliendo con su deber, del cual creían formaba parte el pronunciar sentencias de sangre y fuego; mas esto no era todo, pues no solamente los inmoladores se hallaban inficionados de la terrible enfermedad mental de la creencia en demonios, encantos y brujerías, sinó frecuentemente las víctimas mismas, pues está averiguado que muchas *brujas*, sin ningún tormento, sinó muy espontáneamente, confesaban y se jactaban de haber tenido tratos con el demonio, tomado parte en los bailes sabatinos de brujas, conjurado tempestades y hechizado á hombres y animales. Mas el que semejantes locas, semejantes visionarias se habían de considerar como enfermas desgraciadas, esto durante mucho tiempo se le ocurría tal vez á uno solo por cada millón de sus contemporáneos; todos los demás miraban á las pobres como á criminales condignas de la muerte y querían que fuesen tratadas como tales. Mirando la cosa bajo el punto de vista de la psicología histórica, la brujería era una pestilencia moral del mismo carácter que esas otras pestilencias de la Edad media, la manía de las Cruzadas, de las peregrinaciones y de la matanza de judíos.

Al final del capítulo IV de la parte segunda hemos trazado el cuadro del concepto que del mundo se formaba la Edad media y ahora nos hemos de referir al mismo otra vez porque la creencia en los hechizos y la brujería tenía su raíz en la oposición entre Dios y Satanás, el reino de Dios y el reino del Diablo, el cielo y el infierno, el mundo de la luz y el mundo de las tinieblas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La dificultad de conciliar la existencia del demonio y de un reino del diablo con el dogma de la omniciencia, omnipotencia y suprema bondad de Dios se allanaba mediante el recurso teológico de que Dios lo permitia. La gran alucinación diabólica engendraba todo un ejército de espectros y alucinaciones, toda la letanía supersticiosa de la obección de los encantos y desencantos, de



El doctor Faust.

los pactos y tratos con el diablo, de la fabricación del tiempo, del descubrimiento de tesoros, de la conjuración de los muertos, de la aparición de los espíritus y su redención, del hacer nudos, cerrar cerraduras, acertar en el tiro, fascinar, fundir balas certeras, componer filtros de amor, las mandrágoras, los espejos mágicos, los ungüentos milagrosos y toda clase de aparatos para rechazar al diablo, los rituales exorcistas y los instrumentos para escabar tesoros. La teoría y la práctica de esta ciencia *oculta* de la *mágia negra*, esplicábase en *libros de mágia* redactados especialmente para este objeto y atribuídos á hombres célebres de la antigüedad, de la Edad media y de la época de la reforma como Salomón, Virgilio, el papa Silvestre, Miguel, Escoto, Nostradamo, Agripa de Nettesheim y Paracelso. Los más buscados de estos libros de mágia eran los que corrian bajo el nombre del doctor Faust, *la*

grande y potente fuerza sobre el infierno y *la triple fuerza del infierno*, cuyas colecciones de necedades se veian aun en el siglo XIX en las bibliotecas de conventos encadenadas á la pared para que no las abriese ningun profano. El supuesto propietario ó autor de este peligrosísimo libro de mágia, el doctor Juan Faust, al que Goethe tomó despues por héroe de su poema universal, ha llegado á ser el verdadero núcleo del mito del diablo y de la leyenda mágica de Alemania, tal como este mito y esta leyenda se han desarrollado en el curso del siglo XVI. La primera redacción escrita de la leyenda de Faust, el libro de Faust más antiguo, ha sido impreso en Francfort del Main en el año de 1587 bajo el título: *Historia de don Juan Faust, el famoso mágico y nigromántico;* y la *farsa del doctor Faust* compuesta no mucho más tarde, ha sido uno de los dramas populares más favoritos hasta muy adelante en el siglo XIX. El doctor Faust ha existido realmente; nacido en Knittlingen de Suabia tenía fama, á principios del siglo XVI, de hombre docto muy versado en física y química; y en el antiguo convento de Maulbronn enséñase todavía hoy la *torre de Faust*, donde el doctor, hospedado por el abad Juan Entenfus, tuvo su laboratorio en el año de 1516. Llevaba una vida vagamunda de médico ambulante, según la costumbre de aquella época, sacando provecho de sus conocimientos nada comunes de las ciencias naturales, su experiencia y sus habilidades, que le permitian hacer muchas curaciones notables, las cuales en una época ávida de milagros, habían de parecerlo á las gentes, y así era muy natural que la muchedumbre de sus contemporáneos viera en el doctor un innegable nigromántico y brujo. Esto empero no era posible sin haberse entregado al diablo haciendo un pacto con el mismo. De este modo la imaginación popular se apoderó pronto de esta figura haciéndola su personaje favorito, si bien en el desarrollo del mismo, el héroe principal de la leyenda mágica, han colaborado también los doctos, como por ejemplo Melanchton, de cuya boca poseemos, por mediación de su discípulo Mennel, un relato de cómo el gran brujo finalmente fué llevado por el diablo después de transcurrido el plazo de su pacto con el espíritu malo.

Mas como ha sido desde el principio la trágica suerte de los hombres, el amargarse y apesararse mútuamente la existencia en lo posible, no podían contentarse con que los renegadores de Dios y confesores del diablo acabaran solemnemente por ir al infierno para expiar con la pena eterna el crímen de la mágia. De ninguna manera, sinó que en su ignorancia de las leyes naturales y su celo por el *reino de Dios*, habían de hacer del fantasma, del pacto diabólico y de la brujería un *crimen extravagante* que perseguían con una furia como solamente los hombres pueden tener contra los hombres. No porque los cristianos hubiesen creído injusta toda intervención arbitraria en el curso de la naturaleza y los destinos humanos, pues según innumerables leyendas todas consideradas verdaderas, los santos perpetraban semejantes intervenciones cada día; pero esto lo hacían con la ayuda de Dios, siendo ellos *mágicos blancos* que *milagraban*, mientras que los confesores y pactistas del diablo ejecutaban sus milagros con ayuda del príncipe de los infiernos, siendo *mágicos negros* que hechizaban. Con especial predilección el espíritu malo

escogia el *vaso débil*, la mujer, para instrumento de sus obras diabólicas, contra las cuales habia de tomarse toda clase de precauciones. Cuando se trataba de crear el encausamiento de las brujas, los teólogos y juristas cristianos se apoyaban en la ley de Moisés, (libro segundo, capítulo 22 y versículo 18): *Las hechiceras no las dejarás vivir*. Mas para Alemania la señal de los procesos de brujas ha sido la bula dada por el papa Inocencio VIII el 4 de diciembre de 1484, en la cual su santidad hizo una enumeración larga de los pecados de las brujas alemanas, encargando y autorizando á los dos frailes dominicanos maestros de herejes y catedráticos de teología de Colonia, Enrique Cremer y Jaime Sprenger, á proceder inquisitorialmente contra ese escándalo herético. Los dos frailes catedráticos é inquisidores mostráronse dignos de la confianza del papa y procedieron metódicamente en el cumplimiento de su encargo. Sprenger compuso con ayuda de Cremer y de otro teólogo llamado Gremper, uno de los libros más abominables que se han escrito jamás para vergüenza de la humanidad, *El malleus maleficarum* (martillo de las brujas) destinado á aplastar á las brujas. Para nosotros los modernos, el *Martillo de las brujas* no es más que un opúsculo *escrito con la baba de un fraile entoquecido de fanatismo, codicia, lujuria y afán de verdugueár;* pero para nuestros antepasados podía y debía ser un *liber sanctissimus* y lo era efectivamente. En la primera parte trátase del diablo, del brujo y de la bruja, itemde lo que Dios permite; en la segunda de los efectos de la brujería y de las precauciones contra ellas; en la tercera, se dá una instrucción extensa de cómo los jueces eclesiásticos y seglares habian de conducir los procesos contra las brujas. El papa había tenido cuidado de asegurar la autoridad canónica del martillo de las brujas, amenazando con excomunión y entredicho á todo el que pusiera obstáculos en la persecución de las brujas por sus representantes. Maximiliano I dió fuerza de ley del imperio á la bula papal por medio de su autorización, el *Martillo* salió impreso en el año de 1489 con aprobación de la facultad teológica de Colonia, llegando rápidamente á ser un código y manual buscado y venerado para los juicios de maleficio, y los horrores de los procesos de brujas empezaron en grande escala. La reforma no solamente no hizo nada para disminuirlos, sinó que al contrario los aumentó considerablemente, pues el protestantismo se empeñaba en no quedar atrás del catolicismo en el temor del diablo, y los púlpitos luteranos no tronaban ménos que los jesuíticos de rabiosa gritería contra las brujas. Durante los siglos XVI y XVII los tribunales de maleficio católicos y protestantes en los países alemanes emulábanse mútuamente en la extinción de brujas. Las penas señaladas por la Carolina contra el crimen de la brujería eran sumamente rigorosas. Disponía que contra los acusados se empleara el tormento y á los convencidos imponía la muerte por el fuego. El doctísimo protestante Benito Karpzow declaraba todavía en su *Práctica criminal* de 1635: *Con la muerte con el fuego han de castigarse todos los que pacten con el diablo aun cuando no hagan daño á nadie, asistiendo solamente á las reuniones diabólicas ó teniendo cualquier otro trato con el diablo, ó hayan confiado solamente en su ayuda sin hacer absolutamente nada más*. Y para citar un paralelo católico en el

procedimiento criminal del archiducado de Austria bajo el Enns del 30 de diciembre de 1656 se lee (artículo 60, párrafo 5): *Luego á la verdadera hechicería, hágase en unión expresa ó entendida con el demonio por la que se hace daño á las gentes ó también á la que con renegación de la fé cristiana se entregó al espíritu malo teniendo con él relaciones carnales, aunque por lo demás no resulte daño para nadie, se impone el castigo del fuego, el cual sin embargo, por circunstancias extraordinarias y cuando el daño no ha sido grande, puede ser atenuado en las personas penitentes por la decapitación prévia.*

¿Mas cómo figuráronse los antiguos ortodoxamente la vida de una bruja? ¿Y cuál era en realidad la mísera suerte de semejante desdichada? La contestación breve y naturalmente en conformidad exacta con los documentos de estas dos preguntas, marca de una manera característica la signatura de los *buenos y piadosos tiempos antiguos*.

Supongamos que una mujer jóven, por un conjunto de experiencias tristes, ideas fantásticas y destemplanzas físicas ó morales, llega á concebir el deseo de poseer facultades hechiceras. Entonces procura entrar en tratos con el demonio y para este fin busca el conocimiento de mujeres que tengan fama de brujas para valerse de su mediación; esta tiene lugar y la candidata aprende lo que debe hacer; ó bien el diablo, que siempre vá en busca de solteras y casadas, piadosas y honestas, dá á tal ó cual bruja el encargo de llevar á su redil la víctima señalada. En este caso, como en el otro, la que pretende entrar en la alianza infernal, se entrega al demonio renegando y desdiciéndose solemnemente de *Dios y María*, si es católica, ó de *nuestro señor Dios y sus diez mandamientos* si es protestante; pero para sellar el pacto diabólico es preciso amancebarse con el demonio, quien toma la figura de señorito, caballero ó cazador, vestido de verde, y se llama sombrero verde, martillete, plumita, yerbecilla, etc. Entonces el demonio imprime á su manceba en cualquier parte de su cuerpo el sello del infierno, el *estigma diabólico*, y la bruja queda hecha, faltando solamente para ser completamente igual á sus hermanas, la introducción formal en la comunidad, adoradora del anti-dios, del remedo de Dios, del diablo. Esta introducción se verifica en la próxima noche de conventículo de brujas. Cada país tiene uno ó varios puntos donde las brujas celebran sus conventículos, conociéndose en Alemania desde los mares del Norte hasta los Alpes, por lo ménos una docena de *montes de brujas*, pues las cumbres de las montañas son los lugares favoritos para estas reuniones y entre las montañas alemanas la predilecta es el Brocken ó Blocksberg en el Harz. Los conventículos locales de brujos y brujas celébranse cada semana en noches determinadas; pero la asamblea general de la brujería alemana, la fiesta mayor de la iglesia del diablo cae en la primera noche de mayo y esta *noche de Walpurgis* (recuerdo manifiesto de la gran fiesta primaveral del paganismo germánico) se celebra en el monte Brocken. La bruja se pone en camino, desnudándose y untando su cuerpo y un mango de escoba con la *pomada de brujas* preparada, según la instrucción del diablo, con los miembros de niños no bautizados reducidos á papilla hirviéndolos;

murmulla en voz baja cierta palabra de seña y montada en su singular jumento parte con la velocidad de la flecha por la ventana ó por la chimenea. Cuanto más se acerca al monte de reunión, tanto más espeso es el enjambre de brujos y brujas que de todas partes vienen cabalgando en mangos de escoba, hurgones, manojos de paja, ruecas ó bien en cabras, cerdos, dragones y buhos. A veces Satanás recibe á los suyos en figura y atavíos de un bailarín alegre; generalmente empero tiene su trono muy por encima del abigarrado hormiguero, en la cima del Brocken; allí está sentado con toda la lobreguez de su majestad infernal medio hombre, medio macho cabrío (cabrón) en un trono de ébano guarnecido de oro. Tiene barba de cabrón y rabo de buey, los dedos de sus manos rematan en horribles garras y uno de sus piés parece casco de caballo y el otro pata de ganso; varios cuernecitos entretéjense en su vértice formando una especie de corona, mientras que de su frente parte un cuerno largo de cuya punta sale una luz más clara que la luna. Esta luz junto con el brillo de sus dos grandes ojos de buho, echando rayos infernales, alumbra toda la escena. A las 9 de la noche empiezan las ceremonias; toda la feligresía reunida ordénase en procesión y desfila ante el rey del infierno prosternándose todos, renegando de Dios, llamando al demonio amo y maestro y besándole la mano izquierda, el pié izquierdo y el trasero. Sigue luego una especie de confesión general, confesándole al demonio sus pecados, los hechiceros y las brujas, como no han hecho todo el mal que han debido y podido hacer; Satanás les dá la absolución ó les impone penitencias, enseguida baja de su trono para celebrar la misa diabólica en un altar sacrílego, predicando luego un sermón en el cual promete á sus fieles un paraíso rebosante de toda clase de voluptuosidades. Al final de la misa, para completar la parodia blasfémica del culto divino cristiano católico, distribuye la comunión en ambas formas, pero la hostia negra sabe á madera podrida y el cáliz infernal ofrece una bebida repugnante. Después de esto sigue un banquete en que todos los manjares y todas las bebidas tienen un aspecto asqueroso y un sabor repelente, pues el diablo tiene costumbre de recompensar mal á sus partidarios engañandoles á cada ocasión, porque no deja de ser *el padre de la mentira* y por esto hasta el dinero que se consigue con su ayuda se convierte de la noche á la mañana en serrín, carbón ó escremento. Después empieza el gran baile de brujas, dándose todos los bailarines y bailarinas las manos para formar un círculo con la cara dirigida á fuera; con el baile va combinada una orgía general de deshonestidad. El acto final de toda la fiesta consiste en que el diablo cabrón, después de amonestar á su feligresía que hagan todo el mal posible, se reduce á sí mismo á cenizas de las que las brujas se llevan una parte porque es el hechizo más eficaz. Toda la función acaba y termina antes de media noche.



Cabalgata de brujas.

La lista de los *indicios* de la brujería era realmente interminable, porque absolutamente todo lo más pequeño como lo más grande, lo más sublime como lo más ridículo, podía ser motivo de sospecha de pertenecer al gran pacto del demonio y en miles de casos cualquier miserable casualidad ha provocado efectivamente aquella sospecha. Es una verdad horrible que durante casi dos siglos, desde que el *Martillo de brujas* había adquirido autoridad canónica, ninguna mujer alemana casada ni soltera tenía una hora de seguridad de no ser denunciada, encarcelada, acusada y condenada como bruja, pues todo el procedimiento de los tribunales de maleficio compuestos de teólogos y juristas, porque la brujería era considerada crimen de fuero mixto, era tal, que de cien acusaciones 99 terminaban por la condenación. Las *torres de brujas* alemanas, sitios llenos de martirio y horror, en cuyos calabozos las *pobres brujas* á veces niñas impúberes, quedaban entregadas sin amparo á los apetitos brutales de los verdugos. Esas torres habrían debido llevar de oficio el epígrafe de la puerta del infierno de Dante: *Abandonad toda esperanza los que entreis.* Está averiguado que muchísimas *brujas* para no tener que sufrir más martirio han confesado todo cuanto sus jueces querían que confesasen. Para comprender el valor de las confesiones de brujas y

de los medios con que se obtenían, baste saber que semejantes brujas interrogadas por medio del tormento confesaron haber asesinado con sus brujerías á personas que á la vista de los jueces andaban por ahí vivos y sanos; y que



La «prueba de brujas.»

niñas de 11, 9 y hasta de 7 años de edad declararon que el diablo las había hecho madres.... Supongamos ahora entrada en semejante torre de brujas á la que arriba suponíamos cabalgando á la junta general, según las alucinaciones de aquella época. Teniendo la acusada una naturaleza robusta y una voluntad enérgica, el calabozo no ha producido su objeto, el de hacerla dócil.

Ella sostiene su inocencia; entonces empieza el procedimiento con el *interrogatorio á buenas*. La pregunta principal es: *¿Cree la delicuente en la existencia de brujas?* ¡Pregunta insidiosa! Si la niega, la acusada se da á conocer abiertamente como hereje, y si afirma, es un *indicio* que *debe de saber* más de la cosa. Entonces se continúa todavía el procedimiento á buenas, pues tratan de arrancar á la acusada la confesión de su culpa *simplemente* privándola de comida, bebida y sueño. La bruja permanece terca y es preciso someterla á uno de los *juicios de Dios* que la práctica eclesiástica de las ordalias había desarrollado y multiplicado. Se deciden por la prueba del agua, la cual por emplearse más frecuentemente ha recibido preferentemente el nombre de *prueba de brujas*. La casualidad, es decir, la voluntad del verdugo que sostiene la cuerda con la que la bruja se halla ligada, dispone que quede flotando en la superficie del agua. Indicio malo, porque el agua no acoje nada impuro, pecaminoso. Continúa el procedimiento practicándose la prueba desvergonzada de la aguja que tiene por objeto buscar y demostrar la *marca de bruja* en el cuerpo de la acusada. Si esta prueba tampoco dá un resultado claro, pues el diablo borra muchas veces la marca para salvar á su manceba, se procede al *interrogatorio por tormento*. En la cámara de tormento y en presencia del juez, del escribano y de dos regidores, el maestro verdugo enseña á la bruja todos los instrumentos de martirio, uno tras otro, explicando el modo de aplicarlos y su efecto. Aún esto no ablanda la terquedad de la *maléfica*, que permanece firme aún cuando la han despojado ya y el verdugo empieza sus horribles maniobras con la fórmula: *Serás atormentada hasta quedarte tan delgada que el sol te traspase*. Nuestra bruja es una heroina, todos los horrores que en ella ejecutan, todos los dolores terribles que producen las *empulgueras*, las *botas españolas*, la *escala*, la *liebre mechada*, el *torno*, el *látigo*, el *azufre encendido*, el *aceite hirviendo* y el *plomo derretido*, veintidos grados de tormento sucesivos los aguanta con paciencia sobrehumana y sólo el vigésimo tercero quebranta la fuerza del alma en ese cuerpo fracturado, abrasado, cubierto de sangre, y con una voz que ya no parece humana confiesa todo lo que se le exige; confesaría si se lo pidiesen haber asesinado á Dios aún antes de la creación del mundo. Ahora el tribunal de maleficio puede pronunciar en sesión solemne y con la conciencia tranquila la sentencia de muerte contra la bruja *confesa*. Debe ser extrangulada y su cuerpo quemado. Mas repuesta del desfallecimiento y de la obtusión mental en que la habían sumido los martirios, la maléfica revoca todas sus confesiones. En vista de esto se aumenta la pena, siendo la sentencia, la de *incineración con el aliento andando;* en otros términos, de ser quemada viva. La bruja muere en las llamas con aquel heroismo maravilloso que han mostrado en el cadalso ó en la hoguera miles y miles de sus compañeras de desgracias.

Queda indicado ya que la quema de las brujas en Alemania tomó incremento sólo en el siglo XVI, empezando las incineraciones en masa por los años de 1560-70; puede decirse que toda ciudad, toda aldea, todo cortijo noble en tierra alemana quería tener su quema de brujas. La estadística de esos asesinatos jurídicos es lo más horroroso que pueda contar la historia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la locura humana, pues el número de las brujas asesinadas en Alemania por la



QUEMA DE BRUJAS.

justicia ha sido antes bien más que ménos de 100,000. Un proceso de brujería llevaba generalmente en pos de sí toda una série desarrollándose de los prin-

cipios más insignificantes, muchas veces procesos verdaderamente gigantescos, arrastrando en la perdición común á hombres de todas las clases y profesiones, niños de ambos sexos, señoras y criadas, legos y clérigos, artesanos, nobles y canónigos, empleados, sabios y artistas, jóvenes de admirable belleza y viejas de repugnante fealdad. Para convencerse de esto basta mirar la lista de las 219 personas que en la ciudad de Würzburgo han sido supliciadas por *brujería* en los tres años de 1627 á 1629, durante cuyo período en todo el obispado de Würzburgo, bajo el *clemente* báculo del obispo Felipe Adolfo de Ehrenberg, han sido ajusticiados nada ménos que 900 individuos *brujos*. La última quema de brujas en grande escala fué perpetrada por el arzobispo de Salzburgo en el año de 1678, subiendo á 97 el número de las víctimas.

Es cierto que desde el principio de la demencia brujeril en Alemania no han faltado personas á quienes su razón y su conciencia impulsaba á levantarse contra la abominación; pero naturalmente, no eran más que predicadores en el desierto de la necedad y malicia, resultando verdadero y horrorosamente claro también en este asunto que el *órden moral* del que las gentes hablan tanto, aunque les importa poco, puede hacerse prevalecer solamente cuando el órden inmoral ha agotado todas sus locuras. Una de las primeras tímidas tentativas de revocar en duda la existencia de la brujería fué hecha en el mismo año de 1489, en el cuál fué impreso el *Martillo de las brujas*, por Ulrico Moditor en su *Bella plática acerca de las maléficas*. En la segunda mitad del siglo XVI salieron con objeciones contra la manía de los procesos de las brujas, el sacerdote Loos y el médico Weier; mas en vez de ser escuchados fueron perseguidos duramente. En el año de 1593, Augusto Lerheimer, publicó su *Objeción y reparo cristiano sobre la hechicería*, en cuyo libro combatía especialmente la torpe necedad de la mancebía diabólica. Treinta y ocho años más tarde, en 1631, pareció la célebre disertación *Cantio criminalis*, cuyo autor, el conde Federico de Spee, que ocupa también un puesto honroso en la historia de la literatura, como poeta de *Truz Nachtigal* (1649), ha sido uno de los alemanes mejores de la época á pesar de pertenecer á la compañía de Jesús. Este hombre generoso, al que su obligación de acompañar á la hoguera á las brujas condenadas en calidad de *consolador* había encanecido prematuramente, dirigió en el escrito mencionado; protejido insuficientemente por el velo del anónimo contra el peligro de ser él mismo acusado y condenado como á hereje, sus ataques con tanta habilidad como energía, no contra la creencia en la brujería, sinó contra los procesos de las brujas, cuya abominación indecible revelaba magistralmente para dejar demostrado que semejante procedimiento habia de llevar á la hoguera absolutamente á todos los acusados, aun á los más inocentes. Pero aun esta voz honrada encontró poco crédito, prefiriendo la gente escuchar la del docto memo Kartzow. Sólo á fines del siglo XVII, Spee encontró un sucesor de igual talento en el holandés Baltasar Becker, cuyo libro *El mundo encantado* (1691), finalmente arrojó una luz penetrante en la noche de la superstición brujeril. Más tarde, nuestro excelente Tomasio, siempre el primero en la brecha cuando se trataba de pelear contra la sinrazón y la injusticia, ha combatido varias veces en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el período de 1701 á 1712 y con gran energía, la alucinación brujeril y el proceso de las brujas.

Mas á pesar de todo esto la férrea edad de la ortodoxía no se acababa aun y habremos de ver todavía en medio del siglo XVIII y hasta fines del mismo qué y cómo se perpetraban en el suelo alemán asesinatos jurídicos en las personas de *brujas*.

IV.

Lansquenetismo y furia guerrera.

Sabido es que los cañones solían llamarse formalmente las *últimas razones de los príncipes*, mas con igual derecho podrían llamarse las últimas razones de los pueblos, pues desde el principio el hombre ha sido un animal guerrero y lo será hasta el fin. No deja de ser significativo que hasta el poeta reconocido de la libertad y del humanismo, pone en boca de su sensato hombre de legalidad Stauffacher en el Rutli: *Por último recurso cuando ya ningún otro sirve nos ha sido dada la espada....*

Pues á todas las filantrópicas preguntas por la posibilidad de una paz *eterna* ó tan sólo un tanto duradera entre los hombres, la historia contesta terminantemente que *nó*. Siempre tal como los hombres son y seguirán siendo por su naturaleza á despecho de todas las frases de perfeccionamiento, la fuerza privaba y priva sobre el derecho, siendo éste sin aquélla como aquel cuchillo del cuento que no tenía mango y le faltaba la hoja. Todas las cuestiones de derecho al fin y al cabo rematan en cuestiones de fuerza, y para resolverlas los individuos y los pueblos acabarán siempre por apelar á la última instancia, á la espada, á la decisión por las armas. La guerra á despecho de todos los soñadores y sentimentalistas, está fundada en la naturaleza humana y constituye un factor necesario de la evolución humana, y todos los que lean el libro de la historia universal con ojos que ven, comprenderán sin dificultad por qué el cuidado por las cosas de guerra ha sido siempre y en todas partes uno de los primeros cuidados de los pueblos.

Lo mismo sucedió también en la edad de la reforma; los rasgos distintivos guerreros de la misma fueron el de terminar la transición del ejército feudal al ejército de mercenarios y el de sustituirse la táctica de la Edad media con los principios de la táctica moderna. Lo primero se realizó porque el servicio profesional de soldado hubo de reemplazar el servicio temporal de feudatario, ya que solamente soldados de profesión podían hacer eficazmente la guerra tal como se había ido trasformando por el uso de las armas de fuego; lo segundo fué debido á que la decisión de las batallas ya no dependía de la caballería, como en la Edad media, ni de la infantería que, como en el siglo XV las tropas de los husitas y de los suizos, parecían *murallas ambulantes*, sinó de la cooperación metódica de las tres armas: infantería, caballería y artillería. Las dos batallas de Marignano y Pavía (1515 y 1525) dan una idea de este gran cambio en el arte militar. En los conceptos moral y nacional el servicio mili-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el período de 1701 á 1712 y con gran energía, la alucinación brujeril y el proceso de las brujas.

Mas á pesar de todo esto la férrea edad de la ortodoxía no se acababa aun y habremos de ver todavía en medio del siglo XVIII y hasta fines del mismo qué y cómo se perpetraban en el suelo alemán asesinatos jurídicos en las personas de *brujas*.

IV.

Lansquenetismo y furia guerrera.

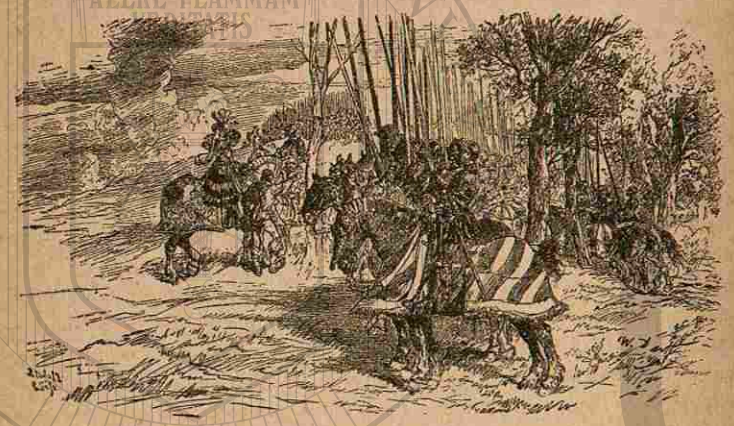
Sabido es que los cañones solían llamarse formalmente las *últimas razones de los príncipes*, mas con igual derecho podrían llamarse las últimas razones de los pueblos, pues desde el principio el hombre ha sido un animal guerrero y lo será hasta el fin. No deja de ser significativo que hasta el poeta reconocido de la libertad y del humanismo, pone en boca de su sensato hombre de legalidad Stauffacher en el Rutli: *Por último recurso cuando ya ningún otro sirve nos ha sido dada la espada....*

Pues á todas las filantrópicas preguntas por la posibilidad de una paz *eterna* ó tan sólo un tanto duradera entre los hombres, la historia contesta terminantemente que *nó*. Siempre tal como los hombres son y seguirán siendo por su naturaleza á despecho de todas las frases de perfeccionamiento, la fuerza privaba y priva sobre el derecho, siendo éste sin aquélla como aquel cuchillo del cuento que no tenía mango y le faltaba la hoja. Todas las cuestiones de derecho al fin y al cabo rematan en cuestiones de fuerza, y para resolverlas los individuos y los pueblos acabarán siempre por apelar á la última instancia, á la espada, á la decisión por las armas. La guerra á despecho de todos los soñadores y sentimentalistas, está fundada en la naturaleza humana y constituye un factor necesario de la evolución humana, y todos los que lean el libro de la historia universal con ojos que ven, comprenderán sin dificultad por qué el cuidado por las cosas de guerra ha sido siempre y en todas partes uno de los primeros cuidados de los pueblos.

Lo mismo sucedió también en la edad de la reforma; los rasgos distintivos guerreros de la misma fueron el de terminar la transición del ejército feudal al ejército de mercenarios y el de sustituirse la táctica de la Edad media con los principios de la táctica moderna. Lo primero se realizó porque el servicio profesional de soldado hubo de reemplazar el servicio temporal de feudatario, ya que solamente soldados de profesión podían hacer eficazmente la guerra tal como se había ido trasformando por el uso de las armas de fuego; lo segundo fué debido á que la decisión de las batallas ya no dependía de la caballería, como en la Edad media, ni de la infantería que, como en el siglo XV las tropas de los husitas y de los suizos, parecían *murallas ambulantes*, sinó de la cooperación metódica de las tres armas: infantería, caballería y artillería. Las dos batallas de Marignano y Pavía (1515 y 1525) dan una idea de este gran cambio en el arte militar. En los conceptos moral y nacional el servicio mili-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar de los mercenarios ó soldados era un verdadero retroceso en comparación con el servicio militar feudal. El guerrero feudal, siguiendo el llamamiento del rey para la guerra nacional ó el de su señor feudal para la guerra privada, cumplía con su deber y honor; el mercenario vendía su pellejo al mayor postor y muy á menudo á los enemigos declarados de su propio país. En lugar del deber y del honor miraba por la utilidad, por su provecho personal. En lugar de todos los demás motivos morales había de arraigarse en el mercenario el espíritu de corporación soldadesca, la fidelidad á la bandera, y este sucedáneo se mostró muchas veces sumamente débil. Lo inmoral, lo pernicioso para la nación y el país, del mercenarismo, se manifiesta claramente en



Caballería de principios del siglo XVI.

el *Reislaufen* de los suizos y no ménos por la degeneración del lansquenetismo alemán.

Mozos, mozos de guerra del país y de ahí mozos del país (landsknechte) llamábanse en el imperio alemán las tropas asalariadas, los soldados de profesión que cobraron mayor importancia en el reinado de Maximiliano I. Un gran militar alemán, Jorge de Frundsberg, se ha conquistado luego como organizador del lansquenetismo el nombre honorífico de *padre de los lansquenetes*. Esos mercenarios, reclutados al principio entre los campesinos alemanes, constituían la verdadera fuerza y potencia no solamente de la infantería, sinó de todo el ejército durante la época de la reforma. El comandante de todos los lansquenetes de un ejército, tenía el título de general supremo ó *Capitan supremo* y no era responsable sinó al *señor de guerra* ó al *señor del sueldo*. El estado mayor constaba del *comisario pagador, comisario de víveres, comisario alojador, médico superior, heraldo del ejército, prevoste superior* y *comisario de contribuciones*. El ejército de lansquenetes estaba

dividido en regimientos mandados por un coronel, cuyo sueldo mensual por término medio era de 400 florines. Formaban la plantilla del regimiento el teniente coronel, sargento, alojador, furriel, predicador, cirujano y prevoste y el encargado de la vigilancia de los mozos de bagajes y de las cantineras. El regimiento constaba de ocho á diez compañías llamadas banderillas que tenían á su frente un capitán con 40 florines de sueldo. Los subordinados del capitán eran el teniente, el alférez, el sargento, el capellán y los cabos. Delante de la compañía marchaban generalmente de 12 á 15 *mosqueteros* armados de *pequeños doble ganchos* ó mosquetes y llevando fijadas en una correa, colgando del hombro izquierdo doce cajitas de madera conteniendo cada una una carga de pólvora; de la primera correa pendían también la bolsa de las balas y el frasco de pólvora de cebo. Trás los mosqueteros iban los *arcabuceros*, cuya arma principal era el arcabuz llamado también medio gancho provisto al principio de llave de mecha y desde 1517 de la llave de rueda inventada en Nuremberg. Los arcabuceros y los mosqueteros llevaban también un espadín ancho, de dos filos, y lijeras corazas y morriones. Seguíanles los *piqueros*, armados de corazas, brazales, musleras, delantales de lata y cascos, llevando como armas ofensivas un espadín, dos pistolas de llave de rueda y una pica de asta muy larga, en vez de la cual, algunas divisiones de la banderilla llevaban espadas grandes de dos manos ó bien alabardas, es decir, hachas de mango largo. A partir de Carlos V, una banderilla constaba generalmente de 400 *mozos de á pié*, de los que los mosqueteros cobraban el sueldo mayor, 10 florines mensuales por término medio. Todos debían armarse á su costa, pues el uniforme no existía aún, creyendo los señores lansquenetes que bastaba llevar bandas con los colores de su amo, abandonándose por lo demás á todos los caprichos de la moda reinante ó de su gusto, respectivamente, mal gusto personal. En ninguna parte el *demonio de los calzones anchos, licenciosos, contrarios á la disciplina y al honor*, como se expresaba el predicador de la corte de Brandenburgo, Andrés Musculus, dominaba tan locamente como entre los lansquenetes que lo exageraban hasta el punto de necesitarse para un solo par de 60 á 130 varas de tela. En general los lansquenetes constituían un gran foco de despilfarro, malas costumbres y extravagancias. Les gustaba que les llamaran *piadosos* y ellos mismos se llamaban así; pero basta leer las descripciones que los autores contemporáneos han hecho de ese modo de vivir para comprender que realmente han sido una *gente muy mala*, como los calificaba el bueno de Hans-Sachs. Ciertamente el *derecho de guerra*, bajo el cual estaban, era bastante riguroso, estableciendo los diversos *artículos de guerra* penas tremendas contra la insubordinación, la deserción, la rebeldía, el robo, el asesinato, el incendiarismo, la violación, etc.; pero la aplicación de estos artículos era á veces muy difícil y aun del todo imposible, Más eficaz era seguramente la justicia que los lansquenetes practicaban entre ellos mismos, y cuando se trataba de acusaciones graves, en la antigua manera nacional, pública y al aire libre. La manifestación más singular de esta justicia lansquenética, era el *derecho de pica*. Cuando éste se aplicaba, el regimiento formaba un círculo en cuyo centro se

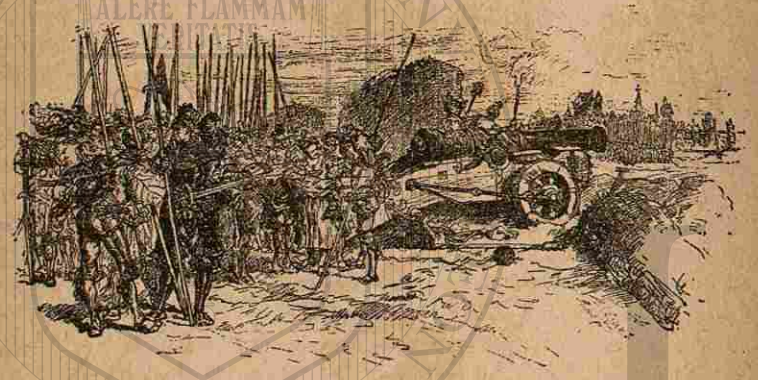
colocaban el acusado y el prevoste, funcionando éste como fiscal. El procedimiento era todo lo sumario posible. El acusado quedaba absuelto por la votación de sus camaradas ó bien condenado á *pasar por las picas,* en el acto mismo. En este caso el regimiento formaba calle con las picas en ristre, en medio de las cuales el prevoste echaba al malhechor para que encontrara una muerte más ó ménos rápida. Una atenuación de esta justicia de pica, si bien todavía bastante bárbara, era el *correr la calle,* que dicen enseñó á los alemanes el rey de Suecia Gustavo Adolfo.

Los lansquenetes manifestaban muchas veces bastante buen humor, cuya brutalidad no sentaba mal en ellos. Históricamente consta un acto de buen humor entre los lansquenetes alemanes verificado con ocasión de aquel terrible *Saqueo de Roma*, en mayo de 1527, después que el ejército de Cárlos V en la lucha del emperador con el papa Clemente VII hubo tomado por asalto la *ciudad eterna*. El que quiera saber detalladamente lo que en aquella época significaba el asalto de una ciudad, debe leer las descripciones que unos testigos oculares y auriculares nos han dejado de esa abominación. Durante días enteros, Roma representaba el infierno de Dante; pero merece apuntarse que aquellos testigos dán á los soldados alemanes el testimonio de no haberse conducido contra las desgraciadas mujeres romanas tan infame y cruelmente como los italianos. En cambio, para escarnecer al papa, quien se habia refugiado en el castillo de San Angelo, los lansquenetes hacían todo lo posible caracterizando la siguiente mojiganga gráficamente el ánimo que reinaba entre los lansquenetes alemanes del ejército imperial 10 años después de la salida de Lutero. Cierto día de mayo el sargento de lansquenetes Guillermo de Sandizel, se presentó ante el castillo de San Angelo montado en una mula, vestido del traje de pompa pontifical y llevando en la cabeza una triple corona. Rodeábale un gran numero de sus camaradas disfrazados de cardenales y obispos, que tributaban al lansquenete papa con inclinaciones de cabeza, genuflexiones y besa piés, jocosamente todas las reverencias que al verdadero papa suelen tributar sus prelados. Satélites y *suizos* abrían y cerraban el cortejo que al son de pitos y tambores se dirigió hácia el Borgo. En frente del castillo, el papa Sandizel I cogió una copa de vino, blandiola bendiciendo hácia el castillo y bebiola á la salud de Clemente VII encerrado allí. Los obispos y cardenales postizos imitaron largamente el ejemplo de *su pontifice* gritando que ellos querían hacer papas, obispos y prelados piadosisimos que fueran adictos al emperador y no rebeldes. Finalmente, el señor de Sandizel exclamó: *A Lutero nombro mi sucesor, á él quiero regalar el papado; el que asienta levante la mano,* y todos aquellos mozos alegres levantaron las manos y gritaron con júbilo: *¡Lutero papa! ¡Papa Lutero!*

En el siglo XVI el regimiento de caballería contaba de 750 á 1,000 caballos, y dividiase en *estandartes* compuestos generalmente de 180 jinetes pesados *(kyrissern)* y de 60 lijeros *(carabineros)*. Aquellos eran todavía enteramente los jinetes de hierro de la Edad media, montando caballos pesados, llevando una lanza fuerte y además una espada larga, buena para dar tajos lo mismo

que estocadas, y teniendo aun dos pistolas y una maza; los otros montaban caballos más lijeros y eran más lijeras sus armas, llevando además de la espada ordinaria y pistoletes, como arma principal, la carabina, es decir, un arcabuz pequeño. La *lanza pesada*, ó sea el kyrisser, cobraba 24 florines mensuales y el carabinero solamente 12; el sueldo del coronel era de 400 florines. Su estado mayor constaba de teniente coronel, maestro de guardias, maestro de víveres y furriel del regimiento. Los estandartes eran mandados por capitanes y el mando superior de la caballeria de un ejército incumbía al *mariscal de campo*. La artillería, la *ropa de campo,* estaba bajo la dirección suprema del maestro de ropa de campo *(Feldzeugmeister)* que tenía por subordinados inmediatos un teniente, un comisario pagador, un guarda ropa y varios mozos roperos. El servicio de cada pieza estaba bajo el mando del maestre de cañón llamado más tarde *constable,* ayudado por el cohetero llamado más tarde bombardero. Los cañones ó *cartaunos*, se dividían en piezas de campaña y piezas de sitio. La más pequeña de las primeras era el *tindlein* agudo que arrojaba una bala de plomo de media libra, siguiendo luego en línea ascendiente el falconete, el falcón, la culebrina y la culebrina grande que era servida por 18 hombres y arrojaba una bala de 40 libras. Las piezas de sitio eran en línea descendente la *moza aguda* que arrojaba una bala de hierro de 100 libras, el basilisco, el ruiseñor, la cantora y la gran culebrina cuartana. Además habia morteros llamados obuses que lanzaban balas de piedra hasta de 200 libras. Balas *explosivas*, es decir, bombas, conocíanse en una época muy temprana y desde 1524 empleábanse también las granadas de mano, y de ahí el nombre de *granaderos*. Las múltiples invenciones científicas y técnicas del siglo XVI fueron utilizadas para el perfeccionamiento de las armas de fuego, del arte de fortificar *(bastiones)*, y del arte de sitiar. La educación del soldado tenía aun por objeto la habilidad del individuo antes que la movilidad de las masas. Las marchas eran muy lentas, la preparación para la batalla era sumamente engorrosa, la dirección de la batalla misma era tarda en extremo, los generales como Frundsberg y Schertlin ciertamente han promovido muchas innovaciones en la táctica y la estrategia, pero en grande y en conjunto todo quedaba en el siglo XVI y con respecto á los ejércitos imperiales alemanes todavía en el siglo XVII como habia sido antes. En las *armadas* que mandaron Tilly y Wallenstein, un regimiento de infantería constaba de 10 compañías de cuatrocientos hombres (doscientos mosqueteros, cien piqueros, cincuenta alabarderos y cincuenta supernumerarios) de modo, que debía contar 4,000 hombres, teniendo empero generalmente sólo 3,000. El regimiento de caballería tenía seis estandartes de 240 hombres (60 lanceros, 60 carabineros y 120 *semi-armados*).Como cada jinete tenía su mozo con un caballo de bagaje, el regimiento debía constar de 2,880 hombres, pero por regla general contaba solamente 2,600. Lo que costaba el reclutamiento y la manutención de un ejército en aquella época, se ve por la circunstancia que en virtud de un contrato el emperador Fernando II pagaba á su coronel general 600,000 florines por cada regimiento de infantería puesto en pié de guerra. Este general comprendió mejor que su contemporáneo Tilly la impor-

tancia de la artillería y por esto aumentó la ropa de campaña imperial hasta 80 piezas. Su adversario el rey de Suecia Gustavo Adolfo, incontestablemente el general más capaz del siglo XVII, introdujo en su ejército varias mejoras técnicas y tácticas adoptadas luego más ó ménos pronto también por los alemanes. El objeto de Gustavo Adolfo era dar más lijereza y movilidad al individuo y al armamento. En los regimientos de infantería sustituyó la mayoría de las picas y albardas con armas de fuego, aumentó la utilidad de la caballería alijerando el equipo y el armamento, estableció primero la artillería *volante*, reemplazando las pesadas culebrinas por piezas de á cuatro libras que se cargaban ya con cartuchos, mientras que las piezas imperiales seguian

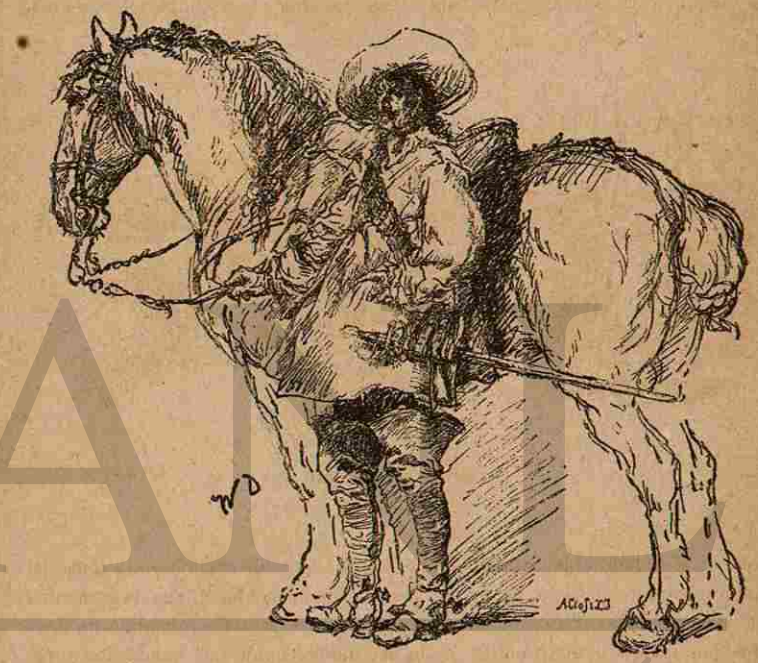


ESCENA DE ASEDIO.

teniendo á su lado el barril de pólvora que el constable echaba en la boca del cañón mediante una pala. El rey de los suecos enseñaba á sus regimientos sentirse, moverse y batirse como cuerpos tácticos; también introdujo un nuevo órden de batalla apartándose de la usual disposición por cuadrados apretados en los que la artillería debía producir un efecto desastroso y formando en su lugar una línea de batalla que dejara á la infantería cubierta por la caballería por los lados y en intervalos suficiente espacio para movimientos rápidos, sobre todo para aquella evolución muy eficaz de abrir sus filas para dar ocasión á la artillería colocada detrás, de intervenir en el combate de una manera repentina y sorprendente.

La fuerza numérica de los regimientos que la edad de la reforma llevaba al campo, no puede compararse de ninguna manera con los números de los ejércitos de los tiempos modernos y contemporáneos. En el siglo XVI considerábase grande un ejército de 25,000 hombres, y en el siglo XVII uno de 50,000. El ejército relativamente más numeroso de Europa á fines del siglo XVII era el de Brandenburgo-Prusia después que el gran elector hubo fundado la potencia militar de su Estado. A la muerte de este príncipe (1688) el ejército pru-

siano contaba 26,858 hombres con 40 piezas de campaña, y exigia un gasto anual de dos millones y medio de talers, casi la mitad de todos los ingresos del país. Por lo demás en aquel tiempo estaba ya hecha en lo principal la transformación de las tropas de mercenarios enganchados temporalmente en ejércitos permanentes reunidos por reclutamiento. A Alemania como á los demás paises, servían de modelo las instituciones militares de Francia como las habían ordenado Luis XIV, su ministro de la guerra Louvois y sus mariscales. El lansquenete había desaparecido, el soldado había venido. Los ejércitos, instrumentos sin voluntad de una política de gabinete intrigante, aumentaban en número y lujo de uniformes. Aun antes de terminar el siglo XVII toda la infantería llevaba armas de fuego con adición de la bayoneta; solamente los oficiales subalternos llevaban todavía el *espontón*, especie de partesana lijera. En la caballería vinieron á agregarse á los antiguos coraceros y carabineros los modernos hulanos y húsares. En relación con el desarrollo técnico de la soldadesca, la posición social de la misma fué cada vez más privilegiada. Formose la noción especial del honor militar, la oposición de paisano y soldado se hizo más marcada y la diferencia entre pueblo y ejército fue agrandán-



DRAGON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dose notablemente. La entrada en la oficialidad no tardó en ser un privilegio permanente de la nobleza. La clase de tropa, la soldadesca ordinaria sacada generalmente de la hez de la población, llevaba una existencia de esclavos bajo el imperio de las *leyes marciales*, cruelmente rigurosas y bajo el



MOSQUETERO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.

peso de la vara del cabo. Pero estos mercenarios miserables privados de los lazos suavizantes de la vida civil, esos esclavos uniformados consideraban, á pesar de todo, en virtud de su espíritu de clase cultivado sistemáticamente, á los ciudadanos y á los campesinos como á seres muy inferiores á ellos y trataban hartas veces como á enemigos hasta en tiempo de paz á los súbditos del príncipe cuya casaca llevaban.

En la Edad media la manera de hacer la guerra había sido, por decirlo así, la natural de los bárbaros. Los lansquenetes del siglo XVI metodizaron esta barbarie y en el siglo XVII la *furia guerrera* de los 30 años que en Alemania

celebró su horroroso baile de brujas y llevó ese método á la abominación completa. Los crímenes que entonces se cometieron en el suelo alemán, los sufrimientos que el pobre pueblo alemán hubo de aguantar por parte de la hez y escoria de Europa metida en casacas de soldados, excede positivamente toda imaginación humana; pues sólo una fantasía inhumana, verdaderamente diabólica, es capaz de discurrir los martirios que dicha *furia guerrera* ha engendrado é impuesto á toda edad y sexo. Un pillaje sin compasión y una destructividad furiosa, una bárbara sed de sangre y crueldad refinada, una lujuria salvaje y un genio martirizador inventivo acumularon juntos tal masa de abominaciones, como no ha sido amontonada por segunda vez en ningún tiempo y en ninguna parte á tan altas montañas de sangre y fuego. Dos autores contemporáneos, Grimmelshausen en su *Simplicísimo* y Moscheroch en sus *Visiones de Filandro* nos han pintado la vida soldadesca de entonces que era propiamente una vida de ladrones, y aunque los colores usados por ellos no alcanzan á reproducir el espantoso colorido de la realidad, sin embargo sus descripciones nos causan la impresión como si aquellas bandadas de soldados embrutecidos no hubiesen sido seres humanos, sinó todos obsesos, demonios furiosos, manadas de foragidos, que practicaran cual juego inocente las cosas más horrorosas, el robar, incendiar, violar, martirizar y asesinar en todas sus formas.

En todo su terror la furia de la guerra de 30 años se manifestó por primera vez en la toma de Magdeburgo por las tropas de la liga católica (1631). Esta toma era, como todo el mundo sabe, al mismo tiempo una destrucción; los escombros de la ciudad incendiada cubrían unos 30,000 de sus habitantes degollados, pues el catolicismo de Tilly y Pappenheim había mostrado aquí cuantas obras de *caridad cristiana* sabía llevar á cabo. Mas pronto el protestantismo no tenía ya nada que echar en cara en cuanto á crueldad á los generales y soldados de la iglesia única beatífica. Es verdad que por este lado mientras el rey de Suecia era el supremo jefe protestante, se observaban aun hasta cierto punto los principios humanitarios, pero cuando Gustavo Adolfo hubo desaparecido del teatro de la guerra, los de la Biblia rivalizaban en la perpetración de todo lo abominable y execrable con los del misal. Do quiera la furia había pasado matando y asolando, seguíanle como porta-colas el hambre y la pestilencia. Sucedían cosas canibálicas: por los años 1636-37 veíanse en Alsacia, Hesse y Sajonia hominívoros y hominívoras que no solamente sacaban los muertos de los sepulcros sinó que hacían la caza á los vivos para matarlos y comerlos. Hablábase de padres que degollaron y comieron á sus hijos, así como de hijos que se hartaron con la carne de sus padres, perecidos de miseria. La población de comarcas enteras fué arrebatada en tropel por toda clase de calamidades. Los países despojados de hombres caían en poder de las fieras, domiciliándose manadas de lobos en las ruínas de ciudades y aldeas. Según un cálculo fidedigno, perecieron en Sajonia durante los dos años de 1631-32 nada ménos que 934,000 hombres por el hierro, el fuego, el hambre y la peste. Uno de los países alemanes más poblados de entonces era el ducado de Wurtemberg; en los años de 1634 á 1641 perecieron

345,000 de sus habitantes, de modo, que siete años antes de terminar la horrible guerra le quedaban al país solamente unos 47,000 pobladores. En este pequeño Wurtemberg se habían quemado ocho ciudades, 45 aldeas, 65 iglesias, 158 rectorías y escuelas, en conjunto 36,000 edificios. De los 500,000 habitantes que el Palatinato tenía en el año 1618, existían solamente 48,000 en 1648. Cosa parecida sucedió en la población de Franconia, Turingia, Alemania



ARCABUCERO DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII.

baja; en fin, en la de todas partes á donde había llegado el hórrido brazo de la furia. Hay buenos motivos para suponer que la población del imperio alemán, que en el año 1618 no puede haber sido menor de 16 á 18 millones, quedaba reducida á unos 4.000,000 en el año 1649. No es extraño que para llenar estos terribles huecos se tomaran en algunas partes medidas singulares; así, por ejemplo, consta en actas que en febrero de 1650 la diputación del círculo de Franconia, reunida en Nuremberg, acordó que en los siguientes 10 años ningún hombre menor de 60 años podía hacerse fraile, item que todos los sacerdotes que no pertenecieran á alguna órden podían casarse, item que á todo hombre fuese lícito tomar dos mujeres.

En vista de la espantosa suma total de pérdidas materiales y morales que

la guerra de 30 años causó á Alemania, estamos autorizados á decir que jamás ningún pueblo ha sufrido calamidades mayores que el alemán en aquella época; pero también podemos decir que el pueblo alemán no ha demostrado nunca más claramente su indestructible vitalidad que entonces, pues en medio de la pobreza, tribulación, soledad y ruinas que la furia de la guerra había dejado, volvió animoso á emprender la tarea interrumpida de la civilización.

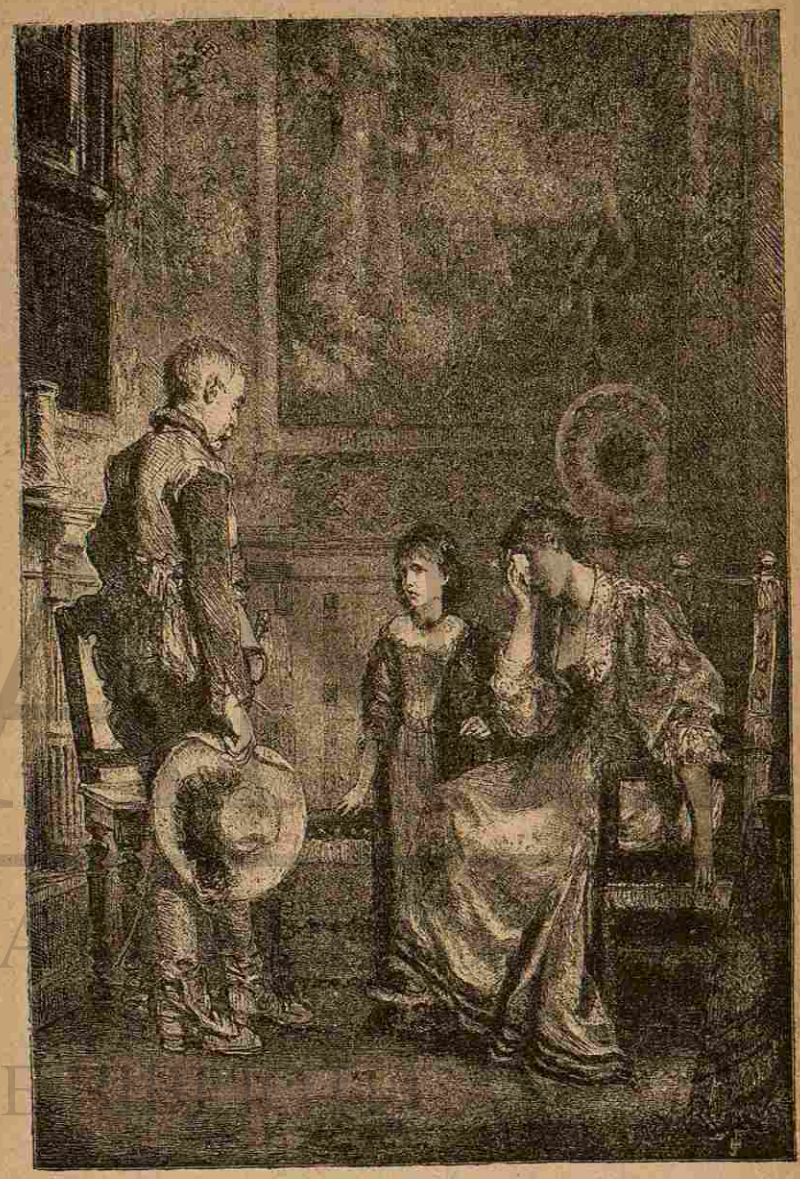
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Artistas y poetas, músicos y cómicos, periodistas y libreros.

Pues sí, los alemanes doblados por la inmensa calamidad, pero no quebrantados, volvieron á emprender con valentía, después de la paz de Munster y Osnabruck, el trabajo civilizador interrumpido durante mucho tiempo hasta el punto de parecer á veces imposible. Pero haciéndose esto en condiciones desfavorablilísimas, la resurrección del pueblo alemán de entre el caos de ruínas que le rodeaba por todas partes, podía verificarse sólo con una lentitud tal que parecía que el país no volvería jamás á recuperar el estado floreciente de la civilización intelectual y material que había alcanzado en el siglo XVI. A principios de la edad de la reforma el espíritu alemán había desplegado una originalidad, espontaneidad y osadía de que no se notaba nada ya en el siglo XVII. Habiendo sido la potencia intelectual directiva de Europa, los alemanes vivían ahora de la limosna del extranjero, constituyendo la imitación para mucho tiempo el carácter de sepultura. La terrible guerra había producido el efecto que semejantes guerras suelen producir: había confundido, ofuscado y embrutecido los ánimos. La desesperación había extraviado á los hombres á esperar socorro de las cosas sobrenaturales cuando los medios naturales parecían impotentes. Muy natural, pues, que la superstición y con ella el poder de la ortodoxia, es decir, el de los sacerdotes y predicadores, aumentada extraordinariamente y que á consecuencia de esto, durante la guerra de 30 años é inmediatamente después entre otras locuras también las más lamentables, la abominación de los procesos de brujas como hemos visto más arriba alcanzara el cênit de su furia. Bajo todos los conceptos el siglo XVII, en cuanto á Alemania, vá en zaga al XVI, el cual en más de un terreno de la civilización ostenta adelantos no igualados aun hasta hoy. Miremos, por ejemplo, la industria artística alemana. Nadie querrá sostener que nuestros artesanos de hoy igualen en sentido y gusto artísticos á los del siglo XVI, á pesar de las ventajas desproporcionales de todos los descubrimientos é inventos técnicos y mecánicos hechos desde entonces por las ciencias naturales. En los siglos XV y XVI los artesanos alemanes por su inventiva y su habilidad, por su espontaneidad en el plano y su maestría en la ejecución, tenían fama y celebridad europea, sirviendo de modelos á los de otras países; en nuestros días, por regla general, no pueden medirse con los franceses en ninguna de aquellas cualidades.

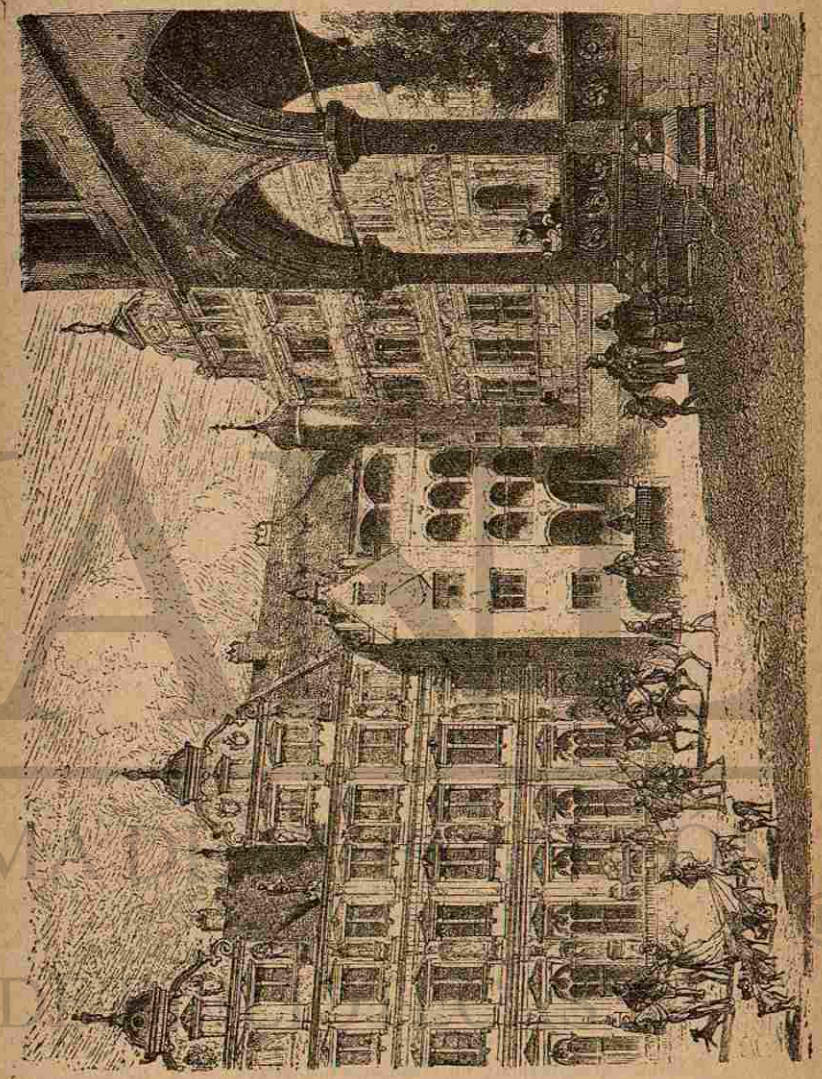
Sólo la parcialidad confesional puede negar que el arte alemán sobre todo



MENSAJE FÚNEBRE EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE 30 AÑOS.

el plástico, estaba más desarrollado antes de la reforma que después. Durante casi dos siglos la arquitectura, la estatuaria y la pintura no producian nada en Alemania que pudiera equipararse con las creaciones de estas artes inmediatamente antes ó en el período mismo del cisma. Muy natural, pues el catolicismo es la religión de la fantasía y el protestantismo la religión del alma. Más, para producciones artísticas ésta no puede de ninguna manera dispensarse de la ayuda de aquélla, pero el buscar y utilizar tal ayuda lo vedaba el protestantismo en la acerbidad de su celo juvenil. De ahí la sobriedad, yerma y sin fantasía del culto protestante y la esterilidad artística del dogma protestante. Compárese con ella la florida sensualidad de la mitología católica, la dulia Marial inagotable en motivos artísticos, así como la pompa fantástica del culto católico, y se comprenderá sin dificultad y por qué todos los artistas eminentes que han trabajado en tierra alemana desde fines del siglo xv hasta mediados del xvi, debían buscar y han buscado sus inspiraciones en el catolicismo.

Tanto más cuanto que el arte católico, primeramente en Italia, mediante la voluntaria aceptación y asimilación de conceptos y elementos culturales antiguo-paganos, helénico-humanistas, se había rejuvenecido cobrando aquella fuerza creadora y aquella productividad que caracteriza el *renacimiento* italiano. La influencia del mismo no tardó en manifestarse también al Norte de los Alpes, y con respecto á arquitectura más pronto en Francia que en Alemania, pues sólo desde mediados del siglo xvi los arquitectos alemanes sustituyeron el estilo gótico-ojival con las columnas griegas y las cúpulas romanas del estilo del renacimiento, y al principio todavía nó en las iglesias sinó tan sólo en los edificios mundanos, los castillos, palacios y casas de patricios. Una muestra de este estilo y de arquitectura de lujo ofrece aquella parte del castillo de Heidelberg que lleva el nombre de construcción de Otón Enrique y procede de la época del renacimiento alemán anterior (1556 á 1559); al período posterior del renacimiento pertenecen el castillo de Martín de Maguncia y el castillo de Offenbach, casi coetáneo á aquél. En las opulentas ciudades comerciales como Colonia, Ulm, Augsburgo y Nuremberg á fines del siglo xvi muchas viviendas de familias patricias procedentes de la Edad media trasformáronse en palacios del renacimiento con fachadas de columnata, balcones elegantes y remates fantásticos. Hasta la guerra de treinta años la arquitectura del renacimiento florecía en Alemania, como demuestra por ejemplo la casa consistorial de Augsburgo construída por Holl (1615 á 1620) y la construída al mismo tiempo en Nuremberg por Holzschuher. Calmada la tempestad de la guerra, la afición á los edificios artísticos manifestábase especialmente en las ciudades del norte de Alemania, conservando los motivos fundamentales del estilo del renacimiento, pero tratándolos con más libertad ó mezclándolos con aditamentos tomados del llamado estilo barroco (de Bernini), ó volviendo finalmente á la sencillez antigua. A esta última tendencia inclinábanse los arquitectos que á fines del siglo xvii y á principios del xviii adornaron con edificios monumentales la capital del pujante Estado brandenburgés-prusiano, Nehring y Bodt, los constructores del arsenal de Berlin, y el inge-



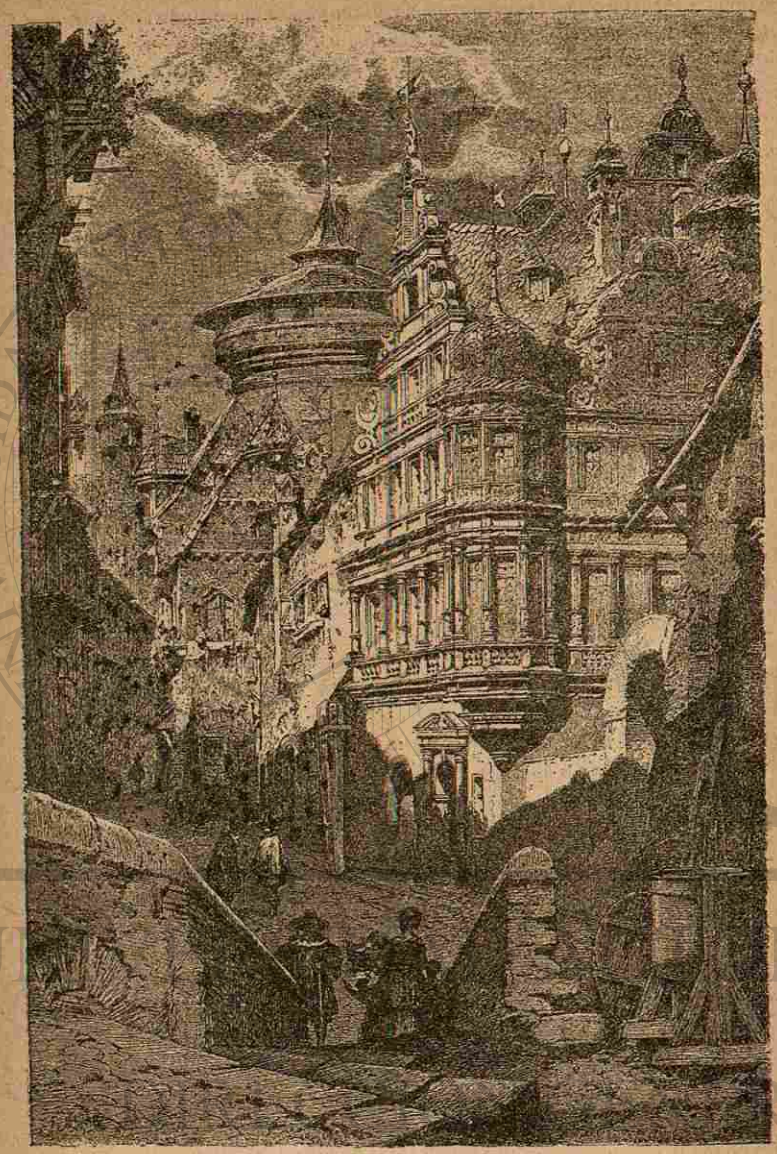
Patio del castillo de Heidelberg.

nioso Andrés Schluter, autor del plano y director de la construcción imponentemente grandiosa del castillo de Berlin (1699 á 1706), sin duda el artista alemán más eminente de su época. El que más se le aproximó, entre sus contemporáneos, fué J. B. Fischer de Erlach, quien escogió Viena por teatro de su actividad artística, vacilando, empero, entre la tendencia á lo antiguo y la á lo barroco, siendo una prueba de la primera el castillo imperial de recreo de Schoenbrunn (1696-1700), y de ésta, la iglesia de Carlos Borromeo, construída más tarde. El estilo barroco degeneró después en estilo peluquero ó rococo que hacía la decoración lo más importante de la arquitectura, decayendo de la fantástica tonta á lo plateresco absurdo.

La escultura alemana en piedra, madera, marfil y metal había hecho progresos satisfactorios á fines del siglo XV, y presentó en el XVI trabajos que pertenecen á los mejores del arte en general, manifestando con evidencia suma los resultados felices que ha de producir la unión íntima del arte con el oficio. Los estatuarios, escultores de imágenes, fundidores, orfevres y plateros, cinceladores y pulidores alemanes de entonces, no tenían por desdoro el ser buenos artesanos, y como sabían aprovechar en beneficio de las inspiraciones de su genio artístico, todas las ventajas que les proporcionaba su habilidad y experiencia en el oficio, conseguían elevar éste al rango de arte. De esta manera trabajaban los maestros escultores como Adam Kraft y Jorge Syrlin, que elevaron á su mayor perfeccionamiento el estilo escultural germánico de la Edad media, como atestiguan la representación de la pasión y muerte de Jesús en la iglesia de San Sebaldo de Nuremberg, y el magnífico tabernáculo de la catedral de Ulm. En los muchos trabajos de la familia de fundidores de cobre, Vischer de Nuremberg, manifiéstase la fusión de las tradiciones de la gótica alemana con los influjos del renacimiento. El gran maestro de la fundición de bronce, era Pedro Vischer, siendo la obra principal de su vida el sepulcro de San Sebaldo en la iglesia del mismo nombre, que empezó en 1508 y terminó con ayuda de sus hijos en 1519, creación artística de primer rango de la que se ha dicho con razón que ninguna otra obra de la escultura alemana ha combinado *tan rica, reflexiva y armónicamente la ternura de sentimientos del Norte con la belleza del Sur*. Característica del modo de pensar de los representantes del arte alemán de entonces es la inscripción que se halla al pié del noble monumento del genio alemán y de la asiduidad más afectuosa: *Pedro Wescher, vecino de Nuremberg, hizo la obra con sus hijos y fué acabada en el año 1519, y es solamente en loor de Dios todo poderoso y en honor de San Sebaldo, príncipe del cielo, con ayuda de personas piadosas pagada con las limosnas*. Muy satisfactoria es también la liberalidad de la burguesía alemana que hizo posible adornar con obras de las artes plásticas las iglesias, casas consistoriales, casas de gremios y los mercados de tantas ciudades de Alemania. En general debe decirse, en loor del siglo XVI, que era vivo en las clases cultas el sentido de la belleza y que no solamente en los palacios de los príncipes, en los castillos de los nobles, sinó también en las casas particulares se aspiraba á poseer obras de arte y que esta aspiración se satisfacía con verdadera inteligencia artística.

A la arquitectura y escultura alemanas no iba en zaga la pintura que había recibido sus primeras inspiraciones de Flandes, donde el nuevo rumbo era seguido y cultivado pronto por la familia artística Van Eyck. Por esta circunstancia se comprende que las primeras escuelas alemanas de pintura se abrieran en la Alemania baja, en Colonia y en Munster. La Alemania alta no tardó en seguir el ejemplo, surgiendo en Alsacia, Suabia y Suíza pintores que cobraron celebridad, como Martin Schonganer, Bartolomé Zeitblom, Juan Schuhlein y Nicolás Manuel. El creciente interés acrecentaba la producción, haciéndose sitios favoritos del arte pictórico alemán, Augsburgo, Basilea y Nuremberg, ciudades distinguidas ante otras por su animación intelectual, su industria y su gran comercio. En Augsburgo vivía la familia pintora Holbein de la que procedieron los tres Juanes, abuelo, hijo y nieto, de los que el último Juan Holbein, hijo, (1495-1543) ha sido un gran maestro del arte y estilo alemán especialmente por sus trabajos hechos en Basilea. Gran pintor de la Virgen, ha sabido hacer de la madre de Dios el ideal de las matronas alemanas. Todo el mundo conoce la belleza del dibujo y la naturalidad del colorido de sus cuadros; pero lo mejor, lo más específico de lo que hizo es aquella *Danza de la Muerte*, que puede calificarse de uno de los mayores triunfos del humor trágico de la raza germánica. Alberto Durero (de 1471 á 1528), nació en Nuremberg, donde vivió hasta su muerte (prescindiendo de sus viajes artísticos). Siendo uno de esos hombres de talento universal como la naturaleza los produce raras veces, reunió en sí y dió expresión perfecta á todas las diferentes maneras de presentar de la pintura alemana del primer cuarto del siglo XVI. En todas sus obras, pertenezcan á la pintura al óleo, al grabado en cobre ó á la xilografía, ha elaborado con espíritu enteramente independiente los frutos de los estudios hechos en Italia y en Holanda y ha combinado felizmente con la sentimentalidad genuinamente alemana las formas floridas y los colores de las escuelas italiana y flamenca. En todo cuanto ha producido en la madurez de su potencia y desarrollo, encontramos un profundo sentimiento de la naturaleza, fervor religioso y grandeza moral, como también una fuente fresca de humor. Hasta el último momento ha seguido progresando, pues uno de sus últimos trabajos es á la vez el más rico en ideas y el más grande en estilo: las dos láminas son los cuatro *Puntales de la Iglesia*, Juan y Pedro, Marcos y Pablo; más conocidas bajo el nombre de los *Cuatro temperamentos*. Juntose á Holbein y Durero como tercero no menor que ellos, Lucas Kranach (propiamente Lucas Sunder, de Kranach de Franconia), cuya fuerza principal estaba en el arte de retratar y quien procuraba y conseguía dar expresión en sus retratos á su entusiasmo por la reforma eclesiástica. En la pintura al vidrio que en este período vió nacer sus creaciones más espléndidas de color, distinguiéronse Hirschvogel y Wild, al paso que el arte del grabado tanto en cobre como madera fué cultivado por los maestros de primer rango como Holbein, Durero y Kranach; más tarde, en el siglo XVII, hiciéronse como grabadores en cobre varios artistas del nombre de Merian.

Las artes del habla, la música, la poesía y el teatro no progresaron tanto en la edad de la reforma como las artes plásticas. Sin embargo, la música ins-



Casa de familia rica de Nuremberg.

trumental experimentó en el siglo XVI mejoras externas por el aumento y perfeccionamiento de los instrumentos de viento y de cuerda, añadiéndose á las flautas, cornetas, trompetas, cornetines, *pitos ruidosos* (sacabuches) y *bombardas*, sobre todos los fagotes, y perfeccionándose notablemente la fabricación



Alberto Durero.

de las diferentes especies de violines. En la música vocal, la adquisición más importante de la época era la canción eclesiástica protestante, la cual en lo referente al texto, ocupaba también un puesto preeminente en la literatura nacional. El canto coral de muchas voces ha tenido indudablemente gran importancia para el desarrollo ulterior de la música alemana; mas este desarrollo

progresaba muy lentamente en el siglo XVI, parándose por completo en el XVII, porque entre muchas otras calamidades *alamódicas* (de la moda) penetró también en Alemania la ópera italiana, encontrando en las cortes ávida acogida y pródigo cultivo. La primera ópera representada en Alemania en la corte sajona de Torgau, en 1627, fué la *Dafne*, traducida del italiano por Opitz y puesta en música por Schutz. El espectáculo operesco y extranjero con su abominable castradería y su indecente bailería relegaba por mucho tiempo la música indígena á las iglesias, sobre todo las protestantes, porque en las católicas los jesuitas doquiera podían, introducían los arrullos y trinos de la música operesca italiana. Hubo de levantarse más tarde, como veremos, un genio musical de gigantesca fuerza, Juan Sebastián Bach para restituir en su puesto de honor la música alemana en frente la miserable remedo del mal gusto extranjero, para madurar á exuberante desarrollo los gérmenes musicales contenidos en el canto coral protestante, y para elevar en general la música religiosa al más alto grado de la perfección artística.

Con respecto á la literatura nacional de Alemania en la época de la reforma y hasta muy adelante en el siglo XVIII, si hemos de ser rectos no tenemos motivo para jactarnos mucho. En todo este período no se ha producido ni un sólo poema que pueda considerarse como obra nacional y original, como gran manifiesto poético de movimiento reformador, como concentración en tipo poético de las ideas y sentimientos, aspiraciones y deseos que agitaban é impulsaban al pueblo alemán. La literatura alemana se quedó muy atrás en comparación con la italiana, la española y la inglesa, aventajándola hasta la francesa. Resulta evidentísima la pobreza de la literatura alemana en creaciones poéticas de valor duradero durante los siglos, XV, XVI y XVII, si se la compara con la riqueza de su primer período de florecimiento en la Edad media, como con el segundo de fines del siglo XVIII y principios del XIX. En toda la edad de la reforma buscamos en balde siquiera un solo poeta de primer rango, uno que haya tenido para su tiempo la importancia literaria que para la Edad media tenían Gualtero, Wolfran y Godofredo, y para los tiempos modernos, Lessing, Gœthe y Schiller. Poetas de talento ciertamente no han faltado en los siglos XVI y XVII, hasta los hubo en gran número, pero ninguno de ellos era un verdadero genio, ninguno sabía librarse de las ataduras del teologismo para remontarse á opiniones humanas y libres, ninguno sabía salir del cerco de la imitación de modelos extranjeros para emprender obras grandes y espontáneas. Individualmente se produjo de vez en cuando alguna cosa buena, excelente, hasta bella; pero en conjunto, las producciones literarias de entonces tienen más valor histórico que estético.

Mientras se continuaba cultivando con buen resultado en el siglo XVI la canción popular, especialmente la histórica, apareció como fenómeno nuevo y satisfactorio en el campo de la literatura nacional, la composición de canciones para la iglesia protestante, dando Lutero mismo con vigorosa voz de pecho la tonada cedida luego más ó ménos felizmente por una larga série de cancioneros piadosos. En el siglo XVII el tono bíblico-literario resonó por última vez con vigor en las canciones de Pablo Gerhardt. Simultáneamente com-

ponía entre los católicos sus canciones piadosas el generoso Federico de Spee, mientras que *Angelus Silesius* (Juan Scheffler), un Jaime Bohm en versos, rimaba sus meditaciones místico-panteistas que propiamente desde el punto de vista de la teología de entonces eran herejías altamente reprobables. En efecto, el panteismo de Scheffler manifiéstase en unos pasajes tan atrevidamente que se cree oir al antiguo panteista persa Chelaletain y en otros tan tiernamente que parece hablar un predicador moderno del evangelio panteis-



La nave afortunada aporta en Estrasburgo.

ta, Leopoldo Schefer. Esplícase sin dificultad por el espíritu de duda y resistencia prepotente entre los alemanes de principios del siglo XVI, que de todos los estilos, el satírico había de gustarles más. Así es que la satírica de Erasmo y de los autores de las *Cartas de los hombres oscuros* se cultivó también en lengua alemana ampliándola en todos los sentidos, como en el reformista por Sebastián Brandt en su *Nave de locos*, á bordo de la cual ostentan sus locuras todas las clases y todos los Estados; y en el católico el vehemente folletista Tomás Murner, y el poeta alemán de más universalidad y talento de su siglo, Juan Fischart de Maguncia, (nacido entre 1545-50). Era un publicista incansable y siempre dispuesto al servicio de la reforma, adversario enérgico

de los jesuitas, gran satírico que nunca vacilaba en azotar muy palpable y aun groseramente las necedades y vicios de sus contemporáneos, creador original de palabras que enriquecieron la lengua alemana, que manejaba tan soberanamente como un gran músico maneja su instrumento. Esta su facilidad en el manejo del habla manifiéstase más divertida, pero muchas veces también más grotesca en su traducción de la célebre novela crítica del francés Rabelais, que pareció en 1582 bajo el título *Affentheuerliche, naupengehuerliche geschichtklitternug von thaten und rathen der helden und herrn Grandgoschier, Gorgellantua und Pantagruel.* Por lo demás, este hablador grosero y chistoso sabía también escribir con mucha gracia y sentimiento como ha demostrado palpablemente en su narración poética, *La nave afortunada de Zurich,* en la cual describe la famosa excursión de los zuricheses á Estrasburgo, á donde querían llegar con el mijo caliente. Este cuento histórico en versos relata un hecho que forma uno de los episodios más amenos de la vida burguesa alemana del siglo XVI. La ciudad imperial de Estrasburgo, á la que los franceses dirigían ya entonces sus miradas codiciosas, hacía mucho caso de la buena amistad de los confederados suizos que á la sazón estaban en condiciones de ayudar eficazmente á sus amigos apurados. Mas como en Estrasburgo se manifestara la duda de si los amigos suizos no vivían demasiado lejos para que su socorro en caso de necesidad llegase con suficiente rapidez, los vecinos de Zurich que lo supieron precisamente en los días que en Estrasburgo se celebraba una gran fiesta de ballesteros en el año de 1576, reunieron inmediatamente un número de mozos listos, armaron una gran barca, colocaron sobre cubierta un gran puchero de hierro, lleno de mijo hirviendo y navegaron armados por el Limmat al Aar, de éste al Rhin y pasando por Sackingen, Basilea y Breisach, llegaron á Estrasburgo antes que el mijo se enfriara. Fueron recibidos con grandes honores y mucho júbilo y como la prueba de su capacidad de prestar auxilio estaba dada, Estrasburgo no tardó en concluir una alianza formal con Zurich y Berna.

La tendencia de oposición en la literatura de la época de Brandt y Fischart, apoderose también de la forma del incipiente drama seglar que se desarrolló más pronto en el Sur de Alemania que en el Norte. La noticia más antigua que tenemos de una pieza representada en Berlin en lengua alemana no se remonta más allá del año 1593 y nos informa que esa pieza ha sido *un espectáculo muy hermoso y útil del lindo nacimiento de nuestro Señor Jesucristo*, es decir, un verdadero *misterio* de la Edad media. Ciertamente también en los países católicos del Sur de Alemania los misterios se representaban todavía no solamente entonces, sinó que como veremos más tarde, se han conservado aun en los siglos XVIII y XIX. Pero al lado de ellos se habían puesto á la moda en las ciudades del Sur de Alemania, sobre todo en Nuremberg ya en el siglo XV, unos sainetes mundanos llamados *juegos de carnaval*, que se desarrollaron gradualmente de las mojigangas de máscaras carnavalescas á formas dramáticas más constantes, si bien todavía muy rudas, cuyo teatro era la calle y cuyos principales motivos eran pullas y palizas, hasta que á fines del siglo introdujéronse los motivos ménos inmundos tomados de la

oposición religiosa. Ya por los años de 1480 púsose á la moda el *juego de la señora Juana que ha sido papa en Roma*, arreglo dramático-satírico de la fábula de la Edad media de la papisa Juana. Esta polémica anti-romana fué continuada muy enérgicamente en los espectáculos carnavalescos del pintor bernés, Manuel, en los que *la verdad es referida por vía de burla sobre el papa y su clero*, y que el autor hizo representar por hijos de vecinos de su patria en el año 1522. Los discursos que hacía el prior Relling, el capellán Nuszblust, el vicario Fabler y la cocinera del párroco Lucía Schnebeli, son tan divertidos como característicos. Nueve años más tarde representose por primera vez en Nuremberg un alegre espectáculo carnavalesco: *El hierro candente* de Juan Sachs, que constituía un notable progreso de la farsa grotesca á la comedia de sociedad. Ese verdadero y genuino poeta artesano, el honrado zapatero nurembergés Juan Sachs, ha sido incontestablemente una de las formas de carácter más particular del siglo XVI, cuya aparición por lo demás hace un efecto verdaderamente agradable. Dotado de una fecundidad asombrosa, escribió más de 6,000 poemas entre grandes y pequeños, *cantos artesanos, tragedias* y *comedias;* sainetes, fábulas y parábolas, canciones de iglesia y coplas amorosas. En la literatura alemana no hay sinó un poeta más, Federico Rukert, quien, como el bueno de Juan Sachs, ha convertido en poesía todo cuanto conmovía á él mismo y á su época. De sentimientos profundos y de carácter suave y prudente, ha expresado eficazmente en las formas más variadas las opiniones é ideas de la edad de la reforma, siendo sus mejores producciones los sainetes y los juegos carnavalescos, debiéndosele tributar además el elogio de ser su pluma la más pura y casta que existía en su época.

Mientras de esta manera, especialmente por Sachs, el drama popular alemán fué encaminado á una evolución artística, los círculos doctos trataban á su manera de realzar el teatro fomentando las llamadas *comedias de escuela*, que en los colegios y universidades representaban los catedráticos y los estudiantes. Las piezas de Plauto y Terencio se representaban en el idioma original y hasta atrevíanse á hacer lo mismo con Aristófanes cuya comedia *Plutos* (la riqueza) fué reproducida en griego por maestros y discípulos el día de año nuevo de 1531 en Zurich. Cierto Cristóbal Clauser, desempeñó el papel de la mujer de Irémylos, como en general todos los papeles femeninos fueron representados durante mucho tiempo por muchachos y adolecentes. Los jesuitas sabían hacer de la dramática colegial, una palanca de su autoridad é influencia á beneficio de la variedad del repertorio y de toda la clase de artes teatrales. Un cambio importante en el teatro alemán verificose cuando los escenarios temporales fueron sustituidos con otros permanentes. El gremio de los poetas artesanos de Nuremberg construyó el primer teatro alemán en 1550. Augsburgo y otras ciudades no tardaron en seguir el ejemplo, pero no debemos formarnos sinó una idea muy modesta de esos primeros teatros alemanes que eran simples escenarios sin telón y con pocos bastidores, quedando el espacio destinado á los espectadores, expuesto al viento, al sol y á la lluvia. El alumbrado artificial no hacía falta porque las funciones se representaban so-

lamente por la tarde. No ménos importante que la construcción de teatros ha sido para la dramática alemana, la circunstancia que á partir de fines del siglo XVI los actores por afición fueron gradualmente sustituídos por actores de profesión. Las tropas de cómicos ingleses y holandeses que iban á dar funciones en Alemania, fueron los modelos para las bandas indígenas. En los primeros decenios del siglo XVII las córtes alemanas, como la de Brandenburgo, Brunswick, Sajonia y Hesse, tenían ya á temporadas tropas de cómicos de profesión. Que la reputación de las bandas de cómicos que bajo el mando de *principales* ó *maestros cómicos* se organizaban ó sostenían á modo de gremios, no era la mejor, pasando los cómicos hasta por infames y de igual categoría social con el verdugo, se comprende si se considera que las bandas de cómicos se reclutaban principalmente de la clase de la gente perdida. En cuanto á las piezas que representaban eran farsas ó los llamados espectáculos de matanza, perteneciendo en ambos el papel principal al payaso (Juan Butifarra), quien había tomado alguna de sus cualidades y costumbres no muy pulcras de su pariente el bufón holandés *Arenque escabechado*. En el fondo todos estos espectáculos no eran más que juegos de títeres en escala aumentada representados por títeres vivos. De vez en cuando un hombre de talento y de energía poníase al frente de una de esas tropas ambulantes como en la segunda mitad del siglo XVII, aquel maestro Juan Welten, quien llevó á la escena alemana las comedias de Molière é introdujo la innovación de hacer



Cómicos.

representar los papeles de mujeres por actrices femeninas, cosa de que la ópera había dado el ejemplo, y contra la cual en la época de Mellin el drama no podía luchar de ninguna manera, pues en un período en que la extranjería predominaba en todo, el teatro estaba enteramente supeditado á la traducción é imitación tonta de los artificios operescos italianos. Antes de terminar el siglo todas las grandes ciudades, residencias de príncipes, como no ménos las ciudades comerciales de Hamburgo, Leipzig, Nuremberg y Augsburgo, tenían sus casas de óperas. Los espectaculones ruidosos que se representaban en los teatros de óperas eran cosas estupendas, poniéndose en escena todos los asuntos posibles religiosos y profanos, mitológicos é históricos, trágicos y cómicos, con un verdadero despilfarro de maquinaria, decoración y trajes, con un personal numerosísimo y no solamente de hombres, sinó tambien de animales. No es extraño, pues, que en el último tercio del siglo XVII hubiera funciones de ópera que costaran las sumas considerabilísimas para aquella época de 50, 60 y hasta 70,000 florines. Es característico de la laxitud del sentimiento moral de entonces el que los hombres y las mujeres no tenían reparo en oir arias sumamente impúdicas como eran de cajón en las óperas pastorales y cómicas cantadas en la escena por solteras y casadas que, por decirlo así, no llevaban otro traje que sus papeles. Los cómicos del drama procuraban rivalizar todo lo posible con sus camaradas de la ópera en eso de meter ruído para tener también espectadores, con cuyo objeto representaban además de sus arlequinadas lo que llamaban *Acciones principales y de Estado*, y que eran dramones horrorosos bastamente arreglados y entretejidos con una cómica pullesca de asuntos tomados de la historia y leyenda bíblica y profana, y que fueron más bien rujidos que recitados con una mímica descoyuntada, movimientos de ojos rabiosos y rechinamiento horrible de dientes.

Este embrutecimiento del teatro alemán ha sido parte no poca que fuera tan mezquina la literatura de aquella época, que apenas puede llamarse literatura nacional, pues las tradiciones de esta habían quedado no solamente interrumpidas sinó como cortadas por la guerra de 30 años, resultando de este modo imposible que de los misterios de la Edad media se desarrollara gradualmente un drama nacional, como sucedía felicísimamente en España y en Inglaterra. Además Alemania carecía de grandes poetas como los que en esos dos países consiguieron trazar el camino del desarrollo saludable nacional á la poesía y el arte dramáticos. Se había olvidado que de marras los alemanes habían poseído una poesía indígena, rica y soberbia; la epopeya alemana cual la habían narrado y cantado las lenguas de grandes poetas había desaparecido sin dejar eco. Apenas que de vez en cuando, pero cada vez más raramente, resonaba una canción popular genuina como la bella *¡Ven, consuelo nocturno, oh ruiseñor!* La canción histórica aun tan fresca y popular en el siglo XVI, desecose en el XVII en pedantería erudita. Ya antes de la guerra de 30 años, á consecuencia de las relaciones de las córtes católicas de Alemania con la española y de las protestantes con la francesa, habíase puesto de moda la extranjería y sobre todo la lastimosa mezcla del lenguaje, la profanación de la noble lengua alemana con trozos de español, italiano y francés,

ciertamente no sin encontrar resistencia la cual partía principalmente de los círculos elevados en los que trabajaba contra la creciente *romanización*, sobre todo el ilustradísimo príncipe Luis de Anhalt-Kothen. Por instigación del barón turingio Gaspar de Teutleben, fundó en 1617 en forma de una órden que tenía por emblema la palmera y por divisa las palabras: *todo en provecho*, la *Sociedad fructífera*, llamada también *órden de la palmear*, en la *cual se procuraba hablar y escribir alemán puro é hiciera lo que fuese útil para realzar la lengua materna*. Esta sociedad que fué modelo de varias otras (*La órden de los pastores de Pegniz*, en Nuremberg, la *Asociación de intenciones alemanas*, de Hamburgo, la *Orden de los cisnes*, del Elba), jugueteaba por cierto mucho con símbolos, diplomas y títulos, pero sus miembros no dejan de merecer el elogio que aun en las furiosas tempestades de la guerra de 30 años no han dejado nunca hollar la bandera nacional por más que la bajaran á veces.

En conjunto, ciertamente semejantes esfuerzos patrióticos aislados no podían remediar la *romanización* cada vez más creciente durante la terrible guerra ni la *Alamoderia* que había invadido más ó ménos todas las clases del país. También la literatura seguía la malhadada corriente de la época hasta el punto que aun los poetas y literatos decididamente alemanes, como por ejemplo, Jorge Wodolfo Beckherlin, se contentaban con imitar modelos extranjeros en alemán relativamente puro. Mas no adelantó tampoco Martín Opitz fundador de la llamada *primera escuela de poetas silesianos*, al que suelen calificar de padre de la poesía alemana moderna. Ha sido un hombre docto de ilustración universal é ideas patrióticas, pero en sus canciones, sonetos y églogas, así como en sus poemas didácticos, largos y tediosos, no hay un indicio siquiera de originalidad. Su *libro de la poetería alemana* (1624) formaba época constituyendo por mucho tiempo el código dotado de grande autoridad de una *poetería* que, renunciando por completo á toda originalidad y espontaneidad, buscaba la salvación imitando metódicamente los antiguos, los italianos, los españoles y los franceses. La influencia de estos últimos no tardó en hacerse tan prepotente, que la *poetería* alemana parecía *correcta*, solamente cuando se presentaba corriendo al sonsonete del trote perruno del verso alejandrino francés. Si de vez en cuando se oía un tono de pecho poético como sucedía en las canciones espirituales y mundanas inspiradas de Pablo Flemming, no dejaba eco, y cuando uno de los mejores alemanes del siglo XVII, Federico de Logau, en sus epigramas ricos en ideas y rigurosos en la forma castigaba entre otras torpezas y vicios de sus paisanos, también sus defectos literarios, se hizo tan poco caso del amonestador, que éste finalmente encogiéndose de hombros, resumió el resultado de sus observaciones en estas palabras: *El mundo es redondo y va girando y el vértigo atonta á la gente*.

La llamada segunda escuela de poetas silesianos intentó reaccionar contra la enjuta poetería reflexiva recomendada por Opitz, logrando, empero, solamente echar la literatura de la sarten á la brasa, ó mejor dicho, de la arena al pantano; al pantano de la impudicicia dulzaina y ampulosa con que los Hofmannswaldau y Lohenstein imitaban á los marinistas italianos con sus *galantes* poemas súcios y sus sangrientas tragedias pomposas. Nos hacemos una idea muy triste de las condiciones morales de una época en que podía dar gusto á los círculos cultos una poesía lírica, idílica y trágica tan finchada y tan envilecida por obcena pullistería, Y semejante extravagancia rimada nos ha de parecer tanto más repugnante cuanto que no era el producto de la pasión, sinó el del entendimiento reflexivo sin naturalidad, hueco y fabricado, notándose de léjos que aquí los pedantes alemanes se esforzaban en hacer de Ovidio, Petronio y Marcial. La pulla fresca é ingénua como rie en la poesía buslesca de la Edad media, podía pasar; pero esa porquería refinada que los Hoffmannswaldau y Lohenstein se atrevían é ofrecer al público con la seguridad de haber demanda por tal género en la *buena sociedad*, es simplemente asquerosa. Triste testimonio literario y, moralmente hablando, de la miseria del desgraciado país debida ó la más desastrosa de las guerras.

Un contemporáneo de aquellos dos poetas, Andrés Gryph, tenía más talento y más formalidad; trataba de dotar la literatura alemana de un drama artístico, pero por desgracia elaboraba sus tragedias sobre un modelo pésimo si bien entonces se tenía por muy bueno, Séneca, romano fabricante de tragedias de gladiadores. Estos dramas de libro de Gryph en que la caracteristica y la acción estaban reemplazadas por la pompa retumbante de las palabras no podían introducirse en el teatro. Más suerte tuvo el poeta con sus comedias creando verdaderos tipos de la fanfarronería soldadesca en su *Horribilikribrifacs* y de la poetería mendicante de su tiempo en su *Pedro Squenz*. Por lo demás el género de literatura más favorito del siglo XVII era como hoy la novela, siendo naturalmente imitativa la composición alemana de novelas pastoriles y heróicas. El español Montemayor, el francés D'Urfé y la francesa Magdalena Escudery eran los modelos remedados por Diterico del Werder, Felipe de Loesen, Enrique Buchholz y el duque Ulrico de Brunswick. Por las mejores de estas novelas espantosamente corpulentas, singularmente mezcladas y misturadas con todos los ingredientes posibles pasaban la *Banisa Asiática* de Enrique Anselmo de Sigler y Kliphausen, y la *Historia de la vida y de los amores del heróico Arminio y de la serenísima Tusnelda* por Gaspar de Lohenstein. A la novela heróica de mazapán, hacia una competencia feliz la novela llamada picaresca puesta á la moda por los dos españoles Mendoza y Quevedo. En comparación con la novelería ridículamente sublime de caballeros y pastores era ésta un realismo saludable que también en tierra alemana creó cosas buenas y satisfactorias, positivamente lo mejor y más satisfactorio que ha producido la literatura alemana del siglo XVII. Es el *aventurero Simplicius Simplicissimus* (1669) por Juan Jaime Cristóbal de Grimmelhausen, un libro que puede calificarse de primera novela original alemana y es preciosísimo como reflejo universal é ingenioso de las condiciones del pueblo durante la calamidad de la guerra de 30 años. Un puesto elevado en la historia de las costumbres ocupan también las *Visiones maravillosas y verdaderas de Filando de Sitewalt* (1644) publicados un poco antes é inspirados por los *Sueños* de Quevedo, en las que Juan Miguel Moscherosh nos presenta en un marco satírico unos cuadros de la época demasiado históricos. Hombre de sentido

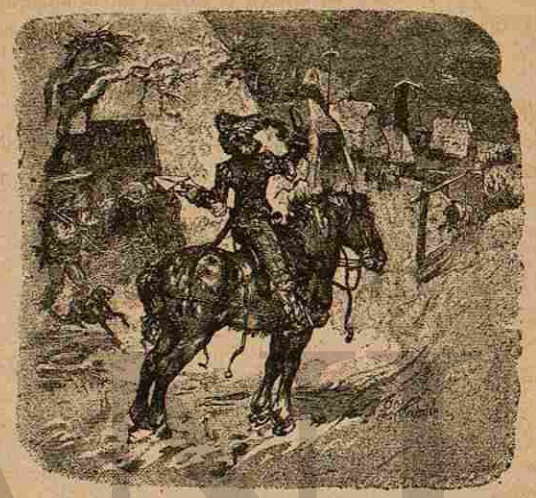
común, patriota sincero, Moscherosch ha luchado honradamente en común con Logau, Rachel, Gryph, y varios otros de sus coetáneos contra la funesta corrupción del lenguaje y la mescolanza alamódica de lenguas. La estrofa final de una de sus sátiras dice: *Hemos entendido con escarnio y vergüenza en eso de pervertir el lenguaje y destruirlo por completo; á los malos alemanes deberían azotarlos en nuestra patria, ¡ay de la vergüenza!* Y cuan justificado era su enojo y habría sido aun en el último tercio de aquel siglo, lo demuestra satíricamente la siguiente *Canción alamódica* que corría á la sazón bajo el nombre de *Confucio de Olla podrida:*

Reverirte Dame,
Phœnix de mi *ame,*
Concededme *audienz:*
De vuestro favor los *meriten,*
Hacen *fallíten*
Mi *patientz.*
Ah yo *admirire,*
Y *considerire,*
Vuestra *violentz;*
Como la llama amorosa
Me quema, sin *blasme,*
Como la pestilencia.
Vos sois muy *capable,*
Yo soy *peu calable*
En la *eloquentz:*
Pero mi *servíren*
Suele *dependiren,*
De la *influentz.*
Mis *Larmes* deben
De las *jouen* manar
Segun la *cadentz* del canto:
Como el Rhin *couliret,*
Y se *degorgiret,*
Cerca de *Cobelentz.*

Tal *amertume*
Hace á *Neptuno rhume*
En los confines del *oceans,*
Venid náyades del río
Y vos triades del mar,
Mirad la *consequentz.*
Belle, amareis,
Y no más aflijireis
Vuestra *conscientz,*
Habeis de *rejouiren,*
Que en el mar *versiren,*
Segun la *aparentz.*
Las que *coquilles* llevan
Tandem preguntarán
Por la *excellentz,*
Que las *taliteten*
adulciret hubiesen,
Por la *Abstinentz.*
Abstinez de odiar
Y dejarse amar
Sin *insolentz,*
Puede dulcificar el mar.
Hasta á vuestros piés
Os hace *reverentz.*

Naturalmente ni la amonestación formal ni la burla de la sátira hacian gran mella al desbarajuste del lenguaje. El demonio del afrancesamiento rodeaba aun mucho tiempo gangueando por Alemania. Tampoco se percibe que la novela satírica como Cristiano Weise la trasladó del siglo XVII á los comienzos del siglo XVIII, ó los sermones satíricos como los predicaban por parte del protestantismo con brusca energía Baltasar Schupp, y por parte del catolicismo de una manera sumamente burlesca y profundamente grotesca, el padre Abrahán á Santa Clara (Ulrico Megerle), ese prototipo de verdadero capuchino, hayan correjido en algo ó en alguna parte las costumbres de sus contemporáneos.

Tornemos empero otra vez al principio de la edad de la reforma para considerar un fenómeno cultural que desde entonces ha ido aumentando constantemente en importancia. Nos referimos á lo que ahora solemos llamar la *prensa,* ese intermediario intelectual de la literatura periodística. Como principios de la misma en Alemania pueden considerarse las canciones populares históricas que en los siglos XIV, XV y XVI corrían de boca en boca. Añadíanse



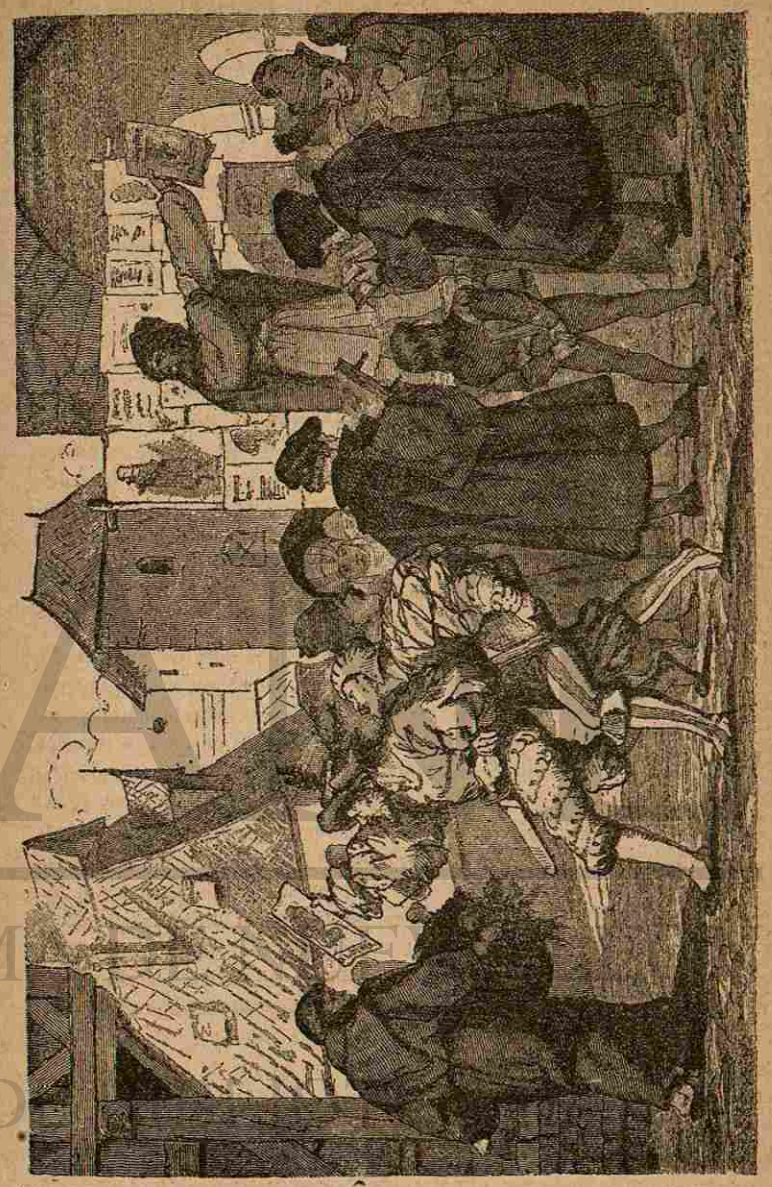
UN CORREO MONTADO.

á éstas en el siglo XVI los relatos de los *gacetilleros* que las córtes alemanas tenían á sueldo en todas las ciudades de importancia y las *relaciones* de embajadores y otros empleados. Favorecían la propagación y por consiguiente la influencia de las hojas sueltas y de los folletos cadá vez más frecuentes á partir de la reforma, dos circunstancias, la imprenta cultivada con afán creciente y la institución del correo. Sabido es que ya á fines del siglo XIV la órden teutónica estableció en Prusia *Postas montadas* para el trasporte de cartas. Entre las ciudades Anseáticas andaban ya en el siglo XV coches de correo destinados también únicamente á llevar cartas. En el año 1516 el emperador Maximiliano encargó á Francisco de Thurn y Taxis (cuya casa 29 años más tarde obtuvo la posesión hereditaria de la administración general de los correos imperiales) de arreglar el primer correo de cartas, regularizado entre Viena y Bruselas y este fué el modelo de los correos particulares de los diversos países del imperio. Despues, á partir de mediados del siglo XVII, los

correos alemanes encargábanse también del trasporte de personas, si bien en viajar por la posta se generalizó solamente en el siglo XVIII.

El incipiente periodismo alemán (si es lícito llamar así la literatura folletística que medraba rápidamente) en cambio de las mencionadas ventajas encontró pronto graves obstáculos, de modo que puede decirse que el amordazamiento de la prensa alemana comenzó al mismo tiempo que ella, siendo la sensura de los impresos (invento del más difamado de todos los papas, Alejandro VI y promulgado en la bula de 1501) las tijeras destinadas á cortar las alas de la prensa apenas desplegadas. Al emperador Cárlos V las hojas sueltas, los coloquios, las canciones y las caricaturas que trataban simultáneamente de las cosas de la iglesia y del Estado y se imprimían en gran número, le movian talmente la bilis que mandó redactar el primer reglamento de censura y consiguió su aceptacion en las dietas de Speyer (1529) y de Augsburgo (1530). Este reglamento determinaba que *en adelante no se compusieran, imprimieran, ni vendieran pública ó clandestinamente nada nuevo sinó fuese inspeccionado antes por personas inteligentes designadas para esto por la superioridad eclesiástica ó seglar*. Los contraventores, *poetas, impresores y espendedores* serían *castigados según el caso en su cuerpo y sus bienes*. La censura ha durado en los países alemanes 318 años, de 1530 á 1848, pues todo lo estúpido es longevo, mucho, hasta inmortal.

Un progreso de los relatos de los gacetilleros y de las hojas sueltas á los verdaderos periódicos formaban los llamados *correos montados*, unos libritos que al fin del año resumían los acontecimientos del mismo; así mismo los almanaques, siendo de notar que sólo poco antes de 1550 surgieron los almanaques anuales, habiendo sido hasta entonces calculados para varios años. En el siglo XVII lo que en el XVI habían intentado y cumplido los *correos montados* y los folletos encontró una ampliación magna ensanchándose las colecciones de relatos históricos, documentos y folletos de partidos á obras en folio, cuyos tomos adornados con láminas y figuras salían á luz periódicamente. La producción más importante de semejante periodismo fué el *Theatrum Europœum* escrito en alemán, publicado en Francfort á partir de 1662 en 21 tomos en folio. En dicha industriosa ciudad del Main imprimiose también y ya á partir de 1615 el primer periódico que salia con regularidad, un semanario fundado por el burgués Egenolf Emmel, el primer periódico que saliera en plazos tan cortos, nò solamente en Alemania sinó en la Europa entera. Mas la competencia no tardó en presentarse, saliendo el segundo periódico en Francfort mismo ya en el año siguiente, y á partir de 1619 surgieron periódicos en Nuremberg, Ausgburgo, Hanau, Hildesheim, Colonia y Viena; Berlin hubo de esperar la salida de un periódico regular hasta 1655. Mas á todos los periódicos alemanes y europeos llegó á tomar la delantera *El corresponsal de Augsburgo*. En la fundación del periodismo científico, los franceses precedieron á los alemanes, puesto que el primer periódico científico alemán *El acta eruditorum* fundado por Otto Mencken y otros catedráticos de Leipzig en en 1683, era una imitación del *Journal des sçavans* (fundado en 1655). Una importancia nacional empero cobró la actividad periodística de los eruditos



COMERCIO DE LIBROS EN ALEMANIA EN EL SIGLO XVI.

solamente cuando Tomasio, que no solamente era erudito sinó que también en oposición chocante con muchos, muchísimos de sus colegas, tenía sentido común, empezó á tratar las cuestiones y publicaciones científicas en idioma alemán en sus *Conversaciones mensuales*.

Como en la aplicación y el desenvolvimiento de la imprenta, así mismo en el desarrollo del comercio de libros que empezó á prosperar juntamente con aquella, la Alemania meridional estaba más adelantada que la septentrional. Francfort del Main, el *bazar de los alemanes* y *la cabeza de todas las ferias de la tierra*, tenía ya celebridad como mercado de libros en el último cuarto del siglo XV, mas á partir del siglo XVI Leipzig empezaba á hacerle una fuerte competencia en el comercio de libros. En 1564 publicose el primer catálogo de la feria de libros de Francfort; en 1594 el primero de la de Leipzig. De 1564 á 1600 se pusieron á la venta en Francfort y Leipzig juntos 21,941 números de libros procedentes en su gran mayoría de la prensa alemana; pero hasta qué punto el latín predominaba aun sobre el alemán en las relaciones literarias, se ve por el hecho que de aquellos 21,941 libros 14,478 estaban escritos en latín y solamente 6,618 en aleman. En el número total había además 457 libros franceses, 351 italianos y 37 españoles, cuya proporción nos dá una idea del conocimiento relativo de estos tres idiomas en Alemania. El mismo comerciante era entonces impresor, editor y expendedor de los libros, aumentando empero este negocio muy rápidamente, pues mientras que en 1564 no había sinó doce puntos editoriales en Alemania, en 1596 el número era de 59 con nada ménos que 117 casas. Exactamente en la misma proporción que crecia y prosperaba la librería, multiplicábanse también las vejaciones de la censura; rivalizando los mandatos imperiales y ducales, los ordinariatos católicos y los consistorios protestantes en la persecución de los libros y fastidiación de los libreros. Las prohibiciones, visitaciones, confiscaciones, multaciones y prisiones no tenían fin en el imperio alemán. El hecho de haber sido ajusticiado con el hacha el librero Juan Herrgott de Leipzig en 1524 por la venta de libros prohibidos es también característico de un siglo que llevó á cabo lo inhumanamente posible en la brutalidad de la justicia penal. Recuérdese solamente por vía de ejemplo, las sentencias pronunciadas en el proceso de Grumbach (1467) especialmente la dada bajo la inspiración inmediata del elector Augusto de Sajonia contra el desdichado caballero mismo y que decía: *Si bien dicho señor de Grumbach merece un castigo muy sério, sin embargo su gracia electoral por innata clemencia quiere atenuarlo de modo que solamente ha de ser descuartizado vivo.*

VI.

Choza y casa, castillo y palacio.

Cuando en el año de 1538 el intrépido Sebastián Frank imprimió su *Crónica alemana*, escribió en el prólogo el siguiente elogio de su patria: *Germania está ahora tan agraciada, dotada y ensalzada por Dios, que ninguna nación puede vanagloriarse de cosas que no tenga también Alemania, que puede vanagloriarse de todo lo que los demás países tienen de particular, mucho trigo, vino bueno y saludable, aire, pueblo, país fértil y populoso y gente de todas las artes en sumo grado, de modo que la imprenta y la fundición de cañones y muchas cosas más las ha inventado Germania y aun cada día inventa nueva tierra, mundo y arte. Es un pueblo paciente, afable y en comparación con otras naciones, piadoso; superior á muchas naciones en costumbres, temor de Dios y buena conciencia. Aquí encuéntranse los mercaderes más ricos y que viajan más lejos que acaso los de ningún otro país; trabajos tan artísticos en pintar, bordar, grabar, esculpir, edificar, fundir, escribir y toda clase de arte, que hasta el turco lo ha de admirar y debe acojer con gracia á los alemanes. También es un pueblo valiente, pronto á luchar, ligero de ánimo, dispuesto para toda clase de bromas y cosas serias y que se acomoda en todas las sillas y caballos. Por manera que uno debería alabar á Dios por haber nacido en Alemania y por ser alemán.*

Cien años más tarde un alemán no ménos patriótico, Federico de Logau, pronunció la amarga sentencia: *Alemania en el tiempo antiguo era un Estado de honradez, ahora se ha hecho un lugar en que se hallan los vicios, infamias y vergüenzas y todos los demás escombros que otros pueblos echan fuera.*

Resulta, pues, una diferencia enorme: á mediados del siglo XVI un hombre tan instruído y probo como Frank podía vanagloriarse altamente de su país; á mediados del siglo XVII un hombre tan instruído y probo como Logau había de avergonzarse amargamente de él. Para las dos cosas había igual motivo; en el siglo XVI Alemania, á pesar de la división eclesiástica, era una nación acomodada, hasta rica, orgullosa, intelectualmente predominante, políticamente todavía considerada, apreciada y temida; en el siglo XVII en cambio era un país empobrecido, reducido hasta la indigencia suma, impotente en política é intelectualmente criada y remedadora del extranjero, receptáculo de malas costumbres ajenas, objeto de intrigas y ambiciones extranjeras, arruinada, apenas sombra de lo que fué. Las causas de esta triste mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solamente cuando Tomasio, que no solamente era erudito sinó que también en oposición chocante con muchos, muchísimos de sus colegas, tenía sentido común, empezó á tratar las cuestiones y publicaciones científicas en idioma alemán en sus *Conversaciones mensuales*.

Como en la aplicación y el desenvolvimiento de la imprenta, así mismo en el desarrollo del comercio de libros que empezó á prosperar juntamente con aquella, la Alemania meridional estaba más adelantada que la septentrional. Francfort del Main, el *bazar de los alemanes* y *la cabeza de todas las ferias de la tierra*, tenía ya celebridad como mercado de libros en el último cuarto del siglo XV, mas á partir del siglo XVI Leipzig empezaba á hacerle una fuerte competencia en el comercio de libros. En 1564 publicose el primer catálogo de la feria de libros de Francfort; en 1594 el primero de la de Leipzig. De 1564 á 1600 se pusieron á la venta en Francfort y Leipzig juntos 21,941 números de libros procedentes en su gran mayoría de la prensa alemana; pero hasta qué punto el latín predominaba aun sobre el alemán en las relaciones literarias, se ve por el hecho que de aquellos 21,941 libros 14,478 estaban escritos en latín y solamente 6,618 en aleman. En el número total había además 457 libros franceses, 351 italianos y 37 españoles, cuya proporción nos dá una idea del conocimiento relativo de estos tres idiomas en Alemania. El mismo comerciante era entonces impresor, editor y expendedor de los libros, aumentando empero este negocio muy rápidamente, pues mientras que en 1564 no había sinó doce puntos editoriales en Alemania, en 1596 el número era de 59 con nada ménos que 117 casas. Exactamente en la misma proporción que crecia y prosperaba la librería, multiplicábanse también las vejaciones de la censura; rivalizando los mandatos imperiales y ducales, los ordinariatos católicos y los consistorios protestantes en la persecución de los libros y fastidiación de los libreros. Las prohibiciones, visitaciones, confiscaciones, multaciones y prisiones no tenían fin en el imperio alemán. El hecho de haber sido ajusticiado con el hacha el librero Juan Herrgott de Leipzig en 1524 por la venta de libros prohibidos es también característico de un siglo que llevó á cabo lo inhumanamente posible en la brutalidad de la justicia penal. Recuérdese solamente por vía de ejemplo, las sentencias pronunciadas en el proceso de Grumbach (1467) especialmente la dada bajo la inspiración inmediata del elector Augusto de Sajonia contra el desdichado caballero mismo y que decía: *Si bien dicho señor de Grumbach merece un castigo muy sério, sin embargo su gracia electoral por innata clemencia quiere atenuarlo de modo que solamente ha de ser descuartizado vivo.*

VI.

Choza y casa, castillo y palacio.

Cuando en el año de 1538 el intrépido Sebastián Frank imprimió su *Crónica alemana*, escribió en el prólogo el siguiente elogio de su patria: *Germania está ahora tan agraciada, dotada y ensalzada por Dios, que ninguna nación puede vanagloriarse de cosas que no tenga también Alemania, que puede vanagloriarse de todo lo que los demás países tienen de particular, mucho trigo, vino bueno y saludable, aire, pueblo, país fértil y populoso y gente de todas las artes en sumo grado, de modo que la imprenta y la fundición de cañones y muchas cosas más las ha inventado Germania y aun cada día inventa nueva tierra, mundo y arte. Es un pueblo paciente, afable y en comparación con otras naciones, piadoso; superior á muchas naciones en costumbres, temor de Dios y buena conciencia. Aquí encuéntranse los mercaderes más ricos y que viajan más lejos que acaso los de ningún otro país; trabajos tan artísticos en pintar, bordar, grabar, esculpir, edificar, fundir, escribir y toda clase de arte, que hasta el turco lo ha de admirar y debe acojer con gracia á los alemanes. También es un pueblo valiente, pronto á luchar, ligero de ánimo, dispuesto para toda clase de bromas y cosas serias y que se acomoda en todas las sillas y caballos. Por manera que uno debería alabar á Dios por haber nacido en Alemania y por ser alemán.*

Cien años más tarde un alemán no ménos patriótico, Federico de Logau, pronunció la amarga sentencia: *Alemania en el tiempo antiguo era un Estado de honradez, ahora se ha hecho un lugar en que se hallan los vicios, infamias y vergüenzas y todos los demás escombros que otros pueblos echan fuera.*

Resulta, pues, una diferencia enorme: á mediados del siglo XVI un hombre tan instruído y probo como Frank podía vanagloriarse altamente de su país; á mediados del siglo XVII un hombre tan instruído y probo como Logau había de avergonzarse amargamente de él. Para las dos cosas había igual motivo; en el siglo XVI Alemania, á pesar de la división eclesiástica, era una nación acomodada, hasta rica, orgullosa, intelectualmente predominante, políticamente todavía considerada, apreciada y temida; en el siglo XVII en cambio era un país empobrecido, reducido hasta la indigencia suma, impotente en política é intelectualmente criada y remedadora del extranjero, receptáculo de malas costumbres ajenas, objeto de intrigas y ambiciones extranjeras, arruinada, apenas sombra de lo que fué. Las causas de esta triste mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

danza han sido señaladas en los capítulos precedentes. Aquí empero podemos recordar con énfasis que á la decadencia de Alemania en el siglo XVII contribuyó esencialmente una circunstancia que también ya ha sido mencionada de paso. Nos referimos al cambio de corriente del comercio del mundo que se había verificado á consecuencia del descubrimiento de la ruta marítima de la India Oriental y de la colonización de América. El comercio alemán, si bien todavía muy importante en el siglo XVI (Francfort era considerada la primera plaza comercial de Europa hasta 1530, y los Fugger, Welsser, Baumgarten de Augsburgo, eran príncipes del dinero de importancia europea) no podia seguir á la larga esta corriente que trasplantaba el comercio en grande del centro de nuestro continente á su costa occidental, siendo una de las causas de esta imposibilidad la circunstancia que la confusión interior del imperio y el desarrollo progresivo del sistema de los Estados pequeños no les permitía á los alemanes reclamar y tomar su parte del botín del mundo nuevo, para ganar puntos fijos de partida y apoyo de su comercio mediante la fundación y conservación de colonias en los países de ultramar.....

La clase agrícola alemana, considerándola en conjunto, no pudo reponerse políticamente durante dos siglos del golpe que había recibido en la guerra de los campesinos. El labrador ya no desempeñaba ningún papel político, ni aun en aquellos países alemanes en que el sistema de los Estados de la Edad media se había sostenido á despecho del creciente absolutismo de los príncipes, y por esto en los *Estados del país* tenían participación en los asuntos administrativos, solamente el clero, la nobleza y los burgueses ó vecinos de las ciudades, sin hacerse mención de los labradores. El labrador era el hombre llano, siervo, sujeto á la gleba, bueno para cultivar el campo, para servir á sus amos, para pagar diezmos y pechos, y hacer por lo demás lo que le mandara la superioridad eclesiástica y civil. Era excepcional que el clero luterano se interesara por el abandono intelectual y moral de los campesinos; al contrario, no le pesaba el tomarse la molestia de predicarles que era agradable á Dios el infame servilismo que tan pronto se había hecho una particularidad del luteranismo ortodoxo. El clero católico, por su parte, no lo hacía mejor, encaminándose también su conducta con respecto á los labradores, á conservarlos en la sumisión y el respeto de la fé ciega. En efecto, los prelados católicos distinguíanse entre los príncipes *cazadores furibundos,* cuyo modo desconsiderado y cruel de practicar el arte venatorio, era la mayor calamidad del agricultor. El arrancar los ojos á los cazadores furtivos se consideraba en el siglo XVI como un derecho natural del señor del país; pero la más refinada de todas las crueldades contra los ladrones de caza, fué la discurrida por aquel arzobispo de Salzburgo que en el año de 1537 mandó coser en el pellejo de un ciervo al labrador que lo había muerto, porque le devastaba el campo, haciéndole luego dilacerar por la jauría.

Era la caza un privilegio de nobles y prelados, llenando en la edad de la reforma gran parte de los ocios de las clases privilegiadas. La abundancia de caza debe de haber sido enorme si se considera que en una sola *corrida* de uno de los aficionados más apasionados de las cacerías de entonces, el

conde Felipe de Hesse, fueron cogidos nada ménos que 1,000 jabalíes y 150 venados; y que el coetáneo de éste, el elector de Sajonia Juan Federico, mató con su propia mano la friolera de 3,183 lobos, 208 osos y 200 linces. En las selvas de la Alemania septentrional, sobre todo en las de Prusia, existían aun uros y alces y en todo el imperio alemán había aun osos, lobos, linces y castores en abundancia. La cabra montés había desaparecido ya de los Alpes alemanes en 1650, pero se criaba aun en los *jardines de fieras* que ya en el siglo XVI fueron una dependencia favorita de las cortes de los príncipes. El último oso del



Caza de venados.

imperio alemán fué muerto en 1686 en Turingia. Al lado de la caza de venados la aristocracia alemana seguía aficionada á la añagaza de la Edad media, la caza de garzas con halcones, tomando en ellas parte, como en toda clase de montería, las damas, muchas veces con tanta pasión como los caballeros, á los que tomaban la delantera montadas en sus hacaneas, siendo las primeras en ocupar su puesto al punto de oir el toque de *halalí*.

A pesar de todas las cargas y tributaciones la agricultura alemana había adelantado mucho en el siglo XVI, tomando al mismo tiempo la vivienda del labrador alemán mejor aspecto en el interior y en el exterior. La inagotable paciencia y la incansable perseverancia, la laboriosidad y la afición al órden y al lucro de los labradores conseguían triunfar en muchas partes de todos los obstáculos. Ciertamente sus viviendas conservaban todavía la forma de choza, construída generalmente de madera y barro y techado de

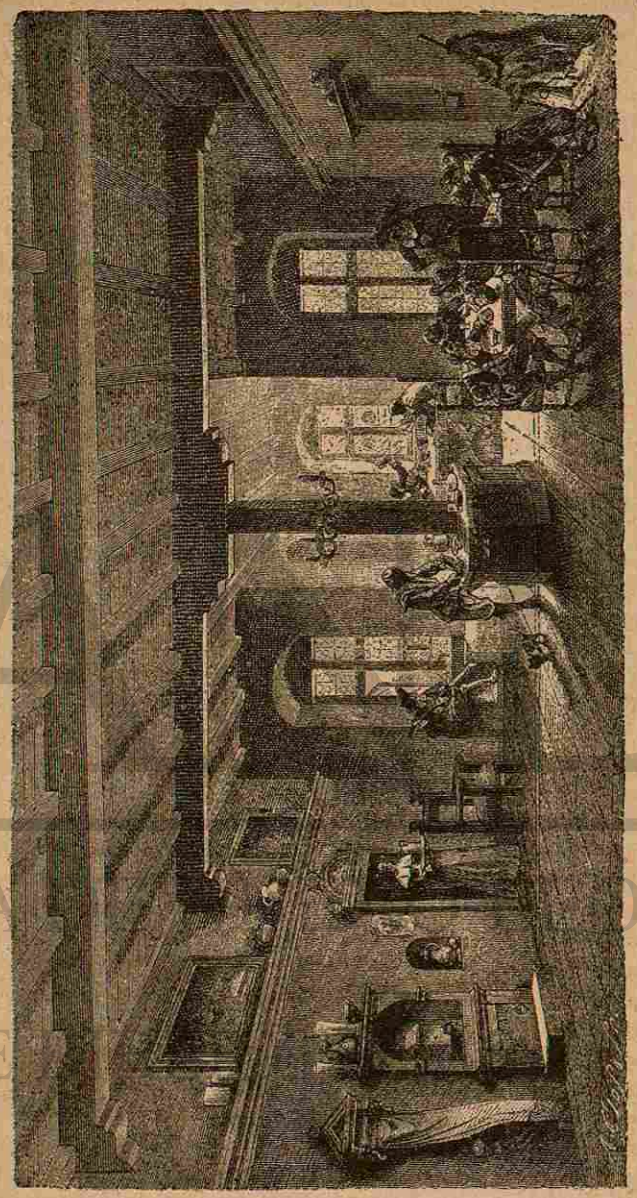
paja; pero estas cabañas labriegas contenían un ajuar suficiente y sólido, las arcas de lienzo y de vestidos estaban llenas, en algún rincón seguro escondíase la olla de ahorros con una respetable provisión de monedas de plata; en el establo hallábase delante del pesebre el ganado bien cuidado; delante de las ventanas, todavía no provistas de cristales (en el *Simplicissimus* se lee que *las ventanas de la casa de mi padre estaban dedicadas á San Sinvidrio)* extendíase un huertecito ó jardinillo, y detrás de la choza un pomar daba sombra y fruta. Del norte, centro y sur de Alemania nos han sido trasmitidos los testimonios fidedignos escritos en el siglo XVI, demostrando que en aquella época había labradores alemanes que vivían cómoda y hasta lujosamente, ostentando gran pompa de vestidos y echando la casa por la ventana en las fiestas mayores, las bodas, los bautizos y los entierros. La moralidad del mundo campesino por cierto era tal, que debe aplicar la escala muy tolerante de los *buenos y piadosos tiempos antiguos* el que no quiera escandalizarse. En las comarcas protestantes como en las católicas las relaciones de los dos sexos no dejaban ver gran cosa de la varias veces mencionada *profundización moral* atribuída á la reforma y á la contra reforma. A las doncellas caídas les aplicaban duras penitencias eclesiásticas y castigos seglares. El buen resultado que este proceder daba en Baviera se ve por el *Mandato de costumbres* de 1598, que determinaba que la primera maternidad ilegítima debía expiarse con una multa y llevando *el violín*, pero que la cuarta sería castigada con el destierro. En otras comarcas no se procedía ménos rigurosamente contra las pobres jóvenes que se habían hecho madres sin casarse y hasta muy adelante, en el siglo XVIII, y aun á principios del XIX, conservábase en los países católicos lo mismo que en los protestantes de Alemania, la penitencia cruel de tener que estar los domingos vestidas con la camisa de penitente y llevando una corona de paja en la cabeza, en el portal de la iglesia, sufriendo el escarnio de la gente que entraba y salía, como en el *Faust* de Gœthe, la maliciosa Isabel dice á Margarita, refiriéndose á la seducida Bárbara: *Que se agache ahora y haga penitencia con la camisa de pecadora.*

La práctica de la agricultura se hizo mucho más amplia é intensa en el siglo XVI, talándose grandes bosques y desaguándose enormes extensiones de terreno pantanoso para ganar suelo arable. Estando interesados los príncipes y señores en hacer más productivas sus haciendas, muchos de ellos encaminaban á sus labradores á un cultivo más racional de los campos, prados, pomares y viñedos, decretándose para este fin lo que llamaban *Reglamentos del país* y ocupándose algunos príncipes y princesas personalmente en la agricultura grande y pequeña, como por ejemplo, la electora Ana de Sajonia, que tenía fama de buena ganadera y quesera. También dedicábase la atención debida á la agricultura teórica, imprimiéndose ya en el año 1580 los *Siete libros de la agricultura*. Cuarenta años más tarde publicóse el *Muy ameno y escogido libro de los pomares y setas,* por el que sabemos que á la sazón se conocían en el imperio alemán 13 variedades de cerezas, 19 de ciruelas, 110 de peras y 115 de manzanas. Desde fuera la agricultura y horticultura alemanas de la edad de la reforma fueron enriquecidas grandemente por la

importación de nuevas especies de plantas y frutas. A principios del siglo XVI importóse el alforfón; más tarde los protestantes expulsados de Holanda introdujeron en Alemania el cultivo del colza. Por el rodeo de Italia llegó á la Alemania del sur, por el año de 1650, el *trigo italiano,* es decir, el maiz traído á Europa por Colón. De importancia mayor, hasta de la importancia más grande, fué la importación de la *pera de tierra* ó *manzana de tierra* americana, es decir la importanción de la patata que plantó primero en suelo alemán el botánico *Clusius* (1588). El cultivo de este comestible que hoy día es el alimento de millones de indivíduos, tenía que luchar al principio contra una resistencia grande. El clero chillaba porque no tenía derecho á percibir un diezmo de patatas, llamándola *raiz del diablo* y *bulbo del demonio*, llegando en algunos puntos, como en Brandenburgo y Pomerania, los labradores á creer tan firmemente en la diablería de la inocente patata, que su cultivo hubo de imponérseles á la fuerza; y por esto la propagación de la patata en Alemania se hizo en épocas muy diferentes. Consta que ya en los dos primeros decenios del siglo XVII la patata se cultivaba en algunos puntos, pero sólo en 1640 fué plantada en Hesse, Westfalia y la Sajonia baja; en 1647 en los alrededores de Brunswick, en 1650 en los de Berlín, 1716 en los de Bamberg y Baireuth, en el Palatinado, Baden y Suabia. Más tarde que en ninguna otra parte llegó el cultivo de las patatas á las aldeas del Alpe suabio, á saber, por los años de 1740. En el cultivo de las plantas de forraje ha hecho época la importación del trébol en el siglo XVII. En este tiempo la orticultura se había ya perfeccionado y multiplicado mucho; en los huertos caseros cultivábanse varias especies de col, nabos, rábanos y ensaladas, cebollas y ascolanias, perejil, apio, guisantes, lentejas, habichuelas, cohombros y calabazas. La floricultura favorecía las violetas, rosas, alelíes, jacintos, claveles, anémonas, romeros y tulipanes. La jardinería prosperaba en las cortes de los príncipes en el gusto italo-florentino, luego en el holandés y finalmente en el francés del pretendido *embellecimiento de la naturaleza*, es decir, en el gusto versallés de una jardinería geométricamente tiesa, arreglada al compás. Los jardines botánicos empezaron á plantarse en Alemania á partir de la segunda mitad del siglo XVI, siendo primero el de Konigsberg (1551). La viticultura era lucrativa aun en las comarcas del norte de Alemania, de donde ha desaparecido hace mucho tiempo, si bien es verdad que en Hamburgo existían establecimientos de dulcificación de aquellos caldos del norte de Alemania. Al lado de los ríos Rhin y Mosela iban sosteniendo su antigua fama los del Neckar, del Palatinado y de Alsacia. El emporio principal del comercio de todo el sur de Alemania, era Ulm. Un grande inteligente en vinos, Juan Basch, dió á luz en 1582 su *Libro de vinos, del cultivo, cuidados y enfermedades del vino*, y un conocedor no ménos entendido de la cerveza, Enrique Krunst, había publicado ya un poco antes (1575) para uso y provecho de sus paisanos, sus *Cinco libros del divino y noble don del arte filosófico, apreciabilísimo y maravilloso de fabricar la cerveza*, que gozaron de mucha autoridad durante largo tiempo. A la edad de la reforma pertenece también la introducción en Alemania de los cuatro nuevos *consumibles*, tabaco, café, chocolate y té. Del

primero ya hemos hecho mención y sólo añadiremos que la resistencia que hubo al principio contra la nueva costumbre de *beber tabaco* llegó en algunos puntos á ser cómico; así por ejemplo, aun en el año 1661 promulgose en la ciudad de Berna un mandato penal en el cual habían intercalado en el catálogo de los diez mandamientos, inmediatamente después del *no fornicarás*, el nuevo mandamiento *no fumarás*. En otras partes en cambio se les había ocurrido la idea que un impuesto sobre el tabaco debía de ser muy productivo, y por esto fomentaban el consumo y el cultivo del tabaco, de modo que al último se había introducido en varias comarcas de Alemania á partir del año 1630. El café procedente de Arabia ha sido mencionado en Alemania por primera vez en el año de 1582 y por cierto por el médico Rauwolf, al que su *viaje á los países de Oriente* descrito por él había hecho conocer esta bebida. Por segunda vez se menciona en 1647 por otro viajero, el célebre Olearius, quien le dá el nombre de *Kaowe*. Mas en el Occidente el café ha sido bebido por primera vez en París, en la córte de Luis XIV, á donde un embajador de Mahomed IV había llevado el fruto del arbusto arábigo. Pero al mismo tiempo debe de haberse introducido también en Inglaterra la nueva bebida, pues el *café* occidental más antiguo se abrió en Lóndres ya en el año 1652, mientras que el primer café ha sido bebido en la córte de Brandenburgo en el año de 1675; pero la primera *casa de café* en Alemania, la tuvo Viena en 1683, que es aun hoy la ciudad modelo con respecto á los cafés. Stuttgart no tuvo café hasta 1712. Simultáneamente con el consumo del café generalizose también en Alemania el del chocolate que los españoles habían traído á Europa de Méjico: asimismo el té importado de China; por manera que estas tres bebidas, á partir del último cuarto del siglo XVII fueron tomadas al principio sólo como desayuno de la gente acomodada, y habían de pasar cien años y más antes que estos productos ultramarinos, sobre todo el café, se convirtiera en Alemania de bebida de recreo de los ricos en alimento barato del pueblo.

Durante la guerra de 30 años é inmediatamente después, la situación de los campesinos alemanes, con excepción de las pocas comarcas que habían quedado libres de aquella tempestad asoladora, era verdaderamente lastimosa. Que esta tempestad había desahogado su furia no solamente en los hombres y sus moradas, sinó también en los campos, lo demuestra el solo hecho que en el ducado de Wurtemberg 40,000 fanegas de viñedos habían quedado completamente destruídas. Sobre las cenizas de sus aldeas estaban los labradores cuyo número había sufrido una merma espantosa, sin dinero, sin ganado, sin simientes, sin aperos, cubiertos solamente con harapos y girones, expuestos á la intemperie, interrumpidos continuamente en su trabajo, emprendido otra vez con pena y angustia y amenazados en su vida y sus bienes por aquellas cuadrillas de ladrones y asesinos llamados *Hermanos de Merode* que se habían formado en el curso de la guerra y continuaron su vida vagamunda después de la paz. A los merodeadores de los diferentes ejércitos habíanse agregado vagos y mendigos, haraganes y tunantes, curas escapados y maestros de escuela, jitanos y judíos, escolares y mozas andantes de todos los países.

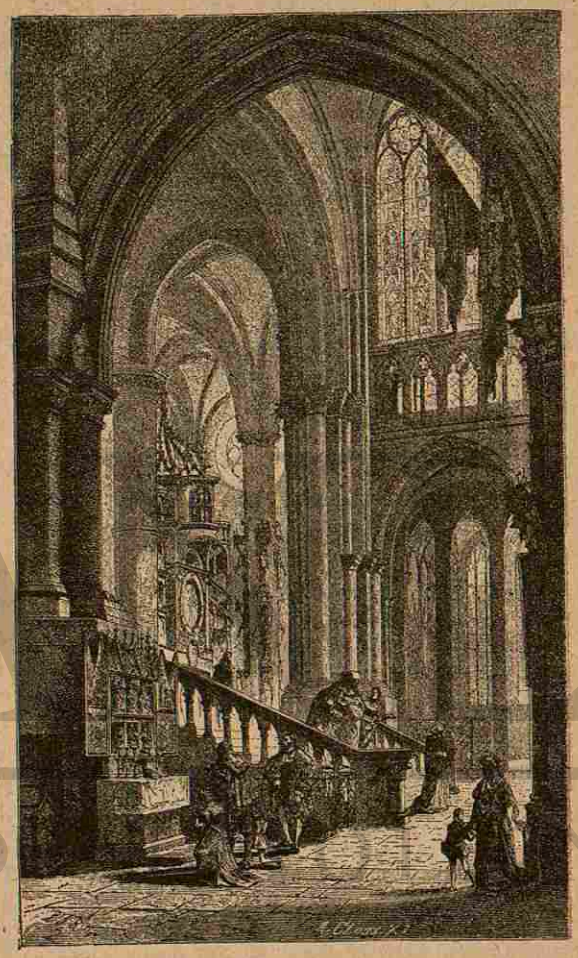


Posada de la «Oca de Oro» de Nuremberg.

Esta *vagamundería* comunicándose entre sí mediante aquella extravagante mezcla de lenguaje de la *germanía* hacia el país poco seguro mediante mil formas de mentiras y embustes, ardides y violencias, lo cual por regla general podía ser impunemente, porque las lastimosas instituciones de seguridad del imperio no eran capaces de hacer frente á la organización de los malhechores. Un arte principal de las policías de entonces y de mucho después ha sido el *expulsar*, es decir, que á los vagamundos sorprendidos cuando no se les podía acusar ningún delito más grave que el de la vagancia se les daba una paliza *solemne*, después de la cual los llevaban á la frontera para echarlos al país vecino, desde el cual muchas veces venía una *reexpulsión* amigable al país de procedencia, echándose así continuamente los numerosos territorios alemanes, el uno al otro su abundancia de vagamundos y haraganes. Precisamente en la época en que en la segunda mitad del siglo XVII los campesinos alemanes habían de fundar de nuevo su propia existencia y la agricultura alemana, aquella plaga general del país, fué más grande. Añadiéndola á todos los demás obstáculos y perjuicios que la reemprendida agricultura había de experimentar y sufrir, y considerando el aspecto relativamente satisfactorio de las aldeas, campos, prados, viñedos y pomares alemanes de fines del siglo XVII, es imposible dejar de sentir un gran respeto por la fuerza moral, la habilidad, la frugalidad y perseverancia de los campesinos alemanes; y tanto más cuanto que en aquel entonces el campesino había de fiarse mucho más que hoy de sus propias fuerzas. La chocante distinción de clases por un lado y la insuficiencia de los medios de comunicación por otro, mantenían la vida de campo en un aislamiento del que apenas podemos formarnos una idea hoy, como tampoco del estado miserable de los caminos, de lo engorroso de la navegación fluvial, de la suciedad y escasez de las posadas, por lo ménos en el campo. El humanista Erasmo, hombre á la verdad un poco muelle, en uno de sus *coloquios* nos ha dejado una descripción de semejante albergue rural del siglo XVI, que ha de causar horror á todo viajero del siglo XIX. Todavía durante todo el siglo XVII los viajeros de ambos sexos iban á caballo, aun que ya se usaban por personas de edad, por prelados y enfermos aquellos vehículos voluminosos como eran los coches, las diligencias y las carrozas de la edad de la reforma. La gente de alto copete llevaba en sus viajes un bagaje enorme, en parte por pompa, pero en parte también porque muchas cosas había que traerlas consigo que ahora se encuentran en toda fonda decente. Un ejemplo de semejante equipaje es el que Wallenstein llevó consigo en el año 1630 al hacer el viaje desde Karlsbad de Bohemia á la reunión de príncipes de Ratisbona, constando su séquito de seis príncipes, 150 gentiles-hombres, un estandarte de corazeros mandado por el conde coronel Octavio Picolomini; y su equipaje de 17 carrozas de gala, 24 *coches*, 60 carros de bagaje y 700 caballos....

Las ciudades alemanas habían prosperado tanto en el siglo XVI, que los extranjeros viajando por Alemania se admiraban y las describían como maravillas; y realmente las ciudades de Augsburgo, Nuremberg, Ulm, Francfort, Maguncia y Colonia, podían calificarse de magníficas. También predominaba

todavía en las burguesías aquel laudable patriotismo que ponía su orgullo en adornar la ciudad patria con edificios monumentales y éstos con obras de arte

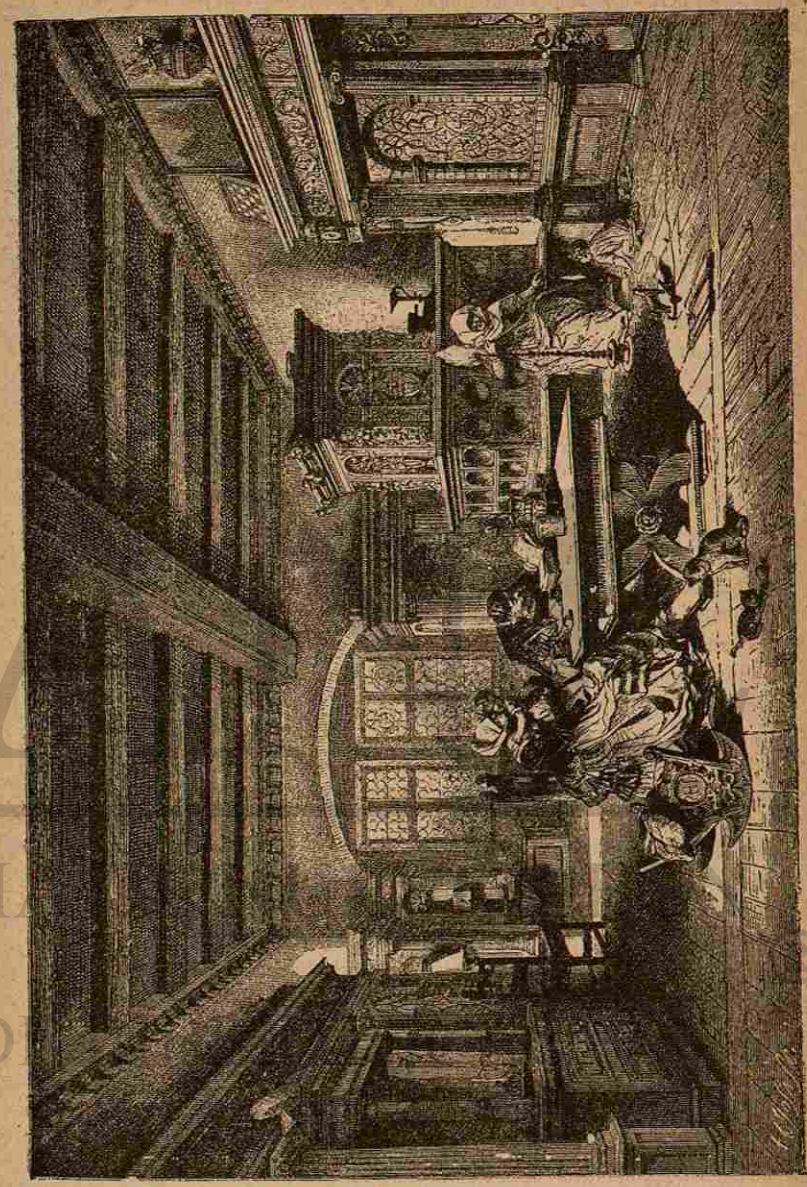


El reloj de la catedral de Estrasburgo.

á costa de grandes sacrificios. Como bello ejemplo de lo que podía emprender esta liberalidad de los vecinos y llevar á cabo la mecánica alemana y el arte alemán del siglo XVI, ahí está el famoso reloj astronómico-artístico de la catedral de Estrasburgo que un *respetable y sapientísimo* consejo municipal

determinó *erigir* en 1547 y cuyo plano fué *indicado, ordenado y trazado* por los *insignes matemáticos* Heer, Bruckner y Herlin. Mas la ejecución de la obra empezada bajo dicha dirección por artesanos expertos fué interrumpida hasta que se reanudó en 1571, *cuando Isaac y Josías Habrecht, naturales de Schaffhausen, hermanos y relojeros los dos, vinieron aquí á Estrasburgo; á éstos, junto con el señor catedrático Conrado Dasipodius, David Wolkenstein de Breslau y Tobías Stimmern, el pintor, ha sido confiado y mandado fabricar aquello, lo cual han cumplido con suma honradez y asiduidad y acabado anno 1574 como demuestra la evidencia y la obra alaba á los maestros.* Fischart ha descrito este más artificioso de todos los relojes en bonitos versos y también existe un lindo cuento que refiere que en una noche de setiembre de 1680 en una hora muy insólita empezó á tocar el juego de campanas del reloj cantando una clara voz de niño las palabras corales: *En el cuerpo y la vida nos amenazan y nos persiguen como á herejes;* lo cual fué interpretado como presagiando una gran desgracia y no sin motivo, porque al año siguiente los protestantes celebraron su culto por última vez en el magnífico edificio de Erwin. Su grito de angustia: *De profundis clamavi ad te, Domine*, se perdía inútilmente en las elevadas bóvedas; aunque á la sazón había pocas familias católicas en Estrasburgo, los protestantes fueron echados de la catedral por el ladrón francés y en el portal el infame traidor del imperio y de la ciudad, el arzobispo Egón de Fürstenberg, saludó al rey ladrón Luis con las palabras de homenaje de vil adulación.

Las casas de las ciudades alemanas de la época de la reforma no eran ya en su estilo y su distribución tan bastas y míseras como las de la Edad media. Los grandes adelantos que los oficios artesanos habían hecho en todos los sentidos debían redundar necesariamente en beneficio hasta de las habitaciones más modestas de la clase media. En cuanto á muebles, encontramos en los aposentos de semejantes casas de vecinos, según los datos de los documentos y descripciones de la época, mesas, sillas y bancos, especialmente el banco de la estufa que corría á los tres lados de la enorme estufa de ladrillos y cubierto de almohadones; además en un rincón, una *cama de holgazán* ó *cama de gandulería* (el sofá ó canapé de aquellos tiempos); luego el *grisskalter*, armario bajo sobre el cual podía manejarse agua, lavarse ó enjuagar vasos; y el aparador ó bufete en el cual se hallaban jarros, copas, botellas y calderas para refrescar. Tampoco faltaba un reloj de pared, pues ya desde el año 1500 y primero en Nuremberg habían aprendido á reducir los relojes de campanario á relojes de pared y de bolsillo (llamados *huevos de Nuremberg* por su forma ovalada). En la habitación de la familia encontramos también un pequeño espejo de pared, un candelero con despaviladeras, un recado de escribir con papel y sello, un tablero de ajedrez, un cubilete de dados y un juego de naipes. Pues ya en la segunda mitad del siglo XIV había sido inventada en Alemania la fabricación de naipes, perteneciendo también á los alemanes el poblemático honor de haber discurrido uno de los juegos de baraja más antiguos (el probablemente más antiguo y ciertamente el más bonito, el tresillo, dicen, fué inventado por los moriscos españoles) el *juego de*



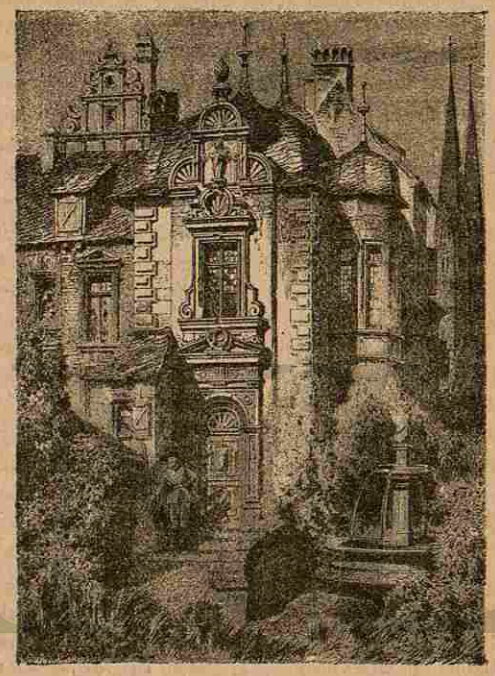
SALA HABITACION DE NUREMBERG.

lansquenetes. Cuando la reforma estaba bien encaminada surgió un juego de naipes muy singular; el *Karniffil ó Karnœfil*, en cuyas hojas y reglas se reflejaban las peripecias religiosas y políticas de la época. Los juegos de sociedad se contaban entonces por centenares; por lo ménos Fischart en su *Geschichtsklitterung* enumera y nombra unas quinientas de semejantes diversiones y maneras de pasar el tiempo. Mas al lado del tablero de ajedrez, del cubilete de dados y de la baraja, encontrábase en el estante de la pared de la mesa, en las casas burguesas del siglo XVI también *la Biblia y otros libros más para diversión y enseñanza moral*, según se lee en Juan Sachs. Este nos conduce luego al dormitorio burgués, donde encontramos un catre con jergón, colchón, cojines, almohadas, sábanas y mantas, así como todos los pequeños aparatos de comodidad nocturna y además varios armarios para vestidos y ropa blanca y el *arca* guarnecida de hierro y provista de un enorme candado, en la cual se conservaban el dinero del amo de la casa y las joyas y preseas de la madre de familia y las hijas adultas. En semejantes habitaciones han venido al mundo los más de aquellos hombres que brillan como astros fulgentes en la historia de la civilización alemana durante la edad de la reforma. En ellas han hecho su trabajo, en ellas han muerto. La casa de los burgueses alemanes con su afectuosidad, honestidad y piedad se nos presenta también atractiva y conmovedora en el arte de entonces. Hay que tener en cuenta el modo modesto de vivir de los grandes maestros de aquella época para juzgar con justicia sus creaciones. Pero un noble soplo de poesía pasaba por toda esta sencillez y modestia. Considérese por ejemplo la carta, filialmente buena, que el maestro Durero escribió acerca de la muerte de su madre acaecida en 1513 y podrá formarse una idea de la plenitud de cariño, delicadeza y costumbres generosas que había en la vida familiar de la clase media á despecho de todas las extravagancias del siglo.

El esplendor de la nobleza urbana de la Edad media palideció en la época de la reforma ante el brillo de los barones del dinero, de los grandes capitalistas que entendían ya muy bien el negocio de *fundar sociedades* y sabían monopolizar los ramos más lucrativos del comercio. La inmensidad de las ganancias que la potencia del capital obtenía en el siglo XVI, resulta del hecho que un balance de la razón social Fugger arrojó que en siete años se había realizado un beneficio limpio de 13.000,000 de florines, y que otro balance demostró que la fortuna de los Fugger había llegado á la suma verdaderamente colosal para aquella época de 63.000,000 de florines. Con los recursos metálicos que aquellos negociantes poseían, ya era dable hacer la vida amena y placentera. Así es que las ciudades comerciales de Alemania en la construcción y el arreglo de las casas, así como en el cultivo de las artes y en establecimientos de utilidad pública aventajaban mucho á las capitales residencias de príncipes, tal vez con la sola excepción de Viena. También era superior el número de sus habitantes; Berlín, por ejemplo, comparado con Augsburgo, Nuremberg, Colonia, Lubeck, Francfort, Bremen y Hamburgo no era más que un miserable lugar, cuya población ascendió á 20,000 almas, sólo después de la mitad del siglo XVII. Sólo el empeño del gran elector sacó

á Berlín de su estado campestre, pues él fué quien adornó de edificios monumentales la naciente capital del naciente Estado, quien hizo empedrar, limpiar y alumbrar las calles, y estableció un reglamento mejor de edificación y de extinción de incendios.

El que en el siglo XVI quería ver toda la plenitud de la vida urbana, había



UN JARDIN DE AUGSBURGO.

de visitar las mencionadas ciudades comerciales, especialmente las del sur de Alemania á las que la comunicación más rápida y más cómoda con Italia aportaba en mayor abundancia que á las del norte todos los adornos y regalos de la vida. Allí veíanse casas patricias, elegantes y magníficas en el estilo del renacimiento, adornadas exterior é interiormente con pinturas al fresco, con zaguanes y escaleras, embellecidas con columnas de mármol, balcones en que la escultura y ventanas en que la pintura al vidrio habían desplegado todo su arte. En el interior veíanse salas y aposentos entrepañados con las maderas ultramarinas más preciosas ó enyesados con estuco pintado y dorado. En el suelo esmeradamente tarraseado había magníficas alfombras de

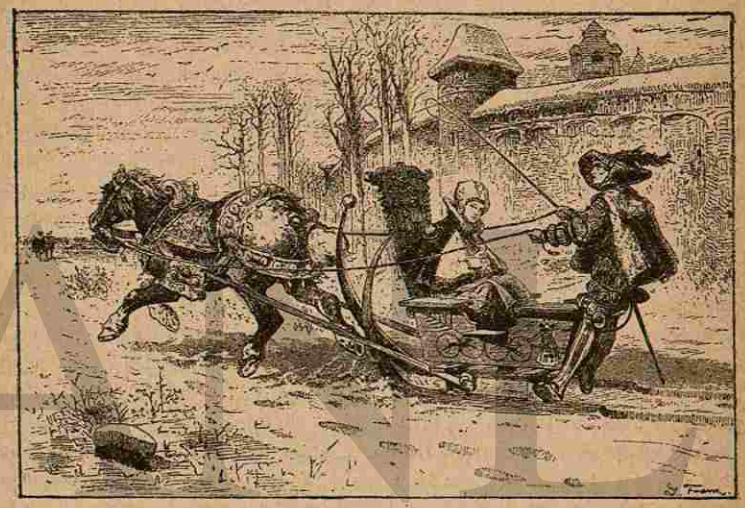
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Turquía ó Persia, en las paredes colgaduras de Arras y espejos de Venecia, en las salas de lujo, estátuas antiguas y cuadros modernos, en los *tesoros* colecciones enteras de vasijas labradas artísticamente de oro, plata y cristal y vajilla de mesa de toda clase; las diferentes piezas del ajuar eran otras tantas obras artísticas de la escultura de madera. Detrás de las casas había espaciosos jardines con los árboles, arbustos y flores exóticas más raras, con surtidores, estanques con peces dorados, cuartos de baños con bañeras de mármol, pajareras con loros y canarios. En semejantes locales moviase la sociedad patricia en los pintorescos y suntuosos trajes de caballeros y damas de aquel tiempo. La moda fundamental durante todo el siglo era la hispano-burgoñona, cuya estrechez, empero, alternaba á veces en ambos sexos con una holganza extremada. Las modas de señoras cambiaban naturalmente mucho, pero debe decirse con elogio para las mujeres alemanas de la edad de la reforma, que sus trajes eran decididamente más honestos y decentes que los de sus abuelas del siglo xv. Una aberración hácia lo feo era el agrandarse las golillas de hombres y mujeres, aquellos cuellos de *piedra de molino*, tiesos y grandes como una rueda de arado, sobre los que la cabeza parecía colocada en una fuente y que quitaban por completo la libertad de los movimientos del cuello y de la cabeza. En general, había en el corte y en los géneros de los trajes de hombres y mujeres cierta rigidez, cierta cosa que contenían los movimientos y ademanes en una actitud severa, introduciéndose con esto en el modo de presentarse de las clases superiores mucho de la gravedad de la etiqueta española.

Mucho caso hacíase de los goces de la mesa, estando bien provista en la casa patricia la despensa y la bodega. En cuanto á los vinos, bebíanse con afición, además de los indígenas del Rhin, Neckar y Mosela, los húngaros, españoles y griegos. Poseemos un libro de cocina que publicó en 1587 el artista cocinero y gastrónomo Marcus Rumpolt, y por el cual sabemos que en aquella fecha se ponían en la mesa 63 clases de sopa, 127 de pescado, 70 variedades de empanadas, 225 de legumbres, 46 de pasteles y 50 variedades de ensaladas; así mismo nos enteramos de que sabían preparar entre cocido, frito y asado, 83 platos de vaca, 59 de ternera, 45 de carnero, 43 de cerdo y 37 de venado. La condimentación fuerte de los manjares era general y por esto se explica que no solamente los caballeros, sinó también las señoras bebían mucho y tenían muy buenas *tragaderas*. Un progreso indudable de la cultura constituía la generalización del uso de cucharas y servilletas, así como la sustitución del tenedor natural de cinco puas, la mano, con el tenedor artificial de dos ó tres puas. En las mesas de las clases superiores, el tenedor se usaba ya á fines del siglo xvi, pero tardó aun todo un siglo antes de generalizarse también entre los campesinos.

Los regocijos urbanos y las *ocasiones* de la Edad media experimentaron en la edad de la reforma un aumento considerable. Las gentes tenían afición á toda clase de diversiones, alternando en las ciudades los espectáculos de las bandas de juglares, las representaciones de comedias de escuela, las corridas de animales, las carreras de caballos, las fiestas de tiradores, los paseos en

trineos y las mojigangas. En todas estas ocasiones la exuberante vivacidad de nuestros abuelos se manifestaba frecuentemente de una manera tan ruda que el gusto más refinado ó acaso más hipócrita de nuestros días haría una mueca desdeñosa. Es cierto que los alemanes de entonces se excedían á veces sobre todo en la bebida y el baile, hasta el punto que los dos párrocos Mateo Federico de Schönberg y Florian Daul de Schnellewalde, tenían motivo para publicar aquel su *Demonio de la borrachera* (1557) y éste su *Demonio del baile* (1567), para combatir estas dos malas costumbres. Federico, lo hacía con ironía y sátira, Daul, mas con gritería y chillería; pero los dos describen gráficamente lo que combaten. En el *Demonio del baile* empieza por elogiar las



Paseo en trineo.

danzas, mortjeradas, honestas y decentes en que las parejas se siguen honesta, razonable y cortesmente, sin jirar, sin contorcerse, sin taconear, saltar, menearse ni contonearse. Luego la acomete contra los *Bailes mundanos y nocturnos, livianos é indecentes, deshonestos y descergonzados* en los que las parejas danzantes *andan y corren desordenadamente como vacas en celos, se contuercen y contonean, lo cual se llama echar el cebo. Así se produce tan infame vaivén, contoneo, contorsión y cebamiento por los diablos del baile tan rápidamente, también á tal altura como el labrador levanta el trillo que á veces á las doncellas, mozas y raspas se les levantan los vestidos por encima del cinturón y hasta sobre la cabeza. O bien las echan al suelo ó caen los dos y muchos otros más que á prisa y sin mirar vienen bailando y corriendo de modo que tendidos unos sobre otros*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llegan á formar un montón. A los que gustan ver cosas obscenas les agradan semejantes meneos, caídas y revoloteos de vestidos, se rien y están alegres por ello. Si se considera que esta *diablería del baile* procede de círculos protestantes, se tiene también aquí otra vez una prueba singular de la *moralización* producida por el luteranismo. La verdad es, que en Alemania las costumbres y modos de vivir más morales no se establecieron en la férrea edad de la ortodoxia católica y protestante, sinó tan sólo en la edad de la duda y de la incipiente lucha enérgica contra la *fé verdadera*.

Por lo demás, en la primera mitad del siglo XVII la miseria de los habitantes de las ciudades alemanas era apenas ménos grande que la de los campesinos. La furia de la guerra de 30 años castigó también cruelmente las ciudades, tan cruelmente, que Augsburgo, por ejemplo, perdió durante la calamidad de la guerra unos 60,000 habitantes. Las contribuciones y pillajes más desapiadados destruyeron la propiedad y por consiguiente también el bienestar de las ciudades. La industria vejetaba solamente, el comercio estaba paralizado, las artes desmedradas, pobreza, tribulación y miseria en todas partes. Solamente desde 1650 pudo levantarse otra vez paulatinamente la población urbana aplastada para reanudar sus trabajos. Durante la guerra de 30 años era una cosa rara que un hombre de la clase media dejara una fortuna como la tuvo á fines del año 1613 aquel Juan Zisenisen, doctor en ambos derechos, de Hannover, quien dejó en papel de rentas la suma de 5,000 taler, en metálico unos 50 taler, muchas alhajas de oro y plata, medallas, sortijas, cadenas y copas. *Item en armas una coraza, un peto, una hombrera y un casco, un arcabuz, un mosquete y una espada de puño plateado. Item, en libros, un Horacio y un Hesiodo, varios libros en lengua francesa, también unos pocos libros de jurista, un legajo de toda clase de disertaciones, un libro cosido en pergamino, una* SINOPSIS JURIS CIVILIS, *un libro pequeño en lengua italiana, el Oficio pastoral de Cristo y algunos sermones fúnebres.* Sesenta y ocho años más tarde, el secretario municipal Daniel Meder de Hannover, dejó ya una biblioteca relativamente respetable de más de 300 tomos, comprendiendo los clásicos griegos y latinos casi completos, luego gramáticas y diccionarios de las lenguas modernas, como también las obras jurídicas, filosóficas y literarias de la época.

Pasando de la clase media á la nobleza, hallamos que en el curso del siglo XVI el castillo feudal de la Edad media se transformaba gradualmente en la casa señorial moderna, sea que los castillos incapaces ya de resistir á las armas de fuego perfeccionadas, fueran transformados en palacios, sea que sus posesores los abandonaran del todo pareciéndoles más cómodo establecerse en puntos bien situados de la llanura, y construir palacios que al principio tenian ciertamente en el exterior y en el interior mucho de castillo; pero poco á poco iban tomando los motivos arquitectónicos del estilo del renacimiento y más tarde del estilo barroco y rococo. Así como estos palacios ofrecian una variedad infinita con respecto á sus dimensiones, el lujo ó la economía de su arreglo interno, la elegancia ó el descuido de sus contornos, así mismo manifestábanse naturalmente también en la vida de sus habitantes una

infinidad de gradaciones y matices. En primera línea influía la diferencia entre la nobleza de corte y nobleza de campo; luego en ésta como en aquélla la mayor ó menor importancia de la propiedad, y finalmente los diferentes grados de instrucción y la confesión eclesiástica. La sencillez, por no decir escasez, campesina con que se criaban los hijos de los hidalgos rurales de módica fortuna se ve en los recuerdos del caballero silesiano y luterano Juan de Schweinichen, que alcanzan de 1552 á 1602. El señorito Juan, que, cuando muchacho, tenía que guardar los gansos, recibió una instrucción muy lijera por el escribano del pueblo y luego en la escuela latina de Goldberg; cuando adulto sirvió á su padre de trillador y de mozo de cuadra y molino, fué luego á la corte del duque de Liegnitz, donde cobró gran fama por su capacidad beberrona, y acompañó más tarde á su pobre diablo de duque en sus viajes mendicantes por el imperio que ha descrito tan divertidamente. De una manera muy diferente vivía el coetáneo de Schweinichen el rico barón westfaliano y católico Gaspar de Fürstemberg, muerto como gobernador de Westfalia y cuyos dietarios alcanzan de 1572 á 1615. Gaspar era hombre instruído en su casa paterna por un ayo de valia y luego en la universidad de Colonia, que tenía durante toda su vida facilidad en citar los autores latinos, y quien cuando su segunda esposa, una plebeya, entró en su palacio de Bilstein, se acordó de la belleza de la Corina de Ovidio. Con el hidalgo rural que vigilaba cuidadosamente la administración de sus haciendas, combinábase en él el hidalgo de corte en tanto que, como católico celoso, desempeñó varias veces un papel importante en los asuntos del electorado de Colonia durante un período muy ajitado, siendo sus servicios de mucha utilidad en la administración y la diplomacia. Sus negocios diplomáticos eran á veces muy particulares: así por ejemplo, apuntó en su dietario bajo la fecha del 13 de junio de 1589: *Me envían entre otras cosas al cabildo de la catedral para asuntos de la futura dieta, mejora de su conducta clerical y abolición de las rameras.* En el año 1591 desposó á su hija Goda con Bernardo de Heiden y apuntó sobre esto: *Anuncio á mi hija Goda la pretensión de Heiden y mi voluntad y la de los amigos, le encuentro pudor virginal y aflicción.* En junio del año siguiente celebrose en Neuhaus la boda preparada por el tio de la novia, el obispo Teodoro de Furstemberg: *El novio con un respetable séquito de amigos de ambos sexos llegan por la tarde y se celebran antes de la cena los desposorios y la preparación del lecho nupcial en el gran salón, empezando luego un suntuoso banquete de príncipes.* El día siguiente PATRES SOCIETATIS JESU *exhiben una magnífica* COMŒDIAM, ESTER; *no se hace nada más, luego jolgorio en comer, beber y bailar, á mi hija la novia le arreglan el dote matinal y además recibe del serenísimo príncipe (el tio obispo) y del conde Simón de Lipp magníficas joyas y vajilla.* Curioso es que el barón westfaliano, á pesar de su catolicismo hubiese dado su hija en matrimonio á un protestante, pero es verdad que la cosa no se hizo sin suspiro. *Mi hija, la señorita Goda, se ha casado con un honrado hidalgo Bernardo de Heiden.* ¡UTINAM ESSET CATHOLICUS! *(¡ojalá fuese católico!)* Muy frecuentemente encuéntrase en los dietarios el apunte: *Estamos muy alegres y bebemos en grande.* Luego siguen apuntes sobre aparatos

y trabajos agrícolas y sobre viajes, no descuidándose el barón de hacer constar que *los posaderos contaban como bribones*. Una casa como la de Furs-



La escalera de subir á caballo del palacio de Stuttgart.

temberg, según la costumbre de la época, habia de procurar tener una abundante provisión de vajilla de oro y plata. En el año de 1591 las alhajas de oro del barón tenían el peso de 28 libras y el valor de 11,000 talers, capital muy considerable en aquel tiempo por cuya mitad podía comprarse una hermosi-

ma casa con su jardin en ciudades como Maguncia y Colonia. Furstemberg se construyó para su retiro el palacio de Schnellenberg, cerca de Attendorn, que no fué terminado sinó más tarde por su hijo heredero Federico, y de tal manera que podía considerarse como modelo de un palacio señorial de la transición del siglo XVI al XVII.

Como castillo-palacio típico de la segunda mitad del siglo XVI, existe aun hoy en sus formas fundamentales el *palacio viejo* de Stuttgart terminado en 1570. Sus localidades características eran las siguientes: en la planta baja del ala dirigida hácia el sudeste, hallábase una sala grande de 136 piés de largo por 51 de ancho, llamada *türnitz* y que servía ordinariamente de comedor á la servidumbre de palacio, pero en grandes ocasiones constituía el teatro de la fiesta. Sobre la *türnitz* hallábase el *cuarto de los caballeros*, es decir, el escritorio, la sala de audiencias y el comedor del duque, y sobre el cuarto de los caballeros, el *aposento de las mujeres*, para la duquesa y su servidumbre femenina, *cuartos y oposentos muy secretos y tranquilos*. En el ala hácia el norte estaba alojada la cocina y arreglada una sala grande para banquetear y bailar, mientras que en el ala meridional se hallaba establecida la capilla de palacio. Las paredes de las salas y de las habitaciones privadas de la familia ducal estaban revestidas de tapices de seda ó de lana que contenían representaciones de escenas bíblicas. La fachada septentrional del palacio daba sobre el *paraíso*, como se llamaba el jardín artísticamente arreglado y esmeradamente cultivado que poseía la primera naranjería establecida en Alemania. Un *jardín de fieras* con toda suerte de caza y aves no faltaba entre los anchos fosos que rodeaban el palacio, completando el conjunto de este castillo de príncipe, la caballeriza, la casa de los arneses y el arsenal.

En estos palacios de príncipes la vida diaria durante el siglo XVI pasaba enteramente como en las casas señoriales de los ricos hidalgos rurales, sólo todo en mayor escala. A los príncipes se les daba generalmente una educación teológica semi-erudita, se les enviaba con sus ayos á las universidades y luego se les hacia emprender viajes para recibir el último pulimento educativo, especialmente en la corte imperial de Viena. Más tarde, por desgracia, París fué el objeto favorito de los viajes de los príncipes alemanes, que desde allí traían á casa toda la *courtoisie* y *galanterie*, como se estilaba en la corte de la *Flor de lis*, es decir, toda clase de extravagancias. A la educación de las princesas, bajo el punto de vista del saber, no se solía dedicar gran atención en aquella época en que todavía el principal requisito de una princesa alemana era el ser una buena, activa y hábil casera que supiese dirigir convenientemente el gobierno económico, difícil y complicado de una casa grande. La lectura y la escritura, alguna aritmética, un poquito de geografía y muchísimo catecismo, hé aquí los asuntos de enseñanza; y sólo excepcionalmente sucedía que las hijas de príncipes y nobles recibían una educación superior basada en el conocimiento y manejo de la lengua latina. Esto resulta claramente del no corto número de mujeres que durante la edad de la reforma intervinieron más ó ménos activamente en las condiciones eclesiásticas y políticas, como por ejemplo, la reina María de Hungría, hermana de Cárlos V, que se car-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teaba con Lutero; las duquesas Catalina de Sajonia é Isabel de Brunswik, la princesa Margarita de Anhalt, las electoras Sibila y Ana de Sajonia é Isabel de Brandenburgo, varias esposas é hijas de los condes de Stolberg y Mansfeld, la muy ilustrada baronesa Argula de Grumbach, que con su enérgico consejo determinó tal vez á Lutero á contraer matrimonio, y finalmente aun las dos señoras de la clase media Catalina Junker de Eger y Magdalena Haymer de Ratisbona, que ambas defendieron la causa de la reforma con canciones eclesiásticas y epístolas-folletos.

El tono de la conversación en las familias distinguidas era grave y serio. El tuteo familiar se usaba apenas en el trato oral, pero jamás en el epistolar. La fórmula más usual de tratamiento epistolar entre los esposos príncipes era *Vuestra dilección;* los jóvenes príncipes no se atrevian á dirigirse por escrito á su padre ó madre sin el tratamiento de *Vuestra gracia* ó bien *Gracioso señor padre, Graciosa señora madre*. La palabra *buhle* (galán) fué usada en aquel tiempo muy inocentemente en el sentido de amigo y amiga aun entre hermanos; así mismo sin malicia calificábase de *moza* á cualquiera jóven aunque fuese hija de príncipe. De modestia afectada y recato hipócrita no sabian nada, ni tenian el menor reparo en llamar las cosas con su verdadero nombre, hasta en la sociedad más elevada y refinada, á la cual tampoco se le ocurría reprimir la risa sobre las manifestaciones generalmente muy enérgicas y trágicas del buen humor popular. La franqueza con que las princesas hablaban en sus cartas de cosas matrimoniales no puede ménos de asombrar á las princesas de nuestros tiempos. Por lo demás en el siglo XVI los matrimonios de príncipes por regla general se fundaban en Alemania sobre la sólida base de la moralidad, si bien en casos especiales hubo contravenciones chocantes. La inclinación mútua, sincera y cordial, una sola fidelidad mútua, no eran raras en los matrimonios de príncipes. El funestísimo sistema de las queridas no se había importado aun de la corte de la *Flor de lis*, pero lo fué desgraciadamente en el siglo XVII. Los príncipes que perdían su corazón á hijas de la clase media no se arredraban ante un *mal casamiento*. El duque Guillermo de Baviera se casó en toda forma y regla con su María Pettenbech, el archiduque Fernando de Austria Tirol, con su Felipa Welser, la hermosa augsburguesa, cuyo cuello era tan fino que cuando bebía vino tinto se veía como el líquido pasaba por el esófago. También en el siglo XVII ocurrieron semejantes matrimonios de príncipes. El duque Rodolfo Augusto de Brunswik-Luneburg se casó en 1681 con la hija de barbero, Isabel Rosina Menthe, y el príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau en el año de 1698 con la hija de boticario Ana Luisa Fohse.

Los casamientos de los príncipes y de las princesas de entonces, ya eran sólo excepcionalmente cuestión de afecto y por regla general negocio de familia ó de Estado entablado circunstanciadamente, conducido minuciosamente y terminado puntualmente por medio de pactos matrimoniales en las que estaban previstas todas las cosas posibles, estipulándose con exactitud el dote que había de aportar la novia y el *regalo matinal* que el novio le había de hacer. Las dotes de las princesas variaban entre 20,000 y 40,000 florines, los regalos matinales entre 4 y 5,000 florines anuales. Si un dote alcanzaba la suma de 70,000 talers, como el de la princesa Ana, hija del elector Mauricio de Sajonia, que casó con Guillermo de Orange, el taciturno, y después de un matrimonio muy desgraciado murió de delirium tremens, era esto una excepción rara. Los señores novios, ó respectivamente sus consejeros y agentes matrimoniales, miraban también mucho que las novias fuesen dotadas por sus padres suficientemente de vestidos, ropa blanca y joyas, y de estas sobre todo. Después de haberlo pactado todo verificábanse los desposorios en audiencia solemne, ocupando el lugar del príncipe novio el comisionado del mismo. Ante la corte reunida el padre dirigía á su hija la pregunta si sinceramente quería tomar por esposo al príncipe que había pretendido su mano, contestando la interrogada con la fórmula de etiqueta: *Porque á mi gracioso señor padre así place, estoy yo bien contenta*. Las fiestas de desposorios de príncipes celebrábanse con pompa y prodigalidad, expidiéndose invitaciones á centenares y aun á miles de huéspedes, pero siempre en la suposición que los convidados traerían bellos regalos para los novios. Para dar una idea de la marcha y del curso de semejante boda, puede servir la que el duque Juan Guillermo III de Julich-Cleve-Berg celebró con la princesa Jacobea de Baden en Dusseldorf el 16 de junio de 1585. A la hora de las vísperas de dicho día el cortejo nupcial se puso en movimiento en dirección á la capilla de palacio en la que habían de celebrarse los desposorios, guardando el siguiente órden: iba primero una banda de músicos con instrumentos de cuerda y de viento y una docena de gentiles-hombres que llevaban hachas de cera encendidas, y seguían luego los novios acompañados del padre y de la hermana del novio, rodeados de paraninfos y paraninfas y seguidos de todo el enjambre de convidados. La novia llevaba un vestido muy escotado de brocado de plata guarnecido de hilos de oro y un magnífico *caracanto* (collar) de oro, diamantes y rubíes. Tenía el pelo *abatido* y encima una coronita de oro. Antes de los desposorios el predicador de palacio se desahogó en uno de los interminables sermones de aquel tiempo, luego recibió del novio un anillo que puso en el dedo anular de la novia, la cual le entregó una guirnalda para que la pusiera al novio. Después de hecha la bendición nupcial entonose el Te-deum al son de trompetas y timbales. Después de esto toda la reunión se fué en marcha procesional al salón del banquete, donde encontraron la mesa preparada. Unos gentiles-hombres con capas españolas sirvieron los manjares bajo la dirección del mayordomo mayor. Después de la comida empezaron en otra sala, cuyos tapices representaban varias escenas bíblicas, los solemnes bailes de corte, inagurándolos los desposados, á los que, según dice la relación antigua, *precedian y seguian danzantes con antorchas*. Después del baile se fueron á una sala contigua donde se había colocado una *colación* de dulces en figura de jardín con árboles, peñas, cascadas, arroyos, castillos y varias clases de animales. Después de arrancar partes de este ostentoso manjar y comerlas, la pareja fué llevada á la cámara nupcial para la consumación del matrimonio. El día siguiente estaba destinado á la recepción del regalo matinal y los regalos de boda; y aun durante varios días después los convidados se divertían con

carreras de sortija, banquetes, bailes, mogigangas y fuegos artificiales.

Proporciones jigantescas tomaron las bodas de los príncipes en el siglo XVII, el cual en general trataba de cubrir su pobreza intelecual y su indigencia material con los trapos relucientes de una pomposidad profusa y la esplendidez. La corte imperial sostenía su superioridad en todo desplegamiento de magnificencia, y en el año de 1666, cuando el emperador Leopoldo I se casó con la infanta española Margarita Teresa, Viena vió la más suntuosa de todas las bodas que se han celebrado jamás en tierra Alemana. Los festejos duraron 3 meses seguidos, formando el punto culminante de todos los espectáculos pomposos el famoso *baile de caballos*, cuya descripción en el *Theatrum europœum* ocupaba 16 páginas en folio. Este espectáculo, ejecutado por individuos de la alta aristrocacia, era una *carrera de sortija* en escala máxima arreglada con un inmenso aparato y todos los recursos y admínículos teatrales de entonces. Las carreras de sortijas, á partir de la segunda mitad del siglo XVI, habían reemplazado cada vez más los juegos caballerescos más serios, los torneos. La diferencia entre torneo y carrera de sortija, puede expresarse brevemente diciendo que aquél era un simulacro de combate y éste un juego de máscaras en el cual lo más importante eran las artes de ginetería, sastrería y bailería. Con todo, arreglados y dirigidos por personas expertas, estos juegos de máscaras con sus fantásticas «invenciones», sus «mantenedores» y «aventureros» sus «divisas» y «lemas» eran verdaderamente procesiones y espectáculos espléndidos. Otra diversión de la sociedad distinguida eran las «pastorerías», mojiganga que ponía en escena una arcadia sentimental-fabulosa y las «posadas,» desempeñando el príncipe y la princesa los papeles de posadero y posadera. Sin mascaradas no se podía hacer nada en el siglo XVII, tal vez porque los alemanes de entonces impulsados por el «conocimiento aplastador de su insignificancia» sentían la necesidad de representar otra cosa de lo que eran.

Naturalmente también las diversiones cortesanas mencionadas eran tomadas del extranjero, de Italia, España y Francia, pues el siglo XVII y aun gran parte del siguiente, el triste período del alejamiento de todo lo indígena y nacional, la época calamitosa del extranjerismo de la remedería y de la romanización. Las cortes y la nobleza católicas se atenían aun por algún tiempo á las modas españolas después que las protestantes habían ya aceptado las modas francesas, dando el ejemplo la corte electoral de Heidelberg y la landgravial de Cassel. Mucho antes de terminar el siglo XVII *Monsieur et madame á la mode*, como llamaban al francesismo los hombres patrióticos de aquel tiempo, reinaban en absoluto sobre todo el mundo distinguido del imperio alemán. Los caballeros y las damas reconocían este predominio formalmente, aceptando el traje cortesano francés tal como se había puesto á la moda bajo Luis XIV, con sus pelucas de añadido, corbatas de encajes, chalecos excesivamente largos, gabanes en forma de frac, calzón corto y zapatos de lazo, sus corsés que exigían y favorecían la desnudez del pecho, los enormes miriñaques y las colas exorbitantes.

Pero la peluca y el miriñaque no eran lo peor que venía de allende los Vosgos. *Monsieur et madame á la mode* llevaban consigo muchas cosas peores, aquel refinamiento de disolución que hacía el vicio doblemente peligroso por que lo rodeaba de la auréola de una cultura más fina y presentándolo como



TRAJE DE CORTE DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.

privilegio de la gente de «distinción». No sería tarea difícil demostrar cómo bajo el influjo directo é indirecto de la corte francesa sobre las cortes alemanas simianamente imitadoras, y mediante el ejemplo de éstas se desarrolló en la sociedad distinguida de todo el país la opinión sumamente reprobable y funesta que la ley moral existía solamente para la clase llana, los burgueses y los campesinos, mas no para los príncipes, los nobles y prelados. En llegando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á este punto toda infracción de la moral y de las buenas costumbres era casi una cosa natural. De ahí el rápido desarrollo de un despotismo monárquico como Alemania no lo había visto antes, y en frente de este soberbio encabritamiento del sultanismo, el envilecimiento de la nobleza al satelitismo, la osificación de la burguesía, el menestralismo, el hundimiento de los labradores en completa falta de derechos. Ya en los primeros tiempos del siglo XVII manifestáronse las consecuencias del afrancesamiento de las cortes alemanas, así por ejemplo en la corte del conde Mauricio de Cassel, donde en el año 1615 se puso en escena una trajedia cortesana entre cuyos actores figuraban el conde mismo y la condesa Juliana, así como caballeros y damas de la corte y cuyos motivos fueron el adulterio y la venganza, motivos que produjeron una catástrofe de sangre y delirio. La corrupción de las relaciones familiares de las casas soberanas á fines del siglo produjo muchas infamias. Como cada dinasta alemán quería tener su Versalles, así mismo su Montespán, para igualarse en lo posible al archi-enemigo de Alemania, Luis XIV, admirado, á pesar de esto, como espléndido modelo y ejemplo. El efecto del funesto sistema de las queridas en las cortes alemanas, se manifestó terriblemente en dos sucesos abominables ocurridos en el mismo año de 1694: El fin trágico mezclado con grosera superstición del escándalo que durante muchos años había dado el elector Juan Jorge IV de Sajonia con aquella Sibila de Neitschutz que ya había sido corrompida cuando niña; y la trajedia del palacio de Hanover, donde el querido de la princesa electoral Sofía Dorotea, el conde Felipe Cristóbal de Konigsmark fué llevado por la noche á una emboscada y asesinado por instigación de la querida del elector, la condesa de Platen, que también se había enamorado de él. El que quiera saber los estragos que «el soberbio, falso y liviano espíritu francés,» como un patriota enojado llamó á la moderia, en 1689, hacía entre las mujeres de aquellos días, lea la memoria que la jóven condesa Aurora de Konisgmark, posteriormente querida de Augusto *el fuerte*, escribió después del asesinato de su hermano, sobre las relaciones del mismo en y con la corte electoral de Hanover. Aquella fina señora se mueve en la región de las obscenidades con una libertad y franqueza como hoy apenas la ostenta un mozo de cuadra ó un marinero. Y, entiéndase bien, no era ya la ingenuidad natural con que nuestras abuelas del siglo XVI en toda inocencia se permitian de vez en cuando una pullita, no, era la galantería á la moda, el indecentismo y coquetismo conscientes y calculados.

Puede afirmarse terminantemente que entre las mujeres alemanas la corrupción no ha sido nunca tan grande como á fines del siglo XVII y principios del XVIII. Por fortuna esta corrupción no era general, y aun en aquel tiempo encontramos en todas las clases de la sociedad alemana, á solteras y casadas que no hacían concesiones á *Monsieur et madame á la mode*, sinó que conservaban y cultivaban fielmente las buenas tradiciones del espíritu de familia alemana, cumplían con honestidad é inteligencia los deberes de hijas, esposas y madres, demostrando al mismo tiempo interés y curiosidad por asuntos más elevados, por las cosas de la iglesia y del Estado, por las ciencias, la literatura y las artes. Sería parcial é injusto el contar estas apreciables conservadoras de las costumbres y opiniones generosas, solamente en una ú otra confesión, pues las señoras católicas y protestantes de los círculos burgueses, nobles y soberanos, tienen igual participación en el elogio que acabamos de tributarles.

Así es que no abandonamos la edad de la reforma sin haber recibido la satisfacción de apuntar un hecho consolador de la historia de las costumbres de la misma. Fuera de este hecho ciertamente se percibe muy poco de consolador en los umbrales que conducen de la época de la reforma á los tiempos modernos. El imperio en desmoronamiento incontenible, el sistema de los muchos Estados pequeños desarrollado morbosamente, los labradores esclavizados, la burguesía osificada, la nobleza envilecida ó patanizada, los soberanos afrancesados, el catolicismo falseado por los jesuitas, el protestantismo dogmáticamente petrificado, la lengua degenerada, la literatura extranjerizada, el arte afectado y amanerado; así pasó Alemania de la edad de la ortodoxia á la de la ilustración.

Necesitábase pues de un trabajo inmenso para volver á hacer del pueblo alemán una Nación y de su país un Estado. Que este trabajo se ha hecho y cómo se ha hecho, esto lo tratará de explicar la parte cuarta de este libro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

Espiritu de la Edad moderna.

Si consideramos la edad de la reforma como puente sobre el cual la civilización europea pasó del mundo de la Edad media al mundo de los tiempos modernos, podemos caracterizar el contraste de aquél con éste en los siguientes términos: Creer y saber, fantasiar é investigar, romántico y sensato, eclesiástico y mundano, clerical y humanista. Sobre estos contrastes elévase la aspiración fundamental de la Edad moderna; que el desarrollo de la sociedad humana no ha de verificarse como hasta entonces se afirmaba y se creia, según pretendidas é imaginarias leyes divinas, sinó conforme á las verdaderas leyes de la naturaleza y las consiguientes determinaciones de la razón humana.

No hay necesidad de demostrar que esta teoría moderna marca un progreso inmenso sobre el dogma de la Edad media. Desde *aquel* tiempo que los héroes más ilustres de la humanidad, es decir, sus grandes pensadores é investigadores empezaron á reemplazar la fé ciega con el saber y el comprender; desde *aquel* tiempo que sometieron los dogmas trasmitidos y declarados sagrados é infalibles por el clero al microscopio de un exámen crítico desprevenido; desde aquel tiempo empezó la sociedad á librarse gradualmente de la servidumbre del pupilaje clerical.

En la Edad media toda la existencia había estado encerrada en los muros de la Iglesia, y desde su nacimiento hasta su entierro el hombre había tenido la facultad de moverse y menearse solamente hasta donde se lo permitían los férreos andaderos de la doctrina clerical. El que se libertara ó solamente lo intentara fué aplastado sin compasión; es verdad que esta opresión había provocado cierta resistencia en una época relativamente temprana; pero en la Edad media y aun en la de la reforma esta resistencia había sido puramente religiosa; de modo que la reforma eclesiástica del siglo XVI cambió solamente la forma de la tutoría clerical dejando subsistir el fondo. La razón de esto es obvia, pues cuando Lutero y sus compañeros reformadores establecían el principio de la libertad de conciencia y por consiguiente de la libre investigación, renegaban inmediatamente y rechazaban de hecho este principio «protestante», encadenando la libertad de pensar é investigar al cepo de la letra de la Biblia. Ni era esta la única contradicción que encerraba el teologismo refor-



«El viejo Fritz.»

(Federico II de Prusia.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mador. ¿Pues en qué descansaban la fé en la autoridad infalible de la llamada Biblia? En la fé, en la autoridad infalible de la tradición eclesiástica, que había encontrado en el papado su expresión suprema, su personificación. Lógicamente, caducando la autoridad de la tradición eclesiástica, había de caducar también la autoridad de la Biblia como fundada en aquella; pero como la teología nunca ha hecho caso de la lógica creía que podía conservar la conclusión aunque rechazaran la premisa. La consecuencia necesaria de esto fué que el teologismo protestante, aunque produjera muchos importantísimos estímulos para el fomento de la cultura intelectual y material, en conjunto no adelantara la sociedad ni por consiguiente el pueblo alemán, sinó que tan sólo le hiciera dar vueltas. También hemos visto en el capítulo tercero, que aun el mejoramiento de las costumbres por la reforma no es más que una frase de la parcialidad confesional desmentida por los hechos en todas partes; que en los siglos XVI y XVII la superstición más crasa se hallaba arraigada en los círculos protestantes del pueblo alemán, tanto como en los católicos; que en las cortes protestantes la gula, la embriaguez y los excesos sexuales no andaban ménos descarados y á veces hasta más que en las católicas; y esto lo puede negar solamente la ignorancia ó el interés de partido.

Pero ni aun estos dos se atreverán á negar que el protestantismo tenía que oponer a la naciente luz de la Edad moderna una potencia de tinieblas mucho más débil que el catolicismo, poseyendo éste la ventaja de una organización cerrada, de una disciplina que le hacían igualmente hábil para la defensa como para el ataque. Además la Iglesia católica no sabía nada de los escrúpulos que acometían á veces á las confesiones protestantes cuando estas se acordaban de que su verdadero orígen estaba en el principio de libertad. Estos escrúpulos producían en el protestantismo enfrente de los fenómenos nuevos, coetáneos ó poco posteriores al mismo, frecuentemente cierta oscilación é incertidumbre que le llevaron á admitir compromisos que el catolicismo rechazaba consecuentemente. De ahí se explica que el espíritu de la Edad moderna que se manifestaba en aquellos fenómenos, á despecho del teologismo pudo entrar más fácil y prontamente en las poblaciones protestantes que en las católicas.

Las manifestaciones del espíritu moderno á que nos referimos, nuevas potencias vitales, ideales y positivas, han sido el humanismo, cuyas conclusiones tendían á una secularización, á un amundanamiento, por decirlo así, de toda la manera de ver, sentir y pensar; luego la geografía ampliada que dilataba con el horizonte físico de los hombres, así mismo el moral, enriquecía la agricultura con la importación de nuevas plantas, comestibles y fecundaba la industria y el comercio de Europa con la abundancia de metales preciosos de América; después el grandioso crecimiento de las ciencias naturales y finalmente el advenimiento de la idea moderna del Estado.

El teologismo, tanto el católico como el luterano, tenía motivo para oponerse con todas sus fuerzas y medios á la inmensa revolución científica que promovieron Copérnico, Keplero y Galileo, demostrando que el sol es el centro de nuestro sistema planetario y sustituyendo así la teoría geocéntrica de

la Edad media con la heliocéntrica. Pues desde que nuestra pobre pequeña tierra ha cesado de ser tenida por el centro inmóvil del universo; desde que no es más que un diminuto planetillo que gira alrededor del sol; desde entonces la alucinación, como si el universo hubiese sido creado por amor al hombre, ha quedado barrida de las cabezas de los hombres pensadores, es decir, por ahora solamente de una pequeña minoría del género humano. Mas en esta ilusión de grandeza basábase todo el edificio dogmático judío-cristiano, que por lo tanto flota en el aire desde el momento que le ha sido sustraída la base. Simultáneamente con este golpe que le penetraba hasta la médula de los huesos, el clericalismo recibió un choque tremendo por parte de la idea moderna del Estado, que era una consecuencia lógica del amundanamiento del modo de ver de los hombres. Si no expresamente, al ménos tácitamente fué admitido que los Estados en adelante no debían depender de intereses espirituales sinó de mundanos; sin negar el otro mundo, se hacía de este el objeto principal de los cuidados y de la actividad, fundada en las necesidades y exigencias de la vida real. Esta precisamente era la idea política moderna, que se realizó primeramente bajo la forma del despotismo de los príncipes, de la monarquía absoluta. Uno de aquellos magníficos chistes cuyas carcajadas atraviesan cual rayos el nublaje de trajedia de lo que se llama Historia universal, ha querido que fuera un cardenal de la Iglesia romana, Richelieu, el que realizara primero la idea política moderna haciéndola práctica de Estado. Richelieu era uno de esos hombres predestinados que parecen en la historia siempre en el momento cuando son necesarios. Él ha creado la monarquía absoluta que en todas partes de Europa donde llegó á desplegarse completamente y sin obstáculo, se ha presentado como un adelantó incontestable, como una gran potencia civilizadora. Ciertamente era un tremendo dragón pero se tragó mil dragones pequeños, dragones feudales y dragones clericales; acabó con la anarquía de la nobleza, forzó la Iglesia á admitir la idea de Estado y creó el órden, es decir, la condición previa de toda civilización superior. Pues solamente un órden estable que, tal como los hombres son, no es posible si un sistema de policía rígido y riguroso hacia dable una agricultura regular que tuviera en cuenta no solamente la actualidad, sinó también lo por venir, dependiendo de ésta á su vez el incremento extenso é intenso del comercio y de la industria. Una agricultura racional, una industria multiplicada y un comercio dilatado, producían juntos prosperidad y riqueza, que á su vez alentaba y recompensaba la actividad científica y artística. Luego los descubrimientos de los sabios y las creaciones de los artistas ensanchaban cada vez más el círculo de la cultura, sembrando incesantemente nuevas sementeras de pensamientos que, creciendo á tallos y madurando á espigas, nutrieron nuevas faces de evolución de la sociedad europea.

Mirándolo así, y no cabe duda que este modo de ver la historia de la civilización es exacto, el absolutismo monárquico del siglo XVIII se nos presenta como precursor y prelaborador necesario y eficacísimo del democratismo de nuestra propia época; y si examinamos más de cerca las relaciones entre aquél y éste, hallamos confirmada de nuevo la verdad antigua, que los eternos

escolares, los hombres y los pueblos no pueden saltar ninguna clase de la interminable escuela de educación del género humano. Por esto el desarrollo del absolutismo en sí no ha sido una desgracia para Alemania; la desgracia fué que el dragón grande no llegó á desarrollarse completamente, sinó que conforme á la antigua calamidad del sistema de los Estados pequeños se subdividió en una multitud de dragones pequeños y que con frecuencia precisamente los más pequeños eran los más feroces, como si se tratase de presentarse como verdaderos mónstruos por la gracia de Dios. Para la suerte futura de Alemania ha sido innegablemente de importancia suma el que en el Norte había sido fundado por los Hohenzollern un Estado que, á partir del reinado del gran elector, tenía la disposición necesaria, tanto en la guerra como en la paz, para crecer y formar una potencia grande y hacer predominar en Alemania la monarquía absoluta. El 18 de enero de 1701 en que el elector de Brandenburgo, Federico III, se puso con su propia mano la corona real de Prusia en la sala de audiencias del palacio de Konigsberg, ha sido sin duda un verdadero día predestinado para la suerte de Alemania. Aquel hombre era pequeño á pesar de sus tacones-zancos y su enorme peluca, pequeño no solamente de estatura. Pero su coronación propia de rey Federico I de Prusia, que debía satisfacer solamente su ilimitada vanidad y afición á la pompa, tenía una importancia y un alcance que él mismo ciertamente no acertaba á barruntar. Las campanadas que acompañaron esta coronación fueron al mismo tiempo la señal del fin del sacro imperio romano de nación alemana: eran sus campanadas de defunción, si bien el cadáver seguía durante cien años y más molestando y fastidiando á las gentes. El nieto del primer rey de Prusia Federico II ha sacado las conclusiones históricas y lógicas de la premisa de aquel día de enero de Konigsberg, emancipando una vez para siempre la existencia del Estado de la ficción clerical y empujando á la jóven Prusia en un sendero que, seguido con perseverancia, podía y debía algun día hacer á los Hohenzollerns dueños de Alemania, porque absolutamente en ninguna parte del imperio alemán existía ni se formaba otra potencia que hubiera podido á la larga rivalizar con la atrevida y pujante Prusia y aun ménos hacerle frente.

El absolutismo hohenzollerniano, digámoslo aquí por anticipación, debía acabar por triunfar sobre los otros absolutismos alemanes, incluso el habsburgo-lorenés, porque iba desarrollándose con el tiempo y sabía adaptarse á los cambios de condiciones de los tiempos. El primero ha verificado en Alemania y aun en Europa la transición del despotismo brutal al despotismo ilustrado en la persona de Federico *el Grande* después que el padre de éste, Federico Guillermo I, había puesto el despotismo brutal benévolo en lugar del despotismo brutal estúpido. La otra evolución del siglo XVIII, la evolución de la ilustración á la revolución, ciertamente no la ha efectuado el absolutismo prusiano, falta que ha tenido que expiar bastante duramente. Contenido por la conservaduría en el servicio del retrogradismo, Prusia estaba á punto de malograr su destino, hasta que finalmente, en la segunda mitad del siglo XIX, encontró otra vez la senda perdida. Los berlineses habían hecho un motín local en los días de marzo de 1848, pero el absolutismo hohenzollerniano hizo en 1866 una revolución nacional, obrando en esto conforme á su verdadera naturaleza, puesto que él mismo era de origen revolucionario, habiéndose introducido cual cuña de hierro en el cuerpo viejo y frágil del imperio para deshacerlo del todo más pronto ó más tarde....

Resumiendo lo dicho hasta ahora, podemos decir que la conciencia política moderna y la teoría moderna del Estado, separándose gradualmente del dogma eclesiástico, basáronse en la idea del hombre y de lo humano. En esta trasformación paulatina podemos distinguir tres grados: en el primero, la política lleva todavía el sello eclesiástico, pero en realidad se maneja más en el sentido y espíritu eclesiástico-tradicional que en virtud de órdenes y mandatos clericales (absolutismo brutal benévolo); en el segundo grado, los príncipes no solamente se desentienden cada vez más de las teorías é influencias eclesiásticas, sinó que también colocan su soberanía, que en su concepto coincide con los intereses del Estado, por encima de los intereses de la Iglesia (despotismo ilustrado); en el tercer grado, finalmente, verifícase la ruptura completa con las tradiciones de la Edad media, efectuándose la evolución ulterior no ya bajo la forma de lucha entre el Estado y la Iglesia, sinó bajo la forma de competencia entre los derechos del soberano, de la nobleza y del pueblo; en otros términos, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia (época de las revoluciones). A esta gran lucha añadiéronse luego, á partir del siglo XVIII, nuevos motivos políticos sociales por la disgregación del tercer Estado, estado llano ó pueblo, en lo que llaman clase media y proletariado, manifestándose en estas dos clases tan brusca y decididamente como nunca antes, la antigua oposición entre poseyentes y desheredados, ricos y pobres, capitalistas y trabajadores.

El desarrollo científico de las teorías modernas del derecho y del Estado no ha partido de Alemania, si bien los alemanes no tardaron en tomar parte en este trabajo, demostrando Samuel Pufendorf, con gran presición, que el derecho no es solamente un asunto de conveniencia y utilidad, sinó antes bien una idea moral. El primero que descartó por completo la ficción clerical del llamado derecho divino, deduciendo las nociones del derecho y del Estado inmediata y libremente de la conciencia humana, fué, como todos sabemos, el holandés Hugo de Groot (Grocio, muerto en 1645). Con él empezó la larga serie de los profesores de derecho político, civil y penal, y de los políticos socialistas que, afirmando ó negando, han establecido la doctrina del democratismo moderno. En el siglo XVII fueron principalmente los ingleses y holandeses (Hobbes, Milton, Sidney, Locke, Espinoza), los que desempeñaron esta función, mientras que en el XVIII se encargaron de ella los franceses. Uno de estos, Montesquieu, ha escrito la biblia monárquica constitucional del liberalismo europeo (*De l' Esprit des lois*. 1749) y otro, Rousseau, el catecismo de la democracia republicana (*Le contrat social*. 1762). En el siglo XIX fueron otra vez franceses los que sacaron de la premisa democrática la conclusión socialista y comunista, edificando de buena fé los castillos utópicos del socialismo y comunismo (Saint-Simon, Fourier, Blanc, Cabet), ó deshaciéndolos otra vez con un fuerte soplo de crítica (Proudhon). A estos pre-

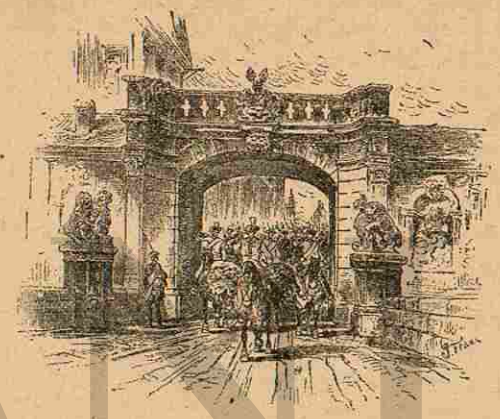
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decesores franceses se han agregado los alemanes, tomando parte activa en el desarrollo de la teoría socialista, siendo Alemania en la segunda mitad del siglo XIX uno de los principales teatros de la guerra enconada entre el trabajo y el capital, el individualismo y el socialismo.

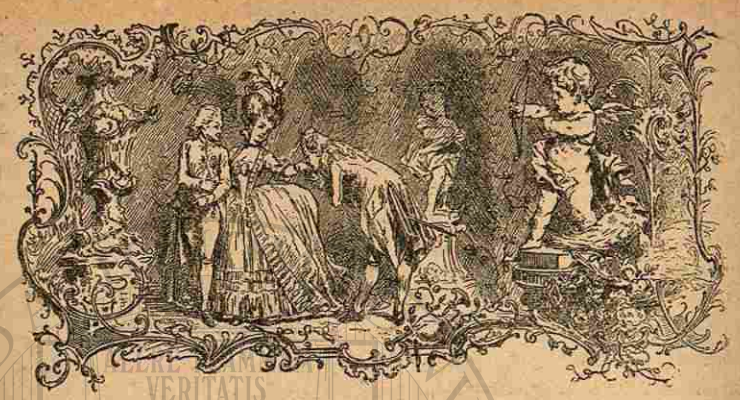
En todos los fenómenos señalados arriba se nos presenta otra vez la antiquísima y siempre nueva verdad histórica, que cuando sale el sol las cumbres de las montañas brillan ya con la luz clara, mientras en los valles continúa por mucho tiempo aun la oscuridad de la noche, así como en el soto de un monte reina todavía bochornosa quietud cuando la tempestad ruge ya en las copas de elevados abetos y hayas. Nó en el llano de la prática diaria de la rutina, sinó en las alturas del pensamiento aparecen las luces matutinales de una época nueva; no en el bullicio y estruendo del mercado, sinó en el tranquilo gabinete de estudio de los pensadores solitarios, tiene su taller el genio de la humanidad; no la voluntad nacional supuesta razonable, pero fácil de extraviar por cualquier miserable adulador del pueblo, produce las grandes teorías, sinó el trabajo, la inteligencia y el entusiasmo de algunos hombres escogidos de buena cabeza y sincero corazón. Si las masas populares no siempre abandonan, crucifican ó apedrean á sus verdaderos guías y héroes, siempre quedan por detrás de ellos á distancia de decenios y aun de siglos. De ahí las enormes diferencias y contrastes en los grados de cultura de cada nación, también de la alemana. Ciertamente hay centenares de miles de hombres y mujeres alemanas que están perfectamente á la altura de la cultura intelectual del siglo de la teoría de la descendencia de los corceles de vapor y de las cartas de rayo. Pero esto no obsta que un genuino tirolés piense aun hoy, es decir, no piense como uno de sus antepasados del tiempo de Margarita Maultasche (que tampoco pensaban). A un labrador no sofisticado de Pomerania ó Mecklenburgo debe haberle lamido mucho la cultura si ha llegado á ser capaz de considerar el pequeño catecismo de Lutero como suma de toda la sabiduría humana. Para los curas bábaros adiestrados en estrecho seminario, las más espléndidas producciones de nuestro clasicismo son todas obras del diablo ó por lo ménos frivolidades inútiles. Una aldeana de Westfalia, de la raza genuina, de las que preparan el jamón, vería aun hoy tostar á un hereje con el mismo voluptuoso fervor que su tatarabuela vió matar á Juan Bockelson con tenazas candentes. Y sin embargo todos esos tipos de una barbarie todavía, por desgracia demasiado, muy esparcida en territorio alemán, pertenecen á la nación para la cual han pensado Kant y Lessing, escrito Gœthe y Schiller, investigado y creado centenares de sabios y artistas ingeniosos.

Las diferencias y oposiciones indicadas podrían ampliarse formando una larga retahila, pues entre otras cosas podríamos hacer constar que el antiguo sistema de las castas subsiste aun de hecho, si bien no de derecho, y que la imbécil patraña de la sangre roja y azul influye aun poderosamente en la sociedad alemana. Pero hemos de tener presente que á este libro de la Germania se le han fijado límites determinados dentro de los cuales ha de circunscribirse. Y precisamente aquí en la introducción de la parte final conviene hacernos cargo de esta limitación de espacio, pues cuanto más rica y variada se

ha ido desenvolviendo la vida del pueblo en los siglos XVIII y XIX tanto ménos debemos dejarnos seducir á seguir todos los caminos que se nos abren sinó queremos perder el rumbo y la vista del conjunto en la confusión de los pormenores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



II.

Coleta y polvos.

En la época del florecimiento del neo-romanticismo, en Alemania, como en otras partes, era costumbre y tono literario el hablar con desprecio del siglo de la despreocupación. «¡Coleta y polvos!» decian los señores de la escuela romántica; y creian haber caracterizado suficientemente aquel período para entregarle al desprecio merecido. A los iniciados naturalmente no se les escapaba que esa suficiencia romántica no era más que una necedad colosal; pero sabido es que las personas que saben forman siempre y en todas partes el partido tan impotente como pequeño de la razón, y por esto era règular que por un rato los alemanes dejaran que una banda de gente más ó ménos inmunda difamara y vilipendiara la época más fructífera y gloriosa de su civilización. «¡Coleta y polvos!», es cierto; pero de las cabezas empolvadas y acoletadas han salido las batallas federicianas de Rosbach y Leuten, así como la *Crítica de la razón pura* de Kant, el *Edicto de tolerancia* de José II, y también el *Nathan* de Lessing, la abolición de la servidumbre y de la tortura, y el *Faust* de Göthe y el *Don Giovanni* de Mozart.

Ciertamente el siglo de los polvos y de la coleta era una época de la pedantería más innatural, pero no ménos una época de apasionado anhelo por naturalidad y libertad. Raras veces, tal vez nunca, la sociedad humana ha sido determinada y movida por contrastes tan fuertes y numerosos como los que determinaban y movían á la sociedad del siglo XVIII. A principios del mismo el sultán francés pronunció su soberbio: «El Estado soy yo,» y á fines

del mismo tornó la «Declaración de los derechos del hombre.» ¡Cuántas cosas empujáronse, apretáronse y atropelláronse en el espacio de esos diez decenios! Aquí, una política de intrigas sin escrúpulos, política de astucia de las escaleras secretas, de las puertas de escape, de los gabinetes «negros», de los «oubliettes», del «frasco de veneno» y del puñal del bandido; allí la naciente aurora de un día nuevo del universo, cuyo sol era el ideal de la libertad y humanidad. El misticismo, pietismo y jesuitismo en conventículos y logias secretas oscurantizando y conspirando, y enfrente de ellos el asalto de la «Bastilla» de la ortodoxia y de la superstición por las esforzadas huestes de los libre-pensadores ingleses, de los enciclopedistas franceses, de los despreocupados é «iluminados» alemanes. El chiste escarnecedor de Voltaire negativo, destructivo, hecho una potencia civilizadora de desescombro, fué relevado por el entusiasmo de Rousseau y Schiller afirmativo, constructor y no ménos civilizador. El genio alemán durmiendo como un muerto en la clausura del dogma eclesiástico y en la prisión del mal gusto extranjero, y resucitando luego en esplendor y magnificencia: allí Götze, aquí Lessing, allí Gottsched, aquí Göthe. Háse llamado el siglo XVIII el de los grandes aventureros, y podía llamarse así porque se presentaron en la escena de la Historia universal al principio del siglo, el zar Pedro y Cárlos XII, y á fines del mismo Napoleon Bonaparte. Pero si ha sido la época de los proyectistas é intrigantes, de los embaucadores, bribones y estafas, de los Law, Dubois, Görtz, Alberoni, Clement, Dëon, Bieren, Agdolo, Saint Germain, Cagliostro, Casanova y Schrepfer, también ha sido la de las naturalezas heróicas como Federico el Grande, Koscziusko y Mirabeau, y de los grandes ciudadanos como Washington, Franklin y Pestalozzi. También en el mundo mujeril manifestose la gran contradictoriedad de la época. A la corrupción francesa de una Pompadour y de una Dubarry no le iba en zaga la de la Kosel y de la Grävenitz; pero ningún país más que Alemania podía ostentar figuras femeninas como las de la emperatriz-reina María Teresa, de la duquesa Luisa de Sajonia-Weimar y de la reina Luisa de Prusia, manifestándose en las tres, pero diferentemente en cada una, los sentimientos femeninos más nobles. No así ciertamente en esa Catalina de Anhalt-Zerbot, la cual, mezcla singular de ingenio, energía y vicio, ha realizado históricamente, cual «Semíramis del Norte,» los mitos de la antigua Babilonia. Y tan opuestas y contradictorias como los personajes eran las opiniones y aspiraciones. En contacto inmediato hallábanse la sumisión más servil y la franqueza más atrevida, la renuncia más despreciable y el sostenimiento más heróico de la dignidad humana, el escepticismo cínico y el entusiasmo estático, el sensualismo desalmado y el sentimentalismo soñador. Por encima de toda esta confusión y bullicio de contrastes y disonancias, elevose cada vez de nuevo el grito del anhelo por la libertad y la justicia, por la verdad y la belleza. En la fé y el abandono á los dioses, á los ideales de la humanidad, nuestra época de bolsistas, judíos y políticos positivistas está muy por detrás del siglo de la coleta y los polvos; pero es verdad que aquella gente con su idealismo si querían servir á sus dioses habían de huir «del coto de los sentidos al espacio libre de los pensamientos,» porque en la «estrecha lóbrega vida»

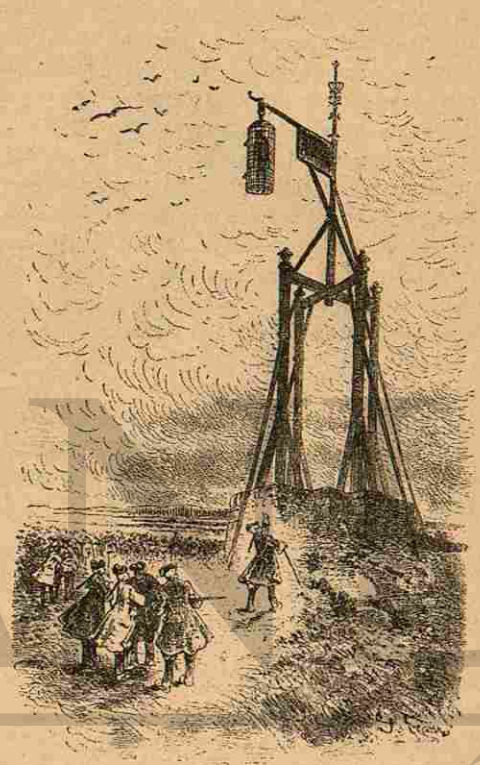
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la realidad en la inmensa pedantería del imperio alemán, desvencijado y desmoronado, no cabía semejante culto.

Máquina más pesada, inmanejable y chirriona que la de la Dieta de Ratisbona con su *Corpus catholicorum* y *Corpus evangelicorum*, su colegio de príncipes del imperio, sus «bancos» de ciudades, condes y prelados, sus «proposiciones», «deliberaciones», «ratificaciones» y «protesta», sus montones de actas, dictámenes, recursos, comisiones y diputaciones no vieron jamás ojos humanos. Necesitábase de muchos apretones y empujones, de mucho chirrido y estrépito, para que esa máquina produjera «una conclusión capital de la diputación imperial,» y muy á menudo todo este procedimiento inmensamente engorroso no ha sido más que el célebre parto de la montaña que con gran trabajo y muchos ayes dió á luz un ratón. Pues entre los decretos de la Dieta y su cumplimiento mediaba un trecho larguísimo que raras veces se recorría por completo precisamente en los asuntos más importantes. Si se añade á esto que este engendro ridículo de parlamento se esforzaba en cubrir su lastimosa impotencia con el oropel de una erudición pedantesca y de una etiqueta rígida como de tela almidonada, no puede extrañar que el espectro parlamentario ofreciera un aspecto cómico provocando la burla de propios y la risa de extraños.

De todas las instituciones imperiales envejecidas y anticuadas, las más vitales eran el tribunal de la cámara imperial de Wetzlar y el consejo imperial de Viena. La tramitación de estos tribunales supremos era también terriblemente rastrera y lenta, pero á pesar de todo ofrecían á veces cierto amparo contra la cruel arbitrariedad de la justicia del gabinete de los príncipes. Las atrocidades que los juicios criminales de los grandes y pequeños dinastas alemanes llevaban á cabo hasta muy adelante en el siglo XVIII y aun á fines del mismo, son horripilantes. El aparato miserable que la administración de justicia de los soberanos diminutos del imperio podían poner en funcionamiento habría sido ridiculísimo á no combinarse su miserabilidad con una dureza inhumana. Semejantes soberanos en miniatura ejercían su jurisdicción alta y baja bastante á menudo en el sentido de los caballeros ladrones. El que quiera saber cómo se procedía, lea, por ejemplo, el procedimiento ruin que el conde de Wittgenstein mandó emplear en los años de 1704 y 1705 por su tribunal criminal de Laasphe del Lahn contra la «madre Eva» (de Buttlar), y su pandilla de hipócritas, con la intención manifiesta de privar de su dinero y sus bienes á la cabecilla de esa cuadrilla de pietistas que había practicado sus infamias secretas en la hacienda condal de Asmannshausen. Como ejemplo de justicia de gabinete en grande escala puede servir la causa entablada después de la muerte del duque Carlos Alejandro de Wirtemberg contra su primer ministro, el soberbio, duro y codicioso judío Dulce Oppenheimer y que terminó con el ahorcamiento del acusado en una jaula de hierro colgada de una horca de hierro en el cerro del patíbulo de Stuttgart en 4 de febrero de 1738. Formalmente considerado, esto no fué más que un chocante asesinato judicial; pero en el fondo el hombre había merecido su suerte como uno de los más grandes desolladores del pueblo de su siglo. Era al mismo tiempo un

castigo ejemplar del inmenso orgullo y soberbia en que los individuos de la raza semítica incurrían frecuentemente cuando llegaban á una posición elevada. También debe decirse, no para disculpar, sinó para explicar la alegría del pueblo, no solamente en Wirtemberg, sinó también en los países vecinos,



El judío Dulce.

por la muerte del «judío Dulce,» que en aquella época los judíos, obligados por la preocupación cristiana á vivir del tráfico y de la usura, fueron en muchas partes de Alemania verdaderas sanguijuelas de la población, especialmente de la campesina, que fué desollada y estrujada por ellos sin compasión. Un signo característico de la época fué el que unos predicadores luteranos molestaron al condenado Oppenheimer con importunas proposiciones de conversión y que mientras el pobre reo subiendo á su jaula de hierro jemía angustioso: «¡Adonai Elohim!,» el vicario Hoffmann le «consolaba» exclamando: «Judío empedernido, ya que así lo quieres, vete; Jesús vive». Por lo demás el país de Wirtemberg ha visto más tarde otros casos chocantes de justicia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

gabinete. Notorio es que el bárbaro déspota, el duque Carlos Eugenio, impuso años de pesada cárcel al honrado Moser, defensor de los derechos del pueblo, y al patriota genial Schubart por puro capricho, sin ningún derecho y sin juício.



Schubart preso en Asberg.

Mas ya en la época en que la justicia de gabinete era todavía considerada y practicada como un privilegio natural del absolutismo por la gracia de Dios, hasta por Federico el Grande, el espíritu de los tiempos modernos había empezado á influir humanizando la barbarie de la administración del derecho penal, como también con respecto á la administración del derecho civil. Las necesidades y conveniencias del estado político, obligaron á los gobiernos á remediar, á lo ménos hasta cierto punto, la inextricable confusión jurídica condensando los innumerables derechos locales en «derechos regionales» y creando así códigos civiles para algunos Estados, en primer lugar para Prusia. Esta

fué también la que precedió á todo el continente de Europa con la abolición de la tortura, pues en 1740, en el tercer día de su reinado, Federico prohibió la aplicación del tormento, lo cual ciertamente ha sido uno de los actos más loables del gran rey. Este buen ejemplo no tardó en imitarse, aboliéndose la tortura en 1767 en Baden, en 1771 en la Sajonia electoral y en 1776 en Austria. En otras partes, empero, continuábase torturando de lo lindo, existiendo el tormento *legalmente* en Baviera hasta 1807 y en Hannover hasta 1822. Así mismo continuaban en algunas partes los «juicios de maleficio» su actividad piadosa de la manera acostumbrada, tan impávidamente como si no existiese en el mundo tal «siglo de las luces.» Por lo demás, se equivocaría el que creyera que el protestantismo había abandonado al catolicismo el celo de justicia maleficial por el reino de Dios. Es cierto que la última solemne «incineración» de una bruja en el imperio alemán, tuvo lugar en el principado obispal de Wirzburgo, donde la víctima de una justicia bestial, la monja setentona María Renata Singer, superiora del convento de Unterzell, la cual, como dicen los autos, «había sido seducida á la hechicería por un oficial de ejército (espíritu malo disfrazado) cuando era todavía una niña sin entendimiento, de 6 á 7 años», fué «condenada á la espada y el fuego por haber practicado la brujería introduciendo espíritus infernales en el cuerpo de sus comonjas» y supliciada en 21 de julio de 1749. Con ménos ceremonias fué decapitada en Landshut de Baviera en el año de 1756 una pobre niña de 14 años «porque había hecho una apuesta con el diablo». Pero la deshonra del último asesinato jurídico de brujas perpetrado en tierra alemana, recae sobre la comarca protestante de Glaris, como en general los cantones suizos más pequeños y diminutos han sido los últimos refúgios de la barbarie de la Edad media. Una pobre muchacha de servicio, Ana Göldi, fué acusada de haber propinado á la hijita de su amo en un lamedor recibido del diablo «semilla de alfileres, que echó á brotar en el estómago de la niña», y además de haberle paralizado una pierna por medio de brujería. El tribunal de maleficio de Glaris cumplió con su deber ortodoxo, arrancó á la bruja, torturándole dos veces la «confesión» apetecida y condenola á muerte. El 18 de junio de 1782 la desgraciada fué decapitada en el patio de los juegos de Glaris y enterrada bajo el patíbulo. Este proceso anacronístico de maleficio fué el que Schlözer en sus «Avisos de Estado» estigmatizó con el término «asesinato jurídico» inventado por él y usado entonces por primera vez.

Conviene tener presente que la Alemania protestante, á lo ménos en la primera mitad del siglo XVIII, rivalizaba con la católica en toda clase de supersticiones. Como testimonio característico podemos citar un dictámen de la academia berlinesa de las ciencias, del año de 1732, con respecto á la busca de tesoros soterrados. El presidente de dicho sabio instituto, un señor conde de Stein, emitió en forma de aviso la siguiente muestra de sabiduría académica: «Siendo una tradición constante que en la Marca electoral, especialmente en la comarca de Lebus, Lehnin y Bilsneck se hallan soterrados tesoros considerables á cuya inspección y para saber si todavía existen, vienen de Roma la gente de ciertas órdenes, jesuitas y otros bichos de la misma ralea, el vice-

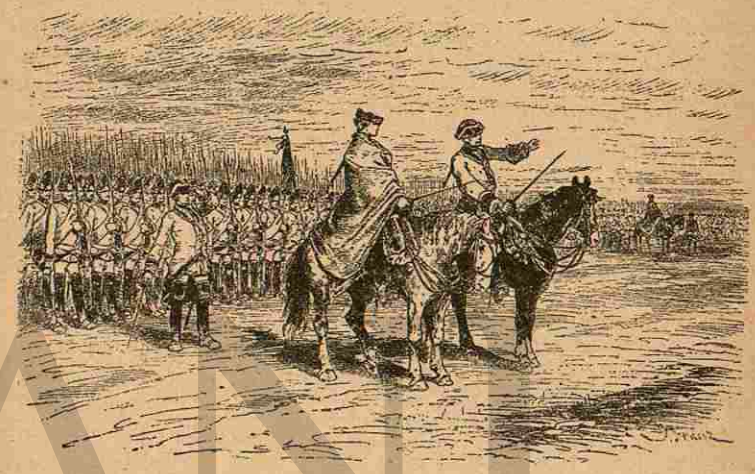
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presidente debe vigilar mucho esta clerigalla y no perdonar trabajo ni pena para descubrir los tesoros mediante la vara mágica, las bendiciones y mandrágoras para lo cual le serán entregados los libros de mágia de nuestro archivo como *Speculum Salomonis*.» En tal estado «científico» hallábase en el año de 1732 la academia de Berlin fundada con ayuda de Leibniz, por la iniciativa de la «filosófica» reina Carolina esposa de Federico I. Es verdad que el sabio instituto no podía costar más entonces que 300 talers anuales; Federico Guillermo I no quería de ninguna manera gastar más. Este rey medio rústico, medio cabo, trataba á la erudición y á los eruditos con brutal desprecio, diciendo de Leibniz que era un «mozo que no servia para nada, ni siquiera para estar de centinela» y haciendo disputar á su sabio bufón, el maestro Morgenstern, en reunión solemne con los catedráticos de la universidad de Francfort del Oder, sobre la tesis propuesta por su magestad misma: «Los doctos son unos charlatanes y locos.» Hay que confesar que la bajeza servil de los doctos alemanes de entonces provocaba y merecía sobradas veces semejante desprecio y maltrato. Sólo á la bonzería luterana fué dable sobrepujar aun en ratería á los eruditos. El que quiera saber la hondura del fango de la renegación de toda verdad, de la abyección y adulación más infame en que se revolcaban gustosamente los doctos alemanes, hasta los de fama y nombradía, debe leer las doctas genuflexiones que los catedráticos, lame gargajos, ofrecieron á Augusto *el fuerte* de Sajonia, uno de los representantes más infames del sultanismo brutal y caprichoso, uno de los corruptores más dañinos del país y de las gentes, licencioso desenfrenado, que no se arredraba siquiera de cortejar á sus propias hijas. A este hombre le celebró la universidad de Leipzig en el año 1727, en una poesía solemne, como al «Tito de nuestros tiempos» ensalzándole «como poderosísimo Augusto, como presea de este mundo y como obra milagrosa por Dios mismo producida»..... mientras que Gotlsched compuso un poema adulatorio en que ese mismo Augusto, que no era grande sinó en la fuga, fué ensalzado como guerrero sobre todos los héroes de Homero y finalmente apostrofado de esta manera:

«En la paz eres doblemente grande,
Te regocijas en allanar á tu súbditos
El camino á toda prosperidad;
Por esto se hallan sentados en el regazo de la dicha.»

Escarnio verdaderamente cruel de los pobres sajones á los que el «doblemente grande» Augusto, como se sabe, preparó sufrimientos sin fin.

Las guerras desgraciadas é ignominiosas que ese «hércules sajón» hizo por la corona de simulacro de rey de Polonia, son un triste testimonio de los fantasmas de la política de gabinete, de los caprichos y antojos de sus príncipes que los alemanes habían de pagar con sus bienes y su sangre. Con respecto al militarismo mismo, ha experimentado transformaciones considerables, sobretodo por parte de Austria y Prusia en la época de la coleta, mientras que el «ejército imperial» llegó á ser una burla. En Austria distinguiéronse en este concepto hombres de guerra como el príncipe Eugenio, Luís de Baden, Daun, Liechtentein y Laudon; por parte de Prusia, Federico Guillermo I y su «viejo Dessauer» (Leopoldo de Dessau), luego Federico el Grande con su hermano Enrique y sus generales Fernando de Brunswik, Winterfeld, Seydlitz, Schwerin, Ziethen y otros. En los últimos tiempos de Carlos VI, el último habsburgués, el ejército austriaco había sido muy desatendido, no contando más de 68,000 individuos á la muerte del emperador; pero bajo María Teresa



TROPAS AUSTRIACAS.

llegó á contar 200,000 hombres, requiriendo un gasto anual de 14.000,000 de florines. Estas tropas ofrecían un aspecto abigarrado á causa de las muchas nacionalidades de que se componía, siendo espléndido el espectáculo que presentaban los diferentes cuerpos de la guardia imperial. Hasta el año 1772 el enganche constituía la base del reclutamiento, suministrando después la «conscripción» el contingente principal del ejercito permanente. Prusia fué convertida por el gran elector en un Estado cuya existencia y porvenir se fundaba en la punta de la espada. Más tarde todo el sistema económico de Federico Guillermo I tendía al desarrollo del estado militar prusiano, combinándose en aquel sistema el espíritu aldeano con el de cabo. Ninguna comprensión y mucho ménos fomento de los fines superiores de la civilización, pero mucho temor de Dios ortodoxo, aun más temor del rey, todo él estiércol posible y una economía de hierro. Esta hacía dable al «cabo coronado,» como sus enemigos le llamaban con burla, pero también con temor, proveer á su pequeño país, que tenía solamente 2,275 leguas cuadradas y 2.240,000 habitantes, de un ejército de 72,000 «hombrones,» de cuyos hombrones 26,000 eran enganchados, es decir, extranjeros reunidos con astucia y fuerza. Del total de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ingresos anuales del Estado que alcanzaba 7.371,707 tálers, el ejército consumía 5.977,407. Todo prusiano que tenía la talla de soldado estaba obligado «á llevar la casaca del rey,» exceptuándose los hijos de los curas y los de los vecinos que probaban la posesión de una fortuna de al ménos 6,000 tálers, como también los hijos únicos y los de la nobleza, sirviendo, empero, estos últimos, casi todos como oficiales. Federico Guillermo I creó el soldado de coleta, polvos y polainas. Como estaba, no pintado, sinó en aquella célebre «parada de guardia de Potsdam», regimiento de granaderos compuesto de 3,000 hombrones largos, entre los cuales había magníficos ejemplares de jigantes que el económico rey había pagado en 5,000 y hasta 10,000 tálers. En el adiestramiento militar los prusianos de entonces estaban ya muy adelantados; las manipulaciones, los movimientos maquinales, el fuego de pelotón, batallón y regimiento, todo andaba a las mil maravillas. Federico el Grande dió á este ejército-máquina el espíritu impulsor, su ingenio estratégico. En su reinado el ejército acabó por contar 200,000 hombres que costaban anualmente 13.000,000 de tálers, más de la mitad de todos los ingresos del Estado. El material humano de que él ejército constaba hacía indispensable una disciplina terriblemente rigurosa, porque entonces no había «el pueblo en armas», sinó tan sólo una soldadesca procedente de las capas inferiores y muy á menudo de las inmundas, cuyos oficiales, casi exclusivamente nobles, no tenían nada común con ellos, á no ser el aire y la muerte. La particularidad estratégica de Federico descansaba en la rapidez de los movimientos de sus ejércitos, que él llevó á gran perfección, al paso que como táctico sabía aprovecharse con maestría de las ventajas del llamado órden de batalla oblícuo. El militarismo prusiano no tardó en servir de ejemplo y modelo que, á la verdad, fué imitado en los estados medianos y pequeños de Alemania solamente en sus exterioridades. Los miserables déspotas duodecimales y sedecimales hacían del militarismo una caricatura que tenía al ménos la ventaja de lo cómico sobre aquel infame comercio de soldados que merece estigmatizarse como uno de los más grandes pecados de los príncipes alemanes del siglo XVIII y dá un testimonio verdaderamente espantoso de la docilidad corderil á que los alemanes se habían rebajado desde la paz de Westfalia. Un pueblo que aguanta eso, que apechugó con eso, aun en la segunda mitad del siglo de las luces, parecía había renunciado á toda esperanza de un porvenir mejor. Los pecadores de «padres del país» que vendían como á esclavos á sus súbditos metidos en uniforme de soldado, á los holandeses, ingleses y franceses, eran los duques de Brunsvich y de Wirtemberg, el príncipe de Anhant-zerbst y el conde de Anspach; pero el verdadero negociante de carne humana al por mayor, era el conde de Hesse-Kassel, quien, con la sangre de 16,992 de sus súbditos vendidos á los ingleses, se acuñó millones de tálers. El eco, si bien un eco muy amortiguado de los suspiros y de las maldiciones que este tráfico de los príncipes hizo proferir al pueblo alemán, resuena en la «Canción del Cabo» de Schubart. Más claramente habló en su autobiografía el varonil Seume, que fué él mismo víctima del vendedor de almas, por la gracia de Dios, el conde de Hesse.

Con el advenimiento de Federico II, al que sólo la necedad puede rehusar el dictado de Grande si se considera la suma total de su actividad guerrera y pacífica, el despotismo ilustrado empezó á blandir su cetro bastón en el suelo alemán, mientras que en Francia y mucho más en los otros Estados continentales el despotismo estúpido continuaba durante mucho tiempo su gobierno, mezcla singular y funesta de brutalidad y flojedad. Federico es una de aquellas figuras de mojones históricos que separan dos épocas, una de esas figuras iniciales con que empieza un capítulo nuevo en la historia del mundo. Su gran hazaña como guerrero fué que á pesar de ser calificado por Klopstock, no sin razón, de «extranjero en su país» á causa de su predilección por las cosas francesas, volvió á ser honroso el nombre alemán á la faz de Europa, y que por su lucha heróica de 7 años contra una inmensa superioridad de fuerzas colocó á la potencia prusiana á igual rango con la austriaca, acabando con esto de hecho con la fantasma del sacro imperio romano y haciendo al mismo tiempo del dualismo loreno-hohenzollerniano el polo ó mejor dicho los dos anti-polos al rededor de los cuales había de moverse en adelante la evolución de los destinos de Alemania. La Prusia creada de esta manera por Federico guerrero, la hizo estable Federico político, introduciendo en la legislación y la administración de su país el espíritu de la edad moderna hasta donde esto era posible en el estado que tiene por fundamento la política. El que todo dependiera del mando superior, el que Federico, por más que fuera formal y sincera su expresión: «Yo no soy más que el primer empleado del Estado,» consideraba sin embargo como su derecho de soberano la disposición absoluta sobre los bienes y la sangre de sus súbditos, esto estaba así mismo en la naturaleza del despotismo ilustrado, como en la minoría de edad de los pueblos á los que era preciso mandar militarmente para que marcharan adelante, y á los que un rey hubo de decir: «En mis estados cada uno puede ganarse la beatitud á su manera,» para que comprendieran el gran pensamiento de la tolerancia religiosa, tanto tiempo aborrecida y anatematizada por el clericalismo católico y luterano. En su constante afán por el fomento de la economía política, el gran rey, siendo partidario acérrimo del «sistema mercantil,» no dejó de cometer grandes errores, ni podía dejar de cometerlos, porque el «evangelio del trabajo» (por lo demás tampoco salvador y mucho ménos único salvador) que abrió el camino al «sistema industrial» el libro de Adán Smith, *Wealth Of nations*, no salió á luz antes de 1776, es decir, cuando el «viejo Federico» era ya demasiado viejo para poder ó siquiera querer probar nuevos principios económicos. Los más fructíferos fueron sus esfuerzos por la prosperidad de los labradores. Ciertamente el desarrollo de una clase libre de labradores ha tardado en Prusia hasta después de la catástrofe de Jena, hasta las grandes reformas proyectadas y empezadas por el baron Bom Stein, pero el edicto de Federico del año 1764 echó el fundamento encaminando la completa abolición de la servidumbre y del vasallaje. Tampoco contentábase el rey con simples órdenes reales, sinó que intervenía personalmente siempre que se trataba de facilitar y fomentar la actividad agrícola. Pertenece á lo humanamente mejor que puede referirse del gran Federico, si se hace presen-

te como el anciano atormentado por la enfermedad y los pesares, habiendo sido siempre un modelo y prototipo del cumplimiento del deber y haciendo su trabajo de rey sin descansar hasta el último respiro, iba todavía en los últimos días de su vida á visitar los cortijos y aldeas fundadas por él para convencerse personalmente del cumplimiento de sus disposiciones y de la bienandanza de los colonos.

En esto como en muchas otras cosas tomole por modelo su magnánimo imitador y rival, José II, quién emprendió la jigantesca tarea de modernizar



José II.

á Austria y pereció en la empresa, en primer lugar porque quería hacer demasiadas cosas, hasta todo á la vez; en segundo lugar porque hacía de su empresa un asunto del corazón en vez de la cabeza, y en tercer lugar porque creía á los hombres y á los pueblos mucho mejores y más inteligentes de lo que son. Una voluntad más pura, un entusiasmo más sincero que los de José no han llenado nunca un pecho de príncipe. También ha sido muy acertado el pensamiento fundamental de su política interna, según el cual Austria debía centralizarse y germanizarse para subsistir. Pero la ejecución quedaba siempre y en todas partes muy por detrás del proyecto, por las tres causas mencionadas y además porque en Austria nadie estaba preparado, no disponiendo

por lo tanto el emperador de ningún ejército de empleados ni de soldados como los que Federico Guillermo I había adiestrado para su hijo. A pesar de todo las reformas de José, teniendo en cuenta las diferenciasde las épocas, han sido no solamente lo mejor intencionado sinó lo mejor en absoluto que jamás ha llevado á cabo un gobierno austriaco. Es verdad que todo lo que el generoso emperador quería y hacía, llevaba en sí los defectos del «despotismo» ilustrado de generalizar, de arreglarlo todo sobre la misma pauta, de no tener en cuenta las individualidades de las personas y de los pueblos; mas á pesar de todo la introducción de la libertad del pensamiento, del habla y de la prensa («Edicto sobre la censura» 1781), la igualdad política de protestantes y católicos («Edicto de tolerancia» 1781), la abolición de la servidumbre labriega, la redención del trabajo personal, la obligación de todos los vecinos á contribuir á los gastos del Estado («Edicto de contribuciones» 1789), la reforma de la legislación civil y penal sobre la base de la igualdad ante la ley («Código civil» 1786, «Código criminal» 1787), la abolición de 700 conventos como guaridas de la holgazanería y del fanatismo, el fomento de las escuelas populares, la fundación y dotación de instituciones científicas y humanitarias de toda clase, todo esto cuenta entre los mejores actos civilizadores del siglo pasado, y su autor José se ha colocado con ello para todos los tiempos en la primera fila de los héroes de la cultura alemana, de cuya posición no le desalojarán jamás sus tres archi-enemigos la estupidez del pueblo, la arrogancia de la nobleza y la ambición del clero. Las almas serviles ciertamente juzgan por el éxito ó el frustramiento; pero las liberales saben distinguir entre el mérito y la suerte á éstas; la memoria del desgraciado emperador será siempre grata aunque no fuese más que por haber pronunciado sinceramente en bello contraste con el afrancesado inventor de la *Nation Prussienne* la palabra: «Me honro de ser alemán» (carta de José á Dalberg, del 18 de julio de 1787). Tampoco dejaba de tener grande importancia el que el emperador sustituyera el tratamiento brutal de «él» con el más cortés de «usted» en el trato oral y escrito con todo el mundo, porque contenía una desaprobación manifiesta de la grosería con que en aquellos tiempos las llamadas clases superiores trataban á las llamadas inferiores. Los criados y las criadas hasta los últimos años del siglo eran llamados «mozos y mozas,» combinándose con esta grosería del lenguaje sobradas veces una barbarie increible en el trato. Los oficiales estropeaban á veces á los infelices soldados apaleándolos en los ejercicios; los señores distinguidos con sus puñetazos y bastonazos sacaban á sus lacayos los ojos de la cabeza y los dientes de la boca; las damas nobles arrancaban á sus «mozas de cámara» los cabellos á puñados y hasta los lóbulos de las orejas. También en el trato oficial reinaba el inmundo tono de improperios de las comedias de payaso, siendo sobre todo mal afamados por su zopenca grosería los funcionarios austriacos, bábaros y wirtembergeses. Una prueba corta pero elocuente es la siguiente reprimenda de un consistorio ducal wirtembergés: «¡Rector de Leonbronn! Ahora viene él también otra vez ante el consistorio ducal, malhadado zopenco, disipado camarada, vicio habituado, vicio consecutivo de 26 años, ignorante de nacimiento, idiota de siempre, es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pita borracha, alambique de aguardiente, barril de cerveza, cloaca de pecados! Esta es la última vez, no nos veremos nunca más. Al más mínimo exceso (no hay necesidad que sea exceso, basta una pequeña faltita) se le casará irrevocablemente. Esta vez ya ha debido quedar cesante, pero el muy ilustre colegio del consejo secreto, esta vez ha dejado privar la gracia sobre el derecho ¿me entiende? Sobre el derecho y mandado que le reprendieran todavía una vez debidamente, lo cual queda hecho con ésta.—Ahora *dixímus et salcavimus*. Stuttgart, fecha del 27 de setiembre de 1759, Frommann, consejero consistorial.»

Las inspiraciones y disposiciones que para fomento de la agricultura emanaron en parte, ya de María Teresa, pero más intensa y extensamente de Federico y José, redundaban en beneficio de casi todos los países alemanes, porque en todas partes imponíase á los príncipes la necesidad de hacer el terreno más productivo. Sin embargo tardaba hasta el octavo decenio del siglo el que la antigua rutina de cultivo fuera sustituida con un método más racional, introduciendo el cultivo de la patata, generalizando el del trébol, aclimatando el cultivo estival de los barbechos y la estabulación del ganado, fomentando la disgregación de los cortijos demasiado grandes y la repartición de la propiedad común de las aldeas poco fructífera, perfeccionando el abonamiento y mejorando y multiplicando los aperos y aparatos agrícolas. En el Palatinado prosperaba el cultivo del tabaco, en Baden el del cáñamo, en Wirtemberg, Westfalia y Silesia, el del lino, en Franconia y Bohemia, el del hombrecillo. En la cría del ganado vacuno y lanar la lechería, quesería y mantequería, distinguíanse naturalmente Suiza, la Baviera alta, Borarnberg, Tirol y Stiria, descollando en la cría caballar, Holstein, Mecklemburgo y Hanover. La pomicultura florecía desde las comarcas ribereñas del lago de Constanza, siguiendo el curso del Rhin, por Suabia, Franconia, el Palatinado y Hesse. En esta misma parte del sudoeste de Alemania la viticultura ejercida con creciente habilidad y empeño daba resultados cada vez más satisfactorios, mientras que en el nordeste la viña cedía el campo casi por completo á la patata más congenial y más productiva. Una silvicultura más racional introdújose primeramente en Turingia, si bien en general los montes y el cultivo de la madera llegaron á apreciarse solamente á medida que aumentaba la falta de combustible para la industria. En el último tercio del siglo XVIII verificóse también un gran cambio en la manera de cultivar los jardines. La afición á los setos, bosquetes y enramadas francesas, tiesas y trasquiladas, las veredas geométricamente acompasadas, los bancales de regularidad matemática y las estátuas mitológicas, desapareció, y en lugar del «embellecimiento de la naturaleza» introdújose en el arreglo de los jardines la «imitación de la naturaleza,» de la cual dieron los modelos los parques ingleses con sus céspedes, sus grupos de árboles, arbustos y flores pintorescamente distribuidos, su riego artificial y sus veredas tortuosas.

Mas largo tiempo sostenióse en la arquitectura y la disposición de las casas el gusto del rococo-francés, que alcanzó el punto culminante de lo raro y grotesco en el reinado de Luis XV, y por esto se llamaba con propiedad esti-

lo á la Pompadour. Basta mencionar la palabra para ocurrírsele á uno la idea de lo pulido, frívolo y lujurioso, y á veces también de lo vandálico, pues se sabe que el rococo procedía destructoramente contra las obras y tradiciones de la gótica y del renacimiento, para sustituir lo antiguo más bello con sus caprichosos ornamentos ó á lo ménos para cubrirlo de yeso, que era el gran suple faltas de esa arquitectura que no aspiraba á lo grande y bello sinó á lo



JARDIN INGLÉS.

lindo y gracioso, á la apariencia y el deslumbramiento. En las casas acomodadas, especialmente en el campo, manteníanse durante todo el siglo XVIII y aun hasta nuestros días, los arreglos interiores del siglo XVII y aun del período mejor del siglo XVI, no ya como cámaras de rarezas, sinó como habitaciones. Esto sucedía y sucede especialmente en la Suiza alemana, donde en general era un fenómeno muy grato la conservación tenaz de las maneras y costumbres indígenas alemanas; por esto había persistido el uso de adornar las paredes con elegante entrepañamiento de madera, como también en los siglos XVI y XVII el arte de construir estufas había alcanzado su mayor desarrollo en la Suiza alemana. En una antigua casa señorial, la que empero desde mucho tiempo es casa de campesino, en Wulflingen cerca de Winterthur, está aun hoy procedente de aquel tiempo una magnífica estufa de ladrillos suministrando una prueba del esmero artístico con que los antiguos alemanes trataban á ese amigo y conservador indispensable durante la mayor parte del año. Ménos que las ciudades del sur de Alemania fueron infestadas por la moda de Pompadour en la arquitectura y arreglo de las casas, las ciuda-

des del norte de Alemania, sobre todo las marítimas. Las casas macizas con sus remates picoteados presentaban un aspecto respetable. El arreglo interno era sencillo y sólido como en la Edad media, pero á consecuencia de las animadas relaciones comerciales con Inglaterra, dotado ya con muchas comodidades en que en otras partes eran todavía desconocidas.

Es incontestable que el traje rococo con sus formas caprichosas y colores abigarrados estaba en armonía no desagradable con la ornamentación fantástica y centelleante de las habitaciones. El traje de gala cual lo llevaban los hombres, desde el vecino acomodado hasta el ministro, príncipe y emperador, constaba de una levita de seda ó de terciopelo de color claro ú oscuro y provista abundantemente de bordados de oro y plata en el cuello, las costuras y las anchas vueltas de las mangas. El chaleco de brocado muy abierto dejaba ver la corbata de encajes y la pechera de la camisa postiza y guarnecida de encajes, haciendo juego con los puños de encajes. A los calzones hechos del mismo género que la levita, pero de otro color, seguían las medias de seda y estando los piés metidos en zapatos con hebillas de acero, plata ú oro, pues las botas se llevaban solamente en la caza, á caballo y en tiempo de lluvia. Mientras la peluca de rizos era moda, llevábase el pequeño sombrero bajo de seda negra, generalmente bajo el brazo, mas cuando la coleta, que como se sabe, fué trasmitida á todo el mundo masculino de Europa, por la soldadesca de Federico Guillermo I, había reemplazado la peluca, el sombrero de fieltro negro de tres picos tomó dimensiones mayores, ocupando su puesto natural en la cabeza. La cara de un «hombre de mundo» debía estar completamente afeitada, y la barba no volvió á ser respetada hasta en el siglo XIX. Todos los hombres que pertenecían á la sociedad, jóvenes y viejos, llevaban la espada al cinto, y á los caballeros de alguna edad no se les veía nunca en la calle sin su «caña española» con botón de oro ó de plata.

El traje rococo de nuestros abuelos nos parecería ménos extraño si los trajes y las modas femeninas de nuestros propios tiempos no fuesen así mismo muy extraños. Cuando las beldades y también las no bellas de la época de los polvos y de la coleta querían parecer de gala, su traje era una obra de arte, cuya confección no costaba poco trabajo y tiempo, sin hablar del dinero; el aspecto de una «dama de mundo» vestida de fiesta ó de baile era el siguiente: sobre la cabeza elevábase una torre de pelo tremenda con base de alambre y crín compuesto de varios pisos, almidonada, empolvada, adornada de una infinidad de cintas, flores y plumas, haciendo parecer á la que la llevaba una vara más alta de lo que era. Una coraza corsé compuesta de varillas de ballena impelía hácia atrás los hombros y los brazos y hácia adelante el pecho, constriñendo el traje á modo de avispa. Sobre el voluminoso armazón de alambre del miriñaque extendíanse las faldas de seda guarnecidas de toda clase de falbalás, cintas y lazos, y encima descendía la túnica del mismo género abierta por delante, dotada de ricas guarniciones en ambos costados y provista de una cola. Las mangas recargadas de encajes alcanzaban hasta el codo, cubriendo el ante-brazo el largo guante perfumado. El cuello, pescuezo y pecho se llevaban tan descubiertos, que el clero, reverendo y venerable de

ambas confesiones se escandalizaba frecuentemente, y el predicador de la corte de Anhalt, Hermes, en su novela de costumbres: *El viaje de Sofía, de Memel á Sajonia,* impresa en 1770, hubo de lamentarse muy sensiblemente: «Vosotras, las más nobles del sexo femenino, os ruego consideréis los apuros en que la actual manera de vestir de las mujeres coloca al predicador y á



Pareja de la clase media en traje rococo.

todo hombre que no quiera miraros la punta de la nariz ni dirigir la vista como un bribón de soslayo á un rincón á vuestro lado.» Naturalmente á despecho de tales sermones y lamentaciones, el pescuezo, cuello y pecho continuaban desnudos como antes. Al traje de gala de las damas pertenecían el abanico y el pañuelo de encajes; además la beldad elegante llevaba siempre en el bolsillo una cajita de nácar con una provisión de «moscas». Pues la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acertada elección y aplicación de las «mouches» negras cortadas de tafetán inglés en varias formas «galantes» llamadas «assasins» por el efecto mortífero que habían de producir en el corazón de los hombres, constituía uno de los secretos más importantes del tocador y de la coquetería. Las señoras llevaban zapatos de raso ó terciopelo adornados con lazos bordados de oro y provistos en el centro de la suela con tacones de una pulgada de alto, por lo



JUEGO PASTORIL.

cual las beldades estaban obligadas á andar sobre la punta del pié como volando. Este calzado como en general todo el traje femenino y masculino, explica lo afectado del porte y movimiento de la sociedad de rococo y especialmente su manera de andar y resbalar en los bailes. Todo estaba calculado y cortado como para el «minué»; por lo demás hay que confesar que esta danza favorita de la época de la coleta y de los polvos, no sólo era mucho más decente y honesta, sinó también mucho más artística y graciosa que las contorsiones, apretones, empujones y torbellinos que llaman bailes en nuestra época.

El trato social en los primeros dos tercios del siglo XVIII, estaba sometido á una reglamentación muy severa, siendo la separación de las clases todavía tan rigurosa como en las castas. Aun después del período de las conmociones y efervecencias y hasta en Weimar fué un suceso sin ejemplo un baile

celebrado en 1800 por nobles y plebeyos en común. En la época propiamente dicha de los polvos y de la coleta, toda la vida estaba rigurosamente reglamentada, especialmente en las capas superiores de la clase media, estando sobre todo las mujeres casadas y solteras bajo el dominio de una convenien cia rígida, ejerciendo el padre de familia un mando de cuya legitimidad nadie pensaba dudar en lo más mínimo; no solamente los hijos sinó también la esposa obedecían incondicionalmente. La ilustración de la mujer hallábase por término general en un grado muy bajo, reinando el catecismo soberanamente en las familias católicas como en las luteranas. El leer novelas era considerado pecaminoso. La cultura femenina «superior» de las damas nobles y burguesas alcanzaba hasta el charlar francés, el tocar espineta, y el tararear árias. No era lícito que una mujer pareciera en el paseo, teatro, el concierto, sin acompañamiento varonil. Habría llamado mucho la atención si una jóven ó mujer casada de buena familia hubiese ido por la calle, á la iglesia ó á una tienda sin hacerse acompañar por su «moza de cámara». Por lo demás, á pesar de todas las modas francesas en el vestir, hablar y bailar, ateníanse no solamente los círculos de la clase media, sinó también los de la nobleza á la buena máxima antigua alemana que el más bello destino de las esposas é hijas era la ocupación doméstica; ahí estaba, por ejemplo, la baronesa Ana Dorotea de Hardenberg, cuyo hijo, Federico Augusto, ha sido más tarde (á mediados del siglo XVIII) ministro de Wirtemberg. Tenemos de ella un libro de memorias que nos permite enterarnos de la manera de vivir de una familia noble de la Alemania baja, de la época de la coleta. La baronesa ejercía una vigilancia rigurosa sobre el horno del pan y el cuarto de hilar, sobre la preparación de la manteca y del queso, sobre los mozos y las criadas. Tampoco á sus hijas, lo mismo que á las criadas, no les dejaba pasar el que no hilasen exactamente el número impuesto de varas. Según una de sus listas de comida la mesa ordinaria constaba de «sopa de caldo, mondongos de vaca con salsa ácida y nabos tiernos.» El arreglo de la casa era sencillísimo, no teniendo las habitaciones piso de madera, sinó tan sólo de ladrillos y estando las paredes simplemente blanqueadas en vez de tapizadas. En cambio, los muebles eran sólidos y la vajilla de plata y la ropa blanca abundantes. La vida la pasaban muy monótona, convites había tan sólo en ocasión de las fiestas familiares y acaso de cacerías, mas entonces los convidados solían permanecer varios días porque el pésimo estado de los caminos permitía solamente en los más largos días de verano la ida y vuelta de los vecinos, cuyos cortijos distaban de dos ó tres leguas.

En cuanto á la vida de las córtes alemanas la de Versalles seguía dando el tono, especialmente desde que en el reinado del último Habsburgo, las modas francesas habían reemplazado las españolas también en el castillo de la corte de Viena. El célebre canciller de María Teresa, Kaunitz, era un prototipo de este afrancesamiento, que producía en la vivaracha ciudad del Danubio, al ménos en la sociedad distinguida, una mezcla singular de refinamiento y lascivia parisienses, con grosería y barbarie interior y un fuerte resto de beatería hispano-católica. Así sucedía que después de pasar las noches con excesos y

orgías los caballeros y las damas practicaban en las calles y las iglesias de Viena las ceremonias más grotescas de penitencia pública, para volver á pe-



MARIA TERESA.

car ingénuamente con la conciencia aliviada. María Teresa misma, llamada la mujer más hermosa de su tiempo, y no por pura adulación, era como esposa y madre una mujer alemana de la mejor clase. Poseía un corazon sensible y sabia manejar con maestría el lenguaje de la bonachonería especial vienesa.

Su casa y corte ostentaban magnificencia y esplendidez. En sus paseos gustaba de arrojar á su derredor, en el sentido literal de la palabra, ducados de Krenitz. También ha procurado lealmente hacer á sus súbditos altos y bajos tan honrados y honestos como era ella misma, pero hubo de aprender que con reglamentos de policía no se consigue nada contra la licenciosidad, que las buenas costumbres no se imponen con reales órdenes. Las famosas «comisiones de castidad» por ella instituidas, no hacían más que agravar el mal induciendo al vicio á cubrirse con el manto de la hipocresía. La emperatriz estaba plenamente imbuida de su «Droit divin» pensando y obrando siempre como soberana absoluta, pero no cerraba sus ojos porfiadamente ante las necesidades de la época, y si se tiene en cuenta su educación y costumbres, hay que tributarle mucho elogio por no haber temido ensayar de introducir por hombres como Switen y Sonnenfels, unos cuantos rayos del sol ilustrador del siglo en la Austria frailunamente oscura.

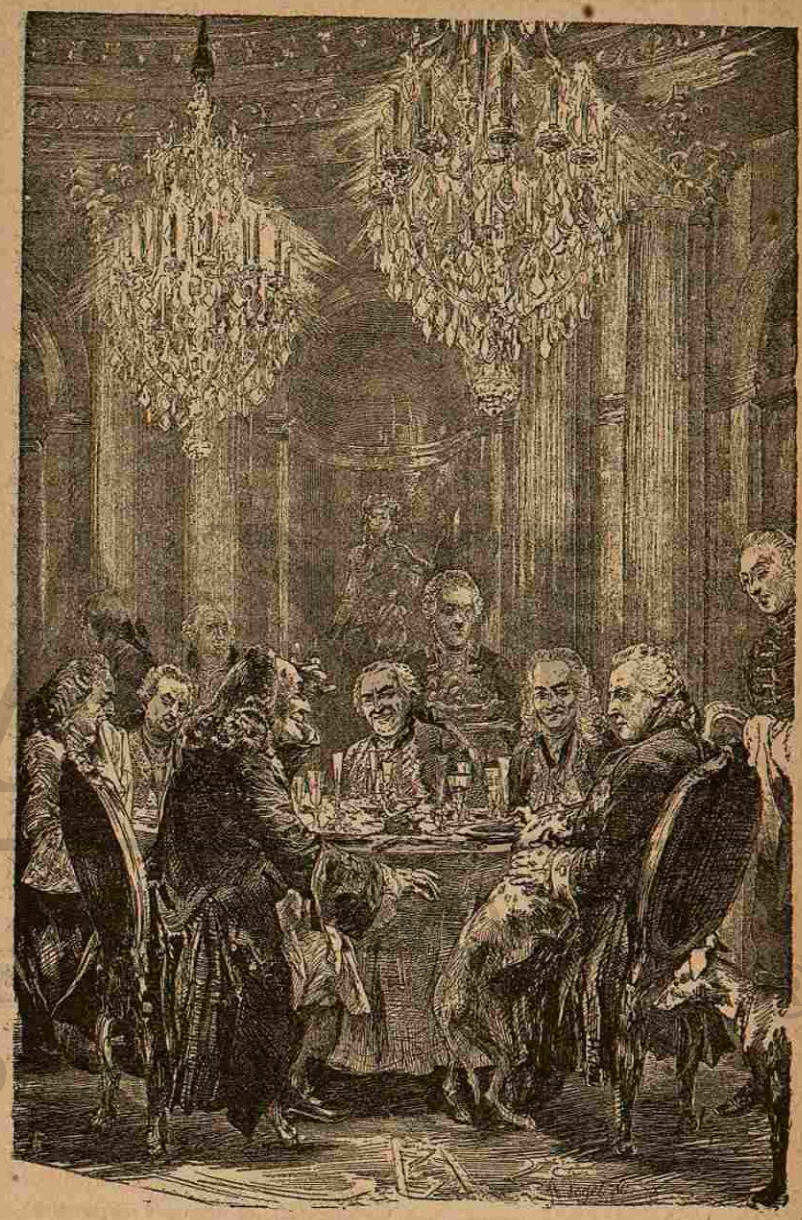
En la corte de Berlin la francesería se había hecho de moda por el rey Federico I. Federico Guillermo I que decía: «No puedo sufrir á esos bribones franceses, soy todo alemán», intentaba un cambio, mas como el heróico reycabo que arreglaba su casa y corte sobre el pié de un acomodado hidalgo rural, y vigilaba mucho la cocina y la bodega, la despensa y la caja de avena, buscaba y creía haber encontrado el alemanismo en la barbarie teutónica, la corte prusiana ofrecía un aspecto nada atractivo variando el cuadro entre el de un cuerpo de guardia y el de un conventículo. La hija del rey Guillermo, condesa de Baireuth, en sus *Memoires* ha pintado ese cuadro con el colorido más chocante. A creer á la lengua aguda y á la pluma aun más aguda de esta princesa, deberíamos suponer que el económico monarca escatimaba los alimentos á la propia familia. Cosas verdaderamente terribles son las que la hija indiscreta refiere de la brutalidad de su padre ortodoxamente piadoso, sobre todo con respecto á su hijo Federico, quien varias veces, según afirma Guillerma, fué arrancado á duras penas de las manos asesinas del furioso padre. Cosa singular y característica de la época era que ese tudesco rey de Prusia hizo educar á su príncipe heredero por franceses y francesas de naturaleza ó de barniz, de modo que Federico, cuando muchachò semi-adulto era ya completamente afrancesado hasta el punto que después durante toda su vida no podía interesarse por la cultura alemana. Como cuadro de costumbres muy especial de la corte de Federico Guillermo I, se nos presenta el célebre «colegio tabaquero» del rey cuya sencillez austera plebeya alemana ofrecía un contraste característico y de ninguna manera desagradable con la insensata pompa, disipación y licencia de otras cortes alemanas de la época, sobre todo la de Dresde. Las bromas con que la reunión de generales, ministros y diplomáticos bebiendo cerveza y fumando tabaco, bajo la presidencia del rey, solía solazarse después de terminar la conversación seria sobre asuntos políticos y militares, con los dos doctísimos catedráticos bufones Gundling y Fassmann, no eran ciertamente muy finas, al contrario muy pesadas; pero con todo, Federico Guillermo hacía mejor figura en su colegio fumador, que su vecino, Augusto el fuerte de Sajonia, en el círculo de sus oda-

liscas alemanas, polacas, italianas y turcas y rodeado de una multitud de hijos bastardos. La corte de Federico el Grande estaba arreglada de manera que podía combinar la economía con la dignidad. En las grandes ocasiones se ostentaba en todo el esplendor de la magestad, mientras que la vida ordinaria del rey solterón en Potsdam y Sanssouci no costaba anualmente más de 800,000 pesetas. En su persona, Federico, no era ménos sencillo que su padre, pero no era cazador ni fumador, ni bebedor como aquél. Buscaba su solaz en la música tocando la flauta, en la lectura de libros franceses, en la fabricación de versos y memorias francesas, en la conversación con sus comensales franceses Voltaire, Maupertuis, Dargents, Lamettri y otros. Los *Soupers de Sanssouci* eran célebres, pero no existían para alemanes, pues por la ciencia y el arte del país y sus representantes Federico tenía un menosprecio que sólo igualaba su ignorancia de lo que aquellos querían y podían. Ni siquiera tomó la molestia de aprender á hablar y escribir alemán correctamente. Si hubiese querido dedicar una pequeña parte del tiempo que malgastaba en la fabricación de versos franceses que no valían nada, á observar con atención el movimiento de la cultura nacional de una época en que Wieland y Lessing habían ya escrito sus mejores obras, y el genio de Göthe empezaba sus juveniles vuelos de águila, si tan sólo hubiese querido acordarse de lo que Gellert le había dicho en su célebre conversación del 18 de diciembre de 1760, no habría expresado aun en 1780 la opinión tan desconcertada como injuriosa, que los alemanes no tenían aptitud sinó «para dar de palos». Por lo demás, para el desarrollo de la literatura alemana era sin duda una gran suerte que Schiller pudiese decir con razón de la musa alemana:

«Del trono del gran Federico
Partió sin protección, sin honor,»

pues nunca y en ninguna parte una poesía y arte sanas, espontáneas y vigorosas se han desarrollado en la atmósfera artificial del favor de las cortes. Los príncipes alemanes han procurado desde antiguo que lo mejor y lo más bello que produjera el genio alemán naciera sin su ayuda y hasta á despecho de ellos..... El gran maestre del despotismo ilustrado, el «filósofo de Sanssouci» tenía por lo demás bastante motivo para decir en los últimos tiempos apesadumbrados de su vida, que «estaba cansado de gobernar á esclavos». A juzgar por otras expresiones parecidas, ha tenido un presentimiento claro de que la pirámide de la gran potencia prusiana colocada de punta por él pudiera derrumbarse precipitadamente en un día aciago. Entre otros indicios y presagios malos no podía ocultársele que en Berlín cuya población bajo su reinado alcanzó el número de 150,000 almas, según testimonios irrecusables «una corrupción total de las costumbres reinaba en ambos sexos de todas las clases.....»

Un contraste característico con el gabinete de trabajo de Federico en el terrado de Sanssouci, formaba el «pasillo de controlor» de José en el «castillo-corte» de Viena. Una comparación de las célebres «resoluciones marginales» que salían de aquel gabinete escarneciendo todas las reglas de la ortografía con las decisiones orales que se daban en aquel corredor de audiencias, daría



MESA REDONDA DE FEDERICO EL GRANDE EN SANSSOUCI.

una idea clara de la diferencia del modo de gobernar de Federico y de José. En este parangón el rey llevaría la ventaja como regente, el emperador como hombre. Al pasillo, al que daban las puertas de la «cancillería de la oficina de controlor de la corte», solía bajar José á las 9 después de trabajar con sus secretarios desde las 5 de la mañana, para recibir personalmente las peticiones de las personas reunidas para la audiencia. Allí fué recibido de la manera más llana y escuchado por el emperador en el año de 1785, un escritor alemán muy conocido en aquel tiempo, Augusto Teófilo Meissner, el autor de los *Bosquejos*. La escena caracteriza la manera de José. De estatura mediana, bien construído, algo corpulento, con los carrillos redondos, estuvo delante del docto sajón. Los ojos, de limpidez azul, fijábanse en él un momento sin que el rasgo al rededor de los labios perdiese la expresión de afabilidad y franqueza. «Oigo, dijo el emperador, que á Vd. le gusta mi país y que desea un destino correspondiente á sus conocimientos y facultades. Yo le considero á Vd. apto para desempeñar una cátedra de literatura alemana, antigua y moderna. ¿Qué le parece á Vd. Praga?»—«Procuraría con todos mis esfuerzos llenar el puesto que vuestra majestad me destinara.»—«No les gustará que yo dé la preferencia á un extranjero, pero en esto pienso de otra manera. Cuando hice arreglar el Prater y Augarten tomé para trasplantarlos árboles crecidos bajo cuya sombra pudieran solazarse mis prójimos. Lo mismo he de hacer en los establecimientos públicos de mi país. No puedo aguardar que en Austria crezca un número suficiente de hombres que representan la época moderna. He de tomarlos donde los encuentre, por esto no es inconveniente para mí que Vd. sea extranjero y protestante.» Meissner quería contestar algo, pero el emperador continuó: «De *este* lado no exijo más que tolerancia. Para mí, el hombre honrado y hábil lo mismo vale si cree que el Mesías ha venido ya ó que ha de venir aun; y mucho ménos me preocupa la diferencia entre las varias confesiones cristianas. Yo digo como Nushirwan: «A mí me encargaron el cuidado del bienestar de mis súbditos, no el de su fé.» Esta última frase era una alusión muy cortés á uno de los escritos de Meissner, quien pocos días después recibió su instalación de catedrático de la universidad de Praga. En general, José era muy aficionado á la literatura y música alemanas. Muchas veces conversó familiarmente con el gran maestro Mozart que apreciaba y admiraba, con el mismo «músico» Mozart, al que un bonzo brutal, su gracia serenísima, el señor arzobispo de Salzburgo, Colloredo, había calificado antes de «burro», «zopenco» y «haragán» y tratado como á un esclavo. Después de la representación del *Rapto del serrallo*, dijo el emperador: «Demasiado bello para nuestros oídos y una profusión enorme de notas, mi querido Mozart.» Este contestó:—«Exactamente el número de notas que hacen falta, majestad.» Como el *Don Giovanni*, en la primera representación en Viena no produjera efecto, José opinó: «La obra es celestial, es aun más bonita que las bodas de Fígaro, pero no es bocado para mis vieneses.» A lo cual Mozart contestó con toda frescura:—«No importa, es preciso dejarles tiempo para saborear el bocado.» Para intervenir activamente en el movimiento de la literatura alemana, el emperador no tenía tiempo ni gusto,

ni tampoco era la Viena de entonces un punto donde las ideas modernas hubieran podido revestirse fácilmente de formas literarias nacionales; la capital de Austria se vanagloriaba ya por tener hombres como Blumauer y Alxinger. Por lo demás, la vida moral y la corte sencilla de José habría podido servir de modelo á los príncipes alemanes si hubiesen querido contemplarla é imitarla. Que esto no se hacía lo demuestran de una manera repugnante las más de las cortes alemanas hasta fines del siglo XVIII, pues también en la época del despotismo ilustrado continuaba la ostentación, la vida cortesana viciosa y disipada. Los pormenores de la vida cortesana de Stuttgart bajo el reinado del duque Carlos Eugenio, la de Munich bajo el elector Carlos Teodoro, la de Berlín bajo el rey Federico Guillermo I, llenan páginas feas en el libro de la historia de las malas costumbres, y sí como sucedía el desprecio cortesano de la ley moral y de la disipación de la sociedad elevada, eran consideradas y aceptadas por la muchedumbre como cosas naturales, era esto ciertamente un indicio de una flaqueza poco satisfactoria de los sentimientos de honor y moralidad en la generalidad del pueblo.

Semejante conclusión hallaba su confirmación en el modo de vivir de las poblaciones católicas y protestantes de Alemania hasta fines del siglo XVIII. Unos alemanes viajadores que recorrían Alemania, antes y después de la mitad del siglo, hombres de vista perspicaz, y veracidad indudable como Keyssler, Risbeck, Nikolai, han publicado unos relatos de lo que leyeron y oyeron, que demuestra que no solamente la sociedad cortesana y noble, sinó también la burguesa y aldeana se comportaba muy á menudo como si no existiese en el mundo tal ley moral. Sus manifestaciones más deshonestas tuvo la extravagancia allí donde se combinaba con la superstición fetichista-católica como en Baviera la vieja, ó con la beatería protestante, como en la Wetterau y en Silesia. El «despertamiento» pietista que llegó á ser una moda poderosa entre la clase distinguida, especialmente en los primeros cuatro décimos del siglo, despertamiento representado en su potencia más elevada por la figura de carácter civilizador del conde Nicolás Luis de Zinzendorf, fundador de «Herrnhut», de la secta de los herrnhutianos; este despertamento era capaz de reclutar en la nobleza y en la burguesía numerosísimos partidarios haciéndoles renunciar como á pecaminosas á todas las llamadas «cosas medias», los atavíos y los bailes, los goces de la sociabilidad y del teatro, hasta la lectura de los periódicos. Pero considerándolo en general semejante beatería melancólica y cordelería dulzarrona, indudablemente ha hecho más daño que provecho, sobre todo, porque plantaba y cultivaba el concepto insalubre de la indiferencia política y apartaba las aspiraciones y los esfuerzos de los hombres, de los problemas prácticos de este mundo para dedicarlos á otro mundo fabuloso é imaginario. Con todo, no debe callarse que en la Alemania de entonces existía aun otra cosa más repugnante que la dulzarronería del cenventiculismo, á saber la barbarie académica. Un poeta coetáneo, Zachariä, quien, siguiendo el modelo de Pope y Boileau introdujo con cierto talento en la literatura alemana el género del canto épico cómico tomando por tema la mala vida de los estudiantes, la ha pintado en su narración poética «El re-

nomista» (1744) (el fanfarrón) con tal naturalidad, que creemos ver en persona, pero nada ménos que amable, á esos embrutecidos «hijos de las musas»:

«Para los que alegre era lo mismo que disipado y loco,
Que bebían, pero no por sed y en cantidad enorme,
Cuyo juego era pendencia y su regocijo camorra.»

Precisamente en aquella época en que el pueblo alemán en todas sus capas presentaba tantas cosas poco satisfactorias, preparábase el genio alemán tranquilamente para producir obras artísticas y literarias que así mismo cierran un período de la civilización, la edad de la ortodoxía, como abrían otro nuevo, el del «esclarecimiento» y el de la genialidad forzuda.

Por razones que hemos mencionado oportunamente en la tercera parte, el protestantismo alemán ha hecho muy poco para el fomento de las artes plásticas. El campo que podía fecundar en virtud de su naturaleza original y real en virtud de su entrañabilidad, era sobre todo el de las artes locutorias, la música y la poesía, y en ellas ha demostrado á mediados del siglo XVIII, una fuerza productiva que creó trabajos de los más elevados, por lo ménos en el reino de los tonos, pues es seguro que el principio protestante en su pureza y su grandor era y es el alma de la música de Bach y Händel. Juan Sebastián Bach (de 1685 á 1750) de Eisenach, el simple «organista» de Santo Tomás de Leipzig ha alumbrado por primera vez toda la plenitud de sentimiento y expresión musical propia del pueblo alemán, echándola á correr cual majestuoso torrente de tonos y señalándole su rumbo con genial seguridad. Sus composiciones para el órgano enseñaron á éste por primera vez un canto completamente digno del magnífico instrumento. Transformó el oratorio procedente de Italia, en una forma artística que debe considerarse como la creación más importante de la música religiosa cristiana, y esta forma del arte la manejaba el maestro especialmente en su *Pasión de Mateo*, de tal modo, que lo sublime y lo dulce se combinan en una armonía maravillosa. El coetáneo de Bach, Jorge Federico Händel (1684-1759), de Halle, ha preparado triunfos nunca vistos al estilo y arte alemán allá en Inglaterra, mediante sus oratorios y cantatas de grandiosa concepción ejecutadas en el más noble estudio («Sanson,» «Macabeo,» «Mesías,» «Fiesta de Alejandro»), desquitando así por anticipación musicalmente la deuda poética que los alemanes contrajeron después con los ingleses cuando su literatura experimentó el influjo de la inglesa, sobre todo, el influjo dominador de Shakespeare. Las obras de Bach y Händel figuran en la historia de la cultura como las producciones artísticas más grandiosas que el protestantismo ortodoxo ha sabido producir.

La poesía alemana no comenzó un nuevo período de su actividad con el esplendor y la misma grandeza que la música alemana. A principios del siglo la literatura alemana era todavía miserable, habiendo perdido por completo las tradiciones nacionales y complaciéndose en desempeñar con afán el papel de criada de la francesa. Unos pobres rimadores, poetas cortesanos, como han sido Kanitz, Besser y König, dábanse importancia y trataban de amenizar la aridez de sus alejandrinos por la adición de lubricidades, imitando en esto

á la segunda escuela poética silesiana del siglo XVII. De cuando en cuando emergía un verdadero talento para tornar á sumergirse inmediatamente en las aguas turbias de la época, sin dejar un rastro duradero. Así sucedió con aquel Juan Cristián Günther, entre cuyas rimas resonaban bellamente algunos tonos de pecho de lírica alemana, pero al que la disipación de la vida estudiantil de entonces no tardó en sumir en su funesto vórtice. La galomanía como cuyo representante y guardián infalible se consideraba el catedrático de Leipzig. Juan Cristóbal Gottsched (por lo demás, hombre de mérito como expurgador del lenguaje y formador de estilo) lo dominaba todo con su formalismo sensato y enjuto que el mencionado «dictador del gusto» pretendía aclimatar también en el teatro alemán para acabar con el naturalismo ruidoso y vocinglero. Con este fin arregló una quema simbólica del payaso en el escenario del teatro municipal de Leipzig (1737) y trató con ayuda de la talentuda actriz Carolina Neuber, de reemplazar los espectáculos de asesinatos y arlequinadas por piezas cortadas á la francesa. Hasta los poetas de indudable talento como el gran sabio suizo Alberto de Haller y el hamburgués Federico de Hagedorn, trabajaban generalmente sobre pauta francesa. Aun aquel poeta que primero salió con una obra que podía interesar é interesaba realmente á toda la nación, aun Cristián Timoteo Gellert de Hainichen de Sajonia (1715 á 1769) tenía un respeto profundo por la teoría y práctica estéticas de los franceses. Pero en sus «Fábulas» (1746) acertó á introducir tanto de lo mejor que vive en el pueblo, que comprendemos fácilmente como aquellas poesías gráficamente locuaces señalando y criticando con suavidad y cordura las locuras, flaquezas y vicios humanos, podían producir un efecto literario-nacional no visto desde mucho tiempo. La fabulería de Gellert fué la que sacó á la literatura alemana otra vez de los gabinetes de estudio para colocarla en la vida real, sobre todo, de la clase media, cuyo importantísimo interés por el movimiento literario, el excelente fabulista supo despertar de una manera sumamente meritoria.

Al mismo tiempo venía de la Suiza alemana que á la sazón tomaba una parte activa en los trabajos de la cultura alemana, un golpe eficaz contra la galomanía. Los dos eruditos de Zurich, Bodmer y Breitinger, empezaron una guerra literaria conducida con habilidad contra el gottchedismo y señalando la literatura inglesa, sentaron el principio estético que la esencia de la poesía consistía no en las formas correctas sinó en la presentación de los engendros de una viva imaginación y de sentimientos ardientes y genuinos, de los cuales había un manantial inagotable en la contemplación afectuosa de la naturaleza; y que además la verdad natural y la espontaneidad de los afectos debía presentarse en la poesía retrocediendo la versificación descrita é instructiva ante los grandes gérmenes, la epopeya y el drama. Finalmente, pretendían que debía buscarse y reanudarse el hilo de la tradición literaria nacional tanto tiempo descuidada y casi perdida, para cuyo objeto convendría escabar los tesoros de la poesía alemana de la Edad media, de los escombros del olvido. Con estas innovaciones teóricas estaban conformes, ménos por principio que por aversión contra la arrogancia de Gottxhed, los literatos que habían

fundado para su órgano común el periódico llamado: *Contributos bremenses*. En el fondo ciertamente no se había logrado más con todo esto que relevar una imitación por otra, reemplazando como modelos los Thomson, Gray y Joung á los Boileau, Chaulieu y Chapelle, exactamente como en la jardinería habían sustituído la manera francesa con la inglesa. Así quedaban las cosas:

«Hasta que Klopstock se acerca y arrebata al mundo en sublime vuelo de (odas
Y restablece la proporción y anima el lenguaje y lo libra de la servidumbre (gálica
Si bien aun de una manera rígida y áspera y á veces petrificada y tampoco (grata para todos;
Pero síguele luego lo garboso y lo bello con la gracia propia de Gôthe.»

Federico Teófilo Klopstock (1724-1803) de Quedlinburgo, publicó en los contributos bremenses en 1748 los tres primeros cantos de su *Mesías*, y en 1750 sus primeras *Odas* marcando en ellas indudablemente el principio de una nueva época italiana. Alemania tuvo por fin otra vez un poeta original. Pues Klopstock lo era. Ciertamente no tanto como cantor del *Mesías*, teniendo en este concepto relaciones evidentes con Milton, sinó más bien por su poesía ódica. Sin embargo, por de pronto el efecto del *Mesías* era más importante aunque los lectores de fibra crítica conocieran enseguida los flacos de esa mezcla de patética bíblica y sentimentalismo alemán revestida de exámetros bastante tropezones. Pero aquel poema larguísimo que acababa por volatilizarse en aleluyas monótonas y fastidiosas, encontró á lo ménos con sus principios una disposición simpática en la juventud, sobre todo en la femenina. Todo en este himno tornasolado del Salvador era tan alemanamente afectuoso; todo era «sensible», no solamente la angelería sinó también la diablería (en la figura de Abbadonna), y la «sencillería» estaba á punto de ser la disposición de moda, no solamente de Alemania, sinó también de Europa entera (predicada por Rousseau). También contribuyó á la aceptación que tuvo entonces el bueno del *Mesías*, aquel sentimiento consciente ó inconsciente de pesar elegíaco con que nos despedimos de las ilusiones que se van, pues el poema de Klopstock era efectivamente el adios que la civilización alemana pasando á la edad de la despreocupación decía á la férrea edad de la ortodoxia que se marchaba. Lo mejor de las obras poéticas de Klopstock son sus odas. El vivo interés por la naturaleza, los sentimientos calurosos de amistad, el amor casto, los goces nobles de la vida y un patriotismo profundo hablaban en sus odas un lenguaje espontáneo y vigoroso, rico de jiros atrevidos, pero sonoros, rebosante de arrojo genial y de consición enérgica.

Cuando se habla de la resurrección de los alemanes, de la más profunda humillación y desmoralización, es preciso mencionar á Klopstock con grandes elogios, pues él era una potencia civilizadora, purificadora y moralizadora. Ejerciendo sus funciones de poeta con una dignidad que tenía algo de sacerdotal, en el mejor sentido de la palabra, enseñaba á la literatura una actitud más digna y proporcionaba á la poesía patria un puesto en la sociedad como no lo había tenido nunca antes. El demostró á los eruditos y poetas alemanes que ante todo debían respetarse á sí mismos, si querían ser respetados por otros. No hay necesidad de demostrar detalladamente lo provechoso que había de ser para la civilización alemana el que la inteligencia saliera de su situación humillante, hasta despreciable, de que ella misma tenía la culpa en gran parte. Una buena influencia de alcance incalculable tenía el valor moral de las poesías de Klopstock sobre el ennoblecimiento de las relaciones entre los dos sexos y las formas en que estas se manifestaban. Cuando cantaba de amor encontraba tonos cuya entrañabilidad rivalizaba con las más



Paseo de Klopstock por el lago de Zurich.

entrañables de las antiguas canciones populares y de este modo ha reintroducido en las relaciones de los jóvenes y adultos de los dos sexos, la pureza, la delicadeza, la nobleza de ánimo, y devuelto al amor su unción religiosa. Compárese sinó con la poesía amorosa iniciada por Klopstock la rimería «galante» del siglo XVI y de los primeros decenios del XVIII, y se admitirá que el cantor de Fany y Cidla merece nuestra veneración y respeto aunque fuese tan sólo por recordar á sus paisanos con insistencia y cada momento aquel dicho de Tácito que los germanos creían que en la mujer había algo sagrado y divino. Por lo demás el tono dado por Klopstock en las relaciones de los dos sexos no tenía nada de beato; al contrario, era alegre y cordial, penetrando en la cerrada atmósfera del trato tieso y tonto casi como un soplo de viento revolucionario. Un gracioso testimonio de esto era aquel paseo por el lago de Zurich emprendido por Klopstock en un hermoso día del verano de 1750 con sus jóvenes amigos y amigas de Zurich y que le ha inspirado una

de sus más bellas odas, *El lago de Zurich*. Por la descripción que uno de los paseantes, Hirzel, ha trazado de esta excursión en una carta á Kleist, anda cual soplo primaveral el ánimo excitado, el sentimentalismo delicado y la inocente jovialidad de la juventud alemana entusiasmada por Klopstock á quien querían porque les hacía sentir de nuevo toda la sonoridad de la palabra «patria». Ciertamente en el alemanismo de Klopstock había mucho, demasiado teutonismo nebuloso, el cual redujo después á los discípulos del maestro á entonar un hueco rugido de bardos, pero no dejaba de ser loable, hasta grande el reproducir el tono patriótico largo tiempo enmudecido que habían entonado en el siglo XVI Hutten y Fischart, y en el XVII Logau y Moscherosch; y el decir y repetir á los alemanes, perdidos en localismo y privados de todo sentimiento nacional, que formaban un pueblo, una nación y que tenían una patria. Si nos representamos el espectáculo triste, desconsolador que á mediados del siglo XVIII ofrecía la Alemania dilacerada, disgregada, sin libertad y sin su poderío, comprenderemos que el amor más entrañable á su pueblo y la confianza más firme en su indestructibilidad debieron de animar al poeta para que dijera á *aquella* Alemania:

«Tu tienes la cabeza coronada
Con mil años de gloria; tu llevas el paso de los inmortales
Y marchas encumbrada delante de muchos países.
¡Yo te amo, patria mía!»



III.

Despreocupacion y genialidad «forzuda».

Si el movimiento patriótico promovido por Klopstock y propagado por su escuela poética se presenta en vista de su actitud decididamente religiosa y protestante como un efecto consecutivo, tardío, pero importante de la reforma del siglo XVI, el movimiento que le siguió, en cambio, señala la incipiente ruptura con la tradición eclesiástica, tanto la protestante como la católica. Aquel movimiento que puede decirse tenía su orígen en el alma misma del pueblo alemán, puede calificarse de primer grado de rejuvenecimiento de la vida civilizadora de Alemania; esta agitación, es decir, el trabajo despreocupativo que no se suscitó en Alemania, sinó que se introdujo de Inglaterra y Francia, ha sido el segundo grado y el hecho de poder serlo fué debido en gran parte al modo de gobernar de Federico el Grande y más tarde de José II. Pues el ejemplo de estos dos sacudió á la mayoría de los gobiernos alemanes de su pereza y su rutina (hasta á los de algunos principados eclesiásticos, los domicilios favoritos del oscurantismo) los sacudió de manera que en todas partes se tomaron disposiciones más ó ménos aptas para entrar en las vías recién abiertas de la cultura y del humanitarismo. Esta buena voluntad de los más de los gobiernos alemanes fué acogida por todas las personas sensatas y accesibles de la nación con aquel noble entusiasmo que ha sido el más bello característico del siglo XVII.

Un inglés, Locke, un escocés, Hume, y un francés, Bayle, habían puesto en movimiento científicamente la gran palanca del conocimiento progresivo. La campaña que el celo investigador escéptico de esos tres había abierto contra la llamada fé revelada, fué continuada por los «deistas» ingleses cuya «filosofía del sentido común» fué trasplantada por Voltaire á Francia, de donde pasó á todos los países civilizados de Europa para encontrar su mayor profundización y más sólido afianzamiento por los «despreocupadores» alemanes, mientras que en Francia misma se preparaba su instrumento y arma más efi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus más bellas odas, *El lago de Zurich*. Por la descripción que uno de los paseantes, Hirzel, ha trazado de esta excursión en una carta á Kleist, anda cual soplo primaveral el ánimo excitado, el sentimentalismo delicado y la inocente jovialidad de la juventud alemana entusiasmada por Klopstock á quien querían porque les hacía sentir de nuevo toda la sonoridad de la palabra «patria». Ciertamente en el alemanismo de Klopstock había mucho, demasiado teutonismo nebuloso, el cual redujo después á los discípulos del maestro á entonar un hueco rugido de bardos, pero no dejaba de ser loable, hasta grande el reproducir el tono patriótico largo tiempo enmudecido que habían entonado en el siglo XVI Hutten y Fischart, y en el XVII Logau y Moscherosch; y el decir y repetir á los alemanes, perdidos en localismo y privados de todo sentimiento nacional, que formaban un pueblo, una nación y que tenían una patria. Si nos representamos el espectáculo triste, desconsolador que á mediados del siglo XVIII ofrecía la Alemania dilacerada, disgregada, sin libertad y sin su poderío, comprenderemos que el amor más entrañable á su pueblo y la confianza más firme en su indestructibilidad debieron de animar al poeta para que dijera á *aquella* Alemania:

«Tu tienes la cabeza coronada
Con mil años de gloria; tu llevas el paso de los inmortales
Y marchas encumbrada delante de muchos países.
¡Yo te amo, patria mía!»



III.

Despreocupacion y genialidad «forzuda».

Si el movimiento patriótico promovido por Klopstock y propagado por su escuela poética se presenta en vista de su actitud decididamente religiosa y protestante como un efecto consecutivo, tardío, pero importante de la reforma del siglo XVI, el movimiento que le siguió, en cambio, señala la incipiente ruptura con la tradición eclesiástica, tanto la protestante como la católica. Aquel movimiento que puede decirse tenía su orígen en el alma misma del pueblo alemán, puede calificarse de primer grado de rejuvenecimiento de la vida civilizadora de Alemania; esta agitación, es decir, el trabajo despreocupativo que no se suscitó en Alemania, sinó que se introdujo de Inglaterra y Francia, ha sido el segundo grado y el hecho de poder serlo fué debido en gran parte al modo de gobernar de Federico el Grande y más tarde de José II. Pues el ejemplo de estos dos sacudió á la mayoría de los gobiernos alemanes de su pereza y su rutina (hasta á los de algunos principados eclesiásticos, los domicilios favoritos del oscurantismo) los sacudió de manera que en todas partes se tomaron disposiciones más ó ménos aptas para entrar en las vías recién abiertas de la cultura y del humanitarismo. Esta buena voluntad de los más de los gobiernos alemanes fué acogida por todas las personas sensatas y accesibles de la nación con aquel noble entusiasmo que ha sido el más bello característico del siglo XVII.

Un inglés, Locke, un escocés, Hume, y un francés, Bayle, habían puesto en movimiento científicamente la gran palanca del conocimiento progresivo. La campaña que el celo investigador escéptico de esos tres había abierto contra la llamada fé revelada, fué continuada por los «deistas» ingleses cuya «filosofía del sentido común» fué trasplantada por Voltaire á Francia, de donde pasó á todos los países civilizados de Europa para encontrar su mayor profundización y más sólido afianzamiento por los «despreocupadores» alemanes, mientras que en Francia misma se preparaba su instrumento y arma más efi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caz en la *Enciclopedia* fundada por Diderot y Dalembert, aquel primer y celebérrimo diccionario de la conversación que ha ejercido una influencia incalculable en toda la sociedad europea.

¿Pero que es lo que se llamaba «despreocupación»? ¿Qué entendían nuestros abuelos por esta palabra? El gran Manuel Kant ha tenido la condescendencia de decírnoslo de la siguiente manera: «Despreocupación es la salida del hombre de su minoría de edad en que se hallaba por su propia culpa. Esta minoría es la incapacidad de servirse de su entendimiento sin guía y existe por propia culpa del hombre, si no depende de falta de entendimiento sinó de resolución y de valor de servirse de él sin la dirección de otro. ¡Atrévete á ser sabio! ¡Ten el valor de valerte de tu propio entendimiento! Hé aquí la divisa de la despreocupación.» La palabra misma se había escogido con mucho acierto, pues la actividad libre y espontánea del entendimiento debía alumbrar las tinieblas ortodoxas, la luz de la investigación debía aclarar la noche de la preocupación cuyos dogmas religiosos políticos y sociales no podían ya satisfacer las necesidades de una época nueva. Mas como la índole del pueblo alemán exige que las cosas tomen un curso metódico y sistemático hasta lo pedantesco, el movimiento de despreocupación se verificó en Alemania más radical y sistemáticamente que en Inglaterra y Francia. Como en aquellos países, asimismo en Alemania los objetos prácticos eran la religión libre y el estado libre; pero los metódicos alemanes sentían la necesidad de un eslabón intermedio entre aquélla y éste, y por este motivo reclamaban con energía la libertad del hombre en el terreno de los pensamientos, de la ciencia, del arte; en otros términos, creían que el libertamiento de la personalidad era la condición preliminar inprescindible del libertamiento de la sociedad. Naturalmente no faltaba la sombra á la luz de la despreocupación, es decir, que á los despreocupadores alemanes se les pueden señalar bastantes errores y equivocaciones; pero sólo un espíritu completamente inaccesible á la verdad histórica puede negar que esos hombres han cumplido honradamente su pesado trabajo consiguiendo los resultados más beneficiosos.

En la literatura nacional, en el sentido más lato, ejecutó ese trabajo en primer término Cristóbal Martin Wieland, (de 1733 á 1813) natural de Oberholzheim cerca de Biberach. Andando al principio por la senda de Klopstock y exagerando aún el sentimentalismo religioso de éste llegó á comprender á tiempo la verdadera naturaleza de su índole y de su talento, haciéndose entonces el polo literario opuesto y al mismo tiempo el complemento saludable y necesario del cantor del Mesías. Pues como este había conquistado en favor del movimiento de la literatura nacional á los círculos serios, religiosos, sentimentales, hacía falta un escritor que pudiera conquistar á su vez á los caballeros y damas «de mundo», á los educados á la francesa, á los hombres de chispa, á los frívolos. Esto lo podía y lo realizó Wieland. Realmente hay que confesar que ese tono ligero y agradable de hombre de mundo y esa pulidéz mediante la cual la literatura francesa había conquistado y sometido á la «sociedad» europea, había hecho mucha falta á la literatura alemana anterior á Wieland, quien ahora introdujo ese pulimento y tono demostrando á la gente

de mundo, mediante una larga serie consecutiva de cuentos en verso y novelas en prosa que un poeta alemán podía escribir en lengua alemana con tanta despreocupación y tolerancia, tanto chiste y gracejo, tanta frivolidad y



WIELAND.

si era preciso, tanta liviandad, como un poeta parisiense en lengua francesa. Y esto era precisamente lo que importaba; Wieland ha hecho muchísimo, hasta todo por de pronto, para despertar y vigorizar el interés de los círculos distinguidos por la literatura patria, y el que conozca las condiciones sociales del florecimiento de una literatura ciertamente no estimará en poco ese merecimiento. Como poeta papá Wieland, estrictamente hablando, hasta en sus mejores producciones *(Musarión, Oberón, Los Abderitas)* no fué más que un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agradable narrador; pero precisamente como tal, en virtud de su ricò saber, su inagotable bondad de corazón y la infalible gracia de su plática ha puesto en circulación una abundancia de ideas propagando los pensamientos que conmovían su época hasta en los círculos que se habían cerrado para cualquiera otro.

Pero un efecto mucho más grande y fructífero que en las llamadas clases superiores había producido la despreocupación en la clase media alemana, haciéndola por la educación progresiva en adelante el representante principal de la opinión pública creada y hecha respetable por ella. En esto le ayudó grandemente aquella sensatez algo casera, aquella medianía menestrala, que ciertamente no bastaban más tarde para apreciar con justicia los fines más elevados de la genialidad forzuda del humanismo cosmopolita y del helenismo moderno. En esta forma con todos sus claros y todas sus sombras mostrábase la despreocupación en la figura típica del escritor y librero berlinés Nikolai á quien Lessing se dignaba llamar amigo mientras que Göthe le era hostil. Del círculo que se había formado al rededor de esa figura característica de despreocupador partió directa ó indirectamente el vuelo del periodismo alemán, el cual en las *Cartas literarias*, la *Biblioteca alemana universal*, los *Avisos doctos de Gottinga* y los de *Francfort*, el *Mercurio alemán* el *Periódico literario de Viena* y otras publicaciones periódicas por el estilo se creó mensajeros más ó ménos aceptos é influyentes que procuraban llevar á círculos cada vez más dilatados, las noticias de las investigaciones é invenciones en el campo de la ciencia y arte alemanas. Si por consiguiente la cultura alemana cesó por fortuna de ser un asunto de exclusivismo erudito, si empezó á entrar cada vez más en relaciones con la vida práctica, ha sido de suma importancia en vista de las ideas todavía muy teológicas de la clase media alemana, el que la corriente despreocupadora fuera conducida en medio del pantano teológico mismo. Con el tiempo el pietismo se había encharcado de la misma manera que la ortodoxia contra la cual se había sublevado antes. La lucha alternadamente trágica y grotesca de hombres como Dippel y Edelmann por romper las ataduras del sectarismo facilitó la transición del misticismo al criticismo. Eruditos como Michaelis, Semler y Reimarus (*Fragmentos Wolfenbütteltanos*) trataban con más ó ménos osadía de introducir el principio del libre exámen también en la erudición teológica y en conexión directa ó indirecta con ellos, los filósofos populares Abbt, Spalding, Eberhard, Sturz, Iselin, Hirzel, Garve, Mendelson y Zimermann, acometieron con valentía la intolerancia y ambición de los curas, los abusos ortodoxos y pietistas de la religión, la superstición eclesiástica y política. Los esfuerzos mancomunados de estos autores provocaron la tolerancia en numerosas almas y contribuyeron en las cosas de la fé á la victoria del modo liberal de pensar al que se dió con fundamento el nombre honorífico de «racionalismo», porque estaba basado en la *ratio*, en la razón. No ménos importante era el trabajo hercúleo de otra série de despreocupadores los cuales como Moser, padre é hijo, Pütter, Möser (llamado con razón «abogado de la patria») y Schlözer (el incansable delator y acusador de la estupidez, injusticia y pre-



PESTALOZZI ENTRE LOS HUÉRFANOS DE NIDVALDEN.

potencia), se dedicaron á ilustrar las ideas políticas de sus compatriotas, á criticar los excesos del despotismo y á despertar de nuevo entre los alemanes el adormecido conocimiento de los derechos y deberes políticos. Esta tendencia junto con las reformas josefinas era bastante poderosa para provocar también una tentativa de oposición nacional en el seno de la Iglesia católica, surgiendo en un prelado alemán de sentimientos patrióticos el pensamiento de emancipar á los católicos alemanes de la Sede romana dirigida por los jesuitas, intentando la organización de una iglesia nacional alemana. El obispo sufragáneo de Tréveris, Nicolás de Hontheim, escribió con este fin bajo el nombre de Febronio su famoso libro: *Sobre el estado de la Iglesia y la legitimidad del poder papal*. A consecuencia de esto los cuatro arzobispos del imperio se reunieron en Ems en el año de 1786 para promover con la llamada *Puntación de Ems* la fundación de una iglesia nacional católica alemana. Pero



PESTALOZZI.

la atrevida empresa se estrelló en la resistencia de los obispos y en la dominación de los jesuitas en Baviera.

De la universidad de Gottinga fundada en 1736 partió una reforma fructífera de las ciencias filológicas, históricas y exactas. Allí enseñaban la literatura clásica Heyne, el precursor de Federico Augusto Wolf, el «fecundador de la arqueología, las matemáticas, el chistoso epigramatista Kästner la física, el perspicaz humorista Lichtenberg. Schröckh y Planek, dieron nuevos cimientos á la historia eclesiástica, Spittler y Heeren á la historia política basándolas en una crítica despreocupada. El mismo servicio fué prestado á la historia de la civilización por Eichhorn, mientras que Winckelmann fundador genial de nuestra historia del arte, abrió con su manera de conceptuar y considerar el arte griego unas perspectivas estéticas que, como todo el mundo sabe, han sido provechosas para el clasicismo de la literatura alemana. Finalmente el trabajo de despreocupación se ocupó también en el terreno de la

educación y de la enseñanza del que había de barrer muchísimo escombro escolástico y muchísima rutina teológica para obtener espacio libre para las ideas y los principios del realismo humanista. Es verdad que, precisamente en este campo, se manifestaron desde el principio muchas ilusiones y exaltaciones y sobre todo no quedaron libres de exageración y charlatanismo las llamadas *Filantropinas* con las genialidades forzudas pedagógicas de Basedow. En cambio la innovación pedagógica introducida por el generoso y entusiasta Pestalozzi (1746-1827) de Zurich, ha hecho prueba en sus principios generales, siendo ahora admitido que este hombre con su método matématico analítico de la enseñanza por intuición ha promovido una época nueva en la instrucción popular. Sólo la reforma educatoria de Pestalozzi hizo posible iniciar poco á poco á la totalidad del pueblo en el círculo de una instrucción digna del hombre. Desinteresado, sin ninguna clase de egoismo y por lo tanto naturalmente desgraciado en sus relaciones personales, este gran maestro de escuela ha prestado un servicio inmenso á su país y á la humanidad entera, mostrando además por medio de su cuento rústico, aun hoy insuperable, de *Linardo y Gertrudis*, cómo conviene escribir para el pueblo. Para ojos que aciertan á ver lo grande en lo pequeño y lo verdaderamente brillante en lo que no lo parece, uno de los sucesos más edificantes del siglo de las luces fué y será siempre aquel cuando Pestalozzi después de los terribles días de setiembre de 1798 llegó al pueblo de Nidwalden terriblemente asolado y pillado por los asesinos franceses, para reunir á su derredor, cuidar con una compasión humanitaria é instruir á una multitud de huérfanos medio muertos de hambre y medio embrutecidos porque los «libertadores» habían degollado á sus padres.

De todo lo precedente se ve que se trabajaba en la despreocupación con asiduidad y de muchas maneras; mas para imprimir á ese trabajo el sello de la perfección hacian falta dos hombres de genio superior, como eran Gotoldo Efraín Lessing (1729-1781) natural de Camenz y Manuel Kant (1724-1804) natural de Konigsberg. El primero llevó á buen término el movimiento despreocupador por el lado de la literatura nacional, el otro por el lado científico. No sin fundamento háse comparado la posición de Lessing en la historia de la civilización alemana, con la de Voltaire en la francesa, puesto que aquel alemán como este francés concentraron en sí todo el movimiento intelectual de la época, sólo que Lessing se distinguió fuerte y honrosamente del gran escarnecedor por el hecho de buscar la verdad con un celo santo y serio y solamente por amor á ella. El espíritu crítico de la raza germánica revelose en el hijo de cura de la Lusacia alta, por primera vez en toda su fuerza y energía. Lessing elevó la crítica al rango de arte, de arte que creaba destruyendo; en su *Laocoon* (1766) dió á la filosofía de arte alemana su *Magna Charta*. En este célebre escrito analizaba el arte plástico y el poético en lo íntimo de su naturaleza, declarando esencia del último el movimiento y la acción, acabando así por fin con la estimación de la poetería puramente descriptiva, pintoresca y reflexiva. La gran campaña crítica contra la galomanía que había empezado con sus *Cartas literarias*, la terminó victoriosamente en su *Dramaturgia*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hamburguesa. Pues con decisión convincente hizo comprender la innaturalidad en que se habían extraviado los franceses abstrayendo de la poesía griega y romana un esquema sin llenarlo con la esencia de su propia nacionalidad y época. También él admitía la grandeza de los antiguos como así mismo se-



LESSING.

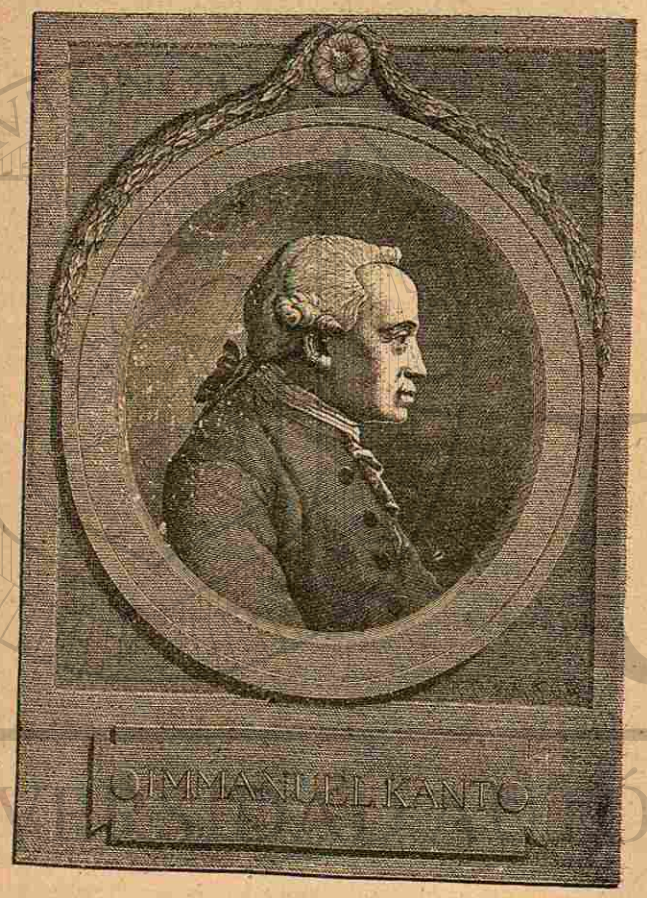
ñalaba á Shakespeare enseñando lo que sus paisanos podían y debían aprender de aquéllos y de éste; pero que lo verdadero no era imitar servilmente lo aprendido sinó armonizar la experiencia alcanzada con las eternas leyes de la naturaleza y la índole especial de los sentimientos nacionales consiguiéndose con esto la espontaneidad del arte patrio y de sus formas de manifesta-

ción, y asegurándose así el que esas formas se llenaran de espíritu nacional. He dicho en otra parte y repito aquí que un alemán ilustrado no puede hablar de Lessing sin que su corazón palpite de contento. Él fué quien oponiendo á la soberbia francesa la altivez alemana, pronunció la orgullosa palabra: «Enséñeseme la pieza del gran Corneille que yo no sepa hacer mejor»: y demostró de hecho que tenía derecho para hablar así. Ya en 1755 opuso á las ampulosas declamaciones del drama francés y afrancesado la realidad de la vida burguesa en su *Sarah Sampson;* dió en 1763 una comedia clásica *Minna de Barnhelm*, y creó en 1772 la primera trajedia alemana que mereciera este nombre, la *Emilia Galotti*. Y este libertador intelectual de su pueblo, este erudito, investigador, crítico, poeta, ¡qué hombre y que varón! Jamás un pensamiento vulgar ha penetrado en ese corazón noble y solitario y sólo una vez el valiente luchador profirió un grito de dolor medio ahogado cuando la muerte arrebató prematuramente á la mujer que le amaba. El torrente fresco, claro, enérgico de los pensamientos de este hombre venerable penetró purificando hasta los más oscuros rincones del establo de Augías de la pedantería alemana. Siempre en su puesto, siempre pronto á contestar, ha aumentado el efecto de su palabra, sea laudatoria, sea vituperativa por su generosa moderación dirigiendo los ojos inseparablemente hácia la luz de la razón, avanzaba aplastando bajo sus talones la canalla del oscurantismo, pisoteando por todos los lados las malezas de las costumbres bárbaras y de la mentira convencional, siempre estimulando, enseñando el camino y presentando el modelo. Él ha sido el primer hombre verdaderamente libre, pensador y artista de Alemania; de su patriotismo no hablaba nunca, pero lo manifestaba á cada paso. Alemania no agotaba la plenitud de su cariño. Aquellos sentimientos cosmopolitas que «consideran la causa de la humanidad como propia participando así en la incumbencia de los dioses, el destino» henchían su alma inspirándole para magnífico final de su carrera el poema del sabio *Nathan,* ese cántico del cosmopolitismo y humanitarismo alemán el cual, sea dicho de paso, constituye época también por introducir y aclimatar en la poesía dramática alemana el verso pentamétrico y yámbico. En resúmen, Lessing ha trazado el blanco del clasicismo alemán, el de llenar las bellas y proporcionadas formas helénicas con el alma y espíritu alemanes, con entrañablidad germánica. Este «helenismo moderno» que encontró su acabalamiento en Göthe y Schiller, tenía como todo lo humano, sus defectos y menoscabos; pero á pesar de esto el helenismo moderno fué el que hizo de los alemanes hombres libres y como tales, capaces de ser ciudadanos libres....

Al mismo tiempo que el ilustre bibliotecario de Wolfenbüttel llenaba su misión de gran porvenir, allá en Königsberg un hombre de poca apariencia llevaba una vida tranquila y de observador con una regularidad fijada con pedantería. Nadie veía por el aspecto pulcrísimo del catedrático que se expresaba siempre con suma prudencia, que en el fondo era el más grande revolucionario del siglo de la revolución, el que hizo partir de su tranquilo gabinete de estudio, silenciosas obras de reflexión, *Crítica de la razón pura* (1781), *Crítica de la razón práctica* (1785), *Crítica del juicio* (1785); las que como «*Sistema*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del idealismo crítico» ha asaltado titánicamente el olimpo cristiano, invirtiendo radicalmente la filosofía que había prevalecido hasta entonces declarando que nuestro mundo era su propio fin y que la idea de Dios no tenía otro valor que



MANUEL KANT.

el de suple faltas para resolver las contradicciones, es decir, que Dios era una exigencia de la razón práctica, un algo, cuya existencia era imposible demostrar teóricamente. Elevando la resolución de los problemas más altos de la despreocupación á la esfera científica más rigurosa, Kant comprendió

que había de comenzar de nuevo el proceso cogitativo, es decir, que debía remontarse á las fuentes mismas de nuestro entendimiento para conseguir con su profundización la posibilidad de hacer el reino del saber completamente independiente del material de la llamada fé revelada. El exámen de los últimos fundamentos de los conocimientos humanos, le dió por resultado que no era la observación la fuente de lo general y fundamental, sinó la subjetividad humana, el «yo» consciente. Este yo forma en la filosofía de Kant el centro inmediato del que dependen las cosas como objetivaciones del yo reconocedor. De la incapacidad de la facultad intuitiva de conocer la naturaleza esencial de las cosas, concluyó luego que no era más que un andar á tientas en la oscuridad si de los límites del mundo de los fenómenos nos remontamos á lo metafísico y que por lo tanto nuestras ideas de un supuesto mundo metafísico no eran más que fantasmagorías, afirmaciones arbitrarias, cuya no existencia era tan fácil ó tan difícil de demostrar como su existencia, á cerca de dos cosas de que no se sabía ni se podía saber absolutamente nada. Esta era precisamente la toma y la destrucción del olimpo cristiano realizada por Kant en su *Crítica de la razón pura*. Pero al contemplar luego el gran pensador, desde la región glacial de su inexorable lógica, á sus pobres y flacos prójimos coetáneos, sintiose conmovido de un enternecimiento humano y por esto permitió, encogiéndose de á hombros, la razón «práctica» que afirmara otra vez lo que la «pura» negaba, pues la razón práctica no queda satisfecha con la indicada argumentación de la pura, puesto que aspira á determinar la voluntad humana en el obrar. Pero la tarea de la voluntad consiste en la realización de la suprema ley moral, que dice: «Obra siempre según principios que sean capaces de ser leyes generales»; y la obligación universal de esta ley moral se manifiesta como «imperativo categórico», esto es, en forma de un mandamiento absoluto. Sometiendo nuestros impulsos é instintos egoistas al deber mandado por el imperativo categórico, y que debe cumplirse por el solo hecho de ser tal deber, somos virtuosos. Pero para ofrecer á la virtud un equivalente correspondiente, es prácticamente razonable restablecer lo eliminado por la razón pura, la idea de Dios y la creencia de la inmortalidad. Se ve que el pensamiento revolucionario del sabio de Königsberg dejó caer las alas cuando se trató de sacar las consecuencias prácticas de su sistema; más á pesar de esto, la filosofía de Kant ha sido el fundamento granítico del desarrollo ulterior de la ciencia y arte alemanes, hasta de toda su civilización. Esta filosofía encierra una fuerza y potencia moral sin igual; en todo lo bueno y lo mejor que pueblo alemán ha hecho desde entonces, se nota un soplo del espíritu de Kant. Todos los filósofos posteriores están sobre los hombros de ese jigante, y los que creían posible prescindir de este sostén ó hasta intentaban derribarlo, en vez de filósofos no han sido más que sofistas.

De lo sublime á lo ridículo no ha habido nunca ni habrá jamás sinó un solo paso, precisamente en la época en que la despreocupación alcanzó su mayor triunfo civilizador en el mundo católico en la abolición de la órden de los jesuitas por el papa Clemente XIV en 1773, y en que en el seno del protestantismo celebró su triunfo supremo científico mediante la producción de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Crítica de la razón pura de Kant y su supremo triunfo artístico, mediante la composición del *Nathan* de Lessing, la sociedad alemana como la de toda Europa, sufría una epidemia mental que tenía cierta analogía con las epidemias morales de la Edad media, la misterio-manía, siendo la consecuencia que al lado de las nobles hazañas de la despreocupación vinieran á colocarse los milagros más torpes del oscurantismo. La posibilidad de toda la misterieria y milagrería resultaba por un lado, de la doctrina embaucadora, de la fuerza curativa universal del magnetismo, puesta de moda por Mesmer y por otro lado por la degeneración de la libre albañilería (fracmasonería), oriunda como se sabe, cual descendiente de las hermandades de albañiles de la Edad media, de Inglaterra, donde habia recibido su primera organización en el año de 1717. No tardó en propagarse en el continente, de modo que á mediados del siglo apenas existía en Alemania una ciudad de importancia que no tuviera su «logia». En la masonería la idea humanitaria deista, por consiguiente el espíritu bueno de la época, luchaba por una forma de existencia social que, tal como las cosas estaban, no podía ser otra que la de una sociedad secreta; sólo que esta sociedad secreta ha sido un secreto público, sabiendo todo el mundo que eran masones muchos de los mejores hombres de la nación, como Federico el Grande, Wieland, Herder, Göthe y Carlos Augusto de Weimar. Inconscientemente al principio y adrede luego oponíase la masonería á la gran organización del oscurantismo, la jesuitería. Pero los hijos de Loyola eran más listos que los hijos del «gran arquitecto de los mundos.» Maestros en todas las intrigas y enredos, los jesuitas ya antes de la abolición papal oficial de su órden y después como *Cripto-Jesuitas* sabian introducir de contrabando en la masonería varios aditamentos de sofisticación para perder y destruir al enemigo en su propio campamento. Estos aditamentos han sido desarrollados después á un arte prestigiador de embaucamiento y engaño y aprovechados como tal por bribones y traficantes profesionales en misterios y milagros. La enfermedad de la época, es decir, aquella misterio-mania, hija del misticismo religioso, del sentimentalismo entusiasta y del deseo de extravagantes conocimientos, pedía milagros y signos y por esto no faltaban mágicos que se los enseñaran. Muy instructiva en este respecto es la carrera del siciliano José Balsamó (conde Cagliostro de propia confección) quien empezó su brillante carrera en círculos alemanes entre la nobleza curlandesa de Mietau. Allí una eminente mujer alemana, Isabel de la Recke, era al principio una veneradora entusiasta y después la descubridora valiente de aquel embaucador fabulosamente atrevido. Cuantas torpísimas imposturas la sociedad distinguida aceptaba, se ve también por las producciones del antiguo cafetero de Leipzig y ulterior «adepto», Schrepfer. Particularmente el conjuro de espíritus verificado por él en Dresde en una noche de febrero de 1773 con ridiculísimo espanto de sus espectadores, es una escena característica del siglo de la despreocupación, demostrando lo superficial que ésta era con frecuencia, precisamente en el «mundo distinguido». Contra el falseamiento jesuítico oscurantista de la masonería por el «sistema de la observancia estricta», por la «rosenkreuzería» y otras majaderías, protestaron finalmente en el sentido de la despreocupación los hermanos que habían quedado fieles á la idea original de la órden. Sus jefes como Bode y Knigge, que no ocultaban su opinión de que el verdadero masón debía ser un enemigo jurado de toda superstición y de todo despotismo, consiguieron en el año 1782 en la gran convención de masones, en Wilhelmsbad cerca de Hanau, una purificación y reforma de la sociedad, cuyos principios fundamentales han quedado vigentes después en las logias alemanas. Pocos años antes de esta reforma habíase intentado en el sur de



Conjuro de espiritistas en Dresde.

Alemania, trasformar la masonería en una alianza secreta que habia de ser esencialmente agresiva en el sentido y el servicio del progreso. Nos referimos á la órden de los «iluminados» fundada en Ingolstadt en 1776 por el catedrático Wishaupt y el estudiante Zwackh, y que se extendió rápidamente en Baviera y Austria, encontrando partidarios hasta en el Tirol. Mas antes que pudiera hablarse formalmente de un efecto alumbrador del iluminatismo en aquellas comarcas tenebrosas, éste sucumbió á la persecución furiosa que contra él suscitaron los jesuitas de sotana y de levita que dominaban en la corte y el gabinete del disipado elector Carlos Teodoro. En Austria las órdenes de despreocupación perecieron en la tempestad de reacción que estalló inmediatamente después de la muerte de José II en el reinado de Leopoldo II. Por lo demás no había gran daño en esto porque, considerándolo en conjunto, lo de las sociedades secretas era más bien un juego de buena intención y un pasatiempo del espíritu, una «sublime niñería» (Federico el Grande la llamaba así) que un trabajo civilizador serio, y no podía ser tal por la sencilla razón

que todo el aparato misterioso que para la mayoría de los masones é iluminados era lo más importante, era absolutamente incompatible con el espíritu moderno cuyo aire vital es la publicidad. Mucho más en conformidad con este espíritu pensaban pues y obraban aquellos patriotas suízos que en marzo de 1762 se reunieron en Schinznach de Argovia para fundar la célebre *sociedad helvética* que se proponía «buscar los sentimientos de comunidad desaparecidos, reinflamar el espíritu público casi apagado», y que han trabajado en el cumplimiento de esta tarea con sincero afán y grandes resultados. La sociedad helvética fué uno de los primeros ejemplos y de los más estimulantes de la importancia del sistema de asociación en nuestra vida moderna. Sin embargo, este gran recurso de la civilización moderna, la asociación voluntaria, como se sabe, sólo en el siglo XIX ha alcanzado un desarrollo que la ha hecho capaz no solamente de reemplazar la corporación de la Edad media, sinó de sobrepujarla en eficacia, tanto para el mal como para el bien.

Bajo la influencia cada vez más poderosa de las teorías pedagógicas, políticas y sociales de Rousseau expuestas con todo el encanto de una elocuencia deslumbradora, así como bajo los impulsos del mundo poético de Shakespeare que se había abierto poco á poco á los alemanes, la marcha templada de la despreocupación había tomado un compás más rápido convirtiéndose en el último tercio del siglo en impetuosa carrera de asalto. La nueva generación nacida á mediados del siglo «echa tinta» era adulta. A los despreocupadores de coleta y bolsa de cabellos siguieron los rebeldes «génios originales», «génios forzudos», los «asaltadores» y «empujadores» con «cabezas de suecos» y fraques de Werther. Un espíritu pronunciado en rebeldía agitaba á los circulos que pretendían de cultos, oscilando entre las tradiciones de lo pasado y la esperanza anhelosa de redención de esas tradiciones. La literatura se hizo petulante, revolucionaria, aventurera, procediendo con extremada irrespetuosidad contra todo lo senil y rancio, contra la tiranía de toda disciplina, contra todo lo nimio y pedantesco. Sus representantes mismos se convirtieron en figuras fantásticas y por más que se distinguiera exteriormente la actitud y conducta del poeta, músico, patriota y mártir suabio, Schubart, la del ex-capuchino y archimason austríaco, Fessler, la del suízo Lavater, vicario de S. Pedro de Zürich y misionero de un cristianismo inspirado, ó finalmente la del Prusiano «mágico del Norte», Hamann, quien combinaba de una manera muy singular la genialidad forzuda de la Biblia, interiormente, llevaba el sello general de una quijotería inquieta y agitada. Una especie de borrachera se había apoderado de los ánimos y no de los juveniles. El grito por redención de la mentira del rococo y en el sentido más lato de la palabra, el grito por libertamiento de las ataduras y trabas de condiciones anticuadas se oía en todas partes. ¡Guerra á los curas! ¡Escarnio á los pedantes! ¡Odio á los déspotas! ¡Naturalidad y libertad! eran los gritos que resonaban en toda Alemania. El tono fundamental altamente idealista de este período de agitación y efervescencia se manifestaba cada vez de nuevo en todas las variaciones y cuando no rugía ni tumultuaba no dejaba de susurrar y flautar. Este idealismo anheloso fué el que pocos años después de la fundación de la alianza de poetas

Göttingen en el norte protestante de Alemania, hizo brotar de la masonería despreocupadora la órden revolucionaria de los iluminados en el sur católico de la misma. Este idealismo fué también el que inspiró á los hermanos de la tabaquera de Lorenzo del círculo de Gleim de Halberstadt y del de Jacobi de Penpelfort, así como á los visitadores del cenáculo místico-católico-platónico de la princesa de Gallitzin de Münster y á los miembros del conventículo distinguido pietista de los Stolberg y Rebentlow de Holstein, todas las extravagancias de una amiguería exagerada hasta convertirse en culto. También fué ese idealismo el que reveló á Herder la inteligencia cosmopolita de los acentos de la jigantea arpa de la poesía de todas las naciones, el que arrancó á Göthe sus canciones juveniles más dulces, el que puso en la mano de Jerusalen-Werther la pistola suicida y en la del imberbe Schiller la pluma con que borroneó sus *Brigantes*, el manifiesto más indómito genial de la época de la agitación y efervescencia cuyos dolores y esperanzas, desesperación y entusiasmo, propósitos, deseos y luchas titánicas, el poeta del *Faust* ha condensado luego en poema universal de la época moderna. Y finalmente fué la misma agitación y efervescencia idealista la que hizo que en Berlín las señoras se disponían á abandonar el corsé y el miriñaque para adoptar la «camisa griega», lo que ciertamente no parecía ménos revolucionario que cuando un poco antes en el año 1783, un poeta berlinés en un periódico de Berlín celebró el éxito feliz de la guerra de independencia Norte-Americana en una oda entusiasta que culminaba en la siguiente estrofa:

«¡Y tú, Europa, levanta la cabeza!
También para tí amanecerá el dia que romperá la cadena,
Que tú, noble, serás libre, á tus príncipes
Expulsarás, y prosperarás, democracia feliz!»

Una confesión tan franca y abierta de opiniones y esperanzas republicanas en el Berlin de Federico el Grande, en la misma Prusia que el grande italiano Alfieri, quien la recorrió en aquel tiempo, llamó «un cuerpo de guardia sin interrupción», ¿no caracteriza la fermentación caótica de la época que, según el título de un drama genial forzudo de Klinger, lleva con razón el nombre *Epoca de la agitación y efervescencia*?

Pero en Alemania el movimiento lleno de agitación y efervescencia era y permanecía esencialmente literario. El cómo y porqué, lo hemos contestado antes; y ahora nos queda que hablar de un hombre que como ningún otro estaba apropiado á llevar adelante este movimiento literario y á mostrarle su verdadero rumbo continuando la actividad crítica de Lessing y acogiendo al mismo tiempo con oídos cultos y cosmopolíticamente accesible, la armonía universal de la poesía del mundo para hacerla oír y comprender también por su nación. Ese hombre era Juan Godofredo Herder (de 1704 á 1803) natural de Morungen, de la Prusia Oriental, cuyos merecimientos como poeta eran pequeños, pero grandes como instigador y educador de poetas. Lessing y Herder tienen entre sí la relación de esclarecimiento y genialidad forzuda. La crítica lessingiana desescombraba piedra por piedra del castillo de alucinacio-

nes, la herderiana derribaba la ciudadela por asalto. Pasar de la crítica á la producción propia como hacía Lessing, era imposible para Herder; en cambio tuvo el mérito ciertamente no pequeño de ser un mediador tan delicado como enérgico entre la cultura clásica antigua y la romántica cristiana, así como entre el conocimiento crítico y la producción original. Enseñó á los poetas á mirar en su propio corazón, señalándoles en todas partes lo original, lo espontáneo, lo natural y lo popular. Hizo para Göthe cuando estudiaba en Estrasburgo, en particular, lo que ha hecho para la literatura alemana en general, es decir, completó la emancipación del amigo como de la poesía alemana, de las reglas artificiales francesas abriendo á aquél como á ésta el mundo de la Biblia, de Homero y de Shakespeare. Presentó el resúmen de su actividad extraordinariamente fecunda y fecundante como intérprete explica-



HERDER.

dor y exegeta cosmopolita en sus «Voces de los pueblos en canciones» (1778) con las que abrió una verdadera «fuente virgen» á sus coetáneos sitibundos de naturalidad. Los escritos científicos de Herder evidencian agradablemente la íntima alianza que la ciencia y el arte alemanes habían concluído en la unidad superior de la literatura nacional. También en el terreno de la erudición este hombre universal mostrose iniciador feliz, sobre todo de un tratamiento más racional de las cuestiones teológicas y de la ciencia histórica, debiéndole esta última su cimentación filosófica verificada por Herder en sus excelentes «Ideas sobre la historia de la humanidad» (1784), uno de los mejores libros del siglo compañero cosmopolita de las «Voces de los pueblos». Por lo demás la idea del cosmopolitismo no le ha hecho olvidar de ninguna manera su condición de alemán. Con patriótico pesar contemplaba el imperio desmo-

ronado, el polipolitismo alemán y en 1778 apostrofó al emperador José con los siguientes versos:

«Oh emperador, tú de noventa y nueve príncipes
Y Estados como la arena del mar
La cabeza, dadnos aquella de que tenemos sed:
¡Una patria alemana!»

Este tono patriótico que, (nótese bien) resonaba más definitivamente en el cosmopolita Herder que en el teutono Klopstock, fué continuado en la manera de este último con la plena voz de pecho del entusiasmo juvenil también en la «Alianza del bosquete». Era la época de los almanaques de las musas y de las alianzas de poetas. Boie, fundador del *almanaque de las musas* de Gottinga (1770), fué también el instigador de la alianza de los poetas de Gottinga, en cuyas manifestaciones se mezclaban singularmente un patriotismo bardo-arqueologizante y el sentimentalismo más tierno. Juan Enrique Vos (de 1751 á 1826) natural de Sommersdorf de Meklemburgo, que era la verdadera alma de esa sociedad, ha descrito la fundación idílico-fantástica de la misma en su oda *La encina de la alianza*. Refiere como él (por la tarde del 12 de setiembre de 1772) con algunos de sus amigos salió de la ciudad al campo y como allí en un encinar alumbrado por la luna llena se les ocurrió de repente jurar la «alianza de la amistad».

«¡Ah! resonó la exclamación: mirad la potente,
Mirad la encina Bragor de la patria!
Desplegando lentamente la fuerza primitiva del gérmen
Elevose y confía en el cielo.
De repente llevonos un ímpetu brioso
Al ancho abrigo y de bellotudas
Coronas de ramos ciñendo todos las molleras,
Juramos alianza con fiel palmada.
A quien fué confiado genio santo,
Purifíquele la verdad de eterna fuerza para ver
Lo que es bueno y bello, lo que al éter
Eleva de la ilusión y apetito del polvo!
Lleno de tranquila veneración barrunte la divinidad
Que vive en los hombres de sabia antigüedad
Vuelo (el ala de la libertad le levanta)
Notando en discurso y canto y proeza!
Por armonías luego amanse de la patria
La prole, otro Orfeo, maestro de piedad
Y de órden, inflexible á la autoridad,
Franco, despreciador de la envidia y honesto».

Estos versos indican cuán altos y latos los juveniles agitadores é impulsores fijaban los fines de su alianza. Soñaban de hacer de su poetería un factor ético y patriótico de acción inmediata sobre la vida; y de esto resultaba como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«el sensato Merck decía con mucha razón, en suma, «nada más que tonterías.» Las extravagancias del bosquete se acabaron pronto. El rujido de bardo de la libertad exagerado hasta la locura especialmente por el conde Federico de



FUNDACIÓN DE LA «ALIANZA DEL BOSQUETE.»

Stolberg que no tardó en desertar al campo de los oscurantistas, debía causar asco en todos los que pensaban, lo mismo que la insípida sensiblería que otro bosquetero, Miller, lloriqueaba en su llamada novela de convento *Sigwart*. Importancia duradera alcanzaron solamente dos indivíduos del grupo de poetas de Gottinga, Voss y Bürger, este último, por lo demás, no había to-

mado parte en las extravagancias de los bosqueteros. Voss llegó á ser una verdadera cabeza de carácter racionalista, y durante toda su vida defendió valerosamente los fueros de la razón y de su pueblo llevando con su Ernestina, á veces con graves angustias y congojas, una casa modelo de honestidad verdaderamente alemana y burguesa que se diferenciaba muy ventajosamente de la frivolidad con que los genios forzudos querían tratar el matrimonio, así como de la liviandad que más tarde fué proclamada y puesta á la moda por el romanticismo. Como poeta, Voss se ha conquistado el mérito duradero de haber revelado la poesía de la vida doméstica burguesa y campesina de la Alemania del Norte, especialmente la poesía de la casa del rector y del maestro de escuela. Es verdad que aquella poesía es algo casera; pero en los idilios de la rectoril *Luisa* y del honrado maestro de escuela *Tamm* no deja de notarse algo de las mejores cualidades del pueblo alemán. Un merecimiento verdaderamente grande por la cultura nacional adquirió Voss con su traducción de Homero (empezada en 1781), abriendo á los alemanes por primera vez el mundo de la antigüedad. Toda la historia de la literatura nacional de los últimos dos decenios del siglo XVIII demuestra lo provechosa que ha sido aquella traducción por el torrente de luz y belleza que arrojó sobre la literatura.

Godofredo Augusto Bürger (de 1748 á 1794) natural de Wolmerswende, quien, en honor de su Molly, la dicha y el tormento de su vida, ha cantado el magnífico *Cántico de la única,* conoció pronto que las abstracciones klopstockianas no podían ser de gran utilidad para la literatura nacional. Su justo sentir que la poesía debía ser más popular le condujo á la composición de baladas que apropió á la poesía alemana después de haber ejercitado su gran talento por este género en los antiguos romances ingleses sacados á luz por Percy. Así compuso su balada del cazador feroz, su canción del hombre de bien, su Leonor y varias otras que, por su feliz elección de tema, por la decisión del dibujo y la viveza del colorido, por la facilidad de la versificación y la frescura popular del lenguaje, han conmovido ya la imaginación y el corazón de tantas generaciones, colocando á su autor en el número no muy crecido de los poetas que viven no solamente en la historia de la literatura, sinó en el corazón y la boca del pueblo.

Mientras en el norte de Alemania los bosqueteros bailaban al rededor de su «encina de alianza», habíase juntado en el sudoeste, en las comarcas del Main y del Rhin, una compañía de jóvenes agitadores é impulsores que no sabían nada de estatutos de asociación, sinó que fueron juntados casualmente y dispersados pronto por la agitación y efervecencia que conmovía aquella época. Francfort, Darmstadt, Gessen, Estrasburgo, Wetzlar, eran los puntos donde se agitaban aquellos genios originales. Era todo una tropa de «titanes» esos Wagner, Hahn, Lenz, Klinger, ó al menos creían que lo eran; pero sólo al único Göthe le fué dado asaltar el olimpo de la poesía enseñándole los verdaderos caminos y senderos Herder y Merck. Pero no, no á él solo. Pues siguiendo la figura puede decirse que mientras Wolfgang Göthe subía á paso de asalto el monte de los dioses por un lado, su coetáneo más jóven, pero

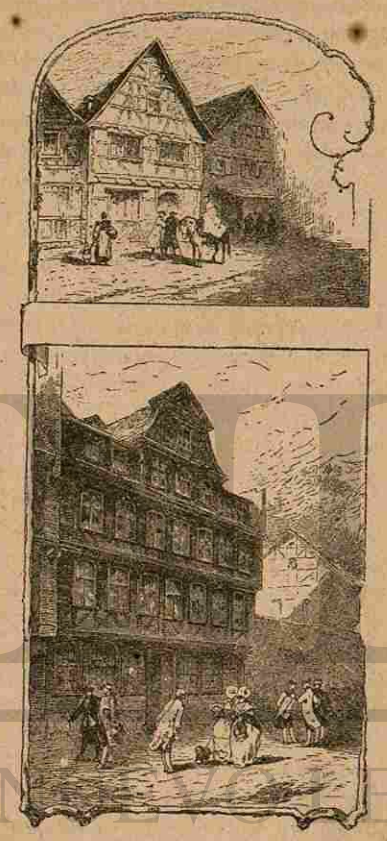
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

de igual fuerza, Federico Schiller, empezaba á trepar la cumbre por otro lado. Apenas hay que hacer constar que los términos «asalto y trepar» se han escogido adrede para caracterizar la diferencia tanto de la vida de los dos mejores del pueblo alemán como de su elevación á la perfección clásica.

La aparición del juvenil y hermoso Göthe fué en todas partes triunfal como la de un hombre escogido, primero en Leipzig, luego en Estrasburgo, donde al presentarse el «espléndido mozo de estudiante» en cualquier restaurant los presentes dejaban descansar el cuchillo y el tenedor y deponían las copas empinadas para admirar la hermosura del jóven. Mas tarde en Sesenheim, donde el amor de Federica Brión fué para él un sol que alumbraba los días de felicidad más pura de su vida, en Darmstadt, donde el jóven «hijo de dioses» cuando había visitado á su Mentor Merck, las mujeres casadas y solteras más bellas y gentiles de la ciudad le acompañaban hasta extramuros, en Wetzlar, donde pudo experimentar los «sufrimientos de Werther» para que los pintara luego. Y más aun en Weimar, donde hechizó á todos de igual manera, «hombres y mujeres». Compárese con esto la mísera juventud de Schiller en la humilde casa paterna de Marbach, de Kamnstadt, de Ludvigsburgo, de Lorch, luego en el «Plantel de esclavos» de la Soledad y en la academia militar de Stuttgart. Opónganse enfrente una de otra éstas dos escenas. Como Göthe en 1779 desempeña en Weimar para deleite de la corte y de los convidados, el papel de Orestes de su «Ifigenia» revestido del jitón griego, mientras que su amigo el duque Carlos Augusto hacía de Pílades, y como el «cirujano de regimiento», Schiller, cierto día de verano de 1782 en el castillo de Hohenheim con motivo de los *Brigantes* fué incriminado como un esclavo por el duque Carlos Eugenio, reprendido como un malhechor y despedido con la amenaza: «Ahora váyase y le digo que en adelante no hará imprimir ningún otro escrito, absolutamente ningún otro que no sea de medicina ¿me ha comprendido? Le digo que no escribirá más comedia, bajo pena de casación y prisión de castillo!» Y después: El jóven Göthe fué llamado por su duque como amigo deseado de la acomodada casa paterna á Weimar, mientras que el jóven Schiller hubo de huir de la escasa patria de noche y oculto ante el enojo de su duque que se había desahogado ya tan ignominiosamente en Schubart. ¿No explican estos contrastes suficientemente cómo sucedió, cómo debía suceder que en Göthe la soberanía del genio y en Schiller el imperativo categórico del deber ha sido la potencia directora y gobernante?

La aparición de Göthe en la corte de Weimar, el tuteamiento del poeta con el duque, la agitación y «furia» de genialidad forzuda en la pequeña residencia del Ilm, marca ruidosamente el adelanto del espíritu moderno hasta en los círculos que antes le habían sido cerrados. Esa «córte de musas» con sus «genios» que venían y se iban con su espíritu oceánico-werthereano-faústico, sus excesos y extravagancias con sus sainetes aristofánicos y sus humores shakespearianos, con sus «monadas» lenzianas y sus titanismos klingerianos, con sus comedias y sus amoríos, sus cabalgatas y carreras, sus cazerías y francachelas con su descoco que saltaba todas las vallas de la etiqueta y conveniencia, y sin embargo, en sus más locas diversiones conservaba cierto

idealismo, á fé ¿no era esta corte de musas del Ilm un considerable trozo de revolución? Y de una revolución, que no solamente sacudía las tradicionales formas sociales, sinó á veces también (no hay que ocultarlo) las nociones fundamentales de la moral hasta el punto que en semejante atmósfera, un carácter tan altamente moral como Schiller podía pensar seriamente en la extravagancia de una bigamia con dos hermanas. La posición que durante los «alegres tiempos de Weimar», las mujeres ocupaban en aquella sociedad, es muy notable en la historia de la civilización: la excéntrica duquesa Amalia, rica en espíritu y corazón; Lota de Kalb, la «titánida», querida de Schiller y



Casa natal de Schiller.

Casa natal de Göthe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Jean Paul, amiga de Göthe, Fichte y Hölderlin que conservaba la agitación efervecencia de su espíritu hasta la última vejez; Lota de Stein, la «mejor de todas» la «gran llama» de Göthe la cual llama echó una humarada bastante



Lota de Longefeld.



Lota de Kalb.



Lota de Stein.

turbia cuando el querido amigo se tomó la libertad de componer sus «elegías romanas» en los brazos de la juvenil, fresca y guap Cristiana Vulpais; luego la que según nuestro criterio, era la «mejor de las Lotas», Lota de Lengefeld, luz y consuelo de la existencia de Schiller con su entusiasta hermana Carolina; después la bella cantatriz Corona Schröter, también durante una temporada,

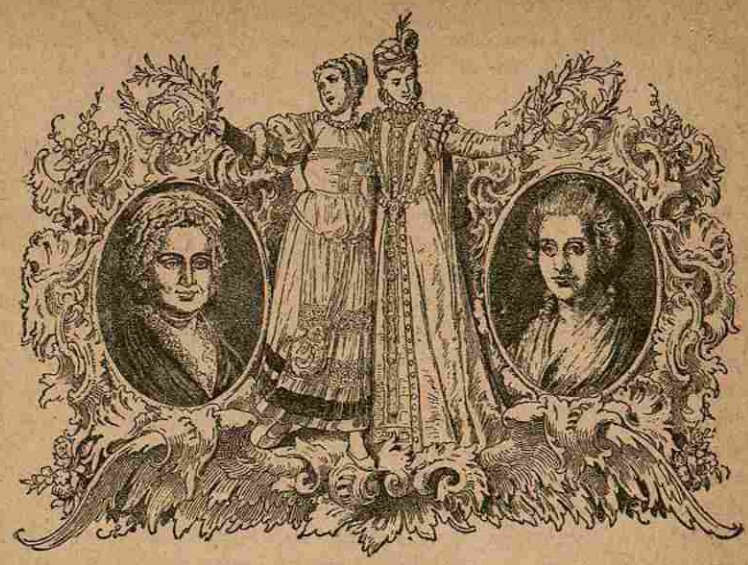
llama no pequeña de Göthe, Emilia de Berlepsch, una verdadera «emancipada», Sofía de Schardt á la que el evangelio de humanidad de su amigo Herder no ha podido preservar de la «conversión» al papismo, y finalmente la poetisa Amalia de Imhof, deslumbradoramente bella con su blanco traje griego y sus ojos de liebrecilla, ardientes de entusiasmo. Varias de estas mujeres más ó ménos geniales han tomado parte activa en el proceso de fermentación del que salió el clasicismo alemán, pero si se considera en conjunto las relaciones del mundo mujeril de entonces con los hombres eminentes, si se examina sin prevención la manera total dirigida á lo insólito, fantástico, extravagante, como los círculos sociales de la época de agitación y efervecencia concebian y llevaban la vida, se comprenderá que Jean Paul aun en el año de 1798 podía escribir de Weimar á un íntimo amigo en vista de los excesos de la revolución francesa: «Aquí están de moda costumbres que sólo puedo pintarte oralmente; todo aquí es atrevidamente revolucionario y las esposas no son respetadas. Lo cierto es que una revolución intelectual y más grande que la política y no ménos mortífera, palpita en el corazón del mundo.» Y sin embargo, lo que pasaba en la ciudad de las musas del Ilm era honesto é inocente en comparación con la vida disipada que reinaba al mismo tiempo en Berlín. Un testigo ciertamente irrecusable, el director de la academia, Schadow, quien en su juventud había presenciado esa vida disipada, la ha descrito en su vejez de la siguiente manera gráfica: «En los tiempos de Federico Guillermo II, reinaba la mayor disolución. Todos se emborrachaban con champagne, se hartaban con las mayores golosinas y satisfacían todos los apetitos. Todas las familias procuraban arrimarse al rey y á la corte ofreciendo á porfía á las esposas é hijas, mostrando en esto la nobleza alta más afán y empeño. Las personas que han participado en esa vida disoluta han muerto todas prematura y en parte miserablemente; el rey al frente. No es posible imaginarse el efecto bénefico que tuvo después de aquella disipación el ejemplo de Federico Guillermo III, el tranquilo caserismo, la belleza, amabilidad y honestidad de la reina Luisa.» Afortunadamente esta ilustre princesa, admiradora entusiasta de Schiller y Jean Paul no estaba sola en su época, sinó que tenia más de una compañera de iguales sentimientos. Así ante todas á la duquesa Luisa de Sajonia-Weimar. Semejantes mujeres por su conducta han influído muy saludablemente en la regeneración de las costumbres del período límite de dos centurias, justificando el célebre consejo de Göthe:

«Si quieres saber exactamente lo que es decente,
Vete á preguntar á las mujeres de sentimientos elevados!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Luisa y Napoleon en Tilsit.



La madre de Göthe y la de Schiller.

IV.

Clasicismo y romanticismo.

Equivocaríase el que creyera que el tranquilo trabajo de zapa de los despreocupadores ó los impetuosos asaltos de los agitadores è impulsores derribaran rápidamente las murallas del oscurantismo alemán. El movimiento científico y literario pasó por ahora todavía sin producir efecto alguno por encima de la rancia masa popular. ¿Qué sabía y quería el campesino alemán ó el honrado vecino de las villas y ciudades del clasicismo y del romanticismo? Nada. También aquí tenemos como hecho de la historia de la civilización la figura de las cumbres de montaña que al salir el sol se elevan alumbradas sobre los valles que aun permanecen oscuros. Lentamente, lentamente, lentamente descendía la claridad de las alturas á las llanuras. Primeramente el férreo arado de guerra de los tiempos napoleónicos había de remover dolorosamente el suelo del pueblo alemán hasta lo profundo antes que la siembra intelectual de sus pensadores, emancipadores, pudiera encontrar en aquel suelo espacio para germinar y sitio para brotar. ¡Y con cuántas dificultades tenía que luchar aun entonces la germinación, cuántos obstáculos encuentra todavía hoy el crecimiento de aquel sembrado! Sólo desde mediados del si-

glo XIX el sistema de enseñanza ampliado y perfeccionado en todas sus partes, la jigantesca actividad del periodismo y la centuplicada energía de sociedades han hecho posible convertir en bien común de la nación gradual aunque lentísimamente el tesoro nibelungiano intelectual de la verdad y belleza acumulado por los investigadores, poetas y artistas. Y aún suponiendo que este proceso civilizador siga constantemente sin experimentar ninguna interrupción violenta, la discreta reflexión nos conduce á la conclusión que aún han de pasar centenares, hasta miles de años antes que el pueblo, el verdadero pueblo, no el escrito ó pintado, sea capaz de sentir, no ya de comprender la fuerza de una argumentación de Kant, la belleza de una elegía de Göthe, la profundidad de una canción ideal de Schiller, la grandeza de una sinfonía de Beethoven.

Y es cierto que estos héroes de la cultura se adelantaron tanto á la masa del pueblo que á veces la perdieron enteramente de vista. Pero si hubiesen arreglado su paso conforme á la capacidad de seguir de la masa inerte, los alemanes estarían aun hoy científicamente con el pastor Göthe, y literariamente con el catedrático Gotehsed. ¿Que sería del genio divino si se le exigiera tener en cuenta en su obrar, la capacidad intelectual del inerte barro? Agradezcamos, pues, á esos vates y profetas el que avanzaran y progresaran osadamente sin preocuparse de la muchedumbre y rechacemos desde luego el prejuicio engendrado por el grosero espíritu de partido con la ignorancia desvergonzada como si precisamente aquellos alemanes que han enaltecido más el nombre alemán, hubiesen tenido ideas poco alemanas y obrado impatrióticamente porque con Göthe y Schiller al frente pagaban un tributo á las ideas cosmopolitas como todos los grandes hombres y mujeres importantes del siglo XVIII. Es verdad, Göthe y Schiller eran cosmopolitas en el sentido más noble de la palabra, pero lo eran precisamente como genuinísimos y sincerísimos alemanes; y si de la miserable realidad que les rodeaba, estrechaba y oprimía, se refugiaban en la utopia del cosmopolitismo, comó ha sido de su genio, no dejan de haber creado lo más alemán que existe en la literatura alemana; Göthe sus canciones, su Faust y su Hermann; Schiller su Carlos, la canción de la campana y el Tell.

El valor intrinseco y la belleza de la forma externa de las producciones de la poesía y del arte clásicos-antiguos, nos imponen tanto á los modernos, que solemos llamar «clásico» todo lo que es acabado y perfecto en su clase. Por esto llámase época del clasicismo alemán, aquel período que empezó con Klopstock y alcanzó su culminación con Göthe y Schiller; pero precisamente con respecto á estos dos grandes amigos la palabra tiene aun la significación especial que pretende caracterizar el ideal artístico de los dos, es decir, el helenismo alemán. Es sin duda el grado supremo de libertad y belleza que el espíritu del pueblo alemán, y aun el del germanismo en general, ha podido alcanzar hasta ahora. Veamos cómo llegaron á tanta altura los dos, cuya amistad sin par en la historia de ninguna otra literatura, es altamente honrosa para Alemania.

Juan Wolfgang Göthe (1749 á 1832) natural de Francfort del Main, era hijo

de un padre cuidadoso y liberal á su manera y de una madre genial, cuyo «jovial carácter» el hijo confesaba con gratitud haber heredado. Juan Cristóbal Federico Schiller (1759 á 1805) de Marbach de Suabia, era hijo de un padre que á pesar de la gran diferencia de su posición social, tenía en común con el padre de Göthe no solamente los nombres. Juan Gaspar sinó también muchas otros cosas en sus opiniones y modo de obrar, y de una madre que ciertamente carecía de la jovialidad genial de la «señora Aja»; pero la superaba en calor y ternura de sentimientos. Göthe se crió alegremente en condiciones acomodadas, hasta ricas; Schiller penosamente en condiciones hasta miseras. El que examine comparando la niñez y adolescencia de los dos comprenderá sin dificultad que el florido realismo de la poesía de Göthe debía dedicarse al culto de la belleza, y el laborioso idealismo de Schiller al culto de la libertad. La suerte deparó al jóven Göthe, precisamente en la edad más susceptible, en Enrique Merck, un amigo que le condujera cada vez de nuevo de la fermentación de las pasiones juveniles y del bullicio y tumulto de las genialidades forzudas á la tranquilidad del propio corazón y le demostrara primero claramente su destinación y tarea como poeta, la de dar forma poética á lo real, de imprimir el sello ideal á la materia positiva. Comprendiendo y resolviendo Göthe este problema, pudo decir más tarde con razón y fundamento que todas sus obras eran confesiones, es decir, que su poesía expresaba solamente lo que le había pasado. Para entender bien esto, basta contemplar sus figuras de mujeres, en cuya magnífica naturalidad estriba una de las más bellas prendas de la fuerza creativa de Göthe («Sé que son eternas porque *son*»). Schiller no tuvo tal suerte. Lo que le pasó á él no le llevó á embellecer, sinó más bien á combatir la realidad. No lo «eternamente femenino», sinó lo eternamente varonil ha sido el alma de su poesía, y por esto las figuras de hombres le han salido mejores que las de las mujeres. Característica es también la diferencia de los medios de cultura á beneficio de los cuales los dos salieron de la fermentación agitadora é impulsora, clarificados al helenismo alemán. Göthe se ha cultivado en el estudio de las artes plásticas y de la ciencia natural (de manera que llegó á ser un investigador y descubridor original en las ciencias naturales), mientras que para Schiller el estudio de la historia y de la filosofía kantiana fué un proceso de purificación cuya intensidad y fecundidad se mostró primero en los trabajos históricos, y luego en mayor grado en los filosóficos artísticos de este poeta. Por medio de los primeros creó para los alemanes un estilo artístico-histórico-popular en el mejor sentido de la palabra, mientras que en los segundos «cumplió las leyes de la belleza que daba en el momento mismo de darlas.»

Las hazañas juveniles de Göthe y Schiller en la literatura nacional *Götz, de Berlichingen* (1773), los *Sufrimientos de Werther* (1774), los *Brigantes* (1781), tocaron los corazones de todos los impresionables de la nación con descargas eléctrico-simpáticas. Sentían que aquí había lo que se agitaba, conmovía, trastornaba la época, presentado á los ojos de los coetáneos con vigor original en formas poéticas. Göthe representaba en la agitación y efervecencia del siglo XVI reproducida con naturalidad al mismo tiempo las del siglo XVIII pre-

sentándose en su forma y su contenido como drama popular verdaderamente nacional cuyo nervio era el sentimiento patriótico de libertad tal como había sido encendido en la juventud alemana por Klopstock. El Werther, primera novela original de la literatura alemana y obra de arte de primer rango, fué un *acontecimiento* literario como no hay otro. Este grito de dolor y de indignación arrojado de lo más profundo del pecho contra el embrutecimiento social, contra la rutina «filistrosa», produjo un efecto tan tremendo en los ánimos, que el sensato Lessing, como es sabido, quería que se añadiera al irresistible librito un capítulo final enérgico para no dejar al triunfo de las potencias del corazón degenerar en extravíos y locuras sentimentales, de lo que realmente pasaron varios casos. Los Brigantes, eran la descarga más violenta de la tempestad genial forzuda que se había aglomerado otra vez para desahogar toda su energía bajo la presión de circunstancias externas en el alma del estudiante Schiller. Con una claridad tan espantosa cayeron los rayos de pensamientos de ésta pieza en la podredumbre de la vida alemana, tan indómitos y rebeldes crugían y rugían las palabras de trueno de la tragedía bandolera, que se comprende, que y porqué dijo aquel príncipe alemán: «Si yo hubiese sido Dios y estado á punto de crear el mundo y hubiese previsto que en aquel mundo se escribiría una pieza como los *Brigantes,* lo habría dejado por crear.» ¿Qué habría dicho su alteza serenísima si hubiese podido ver como en la antigua ciudad universitaria suabia de Tübingen en el momento en que los dias esplendorosos de la revolución francesa deslumbraban también del otro lado del Rhin hasta hombres formales, por no decir nada de la juventud? La agitación y efervecencia que se alborotaba en los *Brigantes* de Schiller se manifestaba en formas extrañas. El jacobinismo había penetrado al través de los muros monacales de la venerable «fundación teológica» de la que miriadas de pastores y magistros suabios habían salido al mundo para predicar y enseñar. A la sazón estudiaban juntos en ese instituto Schelling, Hölderlín y Hegel ostentándose sobre todo este último, el que había de ser más tarde filósofo oficial del reino de Prusia como «enérgico jacobino». Pues bien, cierto dia todos los alumnos del instituto se fueron á la plaza para eregir un árbol de la libertad y bailar alrededor la *Carmañola* con gran júbilo. Ese cuadro permanecía seguramente también á la signatura del tiempo, como aquellos estudiantes en el hábito de su instituto, frac negro, medias negras, zapatos con hebillas, una estrecha capita negra pendiente de los hombros, sobre éstas largas coletas, sobre éstas, grandes tricornios, bailaban alrededor del árbol de la libertad para celebrar el nacimiento de la república francesa.

Göthe se salvó á sí y á su genio de las consecuencias de los alegres tiempos de Weimar, trasladándose bajo el cielo azul y al lado de los tesoros artísticos de Italia, donde maduraron á perfección el *Egmont* y la *Ifigenia,* esa hermosísima flor del helenismo alemán, y donde siguió trabajando en la «obra de su vida», el *Faust*. Este gran problema en cuya resolución había trabajado con afán la leyenda popular del siglo XVI, había quedado más arrimado al corazón de Göthe que todos los otros problemas de agitación y efervecencia de su juventud (Prometeo, Ahasvero, Mahoma), y volviendo cada vez á ocuparse en

él lo convirtió en corona de la poesía alemana, en moderno poema universal, de manera que esta «tragedia de la humanidad» ha llegado á tener y tendrá cada vez más importancia «decisiva para los destinos humanos» en todo el mundo civilizado. Schiller entre tanto hubo de pasar las congojas de sus años de aprendizaje reportando de ellos como hermosísimo fruto su *Don Carlos*, ese poema calurosamente cosmopolita y sin embargo, al mismo tiempo entrañablemente alemán, en el cual la genialidad agitada y efervecente del poeta se ha clarificado á la perfección artística que poco después ensalzó como supremo escalón de la humanidad, en su magnífico himno, *El artista*. Con esto Schiller había ya entrado en el campo de la «lírica ideal», del que sacó más tarde mucho de lo mejor que ha dado á su nación. Pero precisamente en la producción lírica resalta más la diferencia característica entre la originalidad de Göthe y de Schiller, siendo también en esta, Göthe preferentemente artista espontáneo, y Schiller más vate y maestro de los pueblos. Toda la escala de la lírica de Göthe, desde el volaz suspiro amoroso con que el poeta sale en la noche de verano de la vivienda de su amada hasta las sublimes odas é himnos en los que igual al Júpiter por él descrito, siembra sobre la tierra benéficos rayos desde tronadoras nubes respira una espontaneidad de sentimiento y una propiedad de expresión tal, que el lector ú oyente se siente elevado por encima de las miserias de la vida cuya realidad parece aquí idealmente transfigurada. La lírica de Schiller al contrario, invita al oyente ó lector á seguirle trepando las empinadas sendas del pensamiento original sin arredrarse por lo penoso de la subida, para mirar luego tranquilamente desde la etérea altura de la razón sobre la «angustia de lo terrenal.»

Cuando Schiller hubo entrado en la edad de madurez viril y Göthe estaba todavía en la plenitud de la misma, encontráronse los dos en el año 1794. Halláronse acordes en el pensamiento que la belleza debía ser la suprema ley del hombre para que pudiera llegar por la educación á ser ciudadano del Estado racional cosmopolita, así como en la convicción que la humanidad progresaba real y verdadeaamente sólo por el camino de la «cultura tranquila», mas no por la vía de violentas crisis y convulsiones como las que á la sazón partían de París sacudiendo á Europa. Lo que han sido el uno para el otro y los servicios que con su amistad han prestado á su país lo sabe todo alemán instruído. La influencia mútua del uno sobre el otro, ha provocado en ambos una nueva primavera de actividad productora. Schiller era el que no cesaba de incitar al amigo para que reemprendiera el *Faust* y el *Guillermo maestro*. Era Göthe el que instigaba al amigo á tomar parte en la guerra de las xenias, así como en la composición de baladas y romances. A la emulación de los dos maestros en este genero debemos toda una série de baladas y romances que pertenecen á los tesoros más difundidos y más civilizadores de la literatura alemana. La *guerra de xenias* göthe-schilleriana (1797) ha cometido muchos desaciertos, pero en conjunto ha purificado saludablemente la atmósfera literaria. Los dos amigos estaban en aquel tiempo en el zénit de su cosmopolitismo. Schiller expresó en las xenias esta idea:

«¿Alemania? ¿Pero donde está? No acierto á encontrar ese país;
Donde empieza el docto cesa el político.»

Y Göthe vino á remachar el clavo, diciendo:

«Desarrollaros en nación lo esperais en balde, alemanes;
En cambio desenvolveos, lo podeis, á ser hombres libres!»

Pero ya habíanse encargado los acontecimientos de suscitar en los dos amigos el presentimiento que á la larga no sería sostenible la utopia cosmopolita. La soldadesca de la república francesa que al principio había tenido la boca llena de cosmopolitismo, suministró en las comarcas del Rhin unos comentarios tan instrutivos al texto cosmopolita, que los autores empezaron á recordar la propia nacionalidad. Ciertamente no como cosmopolitas, sinó tan sólo como alemanes pudieron componer Göthe su sin par beilo idilio burgués de *Hermann y Dorotea,* y Schiller su *Canción de la Campana* de timbre genuinamente germánico y la más grandiosa de sus obras en el plan y ejecución, el *Wallenstein*. Tanto en el *Hermann* de Göthe como en la *Campana* de Schiller manifestábase la aversión pronunciada por la manera como la revolución francesa había puesto en práctica, es decir, parodiado su teoría y el *Wallenstein* abundaba en presentimientos proféticos de un tiempo en que «el mundo descansaba en la punta de la espada», intentando el napoleonismo convertir la idea del cosmopolitismo en la realidad de un cosmo-despotismo.

Una mirada retrospectiva sobre la cultura alemana en sus altas inspiraciones precisamente en una época en que el napoleonismo empezó á establecer su poderío, ha de producir en un alemán sentimientos muy diferentes. Pues aun cuando admitimos el derecho de Göthe y Schiller, cuando querían llevar á su pueblo por el camino de la cultura tranquila, sin embargo, la importancia que en aquellas circunstancias que amenazaban á su patria con un verdadero aniquilamiento daban á nimiedades y frioleras literarias, nos causa frecuentemente la ingrata impresión de bobería artística abstracta. Algo y aun mucho de ésta había también en los esfuerzos, por otra parte loables y saludables que los dos amigos hacían para colocar el teatro de Weimar á la altura de una verdadera institución artística, cosa que se intentaba simultáneamente en varias partes de Alemania. Pues el teatrismo alemán se había emancipado gradualmente del tosco naturalismo en la segunda mitad del siglo XVIII. El quedar la escena permanente había sido el primer paso importante, dando el ejemplo la célebre compañía de Ackermann á la que pertenecía también Eckhof, estableciéndose fijamente en Hamburgo en 1767. En ésta ciudad abriose el primer «teatro nacional» alemán, y poco después (1776) el emperador José II, quien distinguiéndose también en esto del rey Federico II, se interesaba por el teatro alemán y lo favorecía, elevó el «teatro cerca del castillo» de Viena á la categoría de teatro nacional, disponiendo que «en adelante no se representaran en él sinó buenos y regulares originales y traducciones bien hechas de otros idiomas». Esta era la fundación del célebre «teatro del castillo» que al través de todas las vicisitudes de los tiempos y á despecho de la increible estupidez de la censura teatral como la ejercía el odio á la cultura

del absolutismo Francisco-Metternichiano ha conservado durante todo un siglo su posición como escena modelo del drama recitativo en los países alemanes. Además había contribuído grandemente al fomento del teatro y al aumento del interés del público, la enérgica actividad de Lessing como dramaturgo y dramático, el conocimiento más exacto de las obras de Shakespeare, el establecimiento de teatros nacionales en Mannhein y en Berlín, las hazañas dramáticas juveniles de Göthe y Schiller, electrizando á la gente desde las tablas «que significan el mundo» sobre todo el *Götz,* los *Brigantes* é *Intriga y amor;* y finalmente la aparicion de actores de tanto mérito como eran Schröder, Iffland y Flech. No deja de ser digno de mencionarse que en



GÖTHE.



SCHILLER.

la época en que el clasicismo alemán bajo la inmediata participación de Göthe y Schiller emprendía la creación de un teatro modelo moderno en la Alemania protestante, en la católica continuaba en plena acción, la representación de los misterios de la Edad media. Así por ejemplo en la ciudad imperial Gmünd de Suabia, donde la representación anual por Pascua del juego de la Pasión se había hecho propiedad común del vecindario de tal manera que apenas había en la ciudad una familia que no hubiese tenido á uno más de sus miembros entre los actores. La tragedia de la Pasión de Cristo dividida en 24 escenas y representada en un escenario erigido en el lado septentrional de la catedral, llenaba las tardes y veladas de los jueves y viernes santos, asistiendo á esta «devoción» 15,000 ó más espectadores. La última representación tuvo lugar por Pascua de 1803.

Por lo visto había, pues, en Alemania escenarios en los que las producciones dramáticas del clasicismo podían representarse y se representaban realmente de una manera digna. La gran trilogía de Schiller, *Wallenstein* pro-

ducto supremo del arte trágico de los alemanes fué puesto en escena por primera vez en 1799 en Weimar, y en los primeros años del siglo nuevo parecieron en rápida secuela en las tablas *María Stuart*, la *Doncella de Orleans* y la *Novia de Messina*. También en estas piezas respira el genio de Schiller y preséntase el poeta como el más grande dramático de su país y de su tiempo, pero además tienen algo del ingrato saborcillo de la experimentación. Se nota que Göthe y Schiller no pudiendo concluir poéticamente una vida nacional, grandiosa y real se afanan penosamente en la esfera del arte abstracto para crear un sustituto. Con la *María Estuart* y la *doncella* propiamente Schiller pasó ya del clasicismo al romanticismo, mientras que la *Novia de Messina* era una tentativa de realizar en el drama alemán el ideal artístico del helenismo moderno. Esta tentativa no ha salido bien, el helenismo alemán no era un experimento sano; sin duda ha creado mucho bello, pero los peligros que encerraba cuando se le tomaba en serio, los prueba la suerte del pobre Federico Helderlin que ha sido paisano y coétaneo de Schiller y será siempre uno de los más grandes líricos de la literatura alemana, pero á quien volvió loco, el contraste de su helenismo con la realidad alemana. En el umbral del siglo XIX, Schiller parecía haber verificado ó estar á punto de verificar su fuga de esa realidad á la región del arte abstracto, pues en aquel tiempo dirigió á un amigo los siguientes versos:

«¡Ay! en balde en todos los mapas
Buscas la región feliz
Donde de la libertad el jardín eternamente verde,
Donde de la humanidad la bella juventud florece.
A los sagrados, tranquilos espacios del corazón
Debes huir del atropello de la vida!
La libertad existe solamente en el reino de los sueños.
Y lo bello florece solamente en el canto.»

Pero un destino feliz ha preservado á su patria de que el gran profeta del idealismo acabara en semejante quietismo. Schiller tuvo la dicha de no vivir para ver los tiempos calamitosos del mayor abandono, humillación y vergüenza de Alemania; pero vate como él ha tenido el presentimiento de aquellos tiempos y en virtud de su vaticinismo profético conoció de antemano en Napoleón al tirano del mundo. Y no conoció ménos que no había que buscar la salvación de su pueblo en el cosmopolitismo parodiado y falseado por la conquistadora República francesa y más aun por el bonapartismo. Entónces verificose en él la conversión feliz de las ideas cosmopolitas en ideas nacionales y patrióticas, y del fondo de éstas dió á su patria un legado precioso, el poema de Guillermo Tell que ostentaba espléndidamente la idea de la libertad unida inseparablemente á la idea de la patria, á la luz trasfiguradora de purificada belleza, y que desde entonces cada vez de nuevo ha encendido esa luz en innumerables corazones alemanes. Sólo pocas obras humanas existen en toda la historia del desarrollo de nuestro género que poseen una potencia

de acción tan nunca envejeciente, una fuerza moral tan productiva de hazañas como el Tell de Schiller.

Inseparablemente como sus estátuas de bronce en Weimar, están los dos grandes amigos en la historia de su país, representando los dos, cada uno á su manera, el hombre perfectamente libre, la persona completamente emancipada de toda su posición teológica. Göthe, no quería ser más que el artista libre y como tal consideraba de su incumbencia convertir en obras de arte todo lo que el pasado y el presente poseyera en recuerdos dulces y dolorosos, en vigor y pasión, en conocimientos y aspiraciones. Schiller en cambio consideraba la belleza ó lo que para él era lo mismo, la cultura humana universal como escuela de la libertad y ascendiendo del arte al Estado, del artista al ciudadano, señaló vigorosamente los fines del porvenir. Nosotros empero miremos con gratitud á los dos, evitando la pregunta estólida de cuál ha sido más grande, y alegrándonos cordialmente de que, como dijo Göthe, «existen dos mozos de esta clase». Estos dos «mozos» eran caracteres verdaderamente distinguidos debajo de los cuales «yacía lo vil en la profundidad de la apariencia inalterable», despreciadores de la plebe y de todo lo plebeyo, aristócratas en el buen sentido de la palabra que no se rebajaban al nivel de la muchedumbre sinó que trataban de elevar á su pueblo á su propio rango, soberanos en el imperio intelectual, nacidos en la púrpura del genio. Es instructivo ver como Schiller, el profeta de la libertad, ha profesado aun más terminantemente que Göthe, el sacerdote de belleza, este aristocratismo muy justificable en todos los tiempos:

«¡Majestad de la naturaleza humana! ¿He de buscarte
Entre la turba? Siempre han sido pocos los que te poseian.
Unos pocos cuentan, todos los demás no son sinó ceros,
Son blancas sin valor que sólo ocultan las suertes.»

De la literatura nacional reformada y creada por Klopstock y Wieland, Lessing y Herder, Göthe y Schiller, partió una abundancia de estímulos de la actividad artística, añadiéndose la receptividad por lo bello que animaba á la sociedad alemana de la segunda mitad del siglo XVIII en gran manera y que se manifestaba de hecho en la institución y fomento de colecciones de tesoros de arte (Viena, Berlín, Dresden, Düseldorf, Cassel, Mannheim), así como en la abertura de las escuelas artísticas. La producción original en el terreno de las artes plásticas, la arquitectura, la escultura y la pintura era ciertamente al principio todavía muy escasa. Es verdad que á la sazón los Mengs, Hackert, Tischbein, Graff, Angèlica Kaufmann, Chodowiecki, han hecho honor y dado fama á las dotes y obras artísticas de los alemanes entre propios y extraños; pero primero había de generalizarse el estudio de lo antiguo iniciado por Winckelmann, primero habían de surtir efecto las ideas estéticas proclamadas por Lessing, primero el vuelo esplendoroso de la poesía había de abrir nuevos mundos al ojo artístico, antes que á los dibujantes y pintores Karstens, Schick y Wuchter, al escultor Dannecher, al arquitecto Schinkel, fuera dable cimentar en Alemania un arte que arrojara de sí el corsé y el miriña-

que del rococo francés. Por lo demás, el arte plástico alemán en su rápido progreso, que principió con el siglo XIX, y en su tendencia cada vez más clara á la naturalidad, podía contemplar modelos más recientes que los de la antigüedad. Tenía solamente que mirar atrás sobre el arte alemán del siglo XV para sentirse alentada en su tendencia á la expresión natural y exacta de la vida individual. Este rumbo fué seguido con gran habilidad por Schadow de Berlín, haciéndolo prevalecer su gran discípulo Cristiano Rauch, el insuperable plástico de lo característico, en su larga y extraordinariamente fructífera



MONUMENTO DE FEDERICO II POR RAUCH.

carrera. Su monumento de Federico el Grande instalado en Berlín pertenece á las creaciones más grandiosas, su sepulcro de la reina Luisa en Charlottenburgo, á las más graciosas del arte europeo. El discípulo de ese maestro, Ernesto Rietschel, ha sido á su vez un maestro que con una productividad persistente hasta el fin ha dado á su país varias de sus mejores prendas monumentales, demostrando sus estátuas de Lutero, Lessing, Gothe y Schiller, lo que podía dar de sí en grandeza idealista de concepción, y en la característica realistamente profundizada en la ejecución. El monumento de Lutero, de Worms, es sin duda una de las más grandiosas intenciones y ejecuciones de la escultura moderna. En Rauch y en Rietschel ha vivido el espíritu del cla-

sicismo y en las producciones de estos artistas, ese espíritu no se ha manifestado ménos noblemente que en las obras maestras de los poetas y músicos clásicos de Alemania.



MOZART.



BEETHOVEN.



HAYDN.



GLUCK.

Con respecto á la música cabe decir que el brillante vuelo que había tomado con Bach y Händel, no volvió á cojear y ménos á paralizarse en el curso del siglo XVIII. Como en los campos de la poesía y de las artes plásticas, así mismo en el de la música, la teoría abriendo camino y enseñando la vía corría pareja con la práctica creadora. Lo que Winkelmann y Lessing habían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho por aquellas lo hicieron por la música los inteligentes críticos y teóricos Mattheson y Marpurg. Mas ésta alcanzó más rápidamente numerosos y grandes triunfos que las artes plásticas cuyas proezas ya no caen en el siglo XVIII. A la clarificación de la ciencia de lo bello músico siguió inmediatamente la producción más abundante. Jorge Benda introdujo en Alemania el melodrama, Juan Adan Hiller la zarzuela. Jorge Hayden dió á sus contemporáneos sus graciosos amenos cuartetos y sinfonías é hizo pasar por delante de sus arrobadamente atentos oídos el mito de la creación y la danza alternada de las estaciones en dos grandes cuadros musicales. Cristóbal de Gluck proporcionó á la naturalidad y profundidad de la música alemana una victoria brillante sobre la afeminación y exuberancia italianas y fundó mediante sus óperas *(Ifigenia in Aulida, Ifigenia in Taurida, Eco y Narciso)* un estilo operístico más noble y original alemán. A Hayden y Gluck siguieron Wolfgang Amadeo Mozart y Luis Beethoven, los dos de igual rango con Bach y Hendel en la música eclesiástica ó, mejor dicho, religiosa, aquél por su *Requiem* y éste por su *Missa solemnis*. Mozart, el afectuoso y sencillo salsburgués, derramó de su inagotable cornucopia de imaginación y sentimientos, sus sonatas, cuartetos y sinfonias, y creó la ópera clásica alemana. Sus óperas *(El rapto del Serrallo, La boda de Fígaro* y *La flauta mágica*, eran el deleite de nuestros abuelos y serán aun el goce de nuestros nietos. Pero superior á todas es su *Don Juan* que ha sido calificada no sin razón de compañero músico del *Faust* de Göthe. En esta ópera maestra han concurrido toda la dulzura, todo el esmalte de colores, toda la gracia y alegría del sur, con la conformidad y sublimidad del espíritu germánico, para formar un conjunto maravilloso artísticamente acabado. Y como á Göthe se juntó Schiller, así á Mozart el impetuoso renano Beethoven, quien compuso el *Fidelio,* y por la creación de sus nuevas grandes sinfonías llevó esta forma artística á su perfección clásica. Con la poesía de Schiller, la música de Beethoven tiene en común la plenitud del presentimiento del porvenir. La música de Beethoven es á la de Mozart como las canciones de Göthe á la lírica pensativa de Schiller. Y aun otra comparación me parece acertada: el que después de escuchar una sinfonía maestra de Beethoven, lee las «cartas sobre la educación estética del hombre» de Schiller, comprenderá sin dificultad que el idealismo alemán no ha emprendido nunca y en ninguna parte vuelos de águila más atrevidos que en aquellas obras.

Mientras de esta manera se preparaban las referidas victorias del trabajo civilizador alemán en el terreno de las artes, también la ciencia compenetrada y secundada por los principios de la filosofía kantiana, había desplegado una actividad juvenil múltiple y fructífera. El helenismo clasicista incitaba á la investigación radical y extensa, fundando luego un maestro y escritor tan ingenioso como Federico Augusto Wolf la filología sobre bases completamente nuevas, librándola del culto de la letra y demostrando porqué y cómo era y debía ser cada vez más un medio poderoso é irreemplazable de la civilización humana. Los célebres *Prolegómena á Homero* (1795) de Wolf abrieron á la filología nuevos campos de trabajo que luego fueron cultivados con afán

por sus contrincantes y émulos Buttmann, Böttiger, Boekh, Hermann, Ottfried Müller, Thiersch, Lachmann, Welcker, Jakobs. Del suelo de la filología brotó también la extensa actividad científica de Guillermo de Humboldt, quien influyó muy considerablemente en la literatura clásica alemana por su intimidad con Schiller y su crítica estética, y ha fundado por su obra sobre la lengua kawi, la lingüística comparada que más tarde encontró su gran maestro en Francisco Bopp. El criticismo filológico y arqueológico había de ser también una palanca vigorosa de la historiografía, y en el año de 1780 salió Juan de Müller con su *Historia de la confederación suiza*, la cual, como primera obra de arte histórica, publicada en lengua alemana, fué saludada con gran interés y produjo grande efecto. La insuficiencia de Müller en la investigación de las fuentes, no la podían notar en aquel tiempo y la materia del libro tan simpática al temple liberal de la época hacía pasar por alto el estilo pretencioso, imitación afectada de Salustio y Tácito, del inconsecuente autor, al que después, como es muy sabido, Napoleón transformó en una ojeada de ardiente odiador en ardiente adorador. Mucho más rigurosamente manejó la crítica histórico Bartoldo Jorge Niebuhr, cuya *Historia romana,* por la formalidad de la investigación, la agudeza de la crítica y la gravedad del estilo, ha llegado á ser una obra modelo. Firme en la base de la ilustración y moral kantianas, permaneció toda su vida Federico Cristóbal Schlosser, quien con sus dos obras principales, la *Historia de la civilización de la antigüedad* y la *Historia del siglo* XVIII, ha penetrado muy adelante en el XIX; pero como hombre y varón, lo mismo que como historiador, abundaba en las ideas del clasicismo y se guiaba por ellas. Lo mismo que otras ramas del saber, la ciencia jurídica alemana experimentaba la influencia reformadora de Kant, aplicándose también en este terreno el método filosófico crítico que podía conciliar la experiencia con la idea, introduciendo en la práctica los principios del humanitarismo. En el primer sentido tuvo importancia, sobre todo, Gustavo Hugo, por su *Historia del derecho romano,* mientras que en el segundo, Anselmo Feuerbach, ha desplegado una actividad incansable y decisiva. Finalmente, encontramos las huellas del sabio de Königsberg, también en el campo de la ciencia natural alemana que se alzaba osadamente y para la cual el catedrático de Tubingen, Kielmeyer, trató primero de hacer fructíferos los principios kantianos. De la conceptuación barruntada ya por este investigador, del conjunto de la naturaleza como de un organismo desarrollose después un trabajo científico múltiple en el cual tomaron parte gloriosa Juan Federico Blumenbach, quien fundó la ciencia de la anatomía comparada en Alemania y Abrahán Enoteo Werner, el padre de la geognosia.

El clasicismo (la ciencia, la literatura y el arte juntos) había hecho á los alemanes (es decir á los que saben, los que están á la altura de la civilización de su época) hombres libres, pero también muchas veces nubámbulos que recibieron un sentimiento claro de su vecindad terrenal y política sólo por el vuelco del cosmopolitismo, haciendo subir la idea nacional. El haber provocado y facilitado este vuelco es escencialmente un mérito de Schiller, quien en su *Juana de Arc* y aun con más ahinco é insistencia en su *Tell* había acen-

tuado la idea de patria haciéndola hasta motivo fundamental de toda la civilización. La firmeza y profundidad de sentimientos del gran vate había comprendido pronto en toda su importancia el cambio que se había verificado en la naturaleza ó en el carácter de la revolución francesa. La revolución intelectual que en Alemania se había verificado simultáneamente con la política allende del Rhín, había alcanzado todo lo que era alcanzable en vista del desórden político del país y del grado de civilización del pueblo: la libertad é independencia de la investigación científica y en ambas y por ambas la emancipación del individuo, la autonomía de la personalidad. Así la idea cosmopolita del siglo XVIII había encontrado en Alemania un desenvolvimiento teórico en todos los sentidos, mientras que en Francia se hacía una tentativa práctica de realización. Pero vino el gran fracaso de la práctica francesa y hubo de dar forzosamente una gran sacudida á la teoría alemana. El jacobinismo tirano y verdugo adentro, conquistador y ladrón afuera había arrancado ya las flores soñadas del árbol cosmopolita de la libertad. El napoleonismo derribó ese árbol. Admirados frotáronse los ojos los idealistas alemanes. ¿El evangelio cosmopolita de la libertad é igualdad no había sido pues sinó un sueño ilusorio? Mas el despotismo napoleónico era una terrible realidad; bajo su opresión aplastadora los alemanes empezaron otra vez á pensar en Alemania. En el año 1797, cuando á la malhadada paz de Basilea entre Prusia y Francia había seguido la más malhadada que Austria concluyó en Campo Fornio y en virtud de la cual Maguncia, la llave del imperio, fué entregada á los franceses, un alemán, José Görres, quien en los días de su juventud se había remontado fantásticamente á jacobino, como en los días de su vejez se rebajó fanáticamente á capuchino sin capucha, había saludado esta vergüenza con el descarado grito de júbilo: «¡La integridad del imperio está destruida! ¡Viva la república de los francos!» Ahora en el año de 1804, después que el tratado de Luneville había concedido á Francia toda la orilla izquierda del Rhin, y el gálico emperador ya se preparaba á da á Austria y Prusia las bien merecidas palizas de Ulm y Austerlitz, Jena y Tilsit, para luego bajo el título de protector de la alianza del Rhín, dominar, estrujar, brutalizar de hecho á toda Alemania, ahora en vaticinador presentimiento de toda esta miseria y de toda esta vergüenza, pero también en el presentimiento de lo que podía y debía salvar de semejante estado lastimoso, ahora nuestro querido poeta había sentido:

«¡Cuán poderoso es el instinto de la patria!»

Y á la vista de la muerte había conjurado á su pueblo con las palabras:

«¡Oh! aprende á sentir de qué estirpe eres,
Anuda firmemente los congénitos lazos,
A la patria, á la querida, adhiérete,
Agárrate á ella con todo tu corazón,
Aquí están las sólidas raíces de tu vigor!»

Pero es el destino de los hombres y de los pueblos que no han de permanecer mucho tiempo sin enturbiarse, aun las corrientes de ideas y sentimientos nacidas de fuente más pura. Apenas hubo empezado á moverse de nuevo en los alemanes el «instinto de la patria» que ya se mezcló con ingredientes funestos. En el linde de los dos siglos había empeza do el gran movimiento retrógrado que, nacido de la desesperación por el curso desgraciado de la revolución y propagado al principio por autores franceses como Bonald, Maistre y Chateaubriand, había invadido pronto á toda Europa. Sin duda el principio de nacionalidad fué secundado por esta corriente retrógrada, pero al mismo tiempo envenenado, emponzoñado por la adición de tendencias y aspiraciones clericales y feudales. En otros términos, la incipiente contra-revolución explotaba el sentimiento nacional en su provecho. Ella inventó y crió el llamado romanticismo, un modo de ver y sentir religioso, político y estético que al fin y al cabo no era más que la Edad media ataviada arbitrariamente y afeitada para disimular. Enseñaba á los hombres y á los pueblos mirar atrás en vez de adelante, más atrás que trás la revolución, aun más atrás que trás la reforma. Les mentía que atrás, muy atrás en las santas tinieblas había que buscarse la salvación. Con halagos les metía en el magin la ilusión del «buen tiempo antiguo piadoso.» Supo ganar á personas de talento, prescindiendo de las ventajas materiales que podía ofrecer, haciéndoles creer que ya no era compatible con las buenas maneras el ser protestante, libre pensador ó revolucionario, sinó que sentaban bien á los caballeros y damas de mundo las «costumbres de los abuelos piadosos», una migaja de feudalismo y un poco de catolicismo. De la multitud sin criterio apoderose embaucándola con la fantasmagoría de una «época caballeresca» como no había existido nunca. De los negocios de esta retrogradación que trabajaba con atrevido afán y empeño en la realización del pensamiento loco de repeler á Europa otra vez hácia la Edad media, encargábase en Alemania la «escuela romántica.» Para explicar el efecto grande, si bien pasajero, de esta «vuelta», puede contribuir la consideración que la sociedad europea por los sufrimientos que le habían infligido el jacobinismo y el napoleonismo, había quedado física y moralmente exhausta y hasta triturada. En esta condición no era difícil darle á entender que las vías cultas por que había enfilado el siglo XVIII habían sido de todo punto equivocadas, debiendo forzosamente conducir á un fin funesto. En llegando á este punto los hombres se dejaban persuadir sin dificultad por los retrógados, que en los buenos tiempos antiguos piadosos todo había estado mejor y que debía y podía volver á ser así.

Por lo demás los principios de la vuelta, es decir, las transiciones del clasicismo al romanticismo, en Alemania al ménos, no dejaban prever sus progresos y su objeto final, porque estos principios se enlazaban con un poeta y un filósofo de tendencias decididamente liberales, Juan Pablo Federico Richter, llamado Jean Paul, de Wunsiedel (1763-1825) y Juan Amadeo Fichte de Rammenan (1762-1814). El primero, sin duda el más grande humorista de la literatura alemana, ha subido de la «fábrica de vinagre de la sátira» en la cual empezó su carrera á la esfera etérea, donde el humor «cual ave de paraíso que duerme volando sobre las alas extendidas, pasa las bajas resacas de la vida en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sueño bello y feliz de su país materno ideal». En riqueza de fantasía, Jean Paul aventajó á todos los poetas alemanes, pero nunca se le reveló el secreto de la forma, y por esto sus obras, aun las mejores, hasta la obra principal de concepción grandiosa y plan genial, el *Titán*, no pueden producir un efecto limpio. El *Titán* estaba destinado á formar pareja, ó mejor dicho contraste con *Faust* y tenía todas las condiciones para ello en cuanto á su pensamiento fundamental y su disposición, pues la intención de la obra era exponer la historia del desarrollo de una persona armoniosamente acabada por su índole, educación y condiciones, desde la primera infancia hasta la madurez de todas las facultades, para comprender los problemas supremos de la existencia y para llevarla en conformidad. Pero la forma no hizo justicia al asunto. Al leer el *Titán* le parece á uno siempre que tiene delante un Correggio y un Teniers, pero los dos cuadros cortados en tiras y pedazos de todas las figuras posibles y barajadas luego en abigarrada confusión. Aquí mira el ojo más tierno, allí abre la boca más dulce, se mueve la mano más graciosa, rebosa el seno más encantador en medio de la confusión, y directamente al lado vemos unas torcidas caras de jugadores, borrachas narices de aldeanos, bebidas derramadas, desperdicios de cocina, pataleantes piernas de mozas de establo y palos blandidos al aire; en fin disonancia en todas partes. Las obras de Jean Paul produjeron un efecto extraordinario, sobre todo en los círculos de mujeres ilustradas, lo que á la verdad podía depender, como opinaba la muy inteligente judía berlinesa, Enriqueta Herz, de que el gran humorista pintaba á las mujeres, especialmente á las de rango, mucho más idealmente de lo que en realidad eran y son. Las ventajas de estas composiciones estribaban en que pedían y defendían la libertad del sentir en toda su extensión; su peligro estaba en que erigían la arbitrariedad de la genialidad en ley suprema del arte y en que además transfigurando las pequeñas miserias de la vida fomentaban una sensiblería indolente. Ciertamente Jean Paul no ha querido esto, puesto que se levantó contra el despotismo napoleónico y en su período más peligroso, como patriota atrevido, en varios de sus escritos, y que con toda la infinita caridad y dulzura de su corazón no carecía de viril enojo por la ignominia de su patria. Pero el lado malo del jeanpaulismo, es decir, el abandono del clasicismo que contribuyó á promover, estaba implícitamente en el carácter del humor tal como Jean Paul lo entendía y ejercía, pues este humor asentaba el yo humano como centro del mundo para medir en esta escala absoluta todos los fenómenos, y anonadarlos por su oposición á la idea. El yo humorístico admite pues una sola ley, el soberano albedrío de su egoismo en el cual, como en un espejo cóncavo, el mundo fenomenal se refleja convertido en caricatura.

La filosofía de Fichte tenía mucha analogía con aquella humorística. En su forma primitiva y más original («Teoría de la ciencia» 1794) era la consecuencia lógica de la filosofía kantiana, pues Fichte potenciaba el idealismo crítico en absoluto intentando deducir con lógica científica y formar el mundo de un principio fundamental. Este principio fundamental proclamado por el filósofo es el yo, el individuo humano, el centro creador de las cosas. En su

autocracia absoluta el yo se afirma á sí mismo y con esto también el mundo que no es más que la objetividad finita del yo infinito. No es extraño que el pobre yo habiendo alcanzado felizmente á este pico de Matterhorn de la soberanía de la razón, empezara á sentir vértigo y desasosiego. Aquí, si alguna vez, el hombre «se asustó de su semejanza con Dios» y empezó por lo tanto sin demora á bajar cautelosamente de dicho pico de Matterhorn. En otros términos, la libertad absoluta del yo humano demostrada teóricamente por Fichte, según creía, no la podía sostener prácticamente, precisamente como Kant había vuelto á instituir como exigencia de la razón práctica, el Dios declarado cesante en su crítica de la razón pura. La teoría de la ciencia de Fichte por sus diferentes refundiciones se convirtió progresivamente en «instrucción para la vida beata» (1806) en la cual en lugar del yo, figuraba otra vez Dios, y en lugar del no yo el mundo, calmándose todo el tumulto revoltoso del pensamiento filosófico por la vuelta al cristianismo. Por lo demás, prescindiendo de su sistema filosófico, Fichte merece un puesto honorífico prominente en la historia de su patria como adalid intrépido y perseverante de la libertad de pensar y hablar, acentuando enérgicamente como ningún otro docto alemán antes de él la relación directa de la ciencia libre con el Estado libre. También ha sido un patriota tan perspicaz como valeroso, y como tal ha hecho el mejor trabajo de su vida, pronunciando en el invierno de 1807 á 1808 en las aulas de la Academia de Berlín, sus «Discursos á la Nación alemana» Nación que estaba humillada indeciblemente, ante sí misma y ante las demás naciones. En efecto, cierto día Guillermo de Humboldt y Juan de Müller estaban contemplando los ejercicios de los soldados en el jardín de animales, manejando un cabo enérgicamente su bastón. Siendo tantos los regimientos que iban y venían, aquellos dos ignorando si eran alemanes ó franceses, y que estos últimos tenían ocupada la capital de Prusia, Humbold preguntó á un soldado que casualmente pasaba: éste, francés, contestó con ademán despreciativo: *Ce sont des allemands; ¡vous voyez bien, qu' on les bat!* En efecto, tan relajados estaban los alemanes, que parecían existir solamente para ser apaleados, desollados, pisoteados y escarnecidos. Todo en Alemania estaba en confusión caótica. Cual losa de plomo pesaban la ignominia de la alianza del Rhín sobre el sur, y las determinaciones de la paz de Tilsit sobre el norte. En tal momento emprendió el impávido pensador Fichte la tarea de realzar á los como aplastados espíritus, de inspirar nueva esperanza en los ánimos afligidos y de enseñar la senda del porvenir á una nación quedada en zaga del progreso por culpa de sus clases dominantes y por esto vencida ignominiosamente. El tiempo antiguo ha muerto, apresurémonos á enterrarlo. El nuevo ha nacido, vive, pero es preciso educarlo. ¿Cómo se logra esto? mediante una completa refundición de nuestro modo de sentir, mediante una renovación total del espíritu popular en todas las clases. ¿Y como se lleva á cabo esta refundición, esta renovación? Mediante una educación nacional intensa y extensa, que debe efectuarse con la energía moral más perseverante. Estos son los pensamientos más fundamentales que Fichte sentó y esplanó convenientemente en sus célebres discursos que, dirigidos á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda la nación han influído al ménos en la parte mejor de la misma. Sin dejarse extraviar ni amedrentar por el tam-tam de los tambores franceses que recorrían las calles de Berlín, el orador inspirado mostró al pueblo prusiano, al pueblo alemán el camino que debía seguir para arrojar de Alemania á los soberbios conquistadores.

Sobre la teoría de Fichte del yo absoluto y sobre la soberanía jeanpauliana del humor, la escuela romántica colocó su dogma de la «ironía», en virtud de la cual el hombre, es decir, el hombre de talento, el hombre ideal y moral, el poeta, el artista, en fin, «el genio», sería capaz y autorizado á hacer con el mundo objetivo un juego arbitrario irónico. La cumbre de semejante genialidad y esclusivismo, la alcanzaba el verdadero romántico si llegaba á la maestría en el «arte de la haraganería». Para completar esta doctrina romántica que, como se ve, había conseguido felizmente la completa inversión del imperativo categórico de la despreocupación, contribuyó escencialmente la filosofía natural de Schelling, la deificación del universo porque favorecía la inclinación y tendencia románticas hácia la universalidad. Federico Guillermo José Schelling, de Leonberg (1775-1854) construyó en el primer período de su filosofar sobre la inversión de la tésis de Fichte, de la construcción del mundo por el yo creador una teoría según la cual lo ideal procedería de lo real, espiritualizándose la naturaleza en pensamientos y siendo por lo tanto la naturaleza el espíritu visible y el espíritu la naturaleza invisible. Esta «identidad», esta mismidad de espíritu y materia, de lo ideal y lo real, del pensar y del sér, es lo «absoluto» que se revela en la vida universal de la naturaleza como principio formativo según una ley general de polaridad en virtud de la oposición de fuerzas contrarias, más en la conciencia subjetiva del hombre llega á



Enrique de Kleist.

conocerse á sí mismo, siendo de todos los grados de la existencia natural otros tantos peldaños por los que el espíritu se eleva á su libertad y al conocimiento de sí mismo. Según esto, el universo sería una unidad orgánica animada por la razón absoluta. El segundo período de la evolución de Schelling, pasó con esfuerzos poco productivos de dar forma sistemática á este panteismo por medio de préstamos hábilmente colectados de los filósofos griegos, de Bruno, Spinoza, Böhm y Leibniz. En su tercer y último período, Schelling hizo varias tentativas fantásticas de crear para su dios-mundo ó mundo-dios, una mitología, con la cual faltándole por completo la fuerza creativa, adoptó finalmente la cristiana, por cuanto la necesidad de tener algo místico y mítico se agarró á los mitos y misterios del cristianismo. El final de la filosofía Schellingiana era, pues, la apostasía completa del principio racional á la fé revelada.

En Federico de Hardenberg (á) Novalis, en el cual la escuela romántica veneraba su vate y profeta, vemos consumada la vuelta del protestantismo al catolicismo, sin que él haya verificado el paso formalmente. Novalis era un hombre de genio y una alma pura; su primera lucha para encontrar una forma en que la religión, el arte y la ciencia pudieran moverse sin que peligrara la libertad, ofrece un espectáculo enternecedor. Cansado creyó finalmente haber encontrado lo apetecido en un catolicismo arreglado arbitrariamente, atrayéndole sobre todo la poesía del culto de la madre de Dios:

«A tí, María, elévanse — Esperan sanar
Mil corazones ya; — Con gozo barruntador,
En esta vida ficticia — Si tú, santo sér,
Apetecen tan sólo á tí; — Los aprietas á tu leal pecho,»

cantó él, y sus «Canciones espirituales» celebran en general y con un fervor y una entrañabilidad incomparables la fusión de misticismo y sensualidad en el catolicismo. Con lógica consecuencia Novalis rechaza la reforma así como la despreocupación, alaba á los jesuitas, se aparta de la «duz procaz» del dia y ensalza en «himnos á la noche» que considerados poéticamente eran sin duda la producción más original de todo el romanticismo, la «santa, inefable, misteriosa» oscuridad. Como romántico genuino, Novalis era fragmentista en su pensar y componer, porque la arbitrariedad romántica no poseía potencia para crear obras grandes; por esto los conatos poéticos más importantes de los románticos, el *Enrique de Ofterdingen* de Hardenberg, la *Guerra de las Cevenas* de Tieck, el *Guarda de la corona* de Arnim, y los *Romances del rosario* de Brentano, se quedaron á medio camino. La envidia nacida de semejante impotencia, era la que instigaba á los románticos á ladrar contra Schiller, pobres enanos contra el jigante que desdeñosamente pasó por encima de ellos y sólo ocasionalmente les echó un «pisaverdes» y «perdidos.» Los más ponzoñosos contra Schiller, cuya potencia creadora y energía moral había de ser un gran escándalo para los románticos, eran los hermanos Augusto Guillermo y Federico Schlegel, éste, el verdadero doctrinario del romanticismo porque sabía combinar y arreglar hábilmente en programa lo que

había tomado de Fichte, Jean Paul, Schelling y Novalis; aquél era el predicador ambulante y comisionista literario de la nueva escuela. Las poeterías originales de los dos hermanos, son ceros, cosas frías, afectadas, confeccionadas según las recetas de la doctrina romántica, fabricadas en el sentido más trivial de la palabra. Pero los dos Schlegel no tienen poco mérito como continuadores de la idea herder-götheana de una literatura universal, y como fundadores de la historiografía de la literatura alemana. Los dos hermanos fueron de los primeros en hacer accesibles á sus paisanos la poesía y sabiduría del Oriente antiguo. Augusto Guillermo abrió también nuevos campos al arte traductoril alemán, pues artista-traductor de primer rango, dió á su país un Shakespeare alemán é inició á sus contemporáneos por primera vez en grande escala en los méritos de Dante, Calderón y Camoens. No siguió la moda romántica de hacerse católico como lo hizo su hermano Federico, quien al igual de los dos afiliados al romanticismo, Adán Müller y Federico Gentz, se «convirtió» para vender su pluma á Metternich y llegar así á meter la mano en la caja de ducados de la cancillería de Estado de Viena. Esos camaradas y otros «convertidos» posteriores han hecho gran daño á su patria como abogados del retroceso eclesiástico y político como bocinas y plumas del absolutismo y ultramontanismo. Sistemáticamente, pero de una manera muy sosa y cargante enseñó el camino á los apetitos retrógrados románticos, el convertido Haller de Berna, por medio de su *Restauración de la ciencia política* (1816). Ingenioso y hablista el mercenario Federico Gentz cubrió todas las tendencias y actos de la reacción con una capa de palabras lustrosas, siendo el prototipo muchas veces imitado, pero hasta ahora no igualado, de todos los escritores venales. La moda de hacerse católico reinaba una temporada también entre los artistas alemanes; en tropel corrían á Roma creyendo que podían pintar madonas rafaélicas ó esculpir profetas buonaróticos, haciendo untar con crisma romano la frente tras la cual no había cerebro. Una de las «conversiones» más sorprendentes era la del poeta carbuncularre y archiromántico Zacarías Werner, del cual no decía más que la verdad el epígrama asestado á él, pero aplicable á muchísimos de los «convertidos» de entonces:

«Muchas conversiones hay y éste es un órden en la vida:
Primera, la disipación; segunda, la beatería.»

Pues de un disipado libre pensador de la ralea más inmunda se hizo predicador penitenciario católico, cuyas capuchinadas pulpitales servían de nuevo pasatiempo á los aburridos gozones y gozonas del congreso de Viena.

No le faltaron al romanticismo alemán adeptos de grandes dotes que enriquecieron el tesoro de la literatura nacional, de muchas joyas si bien engastadas de una manera más ó ménos grotesca. Así hicieron Achim de Arnim, y Clemente Brentano cuyas aspiraciones y composiciones eran al principio guiadas por el instinto acertado de la necesidad de recurrir á lo popular, á lo nacionalmente original. Realmente publicaron juntos el *Cuerno maravilloso del niño* (1808), célebre colección de cantos populares alemanes que á pesar

de haberse pulimentado hartas veces con romántica arbitrariedad han contribuído mucho á refrescar y regenerar la lírica alemana. Las propias poesías de los dos eran en conjunto más bien atrevidas intenciones que satisfactorias realizaciones, yendo finalmente á parar á lo informe, esquemático y grotesco. Como su poeta principal proclamaron los jefes de la escuela romántica á Luis Tieck de Berlín (1773-1853). Este, anunciaban al son de trompetas y atabales, debía borrar á Schiller y enseñar hasta á Göthe lo que era componer poesías. Y efectivamente la montaña romántica parió luego con mucho ruido un ratón, ó mejor dicho varios ratones; las comedias literario-satírico-polémicas de Tieck por las que un trabajo que Göthe y Schiller habían ya hecho mucho mejor en sus *Xenias*, fué hecho otra vez, y las leyendas dramáticas épico-líricas de *Genoveva* y *El emperador Octaviano*, verdaderas mescolanzas de todos los motivos y formas posibles, un batiburrillo insípido de retintinería romántica. Todo esto y muchos otros productos tieckianos por el estilo están ahora completamente anticuados y olvidados, pero el que la *Genoveva*, esa glorificación de la Edad media sin plan ni unidad, arbitrariamente remendada con los trapos y girones más abigarrados, fué colocada por los mentecatos románticos incondicionalmente al lado y aun por encima del *Faust* de Göthe, esto junto con el hecho que al mismo tiempo que Schiller daba á la nación sus dramáticas obras de maestro, el bufón y pullista Kotzebue gozaba de una popularidad inmensa, arroja una luz singularmente triste sobre la procacidad de la estupidez de partido, así como sobre la posición que la turba multa suele tomar con respecto á lo verdaderamente grande y bello. Por lo demás, Tieck se ha mostrado verdadero poeta en sus *Cuentos*, coleccionados en el *Fantasus*, acertando á dejar obrar maravillosamente el encanto de la famosa *Soledad silvestre* romántica y como estilista de perfección suma en sus numerosas novelas que reunen con profundidad psicológica fina ironía, exuberante humor. Lástima que pusiera también su novelística al servicio de sus manías románticas desperdiciando con esto su efecto nacional y viéndose limitado á servir de golosina á los gastrónomos literarios.

De mucho lo más satisfactorio y fructífero del romanticismo fué la arteria patriótica que en ella pulsaba. Mediante esta arteria estaba enlazada, confesándolo ó negándolo, íntimamente con el giro verificado por Schiller en el *Tell*, del cosmopolitismo al nacionalismo. La patria sojuzgada por Napoleon, la patria oprimida, despojada y atormentada echó del alma del más genial de los románticos, del alma de Enrique de Kleist (nació en 1776 en Francfort del Oder) un alarido penetrante, el drama compuesto en 1808 con vengativa alusión á la tiranía francesa, *La batalla de Hermann*, que no pudo representarse ni imprimirse, por cuyo motivo el autor escribió en la portada del libro el lamento:

«¡Ay de tí, patria mía! Pulsar la lira en gloria tuya,
Está vedado á mí, tu poeta leal, en tu regazo.»

Kleist, quien pagó un tributo evidente en su «Catalina de Heilbronn» á lo morboso inherente al romanticismo, enriqueció la literatura alemana con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comedia magistral *El tarro roto*, con el drama histórico magistral *El príncipe de Hamburgo* y con el cuento magistral *Kohlhaas*. Era además por el curso y el final de su vida una de las figuras características de la época más triste de Alemania. En un abismo de trágica nos deja ver la relación de Kleist con Enriqueta Vogel, su amiga, nó su querida; ella era la mujer de otro, pero aun sin esto, destornillada ella misma en lo más profundo no habría podido apaciguar el demonio en el alma del poeta, quien bajo la opresión de la tiranía extranjera desesperaba de sí y de su nación. El final fué una catástrofe



Fusilamiento de Palm.

cuya realidad excedió en horror á la imaginada en «Werther.» En un momento malhadado, Kleist había prometido á la amiga enferma matarla cuando no pudiera aguantar más la vida, y cumplió su palabra. El 21 de noviembre de 1811 el poeta mató de un pistoletazo á orillas del lago de Wan cerca de Postdam, primero á Enriqueta y luego á sí mismo.

El acento patriótico entonado por Kleist resonaba en poderosas vibraciones por todo el período de la humillación más profunda de Alemania y de su sublevación contra el napoleonismo. Muy característicamente el principio de este período de vergüenza después que en 12 de julio de 1806 se había establecido la prefectura napoleónica en el territorio alemán, la alianza del Rhin y los serviles prefectos napoleónicos, los príncipes que formaban aquella



Andrés Höfer en el monte Isel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alianza habian declarado en actas su salida del imperio alemán «para siempre» el 1.° de agosto en Ratisbona, deponiendo cinco días más tarde el emperador Francisco la corona del «sacro imperio romano de nación alemana» y cesando con esto su existencia el pobre imperio, hasta de nombre, muy característicamente había sido marcado el principio de ese período ignominioso por el maestro de las batallas y tirano del mundo, mediante aquel infame asesinato jurídico perpetrado por su mandato expreso en el librero nurembergés Juan Felipe Palm. El hundimiento del imperio alemán no había provocado más que un eco tímido, un suspiro, más bien que grito de dolor, el librito *Alemania en su más profunda humillación*. Como no se descubriera el autor, Palm, como impresor y expendedor, fué preso, sometido á la farsa brutal de un consejo de guerra francés y fusilado en Braunau el 26 de agosto de 1806, mártir modesto pero firme de la causa de su patria. Es preciso saber como los franceses se han comportado en Alemania en la «época francesa,» es preciso acordarse que Napoleón impuso en Tilsit á la pobre Prusia hollada, pillada, despojada de la mitad de su territorio, la contribución de guerra realmente exorbitante en aquellas circunstancias de 1,020.299,494 francos, para comprender la hirviente ira que llenaba las almas de los patriotas alemanes y su horror á todo lo francés y á todos los que «crapuleaban en el fondo del charco infernal del afrancesamiento, ó currutaqueaban en la neblina del cosmopolitismo.» Estas palabras son del «Maestro de gimnasia» Federico Luis Jahn, quien pertenecía á la sazón al número de los mejores despertadores y empujadores. Apoyándose en Schiller, Fichte, el barón Enrique Federico Carlos del Stein, realzáronse los ánimos y aprendieron á reemplazar la desesperación por las obras. Stein del que fué cantado y dicho:

«Esta es la piedra alemana
Exenta de engaño y falsedad
Quien contra la piedra tropieza
No puede ser alemán.»

Era en verdad el primer político alemán que su patria había visto de mucho tiempo. «Barón» y todo, no dejó de comprender que una época nueva necesita de medios nuevos y en este sentido ha pensado y obrado durante el corto tiempo que la tiranía napoleónica le permitió ser ministro reformista de Prusia. Aristócrata como era no tenía reparo en aprovechar las grandes ideas de 1789. Estas, purificadas del falseamiento terrorístico y bonapartista fueron aplicadas por Stein y sus coadjutores á las ondiciones existentes, de tal modo, que al contrario de la centralización y omnipotencia del Estado francesas, el gran pricipio de la libertad y autonomía de los municipios había de ser la base práctica de un Estado de ciudadanos libres. De semejante espíritu partió toda la legislación de la reforma stein-hardenbergeriana que sacó á Prusia de la petrificación federico-burocrática para despertarla á una vida nueva. Los hechos principales de esta reforma social de política que, como se sabe, iba acompañada de una regeneración correspondiente del ejército por los Scharnhorst, Gneisenau, Grolmann y Boyen, eran el célebre edicto sobre *La aliviada posesión y el libre uso de la propiedad territorial* del 9 de octubre de 1807, y el *Arreglo municipal* del 19 de noviembre de 1808. Pero Stein no era solamente un ministro prusiano, sinó también un político nacional que con sus pensamientos abarcó siempre más allá de Prusia ó por medio de Prusia influyó en Alemania para «plantar en la nación un espíritu moral, religioso y patriótico, para inspirarle otra vez ánimo, confianza en sí misma y voluntad de sacrificarse por la independencia, autonomía y honra nacional, para emprender con la nación así renovada, regenerada y bien educada la lucha por los bienes supremos.» Estrechamente enlazado con el nombre de Stein es el de su compañero en el destierro ruso, el nombre de Ernesto Mauricio Arndt, quien con su «Espíritu del tiempo» (1807) inauguró un periodismo nacional en grande escala que luego fué continuado por Jahn («Nacionalidad alemana» 1810) y elevado por Görres («El Mercurio del Rhin» 1813), á una osadía y fuerza de elocuencia política como no la había percibido aun Alemania ni Europa entera. Pues, como declaró asombrado Gentz que ciertamente no carecía de criterio, nadie aun había escrito de una manera «más sublime, más terrible y más diabólica» que aquel renano convertido del jacobinismo francés al patriotismo alemán. Ni quédaron vanos los esfuerzos de los patriotas oradores, escritores y obradores. En todas partes juntábanse hombres y mujeres de sentimientos alemanes para deliberar y ejecutar, ménos en la conocida «Alianza de la virtud» de buenas intenciones, pero escasos efectos, que en la de que hablaba Gneisenau cuando escribió: «Mi alianza es solamente la conformidad con hombres que no quieren estar sujetos al extranjero;» ó en la en que pensaba Jean Paul cuando instigó al pueblo alemán «á celebrar un día de penitencia en el aniversario de la batalla de Jena y á inflamar el ánimo en el dolor para que toda la nación se levante en el luto curándose las heridas y preparándose para nueva lucha.»

El año de 1809 con su gloriosa batalla de Aspern, con las atrevidas si bien desgraciadas expediciones del «batidor» Schill y del duque Guillermo de Brunswick con el heróico «Drama de campesinos» tirolés trajo crepúsculos de porvenir para Alemania, pero nada más, porque el día de la emancipación del «infame yugo de gabachos» tardaba aun años en venir. Pero al ménos para consuelo de la atormentada humanidad, la lucha por la independencia de los tiroleses al mando de su Andresico Hofer, esa figura única en la historia universal de un labrador héroe y héroe labrador, demostraba lo que puede un pueblo pequeño si animado por la idea de la patria está dispuesto á arriesgarlo todo. Y este drama campesino tirolés forma un episodio singular de la historia alemana aun por la circunstancia que á lo heróico y trágico se añadían muchos rasgos de una cómica primitivamente ingénua y de un humor bonachón grato.

Lo que el romanticismo patriótico había sembrado en forma de sentimientos y pensamientos, brotó en forma de obras en el año del gran levantamiento de 1813. Entonces y hasta 1815, Prusia ha ganado honradamente (sólo la sinrazón, la ignorancia ó la malevolencia pueden negarlo) el derecho á la futura hegemonía de Alemania. Pues, para su emancipación de la tiranía napo-

leónica no solamente ha hecho infinitamente más que todos los otros estados alemanes, sinó que también, adelantándose de mucho en energía, trabajo y sacrificios á Austria, Rusia é Inglaterra, ha hecho lo mejor y lo más grande para derribar el napoleonismo dando en la persona de Gebhart Lebrecht Blücher, el general «Adelante,» enérgico é intrépido, sin el cual no hubiera habido Leipzig ni Waterloo. Muchos fueron los poetas heraldos de la guerra de la independencia, echando con gran efecto en el bullicio guerrero, Ernesto Mauricio Arndt, sus canciones patrióticas fogosas, y Maximiliano de Schenkendorf, sus cantares llenos de sentimiento. Pero sobre todo en una figura poética, en Teodoro Körner, hijo del amigo más íntimo de Schiller, fijáronse



Blucher.

todos los ojos, especialmente los de la juventud y los de las mujeres, que en aquel entonces en toda Alemania y sobretodo en Berlin, con socorros y sacrificios manifestaron los sentimientos que les habían inspirado sus favoritos Schiller y Jean Paul. Y por cierto era Körner la realización del ideal de una juventud alemana que se había inspirado en el «Tell.» «Poeta al mismo tiempo que héroe» practicaba su lírica inflamadora de guerra de emancipación y dió el 26 de agosto de 1813 en el campo de batalla de Gadebusch la sangre de su corazón por lo que había procurado y conseguido entusiasmar á sus camaradas y á su nación. Jamás la encina de Wobbelin á cuyo pié fué enterrado el juvenil héroe poeta al son de su magnífica canción de *La caza atrevida veloz de Lützow*, cesará de ser un santuario alemán.

En los sentimientos, angustias y esperanzas de los tiempos de la guerra de la independencia, radicaban también los principios de dos poetas que más tarde divergieron enormemente, los comienzos de Federico Rückert de Schweinfurt (1788-1866) y de Luis Uhland de Tubingen (1787-1862). Los «Sonetos acorazados» y muchas de las «Poesías del tiempo» de Rückert son parte de lo mejor que la llamada lírica «política» de entonces y de más tarde ha producido; pero la importancia del poeta no descansa en esto, sinó en su



Ruckert.

universalidad lírica considerada subjetiva y objetivamente, pues si Rückert en virtud de su receptividad literaria universal fué capaz de familiarizarlos con la poesía del Oriente mediante su interpretación genial é incomparable, nos ha revelado así mismo el rico mundo de sentimientos de un poeta alemán que convertía en poesía todo cuanto le afectaba alegre ó tristemente, todo cuanto la vida enseña, promete y cumple, lo que otorga y lo que quita. Nunca ha sido de opinión que para ser lírica una canción debe carecer de pensamiento. La poesía de Rückert no es un cencerro vacío, sinó un toque de campanas lleno de sonoro metal de pensamientos. Es el Bramán alemán, no solamente por su excelente poema didáctico *La sabiduría del Bramán*, sinó porque sabía rodear las inspiraciones de la sabiduría germánica con el esplendor de imágenes de una fantasía tan inagotable y multiforme como sólo se encontraba en la antigua India. Rückert podría llamarse el último clásico alemán sinó pretendiese y mereciese semejante honor Francisco Grillparzer, de Viena (1791-1871). Este poeta ha expiado brillantemente su pecado juvenil-romántico *La abuela* con la producción de sus *Sappho, Medea, Hero* y *Esther*, cuatro obras que en el tesoro de la literatura nacional alemana han de colo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carse inmediatamente por debajo de las obras dramáticas maestras de Lessing, Göthe y Schiller. Sin duda es este poeta el más importante que la Austria alemana ha producido desde Gualtero de la Vogelweide, y merecia que los vieneses le sepultasen con una pompa verdaderamente regia. Tampoco debe dejarse de mencionar en este sitio al clásico de la poesia alemana dialectal, Juan Pedro Hebel (1760-1826), quien en sus *Poesías alemánicas* rebosantes de naturalidad, cordialidad y jovialidad, según el bello elogio de Göthe, «enrusticaba el mundo graciosísimamente». Finalmente mencionemos aun que al lado de Rückert las tradiciones del clasicismo en el espíritu y en la forma



GÖTHE.



GRILLPARZER.

han sido conservadas y cultivadas hasta mediados del siglo XIX. Así hicieron el poeta didáctico Leopoldo Schefer, quien en el quieto y verde Parque de Muskan compuso, mejor dicho oró su dulce *Breviario lego* que avergüenza á todos los breviarios sacerdotales judíos, cristianos y mahometanos; y el poeta lírico Eduardo Morike, quien encontró de nuevo la entonación götheana y supo añadirle la picardia más graciosa. En cambio José de Eichendorff fué el que acertó mejor la entonación romántica y por esto este rezagado del romanticismo ejecutó como lírico lo que sus predecesores habían intentado tan sólo. Con cierta incertidumbre oscilaba entre el espíritu del clasicismo y las formas del romanticismo Alberto de Chamisso, maestro del cuento versificado y ejemplar como no ha habido otro de francés alemanizado. Uhland por su parte ha sacado la suma del romanticismo como poeta, y como erudito supo convertir en trabajos excelentes las incitaciones para la exploración y depuración de la antigüedad patria, siendo uno de los primeros «germanistas». Él ha logrado hacer valer y producir efectos literarios nacionales á la parte verdaderamente poética de las tendencias y aspiraciones román-



BATALLA DE WATERLOO.

cas. El se acercó á los motivos de la Edad media con el espíritu sereno y claro de artista inteligente que no quiere sacar más de su original que lo que puede dar de sí. No se dejó dominar por la edad media sinó que la dominó artísticamente, ocupando con respecto á los problemas de la época romántica la misma posición que Göthe había ocupado con respecto á los de la época de la genialidad forzuda. Por esto pudo él con libertad de ánimo dedicar á las aspiraciones del tiempo moderno encaminadas á la realización de la idea del estado de derecho, aquel gran interés que le colocaba en el número de los patriotas más probados, habiendo sido siempre alemán sin ser jamás alemanista. Como después de los amargos desengaños que siguieron á las guerras de la independencia hizo llamar impávidamente á las puertas de los castillos de los



Uhland.

príncipes en forma nobilísima de canciones la petición de cumplimiento de las más solemnes promesas, así mismo en el año del gran temporal de 1848-49 que separó tanta paja de tan poco grano, ha quedado fiel á la bandera nacional hasta el último momento. La nación se ha mostrado agradecida y merece el elogio de llevar en su corazón las baladas y los romances del maestro en este género y de no dejar de los labios sus canciones, al paso que ha entregado al sueño del olvido en las librerías después de satisfacer su primera curiosidad, la inmensa mayoría de las producciones del romanticismo. Es verdad que tal excomunión toca también á algunas poesías que incontestablemente serían dignas de mejor suerte. El romántico tardío, Carlos Inmermann, por ejemplo, debería vivir en la memoria de los alemanes, no sólo por su realmente magnífico regidor Westfaliano, y la rubia Isabel (en el «Munchhausen»), sinó también por su grandiosa trilogía trágica *A Lexis* y su poema encantador de *Tris-*

tán é Isolde. Por lo demás las huellas del romanticismo alcanzan también muy adelante en la segunda mitad del siglo XIX, pues tópase con ellas en la trágica fuertemente mezclada con byronismo, con aspiraciones atrevidas á los objetos más elevados y rozándolos á veces, de Cristiano Grabbe y Federico Hebbel, así como en la lírica melodiosa de Manuel Geibel.

Tal como el clasicismo había incitado á investigar y aclarar en todos los sentidos el modo de vivir y de pensar de los antiguos, así mismo el romanticismo promovió el esclarecimiento de la vida y arte antigua nacional. No



Weber.

siendo otra cosa las tendencias y aspiraciones románticas que la tentativa de resucitar la Edad media en la poesía y el arte, en la Iglesia y el Estado, debía naturalmente dirigir el trabajo erudito hácia los tiempos pristinos. Empezose pues á explorar de nuevo las fuentes de la existencia de la vida de la Edad media, y ¿dónde brotaban estas más abundantemente que en las producciones de la literatura alemana antigua? Desenterráronlas de bajo el polvo de los siglos. Pero esas obras de los abuelos presentaban á la generación póstuma un aspecto tan extraño, que para comprenderlas y apreciarlas era necesario el sólido fundamento de la investigación erudita. Aquí intervino de una manera verdaderamente grandiosa y ejemplar, la exploración lingüística, religiosa, jurídica, legendaria y poética de Jaime Grimm, de Hanau (1785-1863), quien ayudado lealmente por su hermano Guillermo y otros hombres de las mismas tendencias, como Uhland, dió á luz una serie de trabajos fundamentales y edificadores: *Gramática alemana* (1818), *Antigüedades jurídicas alemanas* (1828), *Mitología alemana* (1843), *Historia de la lengua alemana* (1849), *Diccionario alemán* (1852). Estos son edificios jigantescos ciclópicamente

amontonados, testimonios imperecederos de lo que puede la investigación alemana animada del patriotismo más entrañable, pero dejando ver también el gran defecto de los doctos alemanes, la falta de sentimientos estéticos. Mediante su actividad de coleccionistas de cuentos y consejas (consejas infantiles y domésticas, 1812, Cuentos mitológicos alemanes, 1816) los hermanos Grimm han resucitado las tradiciones del pasado en toda familia alemana hasta en el mundo infantil, fomentando de esta manera y no poco, el planteamiento y cultivo de opiniones y sentimientos nacionales. Entre sus sucesores, Carlos Simrock, hombre de talento poético, ha sido el que más trabajó para difundir los conocimientos de la arqueología patria.



CORNELIUS.

La resurrección del espíritu y estilo nacionales en las artes plásticas como la pedía el romanticismo no se ha verificado sin graves enturbiamientos, porque el romántico «anhelo por la patria», es decir por la edad media católica, se hizo moda entre los artistas alemanes, produciendo aquella escuela embargada en las preocupaciones de la edad media eclesiástica que suele llamarse «Nazarena» y como cuyo gran-maestre hay que considerar al converso Federico Overbeck, nacido en Lubec en 1789. Según la opinión de los nazarenos, en la pintura no había de irse más allá del espíritu, de las formas, de los colores de los siglos XIV y XV; y para la arquitectura y escultura no había salvación fuera de la gótica más rigurosa. No deja de haber tenido una cosa buena esta restricción, á saber, más respeto por las obras del arte alemán antiguo, pues cesó el desprecio, maltrato y desfiguración de las producciones artísticas de la Edad media, las cuales empezaron á mirarse con piedad, partiendo de esto el impulso de las restauraciones y terminaciones grandiosas como presentan

las catedrales de Speyer, Ulm y Colonia. De espíritu más liberal que los nazarenos, Pedro Cornelius, nacido en Dusseldorf en 1783, supo refundir las impresiones é influencias del romanticismo para conciliarlas con el clasicismo. Desde sus primeros trabajos, desde los dibujos nacionales alemanes en el mejor sentido de la palabra para los *Nibelungos* y el *Faust*, hasta los esposos para el cielo, de pinturas al fresco para el cementerio de Berlín, Cornelius ha sido un hombre de aspiraciones que trataba y sabía combinar con rara grandeza de estilo el idealismo germánico cristiano del concepto con la belleza de las formas helénicas, si bien el secreto del colorido le quedaba vedado, y una de sus obras más célebres, el *Juício final*, de la iglesia de San Luis de Munich, ha provocado objeciones muy fundadas, no solamente por su colorido, pues es muy dudoso si el gran pensamiento del juício del universo ha encontrado aquí una representación artística digna de la cultura del siglo XIX. Una célebre palabra de Schiller («¡La historia del mundo es el juício del mundo!») resuelve esta duda y en sentido negativo. Su expresión artística más pura, rica y satisfactoria, la encontró el romanticismo alemán en la música, á saber, en la música de Cárlos María de Weber, de Eutin (1786-1826), cuyas composiciones rebosantes y borboteantes de melodía, especialmente el *Freischutz*, *Preciosa* y *Oberón* han llegado a ser preciosa propiedad común del pueblo alemán.

Para finalizar el capítulo, mencionemos aun á dos mujeres que por los lazos de la amistad y del parentesco han tenido múltiples relaciones con los clásicos y los románticos, y ejerciendo en la conversación y por medio de sus escritos una influencia considerable en la sociedad y en la literatura se han conquistado la posición de caracteres públicos: Raquel Levin (1771-1833), y Betina Brentano (1785-1859), casada la primera con Varnhagen de Ense, y la segunda, hermana de Clemente Brentano con Alchim de Arnim. Raquel ha sido llamada la «profetiza del clasicismo» y Betina la «sibila del romanticismo». Raquel no se ha exhibido como escritora, sinó que como artista de conversación que era en grado supremo, se ha contentado con enseñar á los alemanes cómo debe tenerse lo que los franceses llaman un salón literario, y con influir excitando y determinando por medio de su correspondencia en sus amigos de ambos sexos. Betina, como fabulista incansable y no muy formal con respecto á la verdad, ha confabulado la «Correspondencia de Göthe con una niña» y varios otros carteos de esta clase. A Raquel, por sus opiniones y juícios que, por regla general, dan testimonio de afición á lo verdadero, acertado y bueno, la han llamado «coro personal en el gran drama de su tiempo». Betina era una figura fantástica medio-ariel y medio-puck. Mas á la larga, la fantasmagoría se presentaba desagradable y repugnante, especialmente porque la «niña» vieja hacía las mismas muecas y cabriolas que la joven. Los alemanes son demasiado pesados para entusiasmarse con facilidad para el «culto del genio»; pero cuando una vez se han dejado imponer el entusiasmo lo exageran á veces precisamente cuando es muy supérfluo. Así también se ha practicado durante una temporada con exageración el culto de Raquel y Betina. Esto ha pasado; ahora se concede á las dos mujeres cierta importancia en la historia de la civilización, pero ya no se deja de

comprender que muchísimos de sus oraculismos iban á parar en sensualidad reservada y que en ambas el exceso de genio llegaba á veces hasta la locura, hasta la alucinación de grandeza, como cuando Betina exclamó: «¡A menudo pensaba yo que debía marchar al frente de los pueblos con la bandera desplegada!». O cuando Raquel escribió: «Tengo la poderosa fuerza de duplicarme sin confundirme. Así soy única como fenómeno más grande de esta tierra. El artista, el filósofo ó el poeta más grande no está por encima de mí. Somos del mismo elemento, del mismo rango y hacemos juego». Mucho más atractiva y grata que la aparición de estas dos «emancipadas» era ciertamente la virginal y modesta de la «última romántica» que al mismo tiempo ha sido la poetiza más grande que Alemania ha tenido hasta ahora, la aparición de Anita de Droste-Hülshof, de Westfalia (1797-1848). El romanticismo no pudo encontrar un final literario más digno que las poesías de Anita (1844), porque en ellas todo lo que era sano, bueno y grande en la escuela romántica, ha encontrado expresión poética, pura, verdadera y en un lenguaje enérgico y vigoroso.



La fiesta de las camaraderías en la Wartburg.

V.

Idealismo y materialismo.

Un poeta del tiempo de la guerra de la independencia, al final de la gran lucha ha expresado sus temores patrióticos en las siguientes tres estrofas:

«A qué alto cuerpo de héroe,
De jiganta llena de vigor,
Podrías tú, de débil mujer,
Crecer, Alemania, grande y fuerte.

Con tal que sobre el edificio de los miembros
Una cabeza guerrera,
Quisiera brotar otra vez
Como la que te robaron dormida.

Con tal que los miembros, los pequeños,
En vez de formar juntos un cuerpo
No quisiesen parecer cuerpos ellos mismos
O no fuesen hostiles al total.»

Y estos temores de que continuaría en Alemania el poli y micropolitismo se han realizado de la manera más triste. Las esperanzas que los alemanes habian puesto en su redención del napoleonismo fueron engañadas lastimosa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comprender que muchísimos de sus oraculismos iban á parar en sensualidad reservada y que en ambas el exceso de genio llegaba á veces hasta la locura, hasta la alucinación de grandeza, como cuando Betina exclamó: «¡A menudo pensaba yo que debía marchar al frente de los pueblos con la bandera desplegada!». O cuando Raquel escribió: «Tengo la poderosa fuerza de duplicarme sin confundirme. Así soy única como fenómeno más grande de esta tierra. El artista, el filósofo ó el poeta más grande no está por encima de mí. Somos del mismo elemento, del mismo rango y hacemos juego». Mucho más atractiva y grata que la aparición de estas dos «emancipadas» era ciertamente la virginal y modesta de la «última romántica» que al mismo tiempo ha sido la poetiza más grande que Alemania ha tenido hasta ahora, la aparición de Anita de Droste-Hülshof, de Westfalia (1797-1848). El romanticismo no pudo encontrar un final literario más digno que las poesías de Anita (1844), porque en ellas todo lo que era sano, bueno y grande en la escuela romántica, ha encontrado expresión poética, pura, verdadera y en un lenguaje enérgico y vigoroso.



La fiesta de las camaraderías en la Wartburg.

V.

Idealismo y materialismo.

Un poeta del tiempo de la guerra de la independencia, al final de la gran lucha ha expresado sus temores patrióticos en las siguientes tres estrofas:

«A qué alto cuerpo de héroe,
De jiganta llena de vigor,
Podrías tú, de débil mujer,
Crecer, Alemania, grande y fuerte.

Con tal que sobre el edificio de los miembros
Una cabeza guerrera,
Quisiera brotar otra vez
Como la que te robaron dormida.

Con tal que los miembros, los pequeños,
En vez de formar juntos un cuerpo
No quisiesen parecer cuerpos ellos mismos
O no fuesen hostiles al total.»

Y estos temores de que continuaría en Alemania el poli y micropolitismo se han realizado de la manera más triste. Las esperanzas que los alemanes habian puesto en su redención del napoleonismo fueron engañadas lastimosa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente. La célebre proclama de Kalisch (marzo de 1813) que anunciaba la disolución de la alianza del Rhín y prometía la restauración de Alemania por medio de una constitución que «partiendo del espíritu propísimo del pueblo alemán presentara la nación más rejuvenecida, más vigorosa y más unida entre los pueblos de Europa,» resultaba ser una mentira socarrona. Lo que las espadas alemanas habían hecho bien en tantos campos de batalla, esparcidos desde el Katzbach hasta el Sena, y rociados de la mejor sangre alemana, lo echaron á perder las plumas de los diplomáticos, y no solamente las extranjeras sinó también las propias. Prusia, que había hecho los más grandes sacrificios y contribuido más para sacudir el yugo francés, se vió abandonada y traicionada por sus propios «altos aliados». La Hofburg de Viena aliose con Inglaterra y la vencida Francia para frustrar las justas pretensiones de Prusia y Alemania. En el congreso de Viena donde, para escarnio de los indecibles sufrimientos que los pueblos habían pasado durante un cuarto de siglo, los «privilegiados» y su inmundo séquito se emborrachaban en toda clase de excesos y lujurias, llevaba la batuta uno de los enemigos más difamados de Alemania, el embajador de los Borbones, Talleyrand, inspirando de paso al canciller de la casa, córte y Estado austriacos, Metternich, el único pensamiento político que éste ha tenido jamás, la mala broma de la «legitimidad.» A duras penas vino al mundo en junio de 1815 el mónstruo de la confederación alemana y el «acta federal de Viena» era la confirmación formal del desmembramiento del pueblo alemán al interior y de su impotencia al exterior. Por todos los arreglos contra-liberales, reaccionarios, estériles del congreso de Viena, corría el azufrado hilo de la embustería romántica. La chochez de Estado «cristiano» que emitieron los románticos condujo á la solemne farsa de la llamada «santa alianza» (setiembre de 1815), para la cual, y esto es característico, el impulso inmediato partió de un filosofastro confuso y de una señora pasada de la cortesanía á la beatería. Las «resoluciones de Katzbach» (1819) y el «acta final de Viena» (1820) completaron para Alemania y los congresos de Aquisgran, Troppau, Laybach y Verona, para Europa, el sistema de una reacción y opresión tan estúpida como inhumana, que naturalmente se conbinaba estrechísimamente con el restaurado «eclesiasticismo», concluyéndose con la curia romana unos «concordatos» que inspiraban al papado las esperanzas más temerarias y le alentaban á las extralimitaciones más descaradas. La restauración oficial (1814) de la órden de los jesuitas que desde el año 1773 había funcionado clandestinamente, fué acogida con júbilo por la sabiduría política del romanticismo. Los pueblos extenuados en extremo y amordazados, aguantaron todo esto una temporada. Alemania, políticamente hablando, no era más que un «término geográfico», como había decretado el señor de Metternich. La juventud alemana en la que continuaban los sentimientos y esperanzas de las guerras de la independencia y que en las universidades había formado «camaraderías» para cultivar y mantener vivo el pensamiento de la unidad y libertad de Alemania en formas á veces bastante raras (fiesta de Wartburgo, 1817) y mediante extralimitaciones desacertadas (asesinato de Kotzebue por Luís Sand, 1819) rechazaba ese decreto; pero los

estudiantes y gimnastas de sentimientos negro-encarnado-dorados, tuvieron que expiar cruelmente sus ensueños patrióticos, viviendo todavía el triste recuerdo de la corrida que se hacía contra éllos. Prusia, gobernada por nada más que medianías y conducida sin propia voluntad en los andaderos del metternichismo, llevó á cabo esta corrida con mucho afán por medio de sus Kamptz, Schnaltz y Tzschoppe.

Ciertamente la revolución francesa de julio de 1830 propagó sus ondulaciones allende el Rhín, pero los súbditos de los estados y estaditos alemanes, estaban tan amansados por los quince años de gobierno polizontesco, que los más adelantados no alcanzaron á más que á manifestaciones insignificantes ó verdaderamente tontas (la fiesta de Hambach, 1832, el atentado de Francfort, 1833), y á revolucioncitas como las de Cassel y Brunswick. El constitucionalismo como se había establecido desde 1816 en los estados pequeños y medianos de Alemania, no era más que apariencia engañadora ni podía ser otra cosa en vista del absolutismo que reinaba en Viena y Berlín, y por lo tanto también en la dieta federal de Francfort. Pero el temor al pueblo hacía tener inconveniente hasta en esta apariencia constitucional y por esto le fué aplicada una sordina por medio de la famosa «conferencia de ministros» de Viena, de 1834, que convertía en cáscaras vacías las formas y fórmulas constitucionales y parlamentarias de los estados medianos y pequeños. Como primeros y pálidos albores de un porvenir más risueño, podía considerarse el que el soñoliento gobierno de Federico Guillermo III parecía por fin acordarse otra vez de la «misión alemana» de Prusia, atreviéndose á deshacerse de los andaderos de la cancillería de Viena, lo suficiente para fundar la unión de aduanas prusiano-alemana (1828-1834) y encaminando así la unidad nacional, por lo ménos en el terreno material que no carece de importancia, sinó al contrario es siempre el primero y el último.

Los ideales de la nación brutalmente separada de la participación de la vida política se retiraron á los estudios de los eruditos, á las aulas de las universidades, á las guardillas de los poetas, á los talleres de los artistas, mientras que en el pueblo encontraron muchos partidarios los que aconsejaban buscar en la religión un consuelo por los sufrimientos, desengaños y desalientos de la época. El catolicismo había sido refrescado y robustecido por el romanticismo, y el protestantismo si no quería rendirse á Roma, había de reanimarse también con nuevo celo «por el reino de Dios». A consecuencia de esto palidecían cada vez más, apagándose finalmente por completo, los rayos de luz que la despreocupación había arrojado en las iglesias alemanas. La obcecación de los gobiernos favorecía la importancia del moderno ultramontanismo de Francia, donde se había desarrollado sistemáticamente como reacción contra las saturnales ateistas del terrorismo. El poderío á que había llegado en Alemania la doctrina y práctica durante la época de la restauración, lo mostraron terriblemente las reprimendas y malos tratos que recibieron por parte de la Sede romana los prelados y eruditos alemanes que, como buenos católicos, osaban defender los derechos del corazón, como el dulce Sailer, ó los del pueblo, como el patriótico Wessemberg, ó los de la razón, como el ra-

cionalista Hermes, contra la tiranía del jesuitismo. La ortodoxia nuevamente consolidada y henchida de feroz fanatismo, producia, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, los frutos correspondientes, frutos que se diferenciaban solamente en cantidad, no en calidad, de los de la barbarie ortodoxa de la Edad media, los asesinatos de herejes, brujas y judíos. Especialmente el dogma ortodoxo del sacrificio cruento, hacía estragos terribles en la imaginación popular felizmente reofuscada. En una aldea austriaca cerca de Linz unos católicos fanatizados degollaron en viernes santo de 1817 una jóven para que con su sangre redimiera á los suyos, como Cristo había hecho antes. Seis años más tarde, en marzo de 1823, en una casa labriega protestante de Wildisbuch, en el cantón de Zurich, fué puesta en escena una representación religiosa, inaudita y horripilante, la crucificación de la «salvadora» Margarita Peter, como acto final de un drama pietista que recuerda la terrible palabra pronunciada por el piadoso Novalis: «Es bastante extraño que la asociación de religión, voluptuosidad y crueldad no haya llamado la atención de los hombres desde há mucho tiempo sobre su íntima afinidad y su tendencia común.»

Mientras así en los círculos populares se tomaba «en serio», la religión refortalezida obrando semejantes «milagros», el «despertamiento» exagerado hasta la acaloración, en el seno de la ciencia alemana, un hombre de muchísimo talento y buen patriota, Schleiermacher, había emprendido la tarea de encontrar una conciliación entre la fé y la ciencia, el dogma y la razón, la teología y la filosofía, ó si no la encontrara de crearla el mismo («hacer un velo para cubrir la desnudez de la verdad es el oficio de discretos teólogos») por medio de su *Doctrina cristiana* (1821). Esta empresa idealista produjo el resultado que semejantes empresas suelen producir, es decir, Schleiermacher, con su *Teoría de conciliación* tibia, no convenció sinó á los que ya estaban convencidos antes. De una manera más despreocupada, atrevida é independiente que la teología, podía proceder la filosofía, habiendo encontrado en Jorge Guillermo Federico Hegel, de Stuttgart (1770-1831), un representante que fué para la primera mitad del siglo XIX lo que Kant había sido para la segunda mitad del XVIII, es decir, el sistematizador científico de la conciencia de la época. El credo de Hegel es el idealismo absoluto. Admite como tarea suprema de la razón la abolición de los contrastes de espíritu y sensualidad, inteligencia y naturaleza, yo y mundo, sujeto y objeto, en la unidad del ser que lo comprende todo, de lo «absoluto». Pero este absoluto no es una unidad rígida y tranquilamente persistente, sinó un proceso sin principio ni fin, un movimiento eternamente progresivo mediante el cual el pensamiento sustancial, impersonal, infinito, incondicional, activo según sus propias leyes y formas, representa y realiza su contenido ideal en la forma de la vida exterior y de la existencia inmediata. La idea absoluta llegada de esta manera á comprenderse á sí misma ó sea la razón, es 1.° la idea abstracta puramente lógica, 2.° la naturaleza, 3.° el espíritu. Por consiguiente la filosofía se divide en lógica, filosofía natural y filosofía espiritual. El espíritu es la «idea que se ha recobrado», el «pensamiento consciente de sí mismo.» Como tal revélase subjetivamente como conocimiento y voluntad, objetivamente como derecho moral y Estado, absolutamente como belleza, como arte que empieza con la arquitectura y al través de la escultura, pintura y música alcanza su perfección en la poesía, como religión que es la conciliación de lo finito con lo infinito, la unidad de lo divino y de lo humano. Si después el espíritu rompe la forma de la idea religiosa se convierte en «filosofía absoluta», que es el pensamiento que se conoce á sí mismo como verdad entera que crea de sí todo el universo natural y espiritual. En sus explicaciones de la forma fenomenal objetiva del espíritu, Hegel acentúa solemnemente la santidad del matrimonio y de la familia, y se inclina á la concepción antigua del Estado, sacrificando el libre movimiento de la personalidad á la idea de la omnipotencia del Estado. Como forma de Estado prefiere á todas las demás la monarquía constitucional en la que el rey representa el puntito sobre la «i». Con todo, las opiniones políticas del «real filósofo prusiano oficial», Hegel, quien emprendió también la justificación de las «Resoluciones de Karlsbad.» son tan veladas y enclausuladas, que el absolutismo ó á lo ménos el burocratismo podía apoyarse en él lo mismo que el liberalismo, que evidentemente bajo el influjo de la filosofía hegeliana formuló su doctrina muy circunstanciadamente en el *Lexicón de Estado* (Diccionario de ciencias políticas) redactado por Rotteck y Welcker, el cual ha sido considerado mucho tiempo por los liberales alemanes como especie de biblia política. La importancia civilizadora de Hegel para su propio país y para todo el mundo civilizado, descansaba en que conceptuaba la razón como la verdadera esencia de todo ser, é introdujo metódicamente la libre conciencia de la razón universal en toda la extensión de la ciencia. Sabido es que resumió su sistema en la siguiente proclama de la soberanía absoluta de la razón: «Todo lo real es racional, y todo lo racional es verdaderamente positivo.» Sobre esta tesis levántase su sistema (flaco y defectuoso solamente cuando hace concesiones á lo existente en la Iglesia y el Estado) con lógica consecuencia, formando un arsenal que ha suministrado las armas más aceradas á la crítica destructiva y desescombradora.

Tres grandes críticos han sacado sus armas del arsenal del hegelianismo: David Federico Strauss, quien, procedente de la «escuela tubingia» del gran teólogo de pelea, Cristiano Baur, socavó los fundamentos del cristianismo clerical con su *Vida de Jesus* (1835) recibido con estrepitoso clamoreo por los círculos teológicos; Luis Feuerbach, quien con su *Naturaleza del cristianismo* (1841) resolvió la dogmática cristiana en mitología, y la teología en antropología (en el fondo nada más que una larga circunlocución del breve dicho antiguo: «Tal hombre tal dios»); y Arnoldo Ruge, quien como principal gallo de pelea del periódico muy eficaz *Anales de Halle*, descubrió lo hueco y mentiroso del romanticismo y aplicó á los problemas y hechos de la política la escala de una crítica filosófica radical. La «razón absoluta» en la manera de presentarse como crítica soberana no se ha comportado siempre muy razonablemente. Si por ejemplo Strauss en su testamento de escritor «*La fé antigua y moderna* 1873) opinaba que en las masas la noción de Dios pudiera reemplazarse algún día por la idea de humanidad, la religión por la estética, la mitología por la ciencia natural, la misa, etc., por el goce artístico, probaba

con esto que no era más que un sabio de gabinete que durante toda su vida había evitado cuidadosamente todo contacto con el pueblo y conocía el mundo sólo por los libros. Y si el mismo crítico creía haber encontrado en la monarquía lo «místico» que no le había sido halladero en la religión, permanecía fiel á su papel, él que había arremetido valerosamente contra las «potencias celestes» inclinándose en cambio respetuosamente ante los potentados terrestres. El hecho es que la vanidad humana que «se entiende á sí misma» y se deifica, sabe adelantar más en la incomprometida guerra contra aquellas que en la peligrosa lucha contra éstos.

El idealismo optimista de Hegel considerado como filosofía de moda tuvo que ceder el puesto desde mediados del siglo XIX al idealismo pesimista procla-



SCHOPENHAUER.

mado por Arturo Schopenhauer (1768-1860). Este Buda alemán con, el cual la filosofía ha llegado sin duda á una etapa importante, escribió su obra principal *(El mundo como voluntad é idea)* como todos sus libros en un estilo florido, claro y elegante que forma un contraste muy agradable con el hegelamiento hegeliano, es decir, la gerigonzificación del alemán, y dá la prueba que no es preciso ser oscuro para ser profundo. La filosofía de Schopenhauer invierte el conocido axioma de Hegel en el contrario: «Todo lo existente es irracional y todo lo racional carece de realidad», varia con mucho talento y rico saber la antiquísima máxima india: «Vivir es sufrir» y encuentra como última conclusión de la sabiduría lo que el hebreo Koheleth ya había encontrado también: «Todo lo que hay no es nada». Los temores que algunos han expresado de las «destructoras consecuencias morales y políticas» de este pesimismo son muy ridículos. Todos los hombres de ingenio desde el principio han sido en el fondo pesimistas, pero el mundo no ha descarrilado por esto, porque la inmensa ma-

yoría de los hombres no ha tenido nunca ni tendrá jamás ganas ó tiempo de remontarse al idealismo pesimista, y ménos de ocuparse seriamente en la «negación de la voluntad para la vida.»

El movimiento científico de Alemania desde el principio del período de la restauración ha sido múltiple y perseverante; en todos los terrenos del saber trabajose con afán y fruto. La fertilización de la ciencia histórica por los estudios clásicos y germanistas produjo brillantes resultados. Leopoldo Ranke fundó la escuela histórica-diplomática, trabajó admirablemente como investigador de archivos, metodizó la manera de investigar y elevó como estilista historiador la historiografía alemana al grado de lisura marmórea, en la cual ciertamente muchas veces se echa ménos el pulso moral. Pertz, el bió-



LEOPOLDO RANKE.



GERVINUS.

grafo de Stein, dirigió la erección de la jigantea obra fuente «*Monumenta Germaniæ histórica*», la que debe atribuirse á la instigación de Stein. Todo un enjambre de historiadores de talento vino después á explorar y cultivar los campos de la historia antigua, media y moderna, propia y extraña, de tal manera, que la historiografía alemana ya no es inferior á ninguna otra y hasta, en cuanto al método, sirve de modelo á las demás. La historia de la literatura y del arte encontró también sus cultivadores ganando los premios mayores, Gervinus con su gran *Historia de la poesía alemana,* y Schnaasse, con su gran *Historia de las artes plásticas*. En la jurisprudencia colocáronse de frente la escuela llamada «histórica» fundada por Savigny, y la llamada «filosófica» capitaneada por Tibaut, sentando la primera la opinión que el derecho y la ley sólo podían resultar de la evolución histórica de la conciencia jurídica nacional, y defendiendo la segunda la idea que el derecho y la ley se desarro-

llan del espíritu vivo del pueblo y de la conciencia de la época. Andando el tiempo era cada vez más sentida la necesidad de una formulación científica de los principios económicos como habían hecho antes en Inglaterra y Francia el escosés Smith y el francés Say, notándose por cierto en esto lo perjudicial y obstructora que la falta de vida pública y la dificultad de la práctica industrial y comercial era también para la teoría económica. El primer profesor de economía política de Alemania que unió con profundo conocimiento de las condiciones reales, un espíritu original y un criterio propio, fué Federico List (nacido en 1781), cuyo sistema nacional de la economía política ha sido la base científica de todos los ensayos ejecutados después para resolver el gran problema de proteccionismo ó libre-cambio. A la discusión de las cuestiones económicas siguió el debate cada vez más empeñado aún en Alemania y allí más que en otras partes, de la cuestión «social» que, por lo demás, es tan antigua como la sociedad humana y no se resolverá jamás ni en el sentido de los soñadores bonachones ni en el de los calculadores bribones. Resultados mucho más grandes que en la economía política ha producido el poderoso movimiento del siglo XIX en las ciencias matemáticas y físicas. Los matemáticos y astrónomos como Gauss, Madler, Jacobini, Dirichlet y otros, por medio de sus investigaciones é invenciones ingeniosas han preparado y hecho posibles las maravillas de la mecánica moderna. Hombres como Oken y Liebig, abrieron muy meritoriamente la brillante retahila de descubridores, coleccionistas, ordenadores y explicadores que han glorificado el talento y el trabajo alemanes en la geología, geognosia, mineralogía, fisiología, zoología, física, química y botánica. Cual verdadero cosmopolita de la ciencia, Alejandro de Humboldt (1769-1859), abarcó en su mente las ciencias naturales, siendo más capaz que ningún otro para escribir un *Cosmos*, una historia universal de la naturaleza que se proponia el problema, y lo resolvió, de dominar con la idea la materia bruta de la observación empírica. El universalismo del clasicismo alemán fué también el que instigó al creador de la geografía comparada, Carlos Ritter (nacido en 1779) á trazar su grandioso cuadro de la superficie de la tierra Para siempre debe contarse entre las mejores posesiones del pueblo alemán las conquistas de la investigación y exploración matemática y naturalística de los contemporáneos de Humboldt. Este, combinando con el sabio el hombre de mundo, ha hecho mucho con su palabra y su ejemplo para la combinación fructífera de la ciencia y de la vida, y ha favorecido grandemente la popularización de la ciencia de la naturaleza.

Con el llamamiento de Cornelius á Munich en 1825 empezó, como se ha dicho con razón, una era nueva del arte alemán. En la ciudad de Isar, donde Klenze construía y Schwaltaler esculpía, nació de la combinación del clasicismo y del romanticismo el estilo artístico alemán moderno como lo ha manejado Guillermo Kaulbach con sublime formalidad en sus grandiosas composiciones histórico-simbólicas y con agudeza satírica en sus humorísticas. ¿Quién no se ha deleitado en el *Reineke Fuchs*, ese triunfo del humor alemán? Otros géneros de la escuela de Munich han sido llevados á la perfección por Schwindt y Genelli, mientras que en la escuela de pintura de Dusseldorf, que

empezó á florecer en el mismo tiempo, Cárlos Federico Lessing se conquistó el primer puesto con sus historias (cuadros). Desde entonces se ha desarrollado el arte alemán en Munich y Düsseldorf, en Viena y Berlín, en Dresde y Francfort, en Stuttgart y Karlsruhe tan rica y múltiplemente en la arquitectura, la escultura y la pintura, las ciudades alemanas han sido exornadas con tantos edificios magníficos y tantas obras plásticas por arquitectos como Semper y Hansen, por escultores como Zumbusch y Schillings, que no suena como vana jactancia sinó que es el certificado de un hecho incontestable la siguiente estrofa de Rückert:

«La raza alemana
Era grande desde el principio:
Primero, dique de la libertad,
Luego almena del poderío,
Finalmente por favor del cielo
A la cumbre de todo arte
Ha subido,
Para vencer también por el espíritu.»

La literatura nacional alemana del tercer y cuarto decenio estaba todavía fuertemente influída por el romanticismo, tanto, que este influjo se notó muy claramente aun en los principios de la llamada «Joven Alemania». Aun aquel poeta que efectuó primero decididamente el rompimiento con el romanticismo, el conde Augusto de Platen-Hallermünden, de Anspach, (de 1796-1835) ha fantaseado juvenil románticamente; pero después ha declarado la guerra al romanticismo en sus comedias literario-polémicas y ha reintroducido el espíritu liberal y humanista del clasicismo en su lírica rica en el contenido y bella en la forma. En Platen, presentose también ya en primer término la conexión inmediata de la poesía con las cuestiones y problemas que agitaban á los coetáneos, siendo el primero de los «líricos políticos» de Alemania. La política, el interés por los asuntos públicos, el tomar partido en favor ó en contra fué un motivo priacipal del movimiento literario ya desde las guerras de la independencia y más aun á partir del año 1830. La combinación de la crítica literaria con la política la verificó magistralmente Luís Börne (1786-1837) el adalid publicista del liberalismo alemán avanzado con ribetes de republicanismo, quién gustaba más de enseñar que de ocultar entre las flores del humor el acerado filo de su palabra. En la producción más célebre de su periodistería, en las «Cartas de Paris,» ha lanzado contra Alemania, á la que profesaba un cariño rabioso, muchas incriminaciones graves y algunas injustas; pero en cambio ha dirigido á los franceses la orgullosa palabra: «La vida alemana se parece á un sublime paisaje alpestre; es grande, regia, corona de la tierra, fulgente con sus eternos glaciares.» Y el compañero de raza y edad y adversario de Börne, Enrique Heine, de Düsseldorf (1799-1856), ¿no ha colocado sobre la cabeza de su madre Germania después de colmarla de los más amargos sarcasmos, cada vez nuevas coronas, cuyas flores y follaje resplandecían del celeste rocío de la poesía? En Heine el romanticismo toca otra vez sus tonadas más

dulces para apagarse en una trinada de risa. Enteramente romántica es en el también la irrefrenable caprichosidad de su individualidad genial: pero era poeta. En la lírica pura, en la canción, no hay en toda la literatura europea más que uno superior á Heine, á saber, Göthe; en la poesia del chiste no le alcanza ninguno, ni el mismo Voltaire. El introdujo en la literatura alemana una abundancia, esplendor y poderío del chiste que no se habia barruntado



Enrique Heine.

antes. Simultáneamente con él y después de él la literatura alemana ha sido enriquecida y exornada en diferentes géneros y sentidos por poetas como Gutzkow, Mosen, Lenau, Grün, Freiligrath, Bodenstedt, y otros, muchos otros, pero ninguno igualaba á Heine en genio elemental y facilidad artística. Hay sobrados motivos para criticar en él esto y aquello y mucho otro, para criticarlo con enojo; pero haciéndose cargo de todo, hay que confesar que Heine ha sido la cabeza poética más importante que se ha levantado en Alemania desde que el patriarca de Weimar colocó la suya sobre la almohada mortuoria.

El universal florecimiento y fructificación de poesía, arte y ciencia en la primera mitad del siglo XIX, probaba que á la sazón las teorías y los sentimientos idealistas eran predominantes en Alemania. El beneficio principal de

esto ha sido que la tendencia y aspiración á la unidad nacional había adquirido poco á poco la fuerza y potencia de una idea moral, de un pensamiento de la historia universal de la clase de aquellos que ya no se dejan suprimir. Para trabajar por mantener vivo, fortalecer y profundizar el pensamiento patriótico alemán se habían empeñado sin tregua las potencias ideales de la palabra, de la pluma y del canto. El canto sobre todo había prestado grandes servicios en forma de cuartetos de hombres por cuyo desarrollo se conquistó grandes méritos el suizo Juan Jorge Nageli de Zurich. Una cadena de sociedades corales se prolongaba al través de los países alemanes y éstas asociaciones á pesar de muchas extravagancias de carácter pueril formaban sin duda un medio eficaz de cultura humanitaria y patriótica. Sería muy equivocado el creer que el predominio de los intereses ideales hubiera perjudicado y atascado á los materiales, pues precisamente en la primera mitad del siglo XIX, se han hecho progresos verdaderamente grandes y positivos en la agricultura, á la que el gran reformista Alberto Daniel Thaer dedicó su saber y su experiencia, en la extensión y multiplicación de la industria y del comercio, en el fomento de la navegación, en la creación de carreteras y ferrocarriles, en el perfeccionamiento de todos los medios de comunicación, progresos cuya solidez se distingue ventajosamente de la informalidad que emponzoñó más tarde la marcha de los intereses materiales.

En el año de 1850 marca bastante terminantemente la transición del idealismo al materialismo. El año de 1848 que hubiera debido traer la realización de los ideales populares de unidad y libertad no había traído más que crueles desengaños. El liberalismo, el representante principal de las esperanzas y aspiraciones patrióticas, se había mostrado tan incapaz como falto de valor. La democracia por su parte no había producido más que intentonas insuficientes que el triunfante absolutismo pisoteaba y castigaba con cruel dureza. Con torpe resignación estaba el pueblo ante las tumbas de sus mártires en Brigittenau, Mannheim, Rastatt y Friburgo. Los que no habían caído en la lucha por la buena causa gemian en la cárcel ó erraban fugitivos. El liberalismo se dobló ante la fuerza ó bien aprendía, como él mismo se expresaba, á contar con los hechos, siendo elresultado de su cuenta que la suma de la sabiduria de un hombre de Estado, la verdadera, la única beatifica «política positiva» estaba contenida en las dos sustanciales palabras «oportuno» é «inoportuno». Con esto se mantuvo en adelante.

Presentáronse fenómenos propios de los tiempos del desengaño, de la relajación, de la bajeza; la reacción se hizo triunfante. Los gobiernos vengáronse por el miedo que les habían inspirado las teorias liberales dando el campo libre á las prácticas oscurantistas y embrutecedoras. Alemania fué el suelo arable favorito de los jesuitas, los conventos brotaron como hongos en las comarcas católicas y hasta invadieron las protestantes. La arrogancia, cada año más crecida, de la Sede romana fué admitida con suma devoción y alentada por las cortes, especialmente también por la de Prusia, encontrando el mismo fomento la ortodoxia y el clericalismo protestante. Mas, al lado de la «iglesiería» era la divisa el «fomento de los intereses materiales». En ambos sentidos,

es decir, en el afán por la reintroducción del oscurantismo clerical y en encaminar á los ánimos al lucro y goce material, los gobiernos alemanes remedaban á su ensalzado modelo, Napoleon III, el infame criminal del diciembre de 1851. Las consecuencias vinieron. Los ideales fueron escarnecidos colocándose en su lugar con descoco y descaro la talega del dinero. Sin freno haciase la caza precipitada por la «dicha», es decir por el dinero, pues otra dicha que la comparable del dinero no la querían admitir las gentes. Todo negocio era más ó ménos un juego de azar, partiendo de la Bolsa los oráculos de esta desdiosada época que parecia había perdido por completo los sentimientos de honor y de derecho. La construcción de ferrocarriles, en sí una de las conquistas más gloriosas del siglo, convirtiose en una bellaquería que ha producido enormes perjuicios. El capitalismo estableciéndose en forma del sistema de las acciones, era el robo organizado; con la ley en la mano los despabilados robaban á los tontos á la luz del día. El industrialismo exagerado y precipitado, agitado en arrebatiña febril, sustrajo fuerzas trabajadoras á la agricultura, crió un proletariado numeroso en las ciudades hidrópicamente entumecidas y preparó con imprevisor egoismo el suelo que podia recibir, hacer germinar y brotar la siembra de las alucinaciones comunistas. Las doctrinas del manchesterismo inglés llegando á dominar también en Alemania, han producido una edad no de oro, sinó de papel, y á la cacareada «libertad de industria» se debe que el oficio alemán antes muy apreciado en el extranjero, ahora muchas veces no es más que chapucería. Los estragos morales que el materialismo ha hecho son terribles: la embustería y la falsificación osténtase sin vergüenza á la luz del día. La relajación moral ha corroído también la administración de justicia, hallándose en chillón contraste con la sensiblería de los jesuitas á la moda, la creciente numerosidad y brutalidad de los crímenes. Los efectos más tristes de la teoría y doctrina materialista manifiéstanse en el mundo mujeril. El afán de lucir y de divertirse han hecho una costumbre frecuente de la prostitución de las mujeres, casadas y solteras, también en aquellos círculos en que antes no hubiera podido surgir la idea de semejante infamia, y el aumento enorme del infanticidio confirma la antigua verdad que de la disipación al crímen no hay gran trecho. Tampoco puede negarse que mirándolo más de cerca la educación popular moderna no ha producido los efectos tan loables de que se habla tanto. Lo que las masas han ganado acaso por un lado en saber ó medio saber, lo han perdido por otro lado en sentido común y tino natural, en sentimiento del deber, laboriosidad, formalidad y frugalidad. Hace reflexionar el hecho singular averiguado estadísticamente en el año de 1877, que de los 22 cantones de Suiza precisamente los dos que tenían las peores escuelas, Obwalden y Walis, tenían el menor número de criminales. Un hecho moral curioso empero, un hecho único, como probablemente no hay otro en Alemania, en Europa, en la tierra, es que la comunidad de Königsfeld en la Selva Negra, como fué atestiguado oficialmente en 1876, en trascurso de 50 años no ha visto ningún castigo de policía y mucho ménos un delito más grave, ninguna subastación, ningún nacimiento ilegítimo, ninguna demanda de divorcio, ningún pleito y ningún mendigo.

En la ciencia, la filosofía materialista ha conseguido remontarse hasta el punto de estar persuadida de su infalibilidad. No se le ocurrirá á nadie dejar de mirar con profundo agradecimiento los grandes trabajos y merecimientos de la investigación especial de los naturalistas en el campo de la física, química, geología y geognosía, mineralogía, botánica, zoología y etnología, fisiología y patología, nadie querrá criticar los grandes inventos que se han hecho por la aplicación de los resultados matemáticos y físicos á todos los ramos de la mecánica y tecnología; pero tampoco podrá negar nadie que la investigación materialista recuerda cada vez de nuevo las consabidas palabras de Mefistófeles:

«El que pretende conocer y describir algo vivo,
Trata primero de expulsar el espíritu,
Luego tiene las partes en su mano,
Falta por desgracia sólo el lazo espiritual.»

Y sin embargo la necesidad del «lazo espiritual» se impone tan imperiosamente, que con la «materia» atomista no se puede trabajar y que se vieron obligados á introducir de contrabando en la materia una especie de alma con el nombre de «fuerza», aunque se vanagloriaban de haber por fin «arrojado de la ciencia» la «patraña de nodrizas» de una «llamada alma» ó de un «supuesto espíritu». En eso de vanagloriarse eran en general muy fuertes los caballeros del infalible miscrocopio y de la única beatífica retorta. Y aun más cuando se oía predicar á los fogosos discípulos de Darwin la teoría de la descendencia y de la selección del maestro, las gentes inocentes podían llegar á creer que por fin se había descubierto la imágen de la diosa de Sais, que finalmente estábamos próximos de la resolución del gran problema enigma de la significación y utilidad de la vida humana y no teníamos más que extender la mano para hallar la respuesta al porqué de todos los porqués. Los que sabían empero veían al buey materialista estar desconcertado ante la misma montaña por encima de la cual el águila idealista tantas veces y siempre en balde había intentado volar.

Ciertamente es triste decir, pero debe decirse, que el orgullo de cultura de nuestro tiempo tendría suficiente razón para humillarse. Si sacamos la suma civilizatoria de un desarrollo de 100 años obtenemos el humillante resultado que al través de la despreocupación del clasicismo y romanticismo de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach y Strauss, al través del idealismo y del materialismo, hemos llegado felizmente otra vez al «babuino afeitado» de Voltaire, á el *Homme machine* de La Mettrie, al *Systéme de la nature* de Holbach y sus compañeros. El porvenir decidirá si esta meta valía la pena de tan largo viaje. A la actualidad empero le pertenece el derecho de presentar la seria y formal petición que la embriaguez materialista, á la que en la vida práctica ha seguido ya el ensobriamiento inevitable, se ensobrie también en la ciencia, porque esta embriaguez ha hecho un daño inmenso. La doctrina de descreencia materialista mecánica, presentada y pregonada con ridiculísima suficiencia y presunción, por decirlo así al son de trompetas y timbales, ha

provocado realmente el extremo opuesto, la superstición ortodoxo metafísica, y las dos fantasmas se combaten ahora furiosamente para estrangular de paso en su abrazo hostil á la razón que pide que el mundo investigado y comprendido materialmente sea animado y alumbrado idealmente. Las consecuencias ya se ven ahí; á la soberbia embustería científica con lo material se ha opuesto una gigantesca embustería popular con lo inmaterial. Los caballeros de la materia han sabido á las mil maravillas correr las masas á las redes clericales tendidas hábil y atrevidamente. Cosa natural, los hombres quieren tener y deben tener dioses; si se los quitan, se hacen ídolos, fetiches. Si se les ciegan las fuentes de la fé ideal, empiezan á borbotear los manantiales milagreros de Lourdes y Marpingen. Tal vez una muy pequeña minoría de personas, de hombres de espíritu fuerte y corazón frío, es capaz de encontrar satisfacción y tranquilidad en la mecanización de la existencia, como la intenta el materialismo científico; pero en todos los tiempos y en todas las partes la inmensa mayoría la rechaza. Los bacanales del «espiritismo» que se pusieron en boga simultáneamente con los del materialismo, demuestran bastante palpablemente que el hombre no puede de ninguna manera vivir únicamente del pan de la ciencia: necesita también del vino de la fantasía, pide y le hacen falta ilusiones, ideales, dioses; y no parece atrevido ni presuntuoso creer y esperar que á la mente alemana le sea dado y concedido encontrar la saludable y necesaria mediación y conciliación entre el idealismo y materialismo de la que dependerá sin duda el medro futuro del trabajo civilizatorio de Alemania.



BISMARK.

VI.

El imperio nuevo.

Cuando el 30 de setiembre de 1862 el recién nombrado presidente del consejo de ministros de Prusia, Otón de Bismark Schönhausen en la comisión del presupuesto del congreso de diputados echó á volar la palabra: «No con discursos y votaciones de mayoría decídense las grandes cuestiones de la época (este ha sido el error de los años de 1848 y 1849) sinó por el hierro y la sangre», se levantó gran gritería en Alemania y en Europa, escandalizándose cual par de hermanas, la ignorancia y la hipocresía. Como si alguna vez las «grandes cuestiones» mientras las ha habido entre los hombres, se hubiesen decidido de otra manera que por el hierro y la sangre. Babiecábase beatonamente «de la inauguración de una política de fuerza» como si alguna vez en la política se hubiese hecho algo bueno, se hubiese podido alcanzar algo de valía, sin emplear la violencia. El ideal del progreso de Göthe que camina por la senda del «desarrollo tranquilo» es muy bonito, pero en la política, que no tiene que entenderse solamente con ideas, sinó también con hechos, permanecerá eternamente una ilusión y un sombra. Pues:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Fácilmente unos al lado de otros viven los pensamientos,
Pero duramente en el espacio chócanse las cosas.
Donde una toma asiento, otra debe ceder,
El que no quiera ser desalojado debe desalojar;
Allí campea la lucha y sólo la fuerza vence.»

Esta sentencia del gran idealista Schiller podría ponerse como lema de la política del gran positivista Bismark. La idea moral de la unidad alemana hubiera podido continuar, quién sabe cuánto tiempo, siendo una idea moral á no ponerse á su servicio la fuerza, el poder, la violencia. Nadie que juzgue con justicia querrá negar que esta idea ha sido el motivo que inspiraba á los demócratas como á los «catedráticos nacionales» alemanes de 1848, pero ¡cuán miserablemente habían fracasado las tentativas de los impotentes republicanos, como las de los impotentes monárquicos de crear la unidad de Alemania! También á los centralistas y á los federalistas, que después de la gran bancarrota de 1849 volvieron á emprender los trabajos de la unidad alemana, les animaba la «idea moral», pero ¿qué han producido? Palabras, palabras, palabras. Finalmente la equidad exige confesar que la idea moral respiraba también en el congreso de príncipes alemanes, de agosto de 1862 y sin embargo ¡cuán miserable y estérilmente pasó aquella solemne farsa! Y ¿por qué? Porque el poder y la fuerza para convertir el pensamiento en hecho, para realizar la idea, estaban en Prusia, solamente en Prusia. ¿Y ésta ha realizado la idea, la ha realizado entera y completamente? Entera y completamente no. ¿Dónde ha existido jamás, á no ser acaso en el terreno del arte, un ideal realizado? Pero Prusia ha hecho todo lo que creía poder hacer en vista de sus fuerzas y su obra fué grande; sólo la estupidez, la envidia y la malicia pueden negarlo. Ha restaurado el imperio alemán cumpliendo así el sueño y anhelo de muchas generaciones de la nación, ha colocado el marco del imperio nuevo al rededor de las tribus alemanas, de modo que dentro de éste puede verificarse el proceso de unificación. Todas las objeciones y críticas de la izquierda, de la derecha y del centro, no pueden deshacer este gran hecho.

El haber comprendido claramente que había llegado la hora en que Prusia debía resolver la cuestión alemana y el haber convertido esta comprensión en acción bien premeditada y bien preparada acometiendo con osadía, perseverando con tenacidad y ejecutando con energía, hé aquí el mérito nacional alemán é histórico universal del rey Guillermo de Prusia, de su ministro y de sus generales.

El drama de la restauración de Alemania, por medio de la política bismarkiana pasó en tres actos, en tres actos bélicos: La guerra alemano-danesa de 1864, la guerra austriaco-prusiana de 1866 y la guerra franco-prusiana de 1870-1871. ¡Un verdadero drama del destino de la historia universal! Con necesidad lógica siguió acto á acto, escena á escena. La conquista é incorporacion de los ducados del Elba por Prusia señaló, para satisfacción de todos los alemanes pensadores, el principio del fin del poli-politismo y micro-politismo de Alemania. Muy notable era también el hecho que en el mismo

año en que Prusia empezó con energía á cumplir su misión alemana, el verdadero y positivo «enemigo hereditario» de Alemania, el papismo jesuítico, publicó su declaracion de guerra contra toda la civilización moderna en forma de letanía de maldiciones del *Silabus* y dirigida en primer lugar contra Alemania. A la guerra ciertamente dolorosa del año 1866 puede aplicarse el verso de Hoderlin:

«Con su santo rayo de tempestad,
Con inexorabilidad lleva á cabo
La necesidad en un solo gran día
Lo que apenas se logra en miles de años,»

pues el malhadado dualismo austriaco-prusiano debia remediarse, si Alemania había de llegar á ser algo, y solamente el «hierro y sangre» eran capaces de satisfacer esta necesidad, el día de Sadowa. Pero ningún tratado de paz ni ningún mojón de frontera persuadirán jamás á los alemanes que los nueve ó diez millones de alemanes de Austria hayan cesado ó puedan cesar de ser hueso de su hueso y carne de su carne.

La guerra de 1870 á 1871, ese acontecimiento el más grande del siglo en sus motivos fundamentales y sus objetos finales, era una lucha del romanismo contra el germanismo. El 18 de julio de 1870 los jesuitas hicieron al concilio «del Vaticano» la idolificacion del papa, y el día siguiente salió la declaración de guerra francesa contra Alemania. El dogma romano de la infalibilidad y la gritería de los boulevares parisienses «¡A Berlín! ¡A Berlín!» tenian el mismo significado. El cálculo jesuítico era astuto, pero la prueba salió mala. Esperábase en las Tullerías como en el Vaticano haber dirigido el desafío brutal á una Alemania desunida; pero el norte y el sur, el este y el oeste, los liberales y los conservadores, los ricos y los pobres, los príncipes y los nobles, los ciudadanos y los aldeanos, los católicos y los protestantes, levantáronse como un solo «pueblo en armas» y,

«Ruge un clamor como estruendo de trueno,
Como chasquido de espadas y estrellamiento de olas:
¡Al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!»

Sabemos que la necesidad, la ignorancia, la mentira, la envidia y la malicia son poderes grandes en la tierra. Pero el poder unido de estas cinco grandes potencias no basta para empañar el brillo glorioso de la obra gigantesca que Alemania ha llevado á cabo en siete meses. Con rasgos de llama más duraderos que los que el rayo traza en las rocas, la historia escribirá el desenvolvimiento de esta obra en el libro de la eternidad y allí cuando no haya más recuerdo de las pasiones, acusaciones y odios presentes, se leerá que la grandiosidad del drama heróico alemán de 1870 á 1871 descansaba esencialmente primero, en la pureza y justicia de la causa alemana, segundo, en la unidad hasta entonces sin ejemplo en la historia de Alemania, de todas las capas clases y profesiones del pueblo, en la idea nacional (pues no hay que hacer caso de una minoría apenas visible, «chusma sin patria», compuesta de curas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

negros y rojos, de fanáticos de la superstición ultramontana y comunista, que de buena gana habría hecho traición á esa idea en su impotente infamia); tercero, en el aislamiento de la nación Alemana, de modo que sin ninguna ayuda de fuera, enteramente con su propia fuerza ha ganado sus resultados admirables y el justo premio de sus victorias, Alsacia-Lorena, propiedad que le había sido robada y que ahora redimía con «hierro y sangre.»



MOLTKE.

Con modesto heroismo llevaron los alemanes sus banderas victoriosas desde Visenburgo, Wörth y Spicheren, sobre Mars-la Tour, Bionville, Gravelotte, Beaumont, Sedan, Roisseville, St. Quentin, Beaune la Rolande, Orleans, Le Mans, Champigny, Héricourt y Belfort á la plaza de la Concordia de París. En el espacio de 180 días han reñido 17 batallas y tenido 156 encuentros, haciendo prisioneros á 385,000 soldados franceses, entre ellos 11,650 oficiales, tomando 26 plazas fuertes y conquistando 120 águilas y banderas y 6,700 cañones. Semejante cosa, literalmente no se había visto nunca; tampoco careció esta inaudita epopeya de la realidad de muchos episodios puramente humanos y enternecedoramente bellos, y fué rica en rasgos característicos para la historia de la civilización. De tales calificamos el que un teniente de húsares alemanes compuso en sanscrito, sobre el campo de batalla de Sedan una relación de la misma, el que un bombardero alemán escribió en un fortín de la



EMPERADOR GUILLERMO.

línea de Metz la pregunta cicerónica: «*¿Quousque tandem Bazanius abutere patientia nostra?*» ó que después de la capitulación de París una sociedad soldadesca de cuartetos hizo resonar las bóvedas de la iglesia de los reales sepulcros de St. Denis, de los sonidos de la canción de Uhland: «¡Este es el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia del Señor!» Pero un rasgo característico de importancia histórica fué la contestación germánica del 1.º de setiembre de 1870 á la pregunta romana del 18 de julio: el mismo tremendo sablazo alemán que destrozó en Sedan el trono del pseudo-Bonaparte adquirido con mentiras, falsedades y crímenes, abrió á los italianos las puertas de Roma.

La conciencia del derecho, la idea de la unidad, el sentimiento del deber, la sensación palpablemente clara de la fuerza nacional, fueron lo que dió al ejército alemán su irresistibilidad. Este ejército se presenta al ojo admirador como la siembra de hombres crecida, alta y lozana, que los héroes de la civilización alemana, sus grandes pensadores y poetas han sembrado, cultivado, escardado y madurado. Todo lo mejor y más sublime que el genio alemán ha producido y apetecido, cada soldado alemán, desde el estratego diligente hasta el último mozo acemilero, lo llevaba en su pecho consciente ó inconscientemente. Grande era, pues, la ciencia estratégica de los generales, más grande la valía táctica de los oficiales, suprema la disciplina, resignación, perseverancia é intrepidez de las tropas. ¡Gloria, tres veces gloria á los que discurrieron y ejecutaron el plan de campaña! Sus nombres brillarán al través de los siglos, pero con respeto más profundo, con agradecimiento más entrañable acordémonos de los héroes sin nombre que duermen en el suelo de Francia, de aquellos héroes cuyo nombre no menciona ninguna canción, ninguna crónica y que viven solamente en la memoria de sus padres, viudas y huérfanos precipitados tal vez por su muerte en la escasez ó la miseria. Pues con grandes sacrificios de todas clases ha comprado la victoria el pueblo alemán y con inmensos dolores nació el imperio nuevo, si bien ha sido la conclusión lógica de la premisa de esa guerra.

¡Santísima Némesis «hija de la justicia,» llegas tarde, pero llegas! Durante cuatro siglos, Francia, sea reino, sea república, sea imperio, había hecho guerras de pillaje contra Alemania, arrebatándole ciudades y provincias, pillano y devastando sus comarcas, había socavado primero y anonadado luego el antiguo imperio de nación alemana, había intentado repetidas veces la destrucción del nombre alemán, y ahora de una vez, con asombro del mundo vino el desquite á paso atronador de batallas, mostrándose también esta vez como tantas otras en el curso de la historia de los pueblos y de las naciones como maestro incomparable de la ironía.

Pues en el palacio de uno de los enemigos más crueles y soberbios de Alemania, en el mismo palacio de Versalles que Luís XIV había constuído quasi como monumento pomposo de la humillación del antiguo imperio alemán, el general federal alemán, el rey Guillermo de Prusia, el vencedor de Francia, ha sido declarado y proclamado emperador del imperio alemán nuevo el 18 de enero de 1871.

Dos meses más tarde, el 21 de marzo, el emperador alemán abrió el primer parlamento en Berlín con un discurso de la corona que indicaba clara y dignamente la posición del nuevo imperio en medio de Europa: «El espíritu que vive en el pueblo alemán y compenetra su cultura y civilización como no ménos la civilización, como no ménos la constitución del imperio y de su ejército, preservan á Alemania en medio de sus victorias, de todo abuso de la fuerza que le dá su unificacion. El respeto que Alemania pretende por su propia independencia, la tributa voluntariamente á la independencia de todos los



Príncipe Federico Guillermo.

demás Etados y pueblos débiles ó fuertes. La nueva Alemania, tal como ha salido de la prueba de fuego de esta guerra, será una garantía segura de la paz de Europa porque es bastante fuerte é inteligente para reservarse el ordenamiento de sus propios asuntos como de herencia exclusiva, pero también suficiente y satisfactoria. ¡Que la restauración del imperio alemán sea para la

nación también al interior el emblema de la grandeza alemana! ¡Qué á la guerra del imperio alemán que se ha hecho tan gloriosamente, siga una paz del imperio no ménos gloriosa, encerrándose la tarea del pueblo alemán en mostrarse vencedor en el certámen por los bienes de la paz!»

De las hazañas de los alemanes en el año «grande» y de sus resultados se han dicho muchas palabras buenas y se han cantado muchas bellas canciones en el país; pero la calificación más verdadera y el elogio más grande de esos actos y resultados enviaron sus ecos del extranjero de allende de los Alpes, de la boca de uno de los hijos más valiosos de Italia. Pues al mismo tiempo en que el «vicario de Cristo» no tuvo para el nuevo imperio alemán sinó maldiciones y execraciones, Giuseppe Civinini, de Florencia, se expresó de la manera siguiente: «Si las armas de Prusia realizaron materialmente el gran pensamiento de la unidad alemana, le habia precedido á este trabajo de hechos un trabajo de ideas que, empezando con Leibnitz habia sido continuado hasta nuestros dias. Poetas y filósofos, críticos é historiadores han contribuido en él de modo que puede decirse que el renacimiento de Alemania es verdaderamente la obra del pensamiento y de la ciencia. En todos los terrenos del saber humano, en todas las formas de la producción poética la Alemania intelectual ha preparado la nueva Alemania política. La ciencia y la literatura, la filosofía y la historia, han dado al pueblo alemán el sentimiento profundo de su propia nacionalidad, le han enseñado á considerarse destinado á una misión histórica y le han impuesto como deber el cumplimiento de esta misión. En efecto, es verdaderamente el característico principal del movimiento alemán el haber sido primero una obra de la inteligencia y sólo después, cuando esta habia madurado, fué obra de la fuerza material. Como el rayo al trueno, la idea procedió al acto y antes que los alemanes fuesen el pueblo de Europa más poderoso materialmente, eran el pueblo más culto idealmente: la hegemonía política es efecto y consecuencia de la intelectual. El que viva en la creencia que el espíritu significa algo en este mundo, tiene poca confianza en la duración de obras que no son más que el fruto de la manufactura política y militar sin suficiente preparación intelectual y moral. Pero cuando un pueblo ya tiene en la filosofía, ciencia, historiografía, poesia y música verdaderamente nacionales creadas por todos y por lo tanto propiedad común de todos, cuando desde más de un siglo un desarrollo progresivo contínuo ha fundado ya la unidad en el campo del pensar y del saber, vengan entonces en buen hora Sadowa y Sedan, encontrarán un suelo labrado que producirá frutos saludables. El nuevo imperio alemán no es por lo tanto, como se ha dicho sin reflexionar, hijo de la fuerza; es el fruto lentamente madurado, es la expresión política de la cultura intelectual, es el triunfo de un largo trabajo civilizador obtenido, como las victorias se obtienen en el campo de batalla de los hechos, por el uso de la fuerza al servicio de la idea.»

Con este elocuente elogio, que al mismo tiempo es una advertencia enérgica para el porvenir, sea terminado este libro, y yo, quien lo he escrito hasta donde mi poder correspondía á mi voluntad, en honor así como para enseñanza de mi patria, estoy seguro de obrar en conformidad con todos los alemanes de cabeza y corazón, si como última palabra pronuncio la siguiente bendición: Incansable en el trabajo, atrevido en el pensar, justo en el obrar, firme en sus costumbres, seguro en su derecho, fuerte en su defensa, así ande el pueblo alemán confiadamente la carrera de su porvenir. ¡Moderado en la dicha, animoso en la desgracia, conquiste el acabalamiento de su unidad, la paz, la libertad! ¡Viva Germania!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
La edad férrea de la ortodoxia	5
Lansquenetismo y furia guerrera	33
Artistas y poetas, músicos y cómicos, periodistas y libreros	44
Choza y casa, castillo y palacio	65
Espíritu de la Edad moderna	90
Coleta y polvos	98
Despreocupación y genialidad «forznda.»	127
Clasicismo y romanticismo	151
Idealismo y materialismo	185
El imperio nuevo	199

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

